

El Colegio de Michoacán

Centro de Estudios Históricos

De la salvación del alma al régimen penitenciario.

La Casa de Recogidas de Guadalajara (1745-1871)

Tesis que para optar al grado de

Doctora en Historia

Presenta

Isabel Juárez Becerra

Director de tesis

Dr. Rafael Diego-Fernández Sotelo

7 de febrero de 2020
Zamora, Michoacán.

De la salvación del alma al régimen penitenciario.

La Casa de Recogidas de Guadalajara (1745-1871)

Índice

Agradecimientos 5

Introducción 10
Esbozo histórico de las casas de recogidas 40

Primera Parte. Camino a la salvación

Capítulo I. Fundación y mística de la Casa de Recogidas de Guadalajara (1745-1771) 52
Introducción 52
I. José de Castro Cid impulsor del recogimiento en Guadalajara 54
II. Un proyecto obispal, Juan Gómez de Parada 65
III. El recogimiento del promotor fiscal Joseph Reyes Gómez de Aguilar 79

Capítulo II. La Casa de Recogidas en el proceso de secularización (1772-1807) 96
Introducción 96
I. Justicia y orden del poder eclesiástico en la Casa de Recogidas 97
II. Problemas de jurisdicción: entre reales y arbitrios 101
III. Orden y buen gobierno. El recogimiento a partir de sus ordenanzas 116

Capítulo III. Las recogidas desde el interior: la configuración de un espacio. (1772-1807) 129
Introducción 129
I. Mujeres con poder: las rectoras 130
II. Depositadas, recogidas y rematadas 138
III. Población del recogimiento, sus hábitos y prácticas 149

Segunda Parte. La Casa revolucionada

Capítulo IV. Transición política e institucional (1807-1821) 174
Introducción 174
I. Una relegada Casa de Recogidas 176
II. La Constitución de Cádiz y la puesta en escena del Ayuntamiento 183
III. José Domingo Rus, el juez protector de las Recogidas 194

Capítulo V. Rebeldes e insurrectas. Las casas de recogidas, un espacio de represión política 207
Introducción 207
I. Insurgentes y peligrosas 211
II. En la guerra por sujeción 220
III. Solas en circunstancias adversas 229

Tercera Parte. Un nuevo orden una nueva justicia

Capítulo VI. El castigo en tiempos de construcción y revueltas. Reconfiguración espacial de las Recogidas (1821-1858) 242
Introducción 242
I. Discursos de la humanidad doliente 244
II. Proyectos de Código Penal en Jalisco 265
III. La institución a partir de su Reglamento 276

Capítulo VII. Entre tesquis y tesqueros. Cambios en la población de las Recogidas (1821-1858) 290
Introducción 290
I. La Tesquera, la segunda al cargo 291
II. Los nuevos inquilinos: el departamento de hombres 305
III. Quejas, escándalos y silencios 313

Cuarta Parte. El camino errante a la penitenciaría

Capítulo VIII. Los sesgos femeninos de la modernidad (1858-1871) 328
Introducción 328
I. La cárcel itinerante 329
II. Un régimen penitenciario para hombres 345
III. De las representaciones del espacio, a la realidad femenina 350

Capítulo IX. De la fría cifra a la historia de vida. Índices de criminalidad y transgresoras (1858-1871) 365
Introducción 365
I. Transgresoras en números 366
II. De carne, huesos y sentimientos 391
III. Penitentes recogidas 399

Consideraciones finales 414

Glosario 423

Anexos 424
Anexo I 424
Licencia para que subsista la Casa de Recogidas, 1776. 424
Ordenanzas para el gobierno y dirección de la Casa de Recogidas, 1788. 424
Aprobación de las Ordenanzas de la Casa de Recogidas, 1797. 431
Anexo II 432
Reglamento interno de la cárcel de Guadalajara, aprobado por el congreso del Estado y remitido al ayuntamiento para su aplicación. 432
Anexo III 435
Proyecto de Código Penal de 1827 435
Anexo IV 441
Reglamento para el gobierno interior de la Casa de Recogidas, 1829. 441
Anexo V 447
Título que expidió el gobernador del estado de Jalisco a favor de Silvestra Cervantes como auxiliar de la Casa de Recogidas, 1848. 447

Tablas y cuadros 448
Lista de las presas que existen en la Casa de Recogidas, 4 de abril de 1857. 448
Recogimientos en la Nueva España y México 452

Índice de tablas, planos, gráficas e ilustraciones 461

Fuentes 463
Bibliografía 468

Agradecimientos

Concluir es mirar hacia atrás y valorar cada elemento que me permitió llegar a la meta. En este ejercicio retrospectivo agradezco a El Colegio de Michoacán por admitirme en el programa de doctorado en Historia, del Centro de Estudios Históricos, en la generación 2014-2019; por el honor, compromiso y dedicación que significa ser parte de la familia colmichiana. El apoyo financiero que brinda el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACyT) sin duda fue fundamental para vivir la experiencia doctoral en una institución de excelencia académica.

La decisión de cursar el doctorado en el Colmich se fraguó mucho antes de terminar la licenciatura, y cobró mayor fuerza gracias a las doctoras Claudia Gamiño Estrada, María Teresa Fernández Aceves y Elin Luque Agraz (1953-2018). Cada una, desde sus distintas áreas de investigación, contribuyó a mi formación académica y alentaron mi inquietud por continuar con los estudios de posgrado. Así mismo, mi paso por el Centro de Estudios de Género de la Universidad de Guadalajara y por CIESAS Occidente marcaron mis líneas de interés. Por otra parte, colaborar con Elin me permitió conocer más sobre el fascinante mundo de los exvotos.

El tránsito por la etapa escolarizada del programa doctoral fortaleció las bases propias del oficio del historiador y del investigador social, por lo que expreso mi profundo respeto y admiración a la plantilla docente del CEH. En especial, manifiesto mi gratitud a la doctora Verónica Oikión por compartir de manera tan generosa su vasto conocimiento y por su amable disposición para conversar y atender mis dudas, pese a sus múltiples actividades. Mi reconocimiento también para la doctora Nelly Sigaut por su espíritu crítico y franco; a la doctora Chantal Cramaussel porque con sus clases quedó en mí la inercia de considerar siempre los aspectos demográficos. Al doctor Martín Sánchez Rodríguez y al doctor José Antonio Serrano por su apoyo y respaldo institucional como presidentes de El Colegio de Michoacán.

En cuanto a esta tesis doctoral, agradezco al doctor Rafael Diego-Fernández Sotelo, en primera instancia por haber aceptado dirigir mi investigación doctoral, por guiarme en el

mundo de la historia del derecho y la historia institucional, por confiar en mi trabajo, pero sobre todo por impulsarme a salir de mi zona de confort y motivarme a tomar nuevos retos.

De manera particular, quiero agradecer al doctor Thomas Calvo por sus cátedras magistrales durante la etapa escolarizada del doctorado, por formarnos dentro de los aportes de la historiografía francesa, y la Escuela de los Annales; además, por su minuciosa lectura en cada avance de investigación, por sus acertadas recomendaciones literarias, como *Madame Bovary* y *Rojo y Negro*, por la confianza en mi trabajo y al mismo tiempo por exigirme cada vez más, porque ambos compartimos un peculiar cariño por Guadalajara.

En el comité de tesis también reconozco la labor de Elizabeth Martínez Chávez, por su dedicación y disponibilidad para aceptar leer este trabajo, por su calidad humana y múltiples consejos. En el proceso de lectura de tesis se incorporó la doctora Teresa Fernández, a quien reitero mi aprecio y respeto.

La etapa de investigación documental se realizó, en parte, con financiamiento de la beca mixta de CONACyT que me permitió consultar el Archivo General de Indias y hacer una estancia en la Universidad de Sevilla, con la doctora Margarita Gómez Gómez; así mismo, el apoyo que recibí del Fideicomiso Felipe Teixidor me ayudó a explorar el AGN en ciudad de México y adscribirme por un par de meses al Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, bajo la tutela de la doctora Estela Roselló Soberón.

Agradezco en general al personal de cada uno de los archivos que consulté, ya que en varias ocasiones guiaron mi búsqueda y además compartieron mi entusiasmo cada vez que encontraba una nueva pista sobre la Casa de Recogidas: la maestra Glafira Magaña en el AHAG fue clave en esta investigación; Alejandro Solís en el ARANG y la maestra Laura Benítez en el ASTJEJ, quien amablemente me compartió una relación de las visitas de cárceles; Manuelito y Luis del AMG; y Gabi del AHEJ; la doctora Julia Preciado, quien me permitió consultar la CDCCG en CIESAS Occidente. Del Colmich mención especial merece el equipo de la Biblioteca Luis González y González, don Emeterio, Iván, Isabel, Haydee y Héctor; y del Sistema de Información Geográfica a Marco.

Agradezco también a aquellas personas con las que dialogué sobre la Casa de Recogidas, por las recomendaciones bibliográficas, teóricas y metodológicas que surgieron de este ejercicio; entre mis interlocutores estuvieron el doctor Carlos Herrejón, Celina Becerra, Yolanda Guzmán Guzmán, María de los Ángeles Gálvez Ruiz, Victoria López Barahona, Carlos García Valdés, Gema Martínez Galindo, Grecia Carbajal y Erick González Rizo.

Un soporte académico, social y emocional fue la compañía entrañable de Casa Jalisco: Laura Y. Pacheco Urista y Pedro Cueto Michel, a la cual se integró después José Manuel Herrera. Juntos sorteamos la adrenalina colmichiana, las jornadas extenuantes que exacerbaban los ánimos se mitigaban con reuniones plenarias y festivos convites, con partidas de cartas y de dominó, con las sencillas actividades de la vida cotidiana; cada uno aportó algo de sí a la convivencia y el equilibrio logrado fue producto de ello. Además, su disposición para conversar sobre nuestros respectivos temas de investigación, permitió ahondar reflexiones, despejar dudas y ampliar perspectivas de análisis.

De mis colegas de generación agradezco principalmente a María de Jesús Ramírez Magallón por su entusiasmo, dinamismo e invitación para construir nuevos proyectos, entre ellos la plataforma de Fuentes para la Historia Económica de México; de igual manera a Leonor Reyes Pavón con quien compartí inquietudes historiográficas y el gusto por la historia de las mujeres y de género. A ambas por su genuina amistad.

Malinalli Hernández Rivera, Rodolfo González, Gerardo Medina, Josué Bustamante y Andrés Santillán también aportaron a esta tesis, en especial al compartirme material bibliográfico o archivístico que encontraban sobre otras casas de recogidas. Su generosidad me permitió conocer trabajos acerca de las casas de Valladolid, Veracruz y Guatemala.

En el Colegio de Michoacán también se forjó una amistad con colegas de otros centros de estudio y otras generaciones, entre ellos Pedro Favela, Dorian Neyra, Clementina Campos, Gaby Cardoso, Alicia Medina y Alejandra Vázquez. Brenda Guevara y Luis Bedoya quienes se convirtieron en perfectos compañeros de viaje y de múltiples aventuras. La estancia en Sevilla me permitió amistar con grandiosos colegas, en especial con Esteban Sánchez Solano.

Por último, agradezco de manera infinita a mi familia: mis padres, Fernando Juárez y Cecilia Becerra, así como de mis hermanos, Daniel, Nataly, Fernando, Carolina y Pablo, por su cariño, consejos, solidaridad, paciencia y confianza. Porque tratar con un tesista envuelto de caos no es cualquier cosa, y a pesar del mal genio de los días de estrés, y las constantes ausencias, siempre estuvieron conmigo.

A todos ellos por hacer que esta investigación fuera posible.

Isabel

XP

…Las virtudes del historiador se resumen en dos palabras: paciencia e imaginación, paciencia para juntar ladrillos e imaginación para construir palacios…

Luis González y González.

El oficio de historiar

Introducción

Cuando mi director de tesis, el doctor Rafael Diego-Fernández, me propuso enfocar la investigación doctoral en la Casa de Recogidas de Guadalajara fueron más mis dudas que mis seguridades. Yo conocía la institución porque anteriormente la había abordado de manera somera en un artículo, y porque ahí enviaban a las adúlteras, que me interesaban más. Por acercamientos previos a múltiples archivos de Guadalajara, partí a realizar el trabajo de búsqueda de fuentes con la idea de que la información documental referente al recogimiento sería poca, sin embargo, acepté el reto. Mis líneas de investigación, cercanas a la teoría cultural, la historia colonial, de mujeres y de género, también fueron desafiadas, ya que para abordar un establecimiento del carácter de la Casa de Recogidas era fundamental acercarme a la historia institucional, a la historia crítica del derecho y al temible y catastrófico siglo XIX mexicano.

Al regresar de mi primera etapa de trabajo archivístico en Guadalajara, volví con mi director; ambos estábamos sorprendidos del material localizado, por lo que hubo menos incertidumbre en plantear el proyecto. Después de insistir en algunos acervos, de buscar en diversos ramos, de revisar cientos de cajas y miles de carpetas y hojas sueltas, recabé más información de la que pensé que podría reunir. Eso sí, las pistas eran dispersas, variadas, unas escuetas y otras de mayor riqueza en cuestión de datos. No obstante, en cada repositorio que visité encontré fuentes para mi investigación. En el Archivo Histórico del Arzobispado de Guadalajara y el de la Real Audiencia de Nueva Galicia reuní la documentación referente al periodo de 1745 a 1821, la mayoría de la que localicé fue generada por la Casa de Recogidas, salvo los expedientes procesales de las mujeres remitidas por los tribunales de la Audiencia.

Para el periodo posterior a la Independencia y hasta 1871 consulté el Archivo Municipal de Guadalajara, allí abundaron los escritos petitorios de las rectoras e información referente a los arbitrios en especie que otorgaba el cabildo y las mejoras que realizaba al edificio. En las instalaciones de la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco revisé el fondo del Supremo Tribunal de Justicia del Estado de Jalisco, en su ramo civil, criminal y administrativo; por su naturaleza predominaron los registros de entradas y salidas de las

habitantes de la Casa de Recogidas, las actas de visitas de cárcel, y los autos sumarios de las recluidas. En el Archivo Histórico del Estado de Jalisco y el del Congreso del Estado el material obtenido fue menor, pero de gran valía, al ser relativa a los aspectos legislativos y de gobierno de la institución.

La aventura de recabar las pistas de la Casa de Recogidas me llevó al Archivo General de Indias, en donde tuve la oportunidad de consultar documentos nodales para el desarrollo de esta investigación. A la vez, en mi estancia en España conseguí bibliografía especializada. Con el objetivo de realizar una búsqueda exhaustiva, estuve también unos meses en la ciudad de México, allí consulté el Archivo General de la Nación y el Archivo de la Ciudad de México, ya que mi propósito era contar con puntos comparativos sobre los recogimientos de carácter correctivo y las instituciones símiles, esto me ayudó a desarrollar con más certeza y solidez mis argumentos. Establecer una perspectiva plural, me permitió, a su vez, comprender la singularidad de la institución de mi interés.

Una vez que reuní la mayor cantidad de fuentes, vino el siguiente paso: definir el rumbo historiográfico que le daría a mi investigación, lo que me llevó a aterrizar también mi objeto de estudio. Para que mi tesis fuera novedosa, tenía claro que sería una de carácter integral, del principio al final de la institución, con la inclusión de todos sus ángulos posibles. Así, la misma Casa de Recogidas me marcó la temporalidad, de 1745 a 1871, que comprende desde el momento en que se ideó hasta que se desvaneció en los muros de la Penitenciaría de Escobedo, en donde sus habitantes fueron incorporadas.

La decisión de estudiar de manera completa toda la vida de la institución obedecía, a su vez, a razones historiográficas. En México se ha escrito poco respecto a las casas de recogidas. El gran estudio pionero es el libro *Los Recogimientos de mujeres* de Josefina Muriel,[1] que ofrece una panorámica de estos establecimientos, con mayor atención en los casos de la ciudad de México y los enmarcados en el contexto colonial. Un par de tesis sobre el recogimiento de Valladolid y el de Veracruz también acotan su temporalidad al siglo XVIII, y esto mismo observé en artículos de la materia de diferentes latitudes. Este corte, a

[1] Josefina Muriel, *Los recogimientos de mujeres. Respuesta a una problemática social novohispana*, México, UNAM, 1974.

primera vista, daría la impresión errónea de que los institutos tuvieron una vigencia limitada a ese periodo histórico o podría sugerir que fueron en declive con el advenimiento de un nuevo orden político.

Cada institución tiene sus propios cortes temporales, los cuales pueden guardar o no correspondencia con las divisiones en que usualmente se divide la historia de México -colonia, independencia, imperio, república, reforma, segundo imperio, república restaurada, revolución-. Ceñirse a una cronología tradicional de esta índole puede desvirtuar las transiciones particulares del instituto. En el caso particular, múltiples casas de recogidas se mantuvieron en funciones a lo largo del siglo XIX; por lo que su existencia no se restringió a la realidad novohispana, sino que enfrentaron y se adecuaron a los constantes cambios del escenario convulso del México decimonónico.

Considerar la complejidad temporal de mi sujeto de estudio me esclareció que el fenómeno a investigar consistía en las prácticas y discursos de la forma punitiva de encierro que experimentaron las mujeres bajo el régimen de la monarquía española y durante la construcción y consolidación del Estado mexicano. La Casa de Recogidas es el medio que me permitió acercarme a esa realidad de castigo, ya que fue el espacio privilegiado para remitir a las transgresoras del orden; primero en el reino de la Nueva Galicia, después en la Intendencia de Guadalajara, y más tarde en el estado de Jalisco. Al final, como señala Julio Aróstegui, el objetivo de la historia es dar cuenta de cómo las sociedades se comportan y evolucionan en el tiempo y el espacio.[2]

Lo que planteo es que en la producción del espacio social de la Casa de Recogidas de Guadalajara las construcciones de género, los discursos institucionales de recogimiento y la corriente reformista del Derecho Penal ilustrado dotaron al establecimiento de atribuciones particulares que, con las prácticas de sus habitantes, principalmente de las contenidas, configuraron el sentido y significado de un recinto de justicia, que fue ideado para la corrección y redención de las mujeres transgresoras. Cada uno de estos elementos contribuyó a definir lo que significaba vivir, concebir y percibir el encierro punitivo. El modelo de feminidad fue el soporte cardinal que codificó la espacialidad del establecimiento, desde la

[2] Julio Aróstegui, *La investigación histórica: teoría y método*, España, Editorial Crítica, 2001, p. 72.

relación lógica de las estructuras. En términos carcelarios, este instituto presentó variables acordes a una secularización de la sociedad. Además, los procesos de los que fue partícipe produjeron un singular ejercicio demostrativo de la justicia y delinearon una sociabilización específica en su interior, con matices propios de la cultura mexicana.

El acercamiento a mi sujeto de estudio lo realizo a partir del método deductivo, con el objeto de comprender las que considero son las principales tres dimensiones institucionales de las casas de recogidas. Por una parte, desde su contexto general, en tanto que comparten una historia común con los establecimientos de corrección de mujeres que se constituyeron en los albores del siglo XVI en Castilla y, después, en los territorios de ultramar de la monarquía hispánica. En segunda instancia, el reformismo del Derecho Penal, en particular porque sus sensibilidades, valores e ideales en torno a la justicia reformularon la naturaleza del recinto carcelario masculino, y produjeron nuevas representaciones de lo que debería ser un espacio de justicia/castigo. Por último, y no menos relevante, los constructos sociales de la feminidad ya que el género, al ser un principio estructurante, marcó las bases de lo que debería ser un lugar apropiado para lo femenino. Las transgresoras del orden que habitaron los institutos de recogidas fueron las antagonistas del modelo deseado, ergo, por contraposición aproximarse a las pecadoras y a las delincuentes contribuye a la comprensión de las relaciones entre los sexos. Con las variables referidas, apuesto por una investigación de carácter cualitativo.

Dentro de la historia global, la Casa de Recogidas de Guadalajara cruzó el umbral del Antiguo Régimen, dejó tras de sí el orden jurídico tradicional que reconocía la tradición como Derecho, con una concepción de un orden fundamentado por Dios, y por tanto indisponible. En este escenario un escenario la sociedad tenía por bienes más estimados la vida, el cuerpo, el honor y la hacienda. En Con la instauración del pacto social, se instauró un nuevo orden, uno de carácter jurídico legal que impulsó el pensamiento ilustrado.[3]

[3] Carlos Garriga comprende el orden jurídico como "el conjunto de normas reconocidas como jurídicas (esto es, como pertenecientes al orden) por los participantes (y en especial, por las instituciones judiciales)". El proceso que llevó del orden jurídico tradicional, al orden jurídico legal, así como la definición de cada etapa es estudiada por Garriga. A lo largo del texto se retomará esta propuesta, tomada de Garriga, "Continuidad y cambio del orden jurídico", Carlos Garriga (coord.), *Historia y Constitución: trayectos del constitucionalismo hispano*, México, CIDE, Instituto Mora, El Colegio de Michoacán, Escuela Libre de Derecho, HICOES, El Colegio de México, 2010, pp. 59-106.

De los derechos que emanaban del contrato social se tendió a valorar más la libertad, la propiedad y la dignidad.[4] El cambio fue profundo. Estos últimos valores respondían a un fenómeno de mayor realce, fruto del Siglo de las Luces, que enarboló el uso de la razón, el grado de civilidad y la sensibilidad del individuo; a su vez, estas nociones impulsaron la reforma del Derecho Penal, y con ella una nueva visión sobre lo justo, la práctica judicial, el ejercicio demostrativo de la justicia, la construcción del sujeto imputable, y la manera de castigar las transgresiones. Cada elemento incidió en la configuración del espacio de justicia/castigo de la Casa de Recogidas, a veces de forma directa, otras de modo colateral.

La Casa de Recogidas fue un lugar de castigo, que pervivió por más de una centuria, y que atravesó por una etapa de transición política plenamente identificable. Mis inquietudes me llevaron a cuestionar por qué siguió vigente, por qué no murió con el anclaje de la mentalidad colonial y orden jurídico tradicional, si fue fruto de su tiempo. En realidad, deseaba averiguarlo todo, su historia meramente institucional, sus nodos, los grandes personajes que intervinieron en su devenir. A la vez, y de manera fundamental, mi interés se centró en conocer cómo vivían las recogidas, quiénes eran, por qué las remitían, cuántas habitaban este sitio, qué hacían en ese encierro, quiénes más existían y convivían en el establecimiento.

Aquí debo aclarar una licencia. Las referencias al recogimiento de Guadalajara lo hago en mayúsculas, con el propósito de no confundir al lector, esto porque en el texto aludo a otros recintos que tuvieron la misma nominación. Así mismo, puntualizo que cuando menciono recogidas, con minúsculas, lo utilizó para hablar de las habitantes del lugar. Tanto el nominativo de Recogidas, en cuanto al instituto, como el de recogidas por el contenido se mantuvieron en la documentación a lo largo del periodo de estudio. Esta permanencia es un indicativo de la resistencia social y cultural en el lenguaje, pese a las transformaciones que de hecho experimentaba la institución.

El carácter institucional es substancial, sin duda, pero son sus habitantes, sus usuarios, los que significan el espacio social. Por esto, mi investigación es acerca de la Casa de

[4] Esta transición es abordada por Pedro Trinidad Fernández, *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, p. 113.

Recogidas, en el mismo sentido que lo es de las mujeres a las que estaba dedicada; es de las transgresoras y de las normas y leyes que transgredían; es de los castigos y de la culpa, es decir, de la idea de justicia y del Derecho Penal a partir de la experiencia femenina. Esta es una historia cultural, la de una cultura institucionalizada, porque cada institución es un desdoblamiento de la sociedad que la concibe, y a través de la materialidad de las estructuras son perceptibles las creencias, necesidades, intereses e intenciones que las moldearon. Es también una historia de las mujeres, de aquellas que vivieron y experimentaron la clausura de la Casa de Recogidas, porque desde su feminidad marcaron los atributos de ese espacio de representación.

Comprender los significados plurales y móviles de la Casa de Recogidas me condujeron a discernir las fases históricas de las penas desde la concepción femenina; deconstruir los mecanismos de orden punitivo y establecer su correspondencia con otros institutos que albergaban mujeres; identificar los motivos de aprehensión de las contenidas, conocer su perfil delictivo; y reflexionar acerca de la vida cotidiana en el interior del recogimiento. Como historiadora, fui esclava y ama de las fuentes, a veces me hicieron sufrir, otras las atormenté con tal de saber sobre la institución y sus habitantes. El lector valorará en qué medida logré mi cometido. Lo cierto es que entre múltiples papeles institucionales encontré las tenues voces de las recogidas, sus prácticas cotidianas y parte de sus historias de vida.

Inicié la investigación con el firme propósito de no perder a las mujeres dentro del poder avasallante, dominante y estructurante del establecimiento, después ellas mismas me mostraron que esas recogidas de tenue voz dotaban al espacio de significado y su presencia dinamizaba y materializaba la realidad de la institución, porque eran sus cuerpos y sus sentidos los que interactuaban con los muros de su encierro, y era la construcción social de su ser la que delineaba su proceder en un recinto de justicia/castigo. Mi interés giró en torno a comprender cómo la acción bidireccional del poder institucionalizante y el de las institucionalizadas se entretejieron para dar sentido a la Casa de Recogidas de Guadalajara, porque, aunque de fuerza dispar, los actos cotidianos también significan.

Los discursos que codificaban el espacio, la agencia de los sujetos y el imaginario en torno a la Casa de Recogidas constituían una misma unidad de análisis, y había que

estudiarlos de manera integral. Con este propósito, recurrí a la propuesta teórica sobre la *producción del espacio social* de Henri Lefebvre, quien considera que el espacio tiene tres componentes: físico, mental y social, por lo que interrelaciona el espacio lógico-epistemológico, el espacio de la práctica social, y el espacio ocupado por los fenómenos sensibles, sin excluir lo ficticio, los proyectos y proyecciones, los símbolos y las utopías.[5] En el primer elemento se vierte el segundo, y el tercero dinamiza el conjunto. Un sistema de códigos, con un proceso de significación, produce un espacio, en él los agentes, como energía, se despliegan y construyen realidad, actúan, comprenden y son sensibles a cada signo, a cada estructura.[6] Por lo tanto, el espacio es producto, productor y reproductor, es soporte y campo de acción.

Lefebvre propone la siguiente tríada conceptual para el análisis de la producción del espacio social: las *prácticas espaciales*, es decir, el espacio percibido por cada sujeto y su agencia, ya que interactúa de manera dialéctica en él a través de su cuerpo y sus sentidos, se apropia, domina y es dominado; las *representaciones del espacio*, entendido como el espacio concebido, propio de los planificadores, los científicos, el orden impuesto de los signos y códigos que tiende a un campo puntual; y, por último, los *espacios de representación*, que comprende el espacio vivido, que con sus imágenes y sus símbolos, sus habitantes y quienes lo describen, y desde la imaginación, determinan que en ese espacio físico se representa un sistema más o menos coherente.[7]

Por lo tanto, el espacio es instrumental, en cuanto que tiene una doble ilusión: una de la transparencia que de manera "inteligible" evidencia su función primaria y concreta,[8] y una ilusión realista en la medida que un conjunto de elementos imaginarios y simbólicos se toman ilusoriamente por real. De manera que hay en la producción social del espacio una función-intención entrecruzada por la ilusión, basada en un principio estructural que determina que el espacio es pensado para y desde un objetivo que se muestra transparente e inobjetable. Sin embargo, la actividad mental que codifica el espacio converge con la actividad social de los habitantes que realizan, viven y dialogan con él, el elemento significado adquiere sentido

[5] Henri Lefebvre, *La producción del espacio*, Madrid, Capitán Swing, 2013, p. 72.
[6] Lefebvre, *La producción del espacio*, pp. 75-78.
[7] Lefebvre, *La producción del espacio*, pp. 97-98.
[8] Lefebvre, *La producción del espacio*, p. 87.

cuando es practicado, en la interacción transforma, y se constituye significante. Estas prácticas son indicativas del proceso de producción del espacio social, que a su vez, queda entrecruzado por su dimensión temporal, su repetitividad y constancia, los cuales le brindan cohesión. Así, el espacio obtiene existencia por la agencia del sujeto, por su pensamiento y sus deseos, porque establece una correspondencia entre lo imaginario, lo simbólico y el paisaje, que construyen realidad.[9]

Michel de Certeau coincide en afirmar que la noción de *espacio* es la construcción social de un lugar practicado, animado por un conjunto de movimientos que se despliegan en una dirección, a un tiempo, en una velocidad. Por lo tanto, son las operaciones cotidianas las que articulan la experiencia y sentir de un espacio.[10] Los habitantes, los sujetos, dominan y se apropian de él porque lo experimentan, con imaginación o con apego a sus usos simbólicos. De esta manera, los usuarios profundizan en la búsqueda/creación de realidades. A partir de su agencia, los sujetos interactúan con las estructuras, con los códigos culturales y con quienes conviven y habitan en el mismo sitio.[11] La relación de un sujeto con el espacio se da a través de su cuerpo, de sus sentidos que perciben desde la intermediación de una esfera concebida, codificada. Lo vivido es lo que otorga complejidad a este proceso, pues bajo un ejercicio imaginativo, una ilusión, determinamos que la suma de ciertos elementos constituyen una realidad, un espacio.[12]

Una historia del espacio social comportaría la génesis de esos espacios, con particular atención a sus conexiones, distorsiones, desplazamientos, interferencias y sus vínculos con la práctica espacial de las sociedades.[13] Los productores del espacio, los planificadores, parten de una representación primaria de las relaciones entre los géneros y su inserción en lo social, lo político y lo económico, por lo tanto su origen descansaría en una cosmovisión binaria y diferenciada. Comprender las casas de recogidas desde estos postulados, conlleva un ejercicio de análisis y reflexión que desestructure la composición de los espacios que las

[9] Lefebvre, *La producción del espacio*, pp. 88-89.
[10] Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores, 2010, pp. 129-134.
[11] Mauricio Onetto Pavez, "Reflexiones en torno a la construcción de esferas de control y sensibilidades: las casas de recogidas, siglos XVI-XVIII", *Estudios Humanísticos*, núm. 8, 2009, p. 203.
[12] Lefebvre, *La producción del espacio*, p. 99.
[13] Lefebvre, *La producción del espacio*, pp. 100-101.

sociedades han generado y cómo se reconocen en ellos, en lo singular y lo general, porque son decodificables y legibles.

De acuerdo con Lefebvre, la producción de un espacio es obra de una realidad social susceptible de investir el lugar, y de producirlo con los medios y recursos a su alcance. La comprensión de la capacidad productiva y del proceso creativo conducen a un poder superior institucionalizante, subordinados a una lógica imperante.[14] Por lo tanto, la historia de un espacio no es la historia de un objeto, ni de un sujeto, sino de una realidad social, de la expresión de un conjunto de relaciones y formas que entretejen las prácticas de la vida cotidiana, las representaciones del espacio y los espacios de representación.[15]

Comprender las casas de recogidas desde los principios de Lefebvre me permite revalorar la agencia de los sujetos, visibilizar a las mujeres e ir más allá de las teorías foucaultianas que conciben al individuo como un cuerpo atormentado que somatiza las relaciones de poder y es alienado.[16] Además, en la construcción de un sujeto masculino por antonomasia, lo femenino quedó relegado y mermada su agencia, y por ende sin capacidad plena de construir realidad ni de ser un elemento significativo en los procesos de transformación porque su naturaleza y su ser fueron aspectos delineados por los varones. Con Lefebvre el poder estructurante está ahí, no niega su facultad para producir realidades, lo que propone es que las prácticas de los agentes, la concepción y la percepción de la idea sobre cómo se vive determinado espacio participan en el proceso de estructuración.

En la comprensión de la dimensión espacial de las casas de recogidas, al ser un instituto dedicado al sexo femenino, es necesario atender la cuestión de género ya que las actividades que lo significaron correspondieron a una cosmovisión del deber ser mujer, y fueron sujetos femeninos quienes al inscribirse en el espacio, con sus prácticas, lo dotaron de sentido y profundidad.[17] Por género retomo el concepto de Joan Scott, quien considera que esta categoría ayuda a debatir cómo se construyó la diferencia sexual, en las formas en que se producen en las culturas y sociedades las relaciones humanas, mismas que permean las

[14] Lefebvre, *La producción del espacio*, p. 169.
[15] Lefebvre, *La producción del espacio*, p. 170.
[16] David Castillo Murillo, "La causalidad histórica: la aporía entre el agente y la estructura en algunas corrientes historiográficas del siglo XX", *Letras Históricas*, núm. 21, 2009, p. 225.
[17] Lefebvre, *La producción del espacio*, p. 134.

ideas, las instituciones, las estructuras, y las prácticas cotidianas.[18] Scott prepondera el estudio de los procesos históricos que construyeron las significaciones de las categorías hombre y mujer, ya que a través de su agencia es factible deconstruir las experiencias de cada uno y apreciar las variables que envuelven este fenómeno.[19] Comprender las asignaciones de género es entender cómo se articularon las relaciones sociales, y por ende cómo se reprodujo ese orden en el interior de un recinto de justicia/castigo, como las casas de recogidas.

La perspectiva de género permite comprender por qué mujeres y hombres tuvieron fases punitivas diferenciadas. De acuerdo con Paul Ricoeur, lo femenino, al estar alejado de la acción, lo estaba a su vez de la responsabilidad, y más aún de la obligación de reparar un daño.[20] Las mujeres, al permanecer bajo tutelaje y ser tenidas por menores de edad no fincaban responsabilidad directa en sus actos, sino en el perjuicio que éstos causaban a terceros. En términos de justicia, esta diferenciación condicionó que la reparación se efectuara entre sujetos reales de derecho,[21]y que la aplicación del castigo presentara matices en uno y otro sexo. Por ejemplo, el hombre que daba muerte a la adúltera, no lo hacía por el intercambio sexual que la mujer efectuó, sino porque este acto mancilló el lecho nupcial (su derecho absoluto sobre el cuerpo de su esposa) y agravió su honor (al cuestionar su hombría y la capacidad de someter y obtener la total obediencia de su cónyuge). El ofendido, al realizar un hecho de sangre sin interposición judicial, reafirmaba que era dueño y señor de su consorte, así la adulterina recibía la sanción máxima, pero la satisfacción de la afrenta radicaba en la acción violenta emprendida por el varón.

En el estupro por seducción o por fuerza la condena también respondía a una lógica de resarcimiento del daño entre iguales, ya que se consideraba que la falta arremetía contra el capital del honor familiar masculino y no se situaba en el cuerpo de la agredida. Por este motivo, el desagravio del daño consistía en subsanar el deshonor, ya fuera al contraer matrimonio con la estuprada, dotarla o satisfacer la vindicta pública con prisión. La sanción pecuniaria tenía como finalidad compensar la integridad virginal porque era esta prenda de

[18] Joan Scott, *Género e historia*, México, Fondo de Cultura Económica, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008, p. 20.
[19] Scott, *Género e historia*, pp. 24-25.
[20] Paul Ricoeur, *Lo justo*, vol. I, Madrid, Caparrós, 2003, p. 39.
[21] Ricoeur, *Lo justo*, vol. I, p. 44.

inestimable valor lo que la mujer ofrecía a su legítimo cónyuge;[22]por lo tanto, en ello tampoco había una reparación al honor de la implicada, sino una compensación al derecho arrebatado al futuro marido. Lo anterior confirma lo referido por Ricoeur: la satisfacción se efectuaba entre los sujetos reales de derecho. La relación personal y jurídica entre delito-delincuente-pena comenzó con la reforma del Derecho Penal, pero dilató más en alcanzar la realidad femenina.

Con el objeto de desentramar la dimensión cultural de la institución de Recogidas me adhiero a los postulados de Roger Chartier, en cuanto que es necesario considerar al individuo, en este caso a los sujetos inmersos en el campo semántico del recogimiento, inscrito en el seno de una estructura de dependencias recíprocas que constituyen las configuraciones sociales a las que él pertenece. Esto implica articular las obras, representaciones y prácticas en una sociedad dada, a la vez que relacionar las expresiones cotidianas "con la manera en que una comunidad singular, en un tiempo y un espacio, vive y reflexiona su relación con el mundo".[23]

Las bases teóricas que retomo son propias de la historia cultural, y coinciden en su interés por incentivar una reflexión compleja que incluya las ideas, las estructuras y las prácticas de los agentes, y no de manera paralela o fragmentaria. Desde esta perspectiva, el fenómeno de las casas de recogidas entrecruza múltiples variables: la idea de lo justo, la transición de un orden jurídico tradicional a un orden jurídico legal, y los modelos de feminidad, por lo que cada elemento debe ser considerado en su justa dimensión. Atender los postulados teóricos de Lefebvre, de Certeau, Chartier, Ricoeur y Scott me permite plantear una investigación integral acerca de la Casa de Recogidas, conocer su historia, pero sobre todo la producción del espacio de un instituto de índole punitivo. Así mismo, contribuyen a identificar cuáles eran sus elementos significados y cuáles sus significantes, qué implicaba la estadía en el recogimiento, y cómo era vivir el castigo de recogidas.

[22] Isabel Juárez Becerra, *Institución y legislación. Los mecanismos de género a través del delito de violación en la Nueva Galicia (1745-1821)*, tesis de licenciatura, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2013, p. 74.
[23] Roger Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Editorial Gedisa, 2005, pp. X-XI.

De acuerdo con Gema Martínez Galindo y Carlos García Valdés, las instituciones de castigo femenino, en su devenir histórico, presentan tres etapas: la religiosa, la judicial y la penitenciaria. La primera, marcada por un régimen conventual, inició en los albores del siglo XVII y culminó a finales del XVIII; la segunda estuvo caracterizada porque el encierro precisaba la comisión de un delito y la ineludible actuación de un órgano contencioso; por último, la tercera estaba inscrita en un modelo legal y arquitectónico penitenciario.[24] Además, cada fase experimentó una producción discursiva distinta. La religiosa partió de una normativa diferenciada en ambos sexos; la judicial fue eminentemente masculina; y la penitenciaria formuló una mayor conjunción legislativa penal entre hombres y mujeres.[25] En el caso de España, a nivel semántico el nominativo de los institutos cambió acorde a la filosofía que pregonaban. Así, las casas galeras que surgieron del cariz religioso, mudaron el nombre a casas de corrección, para finalmente convertirse en penitenciarías; en el mismo sentido, las habitantes pasaron de ser galerianas a corrigendas, y después a presas.

Los procesos que experimentaron los institutos de justicia femeninos a lo largo del siglo decimonónico obedecieron a una secularización de la sociedad, misma que fue producto del pensamiento ilustrado y de la razón. El Siglo de las Luces tuvo matices en cada rincón de Europa, aunque sus premisas convergían en el interés por mejorar la condición humana, las formas de gobierno, la autoridad y valía de la sociedad civil, los derechos y obligaciones de los ciudadanos, y sobre todo conseguir la "felicidad pública".[26] Sin embargo, la idea de que el orden natural y el divino debían permanecer separados no se generalizó.[27] La monarquía hispánica mantuvo la preeminencia de la religión católica y un régimen absolutista, que pretendía mantener el eje de las "luces de la ilustración" desde la figura de un rey absoluto, pero no déspota.[28]

---

[24] Carlos García Valdés, *Historia de las casas de corrección de mujeres*, lección inaugural, Madrid, Universidad CEU san Pablo, 1999; Gema Martínez Galindo, *Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913),* Madrid, EDISOFER, 2002, pp. 20-21.

[25] Martínez Galindo, *Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913),* p. 19.

[26] Pedro Ruiz Torres, *Reformismo e Ilustración*, Josep Fontana y Ramón Villares (dirs.), *Historia de España,* vol. 5, España, Crítica, Marcial Pons, 2008, p. 428.

[27] Esta separación se deseaba establecer en múltiples ámbitos, por ejemplo en lo académico se buscaba diferenciar el saber humano del saber divino, y emancipar la filosofía natural de la teología. Ruiz Torres, *Reformismo e Ilustración*, pp. 213.

[28] Ruiz Torres, *Reformismo e Ilustración*, pp. 438-447.

De acuerdo con Elisa Cárdenas, los cambios vinculados a la secularización comprendieron una transición de un mundo eclesiástico a un mundo secular, que en el territorio de la monarquía hispánica inició con las reformas borbónicas y que se radicalizó y acentuó con las revoluciones de independencia. Posteriormente, la noción de secularización incluyó también un traslado de bienes del dominio eclesiástico al poder civil, al igual que de las funciones sociales fundamentales del ámbito clerical al ámbito civil.[29] La transformación que propició el pensamiento ilustrado y la secularización significaron nuevas formas de vivir el castigo de encierro.

La esencia punitiva de las casas de recogidas, al secularizarse, transitó por las tres dimensiones de la culpabilidad que identifica Ricoeur, a saber: la psíquico-teológica situada sobre la idea del infierno de una conciencia que es acusada y condenada; la ético-religiosa depositada en la conciencia ética; y la ético-jurídica que descansa en la relación entre penalidad y responsabilidad. En las tres, la culpa exige que el castigo se convierta de expiación vindicativa a expiación educativa, es decir, en enmienda.[30]

En términos de Derecho penal, Francisco Tomás y Valiente explica que la ley penal tenía dos componentes, uno moral porque mandaba o prohibía algo justo y el *estricto sensu* al imponer una condena, el primero obligaba en conciencia, y el segundo en lo externo implicaba expiación temporal. De manera que la acción contraría a la ley constituía delito, y este mismo era pecado. Por lo tanto, con la prescripción de la ley secular se daba fuerza en el fuero exterior al precepto religioso. Así, pecado y delito constituían realidades convergentes, por lo que se graduaba su gravedad a partir del pecado mortal. El pensamiento racional, al desplazar al orden divino, secularizó su relación y dejó de tener sentido su vinculación. El peso moralizante subsistió en la conciencia, y el delito en la razón.[31] Sólo en los actos contrarios a la fe y a la moral sexual (que concernía más a las mujeres), al ser considerados invariablemente pecados, predominó la ofensa a Dios por encima del daño hecho a la sociedad. En cambio, los robos o los homicidios, al atentar de forma directa la

[29] Elisa Cárdenas Ayala, "El lenguaje de la secularización en los extremos de Hispanoamérica: Argentina y México (1770-1870)", *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, núm. 5, 2016, pp. 169-193.
[30] Paul Ricoeur, *Finitud y culpabilidad*, Madrid, Taurus, 1969, p. 365.
[31] Francisco Tomás y Valiente, *Obras completas*, t. I, El Derecho penal de la monarquía absoluta (siglos XVI, XVII y XVIII), Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1997, pp. 341-343.

convivencia social, eran designados por delitos, antes que pecados.[32] Bajo esta lógica, el enjuiciamiento al cuerpo erotizado femenino quedó imbuido en lo pecaminoso, y al estar excluido de la dinámica igualitaria del pacto social fue distanciado de la perspectiva de una transgresión racional.

Michel Foucault determina que el nacimiento de la prisión decimonónica fue la institucionalización del poder de castigar, que tecnificó la coerción y que desplegó procedimientos de sometimiento del cuerpo.[33] La modalidad implicó una contención constante, la cuadriculación del tiempo y rigidez disciplinaria. Sin embargo, desde el siglo XVII las mujeres experimentaron esta articulación punitiva, porque su cuerpo, inmerso en un discurso lascivo, *per se* había sido objeto de sujeción.

El encierro femenil nació por la necesidad consensada de ejercer contra las disolutas un ejemplar castigo y una efectiva corrección que fuera acorde con el modelo de feminidad imperante. En el transcurso de la secularización decimonónica, la finalidad correctiva-religiosa que se aplicaba a las mujeres dio paso a la correctiva-social que se formuló para los hombres, esto porque en el Derecho el pensamiento de la Ilustración enarboló la razón humana como cualidad masculina, dejó al margen la disposición divina y excluyó al sexo femenino. De acuerdo con Tomás y Valiente, Dios se reabsorbió en la razón, la razón en la naturaleza, y el antiguo Derecho divino se convirtió en un Derecho natural y racional, enteramente secularizado.[34] Al respecto, Arlette Farge argumenta que la crítica racional tuvo una base sensible que cuestionó la crueldad, la injusticia, la arbitrariedad y la barbarie, por lo que un cambio en el Derecho penal fue un reflejo de la soberanía colectiva, con sus nuevas sensibilidades, "constituida sobre una relación contractual entre los hombres".[35]En el pacto social, la dinámica noción del delito mantuvo un inestable y diferenciado equilibrio entre la ofensa moral, la social y la personal, entre la acción delictiva y la persona delincuente, según su clase y sexo, pese a la presunta igualdad de los pactantes.

---

[32] Tomás y Valiente, *Obras completas*, t. I, El Derecho penal de la monarquía absoluta (siglos XVI, XVII y XVIII), p. 351.
[33] Michel Foucault, *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI, 1985, pp. 122-123.
[34] Tomás y Valiente, *Obras completas*, t. I, El Derecho penal de la monarquía absoluta (siglos XVI, XVII y XVIII), pp. 253-254.
[35] Arlette Farge, *La vida frágil. Violencias, poderes y solidaridades en el París del siglo XVIII*, México, Instituto Mora, 1994, p. 196.

Destacar el género -femenino o masculino- a que se avoca una institución es substancial para comprender el contexto que produjo su formación y su dimensión. Mostrar las particularidades de las formas punitivas desde la experiencia de las mujeres, precisa abordar a la par su contraparte masculina, e incluir la cosmovisión de los hombres. Su conjunción permite un análisis más complejo de los mecanismos de la justicia en el común de la sociedad, y al mismo tiempo evidencia los propósitos específicos de su ejercicio diferenciado.

El análisis riguroso y amplio de una institución requiere un examen pormenorizado de cada uno de sus ángulos internos y externos, ya que el conjunto de estos elementos convergen en el constructo de lo institucional. Identificar la naturaleza del organismo es primordial, ya que esto permite definir su singularidad desde la pluralidad de los tipos de institutos -educativos, formativos religiosos, correctivos, hospitalarios, carcelarios-, y reconocer su posición jerárquica dentro de las mismas. Por ejemplo, en el periodo novohispano los conventos tenían mayor relevancia que los colegios, y éstos a su vez eran más apreciados que los beaterios.[36] Por el tipo de sus habitantes, las casas de recogidas quedaban al margen, al igual que las cárceles.[37] La lógica estructurante tenía como pauta la guarda de un perfecto estado de recogimiento que favorecería una íntima comunión con Dios, las más apegadas a él eran las monjas y por lo tanto su condición fue sumamente valorada.

Por lo tanto, una de las premisas que seguí, en pro de un estudio integral, fue no perder de vista la precedencia y correspondencia que guardó la Casa de Recogidas con el común de los establecimientos femeninos, no sólo de sus pares carcelarios. En particular, porque el origen remoto de las casas de recogidas se desprendió de un tipo de instituto conventual, por lo que es preciso atender sus similitudes. Además, las bases que tomó quedaron de manifiesto en su estructura, en la composición arquitectónica de su edificio; que obedeció a las pautas

[36] Un beaterio era una comunidad de mujeres que optaban por llevar una vida espiritual, en recogimiento con profesión de celibato; en su gobierno podían depender o no de órdenes religiosas (primeras, segundas o terciarias), del poder del clero secular, o mantener una sana independencia. En un sentido piramidal, los beaterios fueron semilleros para congregar mujeres devotas, este primer cuadro favoreció que buscaran transitar a otras formas de instituciones; primero conventuales durante la edad moderna, y en el XVIII Ilustrado a establecimientos colegiales. En la historiografía mexicana poca atención han recibido estos institutos. Para un acercamiento más puntual véase Ángela Atienza, "De beaterios a conventos. Nuevas perspectivas sobre el mundo de las beatas en la España Moderna", *Historia Social*, núm. 57, 2007, pp. 145-168.

[37] Los hospitales de mujeres escapan en cierto grado de la lógica de recogimiento que prevaleció en el resto de institutos destinados al sexo femenino; la mayoría se erigió para albergar a las dementes.

de los recintos que se creaban para el recogimiento de las mujeres. Por otra parte, la forma de su gobierno tuvo semejanzas con las que se empleaban en los colegios de niñas, por lo que en el ámbito interno resaltó la figura de la rectora como máxima autoridad, es decir, privó un orden matriarcal.

Esclarecer las divergencias también es necesario. Cada tipo institucional entretejió sus diferencias a partir de sus habitantes y las actividades que expresaron en su espacio, ya que de esta forma lo dinamizan e instrumentan. Considerar ambos aspectos favorece la comprensión del conjunto. Por ejemplo, los conventos matizaban sus particularidades según la orden a la que pertenecían -dominicas, carmelitas, concepcionistas, agustinas, capuchinas-, o si las monjas eran calzadas o descalzas. De igual manera, los colegios marcaban sus peculiaridades de acuerdo con la población que atendían, si las niñas eran indias, nobles o españolas. Así, las usuarias y una serie de actos en vista de un cierto objetivo -la comunión con Dios, la instrucción- significaban la unicidad del lugar y materializaban las representaciones del espacio, de forma que la suma de sus aristas mostraría el espacio de representación, es decir, un sistema cohesionado de símbolos y signos.[38]

Las instituciones pueden equipararse a un ente vivo; germinan, proliferan, tienen episodios de auge, de estrés, decadencia, y cuando se vuelven obsoletos tienden a desaparecer, en ocasiones esto último puede tener un alcance generalizado y profundo, y en otras paulatino y episódico. En los territorios novohispanos las casas de recogidas de estilo correctivo aparecieron a finales del siglo XVII, y proliferaron en la primera mitad del XVIII; con la instauración de la monarquía absoluta cambió la forma de impartir justicia y con ella varió la concepción de los recogimientos. En una sociedad cada vez más secular quedó de lado el interés por salvar el alma de las licenciosas, pero no la necesidad de castigar a las transgresoras del orden, por lo que la casa pervivió. Su declive obedeció a la consolidación de un nuevo sistema carcelario, que tenía por modelo el edificio penitenciario, de tecnología panóptica.

El devenir institucional, visto desde todos sus ángulos, es lo que permite vislumbrar un fenómeno más amplio. En este caso la construcción de las relaciones sociales a partir del

[38] Lefebvre, *La producción del espacio*, p. 98.

tipo transgresor femenino y el ejercicio judicial que se desplegaba en su contra. Esto conduce de la historia de las instituciones a la historia de las mentalidades, de las mujeres, del derecho y de género, todo a través de la producción del espacio que ofrece la Casa de Recogidas de Guadalajara. Deconstruir el significado de un instituto requiere comprender que en su composición se entreteje lo discursivo, lo práctico y lo vivido, y que cada aspecto la dota de sentido.

El poder institucionalizador, a través de sus mecanismos, tiene por objetivo incidir en un grupo determinado de los habitantes de un lugar; en el caso de esta investigación, el conjunto focalizado fueron las mujeres recogidas. No obstante, la población del recogimiento incluía a las figuras de mando, como la rectora y los guías espirituales, además, en el mismo recinto convivían los familiares de las rectoras, los hijos pequeños de las recogidas y personal masculino de apoyo, por ejemplo los guardias, mozos y porteros. Por este motivo, y con la finalidad de ofrecer una perspectiva integral, es preciso reconocer la pluralidad de individuos que coexistían en la Casa de Recogidas, y reflexionar acerca de las formas en que significaban su estancia en ella y las maneras en que se relacionaban con sus estructuras, ya que esto producía distintas experiencias y, por ende, nociones contrastantes en torno a un espacio unívoco.

La penalidad femenina se ha construido distinta a la masculina. En el siglo XVI, cuando privaban las concepciones utilitaristas en los enjuiciados, y el encarcelamiento sólo era momentáneo entre tanto se realizaba el proceso judicial, no se consideró que la acción punitiva colocara a las disolutas en las minas, los servicios militares, en los navíos del rey o en el trabajo de obras públicas.[39] En las mujeres, en cambio, se privilegió la corrección y la redención, ya que en una sociedad de orden jurídico tradicional, la salvaguarda del cuerpo, significaba la salvación del alma. Además, debido al quiebre de la normativa del deber ser, lo que se procuró con la sanción fue reformar a las transgresoras y convertirlas en mujeres virtuosas y buenas cristianas, a través del acto de recogerse y con el desempeño de trabajos propios de su sexo. Los hombres, desde su construcción social, tuvieron una experiencia

[39] José Luis de las Heras Santos, "Casas de recogidas y galeras de mujeres en la Edad Moderna: moralidad, asistencia y represión contra las mujeres en los siglos XVII y XVIII", Óscar Fernández Álvarez (ed.), *Mujeres en riesgo de exclusión social y violencia de género*, España, Universidad de León, 2014, p. 418.

particular en la que también marcaron la pauta sus atributos, primero físico, por su fortaleza apropiada para las sanciones utilitarias, y después por su capacidad de ser ciudadano, sujeto pleno de derecho.[40]

Estado del arte

Referir qué se ha dicho sobre las casas de recogidas de tipo correctivo y cómo se ha abordado su estudio es una tarea sencilla en lo referente a la bibliografía producida en México.[41] Afortunadamente localicé obras clave que reflexionan acerca de aspectos nodales de la materia en España y en otras latitudes de América Latina, aunque en el escenario americano la mayoría de los estudios corresponden al periodo colonial. Respecto a las cárceles de mujeres en el siglo XIX los textos disponibles son sumamente escasos, en este aspecto esta investigación contribuye de manera significativa a llenar ese vacío historiográfico.

Una obra fundamental por su propuesta metodológica es *Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913)*, de Gema Martínez Galindo, doctora en Derecho. La autora, con un enfoque jurídico histórico de orden penitenciario, analiza la reclusión femenina y su filosofía desde su nacimiento a principios del siglo XVII y hasta las primeras décadas del siglo XX en España, por lo que comprende su origen, desarrollo y constante transformación, su estudio concluye en el momento en que se adoptó el modelo de penitenciaria. El objetivo principal gira en torno a conocer las bases, fundamento y evolución de los centros punitivos de encierro femenil. Martínez Galindo presenta de manera cronológica y sistemática las tres etapas por las que

[40] La obra de Pedro Trinidad Fernández sólo dedica un par de páginas para referir el surgimiento de las casas galeras, aunque es una investigación profunda y analítica, se enfoca en la experiencia punitiva masculina. Véase *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*. La perspectiva se puede completar con estudios como el de Gema Martínez Galindo, *Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913)*.

[41] Debo acotar que en México los estudios concernientes a institutos femeninos han volcado su atención en los espacios conventuales y sus habitantes. No obstante, los conventos, colegios y beaterios de Guadalajara son aún materia pendiente en la historiografía. Para una aproximación a las fuentes coloniales disponibles sobre los establecimientos de mujeres en Guadalajara véase Isabel Juárez Becerra, "Novogalaicas institucionalizadas. Sus huellas a través del Archivo Histórico del Arzobispado de Guadalajara, México", *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos*, año 9, núm. 9, 2018, pp. 67-77.

han transitado estos institutos, a saber: la religiosa, la judicial, y la legal-penitenciaria; en esta división, sigue a su mentor, Carlos García Valdés.[42]

Martínez Galindo se decanta por las fuentes legislativas, la doctrina y la reglamentación de los institutos punitivos de castigo femenino, por lo que en términos de los postulados de Lefebvre su estudio aborda las *representaciones del espacio*, es decir, el orden concebido, impuesto de los signos y códigos. En este sentido, el principal aporte de Martínez Galindo es reconstruir el hilo discursivo de los espacios al reconsiderar desde los planificadores legistas los elementos significativos que produjeron recintos de justicia/castigo, pero sobre todo demostrar de manera sólida que la reclusión de las mujeres ha transitado por al menos tres etapas, y que esto quedó plasmado a nivel semántico en sus nominativos.

Galerianas, corrigendas y presas me permite comprender cómo se inscribe la Casa de Recogidas de Guadalajara en un contexto más amplio, en la historia compartida de los institutos punitivos. Al mismo tiempo esta obra brinda un punto de comparación que contribuye a identificar las divergencias y convergencias entre los establecimientos de españoles y los instituidos en Nueva España y México. Además, al centrarse en la experiencia penitenciaria femenina, con un estudio de larga data, muestra las políticas diferenciadas que rigieron la lógica de la aplicación del castigo judicial en hombres y mujeres y esclarece las transformaciones del régimen punitivo femenino.

Un estudio paralelo, *Between the sacred and the worldly*, de Nancy van Deusen, pone la atención en un punto medular: el significado de recogimiento. Para la autora este concepto comprende tres dimensiones. Un cariz teológico que remitía a un estado místico de meditación y unión con Dios, surgido en Castilla en el tardío siglo XV y los albores del XVI.[43] Una de las virtudes femeninas que denotaban modestia y un comportamiento decente,

[42] Carlos García Valdés en un breve artículo refiere estas tres etapas, el mérito de Martínez Galindo es dar mayor solidez a su propuesta con un estudio de larga data. La metodología que propone García Valdés se desarrolla en "Las casas de corrección de mujeres: un apunte", José Cerezo, Rodrigo Fabio Suárez, Antonio Beristaín, Carlos Romeo Casabona (eds.), *El nuevo código penal: presupuestos y fundamentos. Libro homenaje al profesor Torío López*, Granada, Comares, 1999, pp. 587-592.

[43] El concepto teológico de recogimiento es atribuido al franciscano Francisco de Osuna quien lo describió como una práctica espiritual de unión con Dios en su escrito *Tercer Abecedario Espiritual* (1527). Posteriormente, en su obra *Norte de los Estados* (1531) empleó el término recogimiento como una virtud moral y una norma de comportamiento de lo femenino. Nancy E. van Deusen, *Between the Sacred and the Worldly.*

por lo que incidía en el cuerpo, la sexualidad y la libertad. Por último, una práctica institucional que protegía y resguardaba a las mujeres de manera voluntaria o involuntaria y que les imprimía las nociones anteriores. Cada tipo de recogimiento estuvo entrelazado, pero tuvieron derroteros ligeramente distintos.[44]

Van Deusen investiga los tres rubros de recogimiento en la ciudad de los Reyes en el siglo XVI y XVII, su objetivo es examinar el discurso de género en la concepción de esta categoría, en sus tres formas interrelacionadas. Su argumento central es que el significado teológico llegó a convertirse en una expresión generadora de normas, encierro físico y virtud y tomó matices particulares en las posesiones de ultramar con la finalidad de adecuarse a las sociedades mestizas. La autora resalta la interacción entre los significados ideales y reales de las prácticas sociales y culturales del acto de recogerse. En su análisis considera tres ejes: el lenguaje, el género y lo institucional, con esto pretende dar cuenta de que la comprensión de los códigos culturales, en este caso el recogimiento, permiten identificar la simbiosis de principios ordenadores como lo sagrado (puro, santo) y lo mundano (impuro, pecador), en sentido inverso los cambios en la significación de estos elementos, denotan las variaciones en los códigos culturales.[45]

La base documental que da soporte a los argumentos de van Deusen comprende las tres concepciones del recogimiento en ciudad de los Reyes. Por una parte, analiza las fuentes institucionales que dan cuenta de la fundación de recogimientos, beaterios, colegios y conventos en el siglo XVI, esto con la finalidad de discernir la clausura mística; enseguida contrasta los discursos femeninos sobre el recogimiento como virtud en disensiones matrimoniales en los dos primeros siglos del dominio español; por último detalla la institución de la Casa de las Amparadas para mujeres distraídas moralmente, establecida en 1670.

The Institutional and Cultural Practice of Recogimiento in Colonial Lima, Stanford University Press, California, 2001, pp. 18-20.

[44] Van Deusen, *Between the Sacred and the Worldly. The Institutional and Cultural Practice of Recogimiento in Colonial Lima*, p. XI-XII.

[45] Van Deusen, *Between the Sacred and the Worldly. The Institutional and Cultural Practice of Recogimiento in Colonial Lima*, p. 8.

Para los fines de mi investigación, considerar los orígenes normativos, institucionales y teológicos del recogimiento contribuye a reflexionar de manera puntual sobre el devenir de las casas de recogidas. La praxis mística que lo caracterizaba derivó en una práctica de disciplina social, en un encierro que imprimiría un castigo a las transgresoras, con el objetivo de redimirlas e inculcarles la virtud de la modestia, la clausura y la pureza sexual.[46]

El cepo y el torno. La reclusión femenina en el Madrid del siglo XVIII de Victoria López, quien muy gentilmente me obsequió un ejemplar de su libro, conduce la reflexión hacia la historia social, en particular a las condiciones de vida, fuera y dentro del encierro, de las mujeres remitidas a confinamiento a la Real Casa Galera, el Hospicio de San Fernando, el de Corte, y las salas de mujeres de las cárceles de Corte y Villa. López sostiene que fue mayor la aprehensión de las clases desposeídas. Por lo tanto, eran principalmente los pobres los estrechados a ejecutar un trabajo forzado. De esta manera, se replicaba en el interior de los espacios el orden exterior que dictaba que los sujetos pauperizados debían adaptarse a la ética del trabajo, esto dotó de un doble carácter a los hospicios y casas galeras, ya que conjugaban lo caritativo con lo punitivo y lo utilitarista.[47]

Las principales fuentes documentales a las que recurre López son los memoriales de súplica que elevaban las confinadas o sus familiares al Consejo de Castilla o a la Sala de Alcaldes, y esto lo complementa con los informes que elaboraban las autoridades de los centros de confinamiento que estudia.[48]El eje en la investigación de López son las mujeres reclusas, pero su objeto es identificar las unidades domésticas a las que pertenecían, quiénes eran, y cómo su encierro desestructuraba temporalmente a las familias, ya sea por los modestos ingresos que aportaban a su hogar o por los cuidados que efectuaban sobre otros miembros de su grupo familiar, los cuales eran más significativos si se considera que, de acuerdo con la autora, procedían de sectores menos favorecidos.

[46] Van Deusen, *Between the Sacred and the Worldly. The Institutional and Cultural Practice of Recogimiento in Colonial Lima*, p. 165.
[47] Victoria López, *El cepo y el torno. La reclusión femenina en el Madrid del siglo XVIII*, Madrid, Editorial Fundamentos, 2009, p. 15.
[48] López, *El cepo y el torno. La reclusión femenina en el Madrid del siglo XVIII*, pp. 29-30.

En general, en la historiografía española identifiqué textos que desde la historia institucional y la historia social dan cuenta de la fundación de casas de arrepentidas,[49] galeras o recogidas,[50] y que replican sus reglamentos,[51] sobre todo de los siglos XVII y XVIII. Otros, basados en la historia de la penalidad, resaltan cómo las casas galeras instituyeron una nueva forma de castigo para las mujeres que quedó distanciada del utilitarismo que privaba en la aplicación de la justicia a los hombres.[52]En esta misma línea, Isabel Ramos Vázquez reflexiona, con un ejercicio comparativo, acerca de las diferencias institucionales entre los lugares punitivos masculinos y femeninos del siglo XVII al XIX, esto a partir de los decretos y disposiciones generales emitidos por las autoridades; en su texto la autora observa que con una ordenanza emitida en 1834 comenzó un esfuerzo por unificar criterios e incorporar a las reclusas a la experiencia penitenciaría.[53]

En México, la referencia obligada es el libro *Los recogimientos de mujeres. Respuesta a una problemática social novohispana*, de la autoría de Josefina Muriel, una historiadora que fue experta en instituciones femeninas coloniales. Una característica que la distinguió es que trabajó conventos, hospitales, recogimientos y colegios de forma sistemática, con un enfoque amplio e integrador de los establecimientos referidos a lo largo y ancho de la Nueva España.[54]Muriel estudió las casas de recogidas a partir de la historia institucional y social de las mujeres. Su obra inicia con una descripción de la situación femenina en el mundo hispánico; enseguida, da paso a las noticias de los recogimientos. Con mayor profundidad

---

[49] María Dolores Pérez Baltasar, "Orígenes de los recogimientos de mujeres", *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, vol. V, 1985, pp. 13-23; José Seguí Cantos, "La Casa de Arrepentidas: notas acerca de la acción caritativa y social en la Valencia de mediados del siglo XVI", *Saitabi*, núm. 64-65, 2014-2015, pp. 127-150.

[50]Juan Blázquez Miguel, "Aportación al estudio de las cárceles inquisitoriales murcianas. La casa de recogidas en el siglo XVIII", *Anales de Historia Contemporánea*, núm. 4, 1985, pp. 35-39; Laura Canabal Rodríguez aborda una casa de protección y asistencia instalada en Toledo, y como apéndice incluye su reglamento de 1599, en "Mujer y reclusión en el siglo XVI. Fundación y estatutos de la Casa de Ntra. Sra. Del Refugio en Toledo", *Tempus*, núm. 2, 2015, pp. 4-35.

[51] Las constituciones de la casa de penitencia de Málaga, de 1681, se encuentran en Isabel Pérez de Colosía, "Constituciones para la casa de recogidas fundada por fray Alonso de Santo Tomás", *Baetica*, Estudios de Arte, Geografía e Historia, núm. 25, 2003, pp. 575-588.

[52] De las Heras Santos, "Casas de recogidas y galeras de mujeres en la Edad Moderna: moralidad, asistencia y represión contra las mujeres en los siglos XVII y XVIII", pp. 417-426.

[53] Isabel Ramos Vázquez, "Galeras y casas de corrección de mujeres (ss. XVII-XIX)", Rosalía Rodríguez López, María José Bravo Bosch (eds.), *Experiencias jurídicas e identidades femeninas*, Madrid, Editorial Dykinson, 2010, pp. 495-514.

[54] Sobre la trayectoria y las principales obras de Josefina Muriel véase Virginia Guedea, "Josefina Muriel de González Mariscal: cincuenta años de vida académica", *Anuario de Historia de la Iglesia*, núm. 11, 2002, pp. 369-371.

abordó los instaurados en ciudad de México, y de manera general los establecidos en otras regiones, esto con el objetivo de proporcionar una visión panorámica sobre sus instauraciones.[55]

Con el balance que ofrece Muriel, queda sustentado que en Nueva España existieron tres tipos de casas de recogidas: las de penitentes, las preventivas y las correctivas. De igual manera, demuestra las transformaciones que experimentaron, y que las de carácter punitivo proliferaron en el siglo XVIII, mientras que las otras iban en declive. Respecto a los establecimientos de interés, esclarece que fue indistinto su arbitrio jurisdiccional, que fueron fundadas por igual en villas, ciudades y pequeños poblados, y que compartieron funciones similares al aplicar a sus habitantes a las jornadas del fogón y del metate, y en ocasiones rudimentos en hilados, tejidos y torno.[56]

En México pocos estudios han profundizado en la historia integral de una casa de recogidas, lo que ha privado, al igual que en otras latitudes de América Latina,[57]son las aproximaciones sobre aspectos generales en determinados periodos de tiempo, en textos cortos -artículos generalmente-, lo que ha construido una visión fragmentada de la materia. En cuestión de análisis, lo que prevalece son abordajes con una perspectiva basada en la historia de las mujeres, y que tiene la finalidad de identificar la normativa del deber ser femenino en las fuentes judiciales e institucionales propias del recogimiento.[58] En el caso veracruzano, la casa de recogidas ha sido abordada a partir de su relación con el cabildo secular, en cuanto a su función administrativa, que adquirió por disposición del obispo de Puebla.[59]

---

[55] Muriel, *Los recogimientos de mujeres*, *Respuesta a una problemática social novohispana*, p. 11.
[56] Con la información que ofrece Josefina Muriel, y la localizada en algunas tesis, he realizado una tabla sobre los recogimientos que se puede consultar en la sección de anexos.
[57] Para el caso de Cuba localicé el estudio de la casa de recogidas de La Habana, que abarca de 1746 a 1868, no obstante, es de carácter meramente descriptivo. Rolando Álvarez Estévez, *La "reeducación" de la mujer cubana en la colonia. La casa de Recogidas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1976.
[58] Susana Cecilia Ortiz, *Esbozo histórico del recogimiento de Valladolid de Michoacán, 1726-1786. En la búsqueda de las mujeres*, tesis de licenciatura, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2003.
[59] Carmen Suárez Rivera, *La ciudad de Veracruz y la administración de la Casa de Recogidas, 1790-1800*, tesis de licenciatura, Veracruz, Universidad Veracruzana, 2001.

En la casa de recogidas conocida como la Residencia,[60] en Buenos Aires, los ejes de análisis estructuralistas se han centrado en cómo el poder político, administrativo y disciplinante se ejercía desde esta institución hacia determinados sectores de la población rioplatense. En especial, las indias pampas de zonas de frontera que de manera sistemática eran capturadas y remitidas en calidad de cautivas al establecimiento. Además, en ocasiones las no bautizadas fueron canjeadas por cautivas cristianas que retenían los indios, y a otras más se les repartió con particulares bajo la promesa de que las educarían en religión, las asistirían e instruirían en labores domésticas; aunque en sí sólo se les colocaba en servicio con una módica paga. Este fenómeno destaca y es una de las singularidades de la Residencia.[61]Por otra parte, en 1797, fueron recluidas, y hechas prisioneras de guerra, 68 inglesas que viajaban en la fragata Lady Shore.[62] La argumentación con perspectiva de género y la visión de la historia de las mujeres también es recurrente en su abordaje, en particular porque cuenta con un suceso peculiar de excesivo abuso de autoridad masculina.[63] En temporalidad, los estudios del recinto comprenden de 1773, fecha en que comenzó a funcionar la institución, hasta 1806, por cuestiones de la documentación disponible.[64]

Mención aparte merecen los artículos de Mauricio Onetto Pavez "Reflexiones en torno a la construcción de esferas de control y sensibilidades: las casas de recogidas, siglos XVI-XVIII" y "De ideales y transgresiones en medio de una precariedad. La casa de recogidas de Santiago de Chile, siglos XVII-XVIII",[65] que comparten una misma argumentación. El autor, basado en la historia cultural y de las sensibilidades, resalta que

---

[60] Esta casa de recogidas se estableció sobre el complejo edilicio que dejó vaco la Compañía de Jesús y que era conocida como la Residencia, por este motivo al edificio de las recogidas se le conoció también con este nombre.

[61] Para profundizar sobre el tema véase Natalia Salerno, *Mujeres indígenas recluidas en la casa de recogimiento*, tesis de licenciatura, La Plata, Universidad Nacional del Sur, 2014; Marina Paula de Palma, *Recluidas y marginadas. El recogimiento de mujeres en el Buenos Aires colonial*, tesis de licenciatura, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2009, pp. 62-86.

[62] De Palma, *Recluidas y marginadas. El recogimiento de mujeres en el Buenos Aires colonial*, pp. 55-56.

[63] Pérez Baltasar, "Orígenes de los recogimientos de mujeres", pp. 13-23; Adriana Porta, "La Residencia: un ejemplo de reclusión femenina en el periodo tardo colonial rioplatense (1777-1805)", María Isabel Viforcos, Rosalva Loreto (coords.), *Historias compartidas. Religiosidad y reclusión femenina en España, Portugal y América, siglo XV-XIX*, León, Universidad de León, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2007, pp. 391-416.

[64] Esta precisión en cuanto a las fuentes disponibles en el Archivo General de la Nación de Argentina, la realiza De Palma, *Recluidas y marginadas. El recogimiento de mujeres en el Buenos Aires colonial*, pp. 14-15.

[65] Mauricio Onetto Pavez, "De ideales y transgresiones en medio de una precariedad. La casa de recogidas de Santiago de Chile, siglos XVII-XVIII", *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, núm. XVIII, vol. 1, 2009, pp. 159-200.

estos establecimientos, al ser espacios percibidos, "fueron proclives a producir emociones, sentimientos y una gama de sensibilidades que contribuyeron a la corrección de sus habitantes".[66] En la consideración de casa, como recinto que provoca y produce un sentir anímico, retoma los postulados que desarrolla Gastón Bachelard en *La poética del espacio* y los conjuga con los de *La vida frágil* de Arlette Farge quien considera que las emociones son modos de aprehensión y comprensión de la realidad.[67]

Onetto Pavez sostiene que el ideal de la feminidad, enarbolado por la imagen de la virgen María, acotaba la movilidad mujeril, y en consecuente su espacialidad, por lo que construir los institutos desde la noción de "casa las anclaba a un modo-imagen de vida", las constreñía a determinadas sensaciones, y a su lugar de pertenencia por excelencia.[68] Estas entidades, confirma Onetto Pavez, vincularon múltiples escenarios: lo moral, lo político, lo económico, lo religioso, y un sistema de sensibilidades.[69] La propuesta es interesante, aunque no la integra de manera cabal en su análisis. Sin embargo, considerar que las casas de recogidas partieron de un principio estructurante que dotaba al espacio de códigos reconocidos como propios de lo femenino, en tanto concepto y lugar, permite una mayor comprensión de las virtudes que se pretendían inculcar en el interior de sus muros, y la lógica estamental y patriarcal que obedeció la implementación de las labores que realizaban sus habitantes. En las casas de recogidas las mujeres continuaban, en lo práctico y en lo simbólico, recogidas en sus casas. Sin duda, las instituciones son un desdoblamiento de la sociedad que las concibe.

Respecto a la Casa de Recogidas de Guadalajara, Carmen Castañeda publicó un texto en 1978, con unas breves noticias sobre la institución,[70]que sirvieron de preludio a un par de

---

[66] Onetto Pavez, "Reflexiones en torno a la construcción de esferas de control y sensibilidades: las casas de recogidas, siglos XVI-XVIII", p. 179.
[67] Onetto Pavez, "De ideales y transgresiones en medio de una precariedad. La casa de recogidas de Santiago de Chile, siglos XVII-XVIII", p. 172.
[68] Onetto Pavez, "Reflexiones en torno a la construcción de esferas de control y sensibilidades: las casas de recogidas, siglos XVI-XVIII", p. 186.
[69] Onetto Pavez, "Reflexiones en torno a la construcción de esferas de control y sensibilidades: las casas de recogidas, siglos XVI-XVIII", p.203.
[70] En 1978, Carmen Castañeda, en las notas referidas, señaló que la casa fue fundada desde 1748, que estaba ubicada a un costado de la ayuda de parroquia del Pilar, inmediata a catedral, y que estuvo regida por mujeres que fungían como madres superioras. Esto mismo lo replicó en otro de sus trabajos. Carmen Castañeda, "La Casa de Recogidas de la ciudad de Guadalajara", *Boletín del Archivo Histórico de Jalisco*, vol. II, núm. 2, may-ago 1978, pp. 17-23; Castañeda, *Violación, estupro y sexualidad. Nueva Galicia 1790-1821*, Guadalajara,

fuentes documentales que reprodujo de manera íntegra: un una real cédula de 1776 y las ordenanzas del establecimiento formuladas en 1788.[71]Josefina Muriel, en su libro ya referido, dedicó dos páginas a la institución de Guadalajara, los datos que ofrece son de carácter económico administrativo; en fecha, algunos corresponden a la década de 1840 y los localizó en el Archivo General de la Nación.[72] María de los Ángeles Gálvez Ruiz también tiene un artículo sobre esta casa, la cual analiza bajo el criterio de vida cotidiana e historia de las mujeres; en él, la autora destaca las diferencias entre los géneros en materia de derecho, y proporciona más datos fundacionales de la Casa con referencias inéditas del Archivo General de Indias.[73]

Elizabeth Rodríguez Raygoza cuenta con un escrito en el que detalló aspectos referentes a la organización, la administración y los dispositivos empleados con el propósito de disciplinar a las recluidas en la Casa de Recogidas. En temporalidad comprende de 1748 a 1873. Su aproximación es desde la historia social de la criminalidad, y centra su observación en la información que obtuvo de los registros de entradas y salidas de las presas correspondientes al año de 1868, y que documentó en el archivo del Supremo Tribunal de Justicia del Estado de Jalisco.[74] Otro artículo es de mi autoría, que parte de un enfoque de género y de la perspectiva de la historia de las mujeres para analizar los elementos discursivos e institucionales que enlazaron los mecanismos de control dirigidos a lograr la sumisión y obediencia de las mujeres, lo cual constaté con algunas de las causales de reclusión, las labores a las que eran sometidas las habitantes de las Recogidas, las prácticas devocionales que debían ejercitar de manera constante, y la infame nota que recaía sobre ellas al ingresar a la institución.[75]

Editorial Hexágono, 1989, p. 149. La misma información se repite en *Historia de Jalisco, t. II, de finales del siglo XVIII a la caída del federalismo*, José María Muriá (dir.), Guadalajara, 1981, pp. 114-115.

[71] Castañeda puntualizó que reprodujo estos documentos de la obra de Francisco Alemán y Juan B. Iguíniz, *Biblioteca histórica jalisciense*, .t. I, Guadalajara, Imp. Lit. y Enc. José María Iguíniz, 1909.

[72] Muriel, *Los recogimientos de mujeres. Respuesta a una problemática social novohispana*, pp.184-185.

[73] María de los Ángeles Gálvez Ruiz, "Una institución de origen castellano en la Intendencia de Guadalajara: La Casa de Recogidas (s. XVIII)", *Castilla y León en América. Actas del IV Congreso de Americanistas Españoles*, Valladolid, Caja de España, 1991, vol. III, pp. 347-361.

[74] Elizabeth Rodríguez Raygoza, "La Casa de Recogidas. Una institución para proteger, corregir y castigar a las mujeres en Guadalajara durante los siglos XVIII-XIX", *Seminario de Historia Mexicana*, vol. IX, núm. 2, 2009, pp. 45-63.

[75] Isabel Juárez Becerra, "Reformación femenina en Nueva Galicia: La Casa de Recogidas de Guadalajara", *Historia 2.0*, núm. 6, ene-jun 2013, pp. 46-54.

Sobre cárceles femeniles en el siglo XIX mexicano he localizado sólo dos artículos. Uno referente a la cárcel de la Magdalena de Puebla, y otro que aborda los establecimientos de la ciudad de México, ambos tratan de discernir cómo se insertó a las mujeres en la experiencia carcelaria. Mariana Marín, en relación al caso poblano, señala que las presas reprodujeron los modelos imperantes de feminidad, por lo tanto, su encierro fue diferenciado del masculino.[76] Fernanda Sigüenza Vidal, por su parte, argumenta que las jornadas de trabajo y los rudimentos en educación eran formas de incluir a las reas en la dinámica de la reforma penitenciaria;[77] punto en el que difiero y que trato con profundidad en el capítulo IV.

Una peculiaridad historiográfica en materia de cárceles, y sobre todo de criminalidad, es que los estudios enmarcados en la época porfirista abundan. Esto se debe a que temporalmente coinciden con el auge de la corriente criminalista de orden positivista, que tuvo una extensiva recepción por los grupos cientificistas del país. Aunque en temporalidad son ajenos a los marcos que establezco para la Casa de Recogidas, a lo largo del texto abordo varios de ellos, pero con las debidas reservas, ya que en esa vertiente el transgresor era innato, y en esta concepción distó de la escuela clásica, que veía al delincuente como un sujeto que de manera libre optaba por romper con el pacto social.

Respecto a los fines del estado del arte, sólo me detendré en la obra de Jorge Trujillo Bretón, *Entre la celda y el muro,* referente a la penitenciaria jalisciense "Antonio Escobedo", abordada desde la historia social del delito. El autor enmarca su estudio de 1844, fecha en que se comenzó la construcción de la "cárcel nueva", a 1912, pero en las cuestiones relativas a las prácticas sociales carcelarias resalta más las correspondientes al periodo porfirista.[78] En lo concerniente a las mujeres, en cierta medida Trujillo inicia su investigación en el punto en que yo la concluyó.

---

[76] Mariana Marín Ibarra, "Espacios de reclusión femenina en la ciudad de Puebla (1862-1867), *Revista de Historia de las Prisiones*, núm. 2, 2016, pp. 150-165.
[77] Fernanda Sigüenza Vidal, "La ex Acordada y Belén, una visión de la rehabilitación penitenciaria en la prisión en México (1833-1882)", *Relaciones Estudios de Historia y Sociedad*, núm. 154, 2018, pp. 193-223.
[78] Jorge Trujillo Bretón, *Entre la celda y el muro. Rehabilitación social y prácticas carcelarias en la penitenciaría jalisciense "Antonio Escobedo", 1844-1912*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2011.

De las Recogidas las menciones superfluas son muchas, las más de ellas arriesgadas, equivocadas y sin sustento suficiente; quienes trabajan transgresiones femeninas siempre, de una manera colateral, refieren a ella, pero al no haber un estudio puntual de este instituto caían en afirmaciones erróneas que llegaron a ser replicadas una y otra vez.[79] En parte, lo anterior obedeció a la indisponibilidad de las fuentes correspondientes al periodo colonial, ya que el Archivo Histórico del Arzobispado de Guadalajara, donde se encuentra información trascendental de la Casa de las Recogidas, es de apertura relativamente reciente.[80] Incluso, debo decir que en 2010, al participar en una investigación sobre la historia de las mujeres en Nueva Galicia,[81] fue a mi solicitud e inquietudes que la maestra Glafira Magaña, encargada del acervo eclesiástico, se dio a la tarea de reunir las hojas sueltas relacionadas a la Casa de Recogidas. Después de un par de semanas esas pistas dispersas formaron una caja; gracias a esa experiencia y a la gentileza y compromiso de la maestra Glafira, es que existe esta tesis, con un soporte documental inédito. Sin duda, una investigación sobre la Casa de Recogidas era justa, necesaria y urgente. En Guadalajara otros establecimientos esperan a ser tratados con profundidad, con rigor metodológico y teórico.

El presente estudio de la Casa de Recogidas comprende un preludio, basado en un bosquejo histórico de los orígenes de este tipo de institución, la cual se remonta a la España del siglo XVI, y su proliferación en la Nueva España. La historia puntual de las Recogidas de Guadalajara está dividida en cuatro secciones, cada uno vincula dos componentes. Por una parte, los elementos estructurantes que codificaron el espacio, ya que estos develan el marco de valores, ideales y concepciones de la feminidad y la transgresión. Enseguida, abordo la agencia de las distintas habitantes del establecimiento y sus formas de relacionarse con el

---

[79] Sirvan como ejemplo los siguientes: afirmar que el establecimiento fue fundado o concluido en 1776, Erika Hernández Barberena, "Transgresoras matrimoniales en Guadalajara a finales del periodo colonial" Jesús Gómez Fregoso (comp.), *De la Guadalajara de ayer…y de antier*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2006, p. 126; Trujillo Bretón, *Entre la celda y el muro. Rehabilitación social y prácticas carcelarias en la penitenciaría jalisciense "Antonio Escobedo", 1844-1912*, p. 59; sostener que su orden interno siempre estuvo regido por religiosas, Domingo Coss y León, *Los demonios del pecado. Sexualidad y justicia en Guadalajara en una época de transición (1800-1830)*, Zapopan, El Colegio de Jalisco, 2009, p. 232.

[80] Para conocer más acerca de la historia y, sobre todo, el momento de apertura al público en general del Archivo Histórico del Arzobispado de Guadalajara, véase Juárez Becerra, "Novogalaicas institucionalizadas. Sus huellas a través del Archivo Histórico del Arzobispado de Guadalajara, México", pp. 63-65.

[81] La investigación referida tenía como eje el ejercicio diferenciado de la justicia en el tribunal de la Real Audiencia de Nueva Galicia, y era realizada por la doctora Claudia Gamiño como parte de su estancia posdoctoral en el Centro de Estudios de Género de la Universidad de Guadalajara.

lugar. De esta manera compagino las representaciones del espacio, sus códigos y signos, con las prácticas sociales, esto con la finalidad de profundizar de manera integral en su historia, la cual estuvo marcada por el pensamiento ilustrado que propició un proceso de secularización, y que delineó un modelo de feminidad y una construcción social y cultural de la mujer transgresora. Por último, presento unas consideraciones finales, y un apartado de anexos con documentación inédita y tablas y cuadros para una mayor comprensión de determinados datos.

La primera parte inicia en 1745 y culmina en 1807, y concierne lo acontecido desde el momento en que el jesuita Joseph de Castro Cid ideó el recogimiento hasta la real cédula que dispuso la unión de la Casa de Recogidas con la casa de corrección denominada la Tesquis. El objetivo es esclarecer el período fundacional de la institución y la mística que envolvía; identificar a los personajes que marcaron su trayectoria; comprender los engranajes de los tribunales judiciales, en cuanto que era un espacio de castigo que cumplía con la función demostrativa y ejemplarizante de la justicia; y además, reflexionar acerca de la esencia y jurisdicción de la Casa. Así mismo, analizo la reglamentación del lugar, y realizó una aproximación sobre las mujeres que habitaban el edificio, sus cargos, faenas, hábitos y costumbres.

La Casa revolucionada entre regímenes es el título de la segunda parte, la cual continua de 1807 a 1821, este corte lo marca el periodo independentista y la instauración del primer imperio, con Agustín de Iturbide, ya que él reconoció la vigencia de la Constitución gaditana de 1812. El propósito es describir la situación de decadencia que enfrentaba la institución, los motivos que explican su abandono y las circunstancias que le dieron un nuevo auge. Para ello, desarrollo la manera en que la promulgación y derogación de la Constitución de Cádiz impactó en la naturaleza, el funcionamiento, estructuración y revitalización de las Recogidas, en esto último tuvo un papel principal la labor del oidor José Domingo Rus, juez protector del establecimiento. Después centro la atención en las rebeldes, reales o ficticias, que fueron remitidas a las casas de recogidas, con especial interés en el caso de Guadalajara, ya que la evidente instrumentalización del espacio como mecanismo de represión política y militar dejó al descubierto su cualidad carcelaria, lo que la alejó de su primitiva función-intención de salvaguardar el alma de sus habitantes.

El tercer segmento queda enmarcado por la proclamación de la Independencia de México, en 1821, por los cambios culturales que trajo consigo la transición política, y finaliza en 1858, en plena Guerra de Reforma, debido a los trastornos que ocasionó en la Casa de Recogidas. De manera muy puntual, un amotinamiento acontecido en el mes de marzo del referido año. La finalidad es desestructurar los nuevos valores que codificaron el ejercicio de la justicia, y que concernieron por extensión a los espacios de castigo. Así mismo, el estado de Jalisco al tomar bajo su potestad la institución, resignificó la composición espacial, administrativa y poblacional del recinto, lo cual implicó formas divergentes de percibir los muros del encierro y de relacionarse con él.

Por último, la cuarta parte abarca de 1858 a 1871, la primera fecha obedece a que la sede de las Recogidas inició una etapa itinerante, y la última porque en ese año las reas fueron remitidas a la penitenciaría de Escobedo, con lo cual finaliza esta investigación, ya que la inmersión a este sistema punitivo desvaneció la realidad espacial de las casas de recogidas. De forma que la particularidad femenina de la institución quedó diluida en la arquitectura panóptica que fue pensada en códigos masculinos. Precisamente, los objetivos capitulares son mostrar cómo las mujeres quedaron fuera del régimen penitenciario y qué circunstancias las terminaron por incluir en él de manera subrepticia. Así mismo, esbozo la población del establecimiento, el perfil de las reclusas y su incidencia delictiva. El cierre general es el primer álbum de sentenciadas de la penitenciaría y la presentación de algunas de las historias que esconden retratos fotográficos.

Queda pues, en manos del lector, la historia completa de la Casa de Recogidas de Guadalajara y de las mujeres que la habitaron.

Esbozo histórico de las casas de recogidas

En el régimen hispánico de antiguo régimen, las cárceles de hombres y mujeres tenían por función resguardar al acusado por el tiempo que durara el juicio y quedara emitida la sentencia, por lo que no guardaban correspondencia con las casas de recogidas que se instituyeron como lugares de destino en donde cumplimentar un castigo. Esta diferencia zanjó las atribuciones y las funciones que representaron sus espacios. Aunque desde 1519 Carlos I dispuso que todas las cárceles contaran con una pieza exclusiva a cada sexo, para el rey lo aconsejable era que no hubiera presas, y las que estuvieran "deberían ser tratadas con moderación [...] guardando justicia para que puedan ser dadas sobre fianzas siendo honestas".[82]Además, los alcaides y carceleros debían permanecer vigilantes y evitar que las mujeres comunicaran con los hombres, con la finalidad de guardar toda honestidad y recato.[83]

Por las condiciones húmedas, ásperas, e insalubres de las prisiones, estos sitios que la mayoría de las veces eran calabozos, resultaron impropios a la delicadeza y flaqueza de lo femenino. Sin embargo, era imperante castigarlas para que salvaran sus almas y mudaran sus costumbres. Desde 1598, el médico Cristóbal Pérez de Herrera propuso crear espacios destinados a que las mujeres hicieran penitencia por sus yerros, y les "cause la muerte civil"; en ellos, se les enseñaría a ser virtuosas y hacendosas, y ganarían la comida y lo necesario con sus manos por fuerza. El galeno concordaba en que otro tipo de sanciones no incidían en la enmienda, y por el contrario sólo servían para señalar a las de conducta liviana, que una vez conocidas por el pueblo eran buscadas con la finalidad de ofender más a Dios.[84] Las palabras de Pérez de Herrera alcanzaron eco una década después, y se formaron las casas de galeras, que ofrecían recogimiento en un recinto con ciertas comodidades, acorde con la cosmovisión del resguardo femenino y encaminado a conseguir un escarmiento efectivo.

---

[82] Libro IV, tít. XXIV, ley II, *Recopilación de las leyes de estos reinos hecha por mandado de la majestad católica del rey don Felipe II*, Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1640, p. 365.
[83] Libro VII, tít. VI, ley II, *Recopilación de las leyes de los reinos de las Indias realizada por Antonio de León Pinelo y Juan de Solórzano y sancionada por el rey Carlos II de España en 1680 para regir los territorios de la América Hispana*. Archivo Digital de la Legislación del Perú.
[84] Cristóbal Pérez de Herrera, *Discursos de amparo de los legítimos pobres y reducción de los fingidos*, Madrid, 1598, Luis Sánchez, cervantesvirtual.com, [consultado octubre de 2019].

Antes de que se instaurara esta modalidad de castigo, las transgresoras recibían penas corporales (azotes) y vergüenza pública (desnudez), sanciones pecuniarias e incautación de hacienda, reclusión en monasterios, depósito o servidumbre en casas decentes, destierro temporal o definitivo, y con extrañeza el último suplicio ya que era desproporcional a su debilidad femenina.[85] En hombres y mujeres la sanción judicial tomaba por variables el estado, estamento y calidad de los implicados en causas judiciales, pero en el tipo de condena que se aplicaba en uno y otro sexo había un distanciamiento significativo. Mientras los varones eran aplicados a sanciones utilitarias al rey y la república en el servicio en las galeras, las milicias, el trabajo en minas y obras públicas, las mujeres recibían escarmientos vindicativos.

Las casas galeras derivaron de forma directa de las casas de arrepentidas o penitentes, por lo que es preciso detenerse en ellas. Estos institutos albergaban a "mujeres disolutas" que, conociendo sus yerros, de manera voluntaria quisieron reformar sus costumbres, volver a estar en Gracia con Dios y encerrarse a llevar una vida religiosa en comunidad, con recogimiento.[86] El origen institucional es incierto, el más antiguo del que tengo noticia data de 1345, erigido en Valencia,[87] pero su proliferación se remonta a 1540, año en que Ignacio de Loyola fundó la casa de Santa Martha,[88] en Roma, para atender a las prostitutas arrepentidas; por lo que se relacionó su concepción institucional a esta fundación, quedó inmersa dentro del movimiento de la Reforma Católica y vinculada a los jesuitas.[89]

En las casas de penitentes, por su función-intención y con el propósito de conseguir su verdadera redención, fue usual que quedara su gobierno interior y exterior bajo la autoridad y auspicio de clérigos y religiosas. Algunos recintos convirtieron a las mujeres públicas en devotas esposas de Cristo, por lo que las casas mudaron a conventos. Este tránsito confirmaba la eficacia del acto de recogerse como práctica teológica. En la ciudad de México,

---

[85] Tomás y Valiente, *Obras completas*, t. I, El Derecho penal de la monarquía absoluta (siglos XVI, XVII y XVIII), p. 444.
[86] *Diccionario de Autoridades*, t. I, (1726), Real Academia Española, http://web.frl.es/DA.html
[87] La casa pecadoras de Valencia fue obra de Na Soriana, penitente de la tercera regla de San Francisco, pero estuvo bajo la potestad del cabildo del ayuntamiento. Seguí Cantos, "La Casa de Arrepentidas: notas acerca de la acción caritativa y social en la Valencia de mediados del siglo XVI", p. 134.
[88] Santa Martha, hermana de María y Lázaro, es descrita en el evangelio como una mujer hacendosa y hospitalaria, por lo que es tenida por patrona de las amas de casa.
[89] Charles O´Neill, Joaquín Domínguez, *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús: biográfico-temático*, t. III, Madrid, Universidad Pontificia Comillas, Institutum Historicum, 2001, p. 2678.

un caso de relativo éxito fue el recogimiento de San Juan de la Penitencia, que mudó a las arrepentidas por monjas, aunque al momento de su fundación, la mayoría de esas mujeres no tenían un pasado pecaminoso, sino que la población de velo negro fue mayor a las contritas, y cambiaron de giro.[90]

Con el Concilio de Trento el recogimiento como virtud y práctica institucional arraigó en la construcción de la feminidad, debido a las restricciones sobre el cuidado de su honestidad, y el férreo control del cuerpo y su sexualidad.[91] Los tratados edificantes replicaron este ideal y lo convirtieron en una cualidad moral interna y externa de lo femenino, conveniente y deseable en el comportamiento de las mujeres recatadas.[92] Por otra parte, de manera específica se prohibió que las laicas vivieran en los conventos a menos de que estuviera en peligro su vida; esta medida contribuyó a incentivar la creación de espacios propios para aquellas que requirieran mantenerse en depósito seguro.[93]

Bajo la presunción de que las desamparadas, las vagamundas y las pobres tendían con mayor frecuencia a la prostitución, se optó por protegerlas "antes de que cayeran en pecado". Esto dio lugar a las casas de recogidas de tipo preventivo que buscaron, a través de su noción de "casa", constituirse como espacio-hogar, es decir, lugares acogedores, que cubrieran, en primera instancia, la carencia de un techo, a la vez que las alejaban de los males del siglo.[94] En sí, la mujer era casa, sedentarismo y clausura; el término marcado de "pública" correlacionaba el papel antagónico del modelo ideal.[95] El recogimiento, benéfico por sí mismo por ser concebido como una forma de proteger el alma y mantener a los sentidos

---

[90] Muriel, *Los recogimientos de mujeres. Respuesta a una problemática social novohispana*, pp. 47-56.
[91] George Duby señala que la necesidad femenina de integrarse al plan de salvación religiosa derivó en una visión católica de pecado y redención que ofrecía una posibilidad para alcanzar la perfección del alma, lo que conllevó a interrelacionar su peligrosidad con Eva, su mítica ascendiente, y a difundir el temor al cuerpo femenino y condenar cada vez más que éste sintiera placer. Aunque al mismo tiempo, las autoridades religiosas ampliaron el diálogo con ellas con la finalidad de contribuir a su salvación. Véase Georges Duby, *Mujeres del siglo XII*, vol. III, Santiago, Andrés Bello, 1998.
[92] Van Deusen, *Between the Sacred and the Worldly. The Institutional and Cultural Practice of Recogimiento in Colonial Lima*, p. 21
[93] Van Deusen, *Between the Sacred and the Worldly. The Institutional and Cultural Practice of Recogimiento in Colonial Lima*, p. 66.
[94] Onetto Pavez, "De ideales y transgresiones en medio de una precariedad. La casa de recogidas de Santiago de Chile, siglos XVII-XVIII", p. 161.
[95] Michelle Perrot, *Mi historia de mujeres*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 171.

resguardados de las tentaciones del mundo,[96] sirvió entonces de medio para brindar amparo y prevención de manera institucional.

En la península ibérica las casas de recogidas llegaron a recibir por igual licenciosas, menesterosas y adúlteras, lo que más de una vez ocasionó inconformidad,[97] ya que insistían en su cualidad preventiva, que las diferenciaba de las casas de penitentes, y que definía la población que albergaría cada instituto. Las casas de recogidas no eran colegios aunque instruían a huérfanas,[98] tampoco beaterios, no obstante de que fomentaban las prácticas devocionales, ni hospicios a pesar de que asilaban. La delgada línea entre una y otra institución era lo que producía traslapes. Las casas de recogidas de esta índole abundaron desde el siglo XVI.

En el reino de la Nueva España, las expediciones de conquista dejaron un sinnúmero de mujeres indefensas y desamparadas económicamente. Viudas, esposas abandonadas, e hijas huérfanas de los conquistadores y sus colonizadores vivían expuestas a los peligros del mundo y de la carne, por otra parte, también era necesario asimilar a las indias a la fe católica, enseñarles la lengua, los modos y costumbres españolas. En atención a las circunstancias, la Corona favoreció la instauración de recogimientos que inculcarían virtud y honestidad, que brindarían asilo, y servirían para adoctrinar en la religión a las nativas.[99] Por los múltiples

---

[96] Van Deusen, *Between the Sacred and the Worldly. The Institutional and Cultural Practice of Recogimiento in Colonial Lima*, p. 19.

[97] Martínez Galindo, *Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913),* p. 44.

[98] La correspondencia y difusa línea entre uno y otro establecimiento son comprensibles a partir de los postulados de Pilar Foz y Foz, quien sostiene que en la instrucción femenina de antiguo régimen se distinguen diversas modalidades según el espacio en que se desarrollaba y lo que se les inculcaba, cada una corresponde a determinados momentos históricos: en primera instancia la formación de las niñas en manos de monjas, que identifica como la etapa de convento-colegio; después surgieron los colegios-recogimientos, que tenían como principal función amparar y enseñar y ejercitar a las niñas en las habilidades propias de una mujer honrada y recogida; y en tercer lugar, los colegios-escuelas que sí fomentaron la educación en letras, escritura, música y otras artes, esta modalidad proliferó en Nueva España en la segunda mitad del siglo XVIII. Pilar Foz y Foz, *La revolución pedagógica en Nueva España (1754-1820)*, Madrid, Artes Gráficas Clavileño, 1981, pp. 197-204.

[99] Van Deusen refiere que la instauración de recogimientos para indias fue más usual en Nueva España que en el Perú, en parte porque en la primera la evangelización estuvo a cargo de franciscanos, mientras que en el segundo no hubo una iglesia misionera organizada que alentara la fundación de estos institutos para las nativas. Van Deusen, *Between the Sacred and the Worldly. The Institutional and Cultural Practice of Recogimiento in Colonial Lima*, p. 33. Para el caso de Chile, *Las Leyes de Indias* puntualizan que: en los campos de Arauco y Yumbel, haya dos o tres casas donde se recojan de noche a todas las indias solteras a dormir a la hora que se señalare, para evitar amancebamientos y deshonestidades […] y ningún capital ni oficial pueda tener india soltera a su servicio. Libro VI, tít. XVI, ley 61, *Recopilación de las leyes de los reinos de las Indias realizada*

beneficios que significaban estos institutos, el rey instruyó su fundación y ordenó a los virreyes que cuidaran su subsistencia y conservación, por lo que les exhortaba a realizar visitas a los establecimientos y vigilar la administración de sus fondos. Estas casas de recogidas de tipo preventivo proliferaron en Nueva España durante los siglos XVI y XVII, y su presencia disminuyó en el XVIII.[100]

El castigo femenino en institutos específicos de índole coercitivo, fue obra de sor Magdalena de San Jerónimo, fundadora y rectora de una casa de arrepentidas en Valladolid, en el reino de Castilla. Por su cargo, la religiosa atestiguó la poca disposición que manifestaban las prostitutas para retraerse de la mala vida de manera voluntaria, además, veía como crecía la "perdición de las mujeres" que se entregaban a la vagancia, al ocio y a la concupiscencia. Sor Magdalena estaba convencida de que la causa de esa relajación era porque no se sancionaba con rigor y severidad, por lo que propuso instituir las casas galeras. En el nombre las equiparaba con la máxima pena que recibían los hombres, en el servicio de

por Antonio de León Pinelo y Juan de Solórzano y sancionada por el rey Carlos II de España en 1680 para regir los territorios de la América Hispana.

[100] *Leyes de Indias* que refieren el cuidado de los recogimientos: Que el virrey de México tenga cuidado con la casa de huérfanas de aquella ciudad. Habiéndose reconocido, que en la ciudad de México de la Nueva España y sus comarcas había muchas mestizas huérfanas, se fundó una casa para su recogimiento, sustentación y doctrina, mandamos a nuestros virreyes que tengan mucho cuidado con este recogimiento, rentas y limosnas que gozare para su conservación, y procuren y dispongan, que por cuantos medios sean posibles se aumenten, pues así conviene para servicio de Dios nuestro Señor, crianza y recogimiento de aquellas huérfanas, Libro I, tít. III, ley 17, Felipe III, junio de 1612, y Felipe IV, en 1624. Que los virreyes visiten cada año el colegio de las niñas de México y le favorezcan en la forma que se ordena. Mandamos a nuestros virreyes de la Nueva España que en cada un año por su turno visite el virrey actual un año, y un oidor de la Real Audiencia de México, el que para ello nombrare, otro año, el colegio de las niñas recogidas y ordenen que tenga la doctrina y recogimiento necesario y que haya personas que miren por ellas, y se críen en toda virtud y ocupen en lo que convenga para el servicio de Dios, y su bien aprovechamiento, y sepan en qué y cómo se gasta la limosna que se hace a la casa, y la tengan muy encomendada, y ayuden y favorezcan en lo que hubiese lugar, y esto mismo se entienda en las demás que se fundaren de esta ciudad, Libro I, tít. III, ley 18, Carlos I. Que se hagan y conserven casas de recogimiento en que se críen las indias. En las instrucciones de virreyes se les ordena, que informados de las casas fundadas y dotadas en algunas ciudades de sus distritos, para recoger y adoctrinar en los ministerios de nuestra santa fe católica a algunas indias doncellas y enseñarles otras cosas necesarias a la vida política, procuren saber si las casas que hay de esta calidad: la forma y efectos de que se sustentan, y de lo que convendrá proveer para su conservación, recogimiento y honestidad. Y porque es justo, que obra tan piadosa e importante para servicio de Dios nuestro señor y bien de aquellas Provincias, tenga el aumento que conviene, la encomendamos mucho a nuestros virreyes. Y mandamos, que con muy particular cuidado procuren su conservación, y donde no las hubiere se funden y pongan en ellas matronas de buena vida y ejemplo, para que se comunique el fruto de tan buena obra por todas las Provincias, y les encarguen, que pongan mucha atención y diligencia en enseñar a estas doncellas la lengua española, y en ella la doctrina cristiana y oraciones, ejercitándolas en libros de buen ejemplo, y no les permitan hablar la lengua materna, Libro I, tít. III, ley 17, Felipe III, junio de 1612. *Recopilación de las leyes de los reinos de las Indias realizada por Antonio de León Pinelo y Juan de Solórzano y sancionada por el rey Carlos II de España en 1680 para regir los territorios de la América Hispana*.

los navíos del rey, pero el criterio era distinto. Aunque discursivamente la monja las asimilaba en crueldad, el remitido a galeras cumplía una sanción utilitaria en beneficio del rey,[101] y no había en ello "un impulso moralizante".[102] La religiosa dio forma a una nueva penalidad de encierro,[103]propia de las transgresoras, pero sin hacerles extensiva la idea represiva y de utilitarismo que se aplicaba a los varones, eso sucedería después. En las casas galeras el ingreso ya no sería voluntario, sino que la justicia se encargaría de recoger y remitir a las mujeres al establecimiento.[104]

Sor Magdalena, en 1604, tuvo una audiencia con el rey Felipe III, le expuso sus inquietudes y soluciones, las cuales resumió en una obra de su autoría.[105] El rey convino en lo referido por su interlocutora y dispuso la publicación de su tratado y la creación de casas galeras, las primeras de ellas en Valladolid (1605) y Madrid (1608). La instauración de la casa galera, al combinar la estructura conventual, y su esencia religiosa, con la mística redentora de las casas de arrepentidas, consolidó la diferencia punible entre hombres y mujeres, ya que materializaba las creencias particulares y actitudes mentales compartidas, que coincidían con su propuesta y que veían en las casas galeras un castigo que las licenciosas sí podían cumplir.[106] Desde esta perspectiva, las casas galeras no eran concebidas como penas

[101] La pragmática de Carlos I, con fecha de 31 de enero de 1530, instauró la pena de remero forzoso en los navíos del rey. Sobre los elementos que regían el castigo de los hombres y la relevancia del perdón en términos de justicia, véase José Luis de las Heras Santos, "Ejemplaridad, paternalismo y utilitarismo en la justicia de la España de los Habsburgo", *Estudios Humanísticos, Historia*, núm. 12, 2013, pp. 185-213.
[102] García Valdés, "Las casas de corrección de mujeres: un apunte", p. 588.
[103] Martínez Galindo, *Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913),* p. 21.
[104] Martínez Galindo, *Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913),* p. 40; María del Mar Jiménez Estacio, "Los orígenes de las cárceles de mujeres en España: las galeras", ponencia, *VI Congreso Virtual sobre historia de las mujeres*, 2014, http://www.revistacodice.es. [consultada 22 de febrero de 2016].
[105] Cecilia Lagunas refiere que la audiencia la tuvo con Felipe II en 1593, no obstante, en la dedicación que realiza la monja en su obra *Razón y forma de la galera*…puntualiza "habrá cuatro años, propuse a V. Majestad; y juntamente las razones en qué me fundaba. V. Majestad, con su acostumbrada benignidad y clemencia, me oyó despacio y con atención, y juzgando ser muy importante para el fin que yo pretendía, me mandó que lo comunicase con el Duque de Lerma y con los del Consejo, y que en efecto le pusiesen en ejecución, como se ha hecho en esta Corte de Madrid y en Valladolid [sic]". Confróntese Lagunes, "Apuntes sobre un tratado carcelario femenino del siglo XVII: ´La galera´, escrito por sor Magdalena de San Jerónimo", *La Aljaba*, vol. V, 2000, pp. 164-174; y Sor Magdalena de San Jerónimo, *Razón y forma de la galera y casa real*, Isabel de Barbeito (ed.), Madrid, Editorial Castalia, 1991, p. 65.
[106] Para profundizar en la forma en que converge el consenso en la materialización de las instituciones véase Geoffrey Martin Hodgson, "¿Qué son las instituciones?", *Revista CS*, núm. 8, 2011, pp. 20-53.

menores, sino una modalidad punitiva que al no exigir un excesivo esfuerzo físico, era acorde a las construcciones de la feminidad.[107]

El texto de la monja bernardina fue publicado en 1608 con el título *Razón, y forma de la galera y casa real, que el rey nuestro señor manda hazer en estos reynos, para castigo de las mugeres vagantes, ladronas, alcahuetas, y otras semejantes*.[108] En su libro quedaron reglamentados los rigores y disciplinas que debían imponerse a las disolutas y delincuentes, y fueron tenidos por lineamientos en la casa galera de Madrid.[109] Sor Magdalena indicó que la razón de ser de los institutos era procurar el escarmiento y el remedio de las almas, "porque supuesta la herida, es menester curar, aunque duela".[110] Desde esta premisa es comprensible que se recomendara el uso de todo género de prisiones, cadenas, esposas, grillos, mordazas, cepos y flagelos. Las casas constituyeron el espacio de lo femenino, sus muros confinaban a sus habitantes a determinadas actuaciones, unas expectativas, unas virtudes y, en suma, un modo de ser.[111] Así mismo, se ofrecían por lugares acogedores, idóneos para resguardarse y vivir con la seguridad y honradez que convenía a su sexo,[112] pero el sólo ingreso a las galeras o recogidas acusaba de inmediato su impulso moralizante.

Una reclusión forzada evidenciaba que las galerianas habían transgredido su casa, núcleo de su primer recogimiento, esto significaba manchar el honor familiar y dar ocasión al escándalo,[113] y por lo tanto confirmaba que carecían de honra y buena reputación, ambos eran elementos frágiles susceptibles al "juicio naturalmente perverso del público y antes inclinados a creer el mal que el bien".[114] En la práctica concreta de colocar en encierro a las pecadoras, las casas galeras sustituyeron a las casas de penitentes, en el entendido de que en

---

[107] Tomás y Valiente, *Obras completas*, t. I, El Derecho penal de la monarquía absoluta (siglos XVI, XVII y XVIII), p. 438.
[108] El texto *Razón y forma de la Galera*, de Sor Magdalena de San Jerónimo, es reproducido de manera completa en *Cárceles y mujeres en el siglo XVII, razón y forma de la Galera. Proceso inquisitorial*, Isabel de Barbeito (ed.), Madrid, Editorial Castalia, 1991. Las referencias al texto de la monja se citan a partir de esta edición.
[109] Martínez Galindo, *Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913)*, pp. 62-66.
[110] Sor Magdalena de San Jerónimo, *Cárceles y mujeres en el siglo XVII, razón y forma de la Galera. Proceso inquisitorial*, p. 94.
[111] Cristina Molina Petit, *Dialéctica feminista de la Ilustración*, Barcelona, Anthropos, 1994, p. 116.
[112] Onetto Pérez, "De ideales y transgresiones en medio de una precariedad. La Casa de recogidas de Santiago de Chile, siglos XVII-XVIII", p. 161.
[113] Van Deusen, *Between the Sacred and the Worldly. The Institutional and Cultural Practice of Recogimiento in Colonial Lima*, p. 92
[114] Vives, *Instrucción de la mujer cristiana*, p. 175.

cualquiera de ellas su contención disminuía los escándalos y perjuicios de la causa pública, se evitaba la ofensa a Dios y se contribuía a su corrección.[115]

En la galera de Madrid, en concordancia con las disposiciones que planteó sor Magdalena de San Jerónimo, la nota de infamia se imprimía en el mismo momento de ingreso, ya que se les rapaba la cabeza y se les vestía con un burdo sayal.[116] Esta medida fue adaptada en otras casas de la misma índole, por ejemplo en el instituto de Málaga.[117] De acuerdo con Michel Perrot, en la cultura occidental mediterránea, en las mujeres el cabello ha sido símbolo de su proximidad con la naturaleza, la animalidad, el sexo y el pecado,[118] por lo que rapar a las transgresoras era despojarlas de su capacidad de seducción, cortar su feminidad, avergonzarlas y dominarlas, por lo que se convierte en un acto "expiatorio de purificación. Una medida higiénica de limpieza, de desinfección y de erradicación del mal".[119]

Las casas de arrepentidas, de recogidas y las galeras confluyeron en un mismo escenario geográfico y temporal. Aunque con matices, uno y otro espacio coincidían en la práctica del recogimiento, en su propósito de fomentar la decencia y honra como máximas de la naturaleza femenina, esto con la finalidad de recuperar o salvar el alma de las mujeres. La identificación con este principio provocó que los establecimientos fueran denominados de manera indistinta e, incluso, que un solo recinto albergara prostitutas, desamparadas y transgresoras de la justicia por igual. Sin embargo, siempre hubo una población que

---

[115] Por diferentes órdenes tengo mandado se procuren recoger las mujeres perdidas y hecho menos que en las relaciones, que se me remiten por los alcaldes, no se me da cuenta de cómo se ejecuta; y porque tengo entendido, que cada día crece el número de escándalos y perjuicios a la causa pública, daréis orden a los alcaldes que cada uno en sus cuarteles cuide de recogerlas, visitando las posadas donde viven, y que las que se hallaren solteras y sin oficio en ellas, y todas las que se encontraren en mi palacio, plazuelas y calles públicas de la misma calidad, se prendan y lleven a la casa de la galera. Libro XII, tít. XXVI, ley VIII, año 1661, *Novísima recopilación de las leyes de España*. Dividida en XII libros. En que se reforma la Recopilación publicada por el señor don Felipe II en el año de 1567, reimpresa últimamente en el de 1775. Y se incorporan las pragmáticas, cédulas, decretos, órdenes y resoluciones reales y otras providencias no recopiladas y expedidas hasta 1804. Mandada Formar por Carlos IV, Impresa en Madrid, 1805, p. 422.

[116] Sor Magdalena de San Jerónimo, *Cárceles y mujeres en el siglo XVII, razón y forma de la Galera. Proceso inquisitorial*, p. 78.

[117] En los lineamientos de la casa de la penitencia de Málaga, de 1681, es posible observar una concordancia con los postulados de Magdalena de San Jerónimo, éstos a la letra refieren "entrando en dicha casa se les cortará el pelo, y se dispondrán en traje de toda mortificación pues allí entran a ser corregidas, reformadas y castigadas". Pérez de Colosía, "Constituciones para la casa de recogidas fundada por fray Alonso de Santo Tomás", p. 584.

[118] Perrot, *Mi historia de mujeres*, pp. 64-68.

[119] Perrot, *Mi historia de mujeres*, pp. 78-79.

predominó y definió el tipo institucional. Además, con el transcurso del tiempo, cada casa tuvo más claras sus atribuciones y marcaron sus delimitaciones. Los lugares destinados para públicas pecadoras y delincuentes entretejieron la conversión, el arrepentimiento y la redención, pero mientras los primeros cayeron en declive, los segundos proliferaron porque fueron vistos como necesarios en la aplicación del castigo judicial.

En el reino de la Nueva España, los institutos de tipo coercitivo fueron denominados casas de recogidas y comenzaron a proliferar a partir de finales de siglo XVII; su relación con los de ideal preventivo, y el mantener la misma nominación, propició que por recogidas se entendiera tanto a las que "vivían retiradas en determinada casa, con clausura, o voluntarias o forzadas".[120] En Puebla el obispo Manuel Fernández de Santa Cruz fundó el recogimiento de Santa María Egipciaca (1682); en 1685 el gobernador de la mitra de Antequera promovió una casa de recogidas; en la ciudad de México el alcalde de la sala del crimen, Francisco Zaraza, estableció el de Santa María Magdalena en 1692. La casa de Valladolid data, por lo menos, de 1731,[121] el de Mérida es de 1749, igual que el de Silao. El establecimiento de Guadalajara es de 1751, el de San Luis Potosí es de 1772 y el de Pátzcuaro de 1776.[122]

Fernando VI, en una real cédula de 1753, determinó que el producto líquido de los espolios de obispos se usara en frutos piadosos, entre ellos, "casas de niños expósitos, huérfanos y desamparados, de las destinadas para recoger mujeres de mal vivir, y otras gentes perjudiciales a la república", como también hospitales y hospicios, en especial si faltaban en las capitales y pueblos.[123] Sin embargo, más allá de esta disposición, la aparición de recogimientos en ultramar parece ser que no obedeció a una política sistemática por parte de la monarquía que los fomentara, sino a una concepción compartida y consensada respecto a las formas "necesarias y adecuadas" de infringir castigo a las mujeres, por lo que la lógica de su expansión respondió a cuestiones culturales y sociales.

---

[120] *Diccionario de Autoridades*, t. V, (1737), Real Academia Española, http://web.frl.es/DA.html

[121] De acuerdo con Susana Ortiz, desde 1708 se comenzó a gestar la fundación de un recogimiento, pero fue hasta 1726 que se concretó el establecimiento de la casa de recogidas y empezó a funcionar después de 1731. Ortiz, *Esbozo histórico del recogimiento de Valladolid de Michoacán, 1726-1785. En la búsqueda de las mujeres*, pp. 97-104.

[122] Véase anexo sobre los recogimientos

[123] Libro II, tít. XIII, ley II, *Novísima recopilación de las leyes de España*, p.322-324.

Con la consolidación de las casas de recogidas, el resto de castigos aplicados a las transgresoras comenzaron a diluirse, aunque no desaparecieron del todo, en ocasiones, incluso, las penas conjugaban el recogimiento con la suma de otras de las modalidades punitivas. La diferencia substancial de las casas de recogidas consistía en ofrecer un programa integral que tenía la función-intención de corregir las costumbres de las mujeres, esto a través de una rígida disciplina horaria, prácticas devocionales, y actividades propias de su sexo. En lo abstracto, su condena significaba la carencia o pérdida temporal de su honor.[124] El recogimiento, entonces, sólo era un medio para lograr la reformación pretendida y la restitución con Dios; por lo tanto, a pesar de ser forzado, el encierro no era el fin último del castigo.[125]

Dentro de la jerarquía de los institutos femeninos, las casas de recogidas ocuparon el último peldaño; por encima de ellas estaban los beaterios, colegios y, por supuesto, los conventos. En las urbes, la instauración de los monasterios de segundas órdenes representaba una fase de consolidación de la ciudad, y le añadían prestigio. Además, reflejaba la devoción de la sociedad, la holganza económica de sus pobladores y la madurez del sitio. Una vez sufragados los establecimientos de congregaciones masculinas encargadas de la evangelización, educación, y servicios de salud, propios de una etapa constructiva de los asentamientos, los fieles se podían dar el lujo de mantener a sus expensas a las comunidades religiosas de mujeres y alentar otros proyectos a su favor.[126] Por ser materia de justicia, la dinámica de las casas de recogidas obedeció a una lógica distinta. Requerían menores

[124] Mónica Bolufer Peruga, "Entre historia social e historia cultural. La historiografía sobre pobreza y caridad en la época Moderna", *Historia Social*, núm. 43, 2002, p. 121.
[125] Gema Martínez Galindo argumenta que con las casas galeras inició la pena privativa de la libertad, con un carácter severo y rígido. Por mi parte, considero que el encierro no implicaba, ni tenía por fin último, una privación de la libertad, sino un recogimiento forzoso, debido a que el recogimiento femenino tenía una connotación positiva, como valor y práctica institucional deseada en las mujeres. Además, aunque las casas galeras de España y las casas de recogidas de ultramar tuvieron matices en cuanto el trato a sus habitantes, coincidían en señalar que el sufrimiento era necesario para lograr la exculpación de sus pecados. Esto lo desarrollaré a lo largo de la presente investigación.
[126] En esto coinciden los siguientes autores: Diana Swain, *One thousand sisters: religious sensibility and motivation in a Spanish American convent, Santa María de Gracia, 1588-1863*, tesis de doctorado, Universidad de California, San Diego, 1993, p. 43; Pilar Gonzalbo, "Reffugium Virginum. Beneficencia y educación en los colegios y conventos novohispanos", Manuel Ramos Medina (coord.), *Memoria del II Congreso Internacional. El Monacato femenino en el Imperio Español. Monasterios, beaterios, recogimientos y colegios*, México, CONDUMEX, 1995, p. 429; Manuel Ramos Medina, María Concepción Amerlinck de Corsi, *Conventos de monjas, fundaciones en el México virreinal*, México, CONDUMEX, 1995, pp. 23-28.

capitales para su instauración, y cubrieron un amplio campo de la geografía novohispana al erigirse por igual en villas y ciudades, aunque hubo poblaciones que nunca contaron con una.

Instauración de clero regular y secular en la Guadalajara colonial			
Orden	Año de fundación[127]	Misión	Instituciones a su cargo
franciscanos	1541	evangelizadora	Pueblos indios de Analco y Mexicaltzingo
agustinos	1573	educativa	Colegio de San José de Gracia
jesuitas	1586	educativa	Colegio de Santo Tomás (1592) Colegio seminario de San Juan Bautista (1696)
dominicos	1603	educativa	Cátedras de estudios mayores
juaninos	1606	hospitalaria	Hospital de la Vera Cruz (1560), que pasó a llamarse de San Juan de Dios
mercedarios	1619	educativa	Clases de teología, moral y filosofía
filipenses	1679	oradores	Casa de ejercicios espirituales
sacerdotes oblatos	1694	misioneros	Asistencia espiritual en hospitales, cárceles y curatos distantes
betlemitas	1704	hospitalaria	Hospital de San Miguel de Belén
carmelitas	1724	contemplativa	

Tabla 1 Instauración de primeras órdenes en la Guadalajara colonial. Fuente: Mathías de la Mota Padilla, *Historia del reino de la Nueva Galicia en la América Septentrional, [1742], Guadalajara*, INAH-Universidad de Guadalajara, 1973; Carmen Castañeda, *La educación en Guadalajara durante la colonia (1552-1821)*, México, Publicaciones de la Casa Chata, CIESAS, 2012.

[127] Por año de fundación tomo el de su instauración definitiva, ya que varias de las órdenes tuvieron intentos infructuosos por la rivalidad que surgió con otras congregaciones o por la falta de capital financiero que les permitiría consolidar un edificio conventual.

Primera Parte. Camino a la salvación

Capítulo I. Fundación y mística de la Casa de Recogidas de Guadalajara (1745-1771)

Sumario: Introducción; I. José de Castro Cid impulsor del recogimiento en Guadalajara; II. Un proyecto obispal, Juan Gómez de Parada; III. El recogimiento del promotor fiscal Joseph Reyes Gómez de Aguilar

"corpus sine anima nihil est nam anima dat esse corpori"
El cuerpo nada es sin el alma puesto que el alma le da el ser al cuerpo.[128]

Introducción

La aparición de casas galeras, o de recogidas como se les conoció en los territorios novohispanos, se remonta a los albores del siglo XVII. No obstante, en España al igual que en sus posesiones de ultramar los establecimientos de orden correctivo proliferaron en el transcurso del siglo XVIII. Estos espacios poseían una connotación mística por su encauzado propósito de procurar la salvación de las almas. Sin embargo, su expansión no sólo obedeció a fundamentos religiosos, sino a la exaltación que se dio al honor de las mujeres como un bien estimado por la sociedad, y a la práctica del encierro y de recogerse que estuvieron relacionadas en mayor medida con lo femenino. Por lo tanto, sostengo que las representaciones del espacio de estas instituciones tuvieron dos elementos estructurantes: la cosmovisión religiosa respecto a la salvación del alma y los constructos sociales y culturales de la feminidad, por lo que la finalidad no era privar a sus habitantes de la libertad, sino restituirlas con Dios a través de un recogimiento forzoso.

Determinar por qué en el siglo XVIII se arraigó y consolidó este tipo de instituciones remite a repensar el modelo de mujer que se privilegió en esa época y los códigos que el ideal de devota y esposa generó. El siglo de las Luces rescató a dos autores humanistas y sus obras:

---

[128] *De Corpore* (1655), citado por Bartolomé Clavero, *Sujeto de derecho. Entre estado género y cultura,* Argentina, Ediciones Olejnik, 2016, p. 90.

Juan Luis Vives con la *Instrucción de la mujer cristiana*,[129] y fray Luis de León con *La perfecta casada*.[130] El objetivo era retomar sus enseñanzas respecto al deber ser femenino y contraponerlas a la "escandalosa moda" que corrompía las buenas costumbres con novelas consideradas escandalosas, bailes deshonestos y vestimentas poco recatadas. La reminiscencia de los textos moralistas resultó acorde al lugar que los ilustrados dieron a las mujeres, pues alejadas de la razón y la autonomía, debían de permanecer sujetas y desligadas de la pasión y del deseo que sólo les originaba depravación y decadencia.

Colocar a las licenciosas en un espacio determinado se volvió cada vez más necesario, sobre todo, ante el deseo de evitar el mal ejemplo en la república y la crítica respecto a los nulos beneficios de la pena de destierro, ya que se consideraba que con ella lo único que se hacía era enviar el escándalo y el daño a otras villas, porque las desterradas no dejaban su mala vida. La condena de recogimiento en los monasterios dejó de ser opción, por lo perjudicial que resultaba la presencia de mujeres afectas a los vicios en la quietud de los claustros, y que sólo perturbaban el buen orden de las religiosas. Por otra parte, al colocarlas en calidad de depósito en casas particulares se corría el riesgo de que se les dieran demasiadas libertades.[131] Lo que se buscaba, entonces, era un recinto específico que permitiera erradicar y reformar las malas costumbres de las mujeres. Con el objetivo de satisfacer esta necesidad, las autoridades eclesiásticas y seculares se dieron a la tarea de establecer casas de recogidas para las transgresoras y, una vez en el encierro, procuraron modificar sus vidas descarriadas.

---

[129] Luis Vives, *Instrucción de la mujer cristiana*, [1523] Madrid, Imprenta de don Benito Cano, 1793.

[130] Fray Luis de León, *La perfecta casada*, [1583], ilustrada y corregida por fray Luis Galiana, Madrid, Imprenta Real, 1786. La obra fue realizad para instruir a doña María Valero Osorio, su éxito fue tal que, de acuerdo con las noticias introductorias de Galiana, se reimprimió en 1586, 1587, 1595 y 1598; una más durante el siglo XVII, en 1603, y se retomó en 1765 y 1786.

[131] En la erección de un recogimiento en Santa Fé de Bogotá se emplearon argumentos de esta índole, al igual que en el establecimiento de Santiago de Chile, el de San Luis Potosí y el de Guanajuato en la Nueva España. Véase para el primer caso: María Himelda Ramírez, *De la caridad barroca a la caridad ilustrada. Mujeres, género y pobreza en la sociedad de Santa Fe de Bogotá, siglos XVII y XVIII*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2006, p. 162; sobre Chile, Onetto Pavez, "De ideales y transgresiones en medio de una precariedad. La casa de recogidas de Santiago de Chile, siglos XVII-XVIII", pp. 174-175; respecto a San Luis Potosí, Alicia Cordero Herrera, *Felipe Cleere: oficial real, intendente y arquitecto. Entre la Ilustración y el despotismo*, tesis de doctorado, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2014, pp. 401-404; para el caso de Guanajuato véase el trabajo de Ortiz, que en su estudio sobre Valladolid también incluye documentación sobre la casa de recogidas guanajuatense, *Esbozo histórico del recogimiento de Valladolid de Michoacán, 1726-1786*, p.70.

A mediados del siglo XVIII, en la efervescencia de los recogimientos, surgió la Casa de Recogidas de Guadalajara.[132]

I. José de Castro Cid impulsor del recogimiento en Guadalajara

Joseph de Castro Cid nació en la ciudad de México el año de 1687, su trayectoria en la Compañía de Jesús inició en octubre de 1701, momento en que ingresó al colegio Máximo de San Pedro y San Pablo. De acuerdo con Myrna Rivas García, uno de los primeros cargos de Castro Cid fue el de maestro de filosofía en los colegios de Oaxaca y Puebla.[133] En 1708, con treinta años de edad, fue enviado a Campeche con la misión de sumar esfuerzos con el jesuita Antonio Paredes con la finalidad de consolidar la residencia de la villa e instaurar un colegio; para sus propósitos la Compañía contaba con la real cédula que les permitía establecerse, expedida en diciembre de 1714 por Felipe V, y con el apoyo del obispo de Yucatán, el doctor Juan Gómez de Parada,[134] sin embargo de estos recursos, la materialización de la obra dilató debido a la tensión que enfrentó la orden con los franciscanos.

En 1720, Castro Cid realizó su profesión solemne y, un año después, fue enviado a La Habana, ahí colaboró en la fundación de un colegio de la Compañía de Jesús y una vez que se logró establecer la institución ocupó su rectorado de manera provisional en 1724. Al año siguiente, el jesuita transitó al obispado de Yucatán, en donde participó de las denominadas misiones del Petén que dirigía el obispo Gómez de Parada. Con sus hermanos de hábito Juan de Dios Pruneda, Diego Vélez, José Cervino, Andrés González y Juan Manuel Ruiz, se dirigió a Teapa, territorio tabasqueño, para impulsar el proyecto obispal y conseguir la evangelización de los naturales; sin embargo, la oposición de franciscanos y dominicos

[132] Cordero Herrera, *Felipe Cleere: oficial real, intendente y arquitecto. Entre la Ilustración y el despotismo*, p. 390.
[133] Myrna Rivas García, *Memorial de José de Castro Cid: El camino a la salvación según la teología jesuítica. Siglo XVIII*, tesis de maestría, Ciudad de México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2011, p. 21.
[134] Francisco Javier Alegre, *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva* España, t. IV, Roma, Institutum Historicum, 1960, p. 272.

terminó por desintegrar la comitiva y a los jesuitas no les quedó más opción que retirarse de la región.[135]

De 1727 a 1730, Castro Cid se avecindó en Mérida; más tarde, entre 1732 y 1737 figuró en la rectoría de la residencia de Campeche; en 1738 mudó de nuevo su destino a Mérida con el objeto de tomar el cargo de rector del colegio, en este puesto permaneció hasta finales de 1742.[136] De la península yucateca se trasladó a La Habana por una corta temporada, pues en 1744 fue enviado a la capital del reino de la Nueva Galicia, en ese momento contaba con 58 años de edad y una indiscutible experiencia en la formación y dirección de instituciones colegiales; en Guadalajara se desempeñó como rector del colegio de Santo Tomás. A pesar de que la trayectoria del clérigo había discurrido en los colegios, se aventuró a establecer un recogimiento. Castro Cid arribó a una Guadalajara que experimentaba un franco aumento poblacional. En 1738, la ciudad tenía 8 010 habitantes y 1541 casas sin contar las de los prebendados y algunas otras de respeto, décadas después, en 1770, alcanzó la cifra de 22 394 moradores, además fortaleció su economía al diversificar sus actividades.[137]

La primera impronta documental de la Casa de Recogidas de Guadalajara data del mes de junio del año de 1745. En el *corpus* del texto, el prebendado de la catedral, don Eusebio de Riaza, reconocía el celo del reverendo padre Joseph de Castro Cid "por pretender establecer casa que se dice de recogidas".[138]A pesar de lo anterior, la obra del recogimiento ha sido comúnmente atribuida al obispo Juan Gómez de Parada, dicha adjudicación se ha basado en un escrito de 1771 en el que la Real Audiencia de Guadalajara comunicaba al rey que la Casa de Recogidas se había erigido sin la debida licencia regia. En la escueta información que ofreció este tribunal se precisó que su instauración fue obra del prelado.[139]

---

[135] Samuel Rico Medina, *Los predicamentos de la fe: la inquisición en Tabasco, 1567-1811*, Tabasco, Gobierno del Estado de Tabasco, 1990, p. 53.

[136] Francisco Zambrano S.J., José Gutiérrez Casillas, S.J., *Diccionario Bio-Bibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, t. XV, siglo XVIII, México, Editorial Tradición, 1977, pp. 475-476.

[137] Mathias de la Mota Padilla, citado por Lilia Oliver, "La evolución de la población en el siglo XVIII", Thomas Calvo y Aristarco Regalado (coords.), *Historia del reino de la Nueva Galicia*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2016, pp.614-617.

[138] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c.1, exp. 1, año 1745, f. 1.

[139] Los estudios de Josefina Muriel y María de los Ángeles Gálvez Ruiz son citados para afirmar que la fundación de las recogidas de Guadalajara fue obra de Gómez de Parada. Véase: Muriel, *Los recogimientos de mujeres. Respuesta a una problemática social novohispana*, p. 184; Gálvez Ruiz, "Una institución de origen castellano en la Intendencia de Guadalajara: La Casa de Recogidas (s, XVIII)", pp. 347-361.

El peso de la fuente, en parte, desdibujó el papel que tuvo el jesuita Joseph de Castro Cid, sin embargo, nuevos hallazgos me permiten sostener que fue él quien promovió el establecimiento de las Recogidas y que diversos elementos circunstanciales lo mantuvieron relegado de la historia de esta institución.

Por otra parte, los miembros de la Compañía de Jesús eran reconocidos por tener entre sus principales obras de misericordia la asistencia a los presos y a los condenados a la pena capital; sus visitas a las cárceles se encaminaban a predicar, confesar y exhortar a los reos a volverse a Dios. Además de atender las necesidades espirituales, en ocasiones los religiosos procuraban remediar las penurias corporales de la población carcelaria. A través de limosnas conseguían llevar pan, fruta o medicinas a los cautivos, y abogados para los más pobres.[140] Los actos de misericordia en favor de los reos era ampliamente reconocida. En 1732, el rey Felipe V dispuso que en Guadalajara y Zacatecas sólo ellos auxiliaran a los reos que iban de la cárcel al suplicio.[141]

Es probable que, como parte de su carisma, el jesuita Castro Cid congeniara con las acciones que contribuían a mitigar las penas de los reos de ambos sexos. Aunado a su interés por la salvación de las almas, en la capital novogalaica encontró un terreno idóneo, con los recursos económicos y la cercanía con las autoridades eclesiásticas, para plantearles la necesidad de contar con una casa de recogidas.

[140] Charles E. O´Neill, Joaquín Domínguez, *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús: biográfico-temático*, t. II, Madrid, Universidad Pontificia Comillas, Institutum Historicum, 2001, pp. 1239-1241.
[141] BCCG, CIESAS-Occidente, CDCCG, c. 20, exp. 3, prog. 13, ff. 5.

Instituciones femeninas en la Guadalajara Colonial						
Institución base	Año fundación	Nombre	Institución derivada	Año fundación	Nombre	Observaciones
Colegio	1571	Santa Catalina de Siena				Se adhirió al convento de Santa María de Gracia y mudó al nombre de San Juan de la Penitencia
			Convento	1588	Santa María de Gracia	Orden de Santo Domingo, calzadas
Beaterio	1617	Teresianas	Convento	1687	Santa Teresa	Orden del Monte Carmelo, descalzas
Beaterio	1685	Jesús Nazareno	Colegio	1699	Jesús María	El beaterio se inició en Compostela
			Convento	1721	Jesús María	Orden de Santo Domingo
Beaterio	1700	Agustinas	Convento	1719	Santa Mónica	Orden de San Agustín, recoletas
Colegio	1703	Ntra. Sra. Del Refugio	Colegio	1712	San Diego	Colegio-recogimiento
Recogimiento	1751	Casa Recogidas				Institución de índole correctivo
Beaterio	1751	Santa Clara	Colegio	1783	Casa Maestras de Caridad y Enseñanza de Ntra. Sra. De Guadalupe	Tercera Orden franciscana. Colegio-escuela
Convento	1761	La Purísima Concepción y San Ignacio de Loyola				Orden de San Francisco, Capuchinas

Tabla 2 Instituciones femeninas en la Guadalajara colonial. Fuentes: Josefina Muriel, *La sociedad novohispana y sus colegios de niñas*, t. II, ciudad de México, UNAM, 2004; Carmen Castañeda, *La educación en Guadalajara durante la colonia (1552-1821)*, México, Publicaciones de la Casa Chata, CIESAS, 2012; Isabel Juárez Becerra, "Reformación femenina en Nueva Galicia: La Casa de Recogidas de Guadalajara", *Historia 2.0*, núm. 6, ene-jun 2013, pp. 46-54.

Las motivaciones personales que tuvo Castro Cid para erigir una institución de recogidas se pueden apreciar a través de uno de sus escritos; un sermón, resguardado en el Archivo General de la Nación, sin título, que aborda la transcendencia del alma, la estadía en el purgatorio y el papel de la iglesia católica y la oración colectiva en la salvación de las ánimas en pena.[142] La reflexión del jesuita no dista de las temáticas que en ese momento interesaban a otros religiosos, sin embargo, tiene la impronta de Ignacio de Loyola y sus ejercicios espirituales. El escrito referido discierne sobre el modo en que se ha de preparar y disponer el alma a Dios, la forma de quitarle todas las afecciones desordenadas y buscar en la voluntad divina la correcta disposición de la vida, por la salud del alma.[143] Uno de los propósitos de Castro Cid era convencer a los devotos de que aún estaban a tiempo de cambiar y que tenían oportunidad de redimirse, con esta finalidad exhortaba a meditar acerca de las faltas propias, reconocerlas y confesar los pecados cometidos. Con este ejercicio se buscaba colmar al corazón de aflicción y tristeza por la ofensa hecha a Dios, ya que así se produciría el arrepentimiento y la redención. Desde la Reforma Católica, los miembros de la Compañía de Jesús defendieron la tesis de que el hombre podía alcanzar la Gracia de Dios por medio de su libre albedrío, al rechazar o aceptar colaborar a su salvación con sus buenas obras y la práctica de los sacramentos.[144]

Castro Cid, en su sermón, contraponía la caducidad de la existencia terrenal con la inmortalidad del alma, a la cual concebía en constante peligro, expuesta a las tentaciones del mundo, el demonio y la carne; cuando el cuerpo, su cárcel, expirara el alma transitaría a un espacio de justicia: el cielo, el limbo, el purgatorio o el infierno. En su texto, en primera instancia, se detuvo en describir los tormentos del fuego eterno del infierno, para después centrarse en el purgatorio, lugar en el que se podían guardar esperanzas de salvación. Además, convenía en que ganarse el cielo, el infierno o el purgatorio dependía de los méritos personales o las malas obras efectuadas desde la razón y la libertad, es decir, replicaba los

[142] Myrna Rivas García realizó una amplia investigación sobre el sermón de Castro Cid, e infiere que la obra se escribió en algún momento de sus estadías en La Habana. Véase Rivas García, *Memorial de José de Castro Cid: El camino a la salvación según la teología jesuítica. Siglo XVIII*.
[143] Ignacio de Loyola, citado por Rivas García, *Memorial de José de Castro Cid: El camino a la salvación según la teología jesuítica. Siglo XVIII*, p. 16.
[144] Luis Ribot, *La Edad Moderna (siglos XVI-XVIII)*, Madrid, Marcial Pons, 2017, p. 488.

postulados jesuitas referentes a la obtención de la Gracia divina a partir de una postura colaborativa del individuo. Así, la salvación y la redención fueron expresadas como un acto personal, no obstante, exhortaba a la comunidad a elevar sus oraciones por las ánimas benditas del purgatorio, ya que con esta acción se ayudaba a las almas dolientes a salir de esa cárcel. Contribuir con la salvación de los purgantes redituaba en un bien mayor, ya que ganar un alma en favor de Dios ponía al orante en un estado de significante gracia, por lo tanto, el alivio que pudiera prestarse a las almas del purgatorio sería proporcional al que Dios concedería al devoto.

En su escrito Castro Cid incitaba no sólo a tener compasión por el ánima en pena y acudir a socorrerla, sino a procurar lo mismo con la propia ya que el tránsito por el purgatorio era una probabilidad muy patente; y "el horror del purgatorio" no tenía comparación con todos los dolores y tormentos que se podían padecer en vida.[145] A diferencia del infierno, el temible fuego del purgatorio era purificador y por lo tanto esperanzador. Al recurrir al miedo como elemento persuasivo de los posibles purgantes, el autor pretendía realizar un llamado a la redención personal, lo cual era primordial en una cultura que sólo concebía la existencia del sujeto por su alma, que a su vez se convirtió en eje de la procreación y la salvación, mientras que el cuerpo era un objeto receptor, un *corpus misticum*.[146]

Las similitudes entre purgatorio y casas de recogidas son ineludibles. El recogimiento, al igual que el purgatorio, evocaba un espacio de justicia, en el cual las mujeres quedarían sometidas a las prácticas que las conducirían a la expiación de sus culpas, por medio de la oración, la severa disciplina, y el dolor de sus pecados, así corregirían su vida descarriada y alcanzarían la salvación de su alma.[147] La mancha, en su analogía de suciedad, pecado, desviación, y culpabilidad, sería redimida en un recinto de recogimiento.[148]

---

[145] Rivas, "Anexos", *Memorial de José de Castro Cid: El camino a la salvación según la teología jesuítica. Siglo XVIII,* p. 148.
[146] Clavero, *Sujeto de derecho. Entre estado género y cultura,* p. 30.
[147] En la casa de la penitencia de Málaga, en sus lineamientos de 1681, se específica que las mujeres deberían meditar media hora y considerar "el peligro de eterna condenación en que han vivido, y que pidan auxilio a Nuestro Señor para no ofenderle, y para mudar las costumbres con la enmienda", con la misma finalidad debían practicar otros actos devocionales y autodisciplina de azote. Pérez de Colosía, "Constituciones para la casa de recogidas fundada por fray Alonso de Santo Tomás", p. 583.
[148] Para una discusión más profunda sobre la culpabilidad, véase Ricoeur, *Finitud y culpabilidad*.

El acto de recogerse se ofrecía como un vehículo para establecer una mayor cercanía con Dios, ya que replegarse ayudaría a evitar las tentaciones del mundo y a mantener una disciplina rígida que contribuyera a fortalecer el espíritu de quien se recogía. Nancy van Deusen afirma que la clausura de las mujeres significaba la negación física de sus sentidos, ya que no podían estar en contacto con el mundo, al mismo tiempo ocultar su cuerpo en el encierro era una forma de cuidar su honor y de no atraer miradas lujuriosas. Esta misma visión influía en la vestimenta ya que volvía necesario cubrir su erotismo, atender la normativa del atuendo reflejaba pureza espiritual, una interiorización del recato y del recogimiento como virtud propia de lo femenino.[149]

El sermón de Castro Cid evidencia una preocupación religiosa y social por salvar las almas, y ofrece una solución desde una corriente del pensamiento jesuita que se inclina por valorar el arbitrio humano en la obtención de la Gracia. La misma concepción redentora es perceptible en su inquietud por establecer una casa de recogidas, ya que en su función y en su significación espacial guarda una similitud con la construcción simbólica del espacio del purgatorio, y con el libre albedrío como pasos a seguir para alcanzar la salvación del alma. En la instauración de esta obra pía en la capital novogalaica, Castro Cid contó con el respaldo del obispo de Guadalajara, Juan Gómez de Parada, con quien ya tenía cierta familiaridad.

La viabilidad del proyecto de Guadalajara se concretó porque la ciudad carecía de un establecimiento de esta índole. En esto la capital novogalaica difería de la ciudad de México, en donde existían varias casas de recogidas, entre ellas la de María Magdalena erigida en 1692, o el hospital de la Misericordia que funcionaba desde finales del siglo XVI y recibía a las casadas que mantenían proceso por disensiones matrimoniales. En Guadalajara, las que transgredían el orden eran remitidas, según su calidad, a la cárcel de corte, colocadas en depósitos en casas particulares o al convento de Santa María de Gracia.[150] Aunque no he localizado un documento que exprese de forma puntual los motivos que se objetaron para solicitar la instauración de un recogimiento en la capital novogalaica, infiero que las

[149] Van Deusen, *Between the Sacred and the Worldly. The Institutional and Cultural Practice of Recogimiento in Colonial Lima*, p. 22.

[150] De acuerdo con Thomas Calvo, "en 1620 el convento de Santa María de Gracia alberga a 200 religiosas, colegialas, domésticas y esclavas, hasta mujeres de dudosa moralidad que eran obligadas a pasar un tiempo en el convento mientras se creaba un lugar de verdadero recogimiento." Calvo, *Poder, religión y sociedad en la Guadalajara del siglo XVII*, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1991, pp. 101-102.

justificaciones que se emplearon no distaron de las interpuestas en otras latitudes, ya que obedecía su proliferación a un pensamiento compartido respecto a la impartición de justicia, castigo y corrección de las mujeres, por lo que en cada asentamiento su presencia se convirtió en una necesidad.

Con el objeto de materializar el recogimiento, es probable que el obispo brindara a Castro Cid una pequeña finca en las inmediaciones de la ayuda de la parroquia de Nuestra Señora del Pilar, la cual amparaba una capilla dedicada a Nuestra Señora de Aránzazu,[151] y se ubicaba en los límites del poniente de la ciudad.[152] El complejo parroquial del Pilar fue promovido por el presbítero Eusebio Antonio de Riaza en 1718, comprendía una vivienda para un teniente de cura, y entró en funciones en 1720.[153]

Las dimensiones del inmueble que recibió Castro Cid resultaron ser insuficientes para instaurar el recogimiento. En conocimiento de lo anterior, en junio de 1745 se presentó el canónigo don Eusebio Antonio de Riaza ante el jesuita y le ofreció comprarle aquella propiedad por la cantidad de 600 pesos oro. Además, le propuso que, "supuesto que no cuadraba dicha casa para su fin [de recogidas], se la vendiese y se comprase otra más cómoda y más dentro de la ciudad para su seguro gobierno".[154] El aludido convino en la propuesta y se comprometió a mediar la licencia de venta con el obispo Gómez de Parada. Con la venia del prelado la finca fue vendida. De esta forma, De Riaza que a la sazón desempeñaba el

[151] En un artículo de mi autoría señalé que la Casa de Recogidas se planeó adjunta a la capilla de Aránzazu en el complejo edilicio del convento de San Francisco, que también contó con una capilla a esta advocación e inició su fabricación en 1749. La documentación que he localizado me permite corregir lo anterior y precisar que la capilla de referencia era la que se encontraba en la ayuda de parroquia de Nuestra Señora del Pilar, y que de acuerdo con Mathias de la Mota Padilla fue patrocinada por el vasco don Esteban de Arreburu. Juárez Becerra, "Reformación femenina en Nueva Galicia: La Casa de Recogidas de Guadalajara", pp. 46-54.
[152] Alicia Cordero resalta que las casas de recogidas de la Magdalena en la ciudad de México y de los Dolores en San Luis Potosí tuvieron en común estar situadas en las zonas limítrofes de la ciudad, lo que evidencia la intención de mantener alejadas del centro religioso a las mujeres pecadoras. Esto mismo se puede observar para el caso de las Recogidas de Guadalajara. Cordero Herrera, *Felipe Cleere: oficial real, intendente y arquitecto. Entre la Ilustración y el despotismo*, p. 392.
[153] Mathías de la Mota Padilla, *Historia del reino de la Nueva Galicia en la América Septentrional*, [1742], Guadalajara, INAH-Universidad de Guadalajara, 1973, pp. 308-309.
[154] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 1, año 1745, f. 1.

cargo de prefecto de la Congregación de San Felipe Neri, obtuvo el predio en beneficio de los filipenses, aunque no por mucho tiempo.[155]

La manzana que albergaba la ayuda de parroquia de Nuestra Señora del Pilar perteneció a don Juan Fernández Corona, y tras su fallecimiento, pasó a manos de sus herederos; primero sus bienes pasaron a su esposa doña Ana María Villaseñor y en segunda instancia a Antonia Corona, quien probablemente fue hija del matrimonio. En 1738 la viuda Villaseñor cedió una fracción del solar, pero conservó para sí la mayoría del predio. Después, con la muerte de Antonia Corona las propiedades entraron en pleito testamentario; entre las fincas en disputa se encontraba una casa contigua a la pieza que vendió Castro Cid y que fue heredada para el mismo objeto de "recogidas". En noviembre de 1746 el juicio se resolvió de forma favorable a los intereses del jesuita, así que de inmediato se acercó al obispo y le pidió encarecidamente su venia para deshacer la transacción realizada con el prebendado de catedral, puesto que con la finca legada ya podía dar providencia a la fundación del recogimiento. Gómez de Parada, entendido de que el proyecto de las recogidas era para "honra, glorias y servicios de Dios y utilidad de la república", consintió en que Castro Cid deshiciera el contrato de compra-venta y devolviera los 600 pesos a De Riaza, mas como este último era ya difunto, el monto se le entregó a su albacea,[156] el doctor don Salvador Jiménez Espinosa de los Monteros.[157]

El jesuita permaneció por dos años más en la ciudad, y durante ese tiempo se mantuvo al frente de su empresa, hasta que en 1748 fue trasladado a la Congregación de la Purísima del Colegio Máximo de la ciudad de México, en su nueva morada tomó el cargo de

---

[155] El oratorio de San Felipe Neri se localizaba en las fincas anexas a la capilla de Nuestra Señora de la Soledad, con la compra del predio se pretendía trasladar a un sitio propio a los filipenses; finalmente el cambio de sede ocurrió el 15 de octubre de 1752. José Ignacio Dávila Garibi, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, t. III, vol. II, México, Editorial Cultura, 1963, pp. 720-721.

[156] En los archivos no he localizado el testamento de Ana Corona, lo que se refiere respecto a la donación es lo reproducido en la noticia favorable que Castro Cid comunicó al obispo Gómez de Parada. AHAG, sección Gobierno, serie Religiosos, subserie Compañía de Jesús, c. 2, exp. s/n, año 1746, f. 1.

[157] Matías de la Mota Padilla refiere que en tiempos del obispo fray Manuel de Mimbela, el arcediano don Salvador Jiménez Espinosa de los Monteros "celoso del bien público" "dejó principiada una casa de recogidas, que es muy necesaria para refrenar la liviandad de algunas mujeres". Sin embargo, en la documentación de archivo no he encontrado mayor vínculo entre el proyecto que refiere de la Mota Padilla y el que impulsó Castro Cid, ni mención alguna sobre el arcediano, salvo su papel como albacea del fallecido canónigo De Riaza. De la Mota Padilla *Historia del reino de la Nueva Galicia en la América Septentrional*, [1742], p. 450.

prefecto.[158] Al igual que otras instituciones de esa envergadura, la fundación de un recogimiento requería de la buena voluntad, caudal y empeño de las autoridades eclesiásticas y seculares, así como del interés de los bienhechores. En el caso de la Casa de Recogidas, la continuidad de su obra fue posible gracias a que el obispado la acogió como suya; por ello, a pesar de la partida del impulsor el proyecto siguió en ciernes en Guadalajara. El cambio de estafeta contribuyó a desdibujar la figura de Castro Cid, sobre todo porque se marchó antes de que el establecimiento tomara forma cabal, lo que a su vez llevó a adjudicar la autoría de la obra al obispo Gómez de Parada.

Otro dato que corrobora que Joseph de Castro Cid fue el impulsor de la fundación de la Casa de Recogidas de la ciudad es que poseía copia de una real cédula relativa al recogimiento de Santa María Magdalena de la ciudad de México, ubicada en el barrio de indios de San Lucas, y antes de abandonar Guadalajara la entregó a las autoridades eclesiásticas.[159] De acuerdo con Josefina Muriel, la Magdalena fue establecida por iniciativa del alcalde de la sala crimen don Francisco Zaraza y Arce en 1692, aproximadamente, y obtuvo la aprobación y el apoyo económico del arzobispo don Francisco de Aguiar y Seijas, quien expiró el 14 de octubre de 1698.

La real cédula que conservaba Castro Cid se originó a raíz de la representación que la sala del crimen de la Real Audiencia de México remitió al Consejo de Indias el 22 de abril de 1702, en su escrito exponía la falta de recursos que padecía el recogimiento debido al fallecimiento del arzobispo Aguiar y Seijas, quien en vida socorría el establecimiento con "limosnas gruesas". Ante la precaria situación, la sala del crimen optó por aplicar los reales que importaban las condenaciones en favor de la Casa de la Magdalena, sin embargo, en su petición al rey sostenían que la medida era insuficiente. La carencia de ingresos medraba en sumo grado las funciones del recinto, pues aunque la fábrica era capaz de albergar a 100 mujeres, sólo se podían mantener 12 o 14. Por lo anterior, el 27 de febrero de 1703, en atención a lo propuesto por la sala del crimen, el rey exhortó al prelado en turno y a sus sucesores a que asistiesen y fomentasen con sus dádivas la subsistencia de la Magdalena, en

[158] Zambrano S.J., Gutiérrez Casillas, S.J., Como última información de Castro Cid mencionan que en 1764 se encontraba en la hacienda del colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, en la ciudad de México, anciano y débil. Véase: *Diccionario Bio-Bibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, pp. 475-476.
[159] AGI, Guadalajara, leg. 362, núm. 4.1, ff. 19-20 v.

consideración a que este tipo de obras pías era "tan acepta a los ojos de Dios" y muy propia de su dignidad episcopal. Además, el monarca alentaba a que los eclesiásticos, vecinos y naturales de esa ciudad miraran por el bienestar de las mujeres recogidas, ya que con su efectiva asistencia remediarían algunos de los muchos escándalos que sufría el reino; por último, corroboraba el especial agrado y estimación que le harían con cumplimentar ese servicio.[160]

Es bastante probable que el jesuita mostrara la real cédula precedente a Juan Gómez de Parada y que la utilizara como un medio para convencer al obispo de la necesidad de un recogimiento en la ciudad. Por otra parte, el documento por sí mismo justificaba su apelación frente al prelado, puesto que en él se resaltaba la figura del arzobispo como principal protector y benefactor de este tipo de obra pía, y por consecuente propia de su jurisdicción. A su vez, las palabras de aliento para favorecer a las recogidas y el agrado que en ello veía el rey, licenciaban la réplica de estos establecimientos en otras ciudades y villas. Algunas preguntas quedan pendientes. ¿Qué tanto retomó Castro Cid del recogimiento de la ciudad de México en su proyecto de Guadalajara?, ¿Tuvieron acaso una estructura edilicia similar?, ¿Cuál fue la relación del jesuita con la Casa de la Magdalena?

Atribuir la Casa de Recogidas al obispo Juan Gómez de Parada no es del todo erróneo, puesto que en efecto participó, benefició y cuidó su instauración. Sin embargo, reconocer la figura de Joseph de Castro Cid como principal impulsor del recogimiento permite comprender las motivaciones personales que dieron lugar a la institución, la influencia de otras casas en su erección, y esclarecer los primeros momentos de la historia de esta obra pía. Entender por qué en 1771 la Real Audiencia de Guadalajara adjudicó la Casa de Recogidas a Gómez de Parada puede tener diversas explicaciones, por ejemplo: una, que se cayera en el acto simplista y usual de adjudicar las fundaciones a los obispos en turno; dos, que quizá la respuesta escondía una connotación política al negar las aportaciones y obras que efectuaron los jesuitas, tras la expulsión de la Compañía de Jesús; tres, tal vez, sencillamente fue que Castro Cid quedó en el olvido al marcharse de la ciudad.

[160] AGI, Guadalajara, leg. 362, núm. 4.1, año, f. 19v.

II. Un proyecto obispal, Juan Gómez de Parada

En los años en que se formó el andamiaje material de la Casa de Recogidas, Juan Gómez de Parada ostentaba el cargo de obispo mientras que Ginés, su hermano, poseía la dignidad de deán, y llevaba las riendas del obispado en las ausencias del prelado, en especial cuando realizaba las visitas pastorales. En sí, la diócesis de Guadalajara fue gobernada por los dos hermanos. La particular cohesión del obispo de Guadalajara con el cuerpo de su cabildo catedralicio fue uno de los factores que permitieron que la obra de la Casa de Recogidas se concluyera y entrara en vigor en 1751. Una de las improntas que los Gómez de Parada legaron al establecimiento fue su fervorosa devoción guadalupana y la fianza de rentas seguras para solventar las necesidades de las recogidas.

Juan Leandro Gómez de Parada fue natural de Guadalajara, tierra que lo vio nacer el 13 de marzo de 1678. Fue procreado por el matrimonio conformado por el capitán don Ginés Gómez de Valdés y de doña Mariana de Parada y Castro, en el seno de una prestigiosa familia de la región. El joven Juan fue alumno del colegio de San Juan Bautista en Guadalajara, pero después se dirigió a la capital novohispana e ingresó al colegio real de San Ildefonso.[161] Su trayectoria académica la continuó en la Real y Pontificia Universidad de México, de sus aulas se graduó de bachiller en artes en octubre de 1692, y ahí mismo consiguió el título de bachiller en teología. En 1699 entró al Colegio Mayor de Santa María de Todos Santos y al año siguiente recibió las sagradas órdenes. Su interés por formarse lo llevó a España, allí obtuvo el grado de doctor en teología por parte de la Universidad de Salamanca en 1703. Sin duda, su estancia en la península ibérica le permitió ampliar sus redes, con las cuales garantizó amplias probabilidades de asenso dentro de la clerecía. En septiembre de 1707 fue nombrado racionero en la iglesia metropolitana de México, por lo que regresó a la Nueva España en 1708,[162] a partir de ese momento su carrera en la jerarquía eclesiástica comenzó a ascender.

[161] Grecia Carvajal Becerra, *La gestión episcopal de Juan Gómez de Parada en Guadalajara (1736-1751),* tesis de maestría, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2016, p. 30.
[162] AGI, Indiferente General, 215, núm. 107, relación de méritos de Juan Gómez de Parada, 1712, ff. 6-7.

En 1709 el cabildo catedral lo nombró por su procurador para atender sus causas y negocios en España. Este último cargo le retribuyó en privilegios y nuevas conexiones de distintos escenarios y jurisdicciones que lo proyectaron al ámbito de la clase episcopal.[163]

En 1715, Juan Gómez de Parada fue designado a la silla obispal de Yucatán, al tiempo de tomar posesión contaba con 38 años de edad. Su paso por esas tierras resultó memorable, ya que se comprometió a mitigar los agravios que padecían los indios debido al abuso del servicio personal exigido por los españoles. Las quejas del obispo llegaron a los oídos del rey Felipe V, quien con la finalidad de remediar los daños denunciados le otorgó amplio poder "con total inhibición de todos los gobernantes y demás justicias de esa provincia". La tensión entre la potestad civil y la eclesiástica llegó a tal grado que Gómez de Parada excomulgó al gobernador, don Antonio de Cortayre.[164] El reemplazo del gobernante por el brigadier don Antonio de Figueroa y Silva mitigó la controversia, y se entablaron mejores relaciones. No obstante, Felipe V dispuso un nuevo destino para el prelado.

Gómez de Parada fue promovido a la diócesis de Guatemala en 1728, a su arribo realizó la respectiva visita pastoral y aunque prestó especial atención a las quejas y problemas que observó en los indios, esto no fue su prioridad. Debido a la precariedad que privaba en el episcopado, Gómez de Parada centró sus esfuerzos en subsanar las cuentas del obispado. Además, de acuerdo con el cardenal Francisco Lorenzana, se esmeró en dar arreglo a los tribunales eclesiásticos, fomentó la educación y construyó a sus expensas el convento de religiosas capuchinas.[165] Al llegar Gómez de Parada a Santiago de Guatemala ya existía una casa de recogidas de índole correctivo en el lugar; su predecesor fray Juan Bautista Álvarez de Toledo (1713-1725) la sostuvo y acrecentó sus caudales al legarle un fondo de dos mil pesos, más el crédito de mil para su mantenimiento.[166] El recogimiento de Guatemala se erigió en 1571, y en sus inicios estaba preservado a albergar doncellas pobres o huérfanas hijas de conquistadores, sin embargo, en el transcurso del siglo XVII se comenzaron a remitir

[163]Carvajal Becerra, *La gestión episcopal de Juan Gómez de Parada en Guadalajara (1736-1751)*, pp. 34-37.
[164] Gabriela Solís Robleda, *Contra viento y marea: Documentos sobre las reformas del obispo Juan Gómez de Parada al trabajo indígena*, México, CIESAS, Instituto Cultural de Yucatán, 2003, pp. XXII-XVIII.
[165] Carvajal Becerra, *La gestión episcopal de Juan Gómez de Parada en Guadalajara (1736-1751)*, pp. 50-53.
[166] René Johnston Aguilar, "La mujer en el siglo XVIII. Cárcel y casa de recogimiento de mujeres en Santiago de Guatemala", Universidad del Valle de Guatemala, ponencia, academia.edu, p. 22.

"mujeres de vida dudosa, depravadas, criminales de todas razas y condiciones".[167] La situación condujo al establecimiento a mudar su primera intención y paulatinamente se convirtió en una casa de recogidas de tipo correctivo, peculiaridad que se reafirmó en 1735, fecha en que se decidió que las recluidas en la cárcel del ayuntamiento pasaran al recogimiento. Parte de esta transición sucedió en el periodo de Gómez de Parada, por ello es posible asumir que conoció su funcionamiento de cerca.[168]

Mientras Juan Gómez de Parada se labraba un prometedor futuro, su hermano Ginés quien nació en 1689, se afianzó desde 1716 como racionero del cabildo catedral de Guadalajara. Ginés se graduó en artes en la universidad de México; posteriormente, transitó a España y allí, en 1712, obtuvo el grado de doctor en cánones por la Universidad de Salamanca. Su camino académico fue muy similar al que siguió su hermano. Una vez que volvió a Guadalajara, la presencia de Ginés en la jerarquía eclesiástica fue ascendente: en octubre de 1718 se le promovió a una canonjía, un año más tarde se convirtió en chantre; en 1725 consiguió la dignidad de arcediano, y dos años después ocupó el decanato;[169] el cargo de deán lo ejerció por espacio de 43 años, hasta su muerte acaecida el primero de diciembre de 1771.[170] Por diversas circunstancias, Ginés, al ser la cabeza del cabildo catedral, se vio precisado a tomar posesión de la diócesis en nombre de su hermano Juan, el 26 de octubre de 1736. Además, debido a su dignidad, en ocasiones posteriores recibió las protestas del obispo electo fray Francisco de Buenaventura Martínez Tejeda, el 4 de julio de 1752, e hizo lo mismo con el prelado Diego Rodríguez de Rivas, el 12 de septiembre de 1763.

El 18 de noviembre de 1735, Juan Gómez de Parada fue designado por Felipe V a la diócesis de Guadalajara, gracias, en parte, a las gestiones que realizó su agente Juan Bautista Mireles en Madrid. El hombre que arribó a la capital de Nueva Galicia en el mes de diciembre de 1736 distaba del joven que gobernó la sede de Yucatán, es probable que se hubiese minado

[167] Johnston Aguilar, "La mujer en el siglo XVIII. Cárcel y casa de recogimiento de mujeres en Santiago de Guatemala", p. 21.
[168] De acuerdo con Josefina Muriel, la casa de recogidas de Mérida se erigió bajo el gobierno eclesiástico de fray Ignacio de Padilla y Estrada (1753-1760), por lo que se deduce que la primera vez que Gómez de Parada estableció contacto directo con un recogimiento fue en Guatemala, aunque seguramente también conoció las ubicadas en la ciudad de México. Muriel, *Los recogimientos de mujeres. Respuesta a una problemática social novohispana*, p. 212.
[169] AGI, Indiferente General, leg. 139, núm. 31, f. 2, relación de méritos de Ginés Gómez de Parada, 1715.
[170] Dávila Garibi, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, t. III, vol. II, p. 1040.

su confianza en el rey por la falta de voluntad y de decidido apoyo que se le concedió para resolver las desfavorables condiciones de los indios de aquel obispado. Así, su espíritu criollo se ahondaba al percatarse de la excesiva fiscalización a la que se sometían a las iglesias novohispanas.[171] Más allá de lo anterior, en su terruño se le acogió de manera cálida y entusiasta por tener a un natural del reino por obispo; él también se vio favorecido al gobernar el episcopado de Guadalajara ya que éste no presentaba las dificultades del de Yucatán ni las precariedades económicas del de Guatemala.[172] Además, en Guadalajara, al estar cerca de su parentela podía contribuir directamente en la resolución de los problemas que se presentaron en el patrimonio familiar tras la muerte de su padre.

Una vez en territorio novogalaico, y con el objeto de reconocer su diócesis, Gómez de Parada realizó dos visitas pastorales, la primera de 1740 a 1742 y la segunda de 1749 a 1751.[173] En la región su gestión episcopal se caracterizó por el fomento que brindó a las instituciones de carácter formativo. Respecto a la educación de las mujeres destaca el empeñó que puso en el colegio de San Diego de Alcalá, este establecimiento se vio beneficiado con recursos del peculio del prelado; con su caudal se compuso parte de la fábrica del plantel y, en especial, la capilla que estaba en construcción. Además, con la finalidad de otorgarle rentas seguras, les cedió una huerta de olivos y la hacienda de Santa Inés, ubicada en Huentitán, con los molinos de Piedras Negras; cabe señalar que la entrega de las propiedades se efectuó bajo la expresa condición de que el colegio no mudara su esencia educativa.[174] Con el firme propósito de consolidar la vocación del colegio de San Diego, el obispo les ministró a las colegialas nuevas constituciones en junio de 1749.[175]

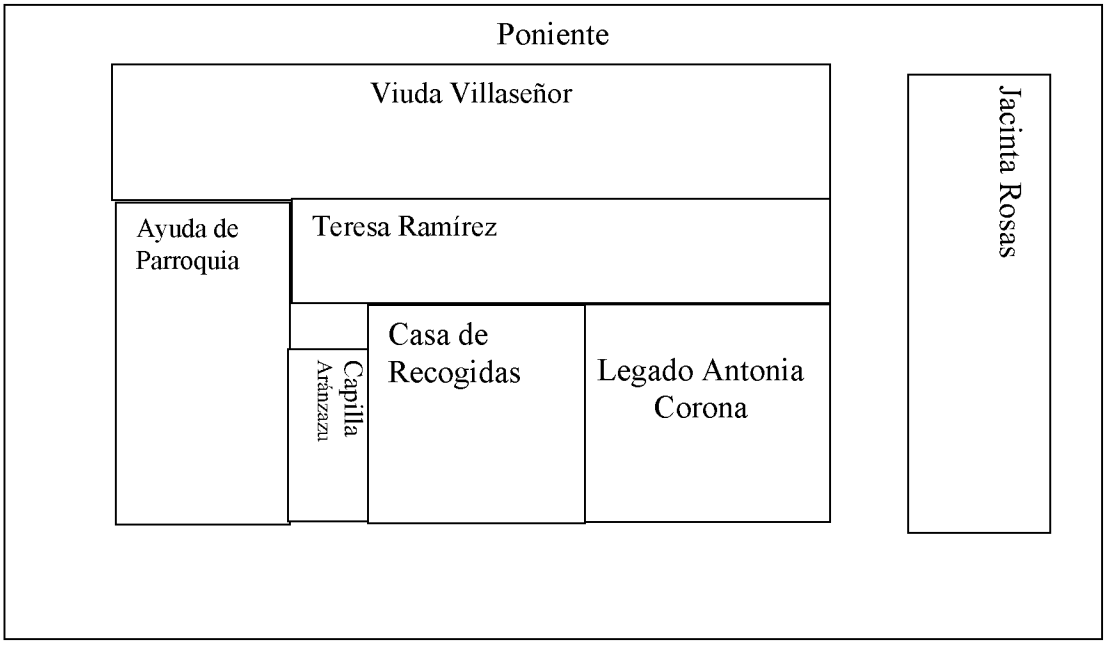
Gómez de Parada se mostró benévolo con otros proyectos que surgieron en el obispado a favor de las mujeres: en enero de 1743, por ejemplo, autorizó el beaterio de Santa

---

[171] Carvajal Becerra, *La gestión episcopal de Juan Gómez de Parada en Guadalajara (1736-1751),* pp. 72-73.
[172] A partir de 1680 la ciudad de Guadalajara experimentó un repunte poblacional y económico, producto de la dinamización de las actividades ganaderas y mineras de la región. Véase Thomas Calvo, *Guadalajara y su región en el siglo XVII. Población y economía*, Guadalajara, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1992, p. 249; Aristarco Regalado y Celina Becerra, "La consolidación de una capital: Guadalajara", Thomas Calvo y Aristarco Regalado (coords.), *Historia del reino de la Nueva Galicia*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, p. 481.
[173]Carvajal Becerra, *La gestión episcopal de Juan Gómez de Parada en Guadalajara (1736-1751),* p. 97.
[174] De la Mota Padilla, *Historia del reino de la Nueva Galicia en la América Septentrional*, [1742], p. 228.
[175] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Colegio de San Diego, c. 1, exp. s/c, año 1802, f. 1.

Clara que promovió el cura Diego José de Cervantes en la villa de Santa María de los Lagos;[176] tiempo después aprobó el recogimiento que propuso Castro Cid. El obispo no obstaculizó las nuevas fundaciones y aunque actuó de forma comprometida en cada una de ellas, no todas le merecieron el mismo empeño y caudal. En el caso de la Casa de Recogidas se encargó de que contara con unas cortas fincas, inmediatas al recogimiento, para que de su alquiler pudiera sufragar parte de sus gastos, estas rentas le permitiría disponer de un peculio fijo y seguro que contribuyera a garantizar su subsistencia, pero que por sí solas no eran suficientes para sostener el establecimiento. De manera gradual, la finca inicial que estaba destinada al recinto Recogidas aumentó sus dimensiones con las propiedades que se ganaron en el juicio testamentario de Antonia Corona en 1746; tres años después, el 6 de agosto de 1749, se compró a Joseph Cortés y María Teresa Ramírez su casa y solar por un monto de 350 pesos de oro común.[177] De esta forma, el proyecto ganó espacio en la manzana de la ayuda de parroquia del Pilar.

Representación de la manzana de la ayuda de parroquia de Nuestra Señora del Pilar.



Plano 1 Representación de la manzana de la ayuda de parroquia de Nuestra Señora del Pilar. Fuente: AHAG, sección Justicia, serie Provisorato, c. 38, exp. s/n, año 1749.

[176] Dávila Garibi, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, t. III, vol. II, p. 723.
[177] AHAG, sección Justicia, serie Provisorato, c. 38, exp. s/n, año 1749, ff. 1-5.

Con el propósito de solventar los gastos que originaba la encomienda de establecer el recogimiento, en noviembre de 1749 el obispo autorizó al presbítero don Francisco Xavier de Ocampo a acudir al Real de Bolaños y solicitar limosnas en beneficio de la obra pía.[178] Sin embargo, la muerte sorprendió a Juan Gómez de Parada el 14 de enero de 1751; expiró sin ver concluida la Casa de Recogidas. A pesar del fallecimiento del prelado, la cohesión que prevaleció entre el obispo y el cabildo catedral permitió la continuidad del proyecto de las Recogidas. El 5 de junio de ese mismo año de 1751, al estar la sede vacante, Ginés, en su calidad de deán, corrió otro libramiento con la finalidad de recaudar reales en las minas de Bolaños para la fábrica de la casa, por el tiempo que fuese necesario.[179]

La traza de los establecimientos destinados a recogidas no estaba regulada en su totalidad. En 1608, en el tratado de sor Magdalena de San Jerónimo, intitulado: *Razón y forma de la galera y casa real, que el rey nuestro señor manda hacer en estos reinos, para castigo de las mujeres vagantes, ladronas, alcahuetas, y otras semejantes*, sólo se advirtió que sus edificios no quedaran muy apartados del pueblo, que sus fábricas fueran fuertes y bien cerradas, sin ventana o mirador a ninguna parte, con dormitorios comunes, sala de labor, una cárcel secreta para castigo de las incorregibles, capilla y pilas; en su puerta principal debían inscribirse las armas reales y junto a ellas una espada desenvainada y la frase "Esta es la galera, que su magestad el rey nuestro señor ha mandado hacer para castigo de las mujeres vagantes, ladronas, alcahuetas y otras semejantes: donde serán castigadas conforme a su culpa y delito".[180]

La composición de las casas de recogidas, al igual que otras instituciones femeninas, partió de una concepción teológica de resguardo del cuerpo, hecho a imagen y semejanza de Dios. Desde esta lógica, el acto de recogerse era sumamente valorado, pues permitía un estado de pureza al abstenerse de los males del mundo, alejar los peligros del alma y replegarse a la oración. Por lo tanto, abandonar el siglo, y experimentar una vida de clausura

[178] AHAG, sección Gobierno, serie Libros de Gobierno, c. 1, libro de 1749-1751, f. 16.
[179] AHAG, sección Gobierno, serie Libros de Gobierno, c. 1, libro de 1749-1751, f. 50.
[180] Sor Magdalena de San Jerónimo, *Cárceles y mujeres en el siglo XVII, razón y forma de la Galera. Proceso inquisitorial*, p. 77.

tenía una connotación positiva y deseada. Bajo estos principios, las construcciones debían guardar cierta comodidad y armonía con el propósito de recogimiento que se perseguía.

La estructura de los institutos conventuales, colegiales y de recogimiento compartían cinco características funcionales en la disposición del espacio y que marcaban las relaciones sociales en el interior:[181] por una parte, las áreas de control, con el zaguán, el torno, el locutorio y la reja; por otra, las religiosos, entre ellas el coro, el confesionario, el comulgatorio y la capilla, debidamente resguardadas con rejas de hierro; también estaban las piezas de trabajo, con la cocina, el horno y las salas de labores;[182] distintas serían las comunales, por ejemplo, el refectorio, la enfermería, y los patios; por último, las de encierro propiamente dichos, con los dormitorios y celdas, pues dormían en habitaciones bajo llave.[183] De esta manera, la producción del espacio físico acusaba su función-intención: política al segregar, e ideológica al recoger y redimir.

La mística religiosa quedaba de manifiesto en las piezas del recogimiento, cada una estaba investida de religiosidad y acusaba el objetivo de la institución, su propósito de salvar las almas, lograr la restitución con Dios, y alejar a las transgresoras de los males del mundo. Por ejemplo, el locutorio, característico de los edificios conventuales, consistía en una pieza dividida por un enrejado, a través de la cual las monjas podían conversar con sus allegados, todo con la debida separación que procuraba la rejilla y la estrecha vigilancia. El torno, una ventanilla cerrada con una caja giratoria, servía para pasar objetos, sin tener contacto visual con los remitentes, lo que contribuía a mantener la clausura.

De acuerdo con Alicia Cordero, la casa de la Magdalena, en la ciudad de México, tuvo la siguiente traza: un solar de sesenta varas, con dos plantas organizadas en torno a

---

[181] Alicia Cordero identifica cuatro de estos espacios en la casa de recogidas de San Luis Potosí, a excepción del que denomino religioso. Aunque coincido con los elementos que destaca, considero que éstos eran comunes en las instituciones femeninas que compartían un principio de clausura. Cordero Herrera, *Felipe Cleere: oficial real, intendente y arquitecto. Entre la Ilustración y el despotismo*, p. 441.

[182] En las actividades de trabajo se forjó la diferencia entre cada una de las tres instituciones referidas, ya que mientras las profesas elaboraban delicados tejidos o confitería, las colegialas tomaban clases de primeras letras, música, o preparaban algunas golosinas, en cambio, las recogidas de establecimientos correctivos realizaban faenas del metate, lavaban o escarmenaban. A lo largo de esta investigación se profundizará en ello.

[183] Este quinto elemento que identifico de encierro, comprendería en los conventos las áreas de novicias, y en los colegios las piezas de pensionado. Las profesas, al igual que las maestras, al tener una mayor jerarquía dentro de la población de sus institutos tenían habitaciones distintas y ejercían medidas de control con sus subalternas.

cuatro patios; en el patio principal estaba el refectorio, el coro bajo con confesionarios y un pasillo que comunicaba al segundo patio, en éste se encontraba la cocina, el dispensario, y una habitación más; en el tercero tenían sitio el cuarto de la leña, el lavadero, los baños, la fuente y una sección de dormitorios, aquí también daba inicio la escalera que dirigía hacia la pieza de la sala de labor, otra área de dormitorios, la pieza de la rectora, compuesta de sala y dos recamaras, y la enfermería. En el último patio, es probable que estuviera la casa del capellán y el locutorio.[184]

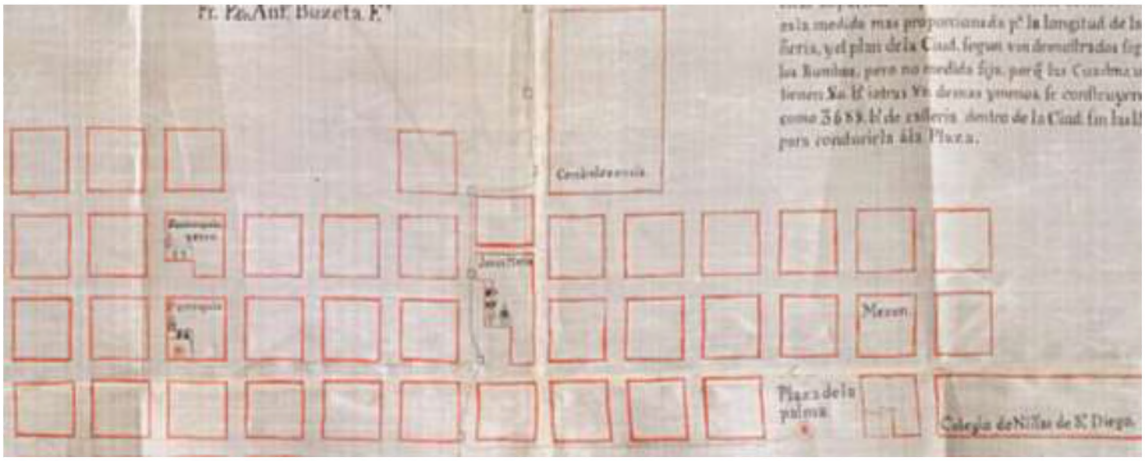


Ilustración 1 Izq. Portada del edificio del recogimiento de Santa María Magdalena, en ciudad de México. Der. Capilla y parte del claustro del mismo inmueble. Fuente: Alicia Cordero Herrera, *Felipe Cleere: oficial real, intendente y arquitecto. Entre la Ilustración y el despotismo*, p. 388. Estas imágenes también aparecen en Muriel, *Los recogimientos de mujeres, Respuesta a una problemática social novohispana*, pp. 123-125.

La Casa de Recogidas de Guadalajara surgió en un contexto específico de cambios y transformaciones urbanas que influyeron en su disposición. A penas en 1745 quedaba instalada la obra de fray Pedro Antonio de Buzeta quien dotó a la ciudad de la red de tuberías que la abastecería de agua; con la obtención del recurso, los usos y costumbres del espacio urbano arquitectónico tendieron a mejorar su higiene como producto del pensamiento de control que se imprimió a las ciudades.[185] En 1745, el juez superintendente del agua, don

[184] Cordero Herrera, *Felipe Cleere: oficial real, intendente y arquitecto. Entre la Ilustración y el despotismo*, p. 390.
[185] Jaime Alberto Vargas, *Arquitectura para la administración pública. Casas reales novohispanas, siglo XVIII*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2013, p. 57.

Martín de Blancas, elaboró un plano en el que señaló que la manzana de la ayuda de parroquia sería una de las beneficiadas que contaría con una fuente, es muy probable que de este mismo venero se desprendieran la noria y el pozo de los que se proveerían las recogidas posteriormente.[186]

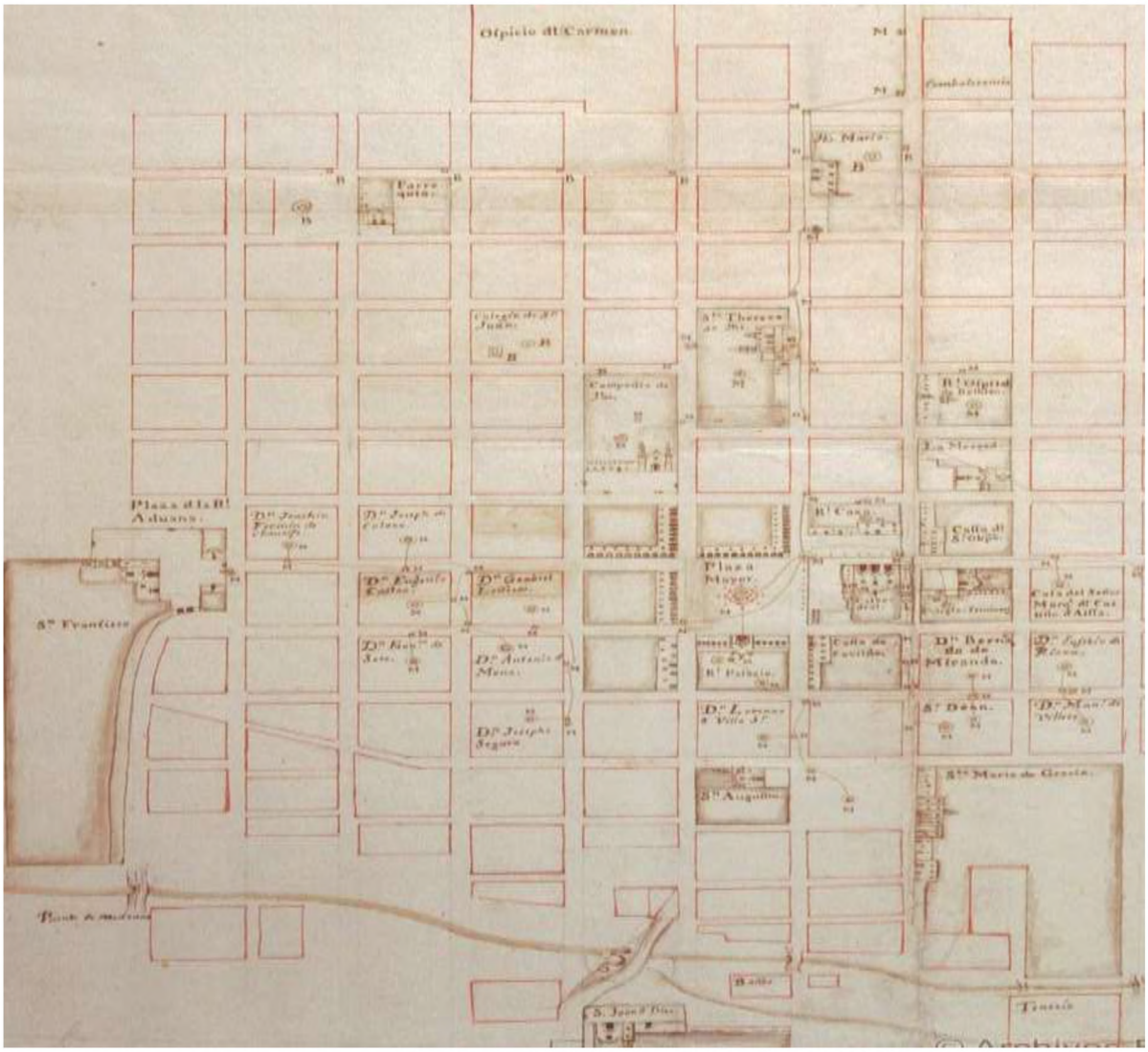


Plano 2 La ciudad de Guadalajara en los reinos de Nueva España, cabecera de la Nueva Galicia y demostración de la real obra del Agua. 1741. Fragmento sobre la manzana de la ayuda de parroquia, ubicada al margen izquierdo. Fuente: AGI, Mapas y Planos, México, 138.

La Casa de Recogidas fue amplia, ventilada y bien dispuesta. No obstante la falta de un plano sobre el recogimiento, por representaciones de la ciudad y un par de descripciones, es posible señalar que en un primer momento constructivo la fábrica fue de una sola planta y sólo contaba con cierto número de piezas totalmente concluidas, mientras que otras permanecieron techadas con tejamanil, es decir que, a pesar de que se inauguró en 1751, en ese entonces no estaba del todo perfeccionada. El inmueble se planeó con cuatro patios, dos de ellos principales y los otros pequeños, más un corral. Además, tuvo las siguientes áreas: enfermería,[187] refectorio, salas de labor, dos piezas de dormitorios, coro alto, confesionario, comulgatorio, cocina, dispensario, cuarto de horno, baños, lavaderos, habitaciones de la rectora, locutorio y torno.[188] Saber si el edificio de las Recogidas contó con la participación

[186] AGI, Mapas y Planos, México, 153.
[187] La pieza de enfermería parece ser una adecuación novohispana a estos institutos, pues en España este elemento se introdujo a las galeras de manera tardía, a partir de 1784. Martínez Galindo, *Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913),* p. 189.
[188] AGI, Guadalajara, legajo 345, núm. 2.5.1, f. 209; AHA, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Colegio de San Diego, c. 1, exp. 62, año 1802, f. 1.

de un maestro o arquitecto, si la finca siguió el modelo de la Magdalena, si se construyó expresamente para el establecimiento o fue una casa a la que se le hicieron las adecuaciones necesarias de acuerdo con los fines del recogimiento son algunas de las preguntas pendientes.[189]



Plano 3 Plano ignográfico de la ciudad de Guadalaxara de la Nueva Galicia que mandó hacer el señor Licenciado Don Martín de Blancas, oidor de ella para remitir a su Majestad en su Real y Supremo Consejo de Indias, como juez superintendente del agua, 1745. Fragmento, Casa de Recogidas en el margen superior izquierdo. Fuente: AGI, Mapas y Planos, México, 153.

[189] La casa de recogidas de Nuestra Señora de los Dolores de San Luis Potosí es el único caso ampliamente documentado sobre su construcción arquitectónica debido a la preeminencia de su autor, el arquitecto Felipe Cleere. Para profundizar en el legado de este arquitecto véase Cordero Herrera, *Felipe Cleere: oficial real, intendente y arquitecto. Entre la Ilustración y el despotismo.*

En la cultura religiosa novohispana, el aislamiento era una forma de alcanzar la salvación del alma. Las casas de recogidas se ofrecían como el medio idóneo para poder purgar una vida licenciosa. Debido a que el arrepentimiento de las mujeres recogidas quedó ligado a características místicas religiosas, fue usual que los establecimientos estuvieran dedicados a santas que estaban identificadas con una vida de pecado-arrepentimiento-conversión. Esta lógica de redención obedeció a construcciones religiosas de santidad, permeadas por elementos de género.

Rechazar la carne, sujetarse al matrimonio, dirigirse conforme a los consejos morales de los directores espirituales, amar sin buscar placer carnal, eran algunas de las formas en que las mujeres contribuirían a guardar el orden y mantener la paz, así, adquirirían un papel activo y útil que les permitiría lograr méritos para alcanzar la redención del alma, con María Magdalena como ejemplo, aumentaba la certidumbre de poder llevar una vida santa.[190] Al erigirse en símbolo de representación de un tipo de feminidad, se invistió de conceptos normativos.[191]

La santidad de las arrepentidas, al contrario del prototipo del mártir y el virginal, se asociaba en mayor medida a mujeres, la más icónica era María Magdalena; dentro de este modelo se encontraba también María Egipciaca, Tais, Afra, y Pelagia, entre otras. Todas ellas, a través de sus oraciones y una perseverante penitencia, lograron el mismo grado de excelencia moral que aquellas mujeres que desde su infancia se entregaron a Dios. Cada imagen devocional condensó valores, ideales y aspiraciones que, al ser acogidas por protectoras de las casas galeras y las casas de recogidas, descubren la finalidad institucional, su función-intención y su dirección y articulación espacial.

La Magdalena, identificada por la tradición como la adúltera que Jesús salvó de ser apedreada (Juan, 8), y la pecadora arrepentida que lavó con sus lágrimas los pies del nazareno (Lucas, 7, 36), representó la redención del sexo femenino; su culto, que fue exaltado tras la

[190] Duby, *Mujeres del siglo XII*, vol. III, p. 128.
[191] Joan Scott argumenta que uno de los elementos constitutivos del género son los símbolos femeninos de la tradición judeocristiana, ya que "evocan representaciones de luz y oscuridad, de purificación y polución, inocencia y corrupción". Scott, *Género e historia*, p. 66.

Reforma Católica, marcó el sentido espiritual y social de las casas de arrepentidas y de las recogidas.[192] En el proceso de conversión de algunas de las santas antes mencionadas apareció la figura de un sacerdote que con su sola presencia, o en ocasiones hablando con la pecadora, conseguía que aquella mujer se avergonzara del estado de corrupción en el que vivía, posteriormente experimentaban un profundo arrepentimiento que las llevaba a buscar la conversión incansablemente.[193] Egipciaca buscó la soledad del desierto con el propósito de expiar sus culpas, mientras que Tais y Pelagia se enclaustraron. Sus vidas constituían la mística de la redención y la salvación, y su ejemplo era una invitación esperanzadora para las disolutas.

No es de extrañar que los recogimientos tuvieran por patrona recurrente a María Magdalena, cuya advocación y nombre sostuvieron los dos establecimientos más imponentes de la Nueva España, me refiero a la casa de recogidas de la ciudad de México y a la de Puebla, también en la ciudad de los Ángeles existió otra casa dedicada a María Egipciaca. La construcción nominativa de los recogimientos, basada en el modelo de María Magdalena, manifestaba la peligrosidad de las mujeres por su sexo, acusaba la deseada y mística redención, y develaba una relación particular entre el espacio y sus agentes.

En la advocación que tuvo la Casa de Recogidas de Guadalajara sopeso el influjo mariano y el fervor por la devoción guadalupana que se vivía en la época y que, de manera singular, profesaban los hermanos Juan y Ginés. La virgen de Guadalupe fue proclamada patrona de la ciudad de México en 1737, ese mismo año la Compañía de Jesús, los obispos y cabildos eclesiásticos pugnaron para que la proclamación se hiciera extensiva a todo el reino, hecho que sucedió en 1746.[194] Por su parte, ese mismo año, en el mes de septiembre, Ginés

---

[192] En la actualidad la figura de María Magdalena ha sido reconsiderada por la iglesia católica, a través del papa Francisco, en un contexto que invita a una "reflexión más profunda sobre la dignidad de la mujer", por lo que se debate un aspecto medular para la concepción de la santa como pecadora redimida. Por una parte, se resalta el problema en el que se cayó al identificar en la misma persona de la Magdalena a tres mujeres: la adúltera, la pecadora arrepentida, y la hermana de Lázaro, tradición que inició con San Gregorio Magno. Ahora esa conexión se cuestiona, y en cambio se aprecia en mayor medida el papel de Magdalena como "apóstola de los apóstoles", por ser la primera persona que atestiguó a Cristo resucitado y anunció "la buena nueva" a los discípulos, de manera que se privilegia su misión evangelizadora. Mons. Arthur Roche, "María Magdalena, apóstola de los apóstoles", *Bollettino Sala Stampa della Santa Sede,* junio de 2016.

[193] María Helena Sánchez Ortega, *Pecadoras de veranos, arrepentidas en invierno. El camino de la conversión femenina,* Madrid, Alianza Editorial, 1995, pp. 17-22.

[194] Elena Díaz Miranda, "Zodiaco mariano", *Relatos e Historias en México*, núm. 64, http//relatosehistorias.mx/la-colección/64 [Consultado el 18 de enero de 2018].

convenció al Comercio de Guadalajara de que también tomara por patrona a la virgen del Tepeyac y que Juan, su hermano, admitiera en debida forma el patronazgo; así, la imagen de la virgen de Guadalupe se colocó en el altar mayor del templo de san Roque en el complejo conventual de San Francisco, ahí se comprometía el gremio del Comercio a celebrar cada año las fiestas en su honor. Años más tarde, en 1756 el deán gestionó ante el cabildo de la ciudad con el propósito de que se reconociera el 12 de diciembre como día de precepto y que se efectuaran los correspondientes festejos, dicha medida fue avalada y corroborada por el obispo en turno, fray Francisco de San Buenaventura Martínez de Tejada.[195]

La siguiente obra pictórica intitulada *La proclamación pontifica del patronato de la Virgen de Guadalupe sobre el reino de la Nueva España* evidencia la devoción del prelado de Guadalajara, Gómez de Parada. En primer plano aparece Juan Francisco López, procurador y sacerdote jesuita arrodillado ante el papa Benedicto XIV, detrás de él se representó a fray Juan de Zumárraga, le sigue Juan Gómez de Parada, y a la derecha los arzobispos de México, Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta (1713-1747) y Manuel Rubio y Salinas (1748-1765). La virgen de Guadalupe está enmarcada por otras advocaciones marianas, en la parte superior izquierda, de acuerdo con el sentido de las manecillas del reloj, se aprecia: Nuestra Señora de Loreto, Nuestra Señora del Refugio, Nuestra Señora de la Misericordia de Panamá, Nuestra Señora del Rosario, Nuestra Señora de los Remedios, La Inmaculada Concepción de Capuchinas "la Preladita", Nuestra Señora de la Luz, Nuestra Señora de Soterrana "la Subterránea" y Nuestra Señora del Carmen.[196]

[195] Dávila Garibi, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, t. III, vol. II, p. 718.
[196] Díaz Miranda, "Zodiaco mariano".



Ilustración 2 La proclamación pontificia del patronato de la virgen de Guadalupe sobre el reino de la Nueva España, obra atribuida a Miguel de Cabrera, 1756, óleo sobre lámina de cobre: colección Museo Soumaya-Fundación Carlos Slim A.C., ciudad de México. Recuperado de relatosehistorias.mx/nuestras-historias/la-proclamacion-pontifica-del-patronato-de-la-virgen-de-guadalupe-en-1754. [Consultado el 16 de enero de 2018].

La Casa de Recogidas, adjunta al templo de Nuestra Señora del Pilar y a la capilla de Nuestra Señora de Aránzazu, se ofreció a la virgen de Guadalupe por lo que se inauguró el día 12 de diciembre de 1751. Si bien, no se le dio propiamente el nombre de Casa de Recogidas de Guadalupe, al ser el único recogimiento en la región privó sólo el título de "las Recogidas". La apertura del establecimiento se efectuó meses antes de que arribara el nuevo obispo, natural de Sevilla, fray Francisco de San Buenaventura Martínez Tejeda, quien había sido designado al episcopado de Guadalajara por Fernando VI desde el 28 de septiembre y confirmado por la curia romana el 2 de diciembre de ese mismo año de 1751.[197]

[197] Fray Francisco de San Buenaventura Martínez de Tejeda fue natural de Sevilla, nació el 13 de marzo de 1686. De hábito franciscano, fue nombrado obispo auxiliar de Cuba en 1732; en 1745 fue trasladado como prelado al obispado de Yucatán, y en 1752 fue designado al de Guadalajara. Falleció en Guadalajara el 20 de

A la ceremonia de fundación de la Casa de Recogidas concurrieron, por parte de las autoridades seculares, el presidente de la Real Audiencia, Juan José de Bazarte, el oidor Pedro Fermín Echeverz y Subiza, y sus ministros; del gobierno eclesiástico acudieron los integrantes del cabildo catedralicio con Ginés Gómez de Parada a la cabeza, pues como mencioné el obispado permanecía en sede vacante. Así, con un gasto total de 12 mil pesos en la fábrica y extensión del recogimiento, y después de seis años, desde que Castro Cid impulsó esta obra pía, y tras la muerte de Juan Gómez de Parada, la Casa de Recogidas "abrió sus puertas para remedio de tantas mujeres de desarreglada vida e inhonesto proceder".[198]

III. El recogimiento del promotor fiscal Joseph Reyes Gómez de Aguilar

Tras la partida del jesuita Castro Cid de la ciudad de Guadalajara, el proyecto fue comisionado al presbítero y abogado de la Real Audiencia Joseph Reyes Gómez de Aguilar, quien más tarde se convertiría en promotor fiscal del tribunal ordinario eclesiástico. Gómez de Aguilar, como encargado de los asuntos de justicia del obispado, llevó a buen término la instauración del establecimiento, y una vez concluida la obra pía se mantuvo al frente de la dirección y orden del recogimiento. A partir de 1748 y hasta finales de 1771, Gómez de Aguilar sostuvo el gobierno de la Casa de Recogidas, este periodo de 23 años está lleno de vacíos documentales, pues parece ser que el clérigo manejó los papeles emanados de las Recogidas de manera personal.

De la información que los bachilleres proporcionaban con la finalidad de recibir los sagrados órdenes, se desprende que Joseph Reyes Gómez de Aguilar nació el 27 de mayo de 1697 en el pueblo de Tecolotlán en el seno de la familia de don Joseph Gómez García y de doña María de la Candelaria Aguilar. En su juventud optó por la vida religiosa, cursó sus estudios en el colegio seminario de San José de la capital novogalaica y, posteriormente, se

diciembre de 1760. Dávila Garibi, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, t. III, vol. II, pp. 712-717.

[198] AGI, Guadalajara, leg. 362, núm. 4.1, f. 14 v.

trasladó, en 1718, a la ciudad de México donde se matriculó en Derecho.[199] A su regreso a Guadalajara, se desempeñó como abogado de la Real Audiencia, promotor fiscal del obispado. De 1747 a 1767 se le asignó la rectoría del colegio seminario Tridentino del Señor San José, por su empleo recibía sustento, casa, médico, botica y ración. Entre sus obligaciones estaba el cuidar de la hacienda del instituto y hacer cumplir las constituciones.[200] Este último cargo se concedía por nombramiento del obispo, y en su caso fue consignado por Gómez de Parada.

En 1749, Gómez de Aguilar compró una casa y un solar, estas piezas se emplearon para la extensión de la Casa de Recogidas, y con ellas se logró contar con mayor parte de la manzana de la ayuda de parroquia del Pilar. En la escritura de venta el promotor fiscal se reconoció como entendido del recogimiento por expresa recomendación del obispo Juan Gómez de Parada.[201] Una vez que entró en funciones el establecimiento, en 1751, la presencia de Joseph Reyes se volvió más notoria ya que se encargó de la dirección y administración de la institución, debido a ello le correspondió realizar las diligencias necesarias para gestionar y asegurar, ante distintos tribunales, la manutención de las mujeres a su cargo; además, de acuerdo con sus deposiciones, tuvo una participación directa en llevar a mujeres al encierro, ya que colaboró "en rondas y prisiones con el auxilio de la justicia real".[202]

Fray Francisco de San Buenaventura Martínez de Tejeda, de la orden de San Francisco, tomó posesión de la diócesis de Guadalajara el 4 de julio de 1752. Este prelado, al igual que Gómez de Parada, su predecesor, sirvió en el episcopado de Yucatán, de junio de 1746 a 1752. Respecto a su pasó por aquellas tierras es preciso señalar que se le atribuye, entre otras obras, la construcción de un "recogimiento de mujeres de vida licenciosa", esto en el año de 1749.[203] De acuerdo con Muriel, el obispo, en colaboración con el gobernador de Yucatán, solicitó al rey un permiso para establecer una casa de recogidas que atendiera la corrección de señoras casadas,[204] lo que corrobora su conocimiento y cercanía con este tipo

[199] AHAG, sección Gobierno, serie Sacerdotes, c. 29, exp. 20, año 1759, ff. 1-3.
[200] Carmen Castañeda, *La educación en Guadalajara durante la colonia (1552-1821)*, México, Publicaciones de la Casa Chata, CIESAS, 2012, p. 246.
[201] AHAG, sección Justicia, serie Provisorato, c. 38, exp. s/n, año 1749, ff. 1-5.
[202] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 2, año 1771, f. 1.
[203] Dávila Garibi, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, t. III, vol. II, p. 713.
[204] Muriel, *Los recogimientos de mujeres. Respuesta a una problemática social novohispana*, p. 212.

de instituciones y, probablemente, un interés particular por procurar beneficiar a la Casa de Recogidas de Guadalajara y centrar su atención en las disensiones matrimoniales, como en la obra que dejó en Yucatán. Lo anterior lo confirma Gómez de Aguilar quien, en 1754, alababa la eficacia de la Casa ya que gracias a ella "se habían hecho como treinta casamientos, remediándose muchos que por años estaban mal avenidos y muchos desordenes que había en la ciudad".[205]

Una de las prácticas a las que estaban obligados los obispos era presentar al sumo pontífice una relación sobre el estado que guardaba su diócesis en lo material, moral y espiritual, a este escrito se le llamó *Relatio Ad Limina*.[206] Martínez de Tejeda realizó dicho informe el 5 de abril de 1757, en él mencionaba que la ciudad no era "ni muy grande ni muy pequeña" y se bastaba con una sola parroquia y una "iglesia auxiliar", seguramente en referencia a la ayuda de parroquia del Pilar. En ese momento Guadalajara contaba con seis conventos de religiosos: uno de dominicos, uno de franciscanos, uno más de agustinos, carmelitas, mercedarios y jesuitas. Había cuatro monasterios de monjas: dos de la orden de Santo Domingo, uno de teresianas y uno más de agustinas recolectas. Referente a los colegios de niñas expresó la existencia de dos, uno incorporado a un convento de monjas dominicas, es decir, el de San Juan de la Penitencia que dirigían las religiosas de Santa María de Gracia, y el de niñas de San Diego que estaba al cuidado de mujeres seglares y con una prefecta al frente de la institución.

En la *Relatio Ad Limina* la Casa de Recogidas también le mereció un párrafo al obispo, de este establecimiento señaló que era "una casa de reclusión para mujeres arrepentidas. Institución que sólo estaba en sus comienzos cuando llegamos a esta Diócesis, ya está del todo perfecta y terminada", respecto a la manutención de sus habitantes indicó que "las pensionadas viven de limosnas de los fieles y de las multas por dispensaciones matrimoniales, que aplicamos a su favor".[207] La escueta información da más detalles de los que aparenta. De ella se desprende que la Casa de Recogidas albergaba, por lo menos, a dos

[205] Armando González Escoto, *Historia Breve de la Iglesia de Guadalajara*, Guadalajara, Universidad del Valle de Atemajac, 1998, p. 152.
[206] Carlos Herrejón Peredo, "La visita *ad limina* de Clemente Munguía sobre el obispado de Michoacán. 1862", *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, núm. 148, 2016, p. 187.
[207] Mario Cuevas, *Historia de la Iglesia en México*, t. IV, 1700-1800, México, Ediciones Cervantes, 1942, pp. 106-109.

tipos de mujeres, por una parte a las arrepentidas, es decir, aquellas que habiendo conocido sus yerros y soltura de vida, se arrepentían, se volvían a Dios y se encerraban a vivir religiosamente y en comunidad, con grande recogimiento;[208] y por otro lado, las que estaban en calidad de depósito por discrepancias maritales.

Martínez Tejeda, en su *Relatio Ad Limina*, no mencionó a las mujeres remitidas por los tribunales de otras jurisdicciones, pero no debe descartarse su presencia en las Recogidas. Lo que sí se entrevé en las líneas del obispo es que, en primer término, consideró ese espacio de reclusión como un lugar místico en el que se procuraba la reformación de las costumbres de sus habitantes, con la finalidad de redimir y salvar sus almas; esta visión era la misma que compartía Castro Cid. Sin duda, ambos personajes convergían en una concepción religiosa del ejercicio de la justicia en la que era preciso dolerse de los pecados para restituirse en la gracia de Dios, y en la que resultaba necesaria la salvación del cuerpo para salvar el alma. En sí, el fin último de la justicia eclesiástica ordinaria no radicaba en el castigo, sino en la conversión.

El surgimiento del Beaterio de Santa Clara en Guadalajara permite reafirmar, por contraposición, las particularidades de la Casa de Recogidas, su misión redentora y correctiva. En abril de 1751, Marcos Flores, terciario de la orden de San Francisco, se propuso establecer un recogimiento destinado a mujeres y niñas pobres para que vivieran bajo la regla que él profesaba.[209] Aunque en esencia este establecimiento compartía con la Casa de Recogidas el encierro que se ofrecía como forma de vida para las mujeres, la diferencia del beaterio radicaba en el carácter devocional y espiritual que implicaba la actitud de recogerse, y resguardarse de los males del mundo de manera voluntaria. Con el transcurso del tiempo, el establecimiento de Flores arraigó su cualidad preventiva y consolidó una vocación formativa, ya que las beatas abrieron sus puertas para atender la educación de las niñas de la ciudad, con este propósito establecieron una escuela general y un pensionado.[210]

---

[208] *Diccionario de Autoridades*, t. I, (1726), Real Academia Española, http://web.frl.es/DA.html

[209] Castañeda, *La educación en Guadalajara durante la colonia (1552-1821),* p. 113.

[210] En la documentación emanada del beaterio se puntualiza que las beatas contaban con un pensionado y una escuela general, esto último hacía referencia a las niñas de "fuera" que asistían a recibir instrucción, pero que no vivían en el edificio. AHAG, sección Gobierno, serie Obras de Beneficencia, subserie Casa de Caridad y Enseñanza, c. 1, exp. 2, año [1777], f. 2.

Por su parte, la Casa de las Recogidas reforzó su identidad como un espacio de justica; su unicidad en la región la volvió indispensable para satisfacer las necesidades que tenían los tribunales eclesiásticos y seculares de reprehender y corregir a las transgresoras del orden, y a través de ello recobrarlas para Dios y la sociedad.

El constante aumento de mujeres remitidas por los tribunales seculares repercutió en sutiles cambios que transformaron poco a poco el carácter pío y místico que se esperaba de la estancia en el recogimiento. La redención y reformación de las recogidas empezó a diluirse. La estadía en la Casa de Recogidas significaba deshonra más que salvación, por lo que de forma gradual el encierro, que en su momento era un medio para conseguir el propósito de la redención, se convirtió en el castigo mismo. Debido a la nota de infamia que poseía el recogimiento, las autoridades eclesiásticas optaron por disminuir el número de mujeres que enviaban en calidad de depósito, ya que éstas no habían cometido necesariamente una falta. Con el objeto de evitar mayores perjuicios, esta clase de recluidas fue colocada en instituciones como el beaterio de Santa Clara, el colegio de San Diego, o alguno de los conventos de la ciudad, según su estamento. La desigual población que era consignada por unos y otros tribunales desembocó en disputas sobre quién y cuánto se debía aportar para la manutención de las recogidas.

A diferencia de los conventos, colegios, e incluso beaterios, los recogimientos, salvo excepciones, no gozaron de grandes donaciones ni de la formación de patronazgos. Los bienhechores reservaban su caridad para aquellas instituciones que enaltecían su dignidad, y por este motivo los monasterios eran los más socorridos. Una de las casas de recogidas que contó con un mecenas fue la de San Luis Potosí; esta institución fue fundada en 1774 por el capitán don Francisco de la Mora, conde de Santa María de Guadalupe del Peñasco, quien cedió el patronato al ayuntamiento, dotó a la institución con 4,000 pesos para el capellán, ministraba una res cada quince días para la alimentación de las presas.[211] Tras su muerte, legó 5,000 pesos que se pondrían a réditos para cubrir con ellos los sueldos de la rectora.[212]

[211] Cordero Herrera, *Felipe Cleere: oficial real, intendente y arquitecto. Entre la Ilustración y el despotismo*, p. 406.
[212] Francisco de la Peña, *Estudio histórico sobre San Luis Potosí*, San Luis Potosí, Imprenta Editorial de El Estandarte, 1894, p. 15.

La solvencia económica de la Casa de Recogidas de Guadalajara quedó bajo el arbitrio de la jurisdicción eclesiástica; aunque esta instancia tomó el cuidado del orden interno, el mantenimiento del edificio y la manutención de sus habitantes, no fundó patronato a su favor. Los recursos monetarios del establecimiento provenían principalmente del alquiler de sus fincas, constituidas por diez piezas entre casas, cuartos y una tienda; a lo anterior se sumaban los cuatro reales que las recogidas liquidaban de "puerta" al salir de la Casa y el medio real diario que se cobraba por la estadía a las esclavas.[213] La venta de tortillas y atole también contribuyeron en la subsistencia diaria. No obstante, la institución dependía en gran medida de la voluntad y limosnas del obispo en turno, en el caso del prelado Martínez de Tejeda es sabido que las favoreció hasta que falleció el 20 de diciembre de 1760.[214]

Los ingresos que obtenía la Casa de Recogidas de sus fincas de alquiler fueron mínimos e inconstantes, porque las piezas eran pequeñas y presentaban deterioros. Debido a las escuetas rentas que ganaba el recogimiento, Gómez de Aguilar buscó la manera de garantizar el debido funcionamiento y manutención de las ahí recogidas. Es probable que las dificultades económicas lo condujeran a tomar por encargo la elaboración de la comida de los presos, quizá para obtener algunas raciones, pues según palabras de Gómez de Aguilar "no se recibía estipendio alguno por la faena", misma que se empezó a realizar desde el año de 1759.[215] En Guadalajara, la encomienda de la proveeduría carcelaria contribuía a mantener la institución en pie, en especial tras quedar el obispado en sede vacante, de finales de 1760 a principios de 1762. Después de 1771, con la ausencia de Gómez de Aguilar al frente del recogimiento, la proveeduría de presos se comisionó a particulares, pero las presas seguían sometidas a las labores del metate.[216]

En el común de los establecimientos de casas de recogidas fue usual que las reas cumplieran con jornadas de trabajo con la finalidad de evitar su ociosidad y contribuir con los gastos de su manutención. Para el caso de España, Gema Martínez señala que las

[213] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c.1, exp. 8, año 1789, ff. 16-18.
[214] Dávila Garibi, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, t. III, vol. II, p. 744.
[215] AGI, Guadalajara, leg. 362, núm. 4.1, año 1772, ff. 14-19.
[216] El 29 de agosto de 1773 se entregó la encomienda de alimentos al particular Simón Fernández, por contrato celebrado con el ayuntamiento por el periodo de un año. AMG, Actas de Cabildo, c. 4, 2 de febrero de 1774, f. 21.

galerianas desempeñaban trabajos manuales, como coser, hacer calcetas, bordar, o confeccionar su propia ropa, por lo que no había en esto una penalidad utilitaria, benéfica al rey.[217] Por su parte, Victoria López sostiene que, además de lo anterior, a partir de la década de 1780 en Madrid las galerianas también arreglaban el ropaje del hospital y se dedicaban a las faenas de los tornos de hilar con pequeñas pagas, por lo que con jornadas largas y extenuantes las autoridades procuraban fomentar el auge de la industria textil.[218]

En la casa de la Residencia, en Buenos Aires, las reclusas fabricaban paños con la guía de un maestro de tejeduría, que no residía en el recinto. De igual forma, llegaron a contar con cinco tornos y vendían los productos que elaboraban, entre ellos jerga, lanas, estopas, pellones, fresadas y sogas,[219] además realizaban velas.[220] En Nueva España, en cambio, era más recurrente que las recogidas, como principal actividad, cumplimentaran la proveeduría de presos, y lo combinaban con las labores del torno e hilado; así sucedió en la Magdalena de Puebla, su homónima de la de ciudad de México, la casa de Pátzcuaro, la de San Miguel el Grande, la de Guadalajara y la de los Dolores en San Luis Potosí, por citar algunas.[221]

En 1769, debido al número de reclusas que se encontraban en el recogimiento por orden de la Real Audiencia, Gómez de Aguilar se acercó a este tribunal con la finalidad de solicitar un apoyo económico para la manutención de las recogidas. La petición fue atendida de manera favorable, aunque no por mucho tiempo. En el año de 1770 la Real Audiencia ordenó que se asignara a la comida de presos y recogidas 200 pesos, 100 de los propios de la ciudad y 100 del pósito. Pese a las prescripciones de la Real Audiencia, el cabildo de la ciudad sólo ministró los 100 pesos del pósito pues el fondo de propios, dijo, solventaba varios gastos, entre ellos la "venida anual" de la virgen de Zapopan;[222] además, argumentó que ya

[217] En España el trabajo también era forzado, y los recursos obtenidos se empleaban para complementar el gasto que erogaba su alimentación. Después, con la incipiente industrialización del hilado, las reas fueron adiestradas en las nuevas técnicas, y lo manufacturado era vendido al mercader que proporcionaba la materia prima, y recibían una compensación económica por su trabajo. Martínez Galindo, *Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913),* pp. 192-193.
[218] López, *El cepo y el torno. La reclusión femenina en el Madrid del siglo XVIII*, pp. 154 y 184.
[219] De Palma, *Recluidas y marginadas. El recogimiento de mujeres en el Buenos Aires colonial*, pp. 25-26.
[220] La fabricación de velas era una tarea manual, para ello la Residencia contaba con el cuarto de las velas. De Palma, *Recluidas y marginadas. El recogimiento de mujeres en el Buenos Aires colonial*, p. 34.
[221] Para mayor detalle de las actividades que se desarrollaban en las casas de recogidas véase cuadro anexo I.
[222] AMG, ramo Policía, signatura P1, paqt. 2, legajo s/n, año 1770, f. 3v.

había contribuido con 200 pesos, más otro tanto de lo que se había recabado en las funciones del coliseo y de los títeres.

En enero de 1771 la Real Audiencia se rehusó a socorrer la Casa de Recogidas. Gómez Reyes, en respuesta, criticó la disparidad de atención que se hacía "al mantener a los presos y no a las presas" cuando era sabido que todo resultaba "en servicio de Dios y del público", e insistía en que se le entregara una cantidad diaria o semanal para cubrir las necesidades alimenticias de las recogidas, gasto que estimaba cubrir con la asignación de seis reales diarios.[223] Lo anterior se sumaría a los ingresos que percibía la Casa de Recogidas, a saber, lo que aplicaba a su favor el provisor, lo que se obtenía del alquiler de sus casas anexas y que le redituaban una cifra que oscilaba en los 150 pesos anuales, además, lo que se obtenía por lo producido en el interior del establecimiento, por ejemplo, en la venta de tortillas. Otros de los argumentos que empleó Gómez de Aguilar fue que la Casa de Recogidas era una causa pública y que como tal la ciudad también estaba en obligación de coadyuvar con su existencia, con base en lo anterior proponía que el cabildo de Guadalajara, de su pósito, contribuyera con alguna limosna de maíz; por ser de caridad, dejaba al arbitrio de la ciudad la cantidad de fanegas que se le quisiera ministrar; además, también pedía que se favoreciera a la Casa de Recogidas con precios más bajos en el pósito.[224]

De las varias peticiones que realizó Gómez Reyes, se consiguió que las recogidas recibieran 50 fanegas de maíz del pósito por vía de limosna y que se les vendiera al costo las fanegas extras que el recogimiento solicitase. El ayuntamiento, al remarcar que la atribución se realizaba por una gentil y voluntaria limosna creaba el recoveco suficiente para cesar la donación, negarla o modificarla según sus intereses, y no verse constreñido ni obligado por la Casa de Recogidas.

La Real Audiencia se deslindó del requerimiento que Gómez de Aguilar le solicitó, en su favor argumentó que la Casa de Recogidas era de la total jurisdicción eclesiástica y por consiguiente los alimentos, cuidado y dirección de las mujeres debían correr por su cuenta, así mismo, insistió en que no estaba obligada a brindarle mayor arbitrio, salvo lo que por

[223] AGI, Guadalajara, leg. 362, núm. 4.1, año 1772, f. 14.
[224] AGI, Guadalajara, leg. 362, núm. 4.1, año 1772, f. 15v.

limosna le quisiera otorgar. Con el afán de reafirmarse en su dicho, le solicitaron a Gómez de Aguilar que informara sobre la fundación de la Casa de Recogidas, sus constituciones, licencia y fondos con los que se sustentaba la indicada institución. De lo anterior se desprendió que la obra corrió a cargo del obispo Juan Gómez de Parada, que no se contaban con ordenanzas ni licencia y que los gastos habían sido sufragados por la jurisdicción eclesiástica. La Real Audiencia utilizó las respuestas para, de manera contundente, reafirmar que la Casa de Recogidas desde sus inicios fue asunto del obispado y que así debería proseguir su funcionamiento. La disputa por los fondos movió al tribunal secular a dar por terminado el servicio que prestaban las recogidas en la elaboración de la comida que se destinaba a los presos, y en su lugar se celebraron contratas anuales con particulares.[225] A pesar de esto, los libros de cuentas revelan que las recogidas continuaron con la venta de tortillas y atole para conseguir reales y así contribuir a su manutención.

La real cédula que se extendió para la Casa de Recogidas de Santa María Magdalena, que Castro Cid legó antes de su partida, fungió como licencia implícita para erigir el establecimiento, o al menos así se le consideró, pues Gómez Reyes la conservó y no dudó en mostrarla con este propósito. La muerte del obispo, antes de la formal inauguración, pudo ser una de las razones por las cuales la solicitud de la licencia y la elaboración de las constituciones quedaran en el tintero. La ausencia de beneplácito regio no fue una situación privativa de la Casa de Recogidas, en la ciudad le sucedió lo mismo al colegio de niñas de San Diego.[226] El pleito que llevó el promotor fiscal Gómez de Aguilar con las autoridades de la Real Audiencia derivó en las informaciones que se enviaron al rey para solicitar la permanencia del establecimiento e instituir las ordenanzas para su gobierno, ya que por las leyes de Indias se ordenaba informar y solicitar licencia para la construcción de lugares píos o religiosos, so pena de ser demolidos.[227]

[225] AGI, Guadalajara, leg. 362, núm. 4.1, año 1772, ff. 10-14.
[226] En 1718, el obispo fray Manuel de Mimbela (1714-1721) se dirigió al rey y le informó que el colegio de San Diego no tenía formal licencia ni caudales seguros, salvo un viejo molino y un aporte mensual que corría por parte del canónigo don Juan Cara Amo, por lo que creía más conveniente suprimirlo y ceder el molino al colegio de Jesús Nazareno. Muriel, *La sociedad novohispana y sus colegios de niñas*, t. II, p. 361.
[227] Véase Libro I, tít. VI, ley II, *Recopilación de las Leyes de los reinos de las Indias, mandadas imprimir y publicar por la majestad católica del rey don Carlos II*, t. I, Madrid, Julián de Paredes, 1681, p. 22.

Gómez de Aguilar reconoció que las recogidas no tenían constituciones escritas, sin embargo, esto no significaba que se viviera sin orden en el interior del establecimiento. De acuerdo con sus palabras, las habitantes de la Casa de Recogidas no permanecían ociosas. Las mujeres repasaban la doctrina cristiana y se procuraba que se confesaran y tomaran la comunión por lo menos una vez al mes, aunque muchas eran las que lo frecuentaban semanariamente. Además, se rezaba el rosario cada día a la hora de la oración de la noche, se recogían a sus dormitorios a las 8:00, e iniciaban sus quehaceres a las 5:00 de la mañana. El promotor fiscal resaltó que la puerta de golpe se abría sólo para lo preciso, y que eran los días de fiesta cuando las recogidas tenían oportunidad de hablar con sus familiares por el torno, lo anterior bajo la supervisión de un escucha que celaba su debido arreglo y proceder.[228] Las precisiones de Gómez de Aguilar, aunque escuetas, permiten sostener que, al menos para él, lo primordial en el interior de la Casa de Recogidas era infundir los valores y enseñanzas de la doctrina cristiana, evitar la ociosidad, así como cuidar la moral y mostrar el efectivo alejamiento del mundo. En términos generales, respecto a las instituciones femeninas, los hábitos del recogimiento como los enuncia el promotor fiscal eran similares a las de un colegio o un convento, y era común iniciar las actividades con el alba y concluir a la oración de la noche.

Conventos, colegios, beaterios y casas de recogidas compartieron también piezas comunes en sus edificios, como era la portería, el torno y el locutorio, estos elementos establecían un umbral entre el exterior y el interior del edificio, entre el mundo y sus males y la vida ordenada, más cercana a Dios y a las costumbres de la doctrina cristiana. A mayor distancia entre la puerta principal y las habitantes de las instituciones, más y mejor era el encierro. Contar con acceso al coro y reja y disponer de las piezas de comulgatorio y confesionario eran área indispensables, ya que las comunidades al estar enclaustradas debían contar con este servicio que resultaba vital para su recogimiento. Las características constructivas que compartieron las fábricas de los establecimientos femeninos se pueden comprender a partir del aspecto positivo que connotaba el encierro y el recogimiento que esto favorecía.

[228] AGI, Guadalajara, leg. 362, núm. 4.1, año 1772, ff. 14-15.

En 1767, el barcelonés Joseph Ignacio Llorens Comelles, legó por vía testamentaría el remanente de su caudal para que se estableciera en la ciudad un hospital y una casa de infantes expósitos bajo la advocación del señor San José, por ser una obra pía la dejaba sujeta del todo a la jurisdicción eclesiástica.[229] Llorens Comelles falleció el 28 de mayo de 1768, y en atención a su piedad se inició la ejecución y cumplimiento de su última voluntad. En septiembre de 1770, el procurador mayor de la ciudad, don Agustín Arzubialde, consideró propicio que la Casa de Recogidas albergara a los expósitos, esta medida permitiría ahorrar parte de los fondos, y lo economizado, por su mayor utilidad, serviría más si se le destinaba a la manutención de los niños que se expusieren. Así mismo, señaló que las recogidas podrían ocuparse de la crianza de los niños, y que la rectora del recogimiento cuidara y vigilara el buen orden de ambas obras. Es probable que las características materiales del complejo edilicio de la Casa de Recogidas, en especial el amplio espacio sin construir con el que contaba, influyeran para proponer construir la Casa Cuna de la ciudad anexa al recogimiento. La correlación que se concibió entre expósitos ilegítimos y recogidas licenciosas, unía, simbólicamente a los hijos con las madres.

Agustín de Arzubialde comunicó a Gómez de Aguilar la conveniencia de que se fabricara la obra de Llorens Comelles en el sitio de la Casa de Recogidas. Ante ello, la Real Audiencia, con la finalidad de informarse de la comodidad y capacidad que podía ofrecer el recogimiento, solicitó al promotor fiscal que dijera lo correspondiente sobre el estado del establecimiento que estaba a su cargo. Gómez de Aguilar entregó un plano de la finca y describió de manera general su estado: en ese momento "las oficinas en bajo" estaban completamente concluidas, y se conformaba de 20 piezas, entre ellas la enfermería, cocina, lavaderos y "todo lo necesario", además de cuatro patios y un amplio corral para gallinas de 11 varas de ancho por 30 de largo. "En lo alto se perfeccionó un lienzo para dar tránsito a los coros de la capilla de Aránzazu y ayuda de Parroquia", estos quedaban enclaustrados para que desde ahí se oyera misa, además, por una pieza contigua al presbiterio de la parroquia las recogidas disponían de confesionario y comulgatorio; estas piezas eran primordiales ya que las acercaban a la salvación, lo cual resultaba acorde a los propósitos correctivos del

[229] AGI, Guadalajara, leg. 345, núm. 2.5.1, f. 200.

establecimiento.[230] En la planta alta, la parte que comunicaba con el coro contaba con dos piezas, mientras que los corredores del lado norte y poniente estaban por perfeccionarse.[231] Cabe recordar que justo el año que corrió de 1770 y 1771 el recogimiento padecía la falta de recursos económicos, muy probablemente por estar el obispado en sede vacante tras la defunción del obispo Diego Rodríguez de Rivas, por lo que no es de dudar que Gómez Reyes observara en el proyecto de la Casa Cuna una manera de resolver las necesidades materiales de la Casa de Recogidas y sus habitantes.

Respecto a las recogidas y su contribución en la pretendida Casa Cuna, Gómez de Aguilar señaló que las mujeres a su cargo podían destinarse al "servicio de amas". Sin embargo, aunque hubo conformidad con la bastante capacidad que contaba el edificio para albergar la obra del hospicio, se cuestionó la calidad moral de sus habitantes, pues era sabido que las ahí custodiadas no eran de buenas costumbres "ni de aquella vida ajustada que demanda la educación de unos niños a quienes en su más tierna edad se imprimen más vivamente las malas o buenas expresiones".[232] Ante la disyuntiva, se proponía edificar la Casa Cuna contigua al recogimiento, pero con separación de fábricas, dándose sólo una comunicación al interior para que transitaran las mujeres que se aplicaran a este destino, mismas que deberían escogerse entre "las más oportunas", lo anterior en virtud de que, además de lactarlos, los cuidarían en su más tierna edad, por esta razón se pretendía evitar que se les diera "en las primeras luces de su edad, aquel mal ejemplo que regularmente dirige mal a los infantes y los inclina a una vida desajustada".

Gómez de Aguilar estimó que a cada ama de leche se le pagara 5 pesos al mes, pero que las otras tantas que sirvieran de criadas no recibieran estipendio. Las autoridades por parte de la Real Audiencia convenían en la aptitud del espacio de la Casa de Recogidas para la instauración de la Casa Cuna, entre otras cosas porque al contar con una noria y un pozo no tendrían que costear los servicios de agua y el ahorro de esto podría emplearse en la crianza de los expósitos. Sin embargo, en febrero de 1771, cuando los autos pasaron a

[230] En una sociedad religiosa como la novohispana, el común de instituciones contaba con una capilla, pero en la traza de las cárceles se disponía que esta pieza estuviera lo más cercana a los presos ya que eran los que más necesitaban la salvación. Vargas, *Arquitectura para la administración pública. Casas reales novohispanas, siglo XVIII*, p. 57.
[231] AGI, Guadalajara, legajo 345, núm. 2.5.1, f. 209.
[232] AGI, Guadalajara, legajo 345, núm. 2.5.1, f. 210.

consulta con el provisor y vicario general del obispado, don Manuel Colón de Larreátegui, este se opuso por tres motivos.[233] En primera instancia, puntualizó que el finado Llorens Comelles conocía de la existencia de la Casa de Recogidas, y si hubiera sido su deseo que la Casa Cuna se agregara al recogimiento así lo hubiese dispuesto, además de que fundar y erigir, en su concepción, denotaban una nueva construcción no una anexión. En segundo lugar, invalidó los arbitrios del promotor fiscal, Gómez de Aguilar, pues señaló que estos sólo reflejaban sus "pensamientos libres y particulares", ya que los expresó sin orden de su legítimo superior y por lo tanto no merecían atención. El tercer argumento era aún más contundente, en sus palabras puntualizó que "repugna a la razón la fundación del orfanatorio en la Casa de Recogidas" porque la finalidad de una casa de expósitos consistía en brindar a los infantes desamparados un espacio en que recibieran lactación y "se críen con buena educación, la cual les inspire unas costumbres que los hagan útiles y no perjudiciales al estado y ¿quién no ve la oposición y repugnancia que hace a este piadoso y loable fin la pretendida crianza de los infantes en la casa de recogidas?"[234]

El provisor, Colón de Larreátegui, depuso que el objetivo del espacio destinado a Casa de Recogidas era capturar en ella a las mujeres "viciosas y prostitutas, infames que con sus escándalos son la peste de las repúblicas y no cabiendo en ellas se encierran" en ese lugar "para que no infeccionen los pueblos con su veneno". Su reclusión, "corrección y castigo" las compelería a "enmendar su detestable conducta". Las resoluciones contra la unión de la Casa de Cuna y la de Recogidas fueron categóricas, y merecen ser reproducidas en los mismos términos que el provisor las expuso:

> ¿Entregar pues los infantes expósitos a la crianza de las recogidas sería otra cosa que encomendar la custodia de la inocencia a la depravada e incorregible malicia? ¿Qué educación se deberá esperar tuvieran los infantes de unas mujeres cuyo ordinario lenguaje es la disolución, execraciones y maledicencia? ¿Qué trato toleraría la delicadeza de unos tiernos infantes, de unas mujeres a quienes ni el amor ni el interés habían de estimular para el cuidado? Ni satisface decir que se escojan y destinen para el cuidado y crianza de los expósitos aquellas mujeres que se juzgan más oportunas,

[233] Manuel Colón de Larreátegui fue abogado de la Real Audiencia, sinodal del obispado de Guadalajara y del de Michoacán, fue maestrescuelas, arce deán y provisor y vicario general de la diócesis de Guadalajara. Falleció el 19 de octubre de 1775. Dávila Garibi, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, t. III, vol. I, México, Editorial Cultura, 1963, p. 637.
[234] AGI, Guadalajara, leg. 345, núm. 2.5.1, f. 214 v.

> no sólo para lactarlos y custodiarlos sino también que no sean de los peores operaciones porque a más de que todas las que están en dicha casa están compulsas, apremiadas y violentas, ninguna está allí por buena, ninguna si pudiera salirse dejaría de hacerlo luego sin que le detuviera ni el amor ni la compasión del infante que lactaba.[235]

En las palabras del provisor poco o nada se aprecia del cariz religioso y místico que en algún momento se vislumbró en ese espacio de recogimiento, la compasiva preocupación por redimir las almas y, sobre todo, la fe en que esas mujeres se restituyeran en la gracia de Dios parecía diluirse. La visión del contenido remite de manera proporcional al continente, y este podría revelar no sólo una postura particular, sino la imagen que guardaba la Casa de Recogidas en el común de la sociedad. Si infames eran las habitantes, infame era el lugar. Colón de Larreátegui describió unas recogidas carentes de bondad, amor y compasión, incapaces de establecer lazos afectivos con los lactantes; con sus señalamientos, de manera simbólica, las despoja de su cualidad de madres, a pesar de que unas cuantas recogidas tenían a su lado a sus hijos. La impensable correspondencia entre recogida y buena solapó a la de recogida y madre. Por otra parte, en el interés por los expósitos se aprecia una mayor protección y consideración a su estado.

Una vez que se enviaron las informaciones precedentes al Consejo de Indias, en octubre de 1771, se resolvió en concordancia con lo expuesto por el provisor y se exhortó a que la fundación se realizara en sitio oportuno que no fuese el de la Casa de Recogidas.[236] La resolución revela el cambio que se estaba suscitando respecto a los infantes, los cuales comenzaban a ser más valorados; los expósitos de manera simbólica eran acogidos por el rey y por tanto a él quedaba el velar por su bienestar. En Guadalajara el proyecto del hospicio continuó; en gran medida su construcción quedó en manos del obispo fray Antonio Alcalde quien lo edificó al norte de la ciudad, a un costado del santuario de Nuestra Señora de Guadalupe el cual también fue obra suya.

[235] AGI, Guadalajara, leg. 345, núm. 2.5.1, ff. 214v-215.
[236] AGI, Guadalajara, leg. 345, núm. 2.8, f. 254 v.

El 9 de diciembre de 1771, después de un año de permanecer en sede vacante, se nombró por obispo a fray Antonio Alcalde y Barriga (1771-1792).[237] En ese mismo mes, ocurrió la muerte del deán Ginés Gómez de Parada. El promotor fiscal, Joseph Reyes Gómez de Aguilar, contaba con 74 años edad. Debido a las circunstancias, o quizá por realizar los últimos pendientes antes de partir a su nuevo cargo como párroco en la villa de Santa María de los Lagos,[238] Gómez de Aguilar solicitó al provisor Colón de Larreátegui que se certificara un libro en el que constaba el número de recogidas que había entrado desde el 4 de noviembre de 1758 hasta la fecha de 1771. El registro lo realizó la rectora doña María Josepha Munguia quien tuvo la iniciativa de anotar quién entraba y por quiénes se remitían. Don Blas de Silva, en su calidad de notario mayor de la curia, certificó "un libro a folio forrado en badana encarnada" en que se demostraban las 1,376 mujeres que ingresaron a la Casa de Recogidas. La petición de Gómez de Aguilar tuvo como propósito reconocer el esmero y dedicación de la encargada del recogimiento en atención a alguna futura relación de méritos.[239] El 12 de diciembre, Alcalde arribó a la ciudad y, en efecto, su gobierno coincidió con cambios en la Casa de Recogidas.

La anterior certificación fue lo último que localicé de la Casa de Recogidas en el periodo que Joseph Reyes Gómez de Aguilar la dirigió. La documentación emanada del establecimiento en el lapso de cerca de 23 años quedó, muy probablemente, en el archivo particular del promotor fiscal. Del libro de badana encarnada y el plano que se mencionaron líneas arriba solo queda justo eso: un par de menciones. En palabras de Thomas Calvo, el historiador es esclavo del documento, pero también su amo.

Los inicios de la fundación y consolidación del proyecto de la Casa de Recogidas de Guadalajara tuvieron como andamiaje la participación de cuatro figuras claves: un jesuita, un obispo y su deán, y un promotor fiscal eclesiástico. Cada uno dejó una impronta en el

[237] Fray Antonio Alcalde y Barriga nació en la villa de Cigales, provincia de Castilla, el 15 de marzo de 1701; en 1717 abrazó el hábito de Santo Domingo en el convento de San Pablo en Valladolid. En agosto de 1763 tomó posesión del obispado de Yucatán; en mayo de 1771 fue designado obispo de Guadalajara, allí falleció el 7 de agosto de 1792. Dávila Garibi, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, t. III, vol. II, pp. 910-915.

[238] Josep Reyes Gómez de Aguilar tomó posesión de la parroquia de la Asunción en la villa de Santa María de los Lagos en febrero de 1772, y la administró hasta su muerte en agosto de 1786. *Periódico AM*, "El Templo Parroquial de la Asunción", 8 de agosto de 2016.

[239] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 2, año 1771, f. 1.

establecimiento. Castro Cid lo concibió como un espacio de justicia similar al purgatorio en el que las mujeres licenciosas podían reconfortarse para aspirar a la esperanza de la salvación del alma. Los Gómez de Parada adoptaron la Casa de Recogidas como una obra pía propia del episcopado y reflejaron en él el criollismo que se expresaba a través del fuerte y fervoroso influjo devocional hacía la virgen de Guadalupe. Gómez de Aguilar se encargó de consolidar la subsistencia del recogimiento al procurar y gestionar en distintos tribunales la manutención de las recogidas.

El periodo de 1745 a 1751 se puede calificar, con suficiente evidencia, de etapa constructiva, tanto espiritual como material, del recogimiento de Guadalajara. En este primer lapso se cristalizó el proyecto entre el rector del colegio de Santo Tomás y el jerarca de Guadalajara; estos personajes ya estaban familiarizados por sus antiguas experiencias en el obispado de Yucatán, lo que sin duda favoreció el apoyo comprometido al propósito de Castro Cid, juntos lograron afianzar el capital financiero del establecimiento, lo cual le garantizó rentas seguras, aunque escuetas. Después, tras marcharse el jesuita, y con el posterior fallecimiento de Gómez de Parada, resaltó el papel del deán quien llevó a buen término el recinto y lo inauguró el 12 de diciembre de 1751, antes de que arribara a la ciudad el nuevo obispo. Estas acciones contribuyeron a que el recogimiento se adjudicara totalmente a Juan Gómez de Parada, sin embargo, con este apartado queda esclarecido que se inició por la inquietud de Joseph Castro Cid.

Una vez abierto el establecimiento, en 1751, y hasta 1771 la Casa de Recogidas transitó por un proceso de consolidación, con altibajos en la designación de ingresos. Esta segunda etapa la he identificado, sobre todo, por la unívoca presencia de Joseph Reyes Gómez de Aguilar quien corrió con la dirección y administración del establecimiento, su cargo al frente de la institución significó un proceso obscuro en cuanto a la producción de documentación. No obstante, fue posible conocer algunos aspectos de la situación económica de las recogidas, misma que llevó al promotor fiscal a buscar el auxilio en otras instancias; las gestiones que efectuó en otros tribunales, en especial entre 1770 y 1771, me permitió reconstruir parte del devenir de las recogidas en el lapso de 19 años. Gómez de Aguilar dejó de aparecer en la documentación a finales de 1771, aunque desconozco si esto se haya debido a su fallecimiento o a un probable cambio administrativo, lo cierto es que esto coincidió con

el arribo del obispo fray Antonio Alcalde, en 1772, bajo su periodo episcopal la Casa de Recogidas vivió una nueva etapa.

De 1745 a 1771 la institución también experimentó la transición de obra pía a obra pública, misma que en sus inicios fue incuestionable. La mística que simbolizaba el encierro, desde su vertiente institucional del recogimiento, y con ello la salvación pretendida de las recogidas, comenzaba a diluirse. La configuración en la población del recogimiento, que de acuerdo con Gómez de Aguilar en su mayoría era remitida por los tribunales seculares y no ya por los eclesiásticos, insinuaba una diferente forma de impartir justicia; sobre todo, una manera distinta de concebir a la Casa de Recogidas como espacio de justicia, con ello se demuestra que, en efecto, las instituciones son sensibles a los agentes que las habitan. La continua construcción de significados es, sin duda, un reflejo de la interacción que guardaba la institución con los cambios sociales y culturales de aquel siglo Ilustrado en el que se privilegió la razón.

Capítulo II. La Casa de Recogidas en el proceso de secularización (1772-1807)

Sumario: Introducción; I. Justicia y orden del poder eclesiástico en la Casa de Recogidas; II. Problemas de jurisdicción: entre reales y arbitrios; III. Orden y buen gobierno. El recogimiento a partir de sus ordenanzas.

Introducción

El arribo del obispo fray Antonio Alcalde y Barriga coincidió con cambios estructurales en la Casa de Recogidas. El dominico estuvo a cargo del episcopado de Guadalajara a partir del 12 de diciembre de 1771 y hasta el momento en que expiró el 7 de agosto de 1792. En la diócesis su labor destacó por las grandes empresas que promovió, entre ellas el nuevo establecimiento para el hospital Betlemita, la refundación del Beaterio de Santa Clara como la Casa de Maestras de Caridad y Enseñanza de Nuestra Señora de Guadalupe, la construcción del Santuario de Guadalupe y los fondos y empuje que otorgó para lograr materializar el proyecto de la universidad de Guadalajara. Su presencia y, en especial, su ausencia, tras su fallecimiento, repercutieron en el orden interno y externo de la Casa de Recogidas, incluso, los cambios que se gestaron en su periodo obispal trascendieron en la decisión que tomó el rey sobre el recogimiento en 1807.

Los años en que la sede episcopal permanecía vacante fueron los más agudos en cuanto al flujo de ingresos que se destinaban a la Casa de Recogidas; la excepción fue el momento en el que Ginés Gómez de Parada tomó a su cargo la obra, tras la muerte de su hermano Juan. Sin duda, es probable que la situación precaria la sufrieran también otras obras pías que no contaban con patronatos. En los lapsos de más escases la documentación es basta, ya que por este motivo las encargadas del recogimiento recurrían a diversos tribunales a solicitar recursos económicos. Fue justo el vaivén entre autoridades lo que ponía en

entredicho la jurisdicción a la que pertenecía el recogimiento. Los ajustes presupuestales permiten conocer de cerca el funcionamiento de la institución y, en parte, la vida al interior de ese espacio pues al final las habitantes de las Recogidas eran las que padecían o gozaban las proporciones que se otorgaban a su establecimiento.

I. Justicia y orden del poder eclesiástico en la Casa de Recogidas

La Casa de Recogidas quedó, desde sus inicios, erigida como una obra pía propia de lo eclesiástico y, como mencioné con anterioridad, el promotor fiscal del obispado se encargó de ella por espacio de poco más de dos décadas sin que fueran cuestionadas su autoridad, ni la del tribunal ordinario eclesiástico. Sin embargo, después del periodo de gobierno de Joseph Reyes Gómez de Aguilar, la Casa de Recogidas entró en un estado de vacíos y polémica jurisdiccional. Por esta razón, es preciso conocer sobre qué bases descansaba la potestad del orden espiritual respecto a esta institución, para así poder comprender el ámbito en el que se desarrollaron los argumentos y discursos que cuestionaban, delegaban o refutaban el arbitrio del eclesiástico sobre las recogidas.

El poder espiritual, como representante del orden establecido por Dios, poseía facultades de justicia a través de las cuales actuaba sobre dos campos: lo propiamente sacramental y lo material. De acuerdo con Jorge Traslosheros, su arbitrio, de manera puntual, se desplegaba en los siguientes ámbitos; en el orden interno, pendiente de la defensa de su jurisdicción y dignidad episcopal, y el cuidado y disciplina de la clerecía; en aquello que estuviese relacionado a su deber de regir y corregir las costumbres de sus fieles; y en lo que le correspondiese de carácter económico administrativo, es decir, lo relativo a testamentos, capellanías y obras pías.[240] Como interesada en la salvación de las almas y en evitar los pecados públicos y escandalosos de su feligresía, la justicia eclesiástica ordinaria se veía llamada a procurar su corrección y enmienda, por lo tanto, estaba facultada para establecer

[240] Jorge Traslosheros, "El pecado y el delito, Notas para el estudio de la justicia criminal eclesiástica en la Nueva España del siglo XVIII", *Alegatos*, núm. 58, 2004, p. 371.

instituciones como los recogimientos, en cualesquiera de sus acepciones: de prevención, en el que se daba asilo a mujeres desamparadas; de redención, en el que se incitaba a las pecadoras públicas a convertirse: o el de corrección, en el que se enviaba a aquellas que, por su proceder, necesitaban corregir sus costumbres.

Al instituirse la finca de la Casa de Recogidas con los bienes legados por vía testamentaria por doña Antonia Corona, el establecimiento se confirmó como obra pía por dos razones: primero por su propósito de favorecer el auxilio de un sector necesitado de la sociedad (en el entendido de la misericordia católica de corregir al que hierra), y segundo por la procedencia de la dádiva otorgada ya que para el donante ésta era una forma de procurar la salvación de su alma.

En las diócesis, el poder judicial recaía en la figura del obispo quien, a su vez, contaba con una estructura de funcionarios en los que él delegaba parte de sus atribuciones y que constituían el tribunal ordinario de lo eclesiástico, conformado por los siguientes cargos: el vicario general quien detentaba, por oficio, la misma jurisdicción del obispo, y debía ser doctor en Derecho Canónico, y no miembro de órdenes mendicantes. A él le correspondía conocer de todas las causas y negocios que pertenecían a la jurisdicción ordinaria y causas matrimoniales, antes y después de consumado el sacramento; su cargo terminaba por muerte, renuncia tácita o expresa o si el obispo lo revocase.[241] Le seguía en prelacía el juez provisor, formado en cánones, cuyo título podía acumularse al de vicario, y que tenía por comisión arbitrar los medios necesarios que evitasen los pecados públicos, los juegos ilícitos y las conductas escandalosas; él vigilaría la honradez y las costumbres, corregiría la deshonestidad de las mujeres y castigaría a los perjuros, además, cada semana visitaría la cárcel acompañado de los jueces que tenían conocimientos de las causas.[242] Después estaba el promotor fiscal quien debía supervisar al resto de funcionarios y defender en las causas los intereses de la Iglesia.[243] Un notario mayor, y más cargos menudos, como procuradores, abogados, párrocos y relatores conformaban el tribunal. A los curas se les encargaba investigar cuidadosamente

[241] Pedro Murillo Velarde, S.J. *Curso de Derecho Canónico Hispano e Indiano*, vol. I, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2004, pp. 378-379.
[242] Libro I, tít. VIII, art. I, *Concilio III Provincial mexicano*, celebrado en México en el año de 1585, Mariano Galván (ed.), México, Eugenio Maillefert y Compañía editores, 1859, pp. 58-70.
[243] José Luis Cervantes, *Familia, honor y elección de pareja: aplicación de la Real Pragmática de Matrimonios en la Nueva Galicia, 1778-1896*, tesis de maestría, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2014, p. 162.

si en sus parroquias existían hombres malos, como "adivinos, envenenadores, hechiceros, concubinarios, mujeres escandalosas, lenonas, conocidos encubridores de tahúres, casas públicas en que habitaran mujeres deshonestas u otros pecados públicos, a todos los amonestarían".[244]

Al disponer el tribunal ordinario eclesiástico que, tras la partida de Castro Cid, el entonces proyecto de la Casa de Recogidas quedara en manos del promotor fiscal, Joseph Reyes Gómez de Aguilar, se acogió a la institución dentro del orden administrativo y jurisdiccional de sus facultades. Lo anterior con una tácita aprobación de los ministros y oidores de la Real Audiencia de Guadalajara que participaron de la ceremonia de fundación en 1751. Además, la real cédula en la que, en 1703, se exhortaba al arzobispo de la ciudad de México a asistir con limosnas a la Casa de la Magdalena con el argumento de que era una obra muy propia de su dignidad episcopal, alentaba y hacía lícitas las intenciones de otros obispos por fundar este tipo de instituciones correctivas y mantenerlas bajo su jurisdicción, por ser obras pías. El común interés que podía haber entre la jurisdicción secular y eclesiástica por sostener una institución de tipo correctivo descansaba en la relación de la teología moral con las ideas del derecho que coincidían en una forma de pensar la culpa, el delito, la expiación, el libre albedrío, la responsabilidad y la conciencia.[245]

El obispo contaba también con el cabildo catedral, compuesto por dignidades canónigos, raciones y mediorracioneros, cuyo nombramiento era concedido por el rey en virtud de sus méritos. En este cuerpo, el de mayor jerarquía era el deán a quien le correspondía presidir el cabildo, el coro y ceremonias litúrgicas; a él le seguía el arcediano, el chantre, el maestrescuela y el tesorero. La actividad del cuerpo capitular estaba enfocada en dos áreas principales: la parte administrativa-contable de la diócesis y mantener y promover el culto.[246] Al momento en que Juan Gómez de Parada fue designado al episcopado de Guadalajara, su hermano Ginés ya se desempeñaba como deán; compaginados por lazos familiares y afinidades devocionales, juntos forjaron un solo proyecto obispal, lo que permitió que tras la muerte de Juan, en enero de 1751, Ginés no abandonara el proyecto de

[244] Libro I, tít. XII, art. I, *Concilio III Provincial mexicano*, p. 113.
[245] Tomás y Valiente, *Obras completas*, t. I, El Derecho penal de la monarquía absoluta (siglos XVI, XVII y XVIII), p. 248.
[246] Carvajal Becerra, *La gestión episcopal de Juan Gómez de Parada en Guadalajara (1736-1751)*, p. 128.

la Casa de Recogidas. El deán permaneció en el cargo hasta que falleció el primero de diciembre de 1771, unos días antes de su defunción, el promotor fiscal Gómez de Aguilar solicitó una certificación a favor de la rectora doña María Josepha Murguia, y eso fue lo último que se supo de él. La continuidad del gobierno de Juan Gómez de Parada concluyó con la muerte de su hermano, quien se convirtió en una extensión de sus pretensiones; con la ausencia de Ginés, quien probablemente velaba de las Recogidas a través del promotor fiscal, terminó una etapa de la Casa de Recogidas bajo la firme e incuestionable jurisdicción de los tribunales ordinarios eclesiásticos.

El personalismo que experimentó la Casa de Recogidas en sus primeras décadas le fue benéfico en su momento, pero después el vacío que dejaron los Gómez de Parada, y Gómez de Aguilar, dio oportunidad a la controversia. En su carácter de obra pía, la Casa de Recogidas debía contar con rentas suficientes que le garantizaran su pervivencia. En los establecimientos píos era usual contar con un patrono que aportaba el caudal, así la empresa beneficiada contraía obligaciones con su bienhechor, las cuales consistían en considerar y honrar al donante en las decisiones y ceremonias de la institución, lo anterior a cambio de que el mecenas se mantuviera al pendiente de sus necesidades. El patrono podía ser un particular, una asociación como las cofradías, el obispo o el rey. La creación de derechos y obligaciones conllevaba sanciones claras ante el incumplimiento de las partes.[247] El patronato era una forma de conseguir honor y prestigio, por ello las instituciones conventuales eran las más socorridas; en dignidad poco podía aportar un establecimiento de "pecadoras" como la Casa de Recogidas. El obispo Gómez de Parada, ni alguno de sus sucesores se preocupó por pedir para sí el patronato. Suerte distinta experimentó el Beaterio de Santa Clara que, al ser acogido por fray Antonio Alcalde para convertirlo en Casa de Maestras de Caridad y Enseñanza, quedó bajo el patronato del obispo y sus sucesores por aprobación regia el 10 de diciembre de 1783.[248]

La relación entre la Casa de Recogidas y las autoridades eclesiásticas se volvió cada vez más distante. Las rectoras se limitaron a comunicar los asuntos relativos al

[247] Josefina Muriel, *Conventos de Monjas en la Nueva España,* México, Editorial Santiago, 1946, p. 29.
[248] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Caridad y Enseñanza, c. 1, exp.11, año 1784, f. 4.

establecimiento o sus habitantes al capellán de la ayuda de parroquia o al notario mayor de la curia, don Blas de Silva, quien les remitía algunos ingresos por vía de limosna.

II. Problemas de jurisdicción: entre reales y arbitrios

Respecto a la jurisdicción del establecimiento de Recogidas se sabe que desde sus inicios pertenecía al gobierno eclesiástico y que los arbitrios que lograba en su favor proveniente de otras instancias no implicaban que éstas tuvieran injerencia en el orden directivo o administrativo del recogimiento. No obstante, cualquier autoridad con poder judicial gozaba de la facultad de remitir mujeres al encierro. Como mencioné en el capítulo antecedente, el responsable de la Casa de Recogidas fue Joseph Reyes Gómez de Aguilar, mientras que una rectora quedaba al cuidado de sus habitantes y un capellán les procuraba los sacramentos y la instrucción religiosa. La poca documentación y la falta de constituciones poco permiten saber acerca de las responsabilidades precisas de cada uno de ellos, aunque es posible inferir algunas de sus actividades.

La elaboración de las ordenanzas del recogimiento fue de la mano con la solicitud de licencia y permanencia de la Casa de Recogidas. El 14 de febrero de 1772, a tres meses de la llegada del obispo Alcalde, la Real Audiencia informó al Consejo de Indias sobre la falta de beneplácito regio en la erección del mencionado recinto así como de la inexistencia de sus estatutos. La información que se envió a España correspondía a las cuentas de suma y data que registró Gómez de Aguilar en los años previos al arribo del prelado Alcalde, es decir, en los dos años que permaneció el episcopado en sede vacante. En fecha de 23 de mayo de 1772, el Consejo de Indias turnó el expediente de las Recogidas al fiscal quien fue del parecer de que se librara la cédula real de consentimiento ya que, entendido de los provechos del establecimiento, no le merecía la pena de demolición que enfrentaban las fundaciones erigidas sin la debida aprobación del rey, según lo marcaba la ley segunda, tít. 6, del libro I

de la *Recopilación de Indias*.[249] No obstante lo anterior, la real cédula no se expidió en ese momento.

El 30 de agosto de 1775, el capellán y mayordomo de las Recogidas elaboró una lista de las habitantes de la casa con distinción de las autoridades que las remitieron y la calidad de su estancia, ya fueran rematadas o depositadas, en total acreditó el número de 75 mujeres; para ellas, suplicaba a la Real Audiencia que se dignara a mandar que, de lo colectado de limosna para los presos, se le extendiera sufragio a "aquellas infelices, teniéndose presente sus desnudeces, sus enfermedades, y en muchas la urgencia del parto que les acogía en la dicha casa".[250] Apenas unos días antes, el día 25, la rectora hizo "cargo" en su libro de cuentas de 516 pesos 2 reales del importe producido de mantas y algodón en pabilo, la cantidad la restó a los gastos que a la fecha sumaban 590 pesos 2 reales, es decir, que le faltó 70 pesos 4 reales por lo que se puede aducir el déficit en sus ingresos.[251]

Días pasaban y los reales que recababa el establecimiento por rentas o de la "puerta" de las recogidas y las esclavas, no eran suficientes para sufragar los gastos de la manutención de sus habitantes. Al finalizar agosto la casa continuaba con un desfase considerable de 133 pesos 4 reales, de poco servía la limosna de frijol que recibió y las dos fanegas de pepita de algodón que vendió por seis reales. Debido a la situación, la rectora María Josepha de la Peña acudió al alcalde ordinario de primer voto de la ciudad, José Mathias Vallarta, y le expuso la insuficiencia de fondos que privaba en la Casa de Recogidas. De la Peña justificó su petición al alcalde en razón de las "muchas mujeres" que él reducía al recogimiento; el proceder era lógico si se considera que de las 75 recogidas, 66 reclusas lo eran de parte de los tribunales seculares y 9 de la jurisdicción eclesiástica.

El 3 de octubre de 1775, Vallarta, elevó un escrito a la Real Audiencia en el cual hacía de su conocimiento la insolvencia que, según de la Peña, se padecía en la Casa de Recogidas.[252] Del petitorio del alcalde llama la atención que propuso que a las reclusas condenadas se les impusiera la pena de fabricar tortillas para que así las mismas reas

[249] AGI, Guadalajara, leg. 363, núm. 4.1, f. 1.
[250] AGI, Guadalajara, leg. 363, núm. 4.2.2, f. 34.
[251] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp.3, Libros de Cuentas 1772-1776, s/f
[252] AGI, Guadalajara, leg. 363, núm. 4.2.2, f. 30.

contribuyeran en la fianza de sus alimentos. De acuerdo con los libros de cuentas de 1774 y 1775, la elaboración de tortillas, que sí se hacía en 1774, se dejó de preparar tras el arribo de la rectora De la Peña quien favoreció la manufactura y venta de manta y algodón en pabilo. Enterada la Real Audiencia de la precariedad de las Recogidas pidió consulta a su fiscal quien fue del parecer que ese tribunal no debía hacerse cargo de ninguna obligación que lo estrechara a la manutención de las recogidas puesto que no corrió su obra a su cuenta sino por parte del eclesiástico, por lo que sólo consintió en facilitarle por vía de limosna algunas fanegas de maíz del pósito, como lo había ejecutado en años precedentes. La recomendación del fiscal se fundó en el siguiente razonamiento: a) dado que el maíz del pósito tiene como destino el beneficio del público, b) "es lícito que se le emplee en mantener recogidas a las mujeres que, por sus perversas costumbres, sólo sirven para contagiarle". La caridad que manifiesta el fiscal está fincada en una reciprocidad institucional en la que ambas dialogan bajo el entendido de un bien común.

Los autos anteriores pasaron al Consejo de Indias y ahí se removió el asunto de la falta de licencia y la elaboración de las constituciones de la Casa de Recogidas. Expedir la aprobación para que subsistiera implicaba determinar dé cuenta de quién correría la subsistencia del establecimiento, por lo que el proceso seguido por reales encerraba en el fondo una cuestión de jurisdicción: ¿Quién debía sufragar a la institución, quien la erigió o quien la atiborraba de reclusas? El rey reconoció la competencia del eclesiástico sobre el establecimiento, pero recomendó a la Real Audiencia la formación de ordenanzas y que concurriera "por vuestra parte" al sostenimiento de dicha obra pía, esto último también encargaba al cabildo eclesiástico y secular de la ciudad. Con estas premisas el rey concedió la licencia y pervivencia de la Casa de Recogidas por real cédula expedida en Aranjuez el 24 de mayo de 1776,[253] a raíz de lo mandado por el rey, a partir de 1777 el cabildo de la ciudad en concordancia con la Real Audiencia comenzaron a ministrar del pósito 100 fanegas anuales de maíz para las recogidas.

Al facultar de manera formal y concreta a la Real Audiencia como figura con poder de orden administrativo y gubernativo sobre la Casa de Recogidas se comenzó un proceso de

[253] CEHM, CARSO, fondo 1 Luis Gutiérrez Cañedo, serie 8, Cedulario de la Nueva Galicia, sig. 334-13-15, ff. 1-2.

secularización institucional, que de facto ya se experimentaba en el interior del recogimiento al albergar una población que en su mayoría correspondía a los tribunales seculares, mientras que la del eclesiástico disminuía su presencia cada vez más. Así, de manera sutil, sin provocar disturbio con el obispado al reconocerle su arbitrio, la monarquía ilustrada dejó sentir en las Recogidas sus pretensiones por intervenir y dirigir la política, la economía, la moral y las costumbres.[254] El dominio de la razón precisaba la separación de potestades del ámbito secular y eclesiástico, y la justicia era uno de los elementos nodales, ya que un acto judicial era un acto de gobierno.

Para formar las constituciones del establecimiento, el cual era otro punto de la real cédula, la Real Audiencia acudió en febrero de 1777 con el obispo y le solicitó que comisionara a persona de su arbitrio con el objeto de efectuar lo dispuesto por el rey. El juez provisor era la figura propia en este tipo de asuntos, ya que estaba facultado en Derecho Canónico y como juez superior del tribunal eclesiástico atendía todos sus negocios. Fray Antonio Alcalde, en efecto, destinó para lo promovido por la real cédula al provisor y vicario general, el doctor don José Eusebio Larragoiti. No obstante de los debidos nombramientos, la formulación de las ordenanzas quedó suspensa. La omisión de este mandato puede entenderse a partir del principal motivo que movió la consulta al Consejo de Indias en 1775: la falta de reales. Una vez resuelto el problema económico lo demás resultó relativo. Más aun cuando, en enero de ese mismo año, de 1777, a propuesta de la rectora De la Peña, el obispado tuvo por bien asignarle la cantidad de 300 pesos anuales a favor del recogimiento; la cifra se sumaría a lo que se obtenía de los arrendamientos de las fincas, lo que se producía de "puerta" y lo que se elaboraba por las recogidas, así, se aseguraría también el pago anual de 150 pesos de honorarios de la rectora.[255]

A finales de 1786 se removió el asunto de las constituciones debido a la fuga de unas reclusas del establecimiento. De nueva cuenta, el oidor decano don José de Moya, en representación de la Real Audiencia, acudió con el obispo quien destinó al eclesiástico Juan José Martínez de los Ríos, debido a que Larragoiti falleció en 1785. Después de un año y

[254]Tomás y Valiente, *Obras completas*, t. I, El Derecho penal de la monarquía absoluta (siglos XVI, XVII y XVIII), p. 217.
[255] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 4, año 1778, ff. 1-2.

medio de conferencias entre los representantes, y de formular y estudiar varios borradores de los lineamientos que regirían el gobierno y dirección de las mujeres que habitaban la Casa de Recogidas, el 11 de agosto de 1788, el oidor presentó al obispado un cuerpo de ordenanzas, a nombre de los dos comisionados, y le solicitó su debida aprobación.[256]

En términos generales, los estatutos estaban divididos en cuatro apartados que abordaban lo concerniente a las autoridades y habitantes de la casa. La primera figura de mando era el capellán encargado de procurar y vigilar los auxilios espirituales de la religión; le seguía en preeminencia la rectora, quien gobernaría a las recogidas y se encargaría del orden interno y el manejo administrativo; en caso de ser necesario, se consideraría la asignación de una vicerrectora que colaboraría con la rectora en el cuidado de las mujeres; por último, se trataba lo tocante a las recogidas, sobre sus deberes y obligaciones. Sin embargo, dos clausulas insertas en los puntos referentes al capellán provocaron disputa en los tribunales, en ellas se mencionaba que en caso de conflicto entre las recogidas, o entre éstas y la rectora, el presbítero daría cuenta al señor juez fiscal de la Real Audiencia. En ello, Martínez de los Ríos vio un intento de total separación de la Casa de Recogidas respecto al gobierno eclesiástico.[257]

La controversia que se causó debido a la institución de la figura del juez provocó que, en abril de 1789, se retomaran las conferencias para determinar de nuevo las ordenanzas. En agosto de ese año los fiscales de la audiencia determinaron que las constituciones estaban convenidas al "mejor y más acomodado gobierno político, económico y moral de la expresada casa sin perder de vista el posible alivio y consuelo de las reclusas", así mismo, expresaron que estaban conforme a los intereses de la Real Audiencia y el obispado, por lo que la Real Audiencia dispuso que se observaran y guardaran sus disposiciones en la Casa de Recogidas, en el ínterin se remitían a su majestad para que diera su confirmación o previera lo que fuese de su agrado.[258] Sin embargo, parece ser que no se ejecutó el descargo

[256] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 12, año 1789-1794, f. 11.
[257] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 12, año 1789-1794, ff. 12-14.
[258] AGI, Guadalajara, leg. 362, núm. 4.2.6, f. 17-17v.

de lo protestado por Martínez del Río, y esto probablemente interrumpió el envío de las constituciones al rey.

En las distintas casas de recogidas, tanto de España como de ultramar, prevaleció una dispersión gubernativa que tuvo como raíz las divergentes autoridades que fundaron o tomaron a su cargo cada uno de estos establecimientos, no obstante, hubo cierta similitud entre aquellos recogimientos formados por eclesiásticos y los que fomentaron los tribunales seculares, al dividir el gobierno en interno y externo. En la galera de Madrid, por ejemplo, que dependía de la Sala de Alcaldes y Casa de Corte, su organigrama fue similar al que se usaba en las cárceles, por lo que contaba con un alcaide, su esposa, que se encargaba de colocar a las galerianas en el servicio doméstico, y una rectora.[259]

En la Casa de la Magdalena de la ciudad de México, a cargo de la Sala del Crimen de la Real Audiencia, se encomendó el gobierno externo a varones: director, protector, mayordomo, prefecto, capellán, y facultativos de la salud; y el interno, al cuidado de mujeres: rectora, vicerrectora, portera y enfermera.[260] En el interior de los establecimientos, la permanencia de hombres con cargos gubernativos fue poco usual,[261] debido a los disturbios morales que podían ocasionar.[262] En el caso de las Recogidas de Guadalajara el promotor fiscal Gómez de Aguilar, en su momento, simbolizó la figura máxima del gobierno exterior ya que en él recaía el vínculo con el gobierno eclesiástico, mientras que en el interior una rectora se encargaba del cuidado y orden de las recogidas. Bajo esta lógica, lo que proponía la Real Audiencia al nombrar a su juez fiscal, a quien le debía rendir cuentas el capellán, era

[259] Martínez Galindo, *Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913),* p. 73.
[260] María Luisa Rodríguez Sala, *Cinco cárceles de la Ciudad de México, sus cirujanos y otros personajes: 1574-1820. ¿Miembros de un estamento profesional o de una comunidad científica?,* México, UNAM, 2009, p. 127.
[261] El recogimiento de Buenos Aires, por ejemplo, difirió del modelo anterior. El gobierno, aunque dividido en interior y exterior, involucraba un mayor número de hombres en una relación jerárquica. La máxima autoridad era un presbítero que fungía como director, seguido de un capellán, sin embargo, ninguno tenía una presencia efectiva al interior. Para llevar la administración fiscal, la casa contaba con un tesorero y un contador. En el orden interno asistía un sargento de planta y uno más para urgencias y acciones extraordinarias, por debajo de la autoridad del sargento estaba una correctora y una lenguaraza, es decir, una traductora. Adriana Porta, "La residencia: un ejemplo de reclusión femenina en el periodo tardo colonial rioplatense (1777-1805)", pp. 391-416.
[262] En el recogimiento de Buenos Aires, de 1779 a 1784, el sargento comisionado del gobierno interior, perpetró abusos sistemáticos por medio de premios o castigos a cambio de favores sexuales. Para conocer más acerca de este caso véase Salerno, *Mujeres indígenas recluidas en la casa de recogimiento*, pp. 34-35.

imponer un puesto de orden superior y a través de ello ganar primacía jurisdiccional en el establecimiento.

Después de un mes de padecer enfermo, fray Antonio Alcalde expiró el día 7 de agosto de 1792. Su muerte significó una reducción en los ingresos de la Casa de Recogidas, pues dejó de contar con los 300 pesos que el obispo le otorgaba de manera anual. Para el establecimiento, debido a sus cortas rentas y su continuo déficit presupuestario, la perdida de este caudal seguro le implicó una fuerte inestabilidad financiera. Al día del fallecimiento del obispo Alcalde, se calculó que dispensó al recogimiento de Guadalajara la cantidad de 6,000 pesos, mismos que, de manera arbitraria, se computaron a partir de que tomó posesión de la diócesis y a razón de 300 pesos anuales, no obstante de que, como señalé líneas arriba, este estipendio lo comenzó a recibir la institución en 1777 por la petición que de ello hizo la rectora quien, tras solicitar que se le favorecía con 200 pesos anuales, por gracia del obispo fue favorecida con la cantidad de 300. Aunque no se descarta que en los primeros años de su gestión obispal Alcalde ministrara otras limosnas a las Recogidas, su proceder confirma que las cantidades que se le asignaban a esta obra dependían de la voluntad de los prelados. El obispo Alcalde también asistió a los recluidos en la real cárcel, ellos se beneficiaron con cerca de 6,000 pesos, no obstante, de que constituían una población más numerosa.[263]

A finales de 1792, la rectora Cayetana de Silva elevó un petitorio a la Real Audiencia en el que exponía los múltiples conflictos que padecía la casa por habérsele retirado el socorro del obispo, además, señalaba que el número de recogidas había disminuido, las pocas que quedaban estaban enfermas y otras estaban maltratadas de las manos, por el desgaste físico que implicaba la molienda del maíz, esencial en la elaboración de tortillas y atole para los presos de la real cárcel.

La rectora De Silva, ante las mermada salud de las mujeres, más allá de solicitar recursos económicos, concluyó su escrito de 1792 con la petición de que los alcaldes ordinarios y menores de cuartel aprehendieran y remitieran mujeres para que ayudaran a las

[263] Las tres grandes obras de fray Antonio Alcalde fueron el complejo edilicio del Hospital Real de san Miguel en el que gastó 265,183 pesos; el Santuario de Guadalupe en el que, con inclusión de 158 casitas accesorias, invirtió 240, 835; en el Beaterio de Santa Clara que convirtió en Casa de Caridad y Enseñanza con escuela pública y 91 casitas 70, 440; en los fondos para el establecimiento de la universidad contribuyó con 60 000 pesos. Dávila Garibi, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, t. III, vol. II, pp. 1046-1047.

reclusas que por sus enfermedades no podían valerse por sí mismas.[264] La Real Audiencia exhortó al médico cirujano de la real cárcel, don Francisco Tirso de Yebra y Fernández Lozada,[265] a que visitara aquellas mujeres y que extendiera certificación de su estado; tras su visita al establecimiento reportó un total de "22 mujeres, de las cuales reconocidas y bien inspeccionadas por mí se hallan dos enfermas de gravedad, 12 no de gravedad pero sí imposibilitadas de poder trabajar por estar todas llagadas de las manos; y las ocho restantes buenas, seis que se emplean en el trabajo y dos decentes que fueron recomendadas y no asisten a él".[266]

La petición de auxilios por parte de la rectora, igual que en otras ocasiones, fue negada por la Real Audiencia bajo el persistente argumento de que la Casa de Recogidas pertenecía a la jurisdicción eclesiástica, no obstante, el fiscal que emitió su consulta reconsideró la figura de un juez que corrigiera los excesos que cometían las reclusas, principalmente la transgresión de las ordenanzas y el buen gobierno de la casa, así mismo, este juez también cuidaría y procuraría los ingresos del establecimiento; esto último era lo más apremiante para la rectora. El fiscal propuso que este cargo lo ostentara el oidor semanero. Aunque el fiscal no lo menciona de manera textual, lo que proponía era instituir a un delegado de la Real Audiencia como juez protector que velara por la Casa de las Recogidas, en especial en los periodos en que la sede obispal se encontrase vacante, como era el caso en ese momento. El episcopado permaneció dos años vaco, hasta que, el 19 de abril de 1793, se designó al obispo de Durango, el doctor Esteban Lorenzo de Tristán y Esmenota, a tomar la cabeza de la diócesis de Guadalajara; de camino a su nuevo destino, inició su peregrinar en el año de 1794, durante su trayecto se detuvo en San Juan de los Lagos en donde lo sorprendió la muerte en diciembre de ese mismo año.[267]

---

[264] AGI, Guadalajara, legajo 362, núm. 4.2.1, f. 27.

[265] "Francisco Tirso de Yebra y Fernández Lozada fue natural del Lugar de Borrontes, en la villa de Ponferrada. Práctico cuatro años en el Real Colegio de San Fernando de Cádiz y debió llegar a la Nueva España hacia los primeros años de la década de los ochenta. Presentó su examen en el Real Tribunal del Protomedicato el 11 de febrero de 1784". Después, en 1787 estaba avecindado en el Real de Minas de Ntra. Sra. De la Concepción de los Catorce, donde tuvo conflictos con el médico Simón Lacroix, más tarde, quizá por el episodio anterior, arribó a Guadalajara. Rodríguez Sala, *Cinco cárceles de la Ciudad de México, sus cirujanos y otros personajes: 1574-1820. ¿Miembros de un estamento profesional o de una comunidad científica?,* pp. 142-144.

[266] AGI, Guadalajara, leg. 362, núm. 4.2.1, f. 31.

[267] Esteban Lorenzo de Tristán nació en Jaén el 13 de agosto de 1723. Fue doctor en teología y en Derecho Canónico por la Universidad de Granada; en 1775 se le encomendó el obispado de Nicaragua, y en 1783 se le

Como mencioné líneas arriba, el cargo de juez protector no era novedoso dentro de este tipo de establecimientos. Las atribuciones de este personaje consistían en cuidar la gestión económica y gubernativa de la casa, recaudar los efectos y bienes que le pertenecían y velar por el debido suministro de alimentos, además, quedaba facultado en hacer cumplir el orden e imponer correcciones.[268] Debido a que las dificultades del recogimiento eran recurrentemente económicas, la figura del juez protector resultaba idónea. La Real Audiencia, con el objeto de enterar de lo proveído a la jurisdicción eclesiástica, envío copia de los autos referidos al deán Salvador de la Roca, ya que el obispo estaba ausente. De nuevo, la situación financiera de la Casa de Recogidas derivó en conflictos de jurisdicción, y con ello se removió la formación de las constituciones. Por ser la materia de orden gubernativo, la Real Audiencia remitió los autos al Consejo de Indias.

El 4 de septiembre de 1794, sin rentas y con un obispo ausente, la rectora, doña Cayetana de Silva, volvió a presentar instancias ante la Real Audiencia con la finalidad de que este tribunal tomara las providencias oportunas respecto a la subsistencia de las mujeres reclusas, y se cumplimentara con lo dispuesto por la real cédula de mayo de 1776 en la que se conminaba a la Real Audiencia, al cabildo eclesiástico y al de la ciudad a contribuir al sostenimiento del recogimiento.[269] La Real Audiencia, una vez más deslindándose de otorgar algún socorro económico, fue del parecer que el gobierno económico y directivo de las Recogidas correspondía a los obispos y a la autoridad eclesiástica de la diócesis, mientras que a la real jurisdicción le tocaba sólo lo concerniente a las causas contenciosas, civiles o criminales; de estas últimas conocería el oidor que en su tiempo estuviese propuesto por juez protector del recogimiento, del que se menciona ya estaba nombrado.[270] No obstante, la rectora desconocía quién sería el ministro que actuaría de protector así que solicitó testimonio

---

trasladó a la diócesis de Durango, a Guadalajara se le designó en 1793. Falleció el 10 de diciembre de 1794. Dávila Garibi, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, t. III, vol. II, pp. 1054-1059.

[268] Martínez Galindo, *Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913)*, p. 76.

[269] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 12, año 1789-1794, f. 14v.

[270] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 12, año 1789-1794, ff. 16.

de ello, de lo que resultó ser el oidor don Francisco Rafael de Moncerrate el primer juez protector.[271]

Una fuga efectuada el 10 de diciembre de 1795 volvió a colocar el debate de la potestad del establecimiento. Siete recogidas horadaron una pared limítrofe de la noria "y del muladar exterior" que por estar tan humedecida facilitó la huida. La bastonera Rosalía Melope, en complicidad con sus pares, se dirigió a las habitaciones de la rectora Cayetana de Silva y le solicitó las llaves para abrir a las reas que iniciarían la premolienda, eran las 3:00 de la mañana cuando las urdidas escaparon, no sin antes robar algunas prendas de otras presas, las coludidas fueron Rosalía Islas y sus hijas, Rosalía y Petra, María Silveria Chavarín y Juana Trinidad Rivera, remitidas por orden del juez de la Acordada, y Ana Josefa Dávalos enviada por el alcalde de segundo voto. La rectora informó a las autoridades, por lo que el maestro mayor don Luis González visitó la Casa para reconocer una horadación del diámetro de media vara que debía ser reparada a la mayor brevedad. El suceso removió conflictos jurisdiccionales, ya que el cabildo secular se exculpó de realizar los arreglos por la carencia de fondos, y lo mismo argumentó el vicario capitular.[272] La controversia de las partes, abonaron a la petición que realizó De Silva en 1794, y el expediente fue remitido a instancia superior.

Una vez que la documentación pasó a manos del Consejo de Indias, en enero de 1797, la argumentación respecto al arbitrio de la jurisdicción secular y eclesiástica sobre la Casa de Recogidas tomó una nueva dirección. Por primera vez el fiscal de su majestad cuestionó que la institución estuviera bajo el patronato del orden obispal, pues el patronazgo se otorgaba cuando se fincaba a favor de una institución una dotación suficiente y segura que garantizara su existencia, lo cual, con las repetidas instancias de falta de fondos que padecía el recogimiento se demostraba que lo ministrado por el obispo Gómez de Parada y sus sucesores no era suficiente para el sostenimiento de las recogidas. Además, el patronato se concedía previa licencia de su majestad. En virtud de lo anterior, sostenía que no podía perjudicarse ni prescribirse al eclesiástico un derecho que no le estaba dado.

[271] AGI, Guadalajara, leg. 362, núm. 4.2.1, año 1772, f. 38.
[272] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 12, año 1789-1794, ff. 19-28.

En segunda instancia, el fiscal apuntó la falta de destino fijo de la casa y criticaba que en el transcurso de los años no se hubiera especificado el tipo de mujeres que albergaría. De manera enérgica y displicente cuestionaba si la finalidad de la Casa de Recogidas era dar lugar "a que se retirasen a llorar las mujeres ociosas arrepentidas", o si su principio era ser "un presidio de mujeres, o llamarse galera, en que compurgan sus delitos con la privación de la libertad y con la sujeción al trabajo material". He aquí dos deposiciones que develan cambios en las sensibilidades, respecto a la visión de las mujeres transgresoras, y estructurales en cuanto a la concepción y atribución del ejercicio de la justicia, el castigo y el espacio destinado a ello. En primer lugar, en la definición que de las arrepentidas dio el fiscal, enunció dos tiempos verbales que se presuponían necesarios para el arrepentimiento: retirarse (el encierro), y llorar (el sufrimiento). A su vez le dio un calificativo a esas arrepentidas: "ociosas". Con sus palabras disputaba que una casa de arrepentidas fuera un espacio de justicia ya que le parece fútil por no haber en él castigo. La visión mística de la redención parece haber quedado ya obsoleta. En lo que refiere el fiscal en cuanto al "presidio de mujeres", se demuestra que hay una diferencia substancial entre este espacio y el de las casas de arrepentidas. En las galeras se compurgaban delitos, por lo tanto no había pecadoras, sino delincuentes; además, incluye un elemento que no se había advertido de forma precisa con anterioridad: la privación de la libertad y la sujeción al trabajo como elementos claves del castigo. El fiscal, cual representante del rey, clamó el ejercicio de la justicia como propia y privativa de su jurisdicción.[273]

La visión que expone el fiscal evidencia las corrientes en boga de la Ilustración y el dominio que se le dio a la razón, ya que a través de ella se configuraba un nuevo orden en el que se disociaba lo temporal de lo intemporal. Los atributos del poder eclesiástico y secular se reformularon y, en España, la monarquía tendió a fortalecerse y monopolizar el ejercicio de la justicia. Con base en las leyes de Castilla e Indias, el fiscal sostenía que los tribunales regios eran los facultados para imponer penas y sentencias, y posteriormente, conocer acerca del estado de los presos y presas. De una forma absolutista, el fiscal compaginaba cada eslabón del ejercicio judiciario: ellos impartían justicia, así que sólo ellos detentaban el poder de castigar y sentenciar, por lo tanto, los delincuentes, que no ya los pecadores, quedaban a

[273] AGI, Guadalajara, leg. 362, núm. 4.4, cuadernillo 9, ff. 3-3v.

su entero arbitrio y con ello el espacio en el que fuesen recluidos. Por otra parte, los jueces eclesiásticos y curas párrocos quedaban imposibilitados de remitir mujeres en calidad de reas sentenciadas a la Casa de Recogidas, sus facultades cada vez más restringidas colocaban a los tribunales clericales en una posición de órgano auxiliar, puntualmente colaborativo, de los tribunales seculares. A pesar de lo anterior, el fiscal esperaba que el obispo de Guadalajara continuara con la caritativa contribución económica que permitiera la subsistencia de las Recogidas.

Finalmente, el Consejo de Indias sin dar mayor controversia ni reparo en lo que produjo el fiscal optó por confirmar la resolución que providenció la Real Audiencia en 1794, es decir, la institución del juez provisor y el respeto del arbitrio eclesiástico sobre la Casa de Recogidas. Así mismo, después de un largo y contencioso proceso, el 6 de febrero de 1797 el Consejo de Indias aprobó las ordenanzas formadas para la "casa de reclusión", en las cuales por adición se prohibiría la pena de azotes y se sustituiría con otra equivalente y más decente.[274] El rey expidió la real cédula de la confirmación de lo proveído por la Real Audiencia y aprobación de ordenanzas de la Casa de Recogidas el 14 de marzo de 1797, habiendo transcurrido 21 años desde el momento en que el rey exhortó a la Real Audiencia y al obispo a que formularan las constituciones.

La constante falta de recursos económicos que garantizara la subsistencia de la Casa de Recogidas parece, a primera vista, ser el hilo conductor de los autos que se llevaron en la Real Audiencia o el Consejo de Indias. Sin embargo, la pregunta obligada es qué pasaba en los tribunales eclesiásticos, ¿se replicaban, acaso, las mismas solicitudes en busca de auxilios materiales? Lo que se entrevé es un paulatino y sutil deslinde por parte de las autoridades religiosas, ya que en efecto, no afianzaron rentas seguras que permitieran la subsistencia del recogimiento, y aunque lo reconocían como obra pía de su arbitrio, no fincaron un patronato a su favor. Así, el establecimiento y sus habitantes quedaban totalmente a expensas de la voluntad del obispo en turno, por lo que se agravaba su situación cuando el obispado permanecía en sede vacante. La presencia real y efectiva del gobierno eclesiástico en la Casa de Recogidas se minó al exterior e interior del establecimiento. En lo interno se palpó en el disminuido número de mujeres que eran remitidas por sus tribunales, y en lo externo por la

[274] AGI, Guadalajara, legajo 362, núm. 4.5, cuadernillo 10, f. 6.

falta de disposición en sufragar de forma continua los gastos del recogimiento, o garantizar con rentas fijas sus ingresos.

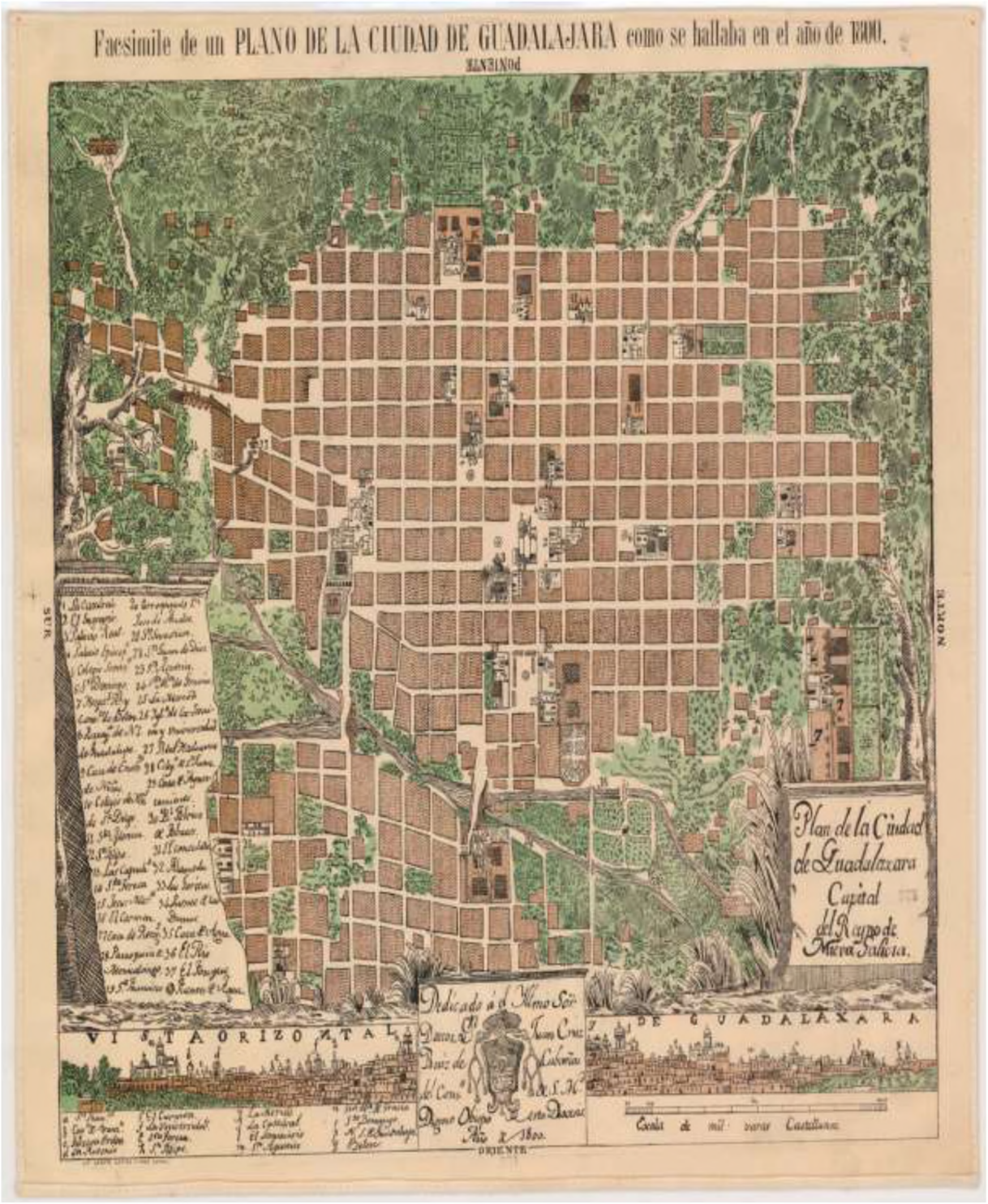
Por otra parte, es preciso señalar que, de forma gradual, la jurisdicción eclesiástica experimentó una constricción en sus facultades judiciarias. Un ejemplo de lo anterior, fue la disposición que emitió el rey Carlos III en marzo de 1787, en su decreto exhortaba a los tribunales eclesiásticos a que resolvieran los juicios de divorcio, pero sin mezclarse en cuestiones "temporales y profanas sobre alimentos", *litisexpensis* o restitución de dotes.[275] Cabe recordar que en los conflictos por disensiones matrimoniales prevalecía la práctica del depósito como medida cautelar mientras se efectuaban los autos procesales. En el caso de Guadalajara, la Casa de Recogidas sirvió en sus albores para este propósito. Sin embargo, con el paso del tiempo, al variar su esencia y fama, los jueces eclesiásticos optaron por enviar a las mujeres implicadas a guardar depósito en casas particulares u otras instituciones femeninas que escapaban de la nota de infamia de las Recogidas, por ejemplo, el colegio de San Diego y la Casa de Enseñanza.[276]

En el léxico de los autos, aunque no dejó de emplearse la palabra "recogidas" para referirse a las mujeres que habitaban el establecimiento, también apareció el término "reclusas". La Casa de Recogidas en su concepción de obra pía se desvaneció con el transcurso de los años, hasta que se cimbró y se transfiguró en una casa de reclusión y castigo. En concepciones más globales, se entiende que era el Derecho penal el que transitaba por una profunda reconfiguración, misma que giraba en torno a las nuevas sensibilidades y valores que enaltecía la Ilustración, a saber: la razón y la felicidad-libertad individual. De acuerdo con Tomás y Valiente, el Derecho al perder su íntima vinculación con la teología se posicionó como una obra humana, derivada del "pacto social". Las leyes, entonces, se

[275] *La Nueva Galicia en el ocaso del Imperio Español. Los papeles de derecho de la Audiencia de la Nueva Galicia del licenciado Juan José Ruiz Moscoso, su agente fiscal y regidor del ayuntamiento de Guadalajara, 1780-1810*, Rafael Diego Fernández, Marina Mantilla (eds.), *La Nueva Galicia en el ocaso del Imperio Español*, vol. II, Zamora, El Colegio de Michoacán, Universidad de Guadalajara, 2003, pp. 153-154.
[276] José Luis Cervantes, *Familia, honor y elección de pareja: aplicación de la Real Pragmática de Matrimonios en la Nueva Galicia, 1778-1806*, p. 174.

constituían como un medio que procuraría la justa organización social y contribuiría a realizar la felicidad y libertad de los individuos.[277]

[277] Tomás y Valiente, *Obras completas*, t. I, El Derecho penal de la monarquía absoluta (siglos XVI, XVII y XVIII), pp. 253-254.



Plano 4 Ciudad de Guadalajara, capital de la Nueva Galicia. Dedicado al Ilmo. Sr. Dn. Juan Cruz Ruiz de Cabañas, 1800. Casa de Recogidas marcada con número 17. Fuente: The University of Texas Austin. Benson Latin American Collection [Consultado septiembre 2017].

III. Orden y buen gobierno. El recogimiento a partir de sus ordenanzas

La formulación de las ordenanzas del Recogimiento significó un proceso de largo aliento; para su elaboración definitiva se realizaron un par de borradores, gracias a esto es posible conocer las modificaciones que tuvieron. La relevancia de las constituciones se observa en la insistencia que tuvieron los tribunales seculares en su formación, y en el vacío jurisdiccional que propiciaba su falta, ya que en especial salían a relucir en cada conflicto relacionado con los insuficientes ingresos de la Casa de Recogidas.

Sin duda, contar con reglamento contribuía a reafirmar la identidad de la institución y a determinar la jurisdicción que la amparaba, tanto en materia gubernativa como administrativa y fiscal. Valga, a manera de ejemplo, recordar que los estatutos con los que Juan Gómez de Parada dotó al colegio de San Diego contribuyeron a consolidar su vocación formativa y su compromiso con las niñas, prohibiendo en las ordenanzas que, en lo futuro, pretendiera transitar a convento. El obispo también se ocupó de revisar los lineamientos que regían el colegio seminario del Señor San José y, con el propósito de mejorar su gobierno, realizó algunas adiciones y providencias a las que en 1699 había instaurado el prelado fray Felipe Galindo y Chávez.[278] El cuidado que puso Gómez de Parada en atender los aspectos de gobierno de los colegios referidos muestra la importancia que dio a esta clase de documentos como instrumento para establecer y garantizar el funcionamiento de un recinto. Respecto a las de la Casa de Recogidas, es probable que no se centrara en legarles disposiciones porque la obra no estaba del todo concluida.

La Casa de Recogidas dilató en contar con las ordenanzas que establecieran los criterios bajo los que se conducirían sus habitantes y autoridades, pero esto no implicó necesariamente que el establecimiento careciera de disciplina y orden. Sin embargo, lo que sí facultaba el vacío de constituciones era una administración personalista y, probablemente,

[278] Castañeda, *La educación en Guadalajara durante la colonia (1552-1821)*, pp. 243-244.

intransigente. Sin límites claros entre las figuras de mando y sin precisiones respecto a las labores que ejecutaban las recogidas. La documentación que he revisado apunta a que el recogimiento comenzó a replegarse a un cuerpo de normas a mediados de 1788. Ciertamente, tampoco se puede aseverar que los estatutos se siguieran al pie de la letra. No obstante, de acuerdo con los postulados de Lefebvre, su análisis sirve para desentramar las representaciones del espacio y los códigos y elementos significantes que se presuponía constituirían la vida cotidiana en el interior de la Casa de Recogidas, por ello son ilustrativas del modo en que se deseaba que funcionara, además proscriben las diferencias y similitudes de los hábitos en común, en relaciones con otras formas de recogimiento institucional.

El proceso de formación de las ordenanzas de la Casa de Recogidas se puede dividir en tres momentos: el primero, de 1776 a 1777, con el oidor don José de Moya y el provisor don José Eusebio Larragoiti; el segundo, de 1784 a 1788, con De Moya y el presbítero Juan José Martínez de los Ríos, en su inter, en 1786, se consultó al capellán de las recogidas respecto a los fondos que recibía la casa y las instituciones que observaban, lo anterior derivó en la redacción de unas anotaciones imbricadas sobre las reglas que seguían las recogidas y las que se proponía debían adoptar, además en 1788 don José de Moya presentó las constituciones que serían confirmadas años después;[279] el tercero, de 1792 a 1797, en este último se puso de nuevo en controversia la jurisdicción a la que pertenecía el recogimiento y desembocó, finalmente, en la aprobación de las Ordenanzas por cédula real de 1797.[280]

La comparativa entre las notas preliminares de 1786 y las constituciones que fueron aprobadas, permite descubrir la construcción del espacio de representación, de lo que se pretendía que fuera vivir el recogimiento y las maneras en que se codificaría el orden y el día a día de la Casa de Recogidas. Cada escrito devela formas de relacionarse con el espacio, con las autoridades y con las otras presas, ambos, a través de las prácticas y las narrativas discursivas, daban muestra de la intencionalidad del encierro y la cultura institucional que compartían con otros establecimientos femeninos.

[279] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c.1, exp. 7, año 1786, ff. 1 y 3.
[280] Las Ordenanzas de la Casa de Recogidas, formuladas en 1788 y aprobadas en 1797, pueden consultarse en la sección de anexos.

La versión de las ordenanzas, que se aprobaron por real cédula de 1797, constaron de 26 lineamientos divididos en cuatro secciones que se dispusieron en orden de prelación en atención a las figuras de mayor jerarquía:[281] en las primeras seis disposiciones se establecían las asignaciones del capellán; con las cuatro siguientes lo tocante a la rectora; después, dos más en las que se mencionaban las labores comisionadas a la vicerrectora; por último, a las reas, como se les señaló en el documento a las habitantes de las Recogidas, se les dedicaron trece incisos, ya que eran ellas las que atenderían las órdenes de gobierno, las actividades y horarios que las corregirían.[282]

En la composición de las ordenanzas se carece de un apartado substancial, y que era de sumo interés a los propósitos de la comisión que conformó los estatutos: se trata de una sección que debería estar en el principio de las ordenanzas y en la que era usual reconocer la competencia a la que se pertenecía como institución, o en su caso, la mención del personaje que ostentaba el patronato;[283] enseguida, se expresaban los caudales sobre los cuales se fincaba la subsistencia del establecimiento ya que esto, por lo general, era lo que legitimaba las facultades de una u otra autoridad.[284] Por lo tanto, considero que de manera deliberada los magistrados comisionados omitieron este primer apartado, quizá con la finalidad de evitar entrar en controversia ya que justamente lo que se buscaba con la formulación de los estatutos era determinar a quién correspondía el gobierno de la Casa de Recogidas y con qué hacienda contaba para garantizar su existencia, es decir, bajo que jurisdicción estaba. En las anotaciones de 1786, este punto sí se tomó a consideración; en ellas, se concedió la preponderancia al obispo, puesto que en ese momento fray Antonio Alcalde ministraba 300 pesos cada año, después se mencionó de manera escueta los ingresos por las cinco fincas que

[281] En el documento de las Ordenanzas referidas, por un error de computo, aparecen 24 lineamientos, y no 26 que son los señalados, esto porque se repitió en numeración el punto 13 y 14.
[282] AHAG, sección Gobierno, serie Reales Cédulas, núm. 717 y 718, c. 3, exp. 10, año 1797, ff. 2-11v.
[283] Las constituciones de la casa de la penitencia de Málaga, fechadas en 1681, puntualizan con detalle su jurisdicción: "declaramos estar esta casa sujeta a nuestra jurisdicción Episcopal, a cuyas expensas la hemos erigido, y fabricado, y mantenemos las Oficialas y Forzadas que en ella se recogen. En lo que mira al gobierno económico y culpas contras estas Constituciones, ha de pertenecer su castigo a Nos, y a nuestra jurisdicción, y a nuestros sucesores. Y en cuanto a las causas criminales de delitos graves y atroces, ha de tocar su conocimiento a la justicia ordinaria", pero sí recibían a las remitidas por la Justicia Real. Pérez de Colosía, "Constituciones para la casa de recogidas fundada por fray Alonso de Santo Tomás", pp. 581 y 584.
[284] Esta estructura se constata, por ejemplo, en: Constituciones del colegio de San Ignacio de México (1766), Gonzalo Obregón, *El Real Colegio de San Ignacio de México*, México, El Colegio de México, 1949, pp. 163-185; Constituciones del Colegio de Niñas de San Diego, AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Colegio de San Diego, c. 1, exp. s/c, año 1802, f. 3.

arrendaban, y los gastos que se cubrían con los mismos, entre ellos la curación de las enfermas, el costo de los partos, y la compa de naguas y mantas para las más necesitadas.[285]

Contar con la asistencia espiritual de un capellán era usual en los diversos establecimientos destinados a mujeres. Este personaje gozaba de características similares en tanto que era su comisión primordial ministrar los sacramentos de la eucaristía y la confesión, así como aleccionar en los puntos de doctrina cristiana según lo marcaba el calendario litúrgico; por su trabajo recibía una gratificación anual. En el caso de asistir casas de recogidas o arrepentidas, se le exhortaba de manera puntual a estimular la enmienda y corrección de aquellas mujeres descarriadas que tenían a su cargo. La forma en que se relacionaba la figura del capellán con los institutos femeninos guardaba un complejo mecanismo que denotaba las cargas simbólicas de los espacios, ya que él no accedía a los inmuebles por la puerta principal, sino por alguna pieza de la capilla que lo comunicaba con el interior de los edificios; al cruzar por el espacio religioso, se investía de sus atributos clericales, esto le permitía comunicarse con sus hijas espirituales en su calidad de capellán.

Los estatutos de la Casa de Recogidas de Guadalajara delimitaban el gobierno del capellán a lo puramente espiritual, y prescribía el político y el administrativo a la rectora; sólo en caso de justa queja contra la encargada de la rectoría o su vice, las llamaría y "las advertirá del amor y caridad con que deberán tratar a las reclusas".[286] La injerencia del clérigo en los asuntos del recogimiento fue variable, por ejemplo, en el libro de cuentas de 1772-1773 aparece la intervención del presbítero Manuel Polanco.[287] Lo que se dejó de mencionar en las ordenanzas fue quién nombraría al capellán, cuánto se le otorgaría por sus honorarios, y por lo mismo, de qué fondos se le suministraría su paga.

Con la salvedad de que en una sección posterior profundizaré sobre el perfil de las rectoras y sus administraciones, en las siguientes líneas analizo lo que de este cargo se menciona en las ordenanzas de la Casa de Recogidas, esto con la finalidad de comprender lo que significaba el puesto y lo que se pretendía lograr a través de él. Quien ostentaba el título

[285] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 7, año 1786, f. 3.
[286] AHAG, sección Gobierno, serie Reales Cédulas, núm. 717 y 718, c. 3, exp. 10, año 1797, f. 2v
[287] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 3, años 1772-1776, libro de cuentas.

de rectora estaba facultada a ejercer un mando absoluto sobre el recogimiento y sus habitantes, designaba y removía cargos según su parecer y sin necesidad de aprobación de algún superior, vigilaba el orden y castigaba las faltas de las reas. En lo administrativo, quedaba exhortada a cumplir con el registro de las rentas de la casa, aunque nada se mencionaba sobre el apunte de la entrada y salidas de reas y, por lo tanto, esto último simplemente no se efectuó.

Debido a que la finalidad de la Casa de Recogidas era procurar la corrección y enmienda de sus habitantes, se conminaba a la rectora a que fuese de un temple justo y caritativo, puesto que en semejantes espacios resultaban "odiosas y nocivas" las singularidades. Sólo las reclusas que desempeñaran con particular esmero sus labores, serían merecedoras de un trato "más especial".[288] Algunos de los cargos que confería la rectora y que se refieren en las constituciones son los siguientes: refectolera, despensera, cocineras, molenderas, torneras, celadoras o presidentas de sala, y una secretaría que le ayudara con los libros de cuentas. Además, se contaba con un portero, quien también quedaba a las órdenes de la rectora; ella, por su parte, no quedaba supeditada a la figura del capellán ni al juez fiscal, con ellos acudiría sólo en caso de dudas espirituales o económicas. Más que las cualidades o atributos de las rectoras, las constituciones se centraron en un par de actividades precisas que estas mujeres debían desarrollar para lograr un buen gobierno de la Casa de Recogidas; al igual que el capellán, la rectora recibía una paga anual que tampoco se expresó en los lineamientos.

En las ordenanzas del gobierno del recogimiento aparece también el nombramiento de vicerrectora; no obstante, cabe señalar que su figura está ausente del resto de información compendiada. La vicerrectora tenía las siguientes asignaciones. Además de suplir a la rectora en casos necesarios, el objeto de sus labores consistía en supervisar que todas las áreas permanecieran en orden, que las recogidas atendieran sus obligaciones y que guardaran su comportamiento, para ello debía visitar las piezas por la mañana y tarde, cuantas veces fuera necesario. Así mismo, le correspondía estar atenta a la preparación de los alimentos y la distribución de las raciones. También le concernía cuidar de la enfermería y procurar que se contara con los instrumentos precisos. Al final del día debía corroborar que todas las reas

[288] AHAG, sección Gobierno, serie Reales Cédulas, núm. 717 y 718, c. 3, exp. 10, año 1797, ff.4-4v.

estuvieran en sus respectivas "galeras y salas de separaciones" cuidando que ninguna se quedara fuera, las dejaría "cerradas" y les abriría de nuevo por la mañana.

En el escrito de las anotaciones preliminares la atención se centró en las actividades de las rematadas, en sus líneas se perciben cambios en el uso de tiempo verbal, entre lo presente y lo futuro, de lo que se infiere que el capellán consultado expresaba algunas de las actividades que en ese momento se realizaban en la casa, por ejemplo, refiere de las rematadas que "su trabajo es escarmenar una libra de algodón y las que hilan media libra y las otras muelen para cuatro reales o seis de tortillas".[289] En las ordenanzas, en cambio, se señaló que tendrían jornada por la mañana y tarde, pero no especificaron qué tipo de actividades remuneradas realizarían, bajo el argumento de que lo esencial no era el lucro que de ellas se obtendría, sino impedirles la ociosidad.

Al igual que las niñas del colegio de San Diego y las de la Casa de la Enseñanza, las recogidas tenían por estatuto iniciar su día a las 5:00 de la mañana en verano y media hora después en invierno; una vez habilitadas, pasaban a la capilla a escuchar la misa y dar gracias a Dios; a las 6:00 pasarían al refectorio a tomar el desayuno; en punto de las 7:00 ingresaban a las salas de labor y concluían su primera jornada a las 11:30, enseguida descansaban 30 minutos. No obstante, de acuerdo a las notas preliminares, el horario de las faenas no era el mismo para cada recogida, ya que a las 6:00 se debía destinar a diez de las reas rematadas a las labores del metate, esto con la finalidad de abastecer la demanda interna de tortillas y atole, éstas molenderas serían remplazadas en su actividad cada semana.[290] Sin duda, la jornada matutina de las recogidas era más ajetreada de lo que refieren los estatutos, ya que debían cumplir la faena de la molienda, cocinar, lavar y sacar agua de la noria.

Las Ordenanzas de las Recogidas disponían que el horario de la comida fuera de 12:00 a 2:00 ya que se estipulaba que se serviría en dos rondas, esto con el objeto de dar oportunidad a que aquellas que esperaban canastas de alimentos tuvieran el tiempo suficiente de recibirlo. Una hora antes de la comida, y media antes de la cena, las refectoleras dispondrían los

[289] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 7, año 1786, f. 3.
[290] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 7, año 1786, f. 3.

cubiertos en la mesa, por la noche, además, colocarían pan dulce y agua en cada asiento.[291] En conventos, colegios y beaterios era costumbre que a la vez que se alimentaba el cuerpo se alimentara también el alma, por lo que el recogimiento no era la excepción, ya que después de todo partía de un tipo conventual.

De acuerdo con Roger Chartier, la lectura envuelve una disposición del cuerpo, la inscripción en un espacio y la relación consigo mismo y los demás, por lo tanto, la lectura construida como una oralización transmitía un mensaje auditivo y visual.[292] Así, en el refectorio, al realizar la lectura en comunidad, se invitaba al silencio y a la reflexión, y de lo escuchado se esperaba un aprendizaje o memorización de algunos puntos de la doctrina cristiana.[293] En la Casa de Recogidas se comisionaba a una de las reclusas a que leyera en voz alta las pláticas dogmáticas del jesuita Juan Martínez de la Parra,[294] vidas de santos u otras lecciones espirituales. Las conferencias del padre de la Parra estaban compendiadas en el libro *Luz de verdades católicas y explicación de la doctrina cristiana*, que incluía temas como "Del amor y respeto que entre sí se deben los casados", "Ejemplo de cómo castigó Dios a un mal hijo", "De la malicia y gravedad del pecado mortal, por ser muerte del alma",[295] a través de estos títulos es posible inferir el tipo de orientación que se fomentaba en las habitantes de la Casa de Recogidas.

[291] AHAG, sección Gobierno, serie Reales Cédulas, núm. 717 y 718, c. 3, exp. 10, año 1797, f. 10.
[292] Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, pp. 110-111.
[293] Rosalva Loreto López, "Leer, contar y escribir. Un acercamiento a las prácticas de la lectura conventual. Puebla de los Ángeles, México, siglos XVII y XVIII", *Estudios de Historia Novohispana*, vol. 23, México, 2000, pp. 78-81.
[294] Juan Martínez de la Parra (1655-1701) fue celebre entre sus contemporáneos por las pláticas doctrinales que pronunciaba en la Casa Profesa de la ciudad de México, esta labor la efectuó cada jueves a las 3:00 de la tarde por espacio de nueve años, de 1691 a 1700. Francisco Javier Cárdenas Ramírez, "Juan Martínez de la Parra: un célebre predicador novohispano ante sus contemporáneos", *Revista Destiempos*, núm. 34, 2012, pp.13-25.
[295] Véase Juan Martínez de la Parra, *Luz de verdades católicas y explicación de la doctrina cristiana*, Barcelona, Imprenta de Lucas de Bezáres, 1755.



Ilustración 3 Refectorio de un convento carmelita, sin fecha. En la composición se observa el lugar que ocupa la lectora durante la impartición de los alimentos, así mismo, es posible apreciar la distribución que guarda la superiora en relación al resto de las religiosas. Fuente: mediatecainag.gb.mx [consultado septiembre de 2017].

Por las tardes, de 2:00 a 6:00 las recogidas retornaban a las salas de labor; en el inter, de 2:00 a 3:00 una de las depositadas leía un punto de doctrina cristiana a sus compañeras y, sin que dejasen sus tareas, preguntaba a las demás acerca de la lección. La diferencia entre la lectura del refectorio y la efectuada en la sala de labor era que en esta última se permitía intercambiar opiniones y aleccionar de manera directa. Las recitaciones edificantes constituían parte esencial de la pretendida corrección, en particular porque se consideraba que el desconocimiento de los mandatos de Dios era lo que conducía a una vida licenciosa.

Después de las labores vespertinas se convenía en que disfrutaran de un descanso de 30 minutos; posteriormente, a las 6:30 se trasladaban de nuevo al refectorio y recibían la cena, a las 7:00 se rezaba el rosario. En colegios, beaterios y recogimientos el día finalizaba a las 9:00, hora en que se guardaban en sus dormitorios; en las Recogidas, la rectora en compañía de la celadora corroborara que se cerrara con llave cada celda. En el colegio de San Diego, al tiempo de poner el cerrojo, su rectora pasaría a "echar agua bendita" por todos

los dormitorios.[296] Vistos de manera comparativa, y en términos generales, los lineamientos referentes a la distribución de las casas de recogidas no distaban de los que se empleaban en otras instituciones femeninas, ya fueran colegios, beaterios, o casas de mujeres públicas arrepentidas, lo anterior se debía a que en una sociedad en la que privaba una visión teológica, la concepción del tiempo se regía por las horas canónicas.[297]

En las distintas instituciones femeninas las mujeres realizaran labores propias a su sexo, por lo que no era privativo que las recogidas desempeñaran una carga de trabajo. No obstante, las diferentes actividades que se ejecutaban en los conventos, colegios y recogidas dotaron de sentido y de una cualidad particular a cada uno de los establecimientos referidos, ya fuera de perfección espiritual, instrucción o corrección. Cada espacio poseía su propia práctica, con sus propios ritmos de la vida cotidiana.[298] Estos institutos, al ser productos de una sociedad corporativa y estamental, marcaron diferencias de acuerdo a la calidad de sus habitantes, es decir, los privilegios del exterior se replicaron en el interior.

La rigurosidad en el trato y el tipo de faenas era lo que diferenciaba la estancia en la Casa de Recogidas del resto de instituciones femeninas. En el entendido de que sus transgresoras habitantes procedían de estamentos menos favorecidos y sus calidades eran inferiores, se asimiló una rutina de trabajo acorde a las esferas comunes de sus precarios contextos. Mientras las colegialas y maestras de la Casa de Enseñanza confeccionaban flores y delicados tejidos de oro y plata, o elaboraban dulces y chocolates para contribuir a su manutención y socorrer las necesidades institucionales, por su parte, las recogidas escarmenaban e hilaban algodón y desempeñaban las arduas tareas de la molienda del maíz para preparar las tortillas y abastecer la demanda de alimentos de los presos de la real cárcel cuando se les requería. En las constituciones preliminares de las Recogidas se disponía otra

[296] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Colegio de San Diego, c. 1, exp. s/c, año 1802, f. 15.
[297] Horarios en la Casa de Enseñanza de Nuestra Sra. De Guadalupe, de Guadalajara: A las 5:00 iniciaran su día, 6:00 recibirán misa y comunión; a las 7:00 desayunaban, y se aseaban; de 8:00 a 11:00 permanecían en salas de labor; a las 11:00 rezaban una parte del rosario; a las 12: 00 asistían al refectorio, durante la comida recibían lección espiritual; a las 2:00 continuaban con el rosario; de 3:00 a 5:00 regresaban a las salas de labor; 6:00 realizaban oración mental y concluían el rosario; 8:00 distribuían la cena; 9:00 pasaban a sus dormitorios. AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Caridad y Enseñanza, c. 1, exp. 9, año 1784, f. 6v.
[298] Lefebvre, *La producción del espacio*, p. 91.

medida que zanjó las diferencias entre las recogidas, ya que a las "señoras decentes" se les mantenía por separado y ocupadas en escarmenar, hilar o coser.[299]

Las labores de la molienda comprendían iniciar las actividades por la madrugada, alrededor de las 3: 00 a.m., porque se debía preparar el grano de maíz, prender la hornilla, darle cocción con cal para nixtamalizarlo y después dejarlo en remojo. Un par de horas más tarde, cerca de las 6:00, y una vez frío el nixtamal, se procedía a pasar el grano por el metate, lo cual se hacía por repetidas ocasiones hasta formar una masa con cuerpo homogéneo; las que realizaban esta actividad se colocaban sobre el suelo y de rodillas comenzaban a metatear. En seguida, ya con varias bolas de masa, las molenderas daban paso a las torteadoras, que muy probablemente eran las mismas mujeres. De acuerdo con Teresa Fernández Aceves, una molendera podría amasar entre 20 y 30 kilogramos de nixtamal, y obtener 15 tortillas por cada kilo.[300]

En las Recogidas, las acciones repetitivas de la molienda del maíz introducían el cansancio, el dolor y el desgaste físico por las labores del metate, que dañaban en demasía la espalda y las muñecas de las reclusas; estos sufrimientos constituían los espacios de representación de lo que era vivir el encierro en este instituto. Así, cada minuto en la Casa de Recogidas infundía el espíritu mujeril de la época y la idea de corrección a partir de un sometimiento forzado a las asignaciones propias de su género, desde la cocina de las Recogidas, las transgresoras, cual si fueran esposas, cumplían con preparar la comida de los hombres. "Y al ver la eternidad de sus penas, se acordarán los miserables condenados de la brevedad de los gustos", rezaba Castro Cid en su sermón.[301]

---

[299] En los establecimientos de recogidas, hospicios y cárceles, fue usual que contaran con una pieza destinada a los sujetos distinguidos o decentes. Incluso, a esta clase de personas se les podía ofrecer una alimentación adecuada a su calidad.

[300] La información que proporciona María Teresa Fernández respecto a las molenderas y torteadoras corresponde a las faenas de las mujeres de principios de siglo XX, no obstante, es posible aseverar que el proceso rudimentario y la dinámica horaria fue similar en los siglos precedentes, ya que los cambios comenzaron con la introducción de molinos domésticos e industriales. María Teresa Fernández Aceves, "´Antes éramos molineras´: mujeres y trabajo en la industria de la tortilla en Guadalajara, 1920-1940", Guillermo de la Peña y Jorge Aceves, *Visiones múltiples. El occidente de México desde la antropología y la historia*, Guadalajara, CIESAS, 2012, pp. 114-118.

[301] Rivas García, *Memorial de José de Castro Cid: El camino a la salvación según la teología jesuítica. Siglo XVIII*, pp. 128-129.

De acuerdo con los estatutos, cuatro de los trece lineamientos destinadas a las reas referían los motivos que eran causales de castigo. Desatender las preguntas que se realizaban sobre las lecturas edificantes que se leían en comunidad merecería una primera llamada de atención, pero si la rea permanecía indócil, la rectora quedaba facultada a emplear el rigor del azote y la cárcel. A aquella que se distrajese en el tiempo de la misa, o al momento que se les daba instrucción cristiana o moral, se le penaba con "rezar una estación en cruz, manteniéndose hincada todo el tiempo del rezo", u otra semejante mortificación que fuera puramente espiritual, así mismo, si la rectora observa disturbios o procederes deshonestos castigaría a las incorregibles con azotes públicos para escarmiento del resto de las recogidas. Acusar falsamente o insultar a la rectora y su vice se compurgaba también con azotes, prisiones o sujeciones.[302]

Las notas preliminares fueron más puntuales con la forma de ministrar correctivos, sugerían que la desobediencia a la rectora y el incumplimiento de las tareas asignadas se sancionaran con ocho días sin comunicación con los suyos y, si fuese rebelde, con uno o dos días en el cepo. La Casa de Depósito para mujeres públicas de Veracruz también consideraba, en sus ordenanzas provisionales de 1784, el empleo del cepo como pena para aquellas que perturbaran la quietud y silencio nocturno, el cepo se les colocaría en los dos pies y se les haría pasar la noche en esa posición.[303] De lo anterior cabe precisar que en la Casa de Recogidas de Guadalajara la referencia al cepo denota un espacio en el interior de la finca, en el que se aplicaba a su vez la sujeción por cepo.

Gracias a un inventario de 1774 es posible afirmar que, en efecto, se aplicaban severos castigos sobre las recogidas. Ese año, la rectora doña María Josepha Munguia, contabilizó entre los bienes de la Casa de Recogidas "un cepo grande con su chapa y llave, un par de grillos, cuatro cormas[304] y once disciplinas".[305] El número de látigos sugiere también que las

---

[302] AHAG, sección Gobierno, serie Reales Cédulas, núm. 717 y 718, c. 3, exp. 10, año 1797, ff. 6-10.
[303] AGN, fondo Instituciones Coloniales, Real Audiencia, ramo cárceles y presidios, vol. 15, exp. 5, año 1785, s/f.
[304] Corma: instrumento compuesto de dos pedazos de madera que se echa al pie o pierna y le abrazan de suerte que no se le puede quitar el mismo. Hoy se usa de él para castigar a los muchachos traviesos y maliciosos que se huyen de sus casas, y a los perros, cochinos y otros animales, para que no hagan daño, ni entren en las heredades. *Diccionario de Autoridades*, t. II, 1729, web.frl.es/DA.html
[305] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 3, años 1772-1776, libro de cuentas.

mujeres recurrían a la autoflagelación para expiar sus culpas.[306] En las ordenanzas que se aprobaron por real cédula en 1797 se prohibió la pena de azotes y se encomendó que se sustituyera por otra equivalente y más decente. La medida obedecía al incipiente pensamiento Ilustrado y la humanización de las penas. Al desligarse la idea de justicia de la semántica religiosa, la similitud entre delito y pecado se fue desvaneciendo, y con ello la relación entre pena y expiación. Así, el sujeto transgresor se configuraba desde "otra idea de delito, otros principios de la política real en materia de represión penal, y de nuevos principios ordenadores del proceso penal".[307] Aunque el reformismo Ilustrado era incompatible con las pretensiones del poder monárquico absolutista español, debido a su sistema político y la composición estamental de la sociedad,[308] la recomendación regia de sustituir la pena de azotes por otra equivalente y más decente permiten entrever un incipiente cambio en las sensibilidades, en especial en un contexto ilustrado en el cual el respeto de la vida humana "chocaba con el funcionamiento de la justicia y el ejercicio de poder a que respondían".[309]

Fijar las constituciones de una institución implicaba atender varios resquicios gubernativos, y justo por este motivo se encargaron una y otra vez la formulación de las correspondientes a la Casa de Recogidas. No obstante, los comisionados de su elaboración sortearon señalar la jurisdicción a la que pertenecía el establecimiento. Con lo que sí cumplieron los estatutos fue con codificar las representaciones del espacio al delimitar cargos y actividades al interior de la casa. Lo que se asentó sobre las normas que regirían la institución evidenció su función-intención, a partir de su organigrama, su régimen interno y, en menor medida, también el externo. Lo determinado por ordenanza se reflejó en los vacíos e inconsistencias administrativas, pues incluso esto influyó en la documentación que generó o no la Casa de Recogidas, por ejemplo ordenaban la realización de los libros de cuentas, pero no de los registros de entradas y salidas de las recluidas, por lo que estos últimos simplemente no se formaron.

---

[306] Las niñas y maestras de la Casa de Caridad y Enseñanza también recurrían a esta "disciplina" los lunes, miércoles y viernes, de manera voluntaria y previa licencia del director espiritual. AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Caridad y Enseñanza, c. 1, exp. 9, año 1784, f. 6v.
[307] Francisco Tomás y Valiente, *La tortura judicial en España*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 124.
[308] Tomás y Valiente, *Obras completas*, t. I, El Derecho penal de la monarquía absoluta (siglos XVI, XVII y XVIII), pp. 266-267.
[309] Trinidad Fernández, *Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*, p. 49.

Analizar el contenido de las Ordenanzas, así como reconocer sus diferencias y similitudes respecto a otras instituciones destinadas a albergar mujeres, permite, a su vez, identificar con mayor claridad la singularidad del establecimiento y reconocer sus cualidades y atributos en tanto que espacio de justicia/castigo. En 1788, fecha en que se elaboraron las constituciones preliminares, y en 1797, cuando se aprobaron por real cédula las ordenanzas, la Casa de Recogidas fue concebida como un espacio de encierro de uso cada vez más cercano al mecanismo judicial secular, por lo que se enviaban principalmente reas, por lo que poco a poco dejaban de ser las recogidas de otrora, de cuerpos místicos, que eran contenidos con miras de salvar su alma, aunque persistía la visión de lograr la corrección y enmienda de sus habitantes a través del castigo edificante

La preponderancia que se dio a la figura de la rectora se contrapone a la etapa inicial de las Recogidas en que la total facultad gubernativa quedó en manos del promotor fiscal Joseph Reyes Gómez de Aguilar, con ello se marcó también una nueva fase en el devenir del establecimiento. No es fortuito que el gobierno transitara de las manos eclesiásticas de Gómez de Aguilar, a las seculares de las rectoras subsecuentes.

Capítulo III. Las recogidas desde el interior: la configuración de un espacio. (1772-1807)

Sumario: Introducción; I. Mujeres con poder: las rectoras; II. Depositadas, reclusas y rematadas; III. Población del recogimiento, sus hábitos y prácticas.

Introducción

Las decisiones y estrategias que tomaban las autoridades eclesiásticas y seculares, desde arriba, influía de manera directa en el interior de la Casa de Recogidas, al determinar sus fondos, su jurisdicción y disponer su ordenamiento, contribuían a configurar las representaciones del espacio, sus códigos y significados. De la misma manera, desde el encierro del establecimiento, las habitantes con sus prácticas, al vivir el recogimiento también promovían cambios, ya que como agentes concretos eran sensibles al vaivén de la institución, además, aprovechaban la ocasión para tejer redes de solidaridad y complicidad, enfrentar situaciones adversas, irrumpir el orden, o departir en medio de las faenas, cada acción envolvía pequeños artilugios para sobrellevar su estadía en el establecimiento, sus prácticas efectivas y sensibles a su espacio crearon los escenarios del castigo.[310]

La transición de potestades que experimentó el recogimiento significó la configuración de los hábitos y prácticas cotidianas de sus habitantes. Así mismo, el proceso modificó la dinámica de remisión judiciaria por lo que en este sentido varió la composición poblacional de las recogidas. La tendencia secular en la administración de justicia estuvo acompañada de cambios substanciales que repercutieron de manera directa en la forma de vivir y experimentar la sanción punitiva del encierro.

---

[310] Michel de Certeau denomina tácticas a las acciones que realiza el débil contra el más fuerte, así, sus maneras de hacer insinúan su presencia en un orden más complejo. Para un discurso más extenso véase Certeau, *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*, pp. 35-48.

I. Mujeres con poder: las rectoras

Desde sus inicios la Casa de Recogidas de Guadalajara, en su gobierno interno, contó con un régimen que respondía a un modelo matriarcal en el que una mujer era colocada en el cargo de rectora y fungía como madre y superiora de sus subordinadas. El gobierno externo, en cambio, quedaba en una figura masculina. En las primeras décadas del establecimiento, el gobierno externo estuvo en manos del promotor fiscal, don Joseph Reyes Gómez de Aguilar. No obstante, después de su fase administrativa, y con el transcurso de los años, las rectoras comenzaron a cobrar relevancia en las cuestiones externas hasta el grado de instituirse como máxima autoridad; su preeminencia, sin embargo, tuvo un revés cuando se consolidó el cargo de juez protector, que retomó las facultades del gobierno externo. Explorar el perfil de las mujeres rectoras, así como identificar sus periodos de gobierno y características son el propósito de las siguientes líneas.

El cargo de rectora, al igual que en los establecimientos de recogidas, era común en institutos formativos, ostentar este nombramiento conllevaba fungir como ejemplo ante sus subordinadas, en virtud de ello, la persona que pretendiera el cargo debía ser honesta, cabal y guardar la decencia que correspondía a su estado, fuera éste el de casada, viuda o doncella. En cuestión de aptitudes, debía conocer lo perteneciente a la piedad cristiana y ser laboriosa. Por la naturaleza de mando que implicaba el cargo, se prefería que las aspirantes contaran con más de 30 años para que pudieran imponerse ante sus subordinadas. En el caso de la Casa de Recogidas, las que desearan el empleo, y fueren casadas, tenían que contar con la correspondiente licencia por parte del esposo, si eran viudas, los hijos varones eran quienes brindarían la anuencia. Para acceder a la rectoría de las Recogidas se requería que supieran dirigir, escribir y leer, pero no se les exigía realizar alguna labor de mano, como la elaboración de flores o tejidos finos, como si se pedía en los colegios en donde asumían una función más formativa.

La correspondiente solicitud del cargo se efectuaba a través de un escrito que se entregaba al capellán, pero que se dirigía al obispo, quien confirmaba o declinaba a las postulantes. El puesto se ejercía por tiempo indefinido, por ello, quienes lo ostentaban

quedaban libres de presentar su abdicación en el momento que lo consideraran más oportuno; por parte de la autoridad eclesiástica no se enuncian motivos para cesar a las rectoras en sus funciones. Al responsabilizarse de las labores de pluma, es decir, llevar la correspondencia y los libros de cuenta, se presume que el perfil de la rectora era el de una mujer letrada, de un estamento, por lo menos, medianamente privilegiado y no de calidad inferior. Por lo tanto, eran mujeres capaces de explicitarse en los términos de la cultura escrita, y conocían las formalidades requeridas para dirigirse a las autoridades,[311] además, poseían ciertas habilidades con los números y la administración de los recursos, pues eran las principales gestoras de socorros en favor de las recogidas o el establecimiento.

La residencia de las rectoras, al igual que las de los alcaides, se fijaba al interior del edificio, donde se les permitía instalarse con su familia en caso de que la tuviesen; sus habitaciones eran piezas bisagras contiguas al espacio de las reas, ubicadas en las oficinas bajas, con una puerta propia que daba a la rectora la libertad de dirigirse al exterior. Sus oficinas y dormitorios se localizaban dentro del umbral que enmarcaban la portería, el torno y el locutorio, lo que le permitía mayor control y cuidado del acceso principal. A través de las cargas simbólicas de la espacialidad, se expresaba que la rectora era parte del establecimiento, pero no era una de las recogidas.

Por lo menos desde 1774, el cargo de rectora se retribuía con 150 pesos anuales de honorarios y la proporción de finca y alimentos seguros para la empleada y sus dependientes. En aquellos años, salvo en los colegios, las mujeres contaban con pocos espacios en los que pudieran desempeñarse en funciones administrativas y de gobierno, sin que ello implicase una clausura total, como si se requería en los institutos de enseñanza. Por otra parte, emplearse en labores económicas conllevaba variaciones acordes a su estado, estamento, calidad y honor.

Las viudas de cierto estatus que poseían en heredad panaderías podían administrarlas, o montar pequeños amasijos, tendejones o pulperías, pero una casada difícilmente podría hacerlo. Las indias, por lo regular, ofrecían sus frutos, hortalizas y tortillas en el mercado, mientras que algunas otras mujeres se dedicaban a la venta de comida en los portales, se

[311] De Certeau, *La invención de lo cotidiano, I. Artes de hacer*, pp. 148-149.

desempeñaban en el servicio doméstico, lavaban ajeno o molían cacao; los días de cuaresma no faltaban las que expendían las tradicionales empanaditas a las afueras de catedral. Otras tantas conseguían reales con sus labores de parteras o chichiguas.

La instauración de la Real Fábrica de Tabacos se convirtió en una fuente más de empleo para las mujeres de Guadalajara y sus alrededores, con capacidad de recibir 500 empleadas, según cálculos del ayuntamiento en 1778.[312]Además, por bando del virrey Miguel de Azanza se permitió el trabajo de las mujeres en manufacturas y labores compatibles a su sexo, como informó al Consejo de Indias en 1799.[313] También había las que se desempeñaban en oficios no tan honestos, pero que de igual forma les retribuían unos reales, por ejemplo, las dispensadoras de aguardiente, las que hacían las veces de tahúr o las meretrices. Ante este escenario, el cargo de rectora resultaba un puesto decoroso que permitía cierta solvencia económica, en especial, si se considera que el sueldo del capellán era de 100 pesos anuales. La diferencia de sueldos entre el capellán y la rectora ilustra, también, la preeminencia entre uno y otro cargo.

Una vez en la rectoría, las mujeres, como máxima autoridad, quedaban facultadas en materia administrativa y propiamente gubernativas. Respecto a lo primero, debían llevar el debido registro de ingresos y egresos del establecimiento, responsabilizarse de los insumos de las recogidas, efectuar los cobros de alquiler, y atender las reparaciones que se necesitasen en la finca. Cada una de las actividades quedaba a su albedrío, lo que se refleja de forma clara en la falta de uniformidad en el manejo de los libros de cuentas y en la variación en los patrones de consumo, ya que cada rectora ajustó a su gusto la dieta de las recogidas. En lo gubernativo, eran responsables directas del orden, por ello, se les encargaba especial cuidado en la supervisión del torno, estaban obligadas a inspeccionar las cartas, chiquigüites, ropa y demás enceres que recibían las internas. Además, debían evitar el ingreso de hombres, vigilar las visitas y prohibir las que parecieren sospechosas.[314]

[312] AMG, Actas de Cabildo, c. 6, 4 de noviembre de 1778, ff. 96-98.
[313] Pilar Gonzalbo, *Los muros invisibles. Las mujeres novohispanas y la imposible igualdad*, México, El Colegio de México, 2016, p. 205.
[314] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 12, año 1789-1793, f. 9v.

Con el objeto de garantizar el orden y la corrección de las reclusas rebeldes, la rectora, como máxima autoridad, estaba facultada para imponer castigos, pero como madre de una abundante familia era exhortada a procurar mirarlas con caridad y socorrerlas en sus necesidades, en especial, proporcionar el vestido a las que más falta les hacía. Sin miramientos ni distinciones, la rectora tenía que poner particular cuidado en la distribución de los alimentos y en su asignación de oficios; aquellas mujeres que fueran elegidas para desempeñar uno, debían mantener una buena conducta y responder con mayor fidelidad a la rectora, pues si cumplían con eficacia sus labores podían aspirar a una certificación de buen porte, escrito éste que emitía la rectora y que les serviría para suplicar la clemencia de los jueces y, con ello, conseguir la reducción de su sentencia o la compurgación de su pena.[315] En su calidad de matrona, la rectora también debía prestar especial atención a las reclusas enfermas, quienes le merecían cuidados en la dieta, compra de medicamentos y, en caso de ser necesario, la asistencia del médico o el traslado al hospital de Belén.

A partir de 1771, cuando la Real Audiencia comprometió al pósito a entregar 50 fanegas de maíz a la Casa de Recogidas, y aún más cuando después de la aprobación de la real cédula de 1776 se conminó de manera expresa al cabildo de la ciudad a contribuir en la manutención de las recogidas y se le comenzaron a entregar 100 fanegas anuales, la rectora empezó a solicitar en el debido tiempo la entrega del maíz. En 1786, fecha en que se padecía en la ciudad el denominado "año del hambre",[316] el cabildo secular se vio precisado a recortar el usual apoyo de 100 fanegas y entregó en su lugar 25, aunque al año siguiente continuó con el auxilio establecido, en 1788 se rehusó a contribuir con más de 25 fanegas y, sin considerar lo establecido en 1776, alegó a su favor que era una limosna voluntaria su aporte,[317] por lo

[315] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 12, año 1789-1793, ff. 10-10v.
[316] Fray Antonio Alcalde, con el propósito de contribuir a remediar las necesidades del año del hambre, estableció comedores en los barrios del Santuario de Guadalupe, Analco y El Carmen; por su parte, el cabildo del ayuntamiento efectuó un llamado a los vecinos distinguidos de la ciudad para que propusieran soluciones, además, creó comisiones encargadas de comprar maíz a bajos costos y venderlo a precio accesible a los más necesitados. Lilia Oliver, "La importancia de los registros hospitalarios para el análisis de la epidemia y escasez de alimentos en Guadalajara, 1785-1786", *Letras Históricas*, núm. 3, 2010, pp. 47-67.
[317] AMG, Actas de Cabildo, c. 8, 25 de junio de 1788, f. 156

que no se le podía obligar a despojar al pósito de mayor cantidad de maíz que insistente le solicitaba la rectora.[318]

La Casa de Recogidas corría a cargo de Cayetana de Silva quien, tras repetir varias peticiones ante el cabildo y obtener negativas, se vio precisada a elevar su escrito a la Real Audiencia, en este tribunal si se atendió su solicitud. El 15 de septiembre de 1789, el intendente, Antonio de Villaurrutia, obligó al pósito a entregar 25 fanegas más,[319] no obstante, el cabildo de la ciudad se resistió a volver a ministrar las 100 que entregaba antes, sino que limitó su aporte a 50 o 25 fanegas anuales, según la cantidad de mujeres que se remitían por sus alcaldes ordinarios.[320] En 1794, De Silva se presentó de nuevo en el tribunal de la Audiencia con la finalidad de que estableciera la cantidad de fanegas que debía recibir, de lo que resultó que el intendente Jacobo Ugarte y Loyola mandara que "en lo futuro todos los años se le ministren 50 fanegas de maíz integras".[321]

En las peticiones que efectuaban las rectoras al ayuntamiento para conseguir el maíz, se aprecian las prácticas discursivas y el estilo personal que empleaba cada una. En los escritos que presentó doña Josefa de la Peña (1774-1787) se observa el siguiente orden: primero se presentaba como rectora, enseguida enunciaba la solicitud y la conectaba señalando a las destinatarias de aquel maíz, con lo que otorgaba coherencia a su petición, así mismo, justificaba la dadiva al indicar las dificultades y estrechez que se padecían en el establecimiento. Los tratamientos que daba a las mujeres a su cargo se presentan como una condicionante propia del encierro, de tal forma que se refiere a ellas como "miserables", "recogidas infelices", "pobres" o "desdichadas".[322] En la estructura de sus escritos, la rectora se situaba distante de las recogidas, al mismo tiempo que se colocaba como intercesora de

[318] El cabildo del ayuntamiento se mantuvo indiferente a las necesidades de la Casa de Recogidas, y se mostró adverso a los exhortos del intendente Antonio Villaurrutia, quien, por ejemplo, en julio de 1788 lo conminó a supervisar con diligencia los alimentos que se distribuían a los presos y la asistencia que recibían por parte de los médicos y boticarios. El cabildo se rehusó categóricamente, con el argumento de que sus jueces recluían un número mínimo de mujeres, y que no disponían de tiempo para cumplir tales asignaciones. AMG, Actas de Cabildo, c. 8, 15 de septiembre de 1788, f. 226.
[319] AMG, Actas de Cabildo, c. 9, 5 de julio de 1789, f. 180v.
[320] AMG, Actas de Cabildo, c. 9, 6 de julio de 1789, f. 18v; AMG, Actas de Cabildo, c. 9, 31 de agosto de 1790, fj.81; AMG, Actas de Cabildo, c. 12, 14 de julio de 1794, f. 24.
[321] AMG, Actas de Cabildo, c. 12, 16 de septiembre de 1794, ff. 152-153.
[322] AMG, Actas de Cabildo, c. 6, 14 de junio de 1780, f. 72; 1 de agosto de 1781, f. 68; 7 de julio de 1782, f. 33.

un acto caritativo, por ello sus palabras se dirigían a buscar la piedad del cabildo secular. Cayetana de Silva (1787-1799), en cambio, se incluye como beneficiada de la limosna del ayuntamiento, pues con ello podía sostener a la "pobre familia" que tenía a su cargo. De Silva, deja de lado los eufemismos y solicita el maíz a favor tanto de las rematadas como de las depositadas, sólo un par de veces se refiere a ellas como las "miserables cautivas" o "las pobres infelices".[323] Los escritos de la rectora María Antonia García (1799-1802) son cortos, escuetos y, contrarios a los de sus predecesoras, no estaban rubricados, es probable que no supiera escribir.

Rectoras y tiempo que permanecieron en el cargo		
Rectora	Año inicial	Año final
María Josepha Munguia	4-nov-1758	16-abr-1774
María Buenaventura Álvarez Bermúdez	19-abr-1774	11-may-1774
María Josepha de Peña	11-may-1774	oct-1787
Cayetana de Silva	20-oct-1787	13-dic-1799 renuncia/salió hasta el día 19
María Antonia García	20-dic-1799	3-oct-1802
Cayetana de Silva	9-oct-1802	ago-1807
María del Carmen Arrizón	16-ago-1807	1-mar-1814
Rosalía Enríquez del Castillo	9-mar-1814	*1831

Tabla 3 Casa de Recogidas. Rectoras y tiempo que permanecieron en el cargo. Fuentes varias: AHAG, AMG. Elaboración propia. *Último año en que se le menciona en la documentación.

La información sobre las rectoras y sus periodos de gobierno aumentó conforme el cargo fue adquiriendo relevancia. De las primeras rectoras que tuvo el recogimiento no se tiene noticia. La lista de nombres inicia con doña María Josepha Munguia, quien sostuvo el rectorado del 4 de noviembre de 1758 al 16 de abril de 1774, es decir que, dirigió a las recogidas por el tiempo de 16 años, bajo el mandato del promotor fiscal Gómez de Aguilar. Como dato personal, se sabe que era viuda de don Vicente Apreza. Durante su gestión tuvo la iniciativa de realizar el apunte de las mujeres que entraban a la Casa de Recogidas y por quiénes eran

[323] AMG, Actas de Cabildo, c. 9, 26 de junio de 1790, f. 50; c. 9, 8 de julio de 1793, f. 46.

remitidas. A Munguia le sucedió doña María Buenaventura Álvarez Bermúdez, quien probablemente sólo ostentó el cargo de manera interina, pues en él permaneció poco menos de un mes, del 19 de abril al 11 de mayo de 1774, según se asienta en los libros de cuentas. No obstante de lo breve de su mandato, su gestión implicó variaciones en la dieta de las recogidas, ya que se comenzó el consumo, ¿o quizá sólo el registro?, de pan.

Doña María Josepha de la Peña, casada con Juan Medrano, estuvo en la rectoría por el tiempo de trece años, del 11 de mayo de 1774 al 19 de octubre de 1787. La pericia de esta mujer en el aspecto administrativo se aprecia en la corrección del desfase de orden numérico y nominal que presentaba el libro de cuentas, ella, al contrario de sus predecesoras, realizó el registro de cuentas de forma semanal sin desglose de la compra diaria. En los primeros dos años y medio de su administración, ante la falta de fondos del establecimiento, se vio precisada a sacar varias dependencias con los proveedores, bajo el respaldo de su esposo;[324] con la finalidad de solucionar la situación, llevó a cabo múltiples gestiones ante el notario de la curia, don Blas de Silva, a quien le solicitó la entrega de 200 pesos anuales para cubrir las necesidades de las recogidas. Los ruegos de la Peña llegaron a oídos del obispo, fray Antonio Alcalde, quien le asignó de manera fija la cantidad de 300 pesos anuales, esto a partir de 1777.

La siguiente en el cargo fue doña Cayetana de Silva, quien rigió la casa en dos periodos, uno del 20 de octubre de 1787 al 13 de diciembre de 1799 y, después, del 9 de octubre de 1802 a 1808. Durante su gobierno se aplicaron y aprobaron las Ordenanzas de la Casa de Recogidas. De Silva, en los libros de cuentas, registró de manera detallada las compras de cada día. Las instancias que presentó en el cabildo del ayuntamiento en 1794, sobre mayores socorros para el establecimiento, desembocaron en la Real Audiencia de Guadalajara, posteriormente en el Consejo de Indias, y culminaron con la aprobación regia de las Ordenanzas. En virtud de la institución de la figura del juez protector y la exhortación de que a las Recogidas sólo se remitieran mujeres formalmente rematadas, la Casa, de manera un tanto informal, se replegó al amparo de la Real Audiencia.

[324] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 29, año (1787), f. 1.

El primero de diciembre de 1797, De Silva presentó su dimisión al cargo por motivos de salud, ya que, en sus palabras, se encontraba llena de males que la inutilizaban a sostener el gobierno de la casa y, además, de que para su efectiva curación debía separarse del edificio de las Recogidas; su renuncia fue admitida hasta el día 19 de dicho mes. En su lugar, entró doña María Antonia García, viuda mayor de 30 años, quien ocupó el rectorado del 20 de diciembre de 1799 al 3 de octubre de 1802.[325] García, abdicó el cargo en fecha de 21 de septiembre de 1802, en el escrito que entregó al capellán, Nicolás Gómez, le manifestó padecer graves enfermedades que no le permitían la opresión de su persona, por tratarse de apoplejía.[326] Enterada de la renuncia, Cayetana de Silva solicitó de nuevo el cargo, justificó su petición en la mejoría de su salud y en los bastantes años que ya había servido a la casa. El 9 de octubre de 1802, el obispo Juan Cruz Ruiz de Cabañas aprobó en el cargo a De Silva; quien fue suplida en 1807 por María del Carmen Arrizón, que tenía cuatro hijas doncellas.[327]

La falta de lineamientos que precisaran la forma en que se deberían llevar los registros de ingresos y egresos de los libros de cuentas, propició un vacío que permitió que cada rectora siguiera un proceder distinto. El descuido era tal que fácilmente se perciben desfases de un par de días, e incluso de semanas. Un ejemplo de ello, son los libros que llevó doña Josepha Munguia, sus cuentas, registradas de modo diario, parecen seguir un orden de domingo a sábado, sin embargo, al mirar con atención es posible descubrir que en realidad no llevó así el registro, sino que los vacíos de carga y data se hacían de forma irregular, a veces, de miércoles a martes, o de jueves a miércoles. La excepción fue doña Cayetana de Silva quien realizó un detallado trabajo en los libros de cuentas, en ellos se percibe de manera clara y precisa la información, con detalle del gasto diario, suma de lo erogado mensual y anualmente, y nota de lo producido por las fincas de alquiler.

Cada una de las rectoras dejó una impronta en la Casa de Recogidas: formas y estilos de gobernar, arbitrios y beneficios. Todas procuraron cumplir con la manutención de las recogidas, para ello, se vieron precisadas a tener un papel activo, acudir a los tribunales y

[325] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 12, año 1789-1793, ff. 29-30.
[326] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 15, año 1802, ff. 22-25.
[327] AMG, ramo Policía, sig. P1.1, c. 2, paqt. 29, leg. 26, año 1814, f. 1.

gestionar en diferentes instancias la obtención de mayores recursos, pues como madres debían evitar la estrechez que pudieran padecer sus subordinadas. Sus voces se escucharon en primera persona en el ayuntamiento, en el obispado, en la Real Audiencia e incluso en el Consejo de Indias. Con lo anterior se corrobora que en los momentos coyunturales, es más visible la participación de las mujeres. La documentación localizada sobre las rectoras, favorece el análisis de su relación, hacía arriba, con las autoridades, aunque poco permiten saber acerca de sus vínculos y trato con sus subordinadas.

II. Depositadas, recogidas y rematadas

A lo largo del texto se ha hablado de un cambio en el tipo de habitantes que albergó la Casa de Recogidas, que influyó en la configuración del espacio y que contribuyó, en parte, a que el establecimiento transitara al orden secular. Del motivo de aprehensión y la autoridad que remitía dependía el tipo de categoría que se asignaba a las mujeres que arribaban a la Casa de Recogidas de Guadalajara. Aunque no es posible conocer las causas precisas de cada una de las mujeres que fueron llevadas al encierro en las Recogidas, lo que sí es factible saber es la actuación de los diferentes tribunales, sus jurisdicciones y las transgresiones que ellos consignaban.[328]

La corta documentación sobre Castro Cid y su relación con el recogimiento, no permite especificar para qué mujeres planeó el recogimiento; de lo que he localizado sólo se aduce su interés por proporcionar los medios que acercaran la salvación espiritual a las mujeres de vida licenciosa o escandalosa. Sin embargo, si se parte de que tomó una real cédula de la Casa de Recogidas de María Magdalena de la ciudad de México y se infiere, entonces, que conocía y tuvo por modelo la esencia de este establecimiento, el cual fue fundado por un miembro de la Sala del Crimen de la Real Audiencia, se intuye que daría

[328] En el orden jurídico tradicional, bajo la premisa de dar a cada quien lo suyo, el sistema de justicia estaba compuesto por una pluralidad de tribunales, divididos, a grandes rasgos, en dos categorías: especiales y ordinarios. Los primeros tenían como característica conocer de causas específicas, como el Tribunal de la Acordada, o de un grupo particular de la población, como el Juzgado General de Indios; estos, a su vez, conocían dos tipos de justicias, ordinaria de lo civil y criminal, o especial en lo mercantil, hacendaria. La jurisdicción territorial fue distinta para cada organismo. Jaime del Arenal, "Instituciones judiciales de la Nueva España", *Revista de Investigaciones Jurídicas*, año 22, 1998, p. 19.

cabida a mujeres enviadas por la justica secular, en igual medida que las remitidas por los eclesiásticos. El título que le dio a su proyecto desde sus inicios de "Recogidas" y no el de "Arrepentidas", puede indicar que, por lo menos, el acceso meramente voluntario no fue lo que privó.

En los inicios del establecimiento, al coincidir su apertura con la llegada del obispo fray Francisco de San Buenaventura Martínez Tejeda quien, como mencioné en líneas anteriores, erigió un recogimiento en Mérida que tenía como principal propósito la corrección de señoras casadas, por lo que es probable que en la casa de Guadalajara mantuviera este interés y que por ende la población del recogimiento estuviera compuesta, en gran media, por mujeres casadas y amancebadas y, por lo tanto, en una prevalencia de los tribunales eclesiásticos pues eran ellos quienes, en su mayoría, atendían las disensiones matrimoniales, entre ellas dispensas, sevicias, divorcios y nulidades. En su *Relatio Ad Limina* de 1757, el obispo Martínez de Tejeda confirmó que la Casa de Recogidas servía para la reclusión de mujeres arrepentidas y pensionadas.

Los tribunales del orden espiritual remitían a las mujeres bajo dos categorías: depositadas y presas de la iglesia. La primera tipología tenía sus raíces en una práctica legal de orden económico que estipulaba la entrega de "algo" en términos de custodia, y por lo que el depositario se obligaba a responder con el debido empeño y cuidado de lo que se le entregaba en el inter de la ausencia del propietario o en el curso de un litigio, si el bien entraba en disputa.[329] El depósito de mujeres se entendía en los mismos términos, sólo que al ser la depositada posible parte involucrada en los juicios, el propósito del depósito se volvía debatible, en ocasiones el procedimiento tenía por objeto proteger a las implicadas, salvaguardar su honor o integridad física y evitar liviandades mientras se llevaban a cabo los autos procesales. Por otra parte, en el III Concilio Provincial Mexicano, celebrado en 1585, se señaló a los jueces de la curia que en los pleitos de divorcio se depositara de inmediato a las mujeres, según su edad y calidad, en alguna casa honesta, de la que no se tuviera sospecha, con la finalidad de impedir vicios y "engaños diabólicos".[330] Dado los diferentes significados

[329] Pedro Murillo Velarde, S.J., *Curso de Derecho Canónico Hispano e Indiano*, vol. III, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2005, p. 128.
[330] Libro IV, tít. I, art. XV, *Concilio III Provincial mexicano*, p. 350.

que podía adquirir la práctica del depósito, no es posible definir de forma tajante su función, ya que en algunas ocasiones servía para que las involucradas en querellas manifestaran sus deseos de manera libre, sin coacciones, y por otra su encierro podía favorecer que fueran disuadidas, por sus depositarios, de desistir en los procesos.

La Casa de Recogidas de Guadalajara, en sus inicios, contribuyó a suplir el depósito de particulares y recurrir a esta institución en su lugar. Una mujer colocada en calidad de depósito en las Recogidas podía, de un momento a otro, convertirse en presa de la Iglesia si su causa se resolvía de manera contraria a sus intereses. Un ejemplo de ello, serían aquellas que al incoar un proceso por sevicia, y verse exhortadas a volver con su marido, se resistiesen a acatar la resolución de los tribunales, con lo que caían en rebeldía y eran retenidas en el encierro en calidad de presas.[331] Se entendía, entonces, por presas de la iglesia a aquellas que, después del debido proceso, estuviesen sentenciadas en determinante culpable.

Las transgresiones contra el pudor -adulterio, amancebamiento, incestos, estupros, violaciones- y los conflictos en torno al matrimonio eran delitos de fuero mixto, ya que el sistema de justicia estaba imbricado en una corriente de tradición religiosa-jurídica en la que la división de potestades de los tribunales de orden temporal e intemporal se desdibujó, porque en la sociedad "el pecado no era sólo un asunto de teología y el delito de justicia, sino ambos de ambas".[332] De acuerdo con Traslosheros, una particularidad de la impartición de justicia por parte de los tribunales ordinarios eclesiásticos se encuentra en la íntima relación entre pecado-delito, la política permanente de reformas y las costumbres prevalecientes. En el acto de juzgar, la conjugación de estas nociones desarrollaron una línea de expiación, castigo, reconciliación, perdón y, yo agregaría, enmienda, pues al tener por uno de sus principales propósitos la reformación de las costumbres resultaba preciso un ejercicio correctivo en el que se ordenara la conducta de los individuos a la moral deseada por la Iglesia

[331] Aunque de distinto tribunal, el siguiente caso ilustra como la parte acusadora, podía convertirse en presa. En 1798, María Aceves presentó querella contra su marido por golpes y malos tratos en el ramo civil de la Real Audiencia; el inculpado, convino por exhorto de los jueces en dar un mejor trato a su esposa, sin embargo, ella se rehusó en retomar el vínculo matrimonial, por lo que el juez sancionó su rebeldía y la colocó presa en las Recogidas hasta que cambiara de parecer. BIPEJA, ARANG, ramo Civil, c. 374, exp. 13, prog. 5669, año 1798, ff. 2.

[332] Bartolomé Clavero, "Delito y pecado. Noción y escala de transgresiones", Francisco Tomás y Valiente, Bartolomé Clavero, Antonio Manuel Hespanha, José Luis Bermejo, Enrique Gacto, Clara Álvarez Alonso (eds.), *Sexo barroco y otras transgresiones premodernas*, Madrid, Alianza Universidad, 1990, p. 66.

católica, acorde a los principios doctrinarios y canónicos, esto es, conforme a una disciplina determinada.[333]

Gómez de Aguilar, en sus escritos, deja entrever otro tipo de mujeres que arribaban a las Recogidas, se trata de aquellas a las que llevó al encierro "al colaborar en rondas y prisiones con el auxilio de la justicia real",[334] éstas serían, en múltiples sentidos, formalmente las "recogidas", ya que la forma de aprehenderlas, o "recogerlas", se asemeja bastante a la persecución y caza de pobres que se suscitó en el siglo XVII y XVIII. Pobres y mujeres "sueltas" entraban en un mismo grupo marginal que se socorría a través de encierros forzosos o voluntarios, en términos estrictos para los mendigos estaba el hospicio y para las licenciosas quedaba la casa de recogidas, sin embargo, no siempre prevalecía una división tajante. En Madrid de la segunda mitad del siglo XVIII, Victoria López encuentra que las rondas, destinadas a aprehender a las mendigas, las enviaban por igual a la Casa Galera que al Hospicio de San Fernando o las salas de mujeres de las cárceles de Corte y Villa.[335]

La Real Audiencia de Guadalajara, al ser el tribunal superior de la región, no se involucraba de manera directa en la resolución de cada proceso, sino que por su condición de juez supremo conocía sólo de aquellas causas que por sus circunstancias se elevaban a su conocimiento para recibir asesoría, confirmar o denegar sentencia, esto a través de sus salas de lo civil y criminal; los alcaldes mayores y corregidores, y después con el régimen de Intendencias, los subdelegados eran quienes remitían los procesos a la Real Audiencia.[336] Las mujeres que eran remitidas por la Real Audiencia entraban dentro de la categoría de "rematadas", ya que por el carácter resolutivo de este tribunal quedaban sin facultad de interponer recurso o apelación. En el interior de la Casa de Recogidas, a las rematadas se les encomendaban las labores más pesadas, pues esto se entendía como parte de un mayor castigo. Dentro de las mujeres que también se remitían a las Recogidas, en calidad de

[333] Traslosheros, "El pecado y el delito, Notas para el estudio de la justicia criminal eclesiástica en la Nueva España del siglo XVIII", pp. 371-372.
[334] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 2, año 1771, f. 1.
[335] López, *El cepo y el torno. La reclusión femenina en el Madrid del siglo XVIII*, pp. 26-28.
[336] La Real Audiencia de Guadalajara era el tribunal superior de la región que, al ser alter ego del *prínceps* integraba dentro de sus facultades diversos elementos: magistratura colegiada, gobierno militar, administrativo y jurisprudencial. Carlos Garriga, "Concepción y aparatos de la justicia: las reales audiencias de Indias", Lilia Oliver (coord.), *Convergencias y divergencias: México y Perú, siglos XVI-XIX,* Guadalajara, Universidad de Guadalajara, El Colegio de Michoacán, 2006, p. 28.

sentenciadas sin posibilidad de apelación, estaban las presas de la inquisición. El Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Nueva España, instituido solemnemente en noviembre de 1571, dependía del rey por concesión papal. Los alcances judiciales de este tribunal se extendía sobre aquellos crímenes contra los artículos de la fe, y su jurisdicción se entendía sobre los territorios gobernados por la Real Audiencia de México, Guadalajara y Guatemala.

En 1784, el Santo Oficio, desde la ciudad de México, condenó al recogimiento de Guadalajara a María Francisca Covarrubias, coyota, encontrada culpable de poligamia, es decir, por celebrar más de dos matrimonios simultáneamente con vida de uno de los cónyuges; como era costumbre, el auto particular de fe se celebró en Zacatecas de donde era vecina, con todo el ceremonial correspondiente se le colocó coraza, soga al cuello y se le vendaron las manos, de esta forma fue dirigida a la iglesia y ante la multitud se dio lectura a su causa, concluido el acto regresó a la cárcel, al día siguiente hizo su abjuración hincada y se dio lugar a la ejecución de azotes. Por ser desterrada de la corte de Madrid y de México, se le envió a Guadalajara a cumplir los primeros tres años de diez que se le impusieron de condena.[337]

El Tribunal de la Acordada, con amplia jurisdicción en los territorios circunscritos al gobierno de la Real Audiencia de México, y a partir de 1745, con margen de acción en la Nueva Galicia y Nueva Vizcaya,[338] también enviaba mujeres en calidad de rematadas. Este órgano, conformado en 1722, estaba presidido por un juez con facultades estrictamente judiciales y con capacidad de dictar sentencia definitoria sin mediación de los alcaldes de la Real Audiencia de México, ya que dependía directamente de la autoridad del virrey. En sus inicios la Acordada tenía a su cargo la guardia mayor de caminos en áreas rurales,[339] y en 1756 se le otorgó arbitrio en los centros urbanos; al llegar a instalarse en cada villa o ciudad, uno de sus integrantes era comisionado para presentarse ante el ayuntamiento y solicitarle su

[337] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp.5, año 1784, ff. 1-3.
[338] María Pilar Gutiérrez, Rebeca García Corzo, "Influencias Ilustradas: reformas y transformaciones", Thomas Calvo y Aristarco Regalado (coords.), *Historia del reino de la Nueva Galicia*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2016, p. 689.
[339] La única área fuera de su jurisdicción era el marquesado del Valle, donde la Corona concedió a Hernán Cortés y sus descendientes el derecho de impartir justicia. Colin MacLachlan, *La justicia criminal del siglo XVIII en México. Un estudio sobre el Tribunal de la Acordada*, México, Secretaría de Educación Pública, 1976, p. 90.

cooperación en los asuntos de vigilancia.[340] Años más tarde, en 1772, a la Acordada también se le encomendó el Juzgado de Bebidas Prohibidas.[341]

La Acordada estaba presidida por un juez que residía en la ciudad de México, y en los caminos mantenía desplegados 22 guardias permanentes y otros tantos que se unían como voluntarios, además nombraba tenientes y comisionados en lugares específicos que por sus índices de bandolerismo así lo requirieran. Hurtos, violencias físicas, homicidios, posesión ilegal de propiedad, rapto e incendio premeditado sucedidos en parajes eran los principales delitos sobre los que ejercía autoridad este tribunal. En virtud de su comisión respecto a bebidas prohibidas, también podía aprehender a aquellos que participaran en fábrica, consumo o transporte de bebidas alcohólicas. De acuerdo con Colin MacLachlan, el número de arrestos que efectuaba el Tribunal de la Acordada por ofensas de índole sexual era reducido, debido a sus propósitos específicos respecto a la protección de caminos, ya que estaba puesta su atención en aprehender salteadores.[342]

El ayuntamiento, facultado en temas de justicia y policía a través de sus alcaldes ordinarios de primer y segundo voto, tenía arbitrio de primera instancia en materia civil y criminal; a sus jueces les era permitido remitir en calidad de presas a las perturbadoras de la paz pública a la Casa de Recogidas, por ejemplo, aquellas que se bañaran en el río sin el debido pudor y en parte oculta, o que fuesen sorprendidas al lado de hombres podían ser aprehendidas y remitidas en el acto al recogimiento por seis meses.[343] Estos jueces menores resolvían de manera breve y sumariamente, con una mayor oralidad que en otros procesos.[344]

En 1790, al dividirse la ciudad en cuarteles cada uno quedó al cuidado de un juez mayor de cuartel, por sus dependientes, contaba con alguaciles y alcaldes menores o llamados también de barrio; comisionados todos a conservar el orden, resolvían conflictos de menor incidencia, realizaban las primeras averiguaciones y, en su caso, dirigían a los escandalosos

---

[340] MacLachlan, *La justicia criminal del siglo XVIII en México. Un estudio sobre el Tribunal de la Acordada*, pp. 55-56.
[341] MacLachlan, *La justicia criminal del siglo XVIII en México. Un estudio sobre el Tribunal de la Acordada*, p. 96.
[342] MacLachlan, *La justicia criminal del siglo XVIII en México. Un estudio sobre el Tribunal de la Acordada*, pp. 128-129.
[343] AMG, ramo Administración, sig. s/c, c. 2, paqt. 1, leg. 102, año 1782, f. 20.
[344] Del Arenal, "Instituciones judiciales de la Nueva España", p. 33.

a la real cárcel; en esta última se remitían a las transgresoras de asuntos de ordinario, pero no así en la Casa de Recogidas ni en la Tesqui, pues al instituirse como espacio de máximo castigo para las mujeres, su ingreso exigía de un libramiento o boleta emitida por parte del juez mayor de cuartel, el teniente letrado, los alcaldes ordinarios o los jueces de la Audiencia.[345] El requisito de remitir a las delincuentes con una boleta de una determinada jurisdicción, es indicativo de la fase meramente judicial a la que transitaban las casas de recogidas, con esto dejaban de lado su etapa religiosa, caritativa, y quedaban inmersas en una punitiva que demandaba la efectiva actuación de la justicia, que coincidía con el propósito de corrección, pero no desde una perspectiva religiosa moralizante.

En mayo de 1793, la Audiencia de Guadalajara emitió una provisión en la que exhortó a los alguaciles y alcaldes a no cometer excesos al remitir mujeres a las Recogidas o a la casa de corrección denominada la Tesqui, ya que estos establecimientos eran de pena corporal y causaban nota o infamia, por lo tanto se debía cuidar que las enviadas estuvieran rematadas por sentencia del tribunal superior, es decir, por la Audiencia, "en autoridad de cosa juzgada"; lo anterior, se notificó también a la rectora de la Casa de Recogidas y a la administradora de la Tesqui con el objeto de que, entendidas de su efecto, no recibieran a persona alguna sin la correspondiente boleta. Lo proveído por la Real Audiencia se elevó al Consejo de Indias porque ocasionó discordia entre el presidente de la Audiencia Jacobo Ugarte y Loyola y el regente Eusebio Ventura Beleña, ya que el primero discernía era "providencia puramente política y gubernativa" y en consecuencia de su jurisdicción, y el segundo afirmaba que era de "rigorosa justicia"; finalmente, el auto de 1793 fue confirmado por real cédula en 1796.[346]

La prerrogativa que proveyó la Real Audiencia de Guadalajara para legitimarse como única con capacidad judiciaria para remitir mujeres a la Casa de Recogidas evidencia la preeminencia de su presencia en el establecimiento, al tiempo que explica parte de la

[345] En el establecimiento de San Luis Potosí se giró una orden similar respecto al uso de boletas en 1787. Es factible asumir que el requisito de presentar boleta de ingreso fue una medida que se generalizó en las casas de recogidas, ya que era un espacio de máximo castigo, por lo que el encierro no debía efectuarse de manera arbitraria. Cordero Herrera, *Felipe Cleere: oficial real, intendente y arquitecto. Entre la Ilustración y el despotismo*, p. 385.

[346] *La Nueva Galicia en el ocaso del Imperio Español. Los papeles de derecho de la Audiencia de la Nueva Galicia del licenciado Juan José Ruiz Moscoso, su agente fiscal y regidor del ayuntamiento de Guadalajara, 1780-1810*, Rafael Diego-Fernández, Marina Mantilla (eds.), *La Nueva Galicia en el ocaso del Imperio Español*, vol. III, Zamora, El Colegio de Michoacán, Universidad de Guadalajara, 2003, pp. 169-173.

transición de jurisdicciones que experimentó la institución, ya que *de facto* la Real Audiencia se colocó como principal órgano de justicia. En las fases punitivas femeninas que identifican Carlos García Valdés y Martínez Galindo, la medida del tribunal inició la etapa judicial de la institución, caracterizada por ineludible actuación de un órgano judicial único que efectuara la remisión a la institución de castigo y que en términos de justicia experimentó una producción discursiva masculina.

Además de las causas seguidas por oficio, los tribunales ordinarios eclesiásticos y seculares de primera instancia podían remitir mujeres al recogimiento por petición formal de sus familiares, por tenerlas bajo su tutelaje y tener con ello potestad para castigarlas. Los motivos de estas solicitudes estaban ligadas a la desobediencia y rebeldía,[347] por ejemplo, los maridos pedían la reclusión de sus esposas convencidos de que "después de unos días en el establecimiento lograrían su efectiva sujeción";[348] ellas, una vez escarmentadas, llamarían a sus esposos, les suplicarían piedad y prometerían la enmienda, ellos, generosos, al percibir la disposición perdonaban, aunque en su decisión también mediaba la valoración del gasto que implicaba su recogimiento.[349]

Madres y padres también efectuaban peticiones de recogimiento sobre sus hijas incorregibles, de conducta desarreglada, o desobedientes. La Real Pragmática de Matrimonios, decretada en 1776 y promulgada en Nueva España en 1778, facultaba a los padres y tutores a sobreponer su consentimiento en la celebración de esponsales, esta medida dejó a los hijos sometidos a los deseos de elección de los padres, que sin miramientos mostraban su oposición a enlaces inconvenientes, sobre todo por disenso de carácter económico,[350] por este motivo fueron varias las recluidas en las Recogidas.[351] En estos casos

[347] BIPEJA, ARANG, ramo Civil, c. 374, exp.16, prog. 5672, año 1798, ff. 1-2v.
[348] BIPEJA, ARANG, ramo Civil, c. 402, exp. 1, prog. 6369, año 1810, f. 2.
[349] Don Antonio Iriarte erogó la cantidad 250 pesos en un mes de recogimiento para su esposa doña Joaquina Vilches, pues la mujer exigía le cumpliera sus apetitos, entre ellos la compra de chocolate, ropa limpia y cigarros. El hombre, al ser el proveedor, estaba obligado a cumplir con sus obligaciones, aunque su esposa estuviera recluida. BIPEJA, ARANG, ramo Civil, c. 407, exp. 1, prog. 6524, año 1812, ff. 1-4.
[350] Gonzalbo, *Los muros invisibles. Las mujeres novohispanas y la imposible igualdad*, p. 132.
[351] Por ejemplo, en marzo de 1793, José Tarso Ruiz acudió a los tribunales ordinarios de la curia y solicitó colocar a su hija, Antonia, en la Casa de Recogidas en calidad de depósito con la finalidad de persuadirla de su propósito de matrimoniarse con el cochero Atanasio Silva, ya que Antonia era "mejor instruida". BIPEJA, ARANG, ramo Civil, c. 368, exp. 6, prog. 5510, año 1793, ff. 1-2.

los solicitantes del encierro pagaban los gastos que erogaba la estancia de las recluidas en la institución.[352]

La pluralidad en las categorías de mujeres que experimentaban el encierro en las recogidas no era una cuestión privativa de la casa de Guadalajara, tampoco la concepción que se formó sobre estos establecimientos como espacios de máximo castigo. La abstracción que de estas instituciones efectuaban los órganos de justicia de orden secular también fue un fenómeno generalizado. En 1765, en Casa de la Magdalena de la ciudad de México, se distinguían tres clases de reas; las que estaban condenadas por sentencia de la Sala del Crimen, las que se ponían por vía de providencia económica, y las que se hallaban presas en "carcelería" con causas pendientes. A parte, se consideraba a las que se enviaban pocos días por causas leves. Con el objeto de evitar que las presas con proceso pendiente y las depositadas fueran destinadas arbitrariamente a la Magdalena, se determinó, ese mismo año de 1765, que sólo se remitiera al encierro a las que estaban sentenciadas definitivamente por la Sala del Crimen, o por providencia personal de las desamparadas que solicitaran el auxilio del establecimiento.[353]

La carga peyorativa que se asoció a las casas de recogidas se puede apreciar en el bando de 27 de abril de 1765, que emitió el virrey Joaquín Montserrat y Ciruana, marqués de Cruillas (1760-1766). Este bando precisaba que las españolas, de cualquier estado que fuesen, que cometieran heridas leves se les enviaría un mes de prisión en la real cárcel, pero si reincidían se les remitiría por un año en las recogidas de México; si las heridas se calificaban de "graves por accidente" pasarían un año en recogimiento, y si lo realizaban por segunda ocasión dos años; las lesiones "graves por esencia" se castigarían con dos años de recogidas, a las que incurriesen de nuevo en la misma falta se les destinaria cuatro años más y, además, se le obligaría a pagar la dieta, curación y costas de la persona agredida. Ante estos delitos,

[352] Pagar las costas de la estadía en las casas de recogidas fue usual en los casos en que los familiares solicitaban la sanción de las mujeres, esto fue similar en los recogimientos españoles y en los establecidos en los territorios de ultramar. Para el caso de Madrid véase López, *El cepo y el torno. La reclusión femenina en el Madrid del siglo XVIII*, pp.122-128; en Córdoba, Argentina, Mónica Ghirardi y Jaqueline Vassallo, "El encierro femenino como práctica. Notas para el ejemplo de Córdoba, Argentina, en el contexto de Iberoamérica en los siglos XVIII y XIX", ponencia, III Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, Córdoba, 2008, http://www.alapop.org/alap/images/DOCSFINAIS_PDF/ALAP_2008_FINAL_300.pdf [consultada 21 de febrero de 2017].

[353] AGN, Instituciones Coloniales, Real Audiencia, contenedor 39, vol. 72, f. 61.

y una práctica casuística, la Real Sala del Crimen se reservaba la facultad de imponer pena de azotes según la calidad de la implicada y las circunstancias del hecho.[354]

La diferenciación en el castigo también incidía en el perfil de la población que albergaría la institución y, además, demuestra que la estancia en las casas de recogidas se convirtió en el castigo mismo, y se constituyó como un acto demostrativo de la justicia, tangible, cercano, siempre dispuesto a corregir e identificado como un sitio infame.[355] El dicho del virrey José de Iturrigaray (1803-1808) también confirma lo anterior. En marzo de 1808 reconocía que la "palabra recogidas" en la ciudad de México era "tan denigrativa y asquerosa en el concepto universal, que basta solamente su ingreso en él para perder el honor".[356] Ser conocida por infame era parte del castigo que imprimía el recogimiento, ya que esta nota iba en detrimento de un bien preciado por -y en- las mujeres, pues aún al salir de las casas de recogidas cargarían con el estigma de haber transitado por sus interiores. Esta misma nota de infamia fue la que influyó en la decisión de los jueces eclesiásticos de reducir el número de mujeres que remitían al establecimiento en calidad de depósito, pues esto les podría traer mayores perjuicios a su honor y buena fama.

En el caso de la Casa de Recogidas de Guadalajara, la falta de libros que registraran las entradas y salidas de las mujeres, y que señalara la autoridad remisora, dificulta conocer al detalle las oscilaciones que presentó el fenómeno transicional de la población y el traslape jurisdiccional entre el eclesiástico y el secular. Sin embargo, varias son las fuentes que muestran que en la casa hubo presencia de las diversas categorías que he presentado: las ordenanzas preliminares de 1786 develan la presencia de rematadas y "señoras decentes", probablemente, pobres, viudas desamparadas en calidad de pensionistas, o españolas que por su distinción merecían una reclusión ligera y no ser vistas.[357]

---

[354] Eusebio Ventura Beleña, *Recopilación sumaria de todos los autos acordados de la Real Audiencia y Sala del Crimen de esta Nueva España*, t. II, México, Imprenta de don Felipe de Zúñiga, 1787, p. 55.
[355] En la ciudad de México, en enero de 1804, Ana Suárez fue acusada de incontinencia, motivos por los que se le castigó a dos años en la casa de la Magdalena de la misma ciudad. Con el objeto de eludir el encierro en este espacio, Suárez sobornó al escribano y al juez receptor de la Real Sala del Crimen para que mudaran su destino a un convento, colegio u hospital. Sin duda, el proceder de la implicada demuestra el efectivo temor a ser enviadas a un establecimiento como las casas de recogidas. Teresa Lozano, *La criminalidad en la ciudad de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, p. 88.
[356] Muriel, *Los recogimientos de mujeres. Respuesta a una problemática social novohispana*, p. 116.
[357] Muriel, *Los recogimientos de mujeres. Respuesta a una problemática social novohispana*, p. 137.

Las peticiones de maíz que realizaba la rectora doña Cayetana de Silva también hacían referencia clara a la existencia de rematadas y depositadas. Así mismo, las continuas solicitudes ante los tribunales seculares, por parte de las rectoras en turno, insistían en indicar que en las Recogidas había una proporción mayor de reas remitidas por sus jueces, en comparación con las destinadas por los eclesiásticos. Los cambios oscilatorios en la población evidencian una disminución en la remisión de mujeres en calidad de depósito, y de manera paulatina también el de presas de la iglesia en la segunda mitad del siglo XVIII.

Uno de los pocos ejemplos en que se desglosó por tribunal la procedencia de cada una de las habitantes de la Casa de Recogidas data del 30 de agosto de 1775 y consiste en las informaciones que presentó el capellán de las Recogidas, don Manuel Polanco, para confirmar la petición que elevó la rectora al cabildo de la ciudad, con la finalidad de buscar el amparo económico del establecimiento.

En el informe que fue presentado por Polanco, se enlistó un total de 75 mujeres, 37 de ellas pertenecientes a la Real Audiencia en calidad de rematadas, es decir, 50% de la población, además, la Real Audiencia tenía en "vía de providencia" cuatro mujeres más, y otras ocho por parte de sus ministros. Los alcaldes de primer y segundo votos, juntos, tenían remitidas 17 reas. La justicia eclesiástica tenía una presa por orden del provisor, dos del promotor fiscal, cuatro enviadas por el cura de Zapopan y dos más por el de Analco.[358] En total, serían 66 mujeres consignadas por los tribunales del orden temporal frente a nueve de los tribunales espirituales. Aun con las salvedades y reservas que pueda tener la fuente, ilustra lo que parece que se convirtió en una constante de la composición de la población de la Casa de Recogidas, de forma que la tardía determinación, de 1793, que tomó la Real Audiencia de Guadalajara, de instituirse como único tribunal capaz de remitir mujeres a la Casa de Recogidas, confirmó de manera institucional un fenómeno que ya se venía dando, por lo menos, desde el decenio de 1770.

Al momento en que los jueces de los tribunales eclesiásticos optaron por remitir a las depositadas a casas particulares, y no a la Casa de Recogidas, así como al disminuir el número de las denominadas presas de la iglesia, se resignificaron las transgresiones que ellos

[358] AGI, Guadalajara, leg. 362, núm. 4.2.2, cuadernillo 2, ff. 34-35.

enjuiciaban, ya que las posicionaron como desproporcionales a la pena que imprimía la reclusión en las Recogidas. A su vez, esto manifestaba los nuevos criterios para medir su gravedad en el margen dual de pecados-delitos. Este fenómeno remite de nuevo a la profunda reformación del Derecho Penal ya que al secularizarse, y replantearse los fundamentos filosóficos y jurídicos que justificaban que el poder político descendía de Dios, la transgresión se socializó y se cimentó en el daño que producía en el tejido social. De acuerdo con Tomás y Valiente, lo anterior incidió en dejar de considerar como válidos los criterios que estaban basados en la malicia moral (pecado) del acto.[359] De esta manera, la potestad clerical, sigilosamente, perdió injerencia real y efectiva en la Casa de Recogidas, al tiempo que la monarquía se posicionaba y se apoderaba de su gobierno, mas como esto no sucedió de manera tajante y determinante, el vacío que provocó el periodo de transición se manifestó en la poca atención y menguados ingresos que se prestaban y proporcionaban al establecimiento; muestra de ello fueron las constantes quejas, realizadas por parte de las rectoras, respecto a la falta de recursos que garantizaran el sostenimiento de las reclusas y, con ello, la pervivencia de la institución.

III. Población del recogimiento, sus hábitos y prácticas

Conocer a cabalidad las cifras y tendencias poblacionales de las mujeres que se remitían a la Casa de Recogidas es una tarea que se dificulta por la falta de los libros que registran las entradas y salidas de las consignadas. Sin embargo, los libros de cuentas y las menciones en las peticiones de maíz que se realizaban al pósito refieren algunos números sobre la población. Además, permiten identificar hábitos de consumo, practicas devocionales y formas de administrar la institución. Sin duda, estas actividades son reflejo de lo que se experimentaba al interior, en el día a día, de las Recogidas.

El promotor fiscal, Joseph Reyes Gómez de Aguilar, estimaba que, en los primeros siete años de la institución, el establecimiento se comenzó a poblar con 30 o 40 mujeres y la

[359] Tomás y Valiente, *La tortura judicial en España*, p. 161.

afluencia se incrementó "como que estaba la casa con más fervor por su más rigor".[360] La rectora doña María Josepha Munguia, desde su ingresó el 4 de noviembre de 1758, elaboró por iniciativa propia un libro de registro de las entradas y salidas de las recogidas, a través de él, en diciembre de 1771, se acreditó que en un periodo de poco más de trece años transitaron por la Casa de Recogidas 1376 mujeres,[361] según confirmó el notario mayor de la curia, don Blas de Silva, quien además señaló que de 1751 a 1758, le consta, entrarían más de mil depositadas.[362]

Cada una de las remitidas, con edades, calidades y estamentos diferentes, poseía una historia particular. El aforo del establecimiento seguramente varió en sus primeros años, puesto que entró en funciones sin estar del todo concluida, y únicamente se habilitaron las piezas que se consideraron indispensables. En términos de capacidad se puede calificar que el recogimiento de Guadalajara era de dimensiones regulares, si se considera que, por ejemplo, el de Santa María Egipcia de Puebla y el de la Magdalena de la ciudad de México podían albergar a más de 100 mujeres,[363] mientras que el de Veracruz, por sus ordenanzas, estaba capacitado para contener sólo 16 consignadas[364] y que el de Valladolid tenía espacio para 20 reclusas.[365]

Al ser los libros de cuentas la base documental de este apartado, me veo precisada a esbozar la naturaleza de la fuente, su procedencia y limitantes. En forma estricta el libro de cuentas, por su relevancia administrativa, debía estar encuadernado, en él se tenían que

---

[360] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 2, año 1771, f. 1.

[361] Con base en las 1376 mujeres registradas en 13 años, se desprende un ingreso anual de 105.8 mujeres, y un promedio mensual de entre 8 y 9 recogidas. El libro de entradas y salidas que certificó Blas de Silva estaba forrado en badana encarnada, y una vez que efectuó la certificación lo devolvió al promotor Joseph Reyes Gómez de Aguilar. Al igual que otra documentación generada por la Casa de Recogidas en el periodo que estuvo a cargo el promotor fiscal, no he localizado el libro en los archivos.

[362] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 2, año 1771, ff. 1-2.

[363] En 1772, Santa María Egipciaca de Puebla albergó 132 recogidas; los motivos de reclusión fueron principalmente dos: el de incontinencia, con un total de 49 mujeres, 37% del registro total; la segunda transgresión más recurrente fue el de tepacheras con 31 acusadas, 23%, por tepacheras se englobó a las que vendían o consumían esta bebida de origen prehispánico que tenía como base el pulque agrio, la mayoría de las retenidas por esa causa eran de calidad india. De las 132 recluidas en el transcurso de ese año es posible estimar un ingreso mensual de 11 recogidas. Muriel, *Los recogimientos de mujeres. Respuesta a una problemática social novohispana*, pp. 156-162.

[364] Muriel, *Los recogimientos de mujeres. Respuesta a una problemática social novohispana*, p. 197.

[365] Ortiz, *Esbozo histórico del recogimiento de Valladolid de Michoacán, 1726-1786. En la búsqueda de las mujeres*, p. 109

registrar la razón de cargo y data de las partidas que se recibían de dinero, ya fuera que procedieran de los fondos propios de la institución, de limosnas u otras contribuciones en especie. A los ingresos, se les denominaba carga. La data era el asiento de los gastos erogados. En cada registro se asentaba la suma de la carga, la data y se señalaba lo restante, en ello es factible observar, por ejemplo, el estado financiero de la institución.

El primer libro de cuentas que revisé y procesé es de finales de diciembre de 1772 y abarca hasta el 11 de noviembre de 1776, está debidamente encuadernado y en buen estado.[366] Al igual que gran parte de la documentación, su factura corresponde al periodo posterior del que dirigió Gómez de Aguilar; no se descarta que durante su gobierno, las rectoras también llevaran los libros de cuentas, pero quizá, como otros tantos documentos, quedaron en el archivo personal del promotor fiscal. Los siguientes libros de cuentas ya no están encuadernados, sino en forma de cuadernillos presentados anualmente, corresponden a los años de 1787-1788, 1788-89, 1789-90 y 1790-91 los cuales coinciden con el inicio del rectorado de Cayetana de Silva quien se distinguió por el esmero con que llevó las cuentas. Es probable que estos últimos cuadernillos se traten de copias, ya que se asienta que los libros se enviaban al obispado para que fueran certificados por el notario mayor de la curia, don Blas de Silva y confirmadas por el obispo. De las cuentas de 1792 a 1795 se sabe que se remitieron a la Real Audiencia como parte de la información que se le solicitó a la rectora cuando pidió que este tribunal se hiciera cargo de la Casa de Recogidas. Después, con la real cédula de 1797 que aprobaba las Ordenanzas y la figura del juez protector, las cuentas se empezaran a enviar al referido juez.

Las cuentas de 1772 corrieron bajo la pluma de la rectora María Josepha Munguia y del capellán Manuel Polanco. El registro, lo realizaban de forma semanal, por lo regular a partir de miércoles a martes, aunque en el libro de cuentas se señala el asiento de domingo a sábado. Dentro de lo asentado en lo respectivo a ingresos se encontraba lo que se obtenía cada día de "plaza y torno", lo que se recaudaba de "puerta", y lo que pagaban las esclavas por su estadía en la casa. En los egresos, de manera fija, la rectora anotó la compra de dos libras de chocolate cada semana, diariamente adquiría carne, productos de la plaza y el

[366] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 3, año 1772-1776.

tendejón. Semanalmente se surtían ocho reales de velas, pero cuando había enfermas y mujeres que habían parido se compraba un poco más de cera para poder asistir su cuidado en la enfermería; además, con el propósito de contribuir a su restablecimiento se les procuraba una dieta diferenciada a base de gallina, y en algunas ocasiones de carnero.

Cargo y descargo, ene-dic 1773		
mes	**suma de cargo**	**suma de descargo**
enero	197	402.5
febrero	120.5	321
marzo	308	395.5
abril	243.5	450.5
mayo	259.5	372
junio	231.5	385
julio	133.5	421
agosto	26.5	321.5
septiembre	8.5	347.5
octubre	7.5	367
noviembre	5.5	356
diciembre	118	481
Total general	**1659.5**	**4620.5**

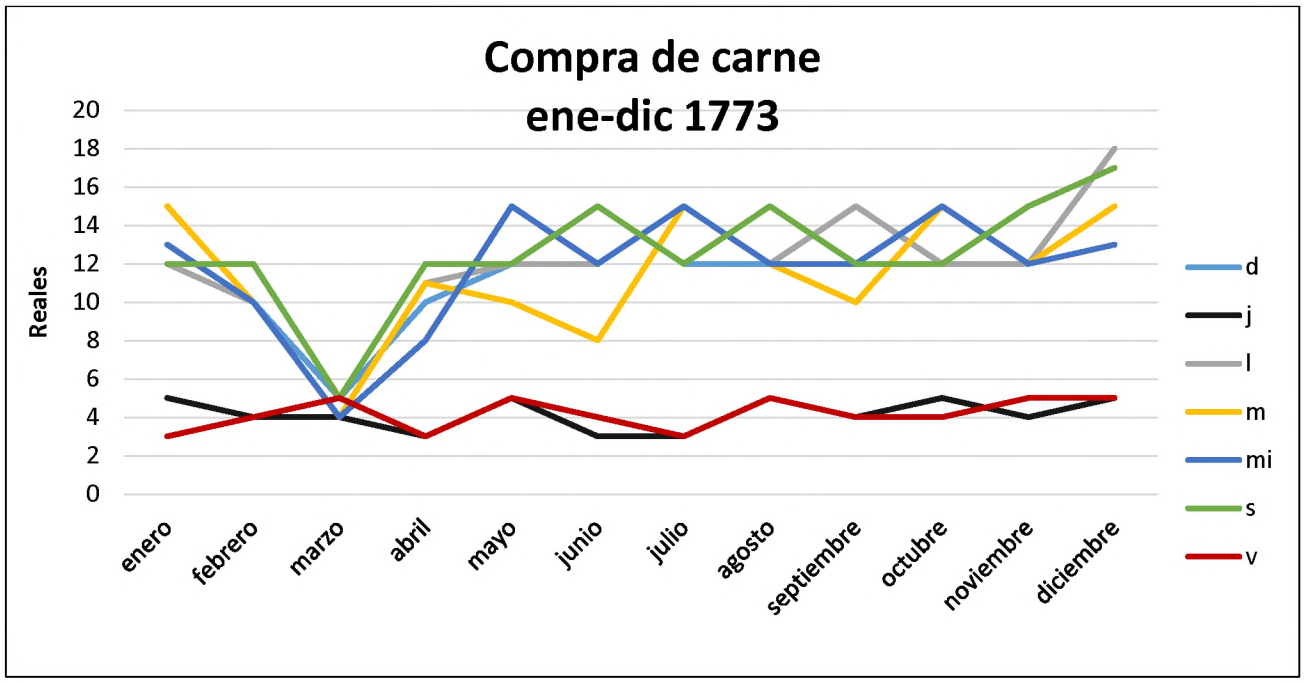
Tabla 4 Carga y descargo, 1773. Cantidad en reales por suma mensual. Fuente: AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 3, año 1772-1776. Elaboración propia.

Gasto erogado en plaza, tienda y chocolate. Enero-diciembre 1773			
mes	**suma de plaza**	**suma de tienda**	**suma de chocolate**
enero	33	31	32
febrero	28	28	32
marzo	30.5	30.5	40
abril	29	29	40
mayo	31	31	32
junio	30	30	40
julio	31	31	32
agosto	31	31	32
septiembre	30	30	40
octubre	31	31	32
noviembre	30	30	34
diciembre	39	39	54
Total general	**373.5**	**371.5**	**440**

Tabla 5 Gasto erogado en plaza, tienda y chocolate, 1773. Cantidad en reales por suma mensual. Fuente: AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 3, año 1772-1776. Elaboración propia.

La siguiente gráfica muestra la dinámica anual en la compra/consumo de carne, la cual es bastante estable, en ella se aprecia la disminución del consumo en el tiempo de abstinención que correspondían con los días de cuaresma. No obstante, llama la atención que no cesó totalmente su adquisición, salvo el miércoles de ceniza, y el jueves y viernes santo. Los días jueves daban dos reales de limosna a "nuestro Amo", en honor a San José que tenían por principal devoción al igual que a Nuestra Señora del Pilar según indicaban sus constituciones,[367] y también guardaban abstinencia, al igual que todos los viernes, como era costumbre en la sociedad novohispana. Los días sábado aportaban otro real por la misa que recibían en la ayuda de parroquia; con sus limosnas gratificaban al capellán.

[367] AHAG, sección Gobierno, serie Reales Cédulas, núm. 717 y 718, c. 3, exp. 10, año 1797, f. 5v.



Gráfica 1 1773, compra de carne. Cantidad en reales. Fuente: AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 3, año 1772-1776. Elaboración propia.

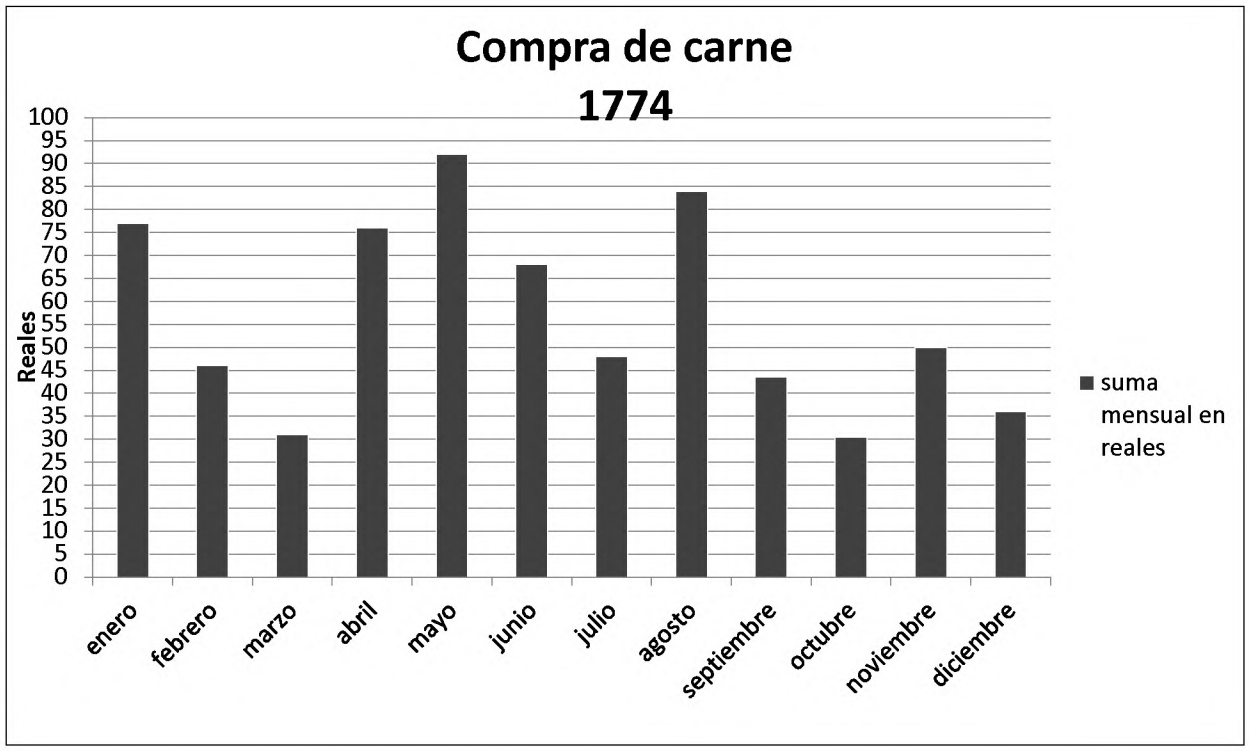
El 16 de abril de 1774, la rectora Munguia dejó el cargo y entró en su lugar doña María Buenaventura Álvarez Bermúdez. El cambio administrativo se reflejó en los libros de cuentas, ya que la nueva rectora no realizó el registro con el desglose de lo erogado cada día, sino que anotaba la suma de gastos de manera semanal. Lo que resalta en el corto periodo de Álvarez, quien sólo estuvo un mes en el puesto, es que comenzó a adquirir pan. Después, el 11 de mayo María Josepha de la Peña tomó el empleo de la rectoría, ella prosiguió con la erogación de pan y con un manejo semanal de los ingresos y egresos.

Compra diaria de carne, enero-abril 1774								
mes/día	**d**	**l**	**m**	**mi**	**j**	**v**	**s**	**Total mensual**
enero	15	15	15	12	4	4	12	77
febrero	8	8	6	8	4	4	8	46
marzo	4	4	4	5	5	5	4	31
abril	16	13	14	13	3	2	16	76
mayo	4.5	8	8	8	0	0	4	32
Total general	**47.5**	**48**	**46**	**46**	**16**	**15**	**44**	**262**

Tabla 6 Compra diaria de carne, enero-abril de 1774. Cantidad en reales. Fuente: AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 3, año 1772-1776. Elaboración propia.

En el primer semestre de 1774 el gasto erogado en carne presentó un incremento considerable en los meses de abril, mayo y junio, pero su alza no guardó una correspondencia con los insumos de plaza, tendejón y pan que se mantuvieron estables. Al parecer, las oscilaciones en la compra de carne se debieron a los continuos cambios administrativos, ya que los meses de mayor gasto coinciden con los momentos en que ingresaron y salieron las rectoras Álvarez, Munguia y de la Peña. Lo anterior evidencia la manera en que influía cada rectora en los hábitos de consumo, y por ende alimenticios, de las habitantes de la Casa de Recogidas.

La cantidad comprada de pan, frijol y manteca también presentaron variaciones, según la rectora en turno. En 1774, una diferencia substancial en el consumo fue la manteca, pues de adquirir dos reales por semana, con la rectora De la Peña se aumentó a ocho reales semanales.



Gráfica 2 1774, compra de carne. Relación por suma mensual, con cantidad en reales. Fuente: AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 3, año 1772-1776. Elaboración propia.

En cada cambio de administración, la rectora entrante debía presentarse a la institución y tomar posesión del cargo. En ocasiones el acto implicaba realizar un inventario de los bienes materiales del recogimiento. En 1784 se contaron entre sus posesiones un cuadro, instalado en la escalera, de los desposorios de San José, quien junto a la virgen del Pilar eran tenidos por especial devoción. Tenían una imagen de Nuestra Señora de la Luz; y una de la virgen de los Dolores con "sus seis de a vara", que completaban la *vía matris*, colocados en el coro de la parroquia; un lienzo de Nuestra Señora de Guadalupe, y uno del Nacimiento de Nuestro Señor en el dormitorio. El influjo mariano es evidente, y en especial resulta significativa la disposición de la *vía matris*, ya que seguramente se empleó como una manera de instruir moralmente a las reclusas, aleccionándolas con la imagen de una buena madre doliente por

la muerte de su hijo. La corrección física se hacía con cepos, grillos, cormas y disciplinas, también inventariados, al lado de comales, metates, ollas y otras menudencias.[368]

Virgen de Dolores



Ilustración 4 Imagen de la Virgen de Dolores que se conserva en la capilla adjunta a la parroquia de Nuestra Señora del Pilar, Guadalajara, Jalisco. Fotografía: Isabel Juárez Becerra.

En 1775, con la rectora De la Peña, los libros de cuentas presentaron más cambios. Por ejemplo, en lo ministrado por limosna, ya que se redujo de tres reales semanales en años precedentes a sólo uno, de lo que se puede aducir que se eliminó la contribución de dos reales que se daba los jueves y que, por lo tanto, este aporte quedaba al arbitrio de cada rectora. De los productos básicos que mayor gasto significaban para el presupuesto de la casa, figuraron el pan, las velas y la carne. El maíz, aunque también era un insumo habitual en la dieta de las recogidas, su anotación en los libros de cuentas fue esporádica, ya que se recibía por donación del cabildo del ayuntamiento.

[368] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 3, año 1772-1776, f. 37. En materia devocional, 1789, en otro inventario, se enlistó también un lienzo del Señor de la Columna. AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 9, año 1789, f. 1.

Gasto en productos básicos, 1775							
Producto/mes	**velas**	**manteca**	**chocolate**	**tienda**	**pan**	**plaza**	**carne**
enero	52.5	26	35	40	52.5	15	76
febrero	42	24	28	24	42	12	56
marzo	42	36	28	26	42	12	0
abril	42	22	28	20	42	11	40
mayo	52.5	19	35	34	52.5	15	92
junio	42	31	28	32	42	12	16
julio	52.5	40	35	40	52.5	15	20
agosto	42	24	28	32	42	12	8
septiembre	42	24	28	32	42	12	40
octubre	42	16	28	32	42	12	24
noviembre	42	23	28	32	42	12	16
diciembre	63	35	42	48	63	18	24
Total general	**556.5**	**320**	**371**	**392**	**556.5**	**158**	**412**

Tabla 7 Gasto en productos básicos, 1775. Cantidades mensuales en reales. Fuente: AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 3, año 1772-1776. Elaboración propia.

El siguiente año, a mediados de marzo de 1776, las recogidas retomaron la elaboración de tortillas, atole y comida de presos de la real cárcel; esta actividad la habían realizado con anterioridad en el periodo comprendido de 1759 a 1771, y dejaron de participar en ella por los conflictos que se suscitaron tras la petición de fondos que realizó Gómez de Aguilar. De acuerdo con los libros de cuentas, la institución recibía una gratificación por el atole y las tortillas que realizaban las recogidas. Además, se les ministraba la ración de los alimentos de medio día y se les permitía quedarse con el remanente de los insumos que se les proporcionaba para la proveeduría de presos. A partir de marzo la Casa de Recogidas dejó de erogar en carne, plaza y tendejón; sólo se continuó con la compra habitual de diez reales y medio de pan cada semana y siete reales de chocolate, que probablemente se servían en el desayuno y la merienda. Lo que aumentó, debido a sus labores como cocineras, fue la compra de leña, como se puede observar en la gráfica siguiente.

Compra de leña, 1776			
mes	**leña**	**mes**	**leña**
enero	60	junio	108
febrero	62	julio	128
marzo	84	agosto	102
abril	108	septiembre	150
mayo	108	octubre	120
Total general			**1030**

Tabla 8 1776, compra de leña. Cantidad mensual en reales. Fuente: AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 3, año 1772-1776. Elaboración propia.

Sin duda, retomar la elaboración de las tortillas, atole y comida de presos redobló las faenas de las reclusas que se veían obligadas a iniciar las labores a las 3:00 de la madrugada con la premolienda del maíz y ejercer las arduas y desgastantes tareas del metate.[369] En las mañanas, además, debían sacar el agua de la noria, realizar la limpieza del establecimiento, lavar y preparar los alimentos. En las tardes probablemente se continuaba la jornada en las salas de labor, donde se escarmenaba e hilaba el algodón que ponían a la venta.

Los años subsecuentes, de 1777 a 1787, se carece de libros de cuentas, pero la precariedad económica de la institución permaneció. En enero de 1777, la rectora doña Josepha de la Peña se acercó al notario mayor de la curia para solicitar se beneficiara al establecimiento con 200 pesos anuales, en su petición señaló que los ingresos de la Casa de Recogidas se limitaban a los arrendamientos de las fincas que tenían anexas, lo que se producía de puerta y lo que pagaban las esclavas que se mantenían en dicha casa por sus amos, pero nada mencionó sobre los ingresos que se generaban por la venta de mantas y la elaboración de la comida de los presos.[370] El obispo Alcalde favoreció la solicitud de la rectora y comenzó a dotar a la institución con 300 pesos de manera anual.

[369] El 10 de diciembre de 1795, la bastonera, Rosalía Melope, con el pretexto de comenzar la premolienda, a las 3:00 a.m., solicitó la llave de los dormitorios a la rectora, Cayetana de Silva. En lugar de iniciar la jornada, la mujer escapó con otras cinco mujeres por una horadación que realizaron del diámetro de media vara, misma que lograron hacer por lo humedecido del sitio debido a la noria y al muladar que se encontraba al exterior. AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 12, año 1794, ff. 19-28.

[370] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 4, año 1778, ff. 1-1v.

De 1778 a 1782 se vivió una cruenta epidemia de viruela, en la ciudad los estragos se sintieron con mayor fuerza en 1780.[371] La rectora De la Peña dio cuenta de que en el recogimiento se padecieron estas viruelas, y cuando la situación estaba por "reformarse", en 1784, entró el año de las fiebres, la situación orilló a la rectora a "contratar mujeres para los quehaceres", principalmente para destinarlas a la elaboración de la comida de los presos, ya que "las buenas se ocupaban en asistir a las enfermas que pasaron de 20". Dos años después, los novohispanos sufrieron el conocido "año del hambre".[372] Por la suma escases de granos básicos, maíz y frijol, la inmigración hacia las capitales se acentuó; por las calles y plazas de Guadalajara hombres y mujeres buscaban algo de pan, pero sin más unos desfallecían. El estado sanitario propició un brote que se denominó "la bola"; fiebres, dolores de cabeza, sangrado por la nariz, inflamación de estómago, e inconsciencia eran algunos de los síntomas.[373] De la "peste", escribió De la Peña, "ninguna murió pese a que era el año de la necesidad".[374]

En 1787, doña Cayetana de Silva se hizo cargo de la rectoría y retomó el registro de los egresos con desglose diario; y, al parecer, se dejó de recibir -o anotar- los ingresos por el cobro de "plaza y torno". De sus cuentas del periodo 1787-1788 se infiere un nuevo cambio en la dieta de las recogidas, pues aumentó la compra, y por ende el consumo, de frijol; la presencia de este producto fue escasa en los libros de 1772-1776. El lunes 29 de octubre de 1787, De Silva registró que "en dicho día comieron frijoles porque no tenía yo más y fue para que todas se alborotaran",[375] ya que lo usual era una comida a dos tiempos, compuesta de recaudo y algún guiso.[376] Aquél día de alboroto se recompensaba con los días festivos. En 1788 la rectora festejó el día de su santo, el 7 de agosto; y el 21 de febrero de 1789 les ministró

---

[371] En Nueva España, en la segunda mitad del siglo XVIII, la viruela se presentó en tres ocasiones: 1768-1770, 1778-1782 y 1795-1799. Chantal Cramaussel, "Introducción", Chantal Cramaussel (ed.), *El impacto demográfico de la viruela en México de la época colonial al siglo XX*, vol. I, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2010, pp. 11-26.

[372] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 29, s/f, f. 1.

[373] Lilia Oliver, "Crisis demográficas y epidemias", Thomas Calvo y Aristarco Regalado (coords.), *Historia del reino de la Nueva Galicia*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2016, p. 661.

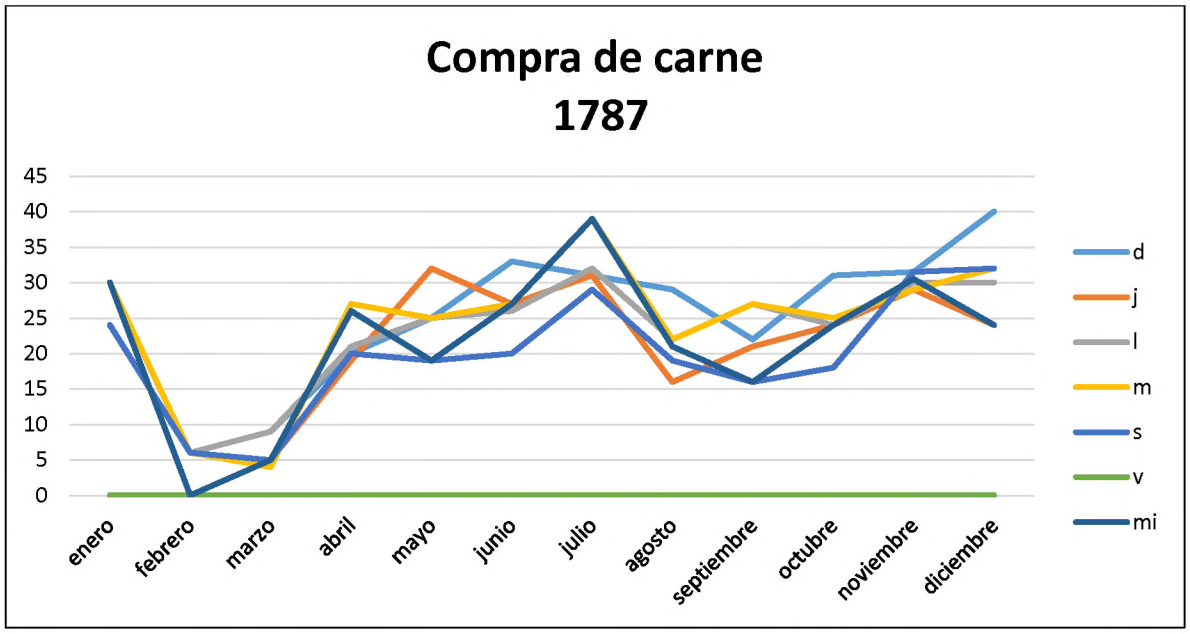
[374] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 29, s/f, f. 2.

[375] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 8, año 1787, f. 2.

[376] Las raciones de las recogidas eran porciones básicas y modestas, si se considera que las habitantes de la Casa de Caridad y Enseñanza recibían "caldo, sopa, principio, olla y sus frijoles, y en los de viernes dos principios con sopa". AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Caridad y Enseñanza, c. 1, exp. 9, año 1784, f. 6v.

pozole. Las celebraciones religiosas también brindaban la ocasión de disfrutar una comida o cena especial, por ejemplo el domingo de ramos, nochebuena, y los festejos de sus advocaciones principales.

Con la rectora Cayetana, el consumo de chocolate se mantuvo. Este insumo se adquiría de manera mensual y era aderezado con azúcar y varas de canela, por su preparación se pagaban dos reales a una molendera, quien probablemente era alguna de las habitantes de las Recogidas. En los libros de cuentas, la compra/consumo de carne fue acorde al calendario litúrgico, con total respeto de los días de abstinencia. En los días de guardar, aumentaba el consumo de los productos de plaza, que seguramente se componían de verduras, hortalizas y granos. La siguiente gráfica de compra de carne muestra el incremento sostenido en los meses de mayo y finales de julio, y que desciende de agosto a octubre, esta misma tendencia se aprecia en lo erogado en tienda por lo que es muy probable que se trate de variaciones en la población de la Casa de Recogidas.



Gráfica 3 1787, compra de carne. Fuente: AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c.1, exp. 8, año 1789. Fuente: Elaboración propia.

Gasto erogado en productos básicos, 1787					
Mes/gasto	**plaza**	**Suma de maíz**	**Suma de frijol**	**Suma de pan**	**Suma de tienda**
enero	186	161.5	46	62	109.5
febrero	332	48		58	127
marzo	343	185		62	110.5
abril	163	133		58	87
mayo	175	340		62	102.5
junio	164	16	32	60	106
julio	213		28	62	150
agosto	174	108		62	107
septiembre	156	184		60	98
octubre	127.5	95.5	42	51	78.5
noviembre	79	261	70	58	52
diciembre	195.5	188	203	65	112
Total general	**2308**	**1720**	**421**	**720**	**1240**

Tabla 9 Gasto erogado en productos básico, 1787. Cantidades de compra mensual expresadas en reales. Fuente: AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 8, año 1789. Elaboración propia.

Ese año de 1787-1788, la Casa de Recogidas se benefició con varias limosnas: el 6 de febrero, miércoles de ceniza, el oidor don Manuel Silvestre Martínez asistió a la casa y repartió de propia mano 30 frazadas, 30 rebozos y 30 petates; en marzo el licenciado Francisco Velasco les regaló 20 cargas de harina vieja, de éstas la rectora tomó tres para la manutención de las mujeres a su cargo y 17 vendió, de su producto obtuvo 34 pesos con los que compró camisas de pontibi y naguas de manta que dio a 12 rematadas y las seis presas de la iglesia.[377] En mayo y junio recibió limosnas de pan, y en julio un generoso don Tomás le envió siete melones, ese mes le llevaron también algo de carne; en agosto, el obispo mandó 50 varas de bayeta, cuatro piezas de manta, 51 varas de reata para 3 varas a cada una, y un real por reclusa para que cosieran sus enaguas. La Casa de Recogidas, en cambio, ya no realizó alguna anotación de lo sufragado en limosnas, y aunque se prosiguió con el hábito de la abstinencia de los días viernes, ya no se guardó la de los jueves, y sólo de manera ocasional se abstenían los sábados o los miércoles. Este comportamiento se mantuvo en las cuentas de 1788-1789,

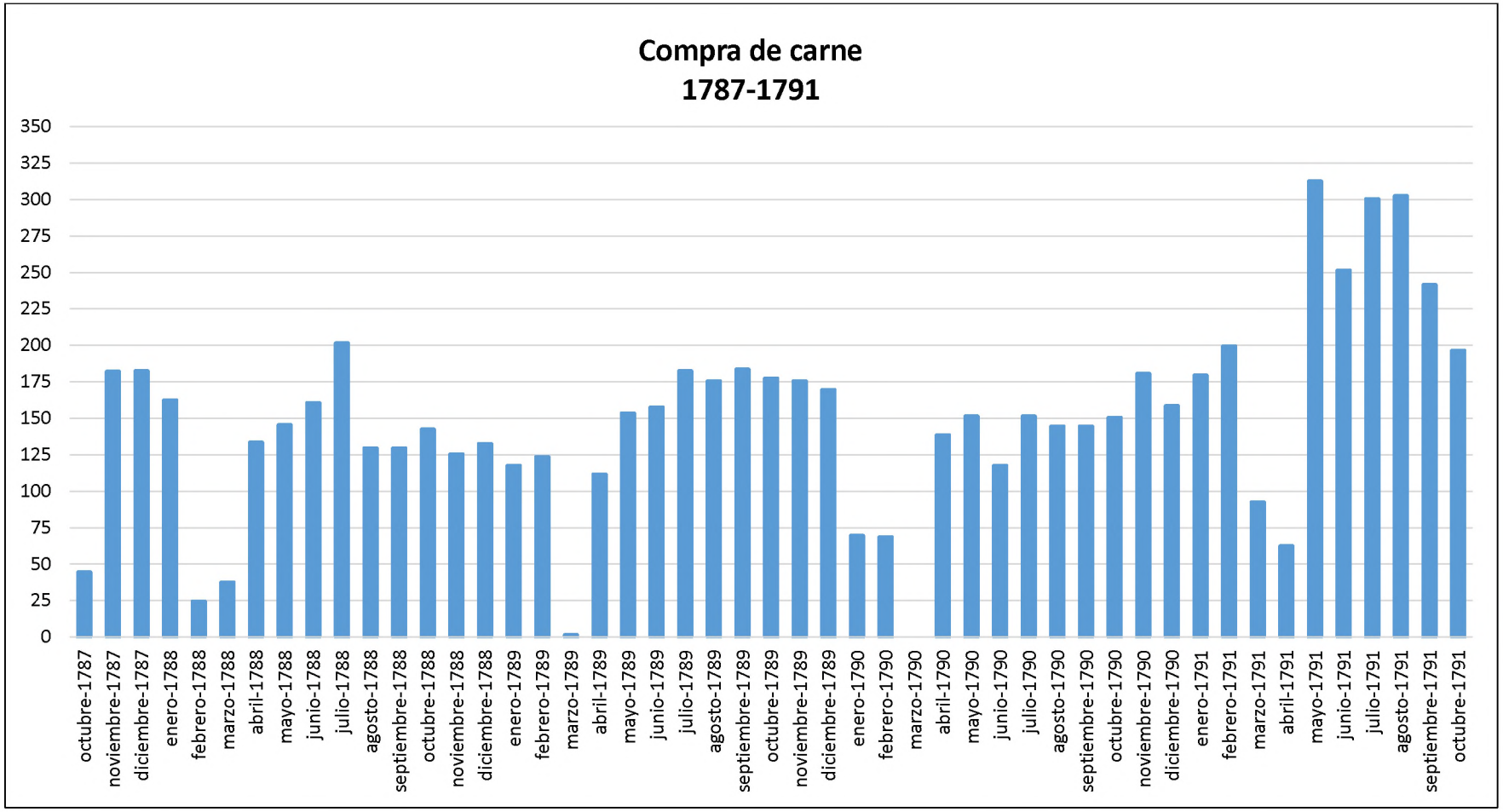
[377] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 10, año 1789, f. 15.

pero en las de 1789-90 y 1790-91 sólo se respetó los días viernes, de lo que se puede inferir una incipiente transición en la secularización de la cultura, y por ende en los hábitos de consumo de las recogidas.

En el periodo 1788-1789 hubo una disminución bastante significativa en lo erogado de frijol, mientras que subió lo de maíz, el cual se cosechaba entre los meses de julio y noviembre. En esta temporada la rectora en turno se acercaba al pósito a solicitar su dotación anual, justo en los primeros días de cosecha, De Silva requirió la contribución a favor de las 48 mujeres, entre rematadas y depositadas que albergaba la casa.[378] Por otra parte, ese año se registró la compra de gallina por un lapso constante de 20 días durante el mes de mayo, la adquisición de este insumo, al igual que la de carnero, se realizaba para suministrarlo a las que estuviesen enfermas. En esa misma veintena aumentó el consumo de velas, se compraron varios medicamentos y preparados de la botica, entre ellos jarabe, unto, aceite de almendra y aceite rosado. Además, se erogaron 18 reales en las nueve visitas que efectuó el médico, es probable que se tratara de algún brote malicioso o de alguna complicación en la mujer que parió el 31 de marzo.

En términos generales, de 1787 a 1791 la dinámica en la compra/consumo de carne presentó una concordancia con las prácticas religiosas de abstinencia en el tiempo de cuaresma, que se celebró entre los meses de febrero y abril. A partir de 1788-1789 se incrementó el insumo de carne, y continuó con una tendencia a la alza en los siguientes dos años. En varios años persistió un repunte en el mes de julio, lo cual es probable que se trate de un incremento en la población del establecimiento, y por ende un mayor número de aprehensiones en ese mes en particular.

[378] AMG, Actas de Cabildo, c. 9, 6 de julio de 1789, f. 18v.



Gráfica 4 1787-1791, compra de carne. Fuente: AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp.8; exp. 10; 11; y 13, años 1789-1791. Elaboración propia.

En las cuentas de Cayetana de Silva, de 1787-1791, no se enunció lo producido en la elaboración de tortillas y atole ni lo correspondiente del algodón y las mantas, pero considero que esto fue porque las cifras de lo elaborado se registraron en cuadernillo aparte. De acuerdo con lo que se recibía de carga, respecto a lo que se erogaba por descarga, se aprecia un amplio déficit, ya que los ingresos apenas cubrían una tercera parte. La siguiente tabla muestra el referido desfase, sin embargo, se debe tener en cuenta que en las cifras no se incluyó lo que se ganaba del trabajo de las reclusas.

Casa de Recogidas, registros de carga y data, 1787-1791.				
Año/ carga-data	1787-88	1788-89	1789-90	1790-91
Carga	485 pesos 7 reales y medio	475 pesos 1 real y medio	541 pesos 4 reales	543 pesos
Data	1580 pesos	1592 pesos 5 reales	1623 pesos 2 reales	1968 pesos 7 reales y medio
Déficit	1094 pesos 5 reales	1117 pesos 4 reales	1081 pesos 5 reales	1425 pesos 7 reales y medio

Tabla 10 Carga y data, 1787-1791. Fuente: AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp.8; exp. 10; 11; y 13, años 1789-1791. Elaboración propia.

Además de registrar hábitos de consumo, los libros de cuenta dan luces sobre algunos habitantes de la casa. El espacio de justicia/castigo acoge más que reclusas, en él coexisten otras personas de diferente estamento, calidad y sexo, por lo que no es exclusivamente femenino; la diversidad social del exterior se vierte también al interior de las instituciones, por ejemplo, en los conventos de españolas habitaban esclavas, las "pobres" de medio velo, los porteros, el noriero, el mozo.[379] La Casa de Recogidas no fue la excepción. Los libros de cuentas demuestran que varias mujeres parieron en la enfermería del establecimiento y, por lo tanto, que convivían con sus hijos e hijas; en este espacio de castigo, las mujeres

[379] Pilar Gonzalbo invita a repensar la efervescencia de la cotidianidad más allá de los estratificados estamentos y las volátiles calidades, propone considerar a múltiples individuos que conviven e interactúan en un mismo espacio. Véase *Los muros invisibles. Las mujeres novohispanas y la imposible igualdad*.

compaginaron sus experiencias como madres, y en ocasiones la desventura de ver morir ahí a los recién nacidos.[380] En las ordenanzas preliminares se exhortaba a que las embarazadas no se les colocara en las labores del metate ni se les destinara a sacar agua de la noria, ni otra cosa que les causara aborto, por lo que sólo podían escarmenar y coser.[381] Los partos se llevaban a cabo con ayuda de una rea que hacía las veces de partera.

Gastos erogados en los partos de las reclusas.		
Año	Partos	Gastos por parto
1773	2	5 gallinas 10 reales, chocolate 1 peso
1774	2	Carnero 3 reales, pan 3 reales, 1 jabón, chocolate 1 real, aceite 1 real
1775	1	Carnero 2 reales, pan 1 real, 1 jabón
1788	2	Partera 1 peso, tenedor* 2 reales, aguardiente 1 real, aceite 2 reales, carnero, pan y velas 3 reales,
1789	4	Partera 1 peso, tenedor 2 reales, carnero o gallina 1 real, aguardiente 1 real, aceite 1 real, chocolate 1 real, velas 1 real
1790	2	Partera 1 peso, tenedor 2 reales, gallina 2 reales, aceite 1 real, aguardiente 1 real
1791	1	Partera 1 peso, tenedor 2 reales, aceites y aguardiente, chocolate, velas y pan 9 reales, gallina 2 reales

Tabla 11 Gastos erogados en los partos de las reclusas. Fuente: AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp.7; 8; 10; 11; y 13, años 1776, y 1789-1791. *Tenedor: varón que detenía a la parturienta con el objeto de facilitar el trabajo a la comadrona. Elaboración propia.

Sin duda, el nacimiento de las criaturas, o el dolor del parto, producía una especie de solidaridad entre mujeres. La matrona atendía a la parturienta, mientras que otras fungían de enfermeras, alistaban los lienzos y el agua caliente, los aceites y el aguardiente. Por su parte, la rectora se encargaba de que la madre repusiera sus fuerzas e ingiriera alimentos convenientes a su estado; su dieta se componía de gallina, carnero, pan y chocolate que, además, estimularían la producción de leche materna. En el año 1787-88, se sabe que la rematada Xaviera Cervantes era la partera. Aunque otros recogimientos contaban con

[380] El 9 de agosto de 1774 se registró un parto en los libros de cuentas, sin embargo, un mes después se asentó la muerte de la criatura. AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp.7, años 1776.

[381] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 7, año 1786, f. 5.

enfermería, no todos atendían los partos; la casa de Valladolid, por ejemplo, remitía a las parturientas al hospital de San Juan de Dios y, sobre todo, optaba por evitar habitantes en estado de preñez.[382]

A falta de un libro de entradas y salidas de mujeres, los registros de cuentas del periodo de la rectora doña Cayetana de Silva permiten saber el número de mujeres que salieron del establecimiento. En los años posteriores a 1788, en que se inició la aplicación de las ordenanzas, la rectora anotó por separado a las reas que pagaban los cuatro reales de puerta y a aquellas que salían sin el pago de costas por disposición de los oidores o alcaldes ordinarios por su suma pobreza,[383] también es probable que parte de estas mujeres salieran libres en atención a lo que disponía la ordenanza número 23, en la que se puntualizaba que las reas podían acceder a certificaciones de buen porte, para que con ellas impetraran la clemencia de los señores jueces o la rebaja en sus tiempos de sentencias. En la siguiente gráfica se observa una tendencia a la alza de las mujeres que quedaban libres, de esta información, aunada a la referente del incremento en la compra y consumo de carne, se puede corroborar que, en efecto, hubo un aumento en la población recluida en la Casa de Recogidas.



Gráfica 5 Número de mujeres que salieron de la Casa de Recogidas, 1787-1791. Fuente: AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp.8; exp. 10; 11; y 13, años 1789-1791. Elaboración propia.

[382] Ortiz, *Esbozo histórico del recogimiento de Valladolid de Michoacán, 1726-1786*, p. 124.
[383] El pago de "puerta" al salir del establecimiento fue usual en estos institutos. En las casas galeras de Madrid, en 1778, el reglamento fijaba el pagó de dos reales al salir en libertad. López, *El cepo y el torno. La reclusión femenina en el Madrid del siglo XVIII*, p. 158.

A la muerte del obispo Alcalde prosiguieron dos años consecutivos en que el obispado permaneció en sede vacante, esto significó el recorte del apoyo de los 300 pesos anuales. Es probable que la falta del recurso menguara en cierta medida la capacidad del establecimiento de ministrar alimentación a un mayor número de presas, y que para sortear el inconveniente se disminuyera la remisión de mujeres. Lo anterior implicaba limitar la cantidad de recogidas destinadas al servicio de la proveeduría de presos, como lo manifestó en un escrito de doña Cayetana de Silva fechado en finales de diciembre de 1792, en él, la rectora señaló que las recluidas estaban imposibilitadas de realizar trabajo alguno por sus enfermedades; su dicho fue confirmado por el médico don Francisco Tirso de Yebra y Fernández Lozada quien pasó a la Casa de Recogidas y reconoció 22 mujeres enfermas.[384]

En julio de 1797, después de la solicitud de maíz que la rectora De Silva elevó al cabildo de la ciudad, el escribano del ayuntamiento pasó a las Recogidas y certificó una población de 50 personas, entre las que se incluían nueve muchachos hijos de las presas y cuatro hombres que servían de mandaderos y custodios de las puertas; 37 eran las reclusas, tres las rematadas y las demás remitidas por los señores ministros y los alcaldes ordinarios.[385] Otras habitantes de la Casa fueron las esclavas, lastimosamente su presencia sólo quedó en los libros de cuentas, nada extraño si se considera su valor monetario, eran objetos sin nombre, sin edad. De ellas no se sabe cuándo o por qué entraron, pero sí que se mantenían en la institución a pedimento de sus amos y que éstos por su estadía pagaban medio real por cada día en las Recogidas. Algunas aguardaban ahí mientras se efectuaba su proceso de venta, otras eran recluidas porque sus dueños les imponían este castigo.[386] Tres notas al margen, en los libros de cuentas, dan pistas ambiguas: en una se indica que la esclava pagó un peso "por la estada en la casa", otra que la retribución de una de ellas la efectuó don Andrés Cordan, y

[384] AGI, Guadalajara, leg. 362, núm. 4.2.1, cuadernillo 2, f. 31.
[385] AMG, Actas de Cabildo, c. 14, 17 de julio de 1797, s/f.
[386] En la casa de recogidas de Santiago de Chile y en la Residencia de Buenos Aires, las esclavas también eran remitidas por rebeldes con sus amos, o aguardaban ahí mientras se efectuaba su venta, de esto se aduce que su presencia en la casa tenía una lógica particular y un mecanismo de ingreso propio, ajeno a los tribunales de justicia y propio de la potestad de los amos. Onetto Pavez, "Reflexiones en torno a la construcción de esferas de control y sensibilidades: las casas de recogidas, siglos XVI-XVIII", p. 201; De Palma, *Recluidas y marginadas. El recogimiento de mujeres en el Buenos Aires colonial*, p. 53.

en una más se anotó que la señora Pareja costeó el parto de su esclava ¿la castigó por el embarazo? ¿La envió a dar a luz fuera de su casa? ¿La vendería con el hijo?[387]

Sin duda, la vida en el interior del recogimiento, al igual que en el exterior, era plural y compleja, y manifestaba esa mezcolanza cotidiana que propiciaba mutuas influencias. Descubrir en el establecimiento la presencia del portero, los mandaderos, las visitas del médico o el boticario, los hijos e hijas de las reclusas, permiten dar cuenta de un espacio heterogéneo, que no era exclusivamente femenino, y que tenía un significado diferente para cada uno de sus habitantes. La cotidianidad, fomentaba otros vínculos entre las y los habitantes del recogimiento: los momentos de solidaridad en el parto de alguna de las reclusas, los días de abstinencia y religiosidad que se vivían en comunidad, el compartir las largas y extenuantes jornadas en el metate, todo esto propiciaba, a su vez, la empatía y el conflicto, que son parte de la vida cotidiana.

Los lineamientos establecidos en 1788, fecha en que se comenzaron a aplicar, y aprobados en 1797, codificaron las representaciones del espacio y constituyeron un vehículo comunicante entre las habitantes de la Casa de Recogidas. Las reclusas experimentaban el encierro y padecían las jornadas diarias, y las rectoras ostentaban un cargo honroso que les permitía obtener un ingreso decoroso que las beneficiaba a ellas y a su familia. Las rectoras, mujeres con poder, de conducta ejemplar, convivían con las transgresoras. Unas y otras se relacionaban a través de estructuras jerárquicas definidas en la asignación de cargos del exterior -capellán y rectora- y de los múltiples oficios que se distribuían en el interior; estos últimos con la finalidad de procurar el adecuado funcionamiento de la institución y, además, cumplir con las labores productivas.

En 1807, por real cédula se determinó que la casa de corrección conocida como la Tesqui o Tesquis, se adhiriera a la Casa de Recogidas. El vocablo Tesqui con que se refería a este lugar es una derivación del náhuatl *teci* que significa la que muele maíz o cosa semejante en piedra.[388] Su mote permite sostener que estas mujeres también contribuían en

[387] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 3, 8 y 11, libros de cuentas, años varios. En 1775 se registró la salida de 8 esclavas y en 1774 de 14, de 1788 a 1790 sólo se anotó lo que le redituó a la Casa su estadía, pero no su número.
[388] *Gran diccionario Náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, http://www.gdn.unam.mx.

la elaboración de tortillas y atole para los presos, e inferir que, por lo menos, la mayoría de las mujeres que se remitían eran de calidad indias. Incluso es bastante probable que se localizara en alguno de los pueblos de indios, en Mexicaltzingo, Mezquitán o Analco. La Tesqui era una casa de corrección "informal", al margen de la administración, aunque del conocimiento y uso de las autoridades.

En junio de 1804, la "administradora de la Tesqui y cocinera de presos de la real cárcel", María Antonia Carrillo, presentó un escrito a los oidores para exponer la suma escasez de gente, que "no consigue sino por paga, y que estos atrasos estorbaban la debida elaboración de la comida de presos", ya que no podía proporcionarlos ni bien hechos ni a sus horas. Con la finalidad de remediar la situación, Carrillo propuso que los jueces libraran orden a los alcaldes ordinarios en la que se les indicara que apresaran a las "inútiles por causas leves", pero "útiles para este ejercicio de la Tesqui". En recompensa por su trabajo, la administradora se comprometía a acudir a las reas "con un trapo para cubrir sus carnes".[389]

La Real Audiencia convino con lo propuesto y dispuso que los alcaldes ordinarios cuidaran de que "aquellas mujeres cuyos delitos sean compatibles al trabajo de la casa de Tesqui se pasen a ella en beneficio de los pobres presos de esta real cárcel".[390] Además, con ello se evitaba aumentar el número de las presas de la sala de la real cárcel, que padecían la estrechez del sitio.[391] La Tesqui al igual que las Recogidas mantenía un carácter de infame, sin embargo, la asistencia a los reos resultó de mayor apremio, a pesar de que por disposición previa se exhortó a la rectora y administradora de estos establecimientos a no admitir mujeres sin la debida boleta de juez superior.

Otra de las administradoras de la Tesqui fue Gertrudis Rosas, ella ingresó al establecimiento en calidad de rematada en 1804, era originaria y vecina de Tepic, y estaba condenada a compurgar seis años por encontrarla culpable de incestuoso amancebamiento

[389] BIPEJA, ARANG, ramo Civil, c. 378, exp. 26, prog. 5796, año 1804, f. 14.
[390] BIPEJA, ARANG, ramo Civil, c. 378, exp. 26, prog. 5796, año 1804, f. 15.
[391] El documento refiere una breve descripción de la ubicación de la sala de presas de la real cárcel: "ha meditado y tratado muchas veces el promover el darle mayor extensión a la cárcel de las mujeres pero su situación local se lo ha embarazado: cerciorándose de que por ninguna parte es susceptible de amplitud, por lindar con el palacio y entrada o zaguán por oriente y poniente y con la cárcel de hombres o capilla, y con la calle por norte y sur, sin encontrarse medio de agregarle terreno alguno". AMG, ramo Policía, sig. P1.1, c. 2, paqt. 35, leg. 4, año 1819, ff. 1-1v.

con su padre, Guillermo Rosas.[392] Gertrudis tenía la edad de 15 años en el momento que arribó a la Tesqui, ahí permaneció dos años y medio y, por disposición del oidor don Juan José Recacho, corrió con la dirección de la comida de presos.[393] En el inter del cumplimiento de su condena, una real cédula de 16 de abril de 1807 mandó que la Tesqui se integrara a la Real Casa de Recogidas;[394] Gertrudis pasó de uno a otro espacio. A unos días de concluir su pena, pidió ser puesta en libertad en atención a la eficacia con que se desempeñó en la Tesquis.[395]

Este tipo de establecimiento paralelo a las casas de recogidas no era exclusivo de Guadalajara,[396] en la ciudad de México existía uno llamado "la chacona" y "la atolería", y en Puebla uno denominado la "mazarrana". De acuerdo con Josefina Muriel, estas casas de corrección tenían entre sus características el recibir mujeres de calidades inferiores, imponer trabajos más severos, contar con un gobierno a cargo de "cuidadoras", y estar situadas en barrios marginales.[397] La unificación de la Tesqui con la Casa de Recogidas se dio en un contexto de efervescencia e inestabilidad política. En medio de estos cambios tuvo lugar otra etapa en la historia de esta institución, la cual se verá en el próximo apartado capitular.

---

[392] Sobre la construcción social de la violación en la Nueva Galicia, donde abordo éste y otros casos, véase Juárez Becerra, *Institución y legislación. Los mecanismos de género a través del delito de violación en la Nueva Galicia (1745-1821)*.

[393] En la cárcel de Corte de la ciudad de México, una de las rematadas, Manuela González Castrejón, también alcanzó el cargo de presidenta del establecimiento. En 1808, esta mujer de 40 años fue encontrada culpable de lenocinio y tener una casa de prostitución en el callejón de la Condesa; en 1811, la Castrejón, junto con su hija a quien le dieron el puesto de enfermería, presentaron un escrito a las autoridades para que se les permitiera seguir en sus empleos en la cárcel para poder subsistir y mantener a sus familias. Lozano, *La criminalidad en la ciudad de México*, p. 91; Andrea Rodríguez Tapia, "La Castrejón, una ´alcahueta´ o ´lenona´ ante la justicia criminal en Nueva España, 1808-1812", Alberto Baena Zapatero y Estela Roselló Soberón (coords.), *Mujeres en la Nueva España, México*, Universidad Nacional Autónoma de México, 2016, pp. 205-232.

[394] AMG, ramo Policía, sig. P1.1, c.2, paqt. 35, leg. 209, exp. 12, año 1816, f.7.

[395] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 87, exp. 4, prog. 1366, año 1803, f. 28.

[396] La referencia documental más antigua que encontré sobre este establecimiento data de 1788.

[397] Muriel, *Los recogimientos de mujeres. Respuesta a una problemática social novohispana*, p. 146.



Ilustración 5 Parroquia del Pilar, [1920]. Adjunta la finca de la Casa de Recogidas. Fuente: AHAG.



Ilustración 6 Casa de Recogidas de San Luis Potosí. Imagen superior, con vista de su plazoleta. Al centro, con mayor altitud la capilla de Dolores, de lado izquierdo la casa del capellán, y a derecho en inmueble de las recogidas. Fuente: Fuente: Alicia Cordero Herrera, Felipe Cleere: oficial real, intendente y arquitecto. Entre la Ilustración y el despotismo, pp. 396 y 401.

Segunda Parte. La Casa revolucionada

Capítulo IV. Transición política e institucional (1807-1821)

Sumario: Introducción; I. Una relegada Casa de Recogidas; II. La Constitución de Cádiz y la puesta en escena del Ayuntamiento; III. José Domingo Rus, el juez protector de las Recogidas

> "El ejercicio de la justicia no es simplemente un caso de argumentos, sino de toma de decisión. Cuando esta última palabra del juez es una palabra de condena, el juez se presenta ante nosotros no sólo como portador de la balanza sino de la espada".[398]

Introducción

La abdicación del trono español por parte de Carlos IV, y el advenimiento de José I en 1808, provocó una serie de cambios en el régimen de la monarquía española. La disputa por la soberanía nacional repercutió en los territorios de ultramar y trastocó su realidad política, y económica. La irrupción de la dinastía Bonapartista originó la organización de Juntas Supremas, con la finalidad de salvaguardar la unidad y hacer frente a los franceses. Ante la falta de representación legítima, surgieron levantamientos en Nueva España; en septiembre de 1810 Miguel Hidalgo y Costilla sublevó la región Bajío de la intendencia de Guanajuato, su movimiento propició años azarosos que desestabilizaron el orden social y que favorecieron un profundo malestar. La guerra se volvió inevitable.

En el periodo bélico, la vida cotidiana experimentó una serie de trastornos, por los enfrentamientos armados y por la decadencia de las actividades productivas. Las

---

[398] Paul Ricoeur, *Amor y justicia,* México, Siglo XXI, 2009, p. 29.

instituciones también resintieron la crisis en la monarquía hispana y los estragos de la inestabilidad política novohispana. En este contexto, en 1812 aconteció la promulgación de la Constitución de Cádiz, con el propósito de mantener el trono español, instaurar la monarquía republicana y con ello la división de poderes, en ejecutivo, legislativo y judicial. Así, la carta gaditana sentaba las bases de una profunda transición del régimen y que por ende atañía al común de los organismos judiciales. Las cárceles, al igual que las casas de recogidas, conformaban el entramado mecanismo de la justicia por lo que ambos establecimientos experimentaron los cambios del orden constitucionalista; sin embargo, en las de recogidas esto trastocó de manera más honda en su naturaleza institucional.

El ámbito jurisdiccional, la Casa de Recogidas de Guadalajara marcó la pauta de su esencia, la cual varió a partir de 1807, año en que se desligó por completo del arbitrio judicial de las autoridades eclesiásticas y sus tribunales ordinarios, y quedó bajo el auspicio de la Real Audiencia, es decir, pasó de una concepción de justicia religiosa, a una noción de justicia secular. En esta incipiente transición, la correlación entre pecado/delito permaneció en la construcción social de la transgresión y en la práctica judicial; aunque de manera paulatina las acciones morales y religiosas se tornaron menos sancionables.[399]

Con la proclamación de la Constitución de Cádiz, la Casa de Recogidas quedó inscrita en el rubro de beneficencia, que correspondía a las asignaciones del ayuntamiento, a pesar de que la institución era del uso de los jueces del poder secular su naturaleza más inclinada a la asistencia la alejaba de su competencia. El manejo de las cárceles, por su parte, fue identificado como propio de la justicia y su cuidado concernió a los tribunales judiciales. Con la derogación de la carta gaditana, en mayo de 1814, la Casa de Recogidas de Guadalajara retornó de forma efímera al eclesiástico, pero en corto tiempo volvió al arbitrio de la Audiencia; finalmente, en 1820, con la reinstauración de la Constitución derivó por segunda ocasión en el arbitrio del ayuntamiento. El vaivén jurisdiccional del establecimiento marcó las contradicciones del espacio y, eventualmente, resignificaron su esencia, se diluyeron

[399] Coss y León, *Los demonios del pecado. Sexualidad y justicia en Guadalajara en una época de transición (1800-1830)*, pp. 147-150.

formas puntuales de socializar el recogimiento concebido y se generaron nuevas representaciones del espacio, con un mismo sustrato y soporte.[400]

A la falta de arbitrios de las casas de recogidas se aunó el recrudecimiento del movimiento insurgente, lo que ocasionó quebrantos en las rentas económicas que recibía la institución, pero que al mismo tiempo urgió a mantener sus puertas abiertas con el objeto de instrumentalizar la represión político-militar de los rebeldes, al albergar aquellas que de manera directa o indirecta se inmiscuyeron, o fueron relacionadas, con el bando de los insurrectos. En sí, en un periodo de 17 años, que abarcó de 1807 a 1824, la Casa de Recogidas culminó la resignificación de su esencia, de ser un espacio de justicia que pretendió la salvación de las almas se transfiguró en un instituto de carácter judicial secular, en manos de la Audiencia. Así mismo, se le percibió como un sitio de ayuda a las necesitadas, pero la insurgencia afianzó su concepción como lugar de castigo y consolidó su naturaleza punitiva; de lado quedó su cualidad de obra pía y su propósito primigenio de conseguir la redención de las mujeres descarriadas. En este tránsito institucional, que tendió a la secularización, las transgresoras dejaron atrás el umbral de la penalidad correctiva moralizante, e incursionaron en la fase vindicativa pública.

I. Una relegada Casa de Recogidas

La muerte de fray Antonio Alcalde en 1792 conllevó a la relegación de la Casa de Recogidas por parte de las autoridades eclesiásticas, quienes dejaron de socorrer económicamente a la institución. Después de cuatros años de permanecer en sede vacante el obispado recibió por tutelar a Juan Cruz Ruiz de Cabañas y Crespo en julio de 1796.[401] Sin embargo, su arribo a la diócesis no implicó un apoyo constante a las Recogidas, como sí lo hizo con el colegio de San Diego, al cual amparó, reformó sus constituciones y las elevó a la aprobación regia,

[400] Lefebvre, *La producción del espacio*, p. 110.
[401] Juan Cruz Ruiz de Cabañas y Crespo nació el 3 de mayo de 1752, en la provincia de Navarra. Estudió teología en la Universidad de Alcalá; en 1794 se le encomendó la diócesis de León en Nicaragua, y en 1795 la de Guadalajara. Falleció el 28 de noviembre de 1824. Dávila Garibi, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, t. III, vol. II, pp. 1084-1101.

misma que obtuvo por real cédula en diciembre de 1802.[402] La falta de interés en las Recogidas caminó a la par del declive de los tribunales ordinarios eclesiásticos, ya que al disminuir su capacidad judicial en la sociedad, disminuyó el valor que les podía significar el sostener y mantener para sí un espacio de justicia, como lo era este establecimiento; aunque a la deriva, y con un mayor uso por parte de los tribunales seculares, la Real Audiencia de Guadalajara no reclamó el arbitrio del organismo.

La Casa de Recogidas logró mantenerse de manera precaria con los frutos de sus rentas, las limosnas inconstantes de 300 pesos anuales que otorgaba el obispo Cabañas,[403] las 50 fanegas de maíz con que contribuía el ayuntamiento cada año,[404] y las esporádicas donaciones de algunos bienhechores. La disputa por los expolios del prelado Diego Rodríguez de Rivas ilustra el desinterés que tenía el clero en la institución:[405] el 27 de enero de 1807 la Real Audiencia de Guadalajara remitió al Consejo de Indias un proveído, con la finalidad de disponer del peculio líquido de Rodríguez de Rivas a beneficio de la Casa de Recogidas, la Real Cárcel y el Hospital de San Juan de Dios, la suma en cuestión ascendía a 17 801 pesos; este mismo capital era pretendido por el cabildo catedral que lo solicitó en repetidas ocasiones con el objeto de emplearlo en las necesidades materiales del edificio de catedral, puntualmente en el ornato de la sillería del coro y la adquisición de candelabros, no obstante, el Consejo de Indias consideró vanos los requerimientos del cuerpo catedralicio y favoreció los pedimentos de la Audiencia.[406]

Una real cédula promulgada por Fernando VI en 1753 amparó la solicitud del tribunal de la Audiencia respecto al legado de Rodríguez de Rivas, en ella se estipulaba que el

---

[402] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Colegio de San Diego, c. 1, exp. s/c, año 1802, f. 1.

[403] José Ignacio Dávila Garibi, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, t. IV, vol. I, México, Editorial Cultura, 1966, p. 261.

[404] AMG, ramo Ayuntamiento, sig. A.3, c. 11, paqt. s/n, leg. 76, exp. 2, año 1807, f.2; AMG, ramo Policía, sig. P.1, c. 2, paqt. 22, leg. 91, exp. 7, año 1808, ff. 1-2; AMG, ramo Policía, sig. P.1, c. 2, paqt. 23, leg. 172, exp. 5, año 1809, f. 1; AMG, ramo Policía, sig. P.1, c. 2, paqt. 24, leg. 107, exp. 6, año 1810, f. 1; AMG, ramo Policía, sig. P.1, c. 2, paqt. 25, leg. 122, exp. 7, año 1811, f. 1; AMG, ramo Policía, sig. P1.2, c. 2, paqt. 26, leg. 31, exp. 8, año 1812, f. 1; AMG, ramo Policía, sig. P.1, c. 2, paqt. 27, leg. 146, exp. 8, año 1813, f. 1.

[405] Diego Rodríguez de Rivas nació en 1707 en Quito. En 1750 fue electo obispo de Comayagua, Honduras; en 1762 se le encomendó la diócesis de Guadalajara, la cual gobernó desde enero de 1763 hasta el momento en que falleció en el mes de diciembre de 1770. Dávila Garibi, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, t. III, vol. II, pp. 830-833.

[406] AGN, Instituciones Coloniales, Ayuntamiento, Policía y Empedrado, contenedor 10, vol. 30, exp. 10, año 1817, ff. 286-289.

producto de los expolios de obispos se empleara en frutos piadosos, de manera puntual enlistaba las "casas de niños expósitos, huérfanos y desamparados, de las destinadas para recoger mujeres de mal vivir, y otras gentes perjudiciales a la república", como también hospitales y hospicios, en especial si faltaban en las capitales y pueblos.[407] Así, en 1807 el Consejo de Indias determinó que del caudal disputado se destinara la cantidad de 2500 pesos para realizar reparaciones en el edificio de las Recogidas, y colocar algunos telares o tornos que serían empleados por las reas en beneficio del establecimiento, ya que el usufructo de su trabajo se aplicaría a su sostenimiento; además, fijó la entrega de 6 000 pesos que se entregarían en censo, de esta forma se pretendía libertar a las reas de la miseria; por último, con la finalidad de que los arbitrios fueran más provechosos se sugería unificar la Casa de Recogidas con la de corrección llamada la Tesqui, y que se nombrase un juez protector que velara por los intereses económicos de la institución.[408]

El 16 de abril de 1807 el rey confirmó lo decretado por el Consejo de Indias, pero con modificaciones en la distribución del capital, ya que la suma se encontraba dispersa; 2575 pesos estaban en la tesorería principal de la Real Hacienda mientras que los 15 226 restantes se habían prestado al Real Erario. En atención al estado que guardaban los expolios se determinó que de los 2575 se aplicasen mil en reparar la capilla de la Real Cárcel y el restante se destinara a favor de la Casa de Recogidas, y de lo que estaba en calidad de préstamo en la Real Hacienda se asignaran los 6000 a censo o en su caso los dividendos que produjera en sus arcas dicha suma. La determinación real fue atendida en enero de 1808, sin embargo, llevarla a cabo requería de expedir un informe al virrey, solicitar su permiso para sacar los 6000 pesos de las Reales Cajas y verificar su imposición en la Real Caja de Consolidación con la finalidad de que se quedaran a censo. Debido al contexto de guerra se concertó que era imperioso retener los 6000 pesos, por lo cual en su lugar se entregarían al establecimiento los 300 pesos anuales que produjeran sus rentas.[409]Aunque los capitales puestos en el arca de

[407] Libro II, Tít. XIII, ley II, *Novísima recopilación de las leyes de España*, pp.322-324.
[408] La figura del juez protector se utilizó por primera vez para la casa galera de Valencia en 1796, el cargo se otorgaba a un oidor y sus funciones consistían en cuidar la gestión económica y gubernativa de la institución, recaudar fondos, vigilar el desempeño del alcaide y velar por el cuidado de las galerianas. Véase Martínez Galindo, *Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913),* p. 76.
[409] AGN, Instituciones Coloniales, Real Audiencia, Cárceles y presidios, vol. 26, exp. 16, año 1808, ff. 209-210.

Consolidación se sustentaban por los vales reales que se garantizaban con el pago de los fondos de las alcabalas y la renta de tabaco, la situación política y económica de la península ibérica y de la Nueva España minó el sistema crediticio y puso en vilo el dispendio de réditos. Las diligencias encaminadas a poner la cantidad asignada a censo dilataron un par de años, incluso, el 23 de marzo de 1810 se asentó que la Casa de Recogidas nada había percibido de las asignaciones destinadas por la real cédula.[410]

A finales del mes de septiembre de 1810 el diputado José Simeón de Uría redactó una carta al intendente de Guadalajara, Roque Abarca, con noticias detalladas de la rebelión que despertó Miguel Hidalgo en la región de El Bajío; ante la situación Abarca, en conjunto de la Real Audiencia, decidió formar la Junta Superior Auxiliar de Gobierno, Seguridad y Defensa cuyo objeto era conocer los casos de infidencia y quedó presidida por el propio intendente, y conformado por Juan Nepomuceno Hernández de Alba, Juan José Cordón, José María Zavala, Francisco Antonio de Velasco, Toribio González, José Antonio Mazón, Juan Manuel Caballero, Joseph Mestres, Francisco Vicente Partearroyo, José Antonio Dávalos, Ignacio Estrada, Miguel Portillo, Tomás Ignacio Villaseñor y Vicente Garro.[411] Este organismo fue semejante al que creó el virrey en 1809 para la ciudad de México. Como medida precautoria Abarca también ordenó que en Guadalajara se concentraran las milicias de Tepic, Colima y Colotlán pues resultaba preciso defender la plaza, para esta finalidad logró disponer de 1200 efectivos.[412]

En el mes de noviembre, la efervescencia bélica se sintió en Guadalajara con la presencia del insurrecto José Antonio, el Amo, Torres quien con un grupo de rebeldes perturbaron la estabilidad de los vecinos de la ciudad y, finalmente, la tomaron el día 11; el cabecilla exigió al ayuntamiento que contribuyera a la causa a través del embargo de los bienes de los europeos, ante estas peticiones algunos miembros del cabildo presentaron sus renuncias, pero otros sí brindaron su apoyo a Torres, entre ellos Joaquín de Echauri, Alfonso

[410] AGN, Instituciones Coloniales, Ayuntamiento, Policía y empedrado, contenedor 10, vol. 30, exp. 10, año 1817, f. 291v.
[411] Luis Pérez Verdía, *Historia particular del Estado de Jalisco, desde los primeros tiempos hay noticia, hasta nuestros días*, t. II, Guadalajara, Tip. De la Escuela de Artes y Oficios del Estado, 1910, pp. 39-40.
[412] Jaime Olveda Legazpi, *De la insurrección a la Independencia. La guerra en la región de Guadalajara*, Zapopan, El Colegio de Jalisco, 2011, pp. 122-123.

y Luis Sánchez Leñero, Agustín Mendiola y Salvador García Diego.[413] El 25 de noviembre, Torres, con la ciudad y sus autoridades bajo su mando, recibió a Hidalgo en San Pedro. La preeminencia del bando insurgente en la ciudad terminó en enero de 1811, cuando los realistas recobraron el territorio y afianzaron su posesión con el nombramiento del comandante José de la Cruz, el 11 de febrero.[414]

La agitada situación que se vivía por las turbas que irrumpieron en la ciudad mermó las rentas del poder eclesiástico. Las gavillas de canallas, como las calificó el obispo Cabañas, robaron e incendiaron múltiples inmuebles, lo cual fue en detrimento de varios particulares y también de diversas instituciones que veían en el alquiler de sus fincas su principal fuente de ingreso.[415] Del conjunto de establecimientos seculares destinados a las mujeres, la Casa de Recogidas fue la más vulnerable. El colegio de San Diego y la Casa de Enseñanza cerraron sus puertas durante la ocupación de la ciudad por lo que poco les afectó que la diócesis les redujera los socorros que les proporcionaba, pues es posible inferir que los cortos ingresos que se les proporcionaron fueron suficientes para solventar las necesidades básicas de las escasas niñas y maestras que permanecieron en los edificios. El recogimiento, en cambio, quedó sin contribuciones y con la urgencia de mantenerse en funciones. La supresión general de los subsidios consignados a los institutos de orden formativo se dio años después.

El año 1810 y el siguiente, con el pretexto de estar el prelado ausente de la diócesis, no se administró el auxilio de 300 pesos a favor de la Casa de Recogidas. En noviembre de 1811 la rectora Arrizón hizo presente la angustiante precariedad económica al vicario general, José María Gómez y Villaseñor, quien le respondió que la limosna que recibía se le daba por la generosidad personal de fray Antonio Alcalde, y que tras su fallecimiento no dejó caudales con qué seguir contribuyendo al sostenimiento del recogimiento.[416] Además, el vicario remitió a la rectora a las autoridades de la Real Audiencia en el entendido de que la

[413] Carlos Herrejón Peredo, *Hidalgo, maestro, párroco e insurgente*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2014, p. 331.
[414] José de la Cruz, nació en Salamanca, hijo de Francisco de la Cruz y de María del Pilar Fernández, fue presidente de la Real Audiencia y comandante general de la provincia de Guadalajara. Dávila Garibi, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, t. IV, vol. I, pp. 320-321.
[415] Dávila Garibi, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, t. IV, vol. I, p. 499.
[416] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 19, año 1811-1812, ff. 1-3.

institución estaba sujeta a ella, como así lo juzgó por la real cédula de abril de 1807 en la que se unía la Tesqui con las Recogidas en un solo establecimiento y una sola jurisdicción.

En atención a la respuesta que recibió de Gómez y Villaseñor, en enero de 1812 Arrizón repitió su escrito, en esa ocasión se dirigió a la Real Audiencia y le expuso lo antecedente. Sin embargo, en este tribunal tampoco tuvo eco su petición, ya que se desligaron de cualquier vínculo pecuniario con la institución, le indicaron que la Casa continuaba bajo la autoridad del obispado y que los auxilios que por su parte le habían prestado lo efectuaban movidos del interés público que se procuraba garantizar con su conservación, pero sin que esta acción los obligase a responder por su manutención. La rectora fue exhortada a llevar sus representaciones con el obispo, lo cual resultaba improcedente porque desde noviembre de 1810 Cabañas permanecía fuera de la diócesis debido a la toma de la ciudad por las facciones de los insurgentes, su regreso a la sede diocesana fue hasta el 8 de marzo de 1812.[417]

Contar con suficientes ingresos económicos era vital para garantizar la pervivencia y funcionalidad de las instituciones. La decadente situación del recogimiento de Guadalajara fue sintomática en este tipo de establecimientos que tuvieron estructuras económicas débiles, ya que carecieron de un modo uniforme de financiamiento, por no depender de una potestad única ni central, por lo que prevaleció una dispersión gubernativa tanto en España como en Nueva España.[418] Por ejemplo, la Casa de Corrección de Veracruz quedaba en lo administrativo a cargo del ayuntamiento, pero carecía de fondos seguros y, por una temporada, su principal ingreso consistió en las generosas limosnas que enviaba el obispo de Puebla, don Francisco Fabián y Fuero (1765-1773); en 1785, el cese de flujos pecuniarios obligó a cerrar momentáneamente el establecimiento;[419] en 1790 el ayuntamiento se negó a sostener el recogimiento y prefirió continuar con el envío de las disolutas veracruzanas al recinto de Santa María Egipciaca de Puebla.[420]

---

[417] Dávila Garibi, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, t. IV, vol. I, pp. 280 y 289.
[418] Gema Martínez Galindo coincide en señalar que del siglo XVII a mediados del XIX, en España, las casas de reclusión femenina presentaron una dispersión gubernativa, ya que se encontraban bajo la dirección de distintos organismos. Martínez Galindo, *Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913),* p. 72.
[419] AGN, Instituciones Coloniales, Ayuntamiento, contenedor 68, vol. 199, exp. s/e, año 1790, ff. s/n.
[420] Muriel, *Los recogimientos de mujeres. Respuesta a una problemática social novohispana*, p. 197.

El recogimiento de Valladolid compartió la administración entre las autoridades eclesiásticas y el ayuntamiento, que lo socorría con el insumo de carne.[421] La Casa de la Magdalena de la ciudad de México, al cuidado de la Sala del Crimen, en 1807 estaba en un estado tan ruinoso, húmeda y mal ventilada que mermaba la salud de las reclusas quienes de por sí vivían en suma pobreza por las escasas limosnas y arbitrios que se destinaban a cubrir su subsistencia; con la finalidad de solventar las necesidades materiales de este recogimiento, el tribunal del Santo Oficio contribuyó con la cantidad de 45 mil pesos.[422]

La Casa de Recogidas de Guadalajara tampoco estuvo bajo la jurisdicción de una autoridad clara y determinada, esto influyó en la constante indiferencia de sus asuntos financieros, por ejemplo, en 1815 la rectora presentó inconformidad porque ni el obispo ni menos los canónigos le prestaban auxilio económico.[423] El desamparo financiero mermó el establecimiento. El inmueble padecía abandono y deterioro, además, es de suponer que sus irregulares caudales, e incluso los pocos o nulos ingresos que recibía en ciertas temporadas, influyeron en su capacidad de albergar un mayor o menor número de mujeres o, en su caso, en la calidad de los alimentos que se les podían ministrar.

En 1816 el obispo Cabañas realizó un informe que remitió el rey sobre los seminarios, colegios y "demás establecimientos públicos sujetos a su jurisdicción", en su escrito se aprecia la atención que procuró a los fondos, calidad de los edificios y distribución de las rentas de las que consideró eran las instituciones a su cargo; en el caso de los colegios de niñas prestó especial cuidado al plan de educación que se practicaba. Del estado del colegio de San Juan de la Penitenciaria congenió con la instrucción que recibían las niñas educandas, bajo la tutela de las monjas domínicas. En la Casa de Maestras de la Caridad y Enseñanza aplaudió la labor de las maestras por contar con el área de pensionado y mantener "escuela1 públicas gratuitas" en las que se impartían lecciones de religión y oficios propios de su sexo.[424] En la que fue la obra más relevante de Cabañas, el Hospicio de la Misericordia,

[421] Ortiz, *Esbozo histórico del recogimiento de Valladolid de Michoacán, 1726-1786*, p. 106.
[422] AGN, Instituciones Coloniales, Real Audiencia, Tierras, contenedor 1607, vol. 3677, exp. 29, año 1807, f. 3.
[423] BIPEJA, ARANG, ramo Civil, c. 415, exp. 11, prog. 6689, año 1815, f. 1.
[424] Dávila Garibi, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, t. IV, vol. I, pp. 496-501.

también refirió la implementación de espacios destinados al área de pensionado y los adecuados para las escuelas de niños y niñas de "afuera".

En el comunicado de 1816, Cabañas dedicó algunas líneas a los establecimientos distantes de la sede episcopal: el colegio de niñas de Zacatecas, el de las religiosas de la Compañía de María y su escuela de la Enseñanza en Aguascalientes, e incluso de las escuelas en Real de Sierra de Pinos, en el pueblo de Teocaltiche y los colegios de niñas indias de Cuescomatitlán y Cajititlán.[425] En el informe se muestra el empeño con el que atendió a los institutos de carácter formativo durante toda su gestión. De lo anterior se puede aducir un efectivo interés por parte del obispo en la formación de niñas y mujeres; sin embargo, la relación de Cabañas con la Casa de Recogidas fue distante y poco interesada, lo cual se percibe en la inestabilidad con la que otorgó dadiva anual de 300 pesos, misma que comenzó a brindar su predecesor, fray Antonio Alcalde. El proceder del obispo debe entenderse a partir de la posición de los tribunales ordinarios eclesiásticos en la sociedad ya que se desprendían cada vez más de sus funciones de justicia y, por lo tanto, el poder eclesiástico perdía el vínculo que la unía con los sitios destinadas a la reformación y al castigo como lo era la Casa de Recogidas, la cual distaba del modelo de las instituciones educativas por las que se decantó Cabañas.

II. La Constitución de Cádiz y la puesta en escena del Ayuntamiento

La abdicación de Carlos IV, y después la de Fernando VII, el 19 de marzo de 1808 para ceder la corona a Napoleón Bonaparte, fue un suceso sin precedentes en la cultura hispánica que iba contra todo derecho. Esta circunstancia propició un vacío de poder ya que no se reconocía la legitimidad del acto y, por ende, tampoco la del nuevo rey José I. Con el propósito de atender la emergente situación y defender la monarquía, las provincias formaran Juntas, éstas, al fundirse dieron origen a la Junta Central Suprema, compuesta por dos representantes de

[425] Dávila Garibi, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, t. IV, vol. I, p. 502.

cada territorio de la parte europea y sólo nueve de América, y que tuvo por sede Madrid, sin embargo, las circunstancias políticas obligaron al organismo a trasladarse a Sevilla, desde allí, en enero de 1810 convocaron a Cortes Generales de todas las provincias de la península y ultramar. Debido al avance del ejército francés, la Junta Central recurrió al recurso de Regencia y una vez que se conformó como tal emitió las instrucciones necesarias para convocar y celebrar dichas Cortes.[426]

Una vez congregados los diputados, y tras un par de años de debatir los principales asuntos relativos a la soberanía de la nación española y la división de potestades, dieron forma a la Constitución de Cádiz, promulgada el 19 de marzo de 1812, con la finalidad de implantar la monarquía republicana. Seis meses después, en septiembre, la carta magna fue dada a conocer en la ciudad de México, y más tarde en Guadalajara. Al momento de la promulgación de la Constitución Gaditana, la intendencia de Guadalajara estaba a cargo del comandante general e intendente José de la Cruz Montoya, quien desempeñó el empleo de febrero de 1811 a agosto de 1821; sólo en su ausencia, por breves periodos, otros personajes ejercieron el puesto en calidad de interinos.

La implementación de la Constitución de 1812 produjo cambios en la división del territorio y en las funciones de gobierno, ya que planteó la partición de poderes en tres potestades: ejecutivo, legislativo y judicial, es decir, el rey, las Cortes, y el Supremo Tribunal. Las Cortes, la Diputación Provincial y el Ayuntamiento adquirieron determinadas potestades y dimensiones; en especial la jurisdicción municipal tomó un nivel protagónico. En materia carcelaria y penal, en consonancia con la humanización del pensamiento Ilustrado, la Constitución de Cádiz dispuso no usar del tormento ni de los apremios, ni imponer pena de confiscación de bienes, además, respecto a las cárceles, por ejemplo, asentó que sólo servirían para asegurar y no para molestar a los presos, por lo que no se les colocaría incomunicados en calabozos subterráneos ni malsanos.[427] De esta manera, la carta gaditana marcó, en los

[426] Manuel Chust, *La Tribuna revolucionaria. La Constitución de 1812 en ambos hemisferios*, Madrid, Sílex, 2014, p. 39.
[427] Tít. V, cap. III, art. 297, 303, y 304, *Constitución Política de la Monarquía Española*, Cádiz, Imprenta Real, 1812, pp. 81-82.

territorios de la monarquía hispánica, el preámbulo de un proceso de resignificación del horizonte político y normativo.

En el apartado VI intitulado "Del gobierno interior de las provincias y de los pueblos" se trataron las características y facultades que adquiriría el ayuntamiento con la carta magna de 1812. En ella se establecía que el organismo quedaría compuesto por el alcalde, regidores y el procurador síndico y que sería presidido por el jefe político donde lo hubiere (art. 309); además dictaba que los cargos se nombrarían por elección, por lo cual cesarían los oficios a perpetuidad (art. 312). A cargo del cabildo quedaban los siguientes rubros: la policía de salubridad y comodidad; el auxilio al alcalde en todo lo perteneciente a la seguridad de las personas y bienes de los vecinos y a la conservación del orden público; la administración e inversión de los caudales de propios y arbitrios conforme a las leyes y reglamentos; llevar a cabo el repartimiento y recaudación de las contribuciones y remitirlas a la tesorería respectiva; atender las necesidades de las escuelas de primeras letras y otros institutos educativos que se sostuvieran de los fondos del común; cuidar de los hospitales, hospicios, casas de expósitos y demás establecimientos de beneficencia, bajo las reglas que estaban prescritas; asistir de la construcción y reparación de los caminos, calzadas, puentes y cárceles, de los montes y plantíos del común, y de todas las obras públicas de necesidad, utilidad y ornato; formar las ordenanzas municipales y presentarlas a las Cortes para su aprobación por medio de la Diputación Provincial, que las acompañaría con su respectivo informe; promover la agricultura, la industria y el comercio según su localidad y circunstancias de los pueblos y cuánto le sea útil y beneficioso (art. 321).[428]

La *Instrucción para el gobierno económico-político de las provincias* expedida en 23 de junio de 1813 ratificó las facultades del ayuntamiento, de las diputaciones provinciales y los jefes políticos. En el capítulo I de la *Instrucción*, relativo al cabildo, se le encomendó el cuidado material de los hospitales, cárceles y casas de caridad o de beneficencia; en el caso preciso de hospitales y casas de expósitos se le exhortó a procurar su manutención con los "fondos del común del pueblo", además de atender las obras públicas de utilidad, beneficencia u ornato, en esto último se englobaban los caminos, plazas, y el aspecto físico de los inmuebles que prestaran algún servicio a la ciudad. Respecto a las fundaciones que

[428] Tít. VI, cap. I, art. 309-321, *Constitución Política de la Monarquía Española*, pp. 83-87.

estaban en manos de particulares, se establecía que el ayuntamiento actuaría como un ente vigilante, y sólo observaría su correcto orden interno, si hubiese inconsistencias o abusos, avisaría al Jefe Político sin perturbar a los directores o administradores de tales instituciones. En lo concerniente a las diputaciones provinciales la *Instrucción* señalaba, entre otras cosas, que les correspondía velar por la conservación de las obras públicas y establecimientos de beneficencia y promover la construcción de nuevas obras, mismas que auxiliaría con los caudales del ramo de Propios y Arbitrios.[429] La figura del ayuntamiento aunque investida de mayores atribuciones administrativas, quedaba supeditada a las diputaciones provinciales y al jefe político, al segundo de ellos debía presentarle informes anuales.

En la intendencia de Guadalajara, la Constitución de 1812 fue proclamada por De la Cruz en mayo de 1813, y enseguida procedió a convocar a las elecciones para formar el cuerpo del ayuntamiento de la ciudad de Guadalajara, los comicios se efectuaron el 6 de junio de ese mismo año. En el caso de Guadalajara, al concentrar en un mismo espacio la autoridad del jefe político, del ayuntamiento y del Supremo Tribunal de la Audiencia, con los cambios en las facultades de unos y otros, implicó que esto organismos desarrollaran nuevas formas de relacionarse entre sí y de representarse ante el pueblo, ya que en atención a lo que se estableció en Cádiz, la dignidad del cuerpo gubernativo del ayuntamiento quedó por encima del tribunal de justicia que representaba la audiencia. Enseguida de que se llevaran a cabo las elecciones del cabildo, el organismo comenzó a hacerse cargo de los rubros que le estaban encomendados y que consideró prioritarios, al tiempo que procuró asumir su posición privilegiada en las ceremonias y funciones públicas.[430] Primero, respecto a la policía de salubridad, observó que el estado deplorable de algunas boticas era perjudicial a la salud pública, por lo que ordenó que se realizaran visitas de inspección en compañía del médico don Mariano García de la Torre;[431] además, debido al brote de una "peste de fiebres" en la ciudad de México, y en previsión de que la enfermedad arribara a la ciudad, decretó que se instituyera una Junta Provincial de Sanidad.[432] En estas comisiones se entretuvo el

[429] Instrucción para el gobierno económico-político de las provincias, *Colección de los decretos y órdenes que han expedido las Cortes Generales y Extraordinarias, desde 24 de febrero de 1813 hasta 14 de septiembre del mismo año en que terminaron sus sesiones*, t. IV, Sevilla, Imprenta Mayor de la Ciudad, 1813, pp. 105-126.
[430] Jaime Rodríguez, *Nosotros somos ahora los verdaderos españoles*, Zamora, El Colegio de Michoacán, Instituto Mora, 2009, p. 370.
[431] AMG, Actas de Cabildo, c. 19, 5 de julio de 1813, f. 19.
[432] AMG, Actas de Cabildo, c. 19, 23 de agosto de 1813, f. 37.

ayuntamiento hasta el mes de septiembre. Sus acciones demuestran la efectiva disposición de las autoridades municipales para actuar conforme a lo establecido por las leyes de 1812.

En el *corpus* de la Constitución Gaditana quedó ausente de manera puntual y directa la referencia a la figura de instituciones denominadas galeras, de recogidas o de corrección de mujeres, por lo que en primera instancia no se aprecia la concepción que se tenía de este tipo de entidades. Lo que sí determinaba la carta magna era que los establecimientos de beneficencia transitarían al arbitrio del ayuntamiento mientras que las cárceles permanecerían bajo la autoridad de los tribunales superiores de justicia; de lo referente a los espacios carcelarios al cabildo sólo le correspondería el cuidado de su aspecto material. Es decir, de acuerdo con los principios constitucionales referentes a la división de poderes, el ámbito de justicia quedaba dentro de las responsabilidades del tribunal de la audiencia y el de policía a cargo del ayuntamiento. Al prescribirse de forma contundente cuál organismo sería el que ejercería jurisdicción sobre las cárceles, las casas de recogidas, al igual que los hospicios y hospitales, quedaron supeditadas al hiperónimo de beneficencia, lo que significó una clara diferenciación entre la naturaleza de los recintos propios de justicia y los que se concibieron como instituciones de ayuda a los necesitados.

El cabildo del ayuntamiento de Guadalajara tomó las responsabilidades de la dirección de manera paulatina y por las eventualidades que le obligaron a ello; en especial tras la renuncia por enfermedad de la rectora María del Carmen Arrizón, misma que solicitó el 21 de diciembre de 1813. Con la finalidad de resolver en la materia, en enero el cabildo remitió el asunto a la asesoría de sus síndicos, quienes le confirmaron que "conforme a lo prevenido en la Constitución y posteriores decretos de Cortes", la casa de corrección estaba bajo su cuidado e inspección.[433] En atención a la respuesta, el ayuntamiento ordenó efectuar averiguaciones referentes al objeto de la fundación de la Casa, quiénes fueron sus fundadores o personas que la establecieron, cuáles las rentas con las que se había sostenido y de dónde procedían, así mismo mandó observar el aumento o deterioro de sus caudales. Además, realizó una visita al establecimiento con la finalidad de inspeccionar y evaluar el quebranto material del edificio que albergaba la Casa de Recogidas.[434] Los informes solicitados fueron

[433] AMG, ramo Policía, sig. P1.1, c. 2, paqt. s/n, leg. 189, exp. 11, año 1814, f. 1v.
[434] AMG, Actas de Cabildo, c. 19, 10 de enero de 1814, f. 13v.

esclarecidos por el obispo,[435] el provisor y la Secretaría de Cámara del Tribunal de la Audiencia; esta última, en marzo, satisfizo los puntos con la entrega de documentación de la Casa de Recogidas, la cual muy probablemente conservaba la figura del juez protector.[436]

Con el atributo de autoridad responsable, el ayuntamiento solicitó a la rectora Arrizón que continuaría en su cargo en calidad de interina y le notificó que las subsecuentes representaciones que tuviese las debería presentar en la forma correspondiente al cuerpo del cabildo.[437] Por cuestiones de salud, Arrizón abandonó el cargo y en su lugar fue nombrada Rosalía Enríquez del Castillo. Contrario a los años precedentes en que la encargada del recogimiento solicitaba con insistencia las fanegas de maíz, en marzo de 1814 el ayuntamiento, con el propósito de optimizar su contribución, consintió en que el suministro de dicho grano se realizara mensualmente a razón de cuatro bultos durante diez meses, y cinco los últimos dos, con verificación de entrega el día primero de cada mes.[438] Así, de manera íntegra, durante el régimen gaditano la Casa de Recogidas fue considerada dentro de la categoría de institución benéfica, y en consecuente ajena al entramado de justicia, pese la nota represiva que guardaba el establecimiento. La efectiva actuación del ayuntamiento debe comprenderse a partir de la misma Constitución de Cádiz ya que desempeñarse de manera plena en los rubros que la carta magna le encomendaba era una forma de responder a las dignidades que se le conferían y hacer valer sus alcances. Además, desconocer las obligaciones que le asignaba el orden constitucionalista se interpretaba como rebeldía.

Respecto a la real cárcel, el ayuntamiento atendió sólo lo concerniente a sus mejoras materiales. En abril de 1814, el intendente De la Cruz inquirió al ayuntamiento para que contribuyera en la comida de presos,[439] y en agosto de 1814, por un exhorto puntual le

---

[435] AMG, Actas de Cabildo, c. 19, 24 de enero de 1814, f. 6v; AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 20, año 1714, f. 1.

[436] La Secretaría de Cámara remitió los siguientes documentos: 1ª) un cuaderno con 58 fojas señalado con el n. 1º; 2ª) otro con 22 fojas señalado con el n. 8; 3ª) otro sobre subsistencia de la casa de recogidas con el n. 6; 4ª) una real cédula de 14 de marzo de 1797, en que se previene que se instruya expediente sobre dotación de la casa de recogidas, y se remita a vote consultivo; 5ª) un cuaderno en 24 fojas que es el remitido por el secretario de cámara, sobre el destino de 6 mil pesos de los expolios del Ilmo. Señor Rivas, señalado con el n.3. AMG, ramo Policía, sig. P1.1., c. 2, paqt. s/n, leg. 189, exp. 11, año 1814, f. 3.

[437] AMG, Actas de Cabildo, c. 19, 17 de enero de 1814, f. 9.

[438] AMG, ramo Policía, sig. P1.1, c. 2, paqt. 29, leg. 26, exp. 10, año 1814, f. 10; AMG, Actas de Cabildo, c. 19, 14 de marzo de 1814, f. 37.

[439] AMG, Actas de Cabildo, c. 19, 29 de abril de 1814, f. 52.

encomendó sufragar la comida de presos, no obstante, el cabildo alegó que en el caso de estas instituciones únicamente le correspondía lo tocante a los aspectos constructivos de las fincas, además, argumentó que la cárcel siempre había permanecido bajo la jurisdicción del superior gobierno y que él carecía de fondos que le permitieran solventar la comisión referida, por esta razón y con la finalidad de no desatender del todo la orden, proponía cubrir esta tarea con un nuevo impuesto. En su respuesta, el cabildo se remitió al artículo 338 de la Constitución de Cádiz, el cual señalaba que las contribuciones las establecerían o confirmarían las Cortes, de igual manera, recurrió a la *Instrucción para el gobierno económico-político de las provincias* que consentía solicitar los recursos que se necesitasen para financiar las obras públicas de común utilidad, en particular cuando los propios y arbitrios del pueblo fuesen insuficientes.[440] Desde los recursos legales el ayuntamiento se deslindó de las responsabilidades que le quería fincar el jefe político.

La carestía económica que produjo la guerra, aunada a las prioridades en materia de seguridad, colocó a los establecimientos en la incertidumbre por la falta de fondos seguros que contribuyeran a subsanar sus necesidades. Debido a las instancias infructuosas entre De la Cruz y el ayuntamiento, el jefe político, en un esfuerzo por remediar la situación de la cárcel y el hospital de Belén, elevó escrito al obispo Cabañas en agosto de 1814, y le solicitó encarecidamente que los productos libres de los curatos vacantes de las dispensas de proclamas en los matrimonios se aplicaran en beneficio de las referidos instituciones, ya que la hacienda pública estaba encarecida porque de ella se pagaban las estancias de los militares enfermos.[441]

En la cárcel real, una de las constantes quejas consistía en la escasa porción de tres pequeñas tortillas que recibían los presos por alimento,[442] esta demanda fue la que movió a De la Cruz a solicitar arbitrios a segundas instancias; sin embargo, más allá de los recursos económicos, otro de los elementos que influyó en la precariedad de los suministros derivó de la proclamación de la Constitución de Cádiz. La rectora Arrizón acusaba que "desde su

[440] AMG, Actas de Cabildo, c. 19, 13 de agosto de 1814, f. 84; AMG, Actas de Cabildo, c. 19, 19 de agosto de 1814, f. 88.
[441] Dávila Garibi, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, t. IV, vol. I, p. 531.
[442] AMG, ramo Policía, sig. P1.2, c. 2, paqt. 29, leg. 296, exp. 9, año 1814, f. 1.

publicación no trabajaban las reclusas sino para su propia subsistencia",[443] porque estaban recluidas a título de corrección, no de castigo. En sí, el matiz benéfico reposicionó a la Casa de Recogidas como una institución de ayuda a las mujeres transgresoras; de acuerdo con lo depuesto por la rectora, parece ser que esta noción relajó en algún grado las extenuantes jornadas del metate, lo cual disminuyó la cantidad de tortillas que debían prepararse y el resto de los insumos que se remitían a la real cárcel.

La diferencia conceptual entre establecimientos carcelarios e institutos de beneficencia es clave para comprender el sentido social de cada una, además, permite vislumbrar la concepción que se tenía de los habitantes de uno y otro lugar, es decir, sobre los y las transgresoras del orden. En términos concretos la beneficencia implicaba una acción solidaria hacia el otro, en pro de contribuir en algún bien en su persona, por lo que se entiende que se ejercía a favor de los necesitados. Al instaurarse en la Constitución de Cádiz que la beneficencia sería administrada por una institución, en este caso por el ayuntamiento, ésta se convirtió en una acción colectiva y de interés público, así al sentenciar que la beneficencia era una responsabilidad propia de determinado organismo se obligó a responder de manera cabal e integra por ella, más allá de limosnas volátiles e inestables.

La relación entre el concepto de beneficencia y el de caridad guarda ciertas analogías, pero también diferencias substanciales. La caridad era concebida como una virtud teologal, infundida por Dios, que a su vez constituía un medio para acercarse más a Él y procurar la anhelada salvación del alma y la santidad a través de su ejercicio, por lo que el principal provecho de este acto era personal, aunque al mismo tiempo se mostraba el debido amor al prójimo. En los debates que precedieron la formación de la Constitución de Cádiz, cada vez que salía a colación el término de caridad éste quedaba ligado a personas eclesiásticas y, por lo tanto, se pugnó porque los establecimientos dedicados a atender alguna necesidad de la sociedad dependieran del clero.[444] Sin embargo, la protección social que connotaba la beneficencia se alejaba de un propósito religioso y se enfocaba en aspectos pragmáticos y materiales que permitieran el bienestar de la sociedad. El matiz secular de esta labor se

[443] AMG, ramo Policía, sig. P1.1, c. 2, paqt. 29, leg. 26, exp. 10, año 1814, f. 1.
[444] Mónica Alejandra Rosales Salazar, "Una mirada al uso del concepto de caridad en las Cortes de Cádiz", Margarita Moreno y Rosa María Álvarez (coords.), *El Estado laico y los derechos humanos en México: 1810-2010*, México, UNAM, 2012, pp. 239-252.

acentuó al concebirse como una de las funciones del Estado: garante y protector máximo de los individuos.

Las casas de recogidas quedaron englobadas en el hiperónimo de beneficencia porque se consideró que las transgresoras del orden eran más similares a los menesterosos que a los criminales, esto se debió a que el tipo delincuencial partía de una figura masculina, mayor de edad, racional, y concebido como naturalmente violento.[445] Los delitos y transgresiones de los hombres han sido considerados como excesos de los atributos de su masculinidad, por lo que no contravienen su construcción de género.[446] En cambio, las mujeres al estar alejadas del prototipo del delincuente por antonomasia y ser tenidas por menores de edad fueron sancionadas de manera diferenciada, con un mayor apegó a una corrección moralizante.[447] Los indigentes y las infractoras compartían la desavenencia del deber ser masculino -industrioso- y del femenino -sumiso-, en términos legales esto los equiparó en un estado de minoría de edad, en el que no eran del todo imputables, de tal manera que su desviación debía ser un castigo correctivo. Además, en las mujeres sus delitos estaban relacionados con la concupiscencia, por lo que en su castigo predominaba un discurso religioso, moralizador y correccional.[448]

---

[445] En el orden jurídico tradicional, la falta de razón o la ignorancia fueron elementos cardinales que marcaron la construcción del tipo delincuencial. El menor de edad, el indio, y la mujer considerada también una menor necesitada de tutela, fueron individuos dispensados en lo judicial, pues al no ser sujetos plenos de derecho, tampoco eran imputables de manera categórica. Los episodios en que el individuo "perdía" la razón, por ejemplo en estado de ebriedad, por celos o ira, podían ser empleados como atenuantes que perdonaran la afrenta o redujeran el tiempo y severidad del castigo. El estudio de Elena Azaola, aunque de otra temporalidad, corrobora que la construcción del tipo delincuencial masculino se erigió como parámetro de otros transgresores, por ejemplo, los menores de edad que transgredían el orden fueron calificados de inmaduros, inexpertos, sin pleno discernimiento. Esta visión originó que en los jóvenes el castigo se tornara más correctivo que punible y que las instituciones de su encierro se asociaran más al campo de la beneficencia. Véase Azaola, *La institución correccional en México: una mirada extraviada*, México, Siglo XXI, CIESAS, 1990.

[446] Ángela Burgos, Elena Sanz, Josefa Cabrera, Juan José Silva, Enrique López, Alberto Ramos, *et al*, "La identidad masculina, propuestas para una reflexión", Alberto Ramos (ed.), *La identidad masculina en los siglos XVIII y XIX: de la Ilustración al Romanticismo (1750-1850): VIII encuentro*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1997, pp. 267-276.

[447] Elisabeth Almeda considera que en España ha persistido una corrección moralizante en las mujeres, misma que se acentuó durante el franquismo que delegó el cuidado de las presas a órdenes de religiosas. Almeda, "Pasado y presente de las cárceles femeninas en España", *Sociológica. Revista de pensamiento social*, núm. 6, 2006, pp. 75-105.

[448] En diversos estudios históricos y antropológicos se confirma que la delincuencia de las mujeres ha sido percibida como doblemente transgresora por faltar a la normatividad legal y a su esencia femenina, lo que evidencia una arraigada concepción del deber ser femenino anclado a postulados morales, al ámbito doméstico, a la sumisión y obediencia. Para estudios del caso mexicano que coinciden con este argumento véase por ejemplo: Elisa Speckman Guerra, *Crimen y castigo. Legislación penal, interpretaciones de la criminalidad y*

Desde el siglo XVI las políticas que se tomaron para atender a los pobres se asemejaron más a las que después se emplearon en las recogidas, ya que la población de ambos géneros institucionales fueron identificados como grupos necesitados de protección. En suma, es factible afirmar que la penalidad masculina permanecía en una etapa vindicativa de carácter público, ya que al aplicar el castigo sólo se procuraba la reparación de la ofensa y la ejemplaridad de la justicia. En cambio, las transgresiones femeninas, al ir en contra de su propia esencia delicada y sumisa, del modelo y funciones propias de su sexo, derivaron en medidas que pretendían reformar sus conductas desviadas a través de sanciones que respondían a los códigos de su feminidad, el discurso correctivo envolvía una retórica más severa, pues a través del encierro se trataba de transformar la naturaleza de los recluidos, ya que la falta era más profunda.[449]

En la península ibérica, desde finales del siglo XVIII, vagabundas, delincuentes y prostitutas se remitieron de manera indistinta a hospicios, casas de recogidas y cárceles de mujeres, ya que estas instituciones eran concebidas dentro de un mismo campo semántico,[450]porque compartían principios correctivos, asistencialistas, y de aseguramiento de los transgresores, no obstante, las galeras quedaron reservadas para las perpetradoras de delitos de mayor gravedad y reincidentes.[451] La visión de las instituciones penales masculinas aun no compartían del todo estos postulados, y cuando los tomaron se identificaron como herederos de los hospicios, sin considerar que con las galeras en España, y las recogidas de Nueva España tenían una relación más estrecha en términos de justicia.[452]

---

administración de justicia (Ciudad de México, 1872-1910), El Colegio de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007; Marcela Lagarde y de los Ríos, *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, UNAM, 2014, pp. 641-648.

[449] Trinidad Fernández, *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX),* p. 28.

[450] Desde 1722, la casa galera de Madrid dependía de la Junta de los Reales Hospitales General y de la Pasión, en lugar de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, organismo al que nació sujeta en 1608; después, en 1750, sin dejar de depender de la referida Junta, reservó algunas atribuciones a la Sala de Alcaldes y el Consejo Real. Martínez Galindo, *Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913),* p. 73.

[451] Martínez Galindo, *Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913),* pp. 120-127.

[452] La relación directa que se estableció entre hospicios y el modelo penitenciario se ha basado en la propuesta que realizó el inglés John Howard en 1777, en su libro *The State of prison* señaló que los establecimientos penales debían imitar el funcionamiento de algunos hospicios y casas de corrección de menores infractores. Trinidad Fernández, *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX),* p. 117. Los diversos estudios sobre las casas galeras y casas de recogidas, al profundizar sobre su funcionamiento y estructura coinciden en señalar que las penitenciarías del siglo XIX tuvieron un antecedente importante en la

Con la puesta en vigor de la Constitución de 1812 quedó corroborado que el nominativo de obra pía, más próximo al de caridad bajo la cual se erigieron la mayoría de casas de recogidas, devino en beneficencia gubernamental, esto en una clara política de centralización por parte del Estado absolutista, un consenso implícito respecto a un tipo delincuencial, y un castigo diferenciado en las mujeres. La pretendida salvación espiritual y corporal de las mujeres recogidas transitó a una visión de asistencia en la que prevaleció una connotación represiva y paternalista que buscaba la reinserción a través de recoger, amparar y corregir, con jornadas de trabajo, y no con las prácticas devocionales que propiciaran la restitución de la pecadora con Dios.

En Madrid, en las dos últimas décadas del siglo XVIII, el Estado comenzó a tomar el control sobre los canales de beneficencia y los dotó de una competencia civil, de manera que el influjo eclesiástico quedó coartado y supeditado a su arbitrio, no obstante, las autoridades regías pretendían que estas áreas funcionaran con donaciones y fondos de ciudadanos patriotas.[453] La Constitución de Cádiz sólo confirmó esta postura política. La cárcel, por el contrario, tenía una larga data de fungir como uno de los instrumentos del poder judicial, cumplía con parte del ejercicio demostrativo de la justicia, y aunque era útil al conjunto de la sociedad en aquellos momentos no se concibió como una obra en beneficio de quienes eran recluidos en ella; su noción de espacio de justicia-castigo era claramente identificable. La diferenciación entre cárceles y casas de recogidas envolvió también una distinción entre las transgresiones que cometían hombres y mujeres, y las formas en que se debían reprender sus faltas al orden: para ellos el castigo utilitario que beneficiara al rey y a la república, para ellas la corrección.

La labor administrativa del ayuntamiento a favor de la Casa de Recogidas, por su nota de establecimiento benéfico, duró poco tiempo. La vigencia de las Cortes y la Constitución de Cádiz culminó en la península ibérica el 4 de mayo de 1814. Fernando VII regresó al trono

---

experiencia punitiva de las mujeres, en los institutos de encierro, por lo que es preciso reconsiderarla. En esto coinciden las siguientes autoras: Martínez Galindo, *Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913),* p. 42; López, *El cepo y el torno. La reclusión femenina en el Madrid del siglo XVIII*, p. 163; Elena Azaola, "Las mujeres en el sistema de justicia penal y la antropología a la que me adhiero", *Cuadernos de Antropología Social*, núm. 22, 2005, p. 15; Almeda, "Pasado y presente de las cárceles femeninas en España", pp. 83-84.

[453] López, *El cepo y el torno. La reclusión femenina en el Madrid del siglo XVIII*, p. 44.

y con él la monarquía absoluta. En ciudad de México, el virrey publicó un bando que ordenaba que se restableciera el sistema gubernativo que regía antes de las Cortes; en Guadalajara, ese mismo año, el comandante José de la Cruz notició a la intendencia la abrogación de la Constitución Gaditana.[454] El año siguiente de 1815 se vivieron meses de reajustes; la Casa de Recogidas terminó su relación con el ayuntamiento y el interés administrativo que obtuvo de su parte, volvió a la indiferencia económica por parte de las autoridades eclesiásticas y seculares de la Real Audiencia. Aunque en aparente decadencia, el contexto de guerra dio nuevos bríos a las casas de recogidas de toda la Nueva España y mostró sus cualidades como instituciones máximas de castigo, ligadas a los tribunales de justicia. De forma copiosa se recurrió a ellas para escarmentar a aquellas que de una u otra manera se involucraron en el movimiento insurrecto que inició en 1810.

III. José Domingo Rus, el juez protector de las Recogidas

Volver al sistema previo a Cádiz implicó relevar al ayuntamiento de la administración del recogimiento y retomar la figura del juez protector, cargo que recaía en alguno de los oidores de la Real Audiencia. Como mencioné, esta transición jurisdiccional envolvía también un cambio en su naturaleza institucional, ya que regresar al arbitrio del superior tribunal la acercaba más a una esencia judicial, análoga a la que guardaba la real cárcel. Una vez reinstaurado el orden monárquico, el nombramiento de juez protector recayó sobre José Domingo Rus, quien tenía poco tiempo avecindado en los territorios de la Intendencia de Guadalajara, donde arribó procedente de Maracaibo, pero con una interesante trayectoria en Madrid.

Las circunstancias decadentes de la estructura material del recogimiento así como la apremiante necesidad de mantener en funciones el establecimiento debido a la cotidianidad de la guerra, urgieron la presencia de un personaje activo y diligente que garantizara la pervivencia de la institución; este papel fue justo el que desempeñó Rus, actor que en su

[454] AMG, Actas de Cabildo, c. 19, 18 de septiembre de 1815, f. 53.

momento tuvo una destacada y comprometida participación en el régimen constitucional impuesto por las Cortes de Cádiz. José Domingo Rus consiguió que la Casa de Recogidas se conservara en lo material y vasta en capacidad; por su parte, de manera paralela el contexto de beligerancia propició que se vigorizara su función represiva y coercitiva. El destacado papel del juez protector marcó una etapa en la historia de la institución.

José Domingo Rus era natural de Maracaibo, nació en agosto de 1768; cursó estudios en filosofía en Caracas y, más tarde, en 1790 se trasladó a Santo Domingo, con la finalidad de completar sus estudios, allí se graduó de doctor en sagrados cánones; una vez de regreso en Maracaibo tomó clases de Derecho. En 1797 Rus fungió como consular del Tribunal de la Inquisición de Cartagena de Indias, ese mismo año incursionó en diversos cargos dentro de la Real Hacienda de Maracaibo y en 1804, finalmente, fue nombrado Gobernador Fiscal de dicho organismo, en este empleo destacó por su dedicación en solucionar los atrasos de los distintos ramos.[455] En febrero de 1811, fue electo diputado propietario de aquella provincia para las Cortes de Cádiz y en los primeros días de marzo de 1812 se presentó a jurar su cargo, el cual desempeñó hasta mayo de 1814; su participación en Cortes versó sobre dos temas ejes: las facultades judiciales y la situación de dependencia de Maracaibo respecto a Caracas; ambas peticiones tenían como finalidad el recobrar la dignidad y primacía de la provincia y ciudad de Maracaibo, ya que en lo regional se veía absorbida por la centralidad de Caracas y en lo provincial se veía menguada por Mérida, un cabildo subalterno, que le había arrebatado el derecho de ser sede obispal.

Rus simpatizaba con la idea de exclusividad y primacía que debía detentar el Tribunal Superior de Justicia, ya que había atestiguado el menoscabo que la pluralidad de tribunales especiales ocasionaban al ejercicio judicial; este pensamiento era acorde a las ideas ilustradas y reformadoras del Derecho Penal que se vertieron en la Constitución de Cádiz, con lo que se asume que este personaje era defensor de un sistema racional y secular en la impartición de justicia. En cuanto a la concepción de autonomía de Maracaibo, el diputado la vislumbraba a partir del modelo de intendencias, y propugnaba porque su provincia tuviera mayores potestades administrativas, en especial, en lo relativo a sus ingresos, todo bajo la debida

[455] Fredérique Langue, "La representación venezolana en las cortes de Cádiz: José Domingo Rus", *Boletín de americanistas*, núm. 45, 1995, p. 229.

fidelidad al sistema monárquico, pero contrario al férreo centralismo de Caracas que colocaba a su distrito en una evidente desventaja. El diputado a Cortes, en su labor parlamentaria, trabajó de cerca con la élite de su región, esto le permitió influir para que su provincia se convirtiera en bastión contrainsurgente, proceder que corroboraba su apego al bando realista y que le servía para dar mayor fuerza a sus peticiones y gestiones en Madrid. Por ejemplo, su solicitud de elevar a Maracaibo en capitanía general la planteó como una medida estratégica necesaria para frenar el movimiento autonomista de Caracas.[456]

Tras darse por abrogadas las Cortes el 4 de mayo de 1814, Miguel de Lardizábal y Uribe, en calidad de Ministro del Despacho Universal de Indias, notició por circular fechada el 17 de junio del mismo año, el interés de su majestad por conservar en Madrid a los diputados que tenían promovidas razones de derecho y justicia para sus provincias, esto con la finalidad de no entorpecer el curso de los asuntos de mayor provecho y llevar a buen término las solicitudes que fueran dignas de preferencia; bajo esta disposición se le conservó a Rus el carácter de representante de Cortes, y debido a ello permaneció en la península ibérica, pues además de que eran múltiples y reconocidos los recursos que tenía pendientes a favor de sus representados en Maracaibo, en materia hacendaria y jurisdiccional, debía presentar un informe al respecto.

Rus, a diferencia de otros diputados, mantuvo una actitud leal hacia la monarquía española con el objeto de conseguir mayores prerrogativas en beneficio de su provincia, esta estrategia política le valió para continuar con su carrera en el ámbito regio y ser promovido. El 24 de septiembre de 1814 se le otorgó a Rus el cargo de oidor en la Audiencia de Guadalajara de Indias; por su notoria insolvencia y con el deseo de no gravar a su provincia con los costos de su viaje, el 12 de octubre solicitó al ministro Lardizábal el permiso de embarcarse en un buque de guerra que, al llevar correspondencia a Puerto Rico, pasaba forzosamente por las aguas de Maracaibo, pues antes de ocupar la plaza que se le encomendaba le era preciso recoger a su hijo José Domingo, familia y criados, para quienes

[456] Sobre la labor en Cortes de José Domingo Rus véase Zulimar Maldonado Viloria, *José Domingo Rus: representante de la élite maracaibera durante la emancipación venezolana*, tesis de licenciatura, La Universidad del Zulia, 2001.

pidió el pasaporte debido.[457] Después de su travesía por altamar y resolver la mudanza a Nueva España, se trasladó a Guadalajara y tomó posesión de su empleo el mes de septiembre de 1816.



Ilustración 7 José Domingo Rus y Ortega.[458]

José Domingo Rus, un hombre que conocía el sistema desde su interior en su ámbito fiscal, judicial y legislativo, fue el consignado para ser el juez protector de la Casa de Recogidas de Guadalajara; su experiencia en los recursos financieros se percibió en el manejo que dio a los asuntos del establecimiento. Su primera actuación la efectuó el 31 de diciembre de 1816, en un escrito que dirigió al ayuntamiento y en el que solicitaba con minuciosidad que se le informase por qué la acostumbrada contribución de 100 fanegas de maíz se redujo sólo a 50 a partir de 1787, sin que el cabildo hubiese expresado de manera fundada tal variación, y en

[457] AHAG, Biblioteca Contemporánea, José Domingo Rus Ortega de Azarraullia, *Maracaybo representado en todos sus ramos por su hijo diputado a Cortes don José Domingo Rus Ortega de Azarraullia, oidor de la Real Audiencia de Guadalajara de Indias, Reyno de la Nueva Galicia por SMC el señor don Fernando VII de Borbón y su real decreto de 24 de septiembre de este año de 1814,* Madrid, Imprenta de Vega y Compañía, 1814, pp. 164-167.

[458] Ilustración tomada de Antonio Márquez Morales, "José Domingo de las Nieves Rus y Ortega Azarraullia: defensor de la patria chica", *El Maracaibeño*, periódico cultural de Maracaibo, 21 de febrero de 2018. https://elmaracaibeno.com.ve/blog/2018/02/21/jose-domingo-de-las-nieves-rus-y-ortega-azarraullia-defensor-de-la-patria-chica-dr-antonio-marquez-morales/ [consultado el 14 de mayo de 2019].

menosprecio de la cédula real de 24 de mayo de 1776 que le encomendaba a la ciudad su colaboración en la subsistencia de la institución.[459] Conforme a las intenciones del soberano, la obra se debía conservar y fomentar por ser de conveniencia general y de un giro benéfico al público. En su calidad de juez protector, Rus requirió al ayuntamiento un aporte más generoso en consideración de que el establecimiento cargaba la unión de dos institutos, la Tesqui y la Real Casa de las Recogidas; por otra parte les increpó sobre la necesidad que había de dar movimiento a las manos de las recogidas, "antes paralizadas con título de corrección", para dar solución a esta situación los instó a implementar salas de telar y bordados.

En respuesta a lo anterior, el cabildo, compuesto por Ignacio Sanmartín, José Miguel Pacheco, Domingo Ibarrondo y Manuel Francisco de Ortega, solicitó el dictamen pertinente de los síndicos Agustín Mendiola y Manuel García Sancho quienes respondieron, el 22 de enero de 1817, con el argumento de que desconocían que en algún momento se contribuyó con 100 fanegas a las Recogidas, y que sólo tenían ciencia de las 50 acostumbradas que se ministraban cada año de forma gratuita, por vía de limosna, y por reconocimiento del mandato que de ello dio el intendente don Jacobo Ugarte y Loyola en 1791. La razón antecedente se envió a Rus con fecha del día 27 del mismo mes.[460] El 4 de febrero, con un temple firme y autorizado, el juez protector debatió que a pesar de que el socorro de 100 fanegas no derivó de real cédula este soporte era con el que estaba más conforme porque se trataba de la subsistencia de dos institutos reunidos, además, recriminó la dilatada contestación en un negocio que a su parecer era de carácter ejecutivo.[461] Sanmartín se encargó de responder en los mismos términos resolutorios: el cabildo, por acuerdo, se negaba a aumentar las porciones a los establecimientos sin que mediara una orden legítima que lo libertara de toda responsabilidad.[462]

Con la previsión de que el maíz se otorgaba a la Casa de Recogidas en el tiempo de cosechas, en junio Rus gestionó con el intendente José de la Cruz para que el pósito le franqueara 100 fanegas de maíz, 50 por sus fondos y otras 50 por el de propios y arbitrios, y

[459] AMG, ramo Policía, sig. P1.1, c. 2, paqt. 35, leg. 209, exp. 12, año 1816, ff. 1-2.
[460] AMG, ramo Policía, sig. P1.1, c. 2, paqt. 35, leg. 209, exp. 12, año 1816, f. 4.
[461] AMG, ramo Policía, sig. P1.1, c. 2, paqt. 35, leg. 209, exp. 12, año 1816, f. 6.
[462] AMG, Actas de Cabildo, c. 20, 7 de febrero de 1817, f. 11.

que se le vendiera al precio de su costo y con la facilidad de pagarlo cada semana. El 3 de junio el aludido remitió el asunto a su asesor, el Lic. González, quien sólo conviene en la entrega de 50 fanegas por estar fundamentada su petición en determinaciones judiciales, y en que se venda al costo, con la condición de una férrea vigilancia y un pago oportuno, De la Cruz procedió conforme a lo anterior.[463] Una vez enterado, el ayuntamiento remitió la disposición a la consulta de los jueces del pósito y a los síndicos,[464] quienes manifestaron su desacuerdo, por lo que elevaron su inconformidad al intendente con la petición de revocar su orden de 6 de junio.[465] A finales de julio la situación permanecía sin resolver y la rectora no recibía el maíz.[466] El juez insistió con sus demandas en octubre, y después en abril de 1818,[467] pero el ayuntamiento sólo entregó 50 fanegas,[468] y con la misma persistencia se mantuvo en contra.[469] En medio de las negativas del cabildo secular, en agosto de 1819 el juzgado ordinario de segundo voto, en voz de José Ignacio Cañedo, previno que los alcaides de la real cárcel pasaban a las presas a las Recogidas sin darles noticia, por lo que solicitaba se les diera cuenta de ello a los alcaldes ordinarios.[470] Rus retomó un decreto que les recordaba que sus alcaldes estaban impedidos para remitir mujeres a las Recogidas;[471] el mensaje era claro, sino contribuían con la manutención, tampoco deberían sumar población al establecimiento.

Ante la constante proporción de arbitrios para la Casa de Recogidas, el intendente, a su vez, solicitó informes al obispo, para reconocer los fondos de los que se había sostenido,[472] entendido de que por disposición de 1794 le correspondía al eclesiástico correr con lo económico.[473] Por lo que Rus comenzó a dirigir sus escritos al obispo; el 25 de junio de 1818 se encargó de ordenar la reparación de los techos que con anterioridad reportó la rectora a la autoridad obispal, para ello comisionó al presbítero don Pedro de Cámara y le facilitó 500

[463] AMG, ramo Policía, sig. P1.5, c. 3, paqt. 32, leg. 197, exp. 4, año 1817, ff. 1-6.
[464] AMG, Actas de Cabildo, c. 20, 9 de junio de 1817, f. 34.
[465] AMG, Actas de Cabildo, c. 20, 21 de julio de 1817, f. 43;
[466] AMG, ramo Policía, sig. P1.1, paqt. 32, leg. 147, exp. 13, año 1817, f. 1.
[467] AMG, ramo Policía, sig. P1.1, c. 2, paqt. 34, leg. 96, exp. 14, año 1818, ff. 1-4; AMG, Actas de Cabildo, c. 20, 16 de abril de 1818, f. 16.
[468] La rectora recibió 50 fanegas en enero de 1818, AMG, Actas de Cabildo, c. 20, 18 de enero de 1818, f. 6.
[469] AMG, Actas de Cabildo, c. 20, 20 de octubre de 1817, f. 61v.
[470] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 176, exp.18, prog. 2756, año 1817, ff. 1-1v.
[471] AMG, ramo Policía, sig. P1.1, c. 2, paqt. 35, leg. 4, exp. 15, año 1819, ff. 1-9; AMG, Actas de Cabildo, c. 20, 23 de agosto de 1819, f. 43v.
[472] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 21, año 1817, f. 1.
[473] Véase en el capítulo I el apartado "Entre reales y arbitrios".

pesos con la orden de que iniciara a la brevedad la compostura de la finca y la reparara "hasta donde alcance la expresada cantidad";[474] el obispo, que hizo caso omiso a las peticiones de la rectoría, accedió a los requerimientos del juez protector.

Rus examinó a detalle los fondos de la Casa de Recogidas y demostró su conocimiento y experiencia en materia hacendaria al igual que su compromiso con el cargo que se le confirió como juez protector. Sus pesquisas y patente pericia lo condujeron a remover un expediente relativo al derecho que tenía el establecimiento de gozar los réditos que devengaron los seis mil pesos procedentes de los expolios del obispo don Diego Rodríguez de Rivas; este asunto también lo agitó el 31 de diciembre de 1816, lo que aduce la agudeza y la minucia del oidor que, el mismo día, resolvió tres diligencias con diferentes instancias, pero con un mismo objetivo.

El juez protector solicitó al colector reconocer los libros reales de la tesorería que correspondían al periodo de 1784-1808, en el examen el referido receptor corroboró que la Real Hacienda adeudaba la cantidad descrita a las Recogidas, aunque la suma de intereses pasó desapercibida en el registro de los libros de consolidación de vales reales de 1807 a 1808. Rus fue más allá de las autoridades seculares, y también se dirigió a las eclesiásticas del obispado de Guadalajara, a quienes requirió que el bachiller Bernabé Gutiérrez Higuera indagara en los asientos de capellanías y obras pías sobre algún adeudo o fondo que beneficiase a sus protegidas. Con las ejecutorías en ambas instancias se apercibió de que el caudal líquido del fallecido prelado Rodríguez de Rivas ascendía a 17 801 pesos 4 reales y 7 granos, que una parte de este monto permanecía en la clavería de la catedral y que la suma de 2575 pesos se mantenía en la tesorería principal de Real Hacienda, cifra que se entregó por vía de préstamo en febrero de 1793 sin que se le hubiesen ministrado los beneficios de réditos.[475]

Rus armó un minucioso expediente compuesto de las reales cédulas, los decretos del virrey José de Iturrigaray y las disposiciones de la contaduría principal de Real Hacienda que daban cuenta del caudal que por derecho propio pertenecía a la Casa de Recogidas. En la

[474] AHEJ, sección Beneficencia, signatura B-5, c. 3, exp. 22, año 1818, f. 1.
[475] AGN, Instituciones coloniales, Ayuntamiento, Policía y empedrado, contenedor 10, vol. 30, exp. 10, año 1817, f. 286.

información que estudió y recabó logró esclarecer que los seis mil pesos destinados al establecimiento permanecieron en la tesorería principal y que dicha suma le debía redituar 300 pesos anuales, los cuales deberían ser entregados por la contaduría general; sin embargo, las urgencias económicas que ocasionó la guerra en España provocaron que la orden real de entregar el dinero y los réditos a las Recogidas se pospusieran.

De las averiguaciones de Rus se desprendió que, en marzo de 1810, el oidor don Cecilio Odoardo, juez protector en turno, asentó que a la fecha se echaban de menos las asignaciones en rentas que se debían destinar a la Casa de Recogidas y que después, con el movimiento insurrecto en Nueva España, la medida quedó en un total olvido, en parte, según argumentaban las autoridades, por el saqueo que sufrió la tesorería cuando el partido insurgente tomó en su poder la ciudad de Guadalajara. Una vez que conformó el expediente referente al capital adeudado al establecimiento, el 24 de enero de 1817, Rus lo remitió al intendente interino, José Francisco González de Velasco, y le insistió sobre la utilidad y provecho general que significaba el recogimiento en el ejercicio de la administración de justicia; por su intercesión los documentos se trasladaron a revisión del fiscal y se determinó que en efecto se adeudaban los intereses, pero en previsión de que el erario se encontraba en condiciones adversas que le permitieran satisfacer lo demandado por el juez protector se dispuso que se le diera una certificación con lo resuelto para que en su tiempo cobrara lo adeudado.[476]

A finales de 1817, de manera formal, Rus notició a la rectora Rosalía Enríquez que él ya no llevaría la dirección del gobierno externo de la Casa de Recogidas, a partir de ese momento correspondió a Enríquez elevar las instancias de la institución a título personal, pues el ayudante Felipe Ayala estaba reducido a una cama en el Hospital de Belén. Enríquez se dirigió a la Real Audiencia con el objeto de hacerla partícipe de las necesidades que se padecían en el establecimiento, en respuesta el tribunal superior la remitió al obispo porque

[476] AGN, Instituciones coloniales, Ayuntamiento, Policía y empedrado, contenedor 10, vol. 30, exp. 10, año 1817, ff. 283-315.

determinó que el recogimiento estaba bajo su jurisdicción por decreto real.[477] De nuevo, la institución padecía la indiferencia de las autoridades.

Con la insolvencia de las Recogidas, la rectora también veía menguados sus intereses, en carta que dirigió al obispo Cabañas le expresó que se encontraba con sueldos vencidos, sin materia prima para los trabajos del torno y sin más ingreso que el auxilio que recibía de la elaboración de la comida de presos. Así mismo, le señaló que el último socorro que recibió de su parte fue el que le envío por medio del capellán don Pedro de Cámara y Moreno, y que por parte de Rus tuvo por auxilio un quintal de algodón que se consiguió con el producto del trabajo de las reclusas.[478] Por un par de meses más el gobierno exterior de la casa quedó a cargo de la rectora. En enero se presentó ante el ayuntamiento y solicitó la entrega de maíz. Después, en abril de 1818, Enríquez volvió a dirigirse a Cabañas y le expuso el estado material que guardaba el edificio a su cargo, con techos que amenazaban ruina y que se podían agravar con el temporal de lluvias que se avecindaba. La voz femenina de Rosalía Enríquez, aunque insistente, careció de eco en los oídos de las autoridades eclesiásticas y seculares, y sus múltiples gestiones en poco fructificaron.

La ausencia temporal de Rus en el cargo tuvo por origen el conflicto que mantuvo con el intendente de Guadalajara al "desairar su autoridad". En mayo de 1817 José de la Cruz realizó una visita imprevista a la villa de Zamora sin comunicarlo a los oidores, cuando la Audiencia se enteró de la situación designaron por presidente al oidor Juan Nepomuceno Hernández de Alva.[479] De la Cruz consideró que Hernández de Alva y Rus fueron los principales instigadores en aquella resolución por lo que ordenó su arresto por el término de 48 horas, lo cual fue sentido por los implicados como un "atropellamiento inaudito". Después de esta sanción inmediata, el intendente solicitó ante el Consejo de Indias y demás instancias superiores de la Corte que los oidores referidos fueran trasladados a otros tribunales de América por ser perjudiciales en esa provincia.[480] En medio de estas circunstancias, Rus optó

[477] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 22, año 1817, f. 1.
[478] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 22, año 1817, f. 1v.
[479] Olveda Legazpi, *De la insurrección a la Independencia. La guerra en la región de Guadalajara*, p. 361.
[480] Rafael Diego-Fernández, "La grave crisis política que se vivió en Guadalajara por la salida de José de la Cruz a la villa de Zamora en mayo de 1817 (y sus repercusiones en la Corte)", *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, núm. 129, invierno 2012, pp. 253-287.

por pedir a su favor la plaza de alcalde del crimen en la Audiencia de la ciudad de México que estaba vacante por la jubilación del titular don José de Ayala, pero le fue negada en 1818. En los tribunales de la península ibérica, las desavenencias entre el intendente y los oidores permanecieron hasta mediados de 1818.

En el transcurso de 1820, José Domingo Rus abandonó la ciudad de Guadalajara por un tiempo, ya que se le eligió para integrar la Junta de Gobierno prevista en el Plan de Iguala.[481] Después regresó a Guadalajara y permaneció en ella hasta el año de 1823 como decano presidente del Tribunal de la Audiencia. El magistrado continuó su vida en el Estado de México, y así lo notició el 19 de octubre de 1824 a las autoridades jaliscienses; el motivo de su cambio de residencia se debió a que el congreso de aquella entidad lo eligió por uno de sus ministros;[482] en el Supremo Tribunal llegó a desempeñar el cargo de presidente. José Domingo Rus falleció en 1837 en el estado mexiquense.

Con la promulgación de la Constitución de Cádiz la Casa de Recogidas experimentó profundos cambios de orden administrativo, en los que también se veía trastocada su naturaleza institucional. El vaivén jurisdiccional la condujo de un desinteresado poder eclesiástico al temporal arbitrio del ayuntamiento, y después al comprometido proceder del juez protector quien pertenecía al conjunto de ministros de la audiencia. En este periodo de guerras el establecimiento enfrentó de manera contundente la transición. En un breve lapso terminó por desligarse de la mística redentora que en sus albores le imprimió la justicia eclesiástica; se secularizó al concebirse como obra de beneficencia propia del cabildo de la ciudad; y se afianzó dentro de las instancias propias y necesarias de la justicia secular al quedar bajo el amparo del tribunal de la audiencia.

El obispo Cabañas quien enmarcó sus prioridades al decantarse por instituciones de tipo educativo, se mostró distante del modelo de reformación y castigo de la Casa de Recogidas. Por su parte, al momento en que tomó el relevo el ayuntamiento se concebía el establecimiento como un espacio de índole benéfico, ya que sus habitantes se vislumbraban

[481] Langue, "La representación venezolana en las cortes de Cádiz: José Domingo Rus", p. 244.
[482] ACEJ, ramo Justicia, c. 6, leg. 23, exp. 15, año 1824, José Domingo Rus participa haber sido nombrado ministro del Supremo Tribunal de Justicia de México, f. 2.

a partir de este matiz, más enfocado a la protección y corrección de las mujeres. José Domingo Rus, en su calidad de juez protector, revitalizó la dirección y gobierno de la Casa de Recogidas, su compromiso con la institución fue patente; la experiencia que tenía en el ámbito fiscal, judicial y legislativo le otorgó un amplio y detallado conocimiento del sistema y esto le permitió encaminar sus acciones en favor de la Casa de Recogidas de manera adecuada, así, cuando el ayuntamiento le negó arbitrios optó por elevar sus instancias y dirigirse al intendente para que con su superior autoridad se impusiera sobre las resoluciones desfavorecedoras del cabildo.

Cada una de las representaciones de Rus fue sólida, fundamentada y expedita; amante de una administración eficaz actuaba con diligencia, actitud que es propia del perfil que se comenzaba a construir del servidor público. Una característica que se aprecia en los escritos de Rus es que dio el trato de "real" al recogimiento, es probable que el uso de este vocablo tuviera una finalidad estratégica, ya que al identificar a la institución con el auspicio regio le sería más fácil conseguir mayor amparo por parte de las autoridades del cabildo de la ciudad, de los tribunales de la audiencia y del obispado; negar una prebenda a un establecimiento reconocido por el rey, era desconocer su investidura. Aunque por la real cédula de 1807, el rey reconocía la casa de recogidas como propia de su potestad, no la tomó bajo su patronato, por lo que propiamente no le correspondía el título regio. Después del conflicto que mantuvo Rus con De la Cruz las actuaciones del juez protector disminuyeron en la documentación, por lo que valdría preguntarse si los roces entre ambos personajes continuaron y en qué medida repercutieron de manera negativa en las gestiones que procuró realizar Rus en beneficio de las Recogidas.

En España, desde enero de 1820, se había restablecido el orden constitucional; el 20 de junio de ese mismo año, en Guadalajara se emitieron los bandos para efectuar su publicación de manera solemne.[483] La reinstauración de la Constitución de Cádiz desdibujó el cargo de juez protector, y de nuevo el ayuntamiento surgió en la escena institucional del recinto, aunque no de manera comprometida.

[483] AMG, Actas de Cabildo, c. 20, 26 de junio de 1820, f. 9.

Tras la ausencia de Rus, la rectora Rosalía Enríquez retomó las gestiones que correspondían al gobierno exterior de la Casa de Recogidas; por lo que el 5 de julio de 1820 presentó escrito al ayuntamiento y le solicitó que tomara a su cargo las providencias necesarias que garantizaran la subsistencia del recogimiento. Con la finalidad de proceder en este asunto, el cabildo secular pidió asesoría de sus síndicos e información a la ya denominada Audiencia Pública,[484] aunque mantenía su aversión a responsabilizarse del establecimiento, por lo que la rectora también elevó instancia con la Audiencia.[485]

En 1820 la figura y jurisdicción obispal eran ya obsoletas y ajenas a la institución, y la Audiencia sólo respondía en cuestiones de justicia. El 4 de septiembre, José de la Cruz emitió en la intendencia el bando que informaba el restablecimiento de la Constitución de Cádiz y, al igual que en su momento lo hizo Fernando VII cuando regresó al trono, exhortó a que las cosas volvieran al estado que se tenía en el tiempo previo a la cesación de mayo de 1814.[486] Ese mismo día la rectora se encargó de recordar al ayuntamiento que en el orden constitucional las Recogidas estaban a su cargo;[487] el cabildo secular solicitó de nueva cuenta el parecer de sus síndicos,[488]quienes esta vez no accedieron a tomarla dentro de su potestad.[489]

Por petición particular de la rectora, por orden general del intendente, y por obligación impuesta por la Constitución de Cádiz, la Casa de Recogidas debía volver a la dirección del ayuntamiento, aunque de facto la institución experimentó un vacío jurisdiccional. Es factible afirmar que su reminiscencia mística y cualidad de obra pía que marcaba su etapa religiosa, a cargo de los tribunales ordinarios eclesiásticos, llegó a su culmen, de manera definitiva en 1820. Si bien en 1807 iniciaron un proceso de secularización, a partir de la vuelta de Cádiz el establecimiento y sus habitantes dejaron el umbral de lo espiritual-secular y se perfilaron al meramente secular-judicial, más cercano a un orden gobernado por la razón que a uno indisponible labrado por Dios. La transición fue sutil, lenta, pero sobre todo deseada. Mientras el poder diocesano se desvinculaba de una institución que le resultaba fútil, los

[484] AMG, Actas de Cabildo, c. 20, 5 de julio de 1820, f. 14.
[485] AMG, Actas de Cabildo, c. 20, 17 de julio de 1820, f. 18.
[486] AMG, Actas de Cabildo, c. 20, 4 de septiembre de 1820, f. 29.
[487] AMG, ramo Policía, sig. P1.1, c. 2, paqt. 36, leg. 29, exp. 16, año 1820, f. 1.
[488] AMG, Actas de Cabildo, c. 20, 4 de septiembre de 1820, f. 29.
[489] AMG, Actas de Cabildo, c. 20, 4 de septiembre de 1820, f. 31.

engranes de la monarquía retenían para sí los mecanismos del poder judicial, minaba la pluralidad de justicias e imponía su primacía a través de la Audiencia, como máximo órgano en la región; pese a ello, la Casa de Recogidas estuvo lejos de conseguir una plena estabilidad y suficiencia económica. Allende los cambios jurisdiccionales, los conflictos bélicos habían incidido en la naturaleza del establecimiento ya que contribuyeron a confirmar su esencia como una instancia privativamente de justicia.

Capítulo V. Rebeldes e insurrectas. Las casas de recogidas, un espacio de represión política

Sumario: Introducción; I. Insurgentes y peligrosas; II. En la guerra por sujeción; III. Solas en circunstancias adversas.

Introducción

Hombres y mujeres se vieron envueltos en el escenario de las rebeliones que desató el movimiento insurrecto de 1810. Unos y otros tomaron partido por el bando del rey o por el enemigo, no faltaron aquellos asediados por las circunstancias que se vieron estrechados a decantarse a favor de una de las facciones, más allá de seguir una convicción personal. El movimiento insurrecto contó con regiones en las que alcanzó amplia aceptación y esto se tradujo en mayores adeptos a su causa. En intendencias como la de Guanajuato familias completas se adhirieron a las filas del cura de Dolores. En términos generales, los brotes insurrectos estuvieron concentrados en la región occidente y sur del territorio novohispano. En la de Guadalajara, en cambio, los focos de rebeldes fueron sobre todo en las zonas aledañas a la villa de Colima, y las poblaciones colindantes con la intendencia de Guanajuato y Valladolid; la movilización de estas regiones destacó en episodios específicos, como la toma de la capital colimense.

La continua formación de gavillas, obligaron a las autoridades políticas y militares de la Nueva España a actuar a la altura de las circunstancias e implementar estrategias resolutivas en todos los territorios: ante el crecido número de sediciosos respondieron con medidas enérgicas de represión y de disolución ejemplares, aunque también, con la finalidad de disuadir a los opositores del rey, se mostraron benevolentes y concedieron indultos. El objetivo primordial de los mandos realistas era erradicar a los rebeldes, minar las bases de apoyo de los insurgentes y evitar la alineación de más grupos levantiscos. En respuesta a este contexto se instituyeron las Juntas de Seguridad, estos organismos se formaron como medida

preventiva y emergente para combatir a los rebeldes, y tenían la comisión puntual de atender los procesos de los insurgentes, por lo que jugaron un papel principal en las aprehensiones y formación de procesos.[490]

Los hombres aprehendidos por motivo de infidencia recibieron por castigo máximo la muerte en el cadalso o frente a los cañones, seguida de la reclusión en presidios. A diferencia de ellos, la mayoría de las mujeres tuvieron por condena la remisión a las distintas casas de recogidas o en depósitos acordes a su condición social. Por ejemplo, Leona Vicario, quien fue procesada por la Junta de Seguridad y Buen Gobierno de la ciudad de México en marzo de 1813,[491] quedó depositada en el colegio de Belén;[492] la esposa del corregidor de Santiago de Querétaro, doña Josefa Ortiz de Domínguez, en 1814, extinguió su condena en la ciudad de México en el convento de Santa Teresa la Antigua y posteriormente fue trasladada al de Santa Catalina de Siena;[493] pero el común de mujeres pertenecientes a estratos menos favorecidos tuvieron por destino las casas de recogidas, y en ocasiones, además de la reclusión, recibieron castigos de vergüenza pública. En atención a su sexo, pocas ocasiones se ejecutó la pena capital en las mujeres, y cuando así se efectuó se aplicó a las inculpadas de tomar las armas o seducir a los soldados del rey para que desertaran, por lo que se infiere que estos dos motivos fueron los más gravosos por los que se consignó a las inmiscuidas en la causa insurgente, y por lo tanto este tipo de sentencia se instituyó como el

[490] En Guadalajara, por ejemplo, la junta se instituyó antes de que los rebeldes tomaran la ciudad en 1810, de la misma manera apareció este organismo en San Luis Potosí. En cambio, en Zacatecas surgió después de que la ciudad fue ocupada por las tropas realistas, con su instauración se pretendía mantener el control de los centros capitales. Véase Juan Ortiz Escamilla, *Guerra y gobierno. Los pueblos y la independencia de México, 1808-1825*, México, El Colegio de México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2014, pp. 35-47.

[491] La Junta de Seguridad de la ciudad de México fue creada en 1809 por orden del virrey Francisco Xavier de Lizana Beaumont.

[492] Leona Vicario Fernández de San Salvador era una distinguida joven avecindada en la ciudad de México, huérfana, al cuidado de su tío don Agustín Pomposo Fernández, quien había sido rector del claustro universitario y abogado de la real audiencia, por lo que es posible inferir su estamento. Véase Genaro García, *Documentos históricos mexicanos*, t. V, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, pp. 3-280.

[493] Al momento de su aprehensión doña Josefa Ortiz de Domínguez se encontraba embarazada, motivo por el cual se le permitió estar una temporada en su casa, pero en junio de 1817 fue de nuevo recluida, en esta ocasión en el convento de Santa Teresa la Antigua. Carmen Saucedo Zarco, *Ellas que dan de qué hablar: las mujeres en la Independencia*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2010, p. 33.

último recurso del ejercicio demostrativo de la justicia.[494] En Pátzcuaro, en octubre de 1817, Gertrudis Bocanegra fue una de las insurgentes que murió fusilada por las tropas realistas.[495]

En tiempos de guerra, la alta traición al rey se convirtió en el principal parámetro de la justicia, en un ambiente de creciente tensión, incertidumbre, y cierta paranoia, cualquiera podía ser enemigo del bando realista. Con el transcurrir de los años y diversas de las regiones sumidas en los conflictos bélicos, las autoridades intensificaron las capturas femeninas, ampliaron los motivos de aprehensión e impusieron castigos más severos, con reclusiones más dilatadas o indefinidas, por lo menos hasta que terminara la revolución. Innumerables mujeres fueron retenidas y sentenciadas por estar involucradas de manera directa o no con los rebeldes, por ser real o imaginariamente peligrosas, por participar a favor de las turbas o por ser propensas a serlo, por fungir de mensajeras, vociferar a favor de los rebeldes, tomar las armas o seducir a las tropas del rey. Más allá del motivo, con o sin delito consumado, se capturaron y colocaron mujeres en las casas de recogidas. En consecuente, a través de su contención estos establecimientos se volvieron elementos necesarios para reprimir el movimiento insurrecto y propiciar su resquebrajamiento.

La relación entre recogimientos e insurgentes fue insoslayable. El encierro en las casas de recogidas se tornó una medida gubernativa de extrema prevención, de manera que su función en el entramado de justicia fue evidentemente punitiva y demostrativa del ejercicio de la justicia, pero no pretendía una corrección. El caos revolucionario provocó una alta demanda de estos espacios, lo que terminó por poner al límite la capacidad de los establecimientos estrechos, ante la situación se procedió a la remisión de presas a villas y ciudades lejanas, esto con la finalidad de que cumplimentaran la pena de reclusión impuesta y al mismo tiempo procurar evitar los amotinamientos que podían suscitarse si se les encarcelaba en las inmediaciones de su vecindad. Desde los primeros años del movimiento rebelde, la casa de la casa de recogidas de María Egipciaca de Puebla, conocida también

[494] Sirva a manera de ejemplo el siguiente caso. En diciembre de 1811, en el poblado de Acambaro, se ejecutó a Carmen Camacho por seducir a soldados realistas con la finalidad de que desertaran y se unieran con los insurgentes. En la sentencia resolutoria se precisó que las dos mujeres más que vivían con la procesada presenciaran su ejecución para que les sirviera de escarmiento, a pesar de no estar involucradas en delito alguno. García, *Documentos históricos mexicanos*, t. V, pp. 341-357.

[495] Sobre la "heroína de Pátzcuaro", el lector puede disfrutar del filme Gertrudis Bocanegra, de 1992, dirigida por Ernesto Medina.

como la Magdalena, se tornó el espacio máximo de reclusión de los territorios novohispanos, al principio los motivos fueron coyunturales, por una parte se debió a que la ciudad estaba bajo el completo dominio de las tropas del rey, otra razón obedeció a su amplia capacidad, sin embargo, con el paso del tiempo la Magdalena se vislumbró como la casa de recogidas más infamante, y por ende apta para la reclusión de las más transgresoras, esta percepción se originó y consolidó porque a ella se enviaban mujeres de diversas latitudes, por ejemplo de la intendencia de Guadalajara, Guanajuato, Valladolid,[496] o la cercana Veracruz.

Sin duda el contexto de guerra modificó las relaciones externas e internas de las casas de recogidas, ya que en su cualidad institucional adquirió nuevos significados al ser utilizados sus espacios con una función represiva política-militar,[497] lo que contribuyó a alejarlas de su pretendida intención de reformar las costumbres de sus habitantes, y por ende a desligarla del matiz benéfico que se le dio con la Constitución de Cádiz. De acuerdo con Juan Ortiz Escamilla, a mediados de 1811, el conflicto bélico entró en una segunda fase más violenta, en este escenario las casas de recogidas consolidaron su naturaleza como máxima instancia de justicia carcelaria femenina. Los realistas, desde el acto de juzgar, confirmaron cuál era la causa verdadera, buena y justa a la que se debían adherir las mujeres.[498] La represión se expresó en el exterior con mayores persecuciones y un elevado número de rematadas; y en el interior de las casas con un recrudecimiento en las labores cotidianas del establecimiento. Lo anterior se confirma por medio de los motivos de aprehensión, las formas de llevar el proceso judicial, las sentencias de las mujeres imputadas por reales, supuestas o propensas a manifestarse a favor de la insurrección, y la rigurosidad en el trato que se dio a las recluidas.

[496] En noviembre de 1811, por ejemplo, María Josefa Huerta y María Josefa Navarrete fueron condenadas a sufrir ocho años de reclusión en la casa de recogidas de Puebla. Estas mujeres eran vecinas de Valladolid, y la falta que se les imputó consistió en conducir correspondencia a un teniente realista con la finalidad de que se uniera a la causa insurgente. Véase, García, *Documentos históricos mexicanos*, t. V, pp. 310-329.

[497] Barry Robinson, "La reclusión de mujeres rebeldes: el recogimiento en la guerra de Independencia mexicana, 1810-1819", *Fronteras de la Historia*, vol. 15, núm. 2, 2010, p. 228.

[498] De acuerdo con Paul Ricoeur, el acto de juzgar es el encuentro del aspecto subjetivo y el objetivo del juicio: en el lado objetivo "alguien", considera una proposición como verdadera, buena, justa, y legal; el lado subjetivo se adhiere a ella. Ricoeur, *Lo justo*, vol. I, p. 177.

I. Insurgentes y peligrosas

Es innegable que Josefa Ortiz de Domínguez, Gertrudis Bocanegra, Leona Vicario y Rita Pérez de Moreno se inmiscuyeron en cuestiones políticas, pero al igual que en la mayoría de mujeres que participaron en el movimiento independentista resulta complejo identificar las formas y grado de su participación, en algunos casos por la carencia de estudios sistemáticos,[499] y porque se tiene un vicio de origen debido a las fuentes judiciales que se utilizan para ello, ya que en los tribunales de justicia pocas fueron las mujeres que se identificaron como insurgentes o con un papel activo y decisivo dentro de las gavillas, no obstante se puede constatar su efectiva presencia en el movimiento rebelde con documentación no judicial. Por ejemplo, en septiembre de 1812, Martín de Góngora escribió al obispo Cabañas y le informó que en Colotlán varias indias y niños contribuyeron con los sediciosos en el incendio que provocaron en las casas consistoriales en ese pueblo y en cuyo interior se resguardaban un puñado de españoles.[500] En la intendencia de México en marzo de 1817, tras la batalla del Fuerte de Xonacatlán, los coroneles Saturnino Samaniego y Félix de la Madrid rindieron sus informes, en ellos detallaron que al arribar las tropas realistas los rebeldes dispusieron su retirada y en el camino se interpusieron cerca de 200 mujeres que cerraron el paso a las huestes del rey, con lo que dieron tiempo para que los insurrectos aventajaran su marcha, a pesar de la obstaculización femenina la infantería irrumpió y "resultó el general descalabro de todas".[501]

---

[499] Teresa Fernández Aceves señala que entre las mujeres que no se han estudiado de manera concienzuda se encuentran Rita Pérez de Moreno y sus cuñadas Ignacia, Isabel y Nicanora Moreno, a pesar de que en el 2010 la efigie de la primera fue colocada en la rotonda de los jalisciense ilustres, en Guadalajara. Fernández Aceves, "Women of Guadalajara in Mexico´s History", *Oxford Research Encyclopedia of Latin American History,* 2016, latinamericanhistory.oxfordre.com, p. 4. Pese a la falta de estudios biográficos sobre las mujeres que participaron en la guerra de independencia, el lector puede subsanar ciertos vacíos con otro material, por ejemplo la novela histórica de Celia del Palacio, *Adictas a la Insurgencia. La historia perdida de las mujeres que lucharon por la libertad de México*, Ciudad de México, Editorial Planeta, 2019; esta novela, con las licencias que permite el género literario, aborda la vida de diversas mujeres insurgentes, además, al final ofrece un epílogo con algunas breves notas sobre aquellas insurrectas que la autora logró rastrear.

[500] Jaime Olveda Legazpi, "Las mujeres en la guerra, 1810-1821", *IV Jornada Académica Iglesia-Independencia*, Memorias, Guadalajara, Arquidiócesis de Guadalajara, 2010, p. 259.

[501] *Gaceta del Gobierno de México*, t. VIII, núm. 1064, sábado 26 de abril de 1817, pp. 482-485.

En Guadalajara, tras la toma de la ciudad en manos de José Antonio, el Amo, Torres en noviembre de 1810 y el posterior arribo del cura de Dolores, hombres y mujeres se incorporaron o colaboraron con las milicias de Hidalgo. El ayuntamiento pactó con Torres su entrada pacífica a la ciudad, con la finalidad de garantizar la seguridad de los habitantes, sin embargo el insurgente ordenó al cabildo que formara una comisión que se encargara de la confiscación de bienes de los europeos.[502] Además, Torres retuvo españoles y los colocó en calidad de arresto en el colegio seminario de San Juan Bautista. La situación alertó a esta población ya que temían que se repitieran las persecuciones y ejecuciones que sucedieron en Guanajuato y en Valladolid, por este motivo se atrincheraron en conventos, la mayoría se resguardó en el complejo conventual de San Francisco.[503]

Después de que Hidalgo organizó su ejército, resolvió salir de Guadalajara el 14 de enero de 1811 para batirse con las tropas del rey. En esta primera campaña militar, que sucedería en el Puente de Calderón, prohibió que las mujeres siguieran a las huestes, por considerarlo indecoroso y nocivo.[504] De parte del ejército del rey, los comandantes tomaron medidas similares; en noviembre de 1811, el teniente coronel Pedro Celestino Negrete reprendió a tres mujeres que seguían a la tropa con el pretexto de ser casadas con soldados, al verificarse que esto era falso fueron remitidas por dos meses a la Casa de Recogidas y seriamente apercibidas para que en lo sucesivo se manejaran como correspondía a su estado.[505]En sí, la participación del sexo femenino entre las tropas y en el combate se concibió como aberrante en los bandos insurgentes y realistas, por lo que usualmente se consideró que las mujeres que caminaban con los soldados no eran más que meretrices. Que las gavillas se nutrieran de mujeres era gravoso, pero sobre todo resultaba discordante con su feminidad el que marcharan entre las milicias. A pesar de las prohibiciones si hubo insurrectas no sólo entre las huestes, sino en el campo de batalla.

Doña Guadalupe Alvarado fue una de las mujeres que siguió a su marido, el médico Francisco Araujo, a la batalla del Puente de Calderón. Con anterioridad, Hidalgo había

[502] Carmen Castañeda, *Movimientos insurgentes en Jalisco*, Guadalajara, Secretaría de Cultura, Gobierno de Jalisco, 2011, p. 46.
[503] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 31, exp. 17, prog. 496, año 1812, ff. 9.
[504] Olveda Legazpi, *De la insurrección a la Independencia. La guerra en la región de Guadalajara*, p. 166.
[505] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 42, exp. 16, prog. 682, año 1811, f. 2.

reclutado a su esposo y lo nombró segundo cirujano de su ejército, por este motivo y ante el temor de quedar desamparada se sumó al contingente, y con la finalidad de evitar los insultos de la tropa se vistió de soldado con el uniforme que se le entregó a su consorte. Después de la derrota insurgente de 17 de enero de 1811, Guadalajara fue recuperada por los realistas y asumió la comandancia José de la Cruz, quien restableció la Junta de Seguridad, diluida por el arribo de Hidalgo; a través de este organismo ofrecieron la gracia del indulto a los que antes se habían sumado al cura de Dolores.[506] Doña Guadalupe y su esposo solicitaron el indulto, y a pesar de la escandalosa transgresión en el vestuario, ambos fueron indultados en marzo de 1811.[507]

En octubre de 1811, María de Jesús Martínez, una joven de 24 años vecina de la villa de Lagos, fue procesada por tener fama de que se incorporó a la gavilla de Ignacio Sandoval con el título de generala, aunque la acusación no se comprobó,[508] sí se conoció que la implicada abandonó a su marido para mantener una relación ilícita con un soldado insurgente que participó en la toma de Colima, y por este motivo se le sentenció a padecer dos años en las Recogidas. Cinco meses después de su captura, la reo permanecía en la real cárcel, por lo que elevó escrito para solicitar que se le permitiera guardar depósito en casa de satisfacción, pues ser remitida a las Recogidas ahondaría sus necesidades, ya que ahí trabajaba sin recibir algún auxilio, finalmente se le concedió su solicitud con el propósito de que recabara el dinero suficiente para mandar traer a su madre a Guadalajara y volverse con ella a Zamora, la resolución favorable se debió a que previamente, de manera voluntaria, se había presentado a suplicar el indulto.[509]

Entregarse a las autoridades significó obtener un menor o nulo castigo. A finales de 1814, la joven Victoria Solís optó por presentarse al comandante de Zamora Juan Felipe de Alba, ella era originaria de El Portezuela y de estado casada, pero dejó a su esposo y partió rumbo al Puerto de Acapulco con su amasio, el cabecilla rebelde Máximo Navarro, a quien

---

[506] De acuerdo con Carmen Castañeda, la Junta de Seguridad que estableció José de la Cruz estuvo presidida por Francisco Antonio de Velasco, y desapareció en 1813. Castañeda, *Movimientos insurgentes en Jalisco*, p. 77.
[507] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 41, exp. 19, prog. 653, año 1811, f. 1.
[508] Olveda Legazpi afirma que María de Jesús Martínez alcanzó el grado de generala militando en la gavilla de Sandoval, sin embargo el expediente señala que la acusación no se acreditó. "Las mujeres en la guerra, 1810-1821", p. 260.
[509] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 112, exp. 3, prog. 1712, año 1811, ff. 26.

nunca acompañó en la tropa y que fue pasado por las armas. De Zamora la trasladaron por cordillera a Guadalajara, donde fue colocada unos días en la cárcel de mujeres y otros más en las Recogidas, hasta que el comandante corroboró su voluntaria entrega, por lo que fue liberada en la primera semana de enero de 1815.[510]

Sin poder determinar las motivaciones políticas o afectivas que llevaron a las mujeres a tomar las armas a favor del ejército insurgente, lo cierto es que su participación armada fue un hecho; algunas comandaron tropas, portaron el uniforme insurgente y se armaron de sable o fusil, otras sólo eran esposas, hermanas, madres de los rebeldes.[511] En junio de 1815, en las inmediaciones de la hacienda de Cerro Gordo, Pedro Celestino Negrete, comandante de primera división, detuvo a doña Ana María y doña Trinidad Ortega por encontrarlas con las armas en la mano al tiempo que las tropas del rey perseguían insurgentes. Las presas eran hermanas del cabecilla rebelde Saturnino, y lograron evadir que se les fusilara porque ocultaron su parentesco, sin embargo, Negrete no formó sumaria, las trasladó a Guadalajara y convino en que permanecieran confinadas hasta que terminara la rebelión. En junio de 1816, en las inmediaciones de Mexticacán, la esposa e hija del insurrecto Diego Vallejo fueron aprehendidas y remitidas a las Recogidas por "tener en su casa robos que ha hecho el padre"; José de la Cruz determinó por sentencia todo el tiempo que durara la rebelión.[512]

Determinar la sanción que correspondía a las mujeres aprehendidas entre gavillas fue vacilante, en el caso anterior, por ejemplo, Negrete detuvo su encono, evitó fusilar a las Ortega, pero dio una resolución; sin embargo, algunos militares fueron irresolutos. Por ejemplo, el 22 de diciembre de 1815, José Manuel Delgado capturó una gavilla de cinco rebeldes y una mujer vestida de hombre que los acompañaba en sus robos, esto en Tepatitlán. Delgado resolvió ejecutar a los varones, pero prefirió consultar a José de la Cruz sobre el destino que debía dar a la implicada; a su vez, el comandante general elevó la inquietud al virrey.[513] Las Ortega, por su parte, permanecieron detenidas en la real cárcel hasta enero de 1817, fecha en que pasaron a la Casa de Recogidas; pobres y sin los auxilios que les pudiera

[510] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 42, exp. 13, prog. 679, año 1814, ff. 4-7v.
[511] En 1814, en la comarca de Tasco, Prisca Marquina de Ocampo, esposa de un cabecilla insurgente, fue conocida por portar charreteras y sable. García, *Documentos históricos mexicanos*, t. V, pp. 363-364.
[512] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 176, exp.16, prog. 2754, año 1816, f. 1.
[513] *Gaceta del Gobierno de México*, t. VII, núm. 910, martes 4 de junio de 1816, p. 545.

prestar su parentela que radicaba en San Sebastián de León, solicitaron indulto al virrey Juan Ruiz de Apodaca. La rectora, Rosalía Enríquez, certificó el estado de precariedad de las mujeres, quienes expresaban estar "pasando la más grave indigencia, hambres y encuereses". Finalmente, en enero de 1818, Apodaca resolvió su excarcelación, las exhortó a ratificar su juramento de fidelidad al rey y las estrechó a avecindarse en alguna población guarnecida de tropas realistas, a excepción de la ciudad de México y Puebla.[514]

Además de la ayuda prestada en campaña, las mujeres colaboraban de manera directa con la causa al brindar alojamiento y víveres a los insurrectos; al incentivar a las tropas realistas a desertar; al conseguir información relevante para el bando de los insurgentes, ya fuese al infiltrarse como espías, fungir por mensajeras, o seductoras entre los enemigos; pronunciarse públicamente a favor de los rebeldes también era una manera de contribuir a la causa y por ello ser acusada de sediciosa; en el caso de cometer estos delitos se consignaba a las presas por infidencia.[515] Aunque en los primeros años del levantamiento las autoridades mostraron mayores consideraciones con las mujeres que estuvieron vinculadas con los sublevados, con el transcurso del tiempo y el recrudecimiento de la guerra el trato cambió, ya que se observó que fiadas de su sexo se valían de este recurso para seducir a las tropas, fungir como informantes o encubrir el envío de correspondencia entre los rebeldes.

En el contexto de tensión que suscitó la guerra, las más leves sospechas de sedición propiciaron detenciones. Además, se agudizó el juicio de las actividades consideradas impropias en las mujeres y se vincularon con una actitud rebelde. De manera que, permanecer en la calle largas horas, asistir a paseos, bailes y pulquerías, así como hablar o andar entre las milicias evidenciaba la falta de una conducta recogida y honesta, y esto era indicativo de ser posibles adeptas a la revolución, por lo que se puede afirmar que el escenario bélico potenció el juicio a las actitudes contrarias al deber ser femenino.[516] Desde 1811, la incertidumbre provocó que las autoridades realistas exigieran pasaporte a quienes transitaran por los

[514] García, *Documentos históricos mexicanos*, t. V, pp. 364-367.
[515] Castañeda, *Movimientos insurgentes en Jalisco*, p. 78.
[516] Marcela Suárez Escobar señala los referidos actos femeninos como conductas negativas y ampliamente reprobables. En los casos de las mujeres procesadas por adeptas al movimiento independentista, observo un mayor juicio a estas mismas acciones, pero con la particularidad de que su proceder se relacionó con su confabulación o efectiva participación en la revolución de independencia. Suárez Escobar, *Sexualidad y norma sobre lo prohibido. La ciudad de México y las postrimerías del virreinato*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1999, p. 199.

caminos, y quisieran entrar o salir de la ciudad. Transitar sin pasaporte era sancionado con 20 pesos de multa o 20 días de presidios en obras públicas o cárcel, las mujeres eran remitidas por el mismo tiempo a reclusión.[517] Sin embargo, los insurgentes también emitieron pases, en ocasiones falsos, y otras con su firma, algunos servían para evadir la autoridad de las garitas, y otros para franquear el paso por sus propias rutas.[518]

En los partidos de Zapotlán, Sayula, Zacoalco y Tamazula los rebeldes tuvieron una fuerte presencia en la región, aunque intermitente, desde finales de 1810. El 5 mayo de 1812, los realistas lograron recuperar por un tiempo Tamazula, que desde marzo presentaba fuerte presencia de gavillas;[519] con el propósito de afianzar el orden, el coronel Manuel del Río aprehendió a Marcelina Chacón, Gertrudis Palomera y a María Eustaquia Tapia, con sus hijas Petra y Antonia, por denuncias que le hicieron llegar los "buenos patriotas y el encargado del curato de Tamazula".[520] El militar trasladó a las presas a Guadalajara acusadas de adictas a la insurrección por informar a la "canalla" quiénes eran los patriotas de aquel pueblo y provocar con ello saqueos y vejaciones. La Junta de Seguridad solicitó a Del Río la información sumaria, pero respondió no le parecía necesaria porque el mismo efectuó la captura por las voces que le dieron los vecinos de Tamazula, incluido el vicario; a pesar de la respuesta, el presidente del organismo judicial, Juan José de Souza, insistió en la necesidad de acreditar de positivo las acusaciones. La formación del proceso dilató porque Tamazula fue tomado de nuevo por los rebeldes en septiembre, por lo que fue hasta enero de 1813 que se comenzó la sumaria. El párroco, Felipe de Jesús Vargas, aseveró que en la casa de Tapia asistía la canalla, otros testigos tacharon a Eustaquia de prostituta, que sus hijos eran del partido rebelde, y que ella y la Chacón eran delatoras.[521]

Por la información obtenida, quedaron exculpadas las hijas de Tapia y Palomera, quien sólo rentaba una habitación en la casa de la principal acusada. Antonia y Petra, al

---

[517] Lozano, *La criminalidad en la ciudad de México*, p. 37.
[518] En 1817, Micaela Tapia, fue aprendida acusada de portar un indulto insurgente; la mujer viajaba proveniente de Tangancícuaro, no sabía leer, pero sí que llevaba consigo dos pases, "uno de ellos podían no hacer caso los insurgentes por no estar sellado, el otro sí serviría en todo caso y la dejarían pasar". Por este delito Micaela estuvo más de un año en la real cárcel de Guadalajara. BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c.141, exp. 12, prog. 2134, año 1818, f. 55v.
[519] *Gaceta del Gobierno de México*, t. III, núm. 213, sábado 13 de abril de 1812, pp. 402-403.
[520] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c.32, exp. 16, prog. 516, año 1812, f. 1.
[521] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 32, exp. 16, prog. 516, año 1812, ff. 19-21.

obtener su libertar, procuraron defender a su madre, y junto con su padre remitieron varios escritos para desvanecer los que se le imputaban. Marcelina y Eustaquia permanecieron más de dos años en la real cárcel, y en enero de 1814 fueron remitidas a la Casa de Recogidas, no obstante de que el proceso seguía abierto. En mayo Marcelina solicitó su libertad, lo que provocó una segunda revisión de su causa, en esa ocasión se desestimaron dos de los principales testigos que las acusaban porque eran vecinos de Zapotlán el Grande, no de Tamazula, por lo que el proceso quedó restituido al término probatorio. Nuevos testigos avalaron el buen proceder de las inculpadas, salvo algunas discusiones de Eustaquia con su marido. Sin embargo, el primero de abril de 1815, Tapia falleció en el hospital de Belén; meses más tarde, el 25 de agosto, Marcelina quedó en libertad, aprevenida de que en lo sucesivo se alejara de los pueblos ocupados por los insurgentes y que reformara su conducta. Aunque el documento no especifica la enfermedad que llevó a la muerte a Tapia, al ser una mujer joven, de 33 años, puedo aseverar que uno de los factores que mermó su salud fueron las arduas labores del metate.

Platicar con un insurgente fue la razón por la que en 1814 se detuvo a María de Jesús López, una joven, soltera, de 16 años avecindada en Amacueca. La denuncia la realizó el cura de Atoyac, José María Santana, quien calificó a la acusada de llevar una "malísima conducta" y conversar con soldados de uno y otro bando, este señalamiento dio más fuerza a la acusación de infidencia. La colaboración del bajo clero fue ampliamente valorada por realistas e insurgentes, denunciar era una forma contundente de mostrar su lealtad a uno u otro bando, por lo que fue una práctica usual. Ortiz Escamilla sostiene que el papel de los curas fue fundamental en la revuelta,[522] no obstante, sin importar su filiación, siempre quedaron subordinados a las decisiones de los jefes militares.[523]

La voz masculina de un hombre de autoridad daba mayor crédito al acusador, por este motivo las autoridades de Amacueca no incoaron proceso y de inmediato remitieron a la inculpada López a Guadalajara, ciudad a la que arribó en el mes de octubre, una vez allí se

[522] En los territorios de la intendencia de Guadalajara sobresalieron los párrocos insurgentes José María Mercado, de Ahualulco, Marcos Castellanos, ministro de Ocotlán defensor de la isla de Mezcala, y José María Cos y Pérez cura del Burgo de San Cosme. Algunas notas biográficas sobre ellos se pueden consultar en Dávila Garibi, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, t. IV, vol. I, pp. 302-308.
[523] Ortiz Escamilla, *Guerra y gobierno. Los pueblos y la independencia de México, 1808-1825*, pp. 63-74.

le colocó en la real cárcel. La causa fue atendida por el tribunal de la Audiencia en mayo de 1815, y solicitaron la formación de la sumaría a los procuradores de justicia de Amacueca; por testigo declaró el cura Santana y confirmó su acusación. La presa, en su defensa, argumentó que el miliciano del rey con el que trató era Vital López, un hombre con el que desistió del matrimonio por la mala vida que le daba. Sin contar con sentencia resolutoria, María de Jesús fue trasladada a las Recogidas el 3 de junio, y dos meses después se le condenó a seis meses de reclusión.[524]

Sin duda la facilidad de la acusación se prestó a falsas delaciones y abusos de autoridad. El 20 de junio de 1814 la mulata Juana Lara, avecindada en Zapotiltic, fue acusada de entregar un indulto de los insurgentes al cabo de infantería Antonio Zúñiga, quien la delató. La mujer, de 35 años, estaba casada con un arriero, y se sostenía de vender huevos y comestibles en Zapotlán el Grande, incluso su aprehensión se efectuó mientras estaba en su puesto vendiendo sandias. El mismo Zúñiga la detuvo y la presentó al comandante Juan José Vizcaíno, quien en lo verbal la sentenció por traición al rey, y la mandó colocar en la cárcel. En la primera noche de su prisión, un hombre se introdujo, la amagó con un estoque y la forzó; por la obscuridad del calabozo, Juana no reconoció a su atacante, pero por el tacto de su vestimenta dedujo fue un soldado, muy probablemente Zúñiga, quien anteriormente la había solicitado con fines ilícitos y que, en sus palabras, por venganza a su resistencia la acusó falsamente. Cuatro días después del ultraje, se le aplicó castigo de vergüenza pública, se le rapó la cabeza, las cejas y la sacaron en un burro por la plaza, en donde le propinaron 25 azotes.[525]

De Zapotlán se condujo a Juana Lara a Sayula, ahí permaneció tres meses en la cárcel de la villa y después fue conducida a Guadalajara, en donde estuvo en la real cárcel, hasta el 3 de junio que se le remitió a la Casa de Recogidas. La Audiencia solicitó información sobre su causa y ordenó la investigación de su conducta. Por lo depuesto de los testigos se confirmó que ella y su esposo eran de honesto proceder, y que no se mezclaron con los insurgentes, sin embargo, nada se averiguó sobre las solicitudes de Zúñiga, ni sobre el ataque que recibió Juana en prisión. A pesar de acreditar su buena conducta, sin considerar el castigo público

[524] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 33, exp. 4, prog. 526, ff. 24-30 v.
[525] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 33, exp. 4, prog. 526, ff. 4-5v.

que recibió, ni la dilación del proceso y el tiempo que padeció en prisión, en julio de 1815 se le sentenció a sufrir seis meses más en la Casa de Recogidas.

Contribuir con insumos o asilar a los rebeldes se consideró como una manera de mostrar la adhesión a la causa insurgente e implicó una ineludible de aprehensión, sin miramientos de las circunstancias o razones que motivaron esta acción.[526] A principios de octubre de 1816, en las inmediaciones del rancho la Moya, el capitán Francisco González capturó a Dominga Guardiola en compañía del rebelde Norberto Espinoza; él fue fusilado, y ella remitida a Guadalajara por orden de José Manuel Delgado, comandante del regimiento provincial de Tepatitlán. El 30 de octubre, la inculpada quedó retenida en la cárcel, acusada de infidencia al facilitar hospedaje y víveres a los adeptos al bando insurrecto. Dominga, viuda de 40 años, natural y vecina de Jalostitlán, declaró a su favor que su casa se ubicaba en las inmediaciones del camino real por lo que era usual que todo género de gente le solicitara posada o buscara proveerse de comida, almuerzo o cena; ella por caridad asistía "tanto a los insurgentes por temor, como a las tropas del Rey por obligación".[527]

En la sumaria de Guardiola no sólo se investigó sobre el acto que motivó la denuncia en particular, sino que las autoridades de la Real Audiencia indagaron en la vida que había llevado, en el trato ilícito que sostuvo con otros insurrectos y en la fama que tenía. Las preguntas que se formularon a los testigos se enfocaron en conocer su proceder licencioso, estas averiguaciones arrojaron que Dominga era conocida por ser bailadora en los fandangos, prostituida a la embriaguez lasciva, y que en distintos momentos se involucró en torpes amistades con tres rebeldes. Después de tres meses de permanecer en la cárcel, Dominga fue trasladada a la Casa de Recogidas el 10 de enero de 1817, su ingreso implicaba que tendría que aplicarse a las faenas de la molienda, a pesar de que no estuviera dictada su formal sentencia, su causa quedó suspendida por más de un año.

[526] En abril de 1813, María Petra Castro, india, fue trasladada de Zacoalco a Guadalajara por cordillera, por ser sospechosa de albergar insurgentes; la inculpada argumentó que se encontraba sola con sus hijas cuando irrumpieron en su casa los rebeldes. El juez concordó en que su falta de denuncia obedecía a un temor fundado. Petra estuvo unas semanas en la cárcel de Guadalajara, y después se le dejó en libertad. BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 31, exp. 15, prog. 494, año 1813, ff. 1-8.
[527] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 41, exp. 28, prog. 662, año 1819, f. 17.

En marzo de 1818 las autoridades retomaron el caso de Guardiola; por el conjunto de su desarreglada conducta consideraron que aparecía en la inculpada demasiada inclinación al partido rebelde, por lo que en enero de 1819 la consignaron sólo por un año a la Casa de Recogidas, en atención a lo que ya había sufrido de prisión. Con el objeto de certificar el tiempo de reclusión de Dominga, la Audiencia solicitó la testificación de la rectora de las Recogidas; Rosalía Enríquez señaló que la reclusa estuvo a su cargo un año y ocho meses, sin contar los meses que se mantuvo enferma en el hospital de Belén, además, puntualizó que debido a sus padecimientos y vejez cada día se veía más imposibilitada de desempeñar los trabajos fuertes de la tesquis. La deposición de Enríquez varió la sentencia, y en consideración a su precaria salud, Dominga quedó compurgada el 5 de febrero de 1819.[528]

II. En la guerra por sujeción

El parentesco familiar o filial afectivo fueron factores significativos que influyeron en el involucramiento de las mujeres en la insurgencia.[529] Así mismo, mantener una relación legitima o ilegítima con un rebelde era motivo para ser aprehendida por las tropas realistas, más allá de que las involucradas siguieran a los varones en la batalla por voluntad propia, o que opusieran resistencia, a las retenidas por esta causa se les recriminó la falta que cometían contra la lealtad al rey por no denunciar a sus amasios, maridos o demás parentela inmiscuida, ya fueran padres, hijos o hermanos.

Imbuidas en una lógica patriarcal, ante los jueces las mujeres argumentaban a su favor la sujeción que debían a las figuras masculinas, en especial cuando mediaban los vínculos sagrados con sus maridos y la indefensión en la que quedaban ante un consorte que las obligaba a permanecer a su lado; si las parejas sentimentales estaban al margen de la legitimidad objetaban el temor o respeto que les tenían. En parte, la estructura de estos

[528] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 41, exp. 28, prog. 662, año 1819, ff. 52-54.
[529] Robinson, en su estudio sobre 114 mujeres que participaron en la insurrección, determina que 55% se adhirió a las gavillas insurgentes a partir de este discurso de dependencia familiar o afectiva. "La reclusión de mujeres rebeldes: el recogimiento en la guerra de Independencia mexicana, 1810-1819", p. 232.

discursos respondía a las circunstancias que en un momento conciso enfrentaban las detenidas y a las estrategias que empleaban los abogados defensores, ya que al estar inmiscuidas en un proceso por requerimiento de la justicia, las inculpadas estaban estrechadas a defenderse si querían conseguir su liberación, por lo tanto, apegaban sus argumentos a la producción de discursos plausibles que las exculparan de haber seguido a los hombres o de haber callado que pertenecían al partido de los insurrectos. Desde estas fuentes judiciales es poco factible determinar qué tanta participación real y efectiva tuvieron las inculpadas en las gavillas, sin embargo, es posible inferir detalles sobre su postura respecto al movimiento rebelde, la forma en la que se vincularon con él y sobre todo es viable comprender la postura de las autoridades judiciales y el matiz político represivo que adquirieron las casas de recogidas.

Ser mujer de un delincuente se volvió motivo suficiente para ser sancionada, pero también fue una evidente estrategia para lograr la capitulación de los rebeldes. Un claro ejemplo de ello es el caso de Rita Pérez de Moreno quien fue aprehendida durante la batalla del Fuerte del Sombrero y remitida por cordillera a la villa de León en compañía de sus pequeños hijos, dos de los cuales murieron en el trayecto de su prisión.[530] El 13 de octubre de 1817, presa en la congregación de Silao, Rita elevó escrito y solicitó la relajación de su carcelería, sin embargo su libertad quedó condicionada a la petición de indulto por parte de su esposo Pedro Moreno; aunque unas semanas después el insurgente falleció en la toma del rancho de El Venadito, su esposa fue excarcelada hasta 1819.[531] Si bien, las mujeres de los principales cabecillas estuvieron más en la mira de las autoridades, lo cierto fue que se apresó por igual a cualquier mujer que tuviera trato con los insurrectos, independientemente del cargo que tuviese su parentela al interior de las tropas, desde un alcabalero, matancero, soldado o capitán.[532]

---

[530] La remisión de mujeres con sus hijas menores de edad a la Casa de Recogidas fue usual. En 1812, doña Guadalupe Vargas Machuca solicitó a la Junta de Seguridad de Guadalajara la liberación de Antonia, hija de Guadalupe Arias, y de edad de 10 años, pues no era propio para su edad un lugar de esa naturaleza. Arias fue capturada en Mazamitla por las tropas del rey, y trasladada por cordillera a Guadalajara ese mismo año. BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 114, exp. 12, prog. 1739, año 1812, ff. 1-2.

[531] García, *Documentos históricos mexicanos*, t. V, pp. 425-426.

[532] También fue usual que las mujeres de los cabecillas rebeldes fueran canjeadas por oficiales realistas. Por ejemplo, en 1818, en Querétaro, María Estanislao Sánchez y sus hijos, presos en la cárcel, fueron permutados por un subteniente del regimiento de infantería de Zamora. García, *Documentos históricos mexicanos*, t. V, pp. 428-429.

La presentación de pruebas agravantes o atenuantes eran determinantes al momento de dictaminar sentencia resolutiva, por lo que era preciso esclarecer en qué medida y bajo qué circunstancias las mujeres siguieron a los rebeldes, si opusieron alguna resistencia o se mantuvieron alejadas de las actividades levantiscas, si participaron del botín o fueron receptoras. En julio de 1811, Serafina Morfin, una joven de 18 años, vecina de Zapotiltic, fue remitida de Zapotlán el Grande en calidad de presa a la real cárcel de Guadalajara. La inculpada estaba acusada de receptora de su marido insurgente, Calixto Martínez y Moreno, alías Cadena, quien le entregó unos baúles que recibió, según la denunciada, como paga (¿o saqueo?) por su participación en la batalla del Puente de Calderón. A Serafina se le instruyó proceso y en su defensa se manifestó ajena de toda colaboración "en virtud de su sexo, educación y poca edad", además, señaló las desavenencias en su matrimonio y el poco aprecio que sentía por Cadena.[533] Al afirmar los inconvenientes conyugales, Serafina se desvinculaba no sólo del movimiento armado, sino de la proximidad con su cónyuge, por lo que en el mismo sentido declaró que en ningún momento siguió a su esposo, y que durante su ausencia ella se mantuvo en la morada de sus padres.

Agustín Yáñez articuló la defensa de Serafina y se avocó en mostrar que, aunque el marido de la implicada se involucró con los insurrectos desde la toma de Colima, en noviembre de 1810, su defendida permaneció distante de las operaciones criminales de Cadena y que por lo mismo desconocía la procedencia de los baúles que le entregó. Sin embargo de los argumentos de la parte defensora, Serafina, después de seis meses en la cárcel, fue colocada en la Casa de Recogidas dos meses más, allí padeció "mayores desdichas y miserias" por lo que en febrero de 1812 imploró a la Real Audiencia que le permitiera pasar en calidad de depósito a casa de su tía doña María Albina Morfin, la única familiar que tenía en la ciudad.[534] La solicitud de Serafina fue aprobada, pero se vio estrechada a permanecer dos años y medio de depósito, la resolución tenía como objetivo que la implicada no se reuniera con los insurgentes o fungiera por receptora.

[533] Claudia Gamiño Estrada, "Justicia, insurgencias y recogimiento: mujeres ante la Audiencia de la Nueva Galicia", Miguel Ángel Isais, Candelaria Ochoa y Jorge Gómez (coords.), *Mujeres insurgentes, mujeres rebeldes*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2015, p. 126.
[534] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 31, exp. 10, prog. 489, año 1811, ff. 21.

Calixto, conocido por Cadena, el marido de Serafina era un activo insurrecto. En mayo de 1811, al lado de Pedro Llamas Regalado, tomaron por asalto la villa de Colima y lograron afianzarse en ella en el mes de agosto, ambos rebeldes eran cabecillas ampliamente identificados en las regiones de Autlán, Tamazula e incluso su influjo se extendía hasta el pueblo de Uruapan.[535] La retención de Serafina aconteció exactamente un mes después de que su marido tuviera mayor presencia en territorio colimense, por lo que es bastante probable que su detención se tratara de una táctica para presionar a Cadena, orillarlo a deponer sus armas, buscar a su mujer o recuperar el botín de la batalla de Puente de Calderón.

En el proceso de Serafina se infiere que su vinculación fue circunstancial y pasiva, ya que no siguió a Cadena, esto fue característico de los primeros tiempos del movimiento en el que privaba una clara incertidumbre sobre el rumbo militar y una inusual imagen de las mujeres siguiendo a las tropas, por lo que fue habitual que los insurrectos mantuvieran al margen a sus esposas. Un ejemplo de lo anterior se observa en el proceder de Pedro Llamas, quien al integrarse al partido insurgente dispuso las medidas suficientes para que su consorte contara con los recursos necesarios que garantizaran su subsistencia, elaboró testamento a su favor y la encomendó a su padre, consciente de las guerras que enfrentaría y de que podía morir en campaña.

María Josefa Contreras también era legítima esposa de un cabecilla insurgente, del colimense don Ignacio Sandoval, incluso él conoció y se relacionó con Calixto Cadena a quien tuvo bajo sus órdenes. Josefa fue detenida por el coronel don Manuel del Río en abril de 1812 en la villa de Colima, ahí recibió castigo de vergüenza pública y después fue trasladada a Guadalajara acusada de adepta al partido de los rebeldes por seguir a su esposo en las gavillas.[536] Una vez que fue presentada ante la Junta de Seguridad su defensa corrió a cargo de Agustín Yáñez, el procurador solicitó diversos testigos que avalaran que Contreras siguió a Sandoval en contra de su voluntad y que jamás estuvo acorde con sus crímenes, lo

[535] Gerardo Sánchez Díaz, "Pedro Regalado y la insurgencia en Colima, Jalisco y Michoacán, 1810-1814", Juan Carlos Reyes (ed.), *Memoria IV Foro Colima y su Región, arqueología, antropología e historia, Colima*, Gobierno del Estado de Colima, 2008, pp. 1-22. culturacolima.gob.mx/imágenes/foroscolima/4/12.pdf [Consultado en enero de 2018].
[536] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 111, exp. 8, prog. 1700, año 1811, ff. 39

que se demostraría al corroborar que con sus ruegos e intercesiones logró que su esposo perdonara y liberara a realistas.

El acreditado proceder de Josefa fue testimoniado por múltiples vecinos de los territorios en los que irrumpió su marido -Guadalajara, Autlán, Mascota y Colima-, entre ellos un párroco y un soldado a los que ayudó la mujer, esto le sirvió para reducir su condena a un año en la Casa de Recogidas en calidad de contenida, es decir sin ser estrechada a las duras jornadas de la tesquis, sin embargo esto último no se acató. En el inter del proceso falleció Sandoval, y Yáñez utilizó su muerte como un atenuante a favor de su defendida, ya que con ello se desvanecía cualquier sospecha de que en lo futuro Josefa se corrompiera en su compañía, a pesar del alegato se mantuvo a la mujer en las Recogidas. En los momentos de guerra, la alta fidelidad al rey se sobreponía a la obediencia que las mujeres debían rendir a sus maridos, por lo que se les recriminaba el encubrimiento tácito por la falta de denuncia, por ello el intento de exculpar a Contreras falló.

Ciudades, villas y localidades tomadas por Ignacio Sandoval y Calixto Cadena				
localidad	Partido	Intendencia	Fecha	Cabecillas
Jalpan, Jiliapan, Landa, Pacula, Tancoyol, Tetillas, Tilaco, Escanela	Cadereyta	México	18-mar-1811	Sandoval, Cadena, y Miguel Gallaga
Tlaquepaque	Tonalá	Guadalajara	11-jun-1811	Sandoval, Cadena, y Gallaga
Mascota	Guachinango	Guadalajara	1-ago-1811	Sandoval
Sayula	Acaponeta	Guadalajara	14-ago-1811	Sandoval
Tecolotlán	Autlán	Guadalajara	14-ago-1811	Sandoval
Colima	Colima	Guadalajara	20-ago-1811	Sandoval, Cadena, y Gallaga

Tabla 12 Ciudades, villas y pueblos tomados por Ignacio Sandoval y Calixto Cadena. Fuente: Ortiz Escamilla, Guerra y gobierno. Los pueblos y la independencia de México, 1808-1825, pp. 76-90.

Con María Josefa Contreras también se detuvo a María Rita Zaragoza a quien se le recluyó por mezclarse en "las maldades y robos de los rebeldes" al ser receptora de su esposo Santiago Moreno, ya que se le decomisó un baúl con trajes y vestidos de regulares proporciones. Rita expuso que se involucró en la gavilla de Ignacio Sandoval por implorar la libertad de su hermano a quien llevaban preso; del segundo hecho que se le imputó la acusada afirmó que la indumentaria que se le confiscó le fue proporcionada por su esposo, de oficio zapatero. Ni uno ni otro cargo se esclarecieron con las deposiciones de los testigos, por el contrario, se corroboró su receptoría ya que se conoció que Moreno fue de los que concurrieron a la batalla del Puente de Calderón y que el referido baúl con bastante ropa de valor se obtuvo del saqueo de aquella refriega. Los atracos eran comunes en los primeros años del movimiento insurrecto y se practicaban como un medio de obtener recursos y fomentar el clientelismo, aunque años más tardes los líderes insurgentes lo prohibieron.[537] La condena de Rita fue de dos años en las Recogidas.

Josefa y Rita fueron procesadas por la Junta de Seguridad que se instauró en la ciudad en 1810; su aprehensión se efectuó en abril de 1812 en Colima, de ahí las trasladaron a Guadalajara y en julio ya estaban sentenciadas. De acuerdo con Jaime Olveda, la Junta de Seguridad de Guadalajara se caracterizó por considerar la infidencia como un acto de traición al monarca, por acelerar los procesos y no conceder, por lo general, el derecho de apelación a los acusados.[538] La expedita impartición de justicia en el caso de Josefa y Rita lo confirma. Un año después de padecer la reclusión en la Casa de Recogidas, el 9 de agosto de 1813 Rita presentó un escrito con la finalidad de solicitar el indulto, ya que "el desempeño de sus trabajos" en la tesquis le provocó "una enfermedad de flujo de sangre", ante la petición el fiscal acentuó que se le condenó por dos años a sufrir el trabajo de recogidas, por lo que sólo podía conceder la excarcelación si certificaba que su salud estaba quebrantada, pero debía cumplir el tiempo restante de su condena en depósito seguro con algún vecino honrado de la ciudad.[539]

---

[537] Olveda Legazpi, *De la insurrección a la Independencia. La guerra en la región de Guadalajara*, p. 118.
[538] Olveda Legazpi, *De la insurrección a la Independencia. La guerra en la región de Guadalajara*, p. 123.
[539] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 111, exp. 8, prog. 1700, año 1811, ff. 37-38. Lamentablemente el expediente queda sin resolución respecto a la petición de María Rita Zaragoza, por lo que se desconoce si certificó su estado de salud y si se le permitió salir de la Casa de Recogidas a un depósito seguro.

El 8 de abril de 1816, el brigadier Pedro Celestino Negrete efectuó la captura de María Juliana de la Cerda y Antonia Barrera, mujeres de insurrectos incorporados en las gavillas del cura José Antonio Torres, en los rumbos de El Portezuelo, en la jurisdicción de La Barca. Juliana, amasia de Francisco Trujillo, en su deposición, insistió en que ser esposa de un rebelde no era indicativo de que compartieran una misma postura, y que en su conciencia su único delito era ser mujer de un delincuente; a su favor depuso que se había mantenido adepta a la causa del rey y ocupada en sus quehaceres domésticos.[540] Estas aprehensiones derivaron en la resolución que tomó el intendente José de la Cruz el 10 de abril, quien determinó por punto general que todas aquellas que se tuvieran por mujeres de los rebeldes se colocaran en la Casa de Recogidas, su decisión influyó de manera directa en el ejercicio de la justicia. Juliana y Antonia fueron remitidas a la Tesquis sin mayor proceso, a pesar de que Juliana solicitó por escrito que se averiguara con testigos su arreglada conducta.

Sin miramientos a las atenuantes o agravantes de cada caso, la resolución propuesta por José de la Cruz agudizó la represión y persecución de los rebeldes a través de sus mujeres, la expresa indicación de recluir a las aprehendidas en las Recogidas las situaba en el grado de delincuentes rematadas por lo que quedaba obstaculizaba la debida formación de un proceso y en franco detrimento su acceso a la justicia. Además, la circunstancia de ser detenidas por altos mandos militares tornó más innecesaria la averiguación o presentación de testigos, ya que se consideró suficiente la palabra y los motivos del aprehensor. De la Cruz tomó la medida referida en función de los intereses políticos y militares de los realistas, ya que eran los poseedores de los mecanismos legítimos de la justicia. Así, el comandante general agudizó la aprehensión de mujeres, ahondó el desdén por las sumaria, y aumentó el número de remitidas a la Casa de Recogidas de Guadalajara. Estas acciones no eran privativas de las mujeres, en el caso de los hombres insurgentes la impartición de justicia también se inclinó al lado del bando realista y en menoscabo de la práctica procesal, ya que se permitieron acciones de fusilamiento inmediato a los calificados de sediciosos.

En enero de 1819, en la sierra de San Felipe, en la provincia de Guanajuato, se aprehendió y pasó por las armas al momento mismo de su captura al rebelde Mújica; su madre, hermanas, esposa e hijos, cuñada, y sobrinas de menor edad, fueron conducidas a

[540] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 129, exp. 1, prog. 1942, año 1816, ff. 7.

Zacatecas porque la acción militar la realizó el intendente de aquella provincia, don José Gallangos; sin embargo, las remitió a Guadalajara porque en su jurisdicción se carecía de "una reclusión o casa de recogidas pues que en esta capital no hay ninguna de ésta clase, ni más que la cárcel";[541] a su segundo destino arribaron en el mes de junio y fueron colocadas en la real cárcel. El fiscal, al considerar que las mujeres no tenían otro delito que el parentesco con Mújica, y vivir arranchadas en un paraje próximo a los rebeldes, fue del parecer que las familias se entregaran al alcalde ordinario para que las avecindaran en la ciudad, aunque la sumaria no presenta confirmación de autoridad superior,[542] resulta relevante que el envío de las presas a Guadalajara lo motivó la falta de casa de recogidas en Zacatecas, lo que confirma que esta institución se fortaleció y concibió como espacio de máximo castigo, idóneo para la reclusión de las infidentes.

Desvincular a las mujeres de los delitos imputados a su parentela masculina conllevó a la confrontación de discursos patriarcales; por una parte, la percepción de una postura individual y autónoma de las implicadas contravenía a la concepción de sujeción que prevalecía, sobre todo, en las que respondían a un vínculo marital. Así mismo, las exigencias de la justicia respecto a no seguir a los varones y denunciarlos como muestra de su máxima fidelidad al rey, símbolo superior de la jerarquía patriarcal, ponía en entredicho la institución marital, y la figura tutelar y proveedora de los hombres. Al mismo tiempo, quedarse solas, sin el abrigo de un hombre, implicaba múltiples estragos y hostigamientos, entre ellos los improperios de tropas realistas que apresaban a mujeres por estar sin la compañía de un varón y suponer que esto se debía a que los hombres de su hogar eran participes de la rebelión. Además, las mujeres relacionadas con insurrectos difícilmente establecían vínculos de solidaridad con la población que les permitieran solventar sus necesidades económicas ya que al inmiscuir o recibir socorros de terceros se corría el riesgo de colocar a los bienhechores en una situación delicada frente a las autoridades.

En los tribunales de justicia se evidenciaron las fisuras, las contradicciones y las permanencias del discurso del deber ser femenino. Por una parte, los jueces y defensores se empeñaron en indagar y esclarecer si las presas eran de honesto proceder y si se dedicaban a

[541] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 59, exp. 15, prog. 962, año 1819, ff. 4-5.
[542] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 59, exp. 15, prog. 962, año 1819, f. 13v.

las labores propias de su sexo, ya que tener nota de una vida escandalosa daba mayor fuerza a las acusaciones de rebeldía e infidencia. Dos elementos asociados con la construcción de género que fueron severamente sancionados fueron la seducción a las tropas del rey y la masculinización de las mujeres al vestir o actuar como hombres y emplear las armas. Por otro lado, la supeditación y minoría de edad con que se trataba a las mujeres propició que ante los jueces quedaran ausentes los vínculos afectuosos que empujaban a las mujeres a unirse a los destinos de sus maridos, hijos, hermanos o padres; al igual que las coincidencias ideológicas o motivaciones personales que las llevaron a colaborar de una u otra forma con los rebeldes.[543]

Las mujeres casadas, viudas o hijas de los realistas, al ser percibidas dentro del bando justo no eran víctimas de persecuciones judiciales y eran más propensas a recibir auxilios económicos; por ejemplo, en marzo de 1813 el obispo de Guadalajara, Juan Cruz Ruiz de Cabañas, envió una circular a los párrocos de su diócesis en la cual les ordenaba que destinaran una partida de reales para asistir las necesidades de las viudas y huérfanos de "los esforzados patriotas que defendían la causa justa".[544] Aunque la participación de las novohispanas a favor de las tropas realistas también ha sido desdibujada por la historiografía, se sabe que en la ciudad de México un grupo denominado Patriotas Marianas, fundado por doña Ana Iraeta de Mier, viuda de un oidor, publicaba y distribuía panfletos en los que proclamaban su lealtad, colectaban fondos en beneficio de las familias necesitadas de los soldados y cosían la imagen de la virgen de los Remedios en las banderas del ejército realista.[545] El contexto de guerra colocó a toda la población en una situación de inseguridad y vulnerabilidad, y de ello no estuvieron excluidas las mujeres adheridas al bando del rey, por ejemplo Francisca de la Gándara, esposa del general Calleja, fue secuestrada por el rebelde Rafael Iriarte, de camino a Ciénega de Mata, su liberación se negoció a cambio de la consorte de Iriarte.[546]

---

[543] Alberto Baena Zapatero, "La participación de las novohispanas en la guerra de Independencia", Miguel Ángel Isais, Candelaria Ochoa y Jorge Gómez (coords.), *Mujeres insurgentes, mujeres rebeldes*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2015, p. 32.
[544] Olveda Legazpi, "Las mujeres en la guerra, 1810-1821", p. 256.
[545] Silvia Arrom, *Las mujeres de la ciudad de México, 1790-1857*, México, Siglo XXI, 1988, p. 51.
[546] Saucedo Zarco, *Ellas que dan de qué hablar: las mujeres en la Independencia*, p. 82.

III. Solas en circunstancias adversas

Reprimir el movimiento insurgente a través de las mujeres y demás familiares de los insurrectos fue una práctica extendida por los territorios novohispanos, pero que tuvo matices regionales. En Guanajuato, el seno de la rebelión, en donde se sumaron familias completas a las gavillas, las autoridades implementaron acciones represivas de gran impacto. Por ejemplo, el 29 de octubre de 1814, Agustín de Iturbide ordenó que las mujeres y familiares de los rebeldes se reunieran con ellos, o de lo contrario quien no estuviera en compañía de su marido o padre sería castigado con todo el rigor de la ley.[547] El referido bando que publicó Iturbide desembocó en la aprehensión de cientos de mujeres que se encontraron solas en Pénjamo, las cuales fueron remitidas a las casas de recogidas de Guanajuato e Irapuato sin que precediera formación de causa.[548] Una vez contenidas, las presas solicitaron a las autoridades que instruyeran las sumarias, ya que permanecían en total incertidumbre. Ante esta petición Iturbide, en una muestra de poder absoluto, determinó que no era conveniente incoar proceso en esa clase de delincuentes; la actitud arbitraria del comandante realista, respecto a las formas en que cometió las aprehensiones de Pénjamo y la negación a formar sumarias, era contraria al reformismo ilustrado en materia de Derecho Penal y Procesal, sin embargo, el contexto de guerra consintió ciertas licencias.[549]

El propósito de Iturbide era constreñir a los sublevados a deponer las armas. Esto a partir de una estrategia con dos flancos, por una parte, obligar a los hombres a permanecer en su casa ya que su sola ausencia despertaba fuertes sospechas sobre su adhesión al partido

---

[547] María José Garrido Asperó, "Entre hombres te veas: las mujeres de Pénjamo y la revolución de Independencia", Felipe Castro, Marcela Terrazas (coords.), *Disidencia y disidentes en la historia de México, México*, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003, p. 176.
[548] García, *Documentos históricos mexicanos*, t. V, p. 394.
[549] La Constitución de Cádiz adoptó algunos de los principios reformistas del Derecho Penal y Procesal, y aunque fue derogada en mayo de 1814, sus postulados evidenciaban una manera particular de concebir la justicia, en la que se privilegió la justicia de las leyes como una forma de contrarrestar la justicia de los jueces, es decir, la casuística. Por ejemplo, en el tít. V, cap. III, art. 287, se estipuló lo siguiente: Ningún español podrá ser preso, sin que proceda información sumaria del hecho, por el que merezca según la ley ser castigado con pena corporal, y así mismo un mandamiento del juez por escrito, que se le notificará en el acto mismo de la prisión. *Constitución Política de la Monarquía Española*, pp. 79-80.

insurgente, y por otra parte, replegar a la población en los sitios que estaban guarecidos por las armas del rey. Con esta medida se procuró minar y desmantelar el apoyo que los pueblos prestaban o pretendieran proporcionar a los rebeldes. Además, la represión de las mujeres le permitió usarlas para contener "el furor de los rebeldes" que amenazaban con producir mayores estragos.[550] Las presas de Pénjamo, remitidas a Guanajuato, padecieron "las estrechas, fétidas e inmundas" paredes de la casa de recogidas por los "desaciertos" de su parentela,[551] y por una estrategia realista que las redujo a prisión en represalia.[552] La respuesta de los insurgentes fue inmediata; en la misma lógica de Iturbide, el cura José Antonio Torres exigió a las poblaciones que se definieran por un bando y que en caso de ser partidario de las tropas del rey se aglomeraran en los sitios que estos tenían fortificados, además prohibió el comercio con los realistas y quemó haciendas y ranchos. Ante esta afrenta, "Iturbide también ordenó incendiar los puntos de concentración de insurrectos y advirtió que, por cada choza quemada, fusilaría a una de las esposas de los rebeldes".[553]

En enero de 1817, después de múltiples instancias, el virrey Apodaca excarceló a las mujeres de Pénjamo que permanecían en las recogidas de Guanajuato, y las estrechó a guardar encierro en casas particulares, en calidad de sirvientas o depositadas hasta que sus parientes se encontraran en disposición de recogerlas.[554] Una parte de las presas remitidas a Irapuato, fueron después trasladadas a la casa las recogidas de Querétaro, por la connotación infamante que poseía este tipo de establecimientos su reputación quedó comprometida, "con el castigo de ser tenidas por malas mujeres, como las más prostitutas".[555] Finalmente, las contenidas que continuaban en Querétaro fueron indultadas por Apodaca el 11 de julio de 1817.

La sentencia de Iturbide, de apresar a aquellas que no estuvieran en compañía de su marido o padre, también la emplearon los militares de la intendencia de Guadalajara en casos

---

[550] García, *Documentos históricos mexicanos*, t. V, pp. 390-392.
[551] García, *Documentos históricos mexicanos*, t. V, pp. 386-387.
[552] En reacción a los encarcelamientos de Pénjamo, los insurgentes ordenaron quemar campos de haciendas y rancherías en distintos poblados. Garrido Asperó, "Entre hombres te veas: las mujeres de Pénjamo y la revolución de Independencia", p. 177.
[553] Ortiz Escamilla, *Guerra y gobierno. Los pueblos y la independencia de México, 1808-1825*, pp. 232-233.
[554] García, *Documentos históricos mexicanos*, t. V, p. 401.
[555] En estos términos se expresó Doña María Josefa Paul, una de las presas de Pénjamo. García, *Documentos históricos mexicanos*, t. V, pp. 401-402.

particulares y perjudicó a las que tenían por esposo a arrieros, aunque eran recluidas en calidad de contenidas,[556] eran estrechadas a las jornadas del metate.[557] Así mismo la medida fue aplicada de manera general sobre pequeñas poblaciones. A principios de diciembre de 1816, Pedro Celestino Negrete, en concordancia con Francisco Orrantia, combatía a los rebeldes en la provincia de Guanajuato, en las inmediaciones de la hacienda Cañada de los Negros, ya que en ese tiempo la región estaba bajo el mando militar del comandante general José de la Cruz.[558] En medio de este despliegue militar, un puñado de mujeres avecindadas en la referida hacienda, cercana a la villa de León, fueron aprehendidas por las huestes del rey que seguían las órdenes del mayor Juan Ignacio Ortiz, quien las cogió solas una mañana después del almuerzo, y las remitió a Guadalajara. Una vez que arribaron a la capital de la intendencia, las presas quedaron a disposición del tribunal de la Real Audiencia y fueron recluidas de inmediato en la Casa de Recogidas, sin que se les formara sumaria. Transcurridos diez meses de prisión, en octubre de 1817, las reclusas solicitaron saber el estado de su causa, sólo de esta manera el proceso se inició y cada una de las detenidas pudo declarar las circunstancias bajo las cuales fueron capturadas.[559]

De las 18 mujeres contenidas, cinco fueron conducidas a Guadalajara en compañía de algunos de sus hijos e hijas, un par de estas niñas fueron incluidas en la relación del número de presas; de manera que, del total de contenidas, la menor contaba con 10 años y la mayor con 60, pero la edad del común oscilaba los 20 años; sus calidades eran distintas, unas indias, otras españolas y una mulata; sus estados también eran diversos, casadas, viudas, solteras, doncellas; sin embargo, todas coincidieron en el mismo lugar, en la hacienda Cañada de los Negros, y en las mismas circunstancias, estaban solas, y contaban con ciertos rudimentos de maíz y animales que les permitían garantizar su subsistencia. La acción militar que enmarcó su aprehensión fue parte de las incursiones que realizó Negrete, con la finalidad de retener

[556] La categoría de contenidas implicaba un recogimiento forzoso, pero no castigo de metate, su depósito se realizaba bajo el argumento de proteger y resguardar a las mujeres.
[557] En enero de 1815, en San Pedro Piedra Gorda, fueron aprehendidas tres mujeres, una acusada de ser esposa de capitán insurgente, otra de un matancero de ganado, y una más de un alcabalero. Dos de ellas afirmaron en su declaración que sus maridos eran arrieros una detalló que "había salido a Puruándiro a vender seis cargas de maíz en unos burros alquilados […] y trayendo cigarros y algodón"; ambas coincidieron en que se encontraban solas cuando fueron arrestadas en sus casas. Una vez en la Casa de Recogidas, fueron recluidas en calidad de contenidas, pero obligadas a trabajar en las jornadas del metate. BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 171, exp. 15, prog. 2673, año 1815, ff. 10.
[558] *Gaceta del Gobierno de México*, t. VII, núm. 895, martes 30 de abril de 1816, p. 426.
[559] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 66, exp. 25, prog. 1082, año 1817, ff. 17.

las acciones de las gavillas en la región de Santa María de los Lagos y sobre todo en las zonas aledañas a la intendencia de Guanajuato y Valladolid. Mantener el control de la frontera subversiva era fundamental para salvaguardar el avance a la capital de la intendencia.

Las inmediaciones de Cañada de los Negros estaban atiborradas de rebeldes, que aumentaron su presencia desde mediados de 1815, con las fuerzas del padre José Antonio Torres, José María González Hermosillo y Santos Aguirre.[560] Un mes después de la detención de las mujeres, el 13 de enero de 1817, el coronel don José Villalva con jurisdicción militar en el pueblo de San Pedro Piedra Gorda, informó al comandante general interino de Guadalajara, Pedro Celestino Negrete, el golpe que dio el capitán Andrés Galilea a los cabecillas Villarreal, los Rodarte, Ibarra, Magdaleno Medina y Tomás Rodríguez que, con 250 hombres más, estaban reunidos en la hacienda de Cañada de los Negros. De acuerdo con el escrito de Villalva, desde este lugar los insurrectos amedrentaban a los pueblos vecinos, entre ellos a Arandas. Para detener las operaciones de los rebeldes se comisionó al capitán Galilea quien planeó un eficaz ataque; el militar en cargo se acercó a las inmediaciones de la hacienda y emboscó al bando contrario, parte de su estrategia consistió en coartar cualquier posible ayuda que pudiera brindarse a sus enemigos. La acción fue certera, como saldó dejó 33 muertos entre los que se contaban algunos de los principales líderes insurgentes, efectuó un par de prisiones y les decomisó armamento y caballería. Una vez que el virrey don Juan Ruiz de Apocada estuvo noticiado del triunfo realista, ascendió a Galilea al grado de teniente coronel.[561] En el transcurso de 1817, continuaron informes similares sobre la presencia de gavillas en la Cañada de los Negros,[562] por lo que el peligro latente de la región permanecía al momento que se efectuaba el proceso de las mujeres allí aprehendidas.

Contener el avance de las gavillas requería implementar medidas de extrema prevención, entre ellas evitar que las poblaciones abastecieran de insumos a los rebeldes y estrechar a los hombres a permanecer en sus hogares, ya que de lo contrario levantarían fuertes sospechas de su adhesión al partido insurrecto. En Cañada de los Negros habitaban varias familias, pero las huestes realistas sólo apresaron a las mujeres que estaban solas, sin

[560] *Gaceta del Gobierno de México*, t. VII, núm. 835, sábado 6 de abril de 1816, pp. 347-348.
[561] *Gaceta del Gobierno de México*, t. VIII, núm. 1041, martes 11 de marzo de 1817, pp. 303-305.
[562] *Gata del Gobierno de México*, t. VIII, núm. 1112, sábado 26 de julio de 1817, pp. 828-829; *Gaceta del Gobierno de México*, t. VIII, núm. 1167, jueves 6 de noviembre de 1817, pp. 1217-1218.

la figura tutelar de un varón, además, entre sus víveres poseían maíz, vacas, gallinas y lechoncitos; ambas circunstancias las configuró como sospechosas, y probables proveedoras de comestibles a los insurgentes. Con su captura quedó eliminada la posibilidad de que de alguna forma contribuyeran con los ejércitos sediciosos.

Casimira Camargo, india, viuda, de 60 años, tomó la batuta para solicitar información sobre su proceso, y fue la primera en rendir declaración, ella afirmó que los soldados del rey la sacaron de su casa con la acusación de que los insurgentes asistían a ella. El resto de contenidas coincidió en que las aprehendieron por no haber varones en su casa. María Polonia Camargo, hija de Casimira, de 22 años, e india, manifestó que fue detenida al lado de su madre y que su estancia en prisión provocó la muerte de sus dos criaturas. María de Jesús Hernández, de 16 años, huérfana de padre, fue capturada junto a su madre, de edad avanzada, quien al tiempo de su deposición estaba en el hospital, enferma de gravedad. María Dominga de Alba, de 43 años, resultó sorprendida por las tropas realistas en su jacal con sus cuatro hijos, y sólo al más pequeño tuvo oportunidad de dejar al cargo con una vecina; María Juana, hija de Dominga, de 19 años, debido a las arduas jornadas del metate que se desempeñaban en las Recogidas declaró que se encontraba ya muy lastimada de las manos, al igual que ella sus hermanas menores, Eduarda de once, y María Manuela de diez, estaban recluidas.

Ignacia María, viuda, reconoció que su fallecido esposo si se unió al partido de los insurgentes, pero que la dejó embarazada y con dos hijos, María Guadalupe de ocho años y José Miguel de siete, a todos los remitieron a las Recogidas y ahí mismo parió a su tercera criatura, sin embargo, el calor de los fogones le había cortado la leche y debido a esto quedó impedida para amamantarlo y el recién nacido padecía "bastante aniquilado".[563] Inés Ortiz, tenía tres hijos de cuatro y dos años, tras su captura pudo tomar en brazos a una de sus hijas pequeñas, y abandonó a los otros dos. Juana Paula Villalobos, viuda, española, de 26 años, fue trasladada a las Recogidas con su hija de dos años.[564]

[563] Sin duda la crianza en el recogimiento significaba un doble esfuerzo por parte de las mujeres. En las mismas fechas en que se llevaba el proceso de la Cañada de los Negros, estaba recluida Guadalupe Gómez, vecina de Cocula, en mayo de 1817 ella fue recluida con su criatura, pero al verse enferma y "faltándome ya los espíritus para criarlo", solicitó le fuera entregado al padre. Su petición le fue negada. BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 138, exp.1, prog. 2073, año 1817, ff. 1-1v.
[564] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 66, exp. 25, prog. 1082, año 1817, ff. 1-1v.

Seis de las reclusas eran jóvenes solteras: Josefa Ortiz, sestaba de "arrimada" con su prima Inés Ortiz. María Pardo, de 20 años, expuso que en Cañada de los Negros quedó su madre en cama debido a una enfermedad y, aunque le hizo saber lo anterior a las autoridades, no le permitieron asistirla. Marcelina Espinoza, de 18 años, servía en la casa del administrador de la hacienda, don José María Falcón, y declaró que de ahí la sacaron. María Celedonia Cervantes, de 30 años, mulata y casada, expresó que al momento de su captura se encontraba sola porque su esposo salió con rumbo a Talpa. Tres de las retenidas argumentaron que sólo estaban de paso por la Cañada de los Negros, María de la Luz Puente, de 17 años, y su prima hermana, María Tomasa Puente, de 16, vivían en Rincón de León, un pueblo cercano, y se habían dirigido a la hacienda a vender cigarros; Juana María Ortiz, viuda, hacía cuatro meses que residía en la villa de León, y apenas tenía unos días en el lugar a donde acudió a visitar a su suegra. Una situación diferente era la de Dolores Bravo, natural de la villa de Aguascalientes, pues ella tenía una relación con un dragón de la división del mayor Ortiz, y por su orden fue reunida con las anteriores y remitida a Guadalajara, pues según sus palabras, Ortiz no quería que anduvieran mujeres en la tropa del rey.

Mujeres aprehendidas en Cañada de los Negros como medida gubernativa de precaución por indicios de infidencia				
Presas	Edad	Calidad	Estado	Natural/vecina
Casimira Camargo	60	india	viuda	Hcda. Cañada de los Negros
María Dominga de Alba	43	española	viuda	Hcda. Cañada de los Negros
María Celedonia Cervantes	30	mulata	casada	Hcda. Cañada de los Negros
Juana Paula Villalobos	26	española	viuda	Hcda. Cañada de los Negros
Ignacia María			viuda	Arandas/Hcda. Cañada de los Negros
María Polonia Camargo	22	india	hija de la Casimira	Hcda. Cañada de los Negros
Josefa Ortiz	20		soltera	Hcda. Cañada de los Negros
Inés Ortiz			casada	Rancho San Luisito
María Pardo	20		soltera	Hcda. Cañada de los Negros
Juana María Ortiz				villa de León
María Juana	19	española	Doncella Hijas de Alba	Hcda. Cañada de los Negros
Marcelina Espinoza	18		soltera	Hcda. Cañada de los Negros
María de la Luz Puente	17		soltera	Rincón de León
Dolores Bravo			soltera	Aguascalientes
María Tomasa Puente	16		doncella	Hcda. Cañada de los Negros
María de Jesús Hernández	16	española	doncella	Hcda. Cañada de los Negros
Eduarda	11		Hijas de Alba	Hcda. Cañada de los Negros
María Manuela	10		Hijas de Alba	Hcda. Cañada de los Negros

Tabla 13 Mujeres aprehendidas en Cañada de los Negros. Fuente: BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 65, exp. 25, prog. 1082, año 1816, ff. 4-6v.

En las deposiciones ni una de las reclusas se identificó adepta al movimiento, aunque algunas si reconocieron que sus esposos se sumaron a él. En sus declaraciones las remitidas convergieron sobre la presencia de insurgentes en la hacienda Cañada de los Negros. Casimira Camargo sostuvo que los insurrectos, en efecto, pasaban por sus viviendas; María Dominga de Alba negó que los rebeldes produjeran daños en la hacienda; Ignacia María, por su parte, aceptó que los insurrectos entraban al lugar, pero ratificó que no perjudicaban la propiedad. Juana Paula Villalobos esclareció que los sediciosos incursionaban en la Cañada de los Negros con la finalidad de abastecerse de víveres. Unos y otros señalamientos corroboraban las sospechas en su contra y consolidaban las motivaciones previsoras de su captura.

En octubre de 1817, Casimira Camargo, la matrona del grupo, solicitó a su nombre y el de sus compañeras la indulgencia que en recientes fechas había proclamado Fernando VII. El escrito fue recibido por los oidores quienes, a su vez, lo turnaron al fiscal Mendiola; él concordó en que las prisiones que se efectuaron sobre las referidas mujeres pretendían impedir que les proporcionaran víveres a los rebeldes y evitar que se refugiaran en sus casas, ya que vivían sin la compañía de hombres que las protegieran. El fiscal Mendiola admitió que las aprehendidas no habían cometido delito alguno y por esta misma razón no podían acogerse al indulto que se destinaba a absolver a los rebeldes, pues ellas estaban recluidas en calidad de depósito.[565]

Para el fiscal Mendiola la finalidad de mantener a las mujeres en las Recogidas consistía en proporcionarles un lugar que las guardara del peligro al que quedaban expuestas y, de igual manera, obstaculizar posibles males y escándalos a la tranquilidad pública. Al no estar contenidas en calidad de presas, Mendiola recomendaba que en el entretanto de la causa se previniera a la rectora que excusara a las consignadas de las jornadas extenuantes que eran propias del castigo de las delincuentes. Sin embargo, conocedor de que Rosalía Enríquez repetía instancias relativas a la falta de mujeres que se aplicaran a los duros trabajos del recogimiento, preveía que lo referente a este punto se tratase con prudencia; además, como solución a la carga de trabajo que se imponía en el establecimiento proponía que la elaboración de tortillas y comida de presos se realizara fuera de las Recogidas, ya que así se

[565] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 66, exp. 25, prog. 1082, año 1817, ff. 3 y 7-8.

ocuparían en ello las mujeres que así lo desearan. En el mismo sentido, consideraba que no era justo ni equitativo que habiendo fondos de penas de cámara destinados a sufragar estas tareas se pusiera a trabajar a las recogidas "hasta enfermar, y aún después de enfermas", a pesar de que desde 1815 había instrucción de invertir en la compra de algodón y utensilios de labranza.[566] Valga recordar que, de las 16 reclusas, por lo menos nueve de las que expresaron su edad eran menores de 25 años, por lo que se infiere que estaban en una etapa vigorosa y capaz de moler el maíz y elaborar las tortillas. Una de las reclusas, María Juana, manifestó lo lastimada que estaba de las manos, situación que era usual y recurrente en las molenderas.

Finalmente, en diciembre de 1817, el tribunal de la Real Audiencia determinó que se liberara a las reclusas y se les remitiera a pueblos en que pudieran dar fianza de su estadía, la mayoría de ellas pidieron ser remitidas a la villa de León, en donde tenían parentela masculina. Lo anterior después de un año de compurgar un castigo sin que en ello mediara la comisión de un delito, como las mismas autoridades reconocieron. Lo que se tomó por motivo justo de su captura fue el hecho de ser mujeres y vivir sin el resguardo de un varón, ya que esto daba lugar a sospechas. Por ejemplo, que los hombres ausentes de sus hogares estaban adheridos a las gavillas, que eran propensas a ser incitadas por los rebeldes o que los ayudarían con víveres; de una u otra manera resultaban peligrosas y la opción de recluirlas pareció ser lo más conveniente.

Para las mujeres de Cañada de los Negros los estragos iniciaron desde el momento de su aprehensión, ya que se vieron precisadas a abandonar sus bienes e hijos, padecieron el traslado por cordillera a Guadalajara, aun cuando en las inmediaciones de Guanajuato se encontraban otros recogimientos, uno en la propia ciudad de Guanajuato, y otros más en Irapuato, Pénjamo y Silao. Una vez en Guadalajara, las instancias de justicia consignaron a las aprehendidas a la Casa de Recogidas sin que precediera proceso ni estancia previa en la real cárcel, se les tuvo por delincuentes rematadas por superior tribunal y por ende conminadas a cumplir con las jornadas agotadoras y tormentosas de la molienda.[567] En un

[566] BIPEJA, ARANG, ramo Civil, c. 415, exp. 11, prog. 6689, año 1815, f. 2.
[567] En 1817, en la Casa de Recogidas también fue recluida Luisa Gaitán, a petición de su marido por su liviandad, por lo que él cubría una cuota de cuatro reales diarios para su manutención. Diferente a las presas políticas, esta mujer no trabajaba en las labores del metate, aunque su esposo lo solicitó para que fuera efectivo el castigo y la

contexto de guerra, cada bando optó por el castigo y el terror como métodos necesarios para apaciguar y mantener el control de las poblaciones.

La salud física y emocional de las reclusas procedentes de la Cañada de los Negros fue en claro detrimento, una de ellas perdió a sus hijos por la prisión, otra estaba lastimada de las manos y una más se quedó sin leche para amamantar a su criatura. Si se considera que por el mismo contexto de guerra aumentó en un número considerable la población masculina de la cárcel, se puede inferir que las recogidas se vieron obligadas a redoblar las faenas de trabajo y, por lo tanto, se recrudeció la cotidianidad al interior del establecimiento. La situación de las mujeres que parieron en la Casa de Recogidas en este periodo distó bastante de los cuidados y atenciones que en tiempos pasados procuraban las rectoras, quienes asistían a las parturientas con medicamentos, alimentos que contribuyeran a su pronta recuperación, y el descanso que se requería en los días posteriores al parto. Lo anterior es una muestra del recrudecimiento que se experimentó en la vida al interior del recogimiento, ya que la rectora era parte del régimen realista, por lo que es probable que endureciera su trato en las recluidas por infidencia.

Como mencionó el fiscal Mendiola, la rectora Rosalía Enríquez del Castillo solicitaba en repetidas instancias la remisión de mujeres para cumplimentar la proveeduría de presos; a sus ruegos, en abril de 1818, las rondas de comisión procuraron apresar a aquellas de actitudes sospechosas y remitirlas a las Recogidas para que molieran en el metate, sobre lo cual tenían orden por superior tribunal debido a penuria de la cárcel;[568] en el transcurso de ese año la escases de manos o la insuficiencia de ellas prosiguió, las recluidas tuvieron que doblar turnos la noche y el día.[569] En 1819 la urgencia en la cocina continuaba, por lo que las reas se quejaban de "rigurosísimo trabajo del metate para la comida de presos", de cuyo motivo resultaban bastante lastimadas de las manos;[570] con el mismo propósito de tesquis, en septiembre las presas por causas leves que permanecían en la sala de la real cárcel fueron

enmienda. Esto confirma que, en efecto, había una política de mayor rigor en las recluidas por cuestiones de la insurrección. BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 62, exp. 11, prog. 1000, año 1817, ff. 1-3; Coss y León, *Los demonios del pecado. Sexualidad y justicia en Guadalajara en una época de transición (1800-1830)*, pp. 210-211.

[568] BIPEJA, ARANG, ramo Civil, c. 266, exp. 2, prog. 3627, año 1818, f. 12.

[569] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 66, exp. 21, prog. 1078, año 1818, ff. 1-3v.

[570] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 147, exp.5, prog. 2221, año 1818, f. 25v.

remitidas a la Casa de Recogidas.[571] Las motivaciones políticas para aprehender adeptas a la insurrección, como las mujeres de Cañada de los Negros, se entremezcló con la necesidad de abastecer de mano de obra a la Casa de Recogidas.

Mujeres insurgentes y realistas participaron de manera activa y pasiva en el movimiento insurrecto; a través de su feminidad algunas procuraban la adhesión de hombres a sus bandos, o escondían municiones en su vestimenta, desde sus atributos mujeriles cuidaban de los enfermos, cosían estandartes, proporcionaban algunos víveres y preparaban los alimentos para las tropas. Otras pocas, desde la permisiva transgresión que propiciaba el calor de la guerra, montaban a caballo, vestían pantalones, iban al frente de gavillas y luchaban a la par de sus congéneres con títulos de capitanas o generalas.

Insurrectas reales o imaginarias abastecieron a la Casa de Recogidas, así el periodo del movimiento insurgente dio lugar a la represión política y brindó nuevos bríos a la institución. Al ampliarse los motivos de reclusión se intensificó el número de mujeres que se enviaban al recogimiento, se configuraron los dispositivos y mecanismos en la impartición de justicia en contra de las sospechosas de sedición y se recrudeció la vida al interior del establecimiento. Las rectoras, diligentes al exterior, dentro de su coto de poder se convertían en capataces, hacia arriba ellas tenían una obligación que cumplir, hacia abajo sin miramientos ponían a trabajar a las mujeres, incluso solicitaban a los tribunales que les remitieran la mano de obra que se requería para la elaboración de las tortillas y la comida de presos.

La estabilidad que disfrutó la élite local de la ciudad de Guadalajara en el periodo de 1811 a 1821, bajo el gobierno del intendente José de la Cruz permitió cierta tranquilidad política en las regiones aledañas a la capital. La procedencia de las aprehendidas por insurrectas confirma los puntos nodales en los cuales tuvieron lugar las principales pugnas entre facciones: las zonas limítrofes con la intendencia de Guanajuato, Michoacán y la región sur de la intendencia de Guadalajara donde operaba Gordiano Guzmán.

[571] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 153, exp. 8, prog. 2313, año 1819, f. 3.

La guerra civil e independentista trastocó el orden, la impartición de justicia y la relación de las transgresoras con las casas de recogidas. Conforme transcurrieron los años los realistas intensificaron sus tácticas y se recurrió cada vez más al uso del recogimiento; el recrudecimiento de las medidas se vivió al exterior e interior de la Casa de Recogidas. Es probable que la rectora Rosalía Enríquez al constituirse como un elemento dentro de la estructura judiciaria institucional actuara con más rigidez y tratara de formas severas a las mujeres remitidas por traicionar la alta fidelidad al rey ya que por su delito se consideraba que eran merecedoras del máximo castigo. Por otra parte, enviar a las mujeres detenidas a casas de recogidas alejadas del lugar de su captura se constituyó en una estrategia cuya finalidad era evitar motines. Respecto a esto, uno de los destinos más usuales fue la Casa de la Magdalena de Puebla, a ella se enviaron mujeres procedentes de la cercana Veracruz, y de demarcaciones distantes como Guanajuato y Valladolid.

Los discursos, estrategias y tácticas que emplearon las implicadas en procesos judiciales se estructuraron a partir de los parámetros del deber ser mujer. Así mismo, las autoridades se mostraron interesados en indagar sobre la decencia y pública fama de las involucradas, y éstas a su vez, en pro de conseguir su liberación, se avocaron en demostrar que su comportamiento era acorde a los lineamientos de su género: que eran esposas sumisas, que vestían de forma decente, que se dedicaban a sus quehaceres domésticos, que eran de proceder honesto. En los tribunales de justicia, la relación de las mujeres hacia las autoridades fue esquiva y mediada por el propósito de salir libradas de las circunstancias adversas. Por su parte, los jueces mostraron mayor rigor con las detenidas, omitieron la debida formación de sumarias, la evacuación pertinente de testigos y dilataron las causas.

El bando realista desplegó estrategias encaminadas a minar los brotes de insurrectos, con este propósito intensificaron las persecuciones y ampliaron los motivos de aprehensión. Cada vez fue más usual que recurrieran a las casas de recogidas para reprimir el movimiento, pero después de 1819 comenzaron a suavizar las sentencias,[572] quizá en previsión de los cambios que se avecinaban. En 1820 se restituyó la Constitución de Cádiz, y al año siguiente triunfó el bando insurgente, con Agustín de Iturbide al frente. Ante un nuevo escenario, el ex

[572] Robinson, "La reclusión de mujeres rebeldes: el recogimiento en la guerra de Independencia mexicana, 1810-1819", p. 241.

comandante realista Pedro Celestino Negrete se adhirió al ejército imperial de Iturbide y proclamó la independencia de Nueva Galicia el 13 de junio de 1821,[573] con una entrada triunfal a Guadalajara.[574] La carta gaditana fue reconocida por el emperador, lo que significó la vuelta en escena del ayuntamiento, de esta manera la Casa de Recogidas regresaba a su arbitrio, sin embargo los años de guerra hicieron de ella una institución de indiscutible carácter judicial distante de las funciones de policía que correspondían al cabildo de la ciudad.

[573] Dávila Garibi, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, t. IV, vol. I, p. 339.
[574] Pedro Celestino Negrete fue un personaje allegado a Iturbide y se convirtió en pieza clave para lograr la proclamación del Plan de Iguala. Sus diferencias con el régimen imperial lo llevaron a unirse a Guadalupe Victoria. Finalmente fue exiliado en 1827, y murió en Burdeos, Francia, en 1846. Ortiz Escamilla, *Guerra y gobierno. Los pueblos y la independencia de México, 1808-1825*, p. 254.

Tercera Parte. Un nuevo orden una nueva justicia.

Capítulo VI. El castigo en tiempos de construcción y revueltas. Reconfiguración espacial de las Recogidas (1821-1858)

Sumario: Introducción; I. Discursos de la humanidad doliente; II. Proyectos de código penal en Jalisco; III. La institución a partir de su Reglamento

"La prohibición anticipa el sufrimiento, y la coacción moral de lo vedado lleva implícita la efigie efectiva del castigo". [575]

Introducción

Una vez consumada la Independencia de México en 1821 se inició un accidentado proceso de construcción del Estado, en el cual el territorio experimentó varias formas de gobierno: del imperio a la república federal, después a la centralista y de nueva cuenta a la federal, todo en medio de pugnas y guerras intestinas entre las facciones liberales y conservadoras. La transición política envolvía un profundo cambio en la cultura institucionalizada, que impulsaba a su vez un orden jurídico legal. La conversión necesitaba de bases sólidas que le permitieran cimentar los nuevos postulados, en especial el erario para solventar los proyectos institucionales, y las instancias que facilitaran la creación de sus propios códigos legales. Sin embargo, la efervescencia política mexicana produjo un escenario de anarquía e inestabilidad económica que dilataron, por ejemplo, la reactivación de las actividades productivas y la formación de un derecho propio, con *corpus* penales y civiles. Además, con un sistema fiscal endeble las instituciones bajo la tutela del Estado enfrentaron periodos de suma carestía. La Casa de Recogidas no fue ajena a la compleja realidad del escenario nacional.

---

[575] Ricoeur, *Finitud y culpabilidad*, p. 276.

Los acontecimientos que se vivían al interior del país tuvieron un trasfondo internacional que exaltaba los derechos de los hombres y en particular la humanización de las penas. Estas premisas del pensamiento ilustrado se compaginaron con los valores pregonados por la independencia de las trece colonias y la revolución francesa, a saber: igualdad, libertad, felicidad y soberanía. En la proeza independentista de Nueva España estos mismos conceptos abanderaron el movimiento y fungieron como brújulas del nuevo régimen.[576] La conjugación de estos elementos repercutió de manera directa en la reconfiguración espacial de la Casa de Recogidas al mismo tiempo que marcaron su lento decaimiento. De forma paralela, desde finales del siglo XVIII, la esencia del encierro y la corrección experimentaron una reconceptualización que tuvo por máxima expresión la humanización de las penas y la instauración del modelo penitenciario.

Tras un periodo de indefinición sobre la naturaleza de la Casa de Recogidas, la institución terminó por replegarse al sistema carcelario del estado de Jalisco, lo cual se reafirmó en la elaboración de su reglamento en febrero de 1829. En él se redefinieron nuevos cargos, se vislumbraron diferentes dinámicas administrativas, se determinó el origen de sus fondos, se redibujó la redistribución espacial del establecimiento y, en suma, se instituyeron distintas formas de representar el espacio; sus nuevos elementos simbólicos e imaginativos forjaron un espacio de representación peculiar, con determinadas maneras de percibir, concebir y vivir el castigo en femenino. Las reas, como sujetos sensibles con capacidad de agencia, actuaron conforme a los códigos del espacio, y lo comprendieron.[577]

Las mujeres reclusas en las Recogidas estaban ahí por ejecutar muertes, robos, heridas, por ser mujeres públicas, estar ebrias por las calles, y cada vez menos por cuestiones lascivas; mientras las procesadas o sancionadas por falta leves permanecían en la cárcel. Las transgresiones eran otras, unas de nuevo régimen, y otras también eran las finalidades de su encierro. Los dos elementos que dan sentido y significado al espacio se conjugaron para reconfigurar la institución y así adecuarla a las necesidades de su tiempo. De 1824 a 1858 la

[576] Bartolomé Clavero realiza un estudio bastante completo sobre la influencia de las ideas norteamericanas, hispanas y francesas que convergieron en la formulación de la Constitución Mexicana de 1824. Bartolomé Clavero, "Constitución de Cádiz y Ciudadanía de México", Carlos Garriga (coord.), *Historia y Constitución: trayectos del constitucionalismo hispano*, México, CIDE, Instituto Mora, El Colegio de Michoacán, Escuela Libre de Derecho, HICOES, El Colegio de México, 2010, pp. 141-172.
[577] Lefebvre, *La producción del espacio*, p. 78.

Casa experimentó momentos de inestabilidad, acordes a la situación política de la época, hasta que la toma de la ciudad de Guadalajara, un 13 de marzo de 1858, provocó un motín en las Recogidas, las circunstancias terminaron por derruir el de por sí descuidado edificio y la institución se vio obligada a cerrar sus puertas, días aciagos le esperaban.

I. Discursos de la humanidad doliente

Instituir un orden, uno independiente y acorde a los sentimientos libres de la nación mexicana precisó de un esfuerzo político e ideológico que permitiera mostrar una clara diferencia entre el nuevo régimen y el yugo monárquico absolutista del que se desprendían. Aunque la recomposición del escenario partió de los contextos conocidos, en especial de algunos postulados de la monarquía constitucional y la Carta Magna de Cádiz de 1812, el Estado buscó crear signos propios de su nueva realidad, con códigos que fueran consonantes con los discursos de la libertad, la soberanía y la justicia. Estos ideales concordaban con la corriente occidental que colocó los derechos naturales por encima de las leyes positivas, y en consecuente predominio del respeto a la vida y la dignidad humana.

Además del ámbito político, la ruptura con la monarquía hispánica trastocó la vida cotidiana y removió las finas fibras de los hilos imaginarios que otrora entrelazaban a los súbditos con la figura del rey, y que se reemplazaron por la sujeción ciudadanos-representante, la relación entre la gente del común y las autoridades debía ser distinta, unos y otros lo sabían. El Estado, por medio de la razón individualizó el *ser* y forjó al sujeto de derecho y al actor jurídico, con lo que se dejó de lado la concepción del *ser* alma que por su *corpus* estaba integrado a un estamento.[578] La correlación del delincuente con la figura gobernante también representó un cambio; del transgresor que ofende, principalmente, a Dios y al soberano, se transitó al que agravia al Estado y la sociedad en su conjunto; las penas quedaron fundamentadas en la reparación a estos cuerpos.[579]

[578] Clavero, *Sujeto de derecho. Entre estado género y cultura,* pp. 40-43.
[579] Trinidad Fernández, *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*, p. 53.

El estado de progreso anhelado por el nuevo régimen, inflamado de discursos libertarios, fue gradual y compaginó con el racionalismo ilustrado que propició un pensamiento crítico y reformista, y un advenimiento del alma sensible. Esta corriente ilustrada fijó su atención en mejorar las condiciones de vida de los hombres, por seres naturales, y surgió una nueva economía moral basada en lo humano que tuvo por finalidad conseguir la felicidad de los hombres.[580] En este contexto nació un profundo humanitarismo,[581] entendido como la compasión de las desgracias ajenas, que cuestionaba el sufrimiento injusto; este componente ético-jurídico influyó en la mentalidad de los jueces e incidió en el proceso reformista del Derecho Penal, que de manera intrínseca pugnaba por la humanización de las penas, por el respeto que merecía el individuo por su humanidad, pese a ser transgresores del orden. Este movimiento envolvía una idea particular respecto a una justicia más benevolente, y por ende una concepción similar sobre el castigo que desdeñaba el uso de la fuerza y la violencia.

El pensamiento ilustrado exigía una reforma de fondo y forma; a partir de la significación filosófica del Derecho y, por otra, desde la técnica. La conjunción de la experiencia sensible ilustrada y de la racionalidad del método jurídico convino en la necesidad de codificar el derecho y su ejercicio. De esta manera quedaría preservado el objetivo primordial del orden jurídico legal, que consistía en garantizar la seguridad individual y reconocer los atributos de los ciudadanos; el primero tenía como eje la idea de libertad, el segundo la de propiedad.[582] Una justicia expedita era elemental para dar coherencia al discurso humanitario. Por esta razón, en términos procesales, se estipuló el plazo que tenía el juez para recibir al arrestado y tomarle declaración, se incentivó la investigación del hecho, se consideró la intencionalidad del acto como elemento subjetivo, y se consolidó la motivación de la sentencia, y en ella la correlación del delito con la pena.[583]

---

[580] Tomás y Valiente, *La tortura judicial en España*, p. 238.

[581] Retomó el término de humanitarismo que propone Tomás y Valiente, pues como expone, el humanismo, como también es llamado esta visión más sensible, es más propio del quattrocento y del cinquecento italiano. La moral que surgió con la Ilustración enarboló virtudes como el humanitarismo, que Tomás y Valiente entiende como la compasión de las desgracias ajenas. Tomás y Valiente, *La tortura judicial en España*, p. 239.

[582] José María Portillo y Carlos Garriga, "La ilustración jurídica", Marta Lorente y Jesús Vallejo (coords.), *Manuel de Historia del Derecho*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2012, p. 262.

[583] Artículos de la *Constitución de Cádiz* que convienen en lo referido: Ningún español podrá ser juzgado en causas civiles ni criminales por ninguna comisión, sino por tribunal competente, determinado con autoridad por la ley, Tít. V, cap. I, art. 247; Las leyes arreglarán la administración de justicia en lo criminal, de manera que

Dentro del proceso penal el transgresor experimentó dos momentos: en el primero de ellos se constituyó como un sujeto imputable por sus actos; en el segundo, tras la sentencia condenatoria, se volvió un ser castigable. En el orden jurídico tradicional, la sociedad tenía por principales bienes de estima el cuerpo, por ser recinto de Dios, el honor y las posesiones materiales.[584] En concordancia con estos estándares, el castigo se centró en el tormento físico del cuerpo, la vergüenza pública y la confiscación de bienes. Con la crítica del pensamiento ilustrado, este orden tendió a diluirse; el derecho perdió su íntima vinculación con la teología y, así, la compacta relación entre pecado y delito comenzó a resquebrajarse. De acuerdo con Tomás y Valiente, la justa organización social precisó de la ley positiva, de este modo el Derecho contribuiría a realizar la felicidad y libertad de los individuos.[585]

La incipiente instauración del orden jurídico legal colocó en mayor estima la libertad, la propiedad, y la dignidad.[586] Así mismo, en materia penal impuso una economía de derechos

---

el proceso sea formado con brevedad y sin vicios, a fin de que los delitos sean prontamente castigados, Tít. V, cap. III, art. 286; Ningún español podrá ser preso, sin que preceda información sumaria del hecho, por el que merezca según la ley ser castigado con pena corporal, y asimismo un mandamiento del juez por escrito, que se le notificará en el acto mismo de la prisión, Tít. V, cap. III, art. 287; El arrestado, antes de ser puesto en prisión, será presentado al juez, siempre que no haya cosa que lo estorbe, para que le reciba declaración; más si esto no pudiere verificarse, se le conducirá a la cárcel en calidad de detenido, y el juez le recibirá la declaración dentro de las veinte y cuatro horas, Tít. V, cap. III, art. 290; Si se resolviere que el arrestado se le ponga en la cárcel, o que permanezca en ella en calidad de preso, se proveerá auto motivado, y de él se entregará copia al alcaide, para que lo inserte en el libro de presos, sin cuyo requisito no admitirá el alcaide a ningún preso en calidad de tal, bajo la más estrecha responsabilidad, Tít. V, cap. III, art. 293; En cualquier estado de la causa que aparezca que no puede imponerse al preso pena corporal, se le pondrá en libertad, dando fianza, Tít. V, cap. III, art. 296. Artículos de la materia en la *Constitución Política del Estado de Jalisco,* 1824: Todo hombre de cualquier estado o condición deberá ser juzgado en el Estado por unas mismas leyes, en sus negocios, civiles y criminales, Tít. III, cap. I, art. 186; La ley determinará los delitos ligeros, que deben ser castigados con penas correccionales, sin forma de juicio y por medio de providencias gubernativas, Tít. III, cap. III, art. 200; Nadie puede ser preso por ningún delito sin que preceda información sumaria del hecho, y decreto motivado del tribunal de primera instancia, que se le notificará en el acto de la prisión, pasándose copia de él al alcalde inmediatamente, Tít. III, cap. III, art. 203; Ninguno durará en clase de detenido más que veinticuatro horas; luego que se cumplan, se le pondrá en libertad por el alcalde, sino se le ha notificado el decreto de prisión, y pasándose la correspondiente copia del mismo alcalde, Tít. III, cap. III, art. 207. Constitución Política del Estado de Jalisco de 1824, José de Jesús Covarrubias Dueñas, *Jalisco. Historia de las instituciones jurídicas*, México, UNAM, Senado de la República, 2010, pp. 236-249. En el caso de los tribunales con asiento en Guadalajara, Domingo Coss y León observa que en el intervalo de 1800 a 1829, en las formas procesales, se presentaron pequeños cambios y modificaciones en lo referente al trato del individuo; la permanencia de ciertas prácticas, considera, obedecieron a que hubo poca variación en las personas que ocuparon los cargos de magistrados. Coss y León, *Los demonios del pecado. Sexualidad y justicia en Guadalajara en una época de transición (1800-1830)*, pp. 177-178.

[584] Trinidad Fernández, *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*, p. 21.

[585] Tomás y Valiente, *Obras completas*, t. I, El Derecho penal de la monarquía absoluta (siglos XVI, XVII y XVIII), pp. 253-254.

[586] En los siguientes extractos constitucionales se corrobora que la libertad, la propiedad y la dignidad fueron los bienes estimados por las sociedades decimonónicas. "La nación está obligada a conservar y proteger por leyes sabias y justas la libertad civil, la propiedad, y los demás derechos legítimos de todos los individuos que

suspendidos.[587] En concordancia con estos principios, la finalidad de la sanción quedó centrada en la corrección del individuo y en rehabilitarlo en sus derechos ciudadanos, estos objetivos acusaban un tipo específico de castigo que permitiera incidir en la reformación del transgresor; la prisión, con la privación de la libertad, se tornó en el medio privilegiado para escarmentar y conseguir la deseada corrección, así, la institución contenedora de esta población transgresora adquirió un matiz purificador, de higienización social.

La dinámica punitiva tendió a convertirse en la parte oculta del ejercicio demostrativo de la justicia, porque se situó en la conciencia abstracta, en la idea de la libertad. Así, desde el sufrimiento moral (espiritual), el confinado debía dar satisfacción a la vindicta. El encierro carcelario cada vez tecnificó más su capacidad disciplinaria y, al extremar la vigilancia, estrechó la sensación de libertad que podían albergar los presos. Aunque más salubre y con mayores comodidades, las cárceles se volvieron más restrictivas e invasivas, de esta manera el Estado mostraba su poder para privar la libertad de los ciudadanos que no acataran las normas del pacto social.

El espacio institucional carcelario masculino se recreó como un elemento determinante, adquirió una capacidad disciplinaria y reformadora autónoma, es decir, se invistió de un "poder institucionalizante en el que la pureza moral y la limpieza física encontraron un lenguaje común".[588] En el antiguo régimen, las casas de recogidas poseían esta cualidad correctiva, aunque la consiguieron por motivos diferentes. Su creación y misión mística fue producto de la consideración que se tuvo a la debilidad y minoría de edad femenina, su propósito se centraba en corregir, pero el objetivo principal era alcanzar la salvación del alma. Sin embargo, con el proceso de secularización de la sociedad esto último quedó soterrado. La institución continuó en pie debido a que los postulados del Derecho

---

la componen", Tít. I, cap. I, art. 4, *Constitución Política de la Monarquía Española*. "Todo hombre que habita en el Estado, aún en clase de transeúnte, goza los derechos imprescriptibles de libertad, igualdad, propiedad y seguridad", art. 8, Disposiciones Generales, *Constitución del Estado de Jalisco*, 1824.

[587] En la Constitución de Cádiz, por ejemplo, se advierte que la calidad de ciudadano español se pierde o suspende, entre otras razones, por sentencia en que se imponga penas aflictivas o infamantes, sino se obtiene rehabilitación. Véase Tít. II, cap. III, art. 24, 25 y 26, *Constitución Política de la Monarquía Española*. La Constitución de Jalisco, de 1824, indica que los derechos de ciudadanía se pierden por recibir sentencia ejecutoriada en que se impongan penas aflictivas o infamantes, y se suspenden por estar procesados criminalmente, art. 16 y 20, Disposiciones Generales, *Constitución del Estado de Jalisco*, 1824.

[588] Trinidad Fernández, *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*, p. 167.

Penal que privilegiaban la pena de encierro, por encima del resto de medidas punibles, concordaron con su función pragmática de someter desde lo moral y anímico.

Proceder con humanidad debía ser una de las pautas de los funcionarios de un régimen moderno con principios liberales que pugnaba por un férreo control jurisdiccional. El acto de administrar justicia, y no de impartir desde un desdoblamiento del *princeps*, generó responsabilidad en el desempeño de los jueces; desde esta concepción el funcionario público podía ser acusado y llevado ante los tribunales por no obrar bien el oficio.[589] La estricta observancia de las leyes reguladoras del orden procesal y de los reglamentos de las instancias del sistema carcelario era parte de las competencias de los funcionarios públicos del andamiaje judicial.[590] Ilustrados y liberales coincidían que con su correcto desempeño se garantizarían los derechos de los aprehendidos, el cuidado de su libertad y de su dignidad humana.[591] Estos principios favorecieron un mayor interés público por el trato que se les daba a los encarcelados, el cuidado en la alimentación,[592] en su vestido,[593] en la atención y suministro de medicamentos, las condiciones de los inmuebles, y las medidas de sanidad que se guardaban en los locales.[594]

---

[589] Sobre la incursión estatal en el ámbito administrativo véase, por ejemplo: Fernando Martínez Pérez, "La constitucionalización de la justicia, 1810-1823", Marta Lorente (coord.), *De justicia de jueces a justicia de leyes: hacia la España de 1870*, Madrid, Consejo General del Poder Judicial, 2007, pp. 169-208; Marta Lorente, "División de poderes y contenciosos de la administración: una –breve– historia comparada", Carlos Garriga (coord.), *Historia y Constitución: trayectos del constitucionalismo hispano*, México, CIDE, Instituto Mora, El Colegio de Michoacán, Escuela Libre de Derecho, HICOES, El Colegio de México, 2010, pp. 307-345.

[590] Referencias respecto a la responsabilidad de los jueces: "Toda falta de observancia de las leyes que arreglan el proceso en lo civil y en lo criminal, hace responsables personalmente a los jueces que la cometieren", Tít. V, cap. I, art. 254; "El soborno, el cohecho y la prevaricación de los magistrados y jueces producen acción popular contra los que los cometan", Tít. V, cap. I, art. 255, *Constitución Política de la Monarquía Española*. Los individuos del Supremo Tribunal de Justicia, y los demás empleados generales de que habla el título anterior, son responsables de todos sus procedimientos en el desempeño de sus funciones, y pueden ser acusados por ellos en el Congreso por cualquiera individuo del pueblo, Tít. III, cap. IV, art. 245, *Constitución del Estado de Jalisco*, 1824.

[591] María Paz Alonso Romero, "Las reglas del juego: herencia procesal y constitucionalismo", Marta Lorente (coord.), *De justicia de jueces a justicia de leyes: hacia la España de 1870*, Madrid, Consejo General del Poder Judicial, 2007, p. 230.

[592] La consigna del ayuntamiento era proveer de comida a los presos con "humanidad y filantropía", con la debida limpieza. AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 7, paqt. s/c, leg. s/c, exp. 1, año 1838, f. 9.

[593] El licenciado Peimbert, síndico del ayuntamiento, expresó la necesidad de que los presos "cubran sus carnes y no estén como brutos. Ya es tiempo de que se piense en andar como gente y se obre con honor y vergüenza", AMG, ramo Ayuntamiento, sig. Ay1, c. 2, paqt. 41, leg. 176, exp. 1, año 1823, f. 1.

[594] Imbuido en un discurso humanista, el Congreso del Estado realizó varios exhortos para procurar salvaguardar los derechos de la humanidad en los reos, por lo que era preciso atender medidas de aseo, salubridad y alimentos. AMG, ramo Policía, sig. P1.5, c. 3, paqt. 48, leg. 39, exp. 10, año 1827, ff. 9-15.

Atender las necesidades de los presos se planteó como un acto de humanidad que era imperante a la felicidad pública y del mayor provecho al bien particular de sus individuos, ya que la situación degradante de las cárceles era una muestra irrefutable de los defectos de la justicia del régimen monárquico. El nuevo Estado mexicano procuró subsanar los vicios pasados a través de una mejora en la administración de estos establecimientos y en la codificación de las leyes.

La satisfacción de la vindicta pública y el ejercicio demostrativo de la justicia debían ser sensibles a las aciagas circunstancias que enfrentaban los presos, por lo que resultaba apremiante disociar el encierro y el castigo de las condiciones insalubres y lúgubres en las que solían estar las cárceles y presidios, en específico las destinadas a los hombres. Así mismo, se consideraba que esos entornos calificados de inhumanos, circundados por el hambre y la falta de ventilación, podían poner en riesgo la salud pública debido al contagio de las enfermedades que brotaban de tal inmundicia.

Los valores pregonados por el pensamiento ilustrado provocaron que la masacre y las escenas de suplicio de antaño resultaran intolerables, por este motivo, del arte de las sanciones insoportables se transitó a una economía de los derechos suspendidos.[595] De acuerdo con María Paz Alonso Romero, los hijos de la Ilustración tuvieron una particular sensibilidad hacia los privados de la libertad, por ello prestaron atención a quienes se sentían víctimas de la justicia, a los desamparados que denunciaban largos encierros, a los que acusaban arbitrariedades en sus procesos y las inhumanas condiciones que padecían.[596] El discurso liberal mexicano mostró también esa empatía al sufrimiento de los presos.

El sujeto ilustrado se adjetivó masculino, autónomo, responsable, reflexivo, crítico, feliz y digno, propietario, patrón y padre de familia. Lo femenino distó de estas categorías y su exclusión se legitimó a partir de la misma institucionalidad de la razón, como virtud cardinal masculina;[597] estas concepciones entrecruzaron el reconocimiento de derechos, el ejercicio judicial y el castigo. Los hombres, para ser considerados como sujeto de derecho,

[595] Foucault, *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, p. 15.
[596] Alonso Romero, "Las reglas del juego: herencia procesal y constitucionalismo", pp. 211-212.
[597] Celia Amorós, *Tiempo de feminismo: sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 45-48.

debían poseer en primera instancia su persona, es decir, su libertad, este elemento era una condicionante para ser reconocido como tal, por lo que los individuos en estado de servidumbre y sujeción, lo cual incluía a esclavos, mujeres e hijos, quedaban impedidos para acceder a esta categoría.[598] Lo femenino doméstico quedaba entonces anulado, ya que su existencia jurídica resultaba soslayada por el pacto matrimonial.

Las generaciones fruto de la Ilustración, de la razón, volcaron su atención en los hombres sentenciados por la justicia y los volvieron sujetos dignos de conmiseración. Esta concepción incidió en los múltiples edictos que, por ejemplo, abolieron las condenas en obras públicas, ya que forzar las jornadas de trabajo era contrario a sus derechos humanos. Además, se consideró que este tipo de castigo no contribuía a la reeducación y reformación del individuo. Por otra parte, resultaba lastimoso, y un atentado a su dignidad, mirar por las calles y paseos a los sentenciados en obras públicas, quienes en su faena usaban cadenas y grilletes.[599]

En lo que concierne a las mujeres, aunque cesaron las redadas que se efectuaban con la finalidad de proveer de mano de obra a las Recogidas, esto no procedió por decreto o por consideración a su sexo, sino porque en la nueva *praxis* contenciosa las detenciones de hombres y mujeres precisaron la comisión de un delito y la actuación central de un órgano de judicial.[600] En términos generales se irracionalizaron[601] las aprehensiones arbitrarias por ser una práctica que desplegaba un tiránico abuso de poder que corrompía el proceder de la justicia, ya que se ejecutaba una detención sin prueba o indicio delictivo y se consignaba a

---

[598]Clavero, *Sujeto de derecho. Entre estado género y cultura,* pp. 50-51.

[599] En 1822, el jefe político de Jalisco, José Antonio Andrade, suprimió el uso de trabas; la imposibilidad de emplear un instrumento que impidiera la fuga de los reos obligó a prescindir de este tipo de sanciones. No obstante, las voces disonantes del ayuntamiento de Guadalajara solicitaron que se diera marcha atrás a lo dispuesto por Andrade, ya que era necesaria la mano de obra de los presos para el cuidado de los paseos y alamedas, además, se argumentó que de esta manera resarcían el daño hecho a la sociedad. AMG, ramo Ayuntamiento, sig. Ay 1, c. 7, paqt. 42, leg. 508, exp. 2, año 1824, ff. 2-3; AMG, ramo Policía, sig. P1.8, c. 4, paqt. 39, leg. 350, exp. 3, año 1822, ff. 1-1v.

[600] En el caso de las Recogidas, la etapa judicial, en los términos que la caracteriza Martínez Galindo, inició en 1796, cuando por real cédula la Real Audiencia se legitimó como única instancia para remitir mujeres a las Recogidas. Véase capítulo I, "Depositadas, recogidas y rematadas", y Martínez Galindo, *Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913),* p. 76.

[601] Tomo la noción de *irracionalizar* como un ejercicio de decodificación que permite dar cuenta de la estructura abstracta del lenguaje y las prácticas que generan. Celia Amorós recurre a él para demostrar que las mujeres quedaron excluidas de la concepción humanista del sujeto ilustrado. Véase Amorós, *Tiempo de feminismo: sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad.*

encierro y trabajo forzado sin que mediara la formación de la causa, la averiguación del hecho y la formal sentencia, "pues ni siquiera las indiciadas en delito, que debían permanecer en cárcel segura, eran obligadas a las jornadas de las Recogidas".[602] En sí, las mujeres destinadas a las labores de la molienda podrían comprenderse dentro de las castigadas con penas de obras públicas, ya que también realizaban una faena forzada, sin embargo, su situación no fue cuestionada porque los códigos de su feminidad mantenían concordancia con los del espacio de representación punitiva.

Comprender por qué la realidad carcelaria de las mujeres quedó al margen de la reforma del Derecho Penal que impulsó el pensamiento ilustrado precisa puntualizar que el modelo de sujeto de derecho quedó asociado a "la representación política, y esto era un acto propio de los varones, padres de familia, propietarios, libres. Esta construcción deshabilitó políticamente a distintos tipos de individuos, los cuales quedaron reducidos a una segunda categoría".[603]La correlación entre las garantías de los derechos de los hombres y las sanciones a las que podían ser acreedores partió de la premisa anterior.

El sexo femenino estaba alejado del ideal del campo semántico de los derechos y de los mecanismos que los salvaguardaran; esto porque el pensamiento ilustrado poco modificó sus atributos, por ejemplo, en la concepción del contrato conyugal pervivió una desigualdad entre los contrayentes y la idea de que era una institución establecida por Dios y por ende inobjetable. Por lo tanto, el papel de la mujer sometida al varón, dependiente en lo económico y en un estado de minoría de edad cercó su realización como sujeto de derecho.[604] De tal manera que, las mujeres, transgresoras, enjuiciables y castigables, no eran tenidas por ciudadanas. Sus condenas se justificaron a partir de su transgresión del deber ser mujer y por

[602] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 19, inv. 6277, año 1839, ff. 4-5.
[603] Portillo comprende por individuos de segunda categoría a las mujeres, dependientes domésticos, trabajadores por cuenta ajena, y miembros de comunidades considerados faltos de razón. Al respecto, sólo matizo que el sexo femenino quedó relegado por su condición de género, y que esto influyó también en la percepción de su delictuosidad, la cual también se tuvo por menos relevante, aunque más transgresiva. Esto mismo coincide con los postulados ya referidos de Ricoeur, en cuanto que estos individuos, al no ser sujetos reales de derecho tampoco son imputables de manera categórica. José María Portillo y Carlos Garriga, "La ilustración jurídica", pp. 278-279.
[604] Molina Petit, *Dialéctica feminista de la Ilustración*, p. 46.

la necesidad de resarcir el daño hecho al prójimo,[605] más que al tejido social, pero no por la expectativa de rehabilitarlas en unos derechos que por cierto no poseían.[606] Su castigo tuvo una finalidad utilitaria a la república, mas no útil, formativa, para las reas, por ello fue usual la ausencia de actividades educativas en los lugares de encierro femenino. Los hombres, en cambio, con las reformas del Derecho Penal transitaron del castigo utilitario en beneficio del rey o la república, al trabajo útil formativo del reo.[607]

En la época constructiva del Estado-nación del siglo XIX convergió también un cambio de orden jurídico que implicó una nueva cultura institucionalizada. En ella quedó proscrita la violencia en la vida pública, de manera que el dolor y el sufrimiento se confinaron a lo privado,[608] y ahí se trasladaron las prácticas de tormento, aunque el discurso anulaba las acciones que dañaran al cuerpo y el pudor de los condenados.[609] El cambio no significó una diferenciación en el elemento estructurante de la lógica del ejercicio de poder: quien recibía el castigo "se sabía inferior, quien lo ocasionaba con la autoridad, la experiencia en sí envuelve símbolos de poder y sumisión, según se inflija o se sufra".[610] La privación de la libertad, al ser la máxima sanción penal que pretendía instaurar el régimen penitenciario, favoreció la condena de encierro, el modelo constructivo panóptico y la estricta cuadriculación del tiempo. Así, la prisión más cómoda y limpia, sería también más restrictiva e invasiva por los mecanismos de extrema vigilancia y de dominio sistemático del tiempo,

[605] Las mujeres, por ejemplo, eran responsables de custodiar su honor, en tanto que implicaba el honor del hombre. Bajo esta lógica, las adúlteras eran sancionadas porque con su falta dañaban al prójimo, en este caso su marido a quien además debían respeto, obediencia, y fidelidad del lecho nupcial.

[606] A través de la legislación civil, el Estado reguló las relaciones familiares, dentro de este núcleo colocó a las mujeres como subordinadas de los varones, por lo que perdían personalidad jurídica y autoridad sobre sus propiedades. Para el caso de Guadalajara véase Carmen Ramos Escandón, *Ciudadanía carente. Género y legislación en Guadalajara (1870-1917)*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2013.

[607] Tomás y Valiente, *Obras completas*, t. I, El Derecho penal de la monarquía absoluta (siglos XVI, XVII y XVIII), p. 442.

[608] Aunque la pena de muerte siguió vigente, su ejecución dejó de ser pública para situarse en las afueras de la ciudad, y después en el interior de las cárceles, como se sigue practicando en Estados Unidos, por ejemplo.

[609] De acuerdo con Tomás y Valiente, el espíritu crítico y reformista del pensamiento Ilustrado minó la práctica del tormento, y cayó en desuso como una forma de obtener la confesión del inculpado, ya que se imponía una pena a un ciudadano del que se dudaba la culpabilidad. Esta concepción también zanjaba las diferencias entre un pecador que debía confesar su culpa, y un delincuente que debía ser imputable a través de pruebas diversas. Tomás y Valiente, *La tortura judicial en España*, pp. 123-125.

[610] Alain Corbin, "Dolores, sufrimientos y miserias del cuerpo", Alain Corbin (dir.), *Historia del cuerpo*, vol. II. De la Revolución Francesa a la Gran Guerra, España, Taurus, 2005, p. 248.

además poseía una fuerte carga de estigma social. La pena, siempre, es dolor, sufrimiento y purificación.

La consideración en el trato carcelario que se dio a los hombres por su humanidad en el siglo XIX, se concedió a las mujeres por su debilidad, pero de manera desfasada. Las transgresoras, en la península ibérica desde principios del siglo XVII, habían llevado su castigo al ámbito privado en consideración a su delicada composición y a su concepción de sujeto menor de edad, alejado de la acción, y por ende de plena imputabilidad. De tal forma que, cuando los reformistas centraron su atención en la crudeza de las prisiones, ellas resultaron ajenas a esa realidad. Esto no quiere decir que era menos duro su encierro, sino que uno y otro espacio enfrentaban problemáticas diferentes.

En el caso de las recluidas en las Recogidas de Guadalajara, al estar encerradas encadenadas al metate no ofendían con su penoso estado los ojos sensibles de los transeúntes ni de las autoridades, por lo que el modo de su castigo concordaba con la privacidad de la condena y con una visión utilitaria que convenía conservar a las autoridades. Los varones, por el contrario, en el orden jurídico tradicional enfrentaban escarmientos de trabajos forzados en obras públicas y tormento físico. Con la reforma del Derecho Penal, producto del pensamiento ilustrado, esta exposición y tipo de pena resultaron opuestas a los postulados del castigo confinado, además en las cárceles sufrían condiciones deplorables debido al hacinamiento, ambas situaciones eran contrarias al trato digno que pregonaban las corrientes ilustradas.

Un plan que presentó el administrador del fondo de comida de presos, José María Rivas, para el establecimiento de una lotería que beneficiaría este ramo permite discernir la postura en materia carcelaria del gobernador, Luis Quintanar, esto en octubre de 1823. El representante del ejecutivo se mostró complacido con la iniciativa de Rivas ya que así se ayudaría a "tantos infelices" y se sanearían los enormes gastos que implicaba la manutención de una población que iba en aumento, y con la que "crecía la corrupción moral, la ociosidad, la trama de inequidades, la escuela de los ardides y las astucias para fraguar el mal a pesar de que la cárcel sólo debía ser un depósito para la seguridad de los delincuentes, donde se

arrepintiesen de sus hechos, reformasen sus costumbres y purgados sus delitos saliesen buenos ciudadanos y útiles a su patria".[611]

El discurso de Quintanar evidencia una concepción sobre la cárcel, la cual dista de la visión preventiva de antiguo régimen, en la que sólo se resguardaba a los transgresores entre tanto se llevaba su proceso y, en su caso, se determinaba sentencia, misma que los hombres cumplirían en las obras públicas, el presidio o en el peor de los casos en el último suplicio; mientras que a las mujeres se les remitiría a las casas de recogidas. El gobernador coincidía en que la carcelería no debía estar acompañada de agravio, y uno de los aspectos que procuraba era satisfacer las necesidades de la proveeduría de presos pues no hacerlo era contrario a "la humanidad y las leyes naturales y civiles".[612]

En las palabras de Quintanar el espacio carcelario se vislumbró reformador y necesario para frenar la malicia de los transgresores y garantizar la seguridad de los buenos ciudadanos. La Constitución particular del Estado de Jalisco, de 1824, corroboró que la cárcel sólo serviría para asegurar a los arrestados y presos, y no para molestarlos, además, nunca se les podría aplicar tormento ni apremios.[613] Los hombres, una vez reformados, serían restituidos a la sociedad, rehabilitados en sus derechos ciudadanos, los cuales descansaban en su libertad.[614]

De acuerdo con Quintanar, los vicios en la impartición de justicia contribuían de manera directa en el incremento de los presos, por lo que la solución a este problema sería exhortar a una expedita determinación de las causas judiciales. Así mismo, consideraba que una rigurosa y minuciosa visita a los espacios carcelarios favorecería su desahogo ya que de esta forma se revisarían a detalle las causas y se podría socorrer a un alto número de presos que continuaban sin libertad por no contar con los medios que les permitieran satisfacer los derechos de carcelaje, aun cuando las leyes vigentes absolvían a los pobres de pagar costas.[615]

---

[611] ACEJ, ramo Hacienda, c. 5, exp. 6, año 1824, ff. 13-14.
[612] ACEJ, ramo Hacienda, c. 14, prog. 2, leg. 2, exp. 3, inv. 125, año 1823, f. 4v.
[613] Tít. III, cap. III, art. 209 y art. 214, *Constitución del Estado de Jalisco*, 1824.
[614] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 23, inv. 6228, año 1839, ff. 33-35.
[615] De acuerdo con José Luis de las Heras Santos, los reyes católicos, Isabel y Fernando, en 1494 y 1497 ordenaron que jueces, escribanos y abogados no cobrasen carcelajes ni otros derechos en los procesos de pobres, así como nombrarles abogado y procurador. Asistir al preso en sus necesidades espirituales y corporales, con alimento y vestido, también fue una práctica usual, pero desde la conducta deseada que debía desempeñar el buen cristiano, y no por ser una obligación del Estado, garante de los derechos de los hombres. La precisión

La implementación de visitas de cárceles no era una cuestión novedosa,[616] pero sí lo era su finalidad ya que se pretendía que se instituyera en un medio que permitiera mejorar visiblemente la situación de los presos, por lo que es preciso comprenderla a partir de la filosofía respecto a la humanización del Derecho Penal.

El Reglamento para la Administración de Justicia, decretado en Guadalajara en 20 de enero de 1825, dispuso un apartado sobre las visitas de cárceles. En él se determinó que cada semana se ejecutaría una visita, los días sábado a las 10:00 am, en las que concurriría un magistrado de cada una de las salas del Supremo Tribunal de Justicia, el fiscal y los alcaldes del ayuntamiento. Además, de manera especial se efectuaría una visita general los días 16 de septiembre, con motivo de la gesta independentista, y el 18 de noviembre, por la conmemoración de la promulgación de la Constitución Política del Estado de Jalisco que se editó en 1824.[617] Así mismo, en vísperas de pascuas y el día 24 de diciembre ameritaban. En las visitas generales asistirían todos los integrantes del Supremo Tribunal de Justicia, los jueces de primera instancia y dos individuos del ayuntamiento.[618] Enfundados de los valores cívicos y religiosos que investían estos días, los comisionados de las visitas mostraban un lado más benevolente ante los presos ya que podían efectuar actos de gracia, por ejemplo, indulgencias, o actos de justicia como conceder la liberación o rebajar las condenas.[619]

Las visitas consistirían en tomar lista de todos los presos, examinar el estado de sus causas y averiguar con escrupulosidad el modo en que eran tratados por los alcaides. El

---

anterior demuestra que la asistencia a los presos no era privativa del orden jurídico legal, aunque si tendió a exaltar las gracias que brindaba a los encarcelados, esto como parte del discurso humanitario que incentivó el pensamiento de la Ilustración. José Luis de las Heras Santos, "La asistencia a los presos pobres de las cárceles en la Edad Moderna", María. Lobo de Araujo, Fátima Moura Ferreira, Alexandra Esteves (coords.), *Pobreza e assistência no espaço ibérico (séculos XVI-XX)*, Braga, CITCEM, 2010, pp. 85-87.

[616] Al respecto, por ejemplo, Las Leyes de Indias contenían un apartado referente a las visitas de cárceles en el que se señalaba a los oidores, al regidor diputado y al alcalde del crimen la obligación de efectuar estas visitas todos los sábados y en pascuas, y reconocer el estado de las causas de los presos. Libro VII, tít. VI, ley 23, y libro VII, tít. VII, leyes 1-37. La Constitución de Cádiz prevenía: La ley determinara la frecuencia con que ha de hacerse la visita de cárceles, y no habrá preso alguno que deje de presentarse a ella, bajo ningún pretexto. Tít. V, cap. III, art. 298, *Constitución Política de la Monarquía Española*.

[617] El Estado de Jalisco se erigió como tal el 16 de junio de 1823, es de resaltar que en las visitas de cárceles se valorará más la conmemoración de la Constitución particular.

[618] Reglamento para la administración de justicia, cap. VIII (1825), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. I, Congreso del Estado de Jalisco, Guadalajara, 1981, pp. 446-448.

[619] La facultad de cometer actos de gracia o actos de justicia por parte de los jueces durante las visitas generales de cárceles era una práctica común del derecho castellano. Véase María Inmaculada Rodríguez Flores, *El perdón real en Castilla, (siglos XIII-XVIII)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1971, pp. 30-31.

Supremo Tribunal de Justicia remitiría los respectivos informes al gobierno estatal, y éste publicaría lo concerniente a las cárceles de la ciudad capital.[620] La conjunción del Supremo Tribunal de Justicia y las autoridades propias del ayuntamiento en las comisiones de visitas de cárceles se debía a que los primeros poseían la facultad de revocar sentencias o hacer cumplir las mismas, mientras que los alcaldes mantenían funciones de justicia de primera instancia y eran los responsables inmediatos de procurar la correcta sanidad de los inmuebles y satisfacer la proveeduría de alimentos. De acuerdo con la reglamentación carcelaria, al arribar los jueces y alcaldes a la cárcel pública y a la Casa de Recogidas se colocarían a todos los presos y reas en su presencia, se les tomaría lista, se examinaría el estado de sus causas y se averiguaría con escrupulosidad el modo en que los trataban los alcaides y la rectora. Ante las quejas o arbitrariedades detectadas, los jueces darían prevenciones verbales a los encargados de los establecimientos y en caso de ser preciso solicitarían la intervención del gobernador.[621]

Los comisionados en las visitas de cárceles se mostraron cada vez más sensibles ante las precarias condiciones de la cárcel pública, la cual permanecía en el interior del palacio de gobierno. Las descripciones sobre ella eran repetitivas e insistían con los mismos escenarios. Horrorísima por la suciedad, fetidez, falta de luz y poca ventilación. Pestilente a tal grado que ni con sahumadas ni olfatorios de limón se podía entrar sin peligro,[622] ya que por las noches, al interior de los calabozos, se introducían unos barriles para que funcionaran de comunes.[623] Un lugar lleno de bichos que lo volvía inhabitable y aumentaba las aflicciones de los infelices delincuentes, quienes se veían en la penosa necesidad de usar parte de su atole para formar un cordón alrededor de su cuerpo que ahogara o entorpeciera en alguna medida la multitud de piojos y chinches que los martirizaban.[624] Los magistrados visitantes miraban con asombro, más que con pena, los padecimientos que afligían a los desgraciados habitantes

[620] Reglamento para la administración de justicia, cap. VIII (1825), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. I, Congreso del Estado de Jalisco, Guadalajara, 1981, p. 448.
[621] AMG, ramo Ayuntamiento, sig. Ay1, c. 6, paqt. 41, leg. 384, exp. 4, año 1823, f. 43.
[622] AMG, ramo Policía, sig. P1.3, c. 3, paqt. 37, leg. 133, exp. 2, año 1821, ff. 1-2.
[623] AMG, ramo Ayuntamiento, sig. Ay1, c. 2, paqt. 41, leg. 382, exp. 2, año 1823, f. 7v; AMG, ramo Policía, sig. P1.5, c. 3, paqt. 47, leg. 57, exp. 6, año 1826, f. 1.
[624] ACEJ, ramo Justicia, c. 6, leg. 6, exp. 71, año 1824, f. 2.

de la cárcel pública ya que la reclusión no debería agravarse con vejaciones.[625] La realidad de las Recogidas distaba del escenario desolador que se describía en las cárceles, su edificio, aunque deteriorado, era de mayores dimensiones, ventilado y en mejores entornos de limpieza, su población también era menor.

El discurso humanitario del Derecho Penal incidió en las formas de ejecutar el castigo, en atención a esta premisa los espacios de reclusión masculina replantearon su arquitectura, ya que en cierta medida fueron las deplorables condiciones de los hombres recluidos en las oscuras cárceles europeas lo que despertó empatía por su sufrimiento. La visibilización de males perenes evidenciaba la transición en la abstracción de lo que debería ser la cárcel, su resignificación se materializó con mayor inmediatez desde lo visual y repercutió en lo arquitectónico.[626] La adjudicación que tomó el estado de Jalisco, y que fue generalizada en otras entidades, en cuanto a la implementación de la proveeduría de presos también se enfocó en remediar la situación lastimosa de la crecida población varonil condenada al encierro. Respecto a las circunstancias femeninas poco se reflexionó porque los sitios de su reclusión eran generalmente menos ásperos.

Las mujeres, con una actitud silente, poco cuestionaron su realidad carcelaria, su silencio incita a pensar en experiencias particulares más llevaderas, pero también en su capacidad para identificarse con un discurso en el que la narrativa estaba enfocada en la desventurada condición carcelaria de los hombres.[627] El proceder de las autoridades en las visitas de presos también pudo marcar la agencia de las recogidas, ya que el ritual en la cárcel difería a la forma de operar en la Casa de Recogidas, en ésta el registro de las novedades

---

[625] La crítica a los espacios carcelarios compartió los mismos argumentos en distintas latitudes, ya que partió de la misma premisa respecto a la dignidad del individuo, y se basó en combatir un sistema que se concebía obsoleto y de poca utilidad ante las nuevas necesidades de corrección del transgresor. Por ejemplo, en España, los funcionarios públicos utilizaban los mismos términos para describir el mal estado de las cárceles, y en las de Querétaro se encontraban iguales escenarios insalubres. Trinidad Fernández, *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*, p. 131; Juan Ricardo Jiménez Gómez, "La vida en las cárceles de Querétaro en el siglo XIX", Pilar Gonzalbo, Mílada Bazant (coords.), *Tradiciones y conflictos: historias de la vida cotidiana en México e Hispanoamérica*, México, El Colegio de México, 2007, pp. 93-144.

[626] Lefebvre, *La producción del espacio*, p. 178.

[627] David Castillo señala que en la postura de los estudios subalternos, los de abajo y las mujeres en específico son incapaces de hacerse escuchar, ambos tienen voz, pero ésta se pierde en la espesura de los discursos occidentales y coloniales, a esto cuestionaría sí su voz se pierde porque es débil o porque no es capaz de identificarse con ciertos códigos. Castillo, "La causalidad histórica: la aporía entre el agente y la estructura en algunas corrientes historiográficas del siglo XX", p. 229.

siempre son escuetos en comparación con las observaciones del espacio carcelario masculino.

Los hombres hicieron mayor uso de los códigos de enunciación que los concebían como aquella humanidad doliente y evidenciaban la polivalencia de un mismo individuo, en cada uno de sus escritos y en sus quejas verbales que interponían durante las visitas de cárceles, imploraban un trato cristiano, pues si por criminales habían perdido sus derechos ciudadanos, en especial su libertad, como humanos eran dignos de conmiseración. Desde su agencia, los presos inscribían sus prácticas y relaciones con las autoridades desde una visión particular del espacio carcelario, una en la que debían ser tratados con dignidad, así transportaban sentido y un modo distinto de vivir la prisión, a partir de la comprensión de los signos discursivos que construían su hábitat.[628] Sus voces se encaminaban a mover la compasión de las autoridades, a veces con tono exigente, otras con sentidas suplicas. Fundados en esta lógica no escatimaban en manifestar la fetidez de la carne con la que se les alimentaba, el arroz o recaudo mal condimentado; la poca higiene que presentaban sus suministros y que llegaba a tal grado que resultaban incomibles que, argumentaban, ni los animales podrían apetecerlos.[629] Algunos jueces y alcaldes consideraban sus reclamos injustos y vanos puesto que provenían de los perpetradores del crimen. Con el objetivo de dar más crédito a sus palabras los encarcelados mostraban pedazos pútridos de res y semitas duras que se les repartían por alimentos. El municipio, al ser el encargado inmediato de la proveeduría de presos, debía responder sobre tales señalamientos ante los magistrados del Supremo Tribunal de Justicia.

Recibir atención médica era otra de las solicitudes que realizaban los presos, y en menor medida las reas, ya que veían en los bastoneros, alcaides y rectora la obligación de procurar su salud, llamar al facultativo en caso necesario, enviarlos al hospital de san Miguel de Belén y, si fuese preciso, pedir la presencia de un clérigo que ministrara los santos oleos y la eucaristía a tiempo. A través de estos reclamos, los recluidos recordaban a las autoridades su derecho a la salud y a una atención digna. Con la finalidad de atender a esta particular población, el hospital de Belén dispuso un pabellón para ellos, mismo que después de 1870

[628] Lefebvre, *La producción del espacio*, p. 185.
[629] AMG, ramo Policía, sig. P1, c. 2, paqt. 49, leg. 104, exp. 5, año 1829, f. 7.

contó con una guardia policial permanente que tenía la encomienda de inhibir intentos de fuga.[630]

Cumplir con la alimentación y el cuidado de la salud de los recluidos implicaba un agravio para el erario público, y la de por sí mermada economía de sus arcas, pues los médicos se oponían a realizar revisiones de manera gratuita y se carecía de un fondo especial del que se pudieran cubrir las necesidades demandadas por aquella humanidad doliente.[631] La insolvencia del Estado es pieza clave para comprender y confrontar los discursos humanitarios y la realidad que se vivía en la cárcel pública y en la Casa de Recogidas. La situación no era privativa del sistema carcelario de Jalisco, sino sintomática de un país en construcción en el que por varias décadas predominaron momentos de anarquía y desorganización del erario, por ello, a pesar del continuado discurso de los gobernantes y diputados del congreso local en favor de mejorar las condiciones de los presos se tuvieron pocas oportunidades de concretar cambios profundos.

La parafernalia de las visitas de cárceles era una forma de ser consecuentes con los valores que exaltaba el nuevo régimen, conscientes de que el despotismo, la insensibilidad y la injusticia eran alicientes de las revoluciones. Aunque las particularidades en las que se encontraba el Estado mexicano explicarían en parte la inestabilidad económica, y por ende la falta de recursos que se podían destinar a satisfacer las necesidades que exigían las sensibilidades humanitarias en la aplicación de las penas.

Las situaciones de hacinamiento, insalubridad, carestía de alimentos, abusos de autoridad son recurrentes en los espacios carcelarios. Las penurias físicas son innegables, quizá inevitables desde el momento que se posiciona a sus habitantes como sujetos castigables. Para procurar la defensa de la sociedad, los que rompen el pacto social, los no-ciudadanos, requieren ser segregados y, a su vez, escarmentados, corregidos y restablecidos en el entramado del orden. La muerte real en la guillotina transitó a una muerte simbólica, al

[630] AHEJ, ramo Beneficencia, asunto Personal, sig. B-7-870, c. 2, exp. 981, f. 1.
[631] El C. Ignacio Moreno, médico cirujano, expuso que de los seis galenos de la ciudad, "el. C. Castillo está en el Congreso; C. Guerrero en la comisión permanente de reconocimiento de militares; Valdez y yo en el ayuntamiento; sólo están sin ocupación del servicio de la patria los ciudadanos Tinajero y Cumplido", pero estos últimos creían justo que si los abogados de pobres recibían una gratificación, esto mismo debía proceder con sus servicios médicos, pues sólo ellos cargaban con las encomiendas de carcelería. ACEJ, ramo Gobernación, c. 24, leg. 1, exp. 22, año 1825, ff. 6-7.

igual que el suplicio del cuerpo derivó en el sufrimiento del alma. Con estos cambios, el espacio carcelario encarnó nuevos valores, atributos particulares y diferentes texturas. La transición, desde la reforma del Derecho Penal, produjo otra representación del espacio. De esta manera, las modificaciones del pensamiento ilustrado se plasmaron en la producción del espacio, y por en las acciones de sus habitantes.[632]

La reformación del sistema carcelario, acorde al ideal de humanización de las penas, tuvo particular relevancia en Estados Unidos, porque allí se experimentaron métodos al respecto, y en Europa, donde varios intelectuales escribieron sobre la materia. El inglés John Howard, por ejemplo, propuso que las cárceles imitaran el régimen de los hospicios y casas de corrección masculina, con una elemental separación de procesados y sentenciados, y con especial atención al cuidado de la sanidad del lugar y sus habitantes. En 1787 la *Philadelphia Society for the Allenviating the Miseries of Public Prisons*, regida por un grupo de cuáqueros, puso en marcha un modelo de prisión con aislamiento total celular que, combinado con la oración y la disciplina del trabajo, pretendía lograr la redención del transgresor.[633] En 1791 el londinense Jeremy Bentham planteó el panóptico como una tecnología omnicontemplativa y disciplinaria que, a través de la estructura y funcionalidad del espacio, repercutiera en la reformación del delincuente, al reducir de manera articulada su libertad y direccionar sus pensamientos y actos.[634] El método Auburn, una alternativa al sistema Filadelfia, y que toma el nombre por la ciudad en que se erigió, en Nueva York, fue instaurado en la década de 1830; este esquema consistía en una combinación de confinamiento celular nocturno y trabajo común durante el día, así la cárcel compaginaría el espíritu penitente y el burgués capitalista, de manera que recrearía una fábrica eficiente.[635]

En México, desde 1830, surgieron escritos sobre la necesidad de contar con un nuevo sistema carcelario, además diversos funcionarios e interesados en la materia visitaron las cárceles estadounidenses con la finalidad de conocer el novedoso modelo penitenciario e

[632] Lefebvre, *La producción del espacio*, p. 171.
[633] Trinidad Fernández, *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX),* p. 118.
[634] Para profundizar sobre la propuesta arquitectónica panóptica véase Jeremy Bentham, *Panóptico*, México, Archivo General de la Nación, 1980.
[635] Trinidad Fernández, *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX),* p. 124.

instaurarlo en el país.[636] Desde la ciudad de México, el jalisciense Mariano Otero, en 1844, fue uno de los que reflexionó acerca de las reformas de las leyes penales y la modernización del sistema punitivo, esto basado en las ideas de Howard y Bentham; después, como Ministro de Relaciones Interiores y Exteriores, en 1848 elaboró la iniciativa para adoptar el régimen penitenciario en el Distrito Federal y territorios, con elogios a Jalisco y Puebla donde comenzó la construcción de penitenciarías.[637]

La construcción de la penitenciaría en Jalisco se ideó por lo menos desde el 29 de enero de 1841 fecha en que el gobernador Antonio Escobedo adquirió para este efecto las huertas del convento de El Carmen.[638] Aunque años atrás las autoridades concordaran con la idea de edificar un nuevo espacio carcelario que satisficiera las necesidades de higiene y amplitud, y que permitiera la instauración de piezas destinadas a los talleres, no fue sino hasta marzo de 1844 que el proyecto se consideró con más determinación, debido al temor que ocasionó el brote de una fiebre maligna que azotaba a la crecida población de la cárcel pública.[639]

El 21 de junio de 1844 el gobernador autorizó una partida presupuestaria para las obras de la cárcel nueva, al respecto Escobedo sostuvo que la penitenciaria era de sumo interés a la "salubridad pública, la moral y la humanidad por la pésima construcción, estrechez, situación y multitud de reos que permanecen en la única que hay en esta ciudad".[640] La obra se iniciaría con un préstamo de 100 mil pesos que se impondría a los ramos más

---

[636] Por ejemplo, José María Luis Mora escribió de manera esporádica al respecto entre 1820 y 1830, en su reflexiones expuso la necesidad de la reforma carcelaria para reducir la criminalidad y fomentar una ciudadanía responsable. Además, en 1831 Vicente Rocafuerte publicó por entregas su texto "Ensayos sobre el nuevo sistema carcelario". Robert Buffington, *Criminales y ciudadanos en el México moderno*, México, Siglo XXI, 2001, pp. 32-36.

[637] Mariano Otero, "Indicaciones sobre la importancia y necesidad de la reforma de las leyes penales", y "Iniciativa y ley para el establecimiento del sistema penitenciario en el Distrito y Territorios", Mariano Otero, *Obras Completas*, t. II, México, Editorial Porrúa, 1967, pp. 653-682.

[638] Trujillo Bretón, *Entre la celda y el muro. Rehabilitación social y prácticas carcelarias en la penitenciaría jalisciense "Antonio Escobedo", 1844-1912*, p. 71.

[639] Otro de los motivos para establecer una cárcel nueva fue el aumento poblacional que experimentó Guadalajara en las primeras décadas de la vida independiente del país. De acuerdo con Rodney D. Anderson, en 1821 la ciudad contaba con 38,091 habitantes. Rodney D. Anderson, *Guadalajara a la consumación de la Independencia. Estudio de su población según los padrones de 1821-1822*, Guadalajara, Unidad Editorial del Gobierno de Jalisco, 1983, p. 53.

[640] Autoriza al gobierno para que realice el proyecto de la construcción de una penitenciaría en esta capital (1844), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. IX, Congreso del Estado de Jalisco, Guadalajara, 1981, p. 77.

proporcionados de la Hacienda Pública, en parte, la poca solvencia monetaria influyó en la lentitud de la planeación constructiva y sus avances de obra, ya que se priorizaron los departamentos que se consideraron de primera necesidad. El complejo edilicio se comenzó en mayo de 1845, en los terrenos referidos, extramuros de la ciudad, en su ala poniente. Por decreto se dispuso que se favorecería su ejecución con las contribuciones recaudadas en la feria de Tepic y, sobre todo, con la de San Juan de los Lagos; en 1848 con el propósito de dar celeridad al proyecto el ayuntamiento ofreció vender algunas de las fincas que arrendaba pertenecientes a la Casa de Recogidas,[641] medida que el congreso autorizó en miras de un bien mayor.[642]

La etapa constructiva de la penitenciaria despertó entusiasmo entre la población tapatía, ya que se le concebía como digna representante de la modernidad, el progreso y la civilidad que proclamaban las naciones más avanzadas de Occidente. De acuerdo con Jorge Trujillo, el diseño arquitectónico del establecimiento fue obra de Carlos Nebel,[643] con la colaboración de José Ramón Cuevas. Tras la muerte del último la empresa recayó en el arquitecto David Bravo, quien se vio en la necesidad de elaborar nuevos planos debido a que los originales se perdieron en el incendio que ocurrió en el palacio de gobierno en 1859.

La colación de la primera piedra de la cárcel nueva sucedió en mayo de 1845, y aunque un área del edificio se puso en servicio bajo la gubernatura de Joaquín Angulo, en 1847, el complejo edilicio permaneció en obras por más de tres décadas debido a la inestabilidad política, los consecuentes cambios administrativos, las desavenencias entre el gobierno general y el estatal respecto a la jurisdicción del proyecto, y los tumultos que se vivieron en la ciudad durante la Guerra de Reforma (1858-1861) y la segunda intervención francesa (1861).[644] A pesar de contar con un establecimiento penitenciario, el régimen de

---

[641] En enero de 1847, el Congreso del Estado eximió del pago de contribuciones a las fincas de las Recogidas, *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. X, Guadalajara, Congreso del Estado de Jalisco, 1981, p. 75.

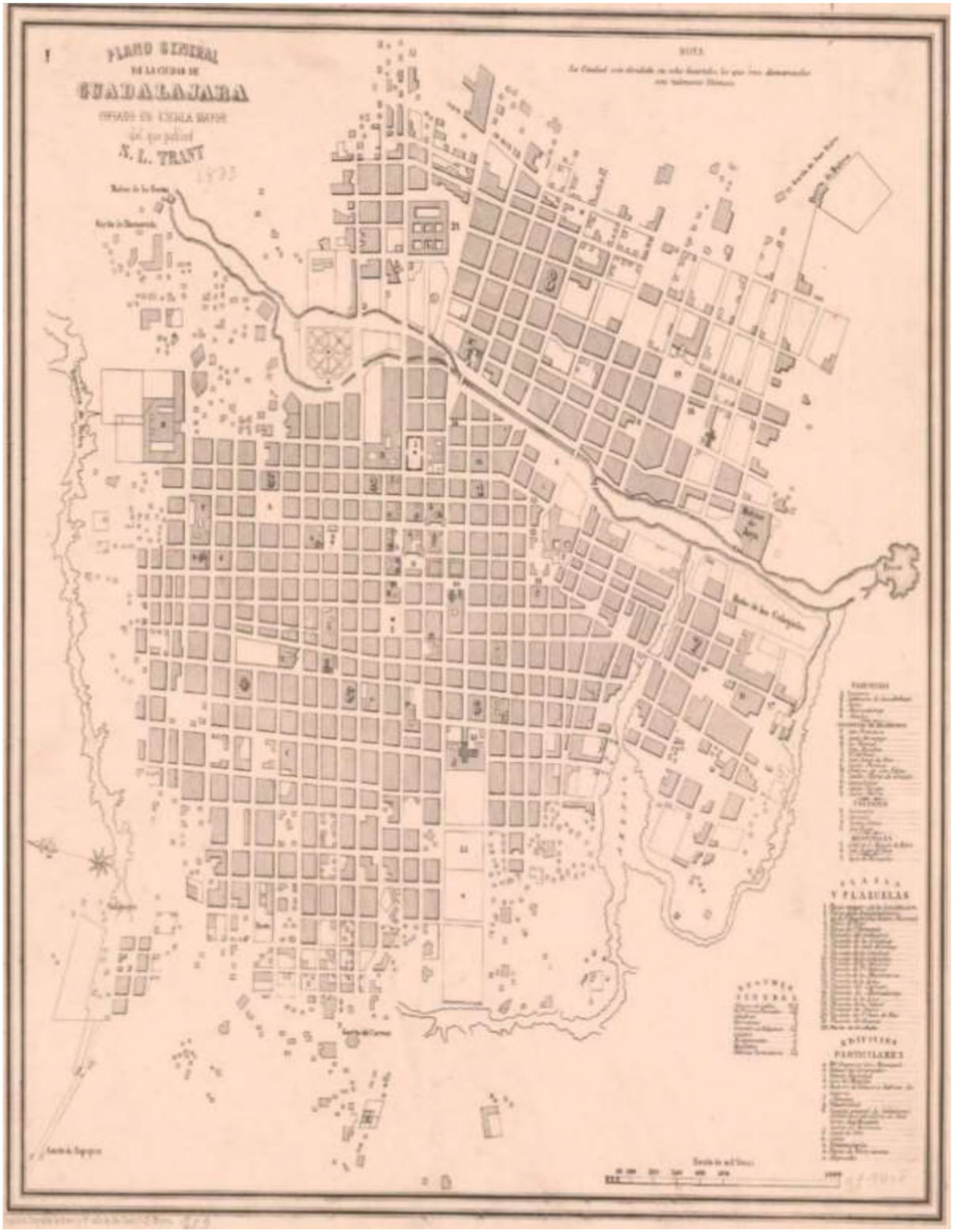
[642] Autoriza el gobierno vender algunas fincas de la Casa de Recogidas (1848), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. XI, Congreso del Estado de Jalisco, Guadalajara, 1981, p. 150.

[643] Carlos Nebel, de origen germano, nació en 1805 y murió en París en 1855. En México radicó de 1829 a 1834. Trujillo Bretón, *Entre la celda y el muro. Rehabilitación social y prácticas carcelarias en la penitenciaría jalisciense "Antonio Escobedo", 1844-1912*, p. 69.

[644] La cárcel nueva de Guadalajara fue la primera en el país que se construyó bajo el modelo penitenciario, la temprana época en que inició sus funciones la puso a la vanguardia en la escena nacional. Trujillo Bretón, *Entre*

penitenciaría estaba lejos de ser instaurado mientras no se contara con un código penal que estrechara al cumplimiento del derecho patrio y privilegiara el castigo por encierro.

la celda y el muro. Rehabilitación social y prácticas carcelarias en la penitenciaría jalisciense "Antonio Escobedo", 1844-1912, pp. 71-72.



Plano 5 Guadalajara, 1833. La Casa de Recogidas se encuentra marcada con la letra Y. Fuente: Mapoteca Manuel Orozco y Berra, referencia Jalisco 3, Código CGF.JAL.M9.V3.0202.

II. Proyectos de Código Penal en Jalisco

Más allá de contar con una penitenciaria en el estado, resultaba apremiante contar con un derecho patrio,[645] reformar las prácticas de la justicia criminal y formular un código penal que fuera vestigio de los tiempos modernos y que representara el progreso de una nación soberana, respetuosa de los derechos de sus ciudadanos, fundada en los principios de la legalidad y de la igualdad; con la implementación de códigos (civil, penal, mercantil) se objetivaría la relación del individuo con la ley ya que se regularían las acciones apartadas de las leyes y las penas concernientes, por lo que se instauraría como instrumento de gobierno y marco del desarrollo de las relaciones de los sujetos con el Estado, y las formas de acceder a la propiedad.[646]

En materia de codificación criminal, los postulados de Cesare Beccaria, vertidos en su obra *De los delitos y de las penas*, marcaron la pauta.[647] El italiano argumentó la relación de la justicia con el Derecho, y la cualidad estructurante de este instrumento en el pacto social, que debía expresar y ser reproductor de los motivos sensibles que fungirían como contenedor del poder despótico. La ley era un dique contra la arbitrariedad, la casuística, y la transgresión por parte de los ciudadanos, por lo que su cualidad esencial tendía a ser racional, concreta, igual para todos los hombres, sin margen de incertidumbre, proporcional al delito y a la pena, y del conocimiento del público; además, era fundamental que las leyes previnieran los delitos. Por lo tanto, en el legislador, y no el juez, residía la fuerza del Derecho.[648]

---

[645] El derecho patrio o nacional es el que se identificó discursivamente como propio de cada Estado, este proceso de formulación de norma sucedió en México tras la crisis con la monarquía española, la ruptura creó las condiciones para transitar a sus constituciones particulares. Garriga, "Continuidad y cambio del orden jurídico", pp. 66-67.

[646] Trinidad Fernández, *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*, p. 84.

[647] El marqués de Beccaria nació en Milán en 1738. Fue un filósofo que estimulado por el entorno inquisidor del mediterráneo, reflexionó, con el reparo y prudencia necesaria por el ambiente hostil, acerca de la justicia, el poder y la justificación de las penas. Su tratado, *De los delitos y de las penas*, se imprimió en 1764.

[648] Cesare Beccaria, *De los delitos y de las penas*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 1994, pp. 27-32.

Beccaria comprendió el delito como un acto contrario al bien público, cometido entre iguales que establecieron una relación a través del contrato social; por lo tanto, la desigualdad entre el hombre y Dios entretejía una justicia diferenciada, que distanciaba el pecado del delito, y que delimitaba el marco de acción de los jueces, que no podían competir contra el juez divino; además, al ser fruto de una sociedad pactista, la justicia humana buscaba en su ejercicio la utilidad común.[649] A partir de esta división primaria, los delitos quedaron divididos y graduados de acuerdo con el daño hecho a la sociedad: los que la destruían de manera inmediata, o a quien la representa; los que ofenden la privada seguridad de algún ciudadano en la vida, los bienes o el honor; y las acciones contrarias a lo que cada uno estaba obligado a hacer o no hacer.[650] Bajo esta clasificación, el objetivo de la pena consistía en impedir que el reo causara nuevos daños, que cumpliera su función demostrativa y que tuviera una mayor impresión en el ánimo de los culpables, pero sin causar aflicción ni tormento a un ente sensible.[651]

La discursiva necesidad de certidumbre jurídica instaba a la claridad de las leyes, la tecnificación procesal, y la tipificación del delito y del castigo. Estas reformas congeniaban con los regímenes liberales que encumbraban una mentalidad y realidad social diferente a la del orden jurídico tradicional.[652] La ausencia de los valores ilustrados y revolucionarios era signo de anacronismo en las naciones, en especial en el contexto mexicano en aras de construcción. Allende la realidad nacional, la transición poseía una raíz más profunda y amplia. Las culturas occidentales de antiguo régimen enfrentaban un proceso por el cual dejaban el orden jurídico tradicional, basado en un estado natural y social de carácter divino e indisponible, y constituían en su lugar uno legal, en el que se identificó al derecho con la ley, y no con las costumbres.[653] De acuerdo con Carlos Garriga, la codificación representó la inmersión al orden jurídico legal; el código significó el presupuesto del cambio ya que

[649] Beccaria, *De los delitos y de las penas*, p. 38.
[650] Beccaria, *De los delitos y de las penas*, p. 39.
[651] Beccaria, *De los delitos y de las penas*, pp. 45-46.
[652] La Constitución de Cádiz, de tendencia liberal, ya consideraba la formulación de un código civil, uno criminal y el de comercio, que "serían unos mismos para toda la Monarquía, sin perjuicio de las variaciones que por particulares circunstancias podrán hacer las Cortes", Tít. V, cap. I, art. 256, *Constitución Política de la Monarquía Española*, p. 71.
[653] En términos de Derecho, la doctrina liberal originó la escuela clásica que validaba las leyes producidas por el Estado.

enarbolaba el dominio de la ley escrita,[654] la sistemática supresión de los pluralismos jurídicos, el triunfo de la razón y de una progresiva civilización; de esta manera el *codex* quedó asociado a la modernidad de la que fue artífice el Estado.[655]

La formulación de una normativa propia debía responder a las particularidades del pacto social establecido en la realidad mexicana. La construcción de un derecho patrio enfrentó un proceso de continuidad con el viejo orden hispánico y uno de discontinuidad como fruto de la expresión normativa que anunciaba una situación política diferente.[656] Por otra parte, formar un código requirió de comisiones especiales que trabajaran en ello; pero la inestabilidad política de la escena nacional irrumpió en varias ocasiones la labor de los comisionados.[657] La tensión quedó resuelta mediante la codificación. Precisar los cuerpos legales de índole penal contribuían a definir los delitos y con ellos cuáles eran los bienes estimados y protegidos jurídicamente por el Estado, mostraba la respuesta contra las transgresiones del orden establecido, y se creía incidía en el correcto desempeño de los jueces, quienes debían actuar en apego a la ley y fundamentar la motivación de las sentencias.[658]

En Jalisco, los esfuerzos por crear un código penal se iniciaron, por lo menos, desde febrero de 1826, en esa fecha Prisciliano Sánchez señaló al poder judicial, en su primer informe de gobierno, la urgencia de tomar forma propia y contar con leyes determinantes que dejaran atrás los innumerables *corpus* del derecho español, ya que éstos eran contrarios al sistema liberal y poco adecuadas a sus instituciones democráticas, además de que entorpecían

---

[654] El dominio de la ley refiere a la tipificación y definición precisa del delito, y no susceptibles de interpretación extensiva por analogía, ya que en el orden jurídico tradicional los *corpus* legales solían ser descriptivos, enumerativos de casos concretos, esto propiciaba que la legalidad fuese muy escasa, y el margen del arbitrio judicial enorme. Tomás y Valiente, *La tortura judicial en España*, p. 158.

[655] Para profundizar en los conceptos de orden jurídico tradicional y orden jurídico legal, véase Garriga, "Continuidad y cambio del orden jurídico", pp. 59-106.

[656] Garriga, "Continuidad y cambio del orden jurídico", pp. 74-75.

[657] Elisa Speckman Guerra señala que en 1862, en la ciudad de México, se conformó una comisión encargada de redactar un código criminal, pero sus trabajos se vieron interrumpidos por la intervención francesa. Con la reinstauración de la república se formó una nueva comisión, ésta terminó su encargo en diciembre de 1871. Speckman Guerra, *Crimen y castigo. Legislación penal, interpretaciones de la criminalidad y administración de justicia (Ciudad de México, 1872-1910)*, p. 30.

[658] De acuerdo María Paz Alonso Romero, la práctica de fundamentar la motivación de las sentencias fue producto de la Carta de Derechos de los Ciudadanos, de la Revolución Francesa, esto corrobora que los valores ilustrados y la reforma del Derecho Penal tuvieron una amplia repercusión en Occidente. Alonso Romero, "Las reglas del juego: herencia procesal y constitucionalismo", p. 236.

la administración de justicia; ese mismo año convocó a la elaboración de un código penal y ofreció un premio de 30,000 pesos al triunfador.[659] El gobernador reconocía que la formación de un código penal requeriría de varios años, pero proponía, entre tanto, extraer de las recopilaciones y cedularios las leyes más usuales y realizar un compendio de ellas, así como elaborar una ley reglamentaria procesal.[660] Calificar los hechos, aplicar la ley, imponer la pena que correspondiese, al igual que considerar agravantes y atenuantes que permitieran saber el grado de culpabilidad eran los pasos que, de acuerdo con Sánchez, se debían seguir para alcanzar la perfección judicial y con ello un estado feliz.[661]

La implementación de un código penal concretaba desde la ley escrita la construcción del delito, lo que a su vez incidía en el tipo de individuos imputables y las sanciones a las que eran acreedores. El *codex* envolvía una forma de concebir el ejercicio de la justicia, y por lo tanto una manera particular de significar la función-intención de las representaciones del espacio de las instituciones carcelarias. Por ejemplo, Beccaria convenía en erradicar la obscuridad de la ley y la arbitrariedad del juez, por lo que resultaba necesario sistematizar la práctica procesal, a su vez esto derivó en determinar que la cárcel era sólo un lugar de custodia del ciudadano, hasta que fuera declarado reo, por lo tanto su estadía debía ser breve y lo menos áspera posible.[662]

Como gobernador, Sánchez incentivó la formación de una comisión del congreso local de diputados con el propósito de que formularan una codificación penal, en efecto, este proyecto fue elaborado y entregado al Supremo Tribunal de Justicia para que realizara las observaciones que considerara pertinentes. En febrero de 1827 los magistrados Salvador García Diego, José Miguel Cervantes Negrete, Juan de Dios de Híjar, Antonio Fuentes, Guillermo de Arce, Miguel Marín y José María Foncerrada y Gómez remitieron el texto con

---

[659] Guillermo Raúl Zepeda Lecuona, "Proyecto de código criminal para el Estado de Jalisco, de Francisco Delgadillo. 6 de abril de 1831", p. 244. jurídicas.unam.mx [consultado 30 agosto de 2018].
[660] De acuerdo con José María Álvarez, en el México independiente, ante la falta de códigos propios, las fuentes de Derecho de los magistrados tuvieron el siguiente orden de prelación: 1) Decretos dados por los congresos mexicanos; 2) Decretos dados por las cortes españolas, publicados antes de declararse la independencia; 3) Reales disposiciones novísimas, aún no insertas en la Recopilación; 4) Leyes de la Recopilación, primero la más moderna; 5) Leyes de la Nueva Recopilación; 6) Leyes del Fuero Real y Juzgo; 7) Estatutos y fueros municipales de cada ciudad; 8) Las Siete Partidas, en lo que no estuviera derogado. Citado por Coss y León, *Los demonios del pecado. Sexualidad y justicia en Guadalajara en una época de transición (1800-1830)*, p. 91.
[661] ACEJ, ramo Gobernación, c. 3, leg. 3, exp. 44, año 1826, ff. 20-22.
[662] Beccaria, *De los delitos y de las penas*, p. 61.

sus reformas al vicegobernador, Juan Nepomuceno Cumplido,[663] con la finalidad de que se sometiera a discusión en el congreso local, pero no prosperó.[664]

El proyecto de código penal de 1827 constaba de cinco apartados. El primero de ellos era delitos y crímenes, compuesto por dos artículos en los que se definía por delito toda acción u omisión dolosa e injusta que infringiera la ley o turbara el orden público, y por crimen el delito cometido con agravante; en un segundo epígrafe desarrolló lo concerniente a los delincuentes y criminales, y determinaba en 13 puntos las categorías de los transgresores, con distinción de autores, cómplices, fautores o receptadores. Así mismo, se establecían edades mínimas, por ejemplo, se estipulaba que un menor de 10 años y medio no podía ser tenido por delincuente ni criminal, que los hombres de 14 y las mujeres de 12 no se les acusaría por actos lascivos, y que a los menores de 17 no se les sentenciaría con condenas máximas.

En el referido proyecto, la sección tercera concerniente a las penas y su ejecución era la más extensa. En 51 preceptos estaban desglosados dos tipos de penalidades: las aflictivas y las correctivas. La jerarquía del primer conjunto, de acuerdo con su mayor rigor, partía de la pena de muerte, seguida del presidio, las obras públicas, la reclusión en casas de trabajo, el confinamiento o destierro, y la privación de empleo público. En las sanciones de carácter correccional se comprendía la suspensión de la función pública, leer las sentencias en público, el arresto, la multa, la pérdida de algunos efectos, la reprehensión judicial y el apercibimiento.[665]

La comisión del código penal abordó con detalle lo referente al último suplicio; se le concibió como un espectáculo, con las características que eso implicaba: debía efectuarse en lugares y horas de concurrencia, pero sin tortura, en su lugar se recurriría a la guillotina, ya

---

[663] Los integrantes de la comisión fueron diputados de la I legislatura, su periodo lectivo fue de febrero de 1825 a enero de 1827, por lo que es probable que la formulación del código se les encomendó en el inter de su gestión, y que debido a su extemporaneidad, su propuesta no prosperó. *Las legislaturas y legisladores de Jalisco, (1823-2015),* Biblioteca Virtual del Congreso del Estado de Jalisco, https://congresoweb.congresojal.gob.mx/BibliotecaVirtual/libros/IntegraciondeLegislaturas.pdf, [consultado23 de julio de 2019].

[664] ACEJ, ramo Justicia, c. 3, leg. 7, exp. 43, año 1827, Observaciones del Supremo Tribunal de Justicia al proyecto de Código Penal, f. 9.

[665] ACEJ, ramo Justicia, c. 3, leg. 7, exp. 43, año 1827, Observaciones del Supremo Tribunal de Justicia al proyecto de Código Penal, cap. II, art. 17, f. 3.

que presuponía una muerte inmediata. Respecto al presidio, éste se cumpliría en Mezcala, las sentencias de esta naturaleza no podían exceder los doce años. A los sentenciados a obras públicas sólo se les condenaría a un máximo de dos años. La modalidad de casas de reclusión resultó mayor problema porque en el caso de los hombres se carecía de una institución exprofeso en que se les pudiera recluir, por ello se proponía remitirlos a hospitales, conventos, colegios, hospicios y oficinas públicas. Las mujeres, en cambio, podían ser remitidas a la Casa de Recogidas, a los hospitales y hospicios. Este tipo de pena no debería pasar de doce años, pero el trabajo de las Recogidas no debía aplicarse a reas mayores de 55 años.[666] La concepción de la cárcel se mantuvo como un espacio que servía para asegurar a los presos entre tanto se efectuaba su proceso.

El penúltimo apartado del proyecto de 1827 trató lo concerniente a las facultades de los jueces de hecho, a ellos les correspondía determinar la actuación del sumariado. El último capítulo estableció la graduación de los delitos o crímenes, y fundó la media de sus penas en estricta observancia de las leyes y las circunstancias, aunque no se estableció una tipificación de cada transgresión. Lo relevante de esta propuesta de código penal es su temprano planteamiento, que evidencia la expresión de una cultura a favor de la codificación de los *corpus* legales, y que consideró elementos tildados de modernos, como los referidos.

Cuatro años después, el 6 de abril de 1831, el presbítero Francisco Delgadillo presentó al congreso local una iniciativa de código criminal.[667] El eclesiástico reconoció que las motivaciones que lo condujeron a formular su propuesta partían de la necesidad de fortalecer la soberanía americana a través del decreto de leyes propias, ya que su ausencia evidenciaba la sujeción y apego a una legislación española que tildaba de bárbara. Lo anterior corrobora que contar con códigos se entendió como una razón de Estado, urgente en la etapa de construcción estatal y en la que se consideraba que la severidad de las leyes estaba en

[666] ACEJ, ramo Justicia, c. 3, leg. 7, exp. 43, año 1827, Observaciones del Supremo Tribunal de Justicia al proyecto de Código Penal, cap. II, art. 17, f. 4.
[667] El proyecto de código criminal es reproducido de manera íntegra en Zepeda Lecuona, "Proyecto de código criminal para el Estado de Jalisco, de Francisco Delgadillo. 6 de abril de 1831", pp. 247-255. También se encuentra disponible en la Biblioteca Virtual del Congreso del Estado de Jalisco, esta última versión es la que utilizo.

proporción directa con el despotismo de los gobiernos, por lo que el objetivo debía ser prevenir el delito y, en su caso, imponer penas moderadas.[668]

El proyecto de 1831 tenía como propósito sancionar las conductas gravosas, mismas que entendía como aquellas que irrumpían en contra del orden público o la integridad de las personas. La propuesta contaba con unas líneas introductorias que el autor había publicado previamente en un diario local y que estaban en clara concordancia con los postulados de Beccaria; en su publicación manifestó la necesidad de establecer penas proporcionadas a los delitos, basadas en el daño que ocasionaban a la sociedad y al grado de participación del sujeto. Además, coincidía en que el castigo no debería ser demasiado severo y que antes bien se tenía que prevenir el delito.[669]

El cuerpo del código criminal de 1831 estaba estructurado en nueve apartados con 63 artículos. En el título I, "De las prevenciones sobre delitos y penas", abolió la pena de muerte, ya que su aplicación era contraria al Derecho natural, a la humanidad de las penas y, además, de acuerdo con Beccaria no era útil ni necesaria a la república, porque hacía mayor efecto la extensión de la condena que la intensidad, terrible, pero momentánea de la ejecución del reo.[670] En materia procesal, Delgadillo condicionó el castigo a la constancia del hecho delictivo basado en pruebas; así mismo, resaltó que la reparación del daño era inseparable del castigo del delito, y por sanciones consideró la reclusión, la satisfacción pecuniaria y el ejercicio en servicios públicos, estos últimos en proporción de la capacidad física y moral de cada sujeto.[671]

Francisco Delgadillo tipificó y jerarquizó una serie de delitos: el más grave era el de traición a la patria, seguido por la conspiración, los cuales merecerían diez años de presidio y posterior destierro; el homicidio premeditado merecería 15 años de presidio; en el caso de heridas preveía una sanción pecuniaria, a menos que fuese de suma gravedad. Los robos se calificarían a partir del grado de violencia y el monto de lo despojado, y su castigo, en

---

[668] Tomás y Valiente, *Obras completas*, t. I, El Derecho penal de la monarquía absoluta (siglos XVI, XVII y XVIII), p. 256.
[669] Proyecto de Código Criminal presentado por el presbítero ciudadano Francisco Delgadillo, 1831, pp. 1-4. Biblioteca Virtual del Congreso del Estado de Jalisco, Leyes Abrogadas, http://congresoweb.congresojal.gob.mx/BibliotecaVirtual/LeyesAntiguas.cfm (consultado 12 de junio de 2018)
[670] Beccaria, *De los delitos y de las penas*, pp. 74-75.
[671] Proyecto de Código Criminal presentado por el presbítero ciudadano Francisco Delgadillo, 1831, p. 5.

atención a las circunstancias, sería de unos cuantos meses en obras públicas o hasta 10 años de cárcel. Las injurias se penarían de manera económica y las más graves con prisión.

Los delitos de "impureza", como los designó Delgadillo, fueron abordados con una postura conservadora, por ejemplo, reservaba al marido la facultad de denunciar el adulterio, a los que infringieren el lecho matrimonial se les castigaría con destierro, y a la adúltera con un año de reclusión en algún colegio o casa particular a elección del marido. En términos concretos éste fue el único delito que hizo alusión directa a las mujeres y la sanción que se les debía aplicar. Respecto a la fornicación con la parentela y la sodomía sólo acertó en prescribir que se castigarían con la privación de los derechos de los ciudadanos y con la exclusión de la sociedad honrada. Mientras que "otros excesos", probablemente el estupro y la violación, se repararían de manera pecuniaria. Los delitos contra la policía y la decencia pública, como lo eran las riñas, los actos impúdicos y la embriaguez, se reprenderían con penas económicas.[672]

La propuesta de Delgadillo se mostró acorde con las consignas respecto a que las penas debían guardar proporción con los delitos, además, se decantó por la prevención como el medio más adecuado de erradicar a los delincuentes. Aunque el presbítero se reconocía por persona poco versada en materia de derecho, su proyecto de código criminal manifestó ser más progresista al abolir la pena de muerte y las sanciones corporales; en el mismo sentido se percibe la tipificación que realizó de los delitos y la consideración de las circunstancias agravantes y atenuantes. La propuesta del congreso de diputados de 1827 y la de Delgadillo de 1831 coincidieron en una visión secular del poder judicial, en disociar la justicia divina de la temporal, y en comprender el código penal desde su función y utilidad dentro del contrato social como una herramienta en defensa de la sociedad; en el clérigo esta misma concepción lo condujo a minimizar las faltas de carácter privado, como las que ocurrían al interior de la familia, ya que no trascendían en el orden público. Por las tensiones políticas de la época, los dos proyectos convergieron en situar la traición a la patria como el delito de mayor gravedad, seguido del homicidio y el robo.

[672] Proyecto de Código Criminal presentado por el presbítero ciudadano Francisco Delgadillo, 1831, pp. 5-8.

En materia de Derecho civil se formuló un proyecto de código en 1833, la comisión redactora estuvo integrada por José Domingo Sánchez, Jesús Camarena, José Luis Verdía y José Antonio Romero y Crispían del Castillo;[673] pero al igual que la instauración de un código penal quedó en el tintero. No obstante, las nuevas prácticas judiciales reformistas se introdujeron a través de los decretos que emitían el congreso y el gobernador del estado, los cuales coincidieron en lo referente a la humanización de las penas, la tecnificación de las prácticas procesales, la motivación de las sentencias, [674] la prevención y la conciliación,[675] la jerarquía y tipificación de los delitos, y la consideración de las circunstancias agravantes o atenuantes.[676]

La traición a la patria, el homicidio y el robo fueron los delitos más sancionados, en especial el bandidaje se trató con mayor severidad ya que se le veía como una plaga que azotaba el país. En las ordenanzas de las autoridades, las transgresiones se plantearon desde un ámbito de acción masculino, en el imaginario social ellos eran los que conspiraban, cometían homicidios y perpetraban robos. Las leyes quedaron circunscritas a estos mismos hombres, sin distinción entre el sujeto vil y el honrado, el indio y no indio, ya que la universalidad era una de las premisas por las que pugnaba el Derecho Penal, esto con el propósito de instituir la igualdad de los hombres ante la justicia.[677] Sin embargo, se mantenía una diferencia de orden económico en las sentencias de carácter pecuniario: los procesados que contaran con medios suficientes podían solventarlas, los que no serían remitidos a la cárcel, en la misma situación estaban los que carecían de reales para pagar los costos de carcelaje.

---

[673] Ramos Escandón, *Ciudadanía carente. Género y legislación en Guadalajara (1870-1917)*, p. 84.
[674] Reglamento para la administración de justicia, cap. III-V (1825), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. I, pp. 436-437.
[675] En las diligencias procesales civiles menores de 100 pesos y criminales cada parte interesada nombraba un "hombre bueno" que, en reunión con el alcalde, procuraba medidas conciliatorias. Reglamento para la administración de justicia, cap. II (1825), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. I, pp. 434-435.
[676] Un ejemplo claro de esta tendencia fue la ley de 12 de septiembre de 1848, sobre el modo de juzgar a los asesinos y ladrones, la cual fue derogada porque una vez en la práctica los jueces consideraron que era "antifilosófica", contraria a los principios humanitarios en boga. AHEJ, Anastasio Parrodi, *Memoria presentada por el gobernador del Estado de Jalisco al H. Congreso Constituyente*, Guadalajara, Tipografía del gobierno a cargo de Ignacio Cortés, 1857, p. 20.
[677] "Todo hombre de cualquier estado o condición deberá ser juzgado en el Estado por las mismas leyes, en sus negocios civiles y criminales", Tít. III, Del Poder judicial del Estado, cap. I, art. 186, *Constitución del Estado de Jalisco*, 1824.

El decreto número 44 emitido por el congreso y ratificado por Prisciliano Sánchez, en mayo de 1826, ilustra la proporción que se pretendía establecer entre los delitos y la condena. El asesinato deliberado era castigado con la pena capital, pero a quien cometiese el referido crimen sin intención se le sentenciaría de dos a cinco años de prisión. Los robos se repararían de manera pecuniaria o con dos años de obras públicas, salvo los ejecutados con violencia y en despoblados los cuales se sancionarían con diez años de cárcel.[678] Con el transcurso del tiempo y al percibirse un incremento en la práctica del bandidaje se promulgaron castigos más severos contra este delito. En marzo de 1835 se determinó el empleo de la pena de muerte en los casos de asaltos con violencia, excepto en las implicadas del sexo femenino, cuando faltasen dichas circunstancias se remitiría al agresor a diez años de presidio a la isla de Mezcala, o a las Recogidas si fuesen mujeres.[679] Las procesadas por actos agravantes como hurto u homicidio recibieron por castigo máximo el encierro en el departamento de molienda de las Recogidas.

Además de las faltas graves, estaban los delitos calificados de ligeros. En la Constitución del estado de Jalisco de 1824, en su capítulo III referente a la administración de justicia en lo criminal, se estipuló que estos delitos serían sancionados con penas correccionales, pero se procuraría en primera instancia la conciliación y la avenencia verbal.[680] En esta categoría de transgresiones se comprendían las faltas de policía que perturbaran la paz y tranquilidad pública, como lo eran la riña, los actos indecentes y los hurtos menores a diez pesos, estos últimos en circunstancias atenuantes se sancionarían de manera pecuniaria o en su defecto con la reclusión en las áreas correspondientes en las cárceles o Casa de Recogidas, por tiempo no mayor a un mes. En el caso puntual de las mujeres se les remitiría al departamento de corrección de las Recogidas, no al de castigo.[681]

---

[678] Sobre el modo de castigar en el estado a los ladrones y asesinos (1826), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. II, Congreso del Estado de Jalisco, Guadalajara, 1981, pp. 298-316.
[679] Decreto sobre ladrones (1835), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. VII, Congreso del Estado de Jalisco, Guadalajara, 1981, p. 78.
[680] Reglamento para la administración de justicia en el estado (1825), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. I, pp. 432-434.
[681] Decreto núm. 605. Delitos por los cuales no debe formarse causa (1835), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. VII, pp. 79-80.

La vagancia era otra conducta sancionable.[682] La definición de vago se construyó desde un tipo masculino, y englobaba a los ebrios consuetudinarios, los tahúres, los casados que injustamente no hicieran vida maridal y se desentendieran del sostén de sus familias, los que con oficio no lo ejercieran o carecieran de modo honesto de vivir.[683] Aunque la aprehensión por estos motivos comenzó a carecer de fundamento legal, su detención se argumentó desde una concepción preventiva del delito, por lo que el encierro que se les imponía no era necesariamente un castigo. Las vagabundas no tuvieron presencia en las formulaciones legales, pero su símil fueron las ebrias, las limosneras y las prostitutas que por no tener un modo honesto de vivir terminaron recluidas en la pieza de corrección de las Recogidas. Los hombres, por su parte, eran enviados a los talleres del hospicio con el propósito de que aprendieran un oficio.[684] La diferencia entre los espacios utilizados para cada sexo muestra la ambivalencia del recogimiento ya que fungía como lugar de castigo y corrección, en cambio la representación del espacio de la cárcel sí se distanció de la concepción protectora del hospicio.

Los actos lascivos o contra el honor, merecieron menor atención por parte de las autoridades, en las leyes y decretos que emitieron se observan pocas diferencias respecto a los postulados del Derecho hispánico bajo medieval que los había regido. Por ejemplo, en los casos de adulterio persistía la visión de que el hombre era el único ofendido, y por lo tanto sólo él podía instituirse como acusador. Las adúlteras y sus cómplices serían acreedores a penas que iban de los seis hasta los diez años de prisión.[685] La concepción sobre este delito se sostuvo debido a las bases masculinas de la Ilustración, que colocaron a los hombres como principales beneficiados del contrato matrimonial, mientras que los derechos particulares de las mujeres se subsumían ante el interés general.[686]

---

[682] En la Constitución nacional de 1836 los "vagos, mal entretenidos, sin industria ni modo honesto de vivir perdían en su totalidad sus derechos de ciudadano". Art. 11, *Leyes Constitucionales de 1836,* museodelasconstituciones.unam.mx. [consultado mayo de 2019].
[683] Sobre indiciados de ladrones y vagos (1846) *Colección -de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. IX, pp. 486-487.
[684] Decreto sobre vagos (1829), *Colección -de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. III, pp. 400-403.
[685] Sobre adúlteros e incestuosos (1835), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. VII, p. 114.
[686] Amorós, *Tiempo de feminismo: sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*, p. 286.

En su memoria de gobierno de 1857, Anastasio Parrodi insistió en la necesidad de un código penal debido a que la justicia seguía sujeta a las legislaciones españolas, pero en especial porque las leyes expedidas por los distintos regímenes a los que había estado sometido el país sólo produjeron contradicciones y fisuras en la práctica judicial, por lo que invitaba a la uniformidad de las leyes.[687] En sí, consolidar el control estatal requería la constitución de un derecho propio que, al ser ampliamente reconocido por quienes debían cumplirlo, marcara la actuación de jueces y sujetos de derecho.[688] La promulgación del código penal del estado de Jalisco tuvo que aguardar un par de décadas más. No obstante, de manera paulatina se introdujeron reformas a través de los decretos y por la omisión de las leyes españolas consideradas contrarias de los valores del nuevo Estado mexicano.[689]

III. La institución a partir de su Reglamento

Tras la Independencia, el periodo entre 1821 y 1824 estuvo marcado por vacíos legales y evasivas respecto quién debería atender en lo económico y administrativo las cárceles y las casas de recogidas. La Audiencia Territorial, como se le denominó a la antigua Real Audiencia, y después el Supremo Tribunal de Justicia del Estado de Jalisco, llevaron a cabo varios intentos por delegar al ayuntamiento el cuidado de dichos establecimientos. En enero de 1821, en su calidad de instancia superior, la Audiencia presionó al municipio con el propósito de que realizara las visitas públicas semanales a los reos y recogidas, so pena de 200 pesos si no asistían a ellas, el cabildo se negó de manera rotunda y argumentó a su favor que tales asignaciones no eran ni habían sido parte de sus obligaciones, sino propias de los

[687] Parrodi, *Memoria presentada por el gobernador del Estado de Jalisco al H. Congreso Constituyente*, p. 18.
[688] Aunque la formulación del código se pensó como una panacea en términos de justicia, lo cierto es que pronto quedó al descubierto la insuficiencia de la legislación pues no era posible codificar todos los actos humanos. Para profundizar al respecto véase Garriga, "Continuidad y cambio del orden jurídico", pp. 88-97.
[689] En 1872, el gobernador Ignacio L. Vallarta decretó el nombramiento de una comisión que redactara un proyecto de código penal, uno civil y uno más de procedimientos penales. Laura Benítez, Miguel Isais "Administración de justicia, procedimiento y legislación penal en Jalisco, 1822-1873", Laura Benítez, Thomas Calvo, Alejandro Solís (coords.), *Tras el estigma del infortunio: fotografía carcelaria en el primer cantón de Jalisco, 1872*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, El Colegio de Michoacán, p. 85.

supremos tribunales.[690] Además, manifestó que sentía denostada su investidura al ser objeto de multas judiciales.

Meses más tarde, en junio, se instó al ayuntamiento a proveer de medicamentos a los presos y reas que lo necesitasen, en respuesta se replicó que la economía de las cárceles quedaba fuera de su alcance ya que no se contaba con un fondo específico que permitiera cubrir esas necesidades, así mismo, sostuvo que la provisión de medicinas y atención a este sector de la población había corrido por cuenta del hospital de San Miguel de Belén. Por su parte, el poder judicial insistía en que a él sólo le correspondía juzgar, fallar y hacer ejecutable lo juzgado, no solventar las cuestiones materiales o de gobierno de las referidas instituciones. La disputa sobre a quién incumbía la responsabilidad de estos espacios se demoró hasta 1824; en los debates uno y otro órgano recurría a la Constitución de Cádiz y a la ley de Tribunales de 26 de julio de 1813 para dirimir facultades.[691]

Con la restitución de la carta gaditana en 1820, el ayuntamiento evadió tomar responsabilidad de carcelería y de las Recogidas, que los obligaba a realizar las visitas de cárcel, dar mantenimiento al edificio, cuidar lo concerniente a la policía de salubridad y vigilar la proveeduría de presos. Aunque en aquellos años la institución gozaba de manera ocasional con la limosna de 300 pesos que otorgaba el obispo Juan Cruz Ruiz de Cabañas, su contribución era insuficiente para proporcionar alimentos, cubrir las reparaciones del inmueble y devengar el sueldo de la rectora.[692] Esta misma precariedad e indisposición de las autoridades llevó a la ruina varias piezas de la finca, ya que sólo se le realizaban unos cuantos arreglos superficiales.[693] La negativa del cabildo secular de tomar bajo potestad un par de organismos que gravarían sus fondos fue contundente,[694] por lo que la Real Audiencia remitió quizá una de sus últimas controversias a consulta en España, y obtuvo respuesta en julio de 1821; después, en 1823 la Audiencia Territorial tuvo que encomendar a José Domingo Rus

[690] AMG, ramo Policía, sig. P1, c. 2, paqt. 37, leg. 131, exp. 2, año 1821, ff. 5.
[691] AMG, ramo Policía, sig. P1, c. 2, paqt. 37, leg. 209, exp. 4, año 1821, ff. 8; ACEJ, ramo Gobierno, c. 13, prog. 1, leg. 1, exp. 1, inv. 96, año 1823, ff. 2-9.
[692] AMG, ramo Policía, sig. P1.1, c. 2, paqt. 41, leg. 172, exp. 18, año 1823, ff. 1-2.
[693]AMG, ramo Policía, sig. P1.1, c. 2, paqt. 41, leg. 177, exp. 19, año 1823, f. 8.
[694] Los auxilios del cabildo secular eran esporádicos y por comisiones específicas. Por ejemplo, en 1823, la rectora Rosalía Enríquez agradeció al regidor Manuel Salazar por su desempeño en la reparación de varios desperfectos de la finca, en especial del departamento de la tesqui. AMG, ramo Policía, sig. P1.1, c. 2, paqt. 141, leg. 178, exp. 20, año 1823, f. 1.

para que representara la situación al jefe del ejército trigarante Agustín de Iturbide, y repitió instancias al ejecutivo nacional ese mismo año.[695]

En la Casa de Recogidas la incertidumbre sobre su destino y dirección quedó de manifiesto durante una visita de cárcel efectuada en diciembre de 1823, ya que los comisionados reconocían que la rectora en turno, Rosalía Enríquez, no rendía cuentas a autoridad alguna pues carecía de quién la gobernara.[696] La situación urgía a formar un reglamento interno, el cual paradójicamente demoró porque se consideró que la institución contaba con las ordenanzas de 1788. Por otra parte, sostener a los presos y rematadas significaba una carga fiscal difícil de asumir en un momento en el que no se disponía de un fondo reservado para ello. La Constitución del Estado de Jalisco, promulgada el 18 de noviembre de 1824, poco aportó para dilucidar las competencias de los establecimientos carcelarios, sólo se limitó a disponer que dichos espacios debían contar con dos piezas enteramente separadas, en una se destinaría a los detenidos y en otra se colocaría a los presos con formal sentencia, así mismo, señaló que la utilidad de las cárceles radicaba en asegurar a los que delinquían, por lo que prevenía que no les ocasionara molestias.[697]

La cuestión económica y gubernativa de la cárcel pública de Guadalajara quedó resuelta en septiembre de 1826, con la promulgación de su reglamento, el cual se compuso de 22 artículos. En él se determinó que la policía de seguridad, salubridad, economía y subordinación de los alcaides correspondían al poder ejecutivo, mientras que al Supremo Tribunal de Justicia le tocaba sólo la inspección de los reos y vigilar el correcto funcionamiento del establecimiento.[698] Los alcaides, al ser empleados del Estado, serían nombrados por el gobernador a partir de una terna que le presentaría el tribunal del poder judicial y les expediría título en forma.[699] En los lineamientos el espacio carcelario se describió del todo masculino, conformado por los siguientes tres departamentos: uno destinado a los consignados por faltas leves, las piezas de los calabozos en las que se recluían

[695] ACEJ, ramo Gobierno, c. 13, prog. 1, leg. 1, exp. 1, inv. 96, año 1823, ff. 2-8.
[696] AMG, ramo Policía, sig. P1.1, c. 2, paqt. 41, leg. 179, exp. 21, año 1823, ff.1-2.
[697] Cap. III, De la administración de justicia en lo criminal, *Constitución política del estado de Jalisco*, 1824.
[698] El Congreso aprueba el reglamento para el gobierno de la cárcel de esta capital (1826), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. II, p. 390.
[699] Reglamento instructivo para el gobierno económico político del mismo estado (1825), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. I, pp. 406-407.

a los sentenciados por delitos de gravedad, y el área en la que se colocaban a los condenados por obras públicas.[700]

Ubicada al interior de la cárcel pública se encontraba la sala destinada a las presas, conocida por el nombre de cárcel de mujeres, que quedó sin referencia en los estatutos. Esta pieza estaba al cargo de los alcaides y de una detenida a quien se le comisionaba el empleo de bastonera, en este espacio se remitían las inculpadas por faltas leves o en el entretanto se formaba su causa y se dictaba sentencia, una vez procesadas eran enviadas a la Casa de Recogidas. Las encarceladas estaban exentas de fuertes trabajos, como los realizados en las Recogidas, por lo que las reas elevaban instancias para permanecer en ella o, incluso, pasar ahí a descansar de las fatigas de las Recogidas.[701] En la cárcel la principal labor era el aseo del departamento de mujeres,[702] además tenían licencia de subir un día a la semana a las ventanas del local y pedir limosna a los transeúntes, con los reales que los bienhechores les ministraban se cubrían algunas de sus necesidades.[703] Su capacidad máxima era de 40 detenidas, por lo que era común que en desahogo del lugar se remitiera presas a las Recogidas.[704] En octubre de 1834, dada la estrechez del sitio y con el propósito de brindar algún alivio a las ahí recluidas se estudió la posibilidad de anexarle un pequeño cuarto que pertenecía al departamento de hombres, pero la falta de fondos cesó esta labor.[705]

Los lineamientos de la cárcel pública de Guadalajara giraron en torno a los deberes y obligaciones de los alcaides, sobre todo en las labores de vigilancia que efectuarían los centinelas, golperos y bastoneros. El tiempo de los detenidos y sentenciados transcurría en el ocio, entre los horarios de visita, la repartición de los alimentos y los momentos que se les permitía salir a los patios. Esta situación cambió el 13 de abril de 1835 debido a que el

---

[700] AMG, ramo Policía, sig. P1.6, c. 4, paqt. 47, leg. 64, exp. 1, año 1826, ff. 4.
[701] María Antonia Pérez, rematada por 10 años, solicitó en una visita de cárcel que "V.E. me conceda la gracia de pasarme a la cárcel por un corto tiempo a descansar de la aflicción que tanto se me carga, y despejada que sea vuélvaseme a la casa de mi destino". Esta mujer repitió su suplica, y pedía consideración a su avanzada edad y a ser manca, por lo que no podía más desempeñar el trabajo del metate ni sacar agua de la noria. BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 8, inv.732, año 1825, ff. 22-22v; BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 3, inv. 1603, año 1828, f. 73.
[702] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 2, inv. 1936, año 1829, f. 28.
[703] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Administrativo, c. 5, exp.8, inv. 427, año 1824, f. 1, y ff. 20-21.
[704] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 8, inv. 566, año 1824, f. 21.
[705] Esta fue la última referencia que obtuve sobre el departamento de mujeres de la cárcel pública, por lo que no es posible confirmar hasta qué momento se mantuvo en funciones. AMG, ramo Policía, sig. P1.3, c. 2, paqt. 56, leg. 86, exp. 2, año 1834, ff. 4-9.

congreso decretó el establecimiento de tres talleres contiguos a la cárcel, en ellos se enseñaría el hilado de algodón y lana, zapatería y sastrería, las jornadas se iniciarían a las 6:00 de la mañana y concluirían a las 5:00 de la tarde. Los encarcelados eran beneficiarios de una parte de las utilidades que producía su trabajo, la suma correspondiente se le entregaría al salir de la cárcel, pero también tenían la posibilidad de solicitar antes sus ingresos para el socorro de su familia.[706]

Concebir el trabajo como una actividad de utilidad para los presos denotaba una nueva representación del espacio, nuevos signos y códigos de los recintos carcelarios y sus habitantes. La necesidad de una arquitectura peculiar evidenciaba la función-intención del espacio, ya que debía responder a las proyecciones de reeducación y reformación, que apaleara el hacinamiento, garantizara piezas más salubres, menos lúgubres y con áreas destinadas a los talleres y enfermería. De acuerdo con los postulados de Lefebvre, espacio ideal y espacio físico, material, corresponderían así con un uso específico y con una práctica social, misma que les otorgaba significación a las primeras.[707]

La idea de corregir y reformar a partir de un proceso que conjugaba el encierro y las faenas en los talleres tenía como finalidad infundir el sentido de propiedad en los presos, esto a través de la corta remuneración que obtenían de su jornada; el trabajo se instituyó catalizador del orden, la disciplina, la corrección de las costumbres, era la forma de reconstruir al *homo oeconomicus*.[708] En el caso de los hombres este modelo resultaba novedoso, aunque en cierta medida ya era conocido por las mujeres de las casas de recogidas.

En septiembre de 1824 se formó una comisión de gobernación en el congreso local de diputados con el objeto de consultar los arbitrios que se podían utilizar en la manutención de los reclusos, sin embargo, se excusaron respecto a las recluidas en las Recogidas porque se concluyó que dependía del ayuntamiento su subsistencia, según lo prevenido en el artículo

[706] Reglamento para establecimiento de talleres en la cárcel pública de esta capital (1835), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. VII, p. 101-107.
[707] Lefebvre, *La producción del espacio*, pp. 77-78.
[708] Foucault, *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, p. 125.

321 de la Constitución de Cádiz,[709] por esta razón las autoridades municipales habían tomado bajo su responsabilidad el arrendamiento de las fincas pertenecientes a la Casa de Recogidas.

Precisar la naturaleza institucional de la Casa de Recogidas era cada vez más apremiante, ya que de lo contrario parecía condenada a claudicar. La esencia piadosa del recogimiento se convirtió en su lastre, ya que a conveniencia se le consideraba por momentos una institución de carácter benéfico y en otros de orden judicial, lo cual también confirma que las mujeres no poseían los mismos derechos y obligaciones que los hombres, pues, de acuerdo con Ricoeur un sujeto de imputación requiere ser reconocido en la plenitud de sus capacidades jurídicas, ya que la reparación del daño se da entre iguales, entre sujetos reales de derecho.[710] Es decir, las mujeres permanecían como menores de edad, castigables, pero no imputables, por lo tanto su sanción estaba más vinculada con la asistencia, y permanecía un tipo delincuencial basado en la figura masculina.

Disociar la institución del entramado carcelario provocó contradicciones y mayores conflictos de interés. En noviembre de 1824, por ejemplo, el Congreso del estado de Jalisco decretó el cobro de derechos de carcelaje, los cuales variarían de 4 reales a 5 pesos, su recaudación quedaría a cargo del ayuntamiento y se destinaria al pago de salarios de los dos alcaides de la cárcel pública, a quienes se les pagaba 800 pesos anuales a cada uno de ellos.[711] El nuevo monto de carcelería se extendió a las recluidas en las Recogidas, que un año antes cubrían las costas con lo que expendían de tortillas,[712] sin embargo la rectora Rosalía Enríquez se inconformó ante los tribunales porque ella carecía de una dotación fija y determinada. El senado corroboró que el decreto sólo estipulaba lo referente a las cárceles y el sueldo de los alcaides, por lo que dio marcha atrás a su aplicación en las Recogidas mientras no se designara un salario a la comisionada de la rectoría.[713] La resolución del senado evidencia que las Recogidas no eran de manera cabal una cárcel, pues no las creyó comprendidas dentro del decreto.

---

[709] ACEJ, ramo Hacienda, c. 5, exp. 6, año 1824, f. 24.
[710] Ricoeur, *Lo justo*, vol. I, pp. 37-44.
[711] Decreto núm. 33 (1824), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. I, p. 301.
[712] AMG, ramo Policía, sig. P1.1, c. 2, paqt. 41, leg. 179, exp. 21, año 1823, ff. 1-2.
[713] AMG, ramo Policía, sig. P1.1, c. 2, paqt. 44, leg. 34, exp. 22, año 1825, ff. 1-2.

La inestable situación jurisdiccional de la Casa de Recogidas precisaba contar con un reglamento que contribuyera a definir la naturaleza de la institución, determinar cuáles autoridades tendrían facultades sobre ella y con qué arbitrios dispondría. Finalmente, los estatutos fueron formulados por el Supremo Tribunal de Justicia del Estado de Jalisco, y aprobados por el Congreso local el 19 de febrero de 1829,[714] y por el gobierno del estado el primero de junio de 1830, su corpus constaba de VII capítulos y 74 artículos, el triple de los lineamientos que tenía la cárcel pública. Las ordenanzas estaban estructuradas en tres ejes: reclusas, empleadas y jurisdicción.[715]

En materia económica, en las ordenanzas del establecimiento quedó determinado que dependería de la Hacienda Pública: este organismo correría con los gastos que erogara el mantenimiento de edificio, previa orden del gobierno; manejaría las rentas que producían sus fincas; y los réditos del capital de 6,000 pesos que a su favor reconocía la federación. Por su parte, el ayuntamiento de su fondo de propios realizaría una contribución de 25 pesos mensuales.[716] Las constituciones también precisaban las visitas que debería realizar el Supremo Tribunal de Justicia para escuchar las quejas de las recogidas e instruir lo conveniente.[717] En términos concretos, el gobierno de la casa quedó dividido entre el Supremo Tribunal de Justicia que atendía lo relativo al correcto proceso de las causas y el estado y condiciones que guardaban las recluidas y su institución; desde lo económico y lo político, la potestad fue del gobernador, quien designaba los puestos de rectora y auxiliar; en cuanto al cuidado interno de las Recogidas, el cumplimiento de la proveeduría y el estado

[714] Reglamento para la Casa de Recogidas (1829), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. III, Guadalajara, Congreso del Estado de Jalisco, 1981, pp. 339-351.
[715] El reglamento que se presentó al congreso y después al gobierno del estado de Jalisco en 1829, fue aprobado de manera íntegra en 1830, y es reproducido con la constancia de aprobación en ese año; en las citas referentes al reglamento me remito al publicado en 1829. El de 1830 se localiza en Queda aprobado el reglamento para el gobierno interior de la casa de recogidas (1830), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. IV, Guadalajara, Congreso del Estado de Jalisco, 1981, pp. 262-275.
[716] Queda aprobado el reglamento para el gobierno interior de la casa de recogidas (1830), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. IV, pp. 273-274.
[717] Queda aprobado el reglamento para el gobierno interior de la casa de recogidas (1830), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. IV, p. 273.

material del edificio, la jurisdicción quedó en manos del ayuntamiento por ser propio de la policía de salubridad.[718]

De acuerdo con la disposición reglamentaria el edificio de las Recogidas contaría con tres departamentos: uno de recogimiento, otro de corrección y uno más de castigo. En el primero de ellos se depositaría a las mujeres desamparadas que requirieran de protección, como lo serían las huérfanas y viudas, en atención a su inocencia vivirían cerca de la rectora, se les permitiría salir y se les enseñaría a leer y escribir, contar, hilar, coser y bordar, dentro de las labores de limpieza se les comisionaría a trabajos suaves, por ejemplo, barrer, fregar y guisar; su esencia protectora evocaba los orígenes remotos de la institución. Aunque el número de habitantes en condición de depósito fue mínimo y su presencia en la casa fue esporádica, esto muestra las reminiscencias del espacio entendido como un lugar de protección y prevención.

En la pieza de corrección se consignaba a las que por providencia gubernativa de los alcaldes del ayuntamiento se destinaban a los trabajos de la casa, de manera puntual las que cometiesen faltas leves de policía o contra el orden público, por ejemplo, las ebrias y escandalosas.[719] Estas conductas desarregladas eran sancionables por los comisarios de policía, por los alcaldes del ayuntamiento, o los jueces de hechos,[720] pero no precisaban incoar un proceso ante los tribunales superiores por ser faltas de policía y no merecían más de un mes de prisión, por esta razón se les denominaba presas sin causa; las reincidentes y

[718] El rubro de policía se dividía en dos, uno de salubridad y otro de comodidad y ornato, en materia del primero, al ayuntamiento le correspondía: cuidar en cuanto les sea posible de que se establezcan hospitales, lazaretos y cementerios extramuros de los pueblos; de que no se vendan en las plazas y mercados alimentos mal sanos o corrompidos; que en las boticas no se vendan drogas rancias, mal compuestas o adulteradas; que no se permita a los curanderos usar de yerbas o medicinas perjudiciales a la salud; que las calles y plazas estén siempre limpias; que las posadas públicas estén aseadas; que las matanzas de animales no se hagan en el centro de los pueblos; y que la sangre se recoja en un foso; que las cárceles tengan la posible comodidad y limpieza que sea compatible con la seguridad de los reos. Reglamento instructivo para el gobierno económico político del mismo estado (1825), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. I, p. 426.

[719] Reglamento para la Casa de Recogidas (1829), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. III, p. 340.

[720] Los jueces de hecho, o también denominados populares, eran vecinos distinguidos que eran nombrados por el ayuntamiento. Aunque en un primer momento su facultad se limitó a determinar la responsabilidad de los consignados, con el transcurso del tiempo también adquirieron la potestad de imponer penas. Benítez Barba e Isais Contreras, "Administración de justicia, procedimiento y legislación penal en Jalisco, 1822-1873", pp. 72-74.

las ociosas persistentes podían ser recluidas por seis meses.[721] Una vez en el establecimiento las reas se ocuparían de preparar la comida de la proveeduría de cárceles y realizar labores de limpieza y aseo; sólo si resultaba urgente, podían ser aplicadas a la molienda del maíz. Si el número de mujeres en esta sección llegaba a abundar, una parte se podría destinar a obrajes, talleres o alguna otra manufactura propia de su sexo. Aquellas que se mostraran adversas a sus trabajos, ocasionaran disturbios, o fuesen rijosas serían reprimidas por la rectora y remitidas al departamento de castigo.[722]

Las rematadas con causa habitaban en el departamento de castigo y estaban destinadas a los trabajos más severos de la casa: sacar agua de la noria, moler el maíz, y elaborar el atole y las tortillas que se servirían a los presos de ambos sexos. En caso de que las mujeres en esta área fueran bastantes se les alternaría en los ejercicios referidos de manera semanal, para que el trabajo continuo no las inhabilitara, ya que era usual que este tipo de tareas las dejara lastimadas de las manos y la espalda.[723] Las reas de esta sección que se comportaran de modo irrespetuoso o pendenciero serían reconvenidas en lo verbal por la rectora, pero si su proceder persistía se les colocaba en un cuarto y se les mantenía incomunicadas por tres días, es probable que la habitación de referencia se tratase del cepo que se empleaba con anterioridad para el mismo objeto.

Por las características de las habitantes de cada departamento, la rectora debía cuidar que no se mezclaran porque de lo contrario se corría el riesgo de que unas corrompieran a las otras. Las obligaciones y responsabilidades de la responsable de la rectoría se detallaron en 23 artículos, su nombramiento, al igual que la de los alcaides, pendía del gobernador quien la seleccionaba a partir de la propuesta en terna, con relación sucinta de méritos, que realizaba el Supremo Tribunal de Justicia, la designada gozaba de un sueldo anual de 300 pesos. En 1835 la rectora en turno solicitó al gobernador un aumento a su dotación, su petición prosperó y se accedió a elevar su ingreso a 360 pesos, a razón de 30 mensuales.[724] No obstante del

---

[721] Reglamento para la administración de justicia, cap. I (1825), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. I, pp. 432-433.
[722] Reglamento para la Casa de Recogidas (1829), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. III, p. 341.
[723] Reglamento para la Casa de Recogidas (1829), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. III, pp. 341-342.
[724] Aumento de sueldo acordado a favor de la rectora de la Casa de Recogidas (1835), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. VII, p. 47.

incremento, la cifra permanecía por debajo de los 800 pesos que recibían sus homólogos hombres en la cárcel pública. La encargada del rectorado tenía a su cuidado la economía y administración del establecimiento, estaba facultada para distribuir los trabajos de las reclusas, vigilar su cumplimiento, mantener el orden entre las internas y llevar los libros de entradas y salidas con la ayuda de un portero escribiente, pero dejó de tener la responsabilidad de los libros de cuentas.[725] Los registros de entradas debían indicar el día de ingreso, el destino, la autoridad que remitía, y el tiempo de reclusión.

La rectora también era responsable de cuidar la salud de las mujeres a su cargo, por esta razón se le exhortaba a asistir a las parturientas y sus criaturas en los 40 días inmediatos al parto, en este tiempo dispensaría los trabajos de las paridas para que no peligraran. Además, en caso de que se presentaran enfermedades en las reclusas debía llamar al facultativo, quien realizaría la respectiva revisión médica y valoraría si era necesario trasladarlas al hospital de Belén, las boletas de las enfermas que sí ameritaban curación se remitían al juez que las consignó para que autorizara su salida temporal del establecimiento; así mismo, al extinguir la pena, los jueces debían remitir boleta de excarcelación.[726] A pesar de las múltiples atribuciones, la rectora careció de presencia y determinación en el devenir institucional de las Recogidas; sus contravenciones u omisiones la volvían acreedora de penas, según las leyes que competían lo tocante a los funcionarios públicos. El gobierno externo de la casa, es decir su inspección, quedó de manera directa a cargo del jefe de policía, y a él debería acudir la rectora para resolver sus dudas.[727]

A partir de la unión de la Tesquis con la Casa de Recogidas, alrededor de 1807, se reforzó la figura de la auxiliar o la tesquera, como se le conoció a la que detentaba este empleo. Su cargo se nombraba de la misma manera que el de la rectora, su obligación era suplirla ante faltas temporales o enfermedades, pero la principal encomienda era satisfacer la proveeduría de presos, para cumplir su encargo dispondría del departamento de corrección y del de castigo, y quedaba estrechada a velar por la oportuna y puntual preparación de los

[725] Reglamento para la Casa de Recogidas (1829), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. III, pp. 345-346.
[726] Reglamento para la Casa de Recogidas (1829), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. III, p. 345.
[727] Reglamento para la Casa de Recogidas (1829), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. III, pp. 350-351.

alimentos, abastecerse de los insumos necesarios y rendir cuentas al ayuntamiento, su salario constaba de 15 pesos mensuales.

Las tesqueras, al igual que las rectoras, se veían con la facilidad de vivir en la finca con sus familias, sólo se les prohibió la introducción y crianza de cerdos, caballos, asnos o cualquier otra especie que ocasionara menoscabo al establecimiento o algún perjuicio a las que ahí habitaban,[728] ya que llegó a suceder que los puercos que pertenecían a una auxiliar despedazaron la ropa que la rea Úrsula Ramírez había puesto a asolear, por lo que en una visita de cárcel la afectada solicitó se le indemnizara.[729] Vivir en la institución implicaba estar al pendiente de ella de día y de noche, los descansos de la rectora y su auxiliar se reducían a tomar las tardes de los domingos, de forma alternada entre una y otra.

Además de los cargos administrativos había otros puestos menudos, entre ellos el de portero escribiente quien sería nombrado por el jefe de policía, este personaje ejercería las labores de pluma, por ejemplo, asentar las partidas de entradas y salidas, escribir las ocurrencias del día, y formular las peticiones que quisiesen instruir las reas, así mismo, estaría al pendiente de la seguridad de la puerta y se encargaría de efectuar los traslados al hospital de Belén, por sueldo recibiría 10 pesos mensuales y viviría en una pieza contigua al zaguán, el puesto lo llegaron a desempeñar tanto hombres como mujeres, en el caso de las reas que ocuparon este tipo de empleo les sirvió para acreditar su buena conducta y solicitar por ello la absolución o disminución de su condena. La casa también contaría con el servicio de un mozo que facilitaría el alcaide de entre los condenados a obras públicas, con la aprobación del Supremo Tribunal de Justicia. La rectora consideraría a las habitantes del departamento de recogimiento y el de corrección para nombrar de entre ellas una tornera, y tres celadoras o una bastonera general y dos sotabastoneras si fuese necesario, estos empleos eran puestos de confianza que presuponían lealtad hacia las autoridades. La delegada del torno debía evitar el ingreso de vino, armas, naipes o instrumentos para fugarse, así como advertir de conversaciones indecentes o contrarias al respeto de las autoridades; por su parte, las

[728] Reglamento para la Casa de Recogidas (1829), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. III, p. 346.
[729] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 2, inv. 1134, año 1827, f. 54.

bastoneras o celadoras vigilarían a sus compañeras, las vocearía, abrirían y cerrarían las puertas y darían el golpe a las rejas para llamar a las labores.

El cumplimiento del reglamento, el estado de las reas y sus causas, la higiene de la casa y el correcto desempeño de la rectora, y el de la tesquera en la encomienda de la proveeduría estaría bajo la supervisión del Supremo Tribunal de Justicia, quien tendría conocimiento en la materia a través de las visitas de cárceles; la responsabilidad de los suministros destinados a los encarcelados y las mejoras materiales del edificio se fincaban en el ayuntamiento. Dado que el Supremo Tribunal de Justicia era un órgano superior, la rectora dirigiría sus dudas al jefe de policía, él le prestaría sus prontos auxilios, si bien en la documentación revisada es posible afirmar que la comisionada de rectoría se dirigía a esta figura en primera instancia, lo cierto es que el jefe de policía careció de la presencia y el peso que en su momento tuvo el juez provisor que se preveía en los antiguos lineamientos.[730]

En lo económico las necesidades de la Casa de Recogidas se solventarían de la Hacienda Pública y de 25 pesos con los que contribuiría el cabildo de su fondo de propios. Los réditos que producían las fincas pertenecientes a las Recogidas y 6,000 pesos que reconocía a su favor la federación se le entregarían por cuenta de la Hacienda Pública.[731] A pesar de lo planteado en los estatutos la situación financiera de las instituciones carcelarias no se resolvió del todo ya que los sueldos de los alcaides, la rectora y la alimentación de los presos dependía en gran medida de lo recaudado por derecho de carcelaje, y debido a la insolvencia de la mayoría de los reclusos los ingresos en este ramo eran exiguos.

La figura del capellán, la instrucción religiosa y moralizante, las lecturas edificantes, las misas matutinas y las tardes de coro y rosario desaparecieron: los visos de la modernidad se asomaban desde lo jurídico y en ella se desvaneció la meticulosa distribución del tiempo

[730] En orden jerárquico, el primer mando era el gobernador, el secretario del despacho de gobierno y de su secretaría, enseguida el senado, el jefe de policía del cual debía haber uno en cada cantón de Jalisco, además, existía una junta de policía, un director de departamento, y después el ayuntamiento, y los comisarios de policía. El jefe de policía tenía facultades políticas, militares y de hacienda, por sus cargos y la relación de poder que guardaba con el cargo de mayor mando, se comprende porque su papel tuvo menor peso e injerencia en la vida de la Casa de Recogidas. Reglamento instructivo para el gobierno económico político del mismo estado (1825), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. I, p. 416

[731] Reglamento para la Casa de Recogidas (1829), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. III, p. 350.

marcada por las horas canónicas. Aunque las presas contaban con el servicio de la confesión y la celebración de la misa dominical, su cotidianidad se desvinculó de los signos religiosos que pretendían incidir en la corrección de sus costumbres. Los momentos de introspección se redujeron a las lecciones de catecismos de media hora, cuando más una, los días festivos, la impartición de estas pláticas quedó a cargo de la rectora quien también estaría al pendiente de su asistencia a celebración eucarística.

El reglamento también estableció la integración de nuevos habitantes en las Recogidas: un corto número de presos de los destinados a obras públicas que se trasladarían al edificio con el objeto de contribuir en las arduas labores de la molienda cuando no hubiere número suficiente de rematadas o las que existieran estuviesen lastimadas de las manos, y por consecuente imposibilitadas del uso del metate. La incorporación de estos hombres a la dinámica de la casa se tradujo en la reconfiguración espacial de las piezas, ya que fue necesario adecuar una oficina para ellos. Así mismo, su presencia requirió de la figura de un sobrestante quien vigilaría su conducta y llevaría el registro de los ingresos, la conjunción de este personaje con la rectora y la auxiliar trastocó las relaciones de poder de las autoridades femeninas y minó la formación de un mando único; mientras la imagen de la comisionada del rectorado se fragmentó y debilitó, la tesquera tomó mayor relevancia debido a su encomienda en la provisión de alimentos.

Los lineamientos de la institución y las asignaciones de las habitantes evidencian la función casi exclusiva de las Recogidas: garantizar la proveeduría de cárceles. Sin horarios, sin ejercicios que fomentaran la disciplina, sin talleres, sin instrucción moral, menos aún letrada, sin el control sistemático del tiempo, el establecimiento se redujo a una amplia cocina en la que eran castigadas las infractoras del orden, y con ellas un puñado de hombres. Los nombres que adquirieron los departamentos lo corrobora: el de cocina era el de las remitidas por faltas leves, y el de tesquis el área de la molienda, de las consignadas al máximo castigo. Su mundo institucional giró alrededor de la comida de presos, y fueron las experiencias en torno a esta actividad las que dotaron de sentido al espacio.

En la reclusión y fuera de ella, las mujeres desempeñaban tareas propias del ámbito doméstico, adherentes a la construcción de su feminidad. La institución replicó el ideal femenino, en él todas las mujeres guardaban recogimiento, que presuponía su recato, y se

aplicaban a las labores propias de su sexo. Al final, cabe recordar que las instituciones son producto de las sociedades de su tiempo, y por lo tanto un desdoblamiento de ella.

Capítulo VII. Entre tesquis y tesqueros. Cambios en la población de las Recogidas (1821-1858)

Sumario: Introducción; I. La Tesquera, la segunda al cargo; II. Los nuevos inquilinos: el departamento de hombres; III. Quejas, escándalos y silencios

Introducción

La incorporación de la Casa de Recogidas en el sistema carcelario de Jalisco trajo consigo la suma de nuevos habitantes que se adhirieron a su lógica institucional, y a la vez incentivaron formas divergentes de relacionarse con el espacio y el resto de moradores del establecimiento. La irrupción del departamento de hombres cambió la disposición de las piezas de la institución, ya que fue necesario adecuar las áreas que habitarían los reos y su alcaide. Así mismo, la integración de los presos dinamizó una distinta representación del espacio, en un recinto que había sido pensado para el uso exclusivo de mujeres.

La pluralidad de figuras de mando y sus responsabilidades particulares produjeron conflictos de poder y múltiples momentos de tensión, la mayoría de las veces en perjuicio de la autoridad y potestad que ejercían la rectora y su vice. De manera paulatina, la jerarquía institucional se masculinizó y adquirió un papel protagónico el alcaide y el personal a su cargo. Entre las reas, y con sus nuevos inquilinos, también se suscitaron diversos episodios de complicidad, solidaridad, encuentros y desencuentros. En medio de una faena compartida, en los mismos muros, e igual opresión, transcurrió la cotidianidad de las mujeres y los hombres que, con sus cuerpos y sentidos percibieron y significaron el castigo en las Recogidas.

I. La Tesquera, la segunda al cargo

Desde 1807 se unió la casa de corrección denominada la Tesqui a la Casa de Recogidas, con la adhesión se trasladó también la tesquera, quien pasó al establecimiento con el título de vice rectora. Este personaje recibía por sueldo 15 pesos mensuales y, al igual que en su institución primaria, se encargaba de preparar los alimentos que se ministraban a los habitantes de la cárcel pública y las Recogidas.[732] Ser auxiliar significaba percibir una retribución salarial menor que la recibida por la rectora y ser la segunda al cargo, sin embargo, la responsable del referido empleo tomó relevancia porque tenía sobre sus hombros la encomienda de la proveeduría de presos y esto implicaba un constante trato con el ayuntamiento ya que gestionaba la compra de insumos, solicitaba la suficiencia del capital humano que le permitiera cumplir con sus obligaciones y sorteaba las innumerables exhortaciones del cabildo para que economizara y atendiera la higiene y calidad de los alimentos.

Cada mañana, la tesquera recibía las boletas del alcaide para disponer la cantidad de raciones suficientes, y a su vez, con ellas debía comprobar sus cuentas mensuales y justificar sus gastos ante el comisionado de carcelería del ayuntamiento.[733] El interés de las autoridades por otorgar una provisión digna a los infelices reclusos se confrontó con la escasez de recursos económicos. La tensión entre lo discursivo y lo tangente se agolpó en la figura de la tesquera, o quien tuviese la contrata de la proveeduría. Los compromisos y exigencias que recaían en la rectora y su vice fueron algunos de los elementos que propiciaron la inestabilidad en este tipo de empleos; otro factor lo propició la efervescencia política de la época, aun así, el puesto de la tesqui fue buscado, defendido y solicitado por primera, segunda y tercera vez.

[732] AMG, ramo Policía, sig. P1.2, c. 2, paqt. 56, leg. 87, exp. 13, año 1836, f. 7.
[733] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 7, paqt. s/n, leg. s/n, exp. 2, año 1840, ff. 1-3v.

Rectoras, Casa de Recogidas, 1814-1871.			
Rectora	**Fecha**	**Rectora**	**Fecha**
Rosalía Enríquez del Castillo	1-mar-1814/ 1831	Severa Nuño	1832-1834
María Teresa Romero	1835	Gertrudis Checa	1835/27-oct-1846
Margarita Zúñiga	5-nov-1846/28-nov-1846	Gertrudis Checa	28-nov-1846
Feliciana Zúñiga*	4-nov-1847/11-ene-1848	Margarita Zúñiga	11-ene-1848/ mar-1848
Muria Ramírez**	mar-1848/5-jun-1848	Margarita Zúñiga	5-jun-1848
Concepción Suárez	1847	Tiburcia Zúñiga***	?
Crescencia Tamayo	1850	Feliciana Zúñiga Margarita	1852
Juana Aguilar	1852	Feliciana Briseño	oct-1853/ 9-dic-1853
Juana Aguilar	1853-1856	Guadalupe Zúñiga	1856
Juana Aguilar	1857	Silvestra Cervantes	1859
Josefa Durán****	29-nov-1860	Eufemia Herrera	4-dic-1860
Silvestra Cervantes	1865	Petra López	1867
Juana Lomelin	1868	Bárbara Andrade	1869
Petra López	1869	Bárbara Andrade	1871
Silvestra Cervantes	1871	Gumercinda Ortiz	1874

Tabla 1 Rectoras, Casa de Recogidas, 1814-1871. Fuentes: AMG, ASTJEJ. * Interina, ** Provisional entre tanto se investigaba a Margarita Zúñiga, ***Interina, ****No se presentó a tomar posesión del cargo. Elaboración propia

El perfil de la auxiliar, igual que el de la rectora, es una incógnita. El reglamento no menciona los requisitos que debía cumplir la solicitante del cargo y los documentos poco dicen de su edad, estado, o preparación. Aunque se puede inferir que eran tenidas por decentes, de buena fama, con cierto conocimiento en letras y con la autoridad suficiente para dirigir la rectoría, y en el caso de la auxiliar llevar la proveeduría. El sueldo y la oportunidad de asentarse en la finca con sus familiares resultaron ser bastante aliciente para las pretendientes a cualquiera de los dos cargos, además de las ganancias en especie que podían obtener. Otorgado el nombramiento por el gobernador, se les expedía a las beneficiadas un título con el que debían tomar posesión del empleo, en primera instancia se presentarían ante el mayordomo de propios del ayuntamiento, en seguida pasarían al establecimiento y recibirían la estafeta de su predecesora.

Algunas rectoras una vez en funciones lograron establecer redes al interior y otorgaron empleos de escribiente o portera a su parentela. La volatilidad de la ocupante del rectorado se aprecia en la siguiente tabla, en ella se asienta el nombre, y en algunos casos la fecha de inicio y fin de actividades, en la mayoría sólo se registra el año en que se encontraron mencionadas en la documentación. Llama la atención que el periodo de la rectora Gertrudis Checa, quien estuvo por mayor tiempo en el rectorado, por espacio de once años, coincidió con el lapso que en el que se instauró la república centralista y del que emanó la Constitución de 1836 en la que se estipuló, por su artículo 35, que los ayuntamientos cuidarían de la policía de salubridad y de comodidad de las cárceles, hospitales y casas de beneficencia.

En mayo de 1829 el ayuntamiento recibió una queja de los presos concerniente a las raciones que recibían, de acuerdo con su parecer la carne que les ministraban era de tan mala calidad que ni los animales podían apetecerla. La primera en ser amonestada por la situación fue la tesquera, Rosalía Sánchez, quien expuso que la insuficiencia de fondos le impedía sufragar cabalmente sus obligaciones; con el objeto de comprar los insumos del mes de junio solicitó al cabildo que le proporcionara 300 pesos en una sola exhibición ya que de esa manera podría adquirir mercancía a crédito, de mayoreo y con mejores precios. Lo que se resolvió fue entregarle 450 en partidas de 15 pesos diarios, y sobre ellos estaba obligada a rendir cuentas, al finalizar el mes Sánchez había gastado 650 pesos por lo que se le exhortó

a cuidar la mayor economía en los alimentos.[734] Ese año la hacienda pública destinó al auxilio de la comida de presos 6,000 pesos anuales o 500 mensuales, ya que casi nada se ingresaba de carcelaje y era muy poco lo recaudado en multas.[735] Los 500 pesos asignados pocas veces se entregaron a la auxiliar, bajo el argumento de que la cifra sólo era el máximo sugerido en caso de que el producto de derechos de carcelería y las sanciones pecuniarias de los tribunales fuesen insuficientes, por lo que no era factible otorgarle la cantidad citada.[736]

Con la intención de cumplir con su obligación de la mejor manera, en agosto de 1829 la auxiliar Sánchez propuso al ayuntamiento que se le permitiera comprar las reses y degollarlas en el interior de las Recogidas, ya que de esta manera podría dar "raciones más competentes a los infelices presos", además de que se podrían aprovechar los "untos" para el alumbrado y los cueros en la elaboración de cubos que suplieran los cántaros. Más allá de considerar la propuesta, el cabildo convino en que lo esencial era cuidar el correcto uso de los pesos destinados a la comida de presos, por lo que le resultaba muy expuesto que una mujer sin responsabilidad lo administrara, así que determinó que el mayordomo de propios se encargaría de adquirir lo necesario y entregar en especie a la tesquera; sin embargo, esta disposición sólo se cumplió por un mes, ya que se eximió del cargo al mayordomo por los muchos pendientes que tenía en su despacho; en el tiempo que desempeñó la compra de insumos erogó 644 pesos, cifra que rebasaba de forma considerable los 500 que mendigaba la auxiliar.[737]

Rosalía Sánchez fue cesada de su cargo, en su lugar, el 29 de enero de 1831, se nombró a María Concepción Morfín,[738] a quien un año después sustituyó Cayetana Madrigal. Auxiliares iban y venían y el problema persistía. En marzo de 1832, Madrigal presentó un escrito al gobernador con el propósito de exponerle la angustiante situación que enfrentaba ya que los dos y medio octavos que se le asignaban por cada preso eran insuficientes, y ella se veía gravada en su corto sueldo y comprometida con acreedores por tratar de completar el

[734] AMG, ramo Policía, sig. P1, c. 2, paqt. 49, leg. 104, exp. 5, año 1828, ff. 3-5.
[735] Decreto 221 (1829), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. III, p. 480.
[736] AMG, ramo Policía, sig. P1, c. 2, paqt. 49, leg. 104, exp. 5, año 1828, f.7; AMG, ramo Hacienda, sig. H5.1, c. 8, paqt. s/n, leg. 32, exp. 6, año 1835, f. 10.
[737] AMG, ramo Policía, sig. P1, c. 2, paqt. 49, leg. 104, exp. 5, año 1828, ff. 20-24.
[738]AMG, ramo Policía, sig. P1, c. 2, paqt. 49, leg. 104, exp. 5, año 1828, f. 42.

gasto de la proveeduría y pagar mozos. La tesquera remitió las notas que le expidieron los proveedores con las cantidades y costos de los insumos, con la detallada rendición de cuentas logró que el ayuntamiento, consciente de la escasez de semilla, accediera a dar una cantidad extra, pero sólo durante el tiempo que ellos consideraran necesario.[739]

Las constantes desavenencias sobre el desempeño de la auxiliar, sus constantes roces con la rectora, y la mala preparación de los alimentos condujeron al ayuntamiento a celebrar una contrata con don Pedro Rodríguez, en octubre de 1834. La concesión se pactó por el tiempo de tres años, en ella se convino que la auxiliar, doce presas y ocho presos designados al servicio de la molienda continuarían con los mismos deberes, pero a partir de ese momento Rodríguez sería el responsable directo, se encargaría de la compra de los productos necesarios y rendiría cuentas al comisionado de cárceles, que en ese tiempo era José Manuel Ulloa. En la contrata quedó estipulado que, con la finalidad de evitar discordias entre mandos, la rectora no tendría intervención sobre los procedimientos de la proveeduría. El contratista, por su parte, gozó de la facultad de proponer a la auxiliar que mejor le pareciere, la confirmación del nombramiento continuó en manos del gobernador.[740]

La alimentación de los presos era básica, y al considerarse que tenían poco desgaste físico se constituía por un bajo consumo calórico. El asentista Rodríguez se obligaba a ministrar a cada uno de los presos y reas las siguientes porciones: en el desayuno, que se serviría a las 7:00 de la mañana, se les otorgaría un cuartillo de atole bien cocido y una gorda de buena ración, equivalente a dos y media tortillas con su respectivo chile; a la 1:00 pm, en la comida, se les brindarían cinco tortillas regulares, cinco onzas de carne cocida y su caldo con arroz y garbanzo, este menú se ofrecería tres días a la semana, y en los demás se compondría de arroz, lentejas, frijoles o garbanzos. La merienda no se ofrecía. El proveedor debía procurar mantener la comunicación con los alcaides y la rectora para que le informaran el número de raciones por preparar. Además de las anteriores obligaciones, al delegado de la proveeduría le correspondería facilitar un eclesiástico que oficiara misa los días festivos y daría la limosna.[741]

[739] AMG, ramo Policía, sig. P1, c. 3, paqt. 9, leg. 71, exp. 6, año 1827-1836, ff. 8-20.
[740] AMG, ramo Policía, sig. P1.2, c. 2, paqt. 56, leg.87, exp. 13, año 1836, f. 5.
[741] AMG, ramo Policía, sig. P1.2, c. 2, paqt. 56, leg. 87, exp. 13, año 1836, ff. 5v-6.

Dieta de la proveeduría de presos, 1834			
Porción desayuno y comida	Medida castellana	Conversión en sistema métrico decimal	Calorías apróx.
Atole de maíz bien cocido	cuartillo	504 mililitros	307
Una gorda de buena ración	6 onzas apróx.	172.5 gramos	350
Carne cocida	5 onzas	143.75 gramos	405.37
Caldo	½ cuartillo	257 mililitros	172.70
Principio de arroz, frijol, garbanzo o lentejas	½ cuartillo	257 gramos	200.7 arroz 246.73 garbanzo 221.55 lentejas 246.77 frijoles
Cinco tortillas	12 onzas de peso neto	344.4 gramos	700

Tabla 14 Dieta de la proveeduría de presos, 1834.

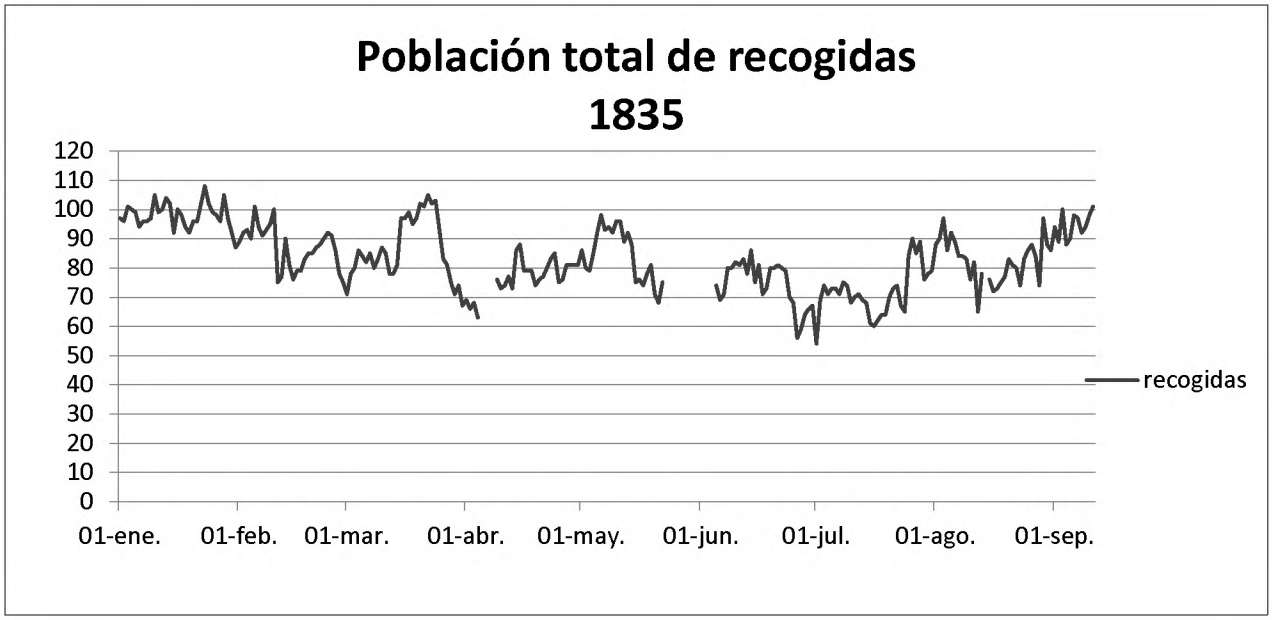
En manos del contratista la proveeduría de presos se exhibió como un negocio, por ello el ayuntamiento aceptó aumentar la partida de Rodríguez a razón de 3 octavos por persona, este recurso se expendería de la hacienda pública, del fondo de propios y la tesorería municipal; si faltaba a sus deberes, ofrecía los alimentos en mal estado o en cantidades menores a las dispuestas en la contrata, podía ser multado por el comisionado de cárceles con 5 o hasta 50 pesos. Sin embargo, en marzo de 1835, apenas cinco meses después de que Rodríguez había tomado la comisión se había enemistado con la rectora y revivieron los consabidos problemas: los alimentos se servían crudos, mal condimentados, y "dados tan tarde" que en especial los presos se quejaban de que esto les podía ocasionar la falta de salud y tal vez infestar de algún contagio febril la cárcel.[742]

La contrata se rescindió y se devolvió la comisión a la auxiliar Manuela González, pero con la rebaja del presupuesto fijada de tres a dos y medio octavos. Las quejas continuaron en el mismo sentido, y es que los recursos económicos y el capital humano

[742] AMG, ramo Policía, sig. P1.2, c. 2, paqt. 56, leg. 87, exp.13, año 1836, f. 11v.

destinado a las labores de la proveeduría eran insuficientes para atender a los cerca de 700 recluidos de la cárcel pública,[743] ya que de acuerdo con la contrata esto implicaba disponer de 700 gordas para el desayuno, y más de 3,500 tortillas para la comida, además de la elaboración del atole y los guisos, y aunque se iniciara el trabajo a la 1:00 de la madrugada, habría dilación y deficiencia en la entrega.[744]

A pesar de que la población de las recogidas aumentó, y tuvo un flujo constante de entradas, era usual que las tesqueras solicitaran más presos de los destinados a obras públicas, ya que la falta de la fuerza laboral gratuita de los reos las hacía recurrir a peones y mujeres remuneradas.[745]



Gráfica 6 **Población total de recogidas, 1835. Cifra diaria. Fuente: BIPEJA, ASTJEJ, ramo Administrativo, c. 4.**

[743] En la visita general de cárcel de 1839, se reportó un total de 713 reos en la cárcel pública, y 48 mujeres en la Casa de Recogidas. BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 23, inv. 6228, año 1839, f. 33.
[744] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 7, paqt. s/n, leg. s/n, exp. 2, año 1840, ff. 4-4v.
[745] AMG, ramo Policía, sig. P1.2, c. 2, paqt. 56, leg. 87, exp. 13, año 1836, f. 20.

Registros de entradas y salidas de recogidas Suma mensual, 1835										
registro/ mes	**enero**	**febrero**	**marzo**	**abril**	**mayo***	**junio**	**julio**	**agosto**	**septiembre**	**Total general**
entradas	182	135	190	128	106	186	168	222	79	1396
salidas	178	146	198	130	102	175	160	202	68	1359

Tabla 15 Registro de entradas y salidas de recogidas. Suma mensual, 1835. *En algunos meses hubo faltantes documentales: abril con los primeros 5 días, mayo con los últimos 13 días del mes, junio los primeros cinco; en septiembre el registro corresponde a los días del 1 al 11. Pese a los imponderables, la tabla ilustra el flujo dinámico de la población. Fuente: BIPEJA, ASTJEJ, ramo Administrativo, c. 4.

Aumentaba la población de la cárcel, se incrementaban las cantidades y precios de los insumos, pero los ingresos destinados a la proveeduría se mantenían fijos desde 1823 y sólo se entregaban 15 pesos diarios, a pesar de que se comenzó a reconocer a su favor una partida de 500 pesos mensuales. Los magros recursos y su distribución diaria dificultaban a las auxiliares la compra de mercancía a crédito y al por mayor, por lo que se veían precisadas a comprometerse con los acreedores o comprar con los regatones. Además, a ellas se les fijaba la proveeduría con la cantidad de dos y medio octavos por preso, y sólo de manera excepcional y al arbitrio de las autoridades se les concedía el aumento de tres octavos, lo cual era insuficiente para cumplir lo dispuesto en la contrata.

La cuenta que realizó la tesquera González ilustra lo erogado en un insumo semanal y las cantidades de alimentos que se cocinaban en noviembre de 1836, para una población aproximada de 700 presos. La auxiliar detalló que compró cuatro reses que importaron 56 pesos, ocho fanegas de frijol que mercó por 20 pesos, en maíz para el atole destinó 28, en el de las tortillas 63, en las semitas que se impartían en el desayuno costeó 28 pesos a razón de 4 reales por cada ciento, y en la leña 21, más nueve pesos que erogó en minucias como la

manteca, sal y garbanzos. En una semana se gastó un total de 225 pesos, lo que equivalía a la mitad de lo presupuestado para todo el mes.[746]

Manuela González permaneció en el cargo de auxiliar por lo menos hasta noviembre de 1838, a pesar de las incesantes quejas de los encarcelados por la calidad y tamaño de las porciones que les ministraba. La continuidad en su empleo de tesquera se debió en parte a que el ayuntamiento aceptó por algunas temporadas aumentar la cantidad de reales que asignaba a la comida de presos, en especial cuando era patente la carestía de maíz y el consecuente aumento en los precios.

Por otra parte, González en cierta medida resolvió el problema de la falta de mano de obra al decidir prescindir de la gorda que se les proporcionaba en el desayuno y retomar en su lugar la costumbre de su predecesora, Cayetana Madrigal, de ministrar una o dos piezas de semitas que se compraban al "francés", con esta providencia la auxiliar se evitó el tener "a la prisión moliendo toda la noche sin que se les permitiera entregarse al preciso descanso del sueño".[747] Además, con la medida, el personal de la molienda tenía mayor tiempo para moler un aproximado de 235 kilos de nixtamal, y preparar las cerca de 3,500 tortillas que se requerían distribuir en la comida de 700 presos. Si se considera que, de acuerdo con Teresa Fernández, cada molendera o tesquero podía moler entre 20 y 30 kilos de nixtamal, se deduce que para disponer la masa se empleaban por lo menos diez personas, y que la mayoría de las mujeres se aplicaban a tortear. González abandonó el empleo a finales de 1838, pero lo pidió de nueva cuenta en mayo de 1842 al enterarse que Josefa Gailer vacaba el puesto; en su segunda administración duró cuatro años, pero en enero de 1846 presentó la dimisión de su empleo por motivos de salud, tras su salida la suplió su hermana Mariana.[748]

En el segundo periodo de González el ayuntamiento previno que la plaza de proveeduría y auxiliar debían continuar reunidas en la misma persona. No obstante, la insistente intención de remediar los males de la encomienda, pero sin disponer de los fondos precisos, mantuvo la inestabilidad del cargo de tesquera, por lo que pasó de una auxiliar a otra, y de un contratista a otro. Al momento que la contrata de alimentos pasaba a manos de

[746] AMG, ramo Policía, sig. P1.2, c. 2, paqt. 56, leg. 87, exp. 13, año 1836, f. 46v.
[747] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 7, paqt. s/n, leg. s/n, exp. 2, año 1838, f. 6.
[748] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 7, paqt. s/n, leg. s/n, exp. 2, año 1838, f. 11.

un asentista, la tesquera quedaba bajo su sombra, por eso hay lapsos en que desaparece de la documentación o se le refiere de manera impersonal, por lo que resulta complicado precisar de forma más integral el nombre y los años en que estas mujeres se desempeñaron en el puesto referido. En la siguiente tabla se muestra a las mujeres que he logrado identificar en este empleo, en ocasiones con el año en que iniciaron y concluyeron sus actividades en el cargo.

Auxiliares, Casa de Recogidas, 1829-1860.			
Auxiliar	**Fecha**	**Auxiliar**	**Fecha**
Rosalía Sánchez	jun-1829 /ene-1831	María Concepción Morfin	29-ene-1831
Cayetana Rodríguez Madrigal	2-mar-1832	Severa Nuño	ene-1832/ may-1832
Manuela González	feb-1835/ nov 1838	Margarita Zúñiga	24-dic-1839
Margarita Zúñiga[749]	feb-1840	Josefa Gailer	mayo-1842
Josefa Baeza	jun-1842	Manuela González	28-mayo-1842/ ene-1846
Mariana González interina (hermana de la anterior)	ene-1846/mar-1846	Manuela González	mar-1846/oct-1847
Mariana González	jun-1847 interina	Silvestra Cervantes	mar-1848/5-jun-1848
Mucia Ramírez	5-jun-1848	Silvestra Cervantes	30-ago-1848/ feb-1853
Josefa Orozco	1854	Eufemia Herrera	1860[750]

Tabla 2 Auxiliares, Casa de Recogidas, 1829-1860. Fuentes: AMG. Elaboración propia.

El 26 de julio de 1852, con el pronunciamiento del Plan de Hospicio, el general José María Blancarte tomó la ciudad, entre el alboroto la plebe dio por libre a la prisión de mujeres, y al no haber presas sobre quién ejercer, la auxiliar fue cesada. En febrero de 1853 la figura de la

[749] En 1840 fue removida del cargo para dar la contrata al señor Castañeda, pero pronto se le devolvió la encomienda de la proveeduría de presos. AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 8, paqt. 74, leg. 229, exp. 12, año 1846, ff. 2-3v.

[750] En esta fecha se suprimió el puesto de auxiliar. AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 1, paqt. 118, leg. 78, exp. 8, año 1860, f. 1.

tesquera desapareció formalmente: el gobernador José María Yáñez derogó el cargo por considerar que era una plaza innecesaria en las Recogidas, la decisión provocó que los quehaceres de la auxiliar se concentraran en la rectora.[751]

En mayo de 1850 se dio la proveeduría a don Antonio Sánchez, en el convenio que se celebró hubo una evidente disminución en las porciones que se destinaría a los presos y reas. En la mañana el desayuno consistiría en un cuartillo de atole blanco, dos semitas y una panocha que se repartiría a las 8:00, una hora después de lo acostumbrado. En la comida se modificó la ración de carne a cuatro onzas, ésta se acompañaría de garbanzos o arroz, se les daría además un cuartillo de caldo de la misma res, un plato burdo de frijol sazonado con manteca y cuatro tortillas.[752] Las autoridades masculinas del ayuntamiento se mostraron más complacientes en conceder facilidades a los contratistas. A Sánchez, por ejemplo, se le aprobó la asignación de tres octavos por cada preso y rea, y se le permitió comprar las reses por su cuenta y degollarlas en la Casa de Recogidas. Esta medida ya había sido propuesta por las auxiliares con la finalidad de minimizar costos, pero fue hasta ese momento que se aprobó, pues era sistemática la tendencia de negociar y permitir que los contratistas obtuvieran gananciales que les hicieran atractiva la contrata.

A pesar de los cambios de personal y de contratistas, el problema de fondo persistía. Los recursos destinados a las instituciones carcelarias eran insuficientes, con lo recaudado por derecho de carcelaje y multa se pretendía cubrir los honorarios de los alcaides, el de la rectora, la manutención de los recluidos y el alumbrado de los establecimientos. La necesidad de reducir costos y maximizar los exiguos recursos económicos llevó a retrasar sueldos,[753] sustituir las velas por aceite de coco, servir en cubos de cuero en lugar de cántaros, disminuir el peso de las raciones y entregar alimentos de mala calidad.[754]

Debido a los repetidos inconvenientes que se tenía con la cantidad, preparación y hora de entrega de los suministros, la comisión de cárceles determinó, en enero de 1840, estudiar el problema y proponer posibles soluciones. El comisionado revisó las cuentas archivadas de

[751] El General José María Yáñez fue gobernador de Jalisco de 20 de octubre de 1852 al 10 de junio de 1853. AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 1, paqt. 76, leg. 190, exp. 2, año 1855, f. 3.
[752] AMG, ramo Policía, sig. P1, c. 8, paqt. 72, leg. 106, exp. 5, año 1850, ff. 12-21.
[753] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 8, paqt. 74, leg. 229, exp. 13, año 1846, ff. 2-3.
[754] AMG, ramo Policía, sig. P1, c. 2, paqt. 49, leg. 104, exp. 5, año 1828, f. 20.

los contratistas y los reportes de las auxiliares que hasta el momento habían ocupado el cargo, al final concertó en que el remedio más óptimo sería una contrata más equitativa, que se ajustara a los peculios disponibles, que entre los reos y presas se distribuyera el trabajo forzado en proporción a su vitalidad y que se les estimulase con una remuneración pecuniaria. Sin embargo, al mismo tiempo consideró que las medidas resultaban inaplicables por lo que se optó por exigir un mejor desempeño a la auxiliar, a quien someterían a una revisión diaria de los alimentos y se le sancionaría en caso de que fallase en la puntualidad, calidad o higiene de las provisiones. Por último, el comisionado se atribuía la facultad de impedir que se repartiera lo que se observase en mal estado y obligar a la encargada a que los repusiera de manera inmediata.[755]

En 1840 la proveeduría estaba en manos de la auxiliar Margarita Zúñiga. La titular, ante las exigencias de la comisión de cárceles presentó un escrito en el que expuso lo que a su parecer requería para ejecutar su encargo con mejores resultados, lo principal era contar con los brazos suficientes, ya que el número de presos que se le asignaban era limitado. Por otra parte, señaló que las circunstancias forzadas con que se aplicaba a la molienda a los hombres y mujeres los volvía desobedientes e insubordinados y esta conducta desarreglada dilataba el proceso productivo de su encomienda, ya que aun cuando los había obligado a moler desde la 1:00 de la mañana no le entregaban la masa a tiempo, y por lo tanto, las tortillas no estaban listas al momento del desayuno. Zúñiga, con una actitud que pareció retadora a la comisión de cárceles, solicitó mayor número de presos y presas, que el alcaide obligara a los hombres a moler y a entregar la masa de manera oportuna, y que se le facilitaran dos calderos más, pues los tres que tenía eran insuficientes. Por su petición la tesquera fue destituida del cargo y la proveeduría se volvió a dar en contrata.[756] En sí, las auxiliares mostraron capacidad de agencia, presentaron propuestas, tomaron iniciativas y argumentaron a su favor, pero el ayuntamiento las menospreció, las concebía como empleadas que debían someterse a sus designios, en cambio con los contratistas varones negoció y terminó por aceptar varias de sus prerrogativas.

[755] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 7, paqt. s/n, leg. s/n, exp. 2, año 1840, ff. 1-4v.
[756] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 7, paqt. s/n, leg. s/n, exp. 2, año 1840, ff. 5-8.

Determinar el número de personas necesarias para cumplimentar las labores de la proveeduría fue otra de las continuas demandas de la auxiliar. Por un decreto de 1834 se sabe que la cifra era de doce mujeres y ocho hombres, en ese momento la población carcelaria masculina rondaba entre los 300 y 400 habitantes, mientras que en 1840 oscilaba los 900.[757] Satisfacer la demanda de 900 raciones diarias, a razón de 5 tortillas por preso, requería amasar aproximadamente 300 kilos de nixtamal y elaborar 4,500 tortillas sólo para la comida, más otra cantidad para el desayuno. Contrario al aumento exponencial de los presos, las personas destinadas a moler maíz, preparar el atole y las tortillas no eran más de 10 hombres, y entre 15 y 20 mujeres, más otras tantas que se dedicaban a la preparación de los guisos en el departamento de corrección. Aunque el comisionado de cárceles procuraba suplir la falta de manos femeninas con el envío de hombres que contribuyeran a las faenas de la molienda, el edificio no tenía suficiente espacio para incrementar su presencia.[758]

En la contrata que se celebró en 1850, el asentista solicitó tener a su disposición la totalidad de los ingresados en el departamento de hombres, las consignadas en el área de corrección y las de castigo de las Recogidas, lo que supondría un aumento en el capital humano destinado a la proveeduría las cárceles. Preparar los alimentos para una población que fluctuaba entre los 700 y 900 presos requería, sobre todo, de manos suficientes. De manera recurrente una y otra tesquera se quejaba de las pocas mujeres con las que contaban para cocinar y moler, de lo viejas, inútiles, cansadas y enfermas que estaban las presas "pues ni aunque las maten ya no pueden dar el cumplimiento de sus deberes".[759] Además, las auxiliares manifestaban que las reas y tesqueros se prestaban con violencia por lo que era difícil conminarlas al trabajo.[760] Los clamores se encaminaban a su vez a demandar la remisión de todas las contenidas que permanecían en la cárcel de mujeres, como era de esperarse las retenidas en la cárcel procuraban por todos los medios dilatar su traslado a las Recogidas, pues eran conocidos los trabajos a los que se someterían en ella.[761]

[757] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 7, paqt. s/n, leg. s/n, exp. 2, año 1840, f. 5.
[758] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 7, paqt. s/n, leg. s/n, exp. 2, año 1840, f. 5.
[759] AMG, ramo Policía, sig. P1, c. 2, paqt. 49, leg. 104, exp. 5, año 1828, f. 47.
[760] AMG, ramo Policía, sig. P1.2, c. 2, paqt. 56, leg. 87, exp. 13, año 1836, f. 13.
[761] AMG, ramo Policía, sig. P1, c. 2, paqt. 49, leg. 104, exp. 5, año 1828, f. 48.

Una idea de las cantidades de comida que se preparaban en el establecimiento se puede inferir de los utensilios especiales que necesitaban, y su continua renovación debido al desgaste. Por ejemplo, en agosto de 1830 se mandó comprar tres cazos estañados por no haber "vasijas de barro que puedan suplir en tamaño a las que ahora sirven".[762] Por esa misma razón, en agosto de 1843, la auxiliar Manuela González mandó fabricar cinco comales de fierro guarnecidos con hoja de lata, que reemplazaron a los de barro que tenían una vida útil corta.[763]Después, en abril de 1846 se adquirieron dos cazos más, uno con valor de 35 pesos que compró al lance y uno más que encargó con los cobreros de Tapalpa, con un costo de 64 pesos y 7 reales.[764] Con el propósito de evitar dañar la salud u ocasionar un envenenamiento de los presos, el ayuntamiento exhortaba a la tesquera que mandara estañar los cazos.

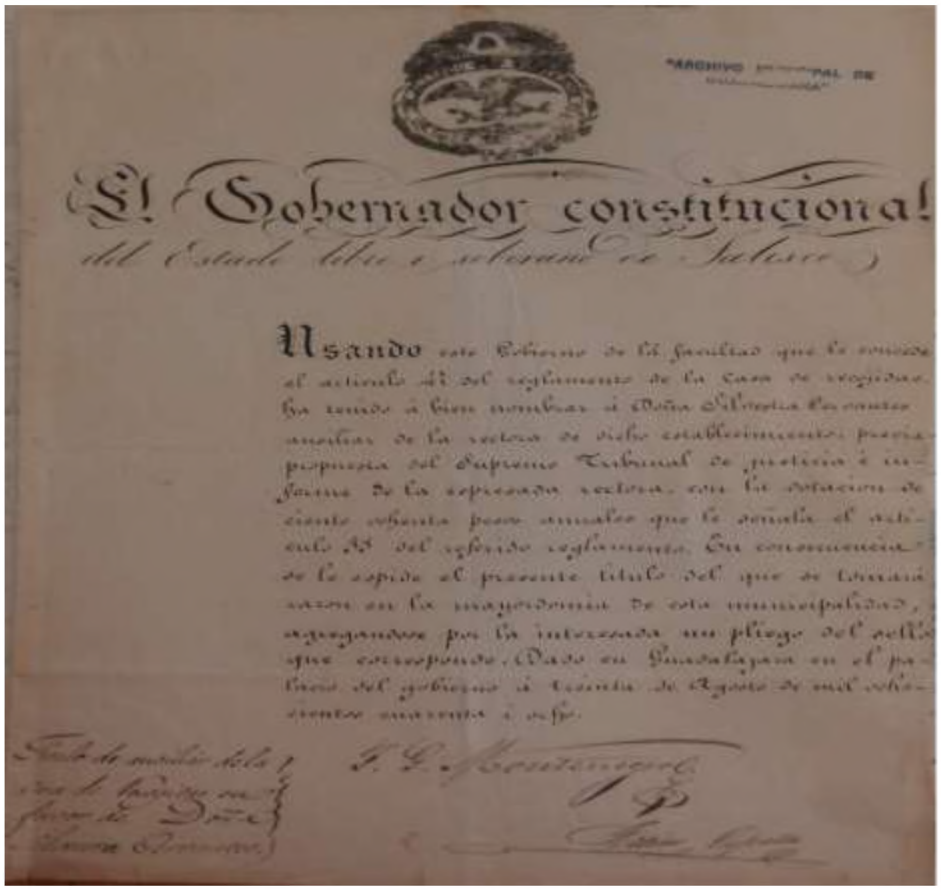

¡El Gobernador constitucional!

Ilustración 8 Título que expidió el gobernador del estado de Jalisco a favor de Silvestra Cervantes como auxiliar de la Casa de Recogidas, 1848. Fuente: AMG, Policía. Ver transcripción en anexo V.

[762] AMG, ramo Policía, sig. P1.1, c. 2, paqt. 53, leg. 116, exp. 23, año 1830, ff. 1-4v.
[763] AMG, ramo Policía, sig. P1, c. 8, paqt. 2, leg. 88, exp. 3, año 1865, ff. 1-3.
[764] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 7, paqt. s/n, leg. s/n, exp. 3, año 1846, ff. 1-2.

II. Los nuevos inquilinos: el departamento de hombres

La frenética atención por satisfacer la proveeduría de cárceles dimanaba de la tendencia a humanizar las penas. Debido a este discurso imperante, las autoridades se veían comprometidas a hacer más soportable la suerte de aquellos infelices confinados en las cárceles. El interés por mejorar las condiciones de la humanidad doliente, propició que el gobierno de Jalisco determinara que un número de presos de la cárcel pública se trasladarían a las Recogidas, pero no con el objeto de desagraviar en algún modo su encierro, sino para destinarlos a las labores de la molienda y ayudar así en la oportuna preparación de los alimentos.

El trabajo del metate, propio del sexo femenino, era pesado y desgastante. Sin embargo, en la Casa de Recogidas las cantidades de nixtamal que se tenían que amasar redoblaban los sufrimientos y dolores de la molienda. Con la finalidad de cumplir con mayor eficacia la proveeduría, se recurrió a la fuerza física masculina, a pesar de que el ejercicio de moler era una actividad que iba en contra de su hombría. La incorporación de los hombres al espacio de justicia/castigo del recogimiento favoreció el suministro alimenticio del resto de encarcelados, de la misma manera que propició cambios en la concepción del establecimiento y sus nuevos inquilinos molenderos.

Por lo menos desde febrero de 1829, en el reglamento de la Casa de Recogidas, se previó la presencia de los nuevos inquilinos en la institución. De acuerdo con sus lineamientos, cuando fuese insuficiente el número de mujeres del departamento de castigo, es decir, de las destinadas a las labores del metate, o estuviesen muy lastimadas de las manos, se debía exhortar al jefe de policía a auxiliar a las Recogidas con los reos de la cárcel que estuvieran destinados a obras públicas con sentencias menores o equivalentes a un mes.[765] Estos hombres fueron colocados en una pieza inmediata al zaguán, que quedó incomunicada

[765] Reglamento para la Casa de Recogidas (1829), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. III, pp. 342-343.

con el interior del edificio, sin ventanales y con una salida a la calle, a instancias de los reos por la falta de la luz del sol se le adecuaron unas pequeñas ventanas.[766]

La vigilancia y cuidado de este departamento estuvo a cargo de un sobrestante que recibía por sueldo 30 pesos mensuales; sus funciones incluir pernoctar en el área de presos y vigilar que no causaran incomodidad al público o a la casa, para apoyarse en esta tarea contaba con una pequeña tropa que custodiaba a los reos.[767] Aunque se establecía que los presos deberían desempeñar su trabajo a satisfacción de la rectora, en la práctica tuvo poca injerencia con ellos; debido a las asignaciones de la molienda el proveedor y la auxiliar eran quienes ejercían mayor autoridad en estos reclusos. Por su desempeño en las Recogidas, a los "tesquisqueros" se les abonaba en cuenta de su condena la cuarta parte del tiempo que trabajaran en ella.[768]

Lo dispuesto por el reglamento, respecto al envío de presos a las Recogidas, entró en controversia por un decreto que emitió el congreso del estado el 3 de marzo de 1829, en él se prohibía la imposición de penas en obras públicas, y en su lugar se fomentaba la implementación de sanciones pecuniarias con el objeto de que a la reclusión se recurriera como última opción.[769] Sin embargo, en breve tiempo los presos al igual que las rematadas se habían convertido en un elemento indispensable en las labores de la proveeduría de cárceles, por lo que el precepto anterior colocó en problemas al sobrestante ya que se vio obligado a contratar peones que se ocuparan de moler el maíz.

La disminución de sentenciados remitidos a las Recogidas, volvió insostenible la situación ya que perjudicaba la encomienda de la proveeduría, por lo que el encargado del departamento de hombres resolvió presentar un escrito al vicegobernador, José Ignacio Cañedo, en él le expuso la necesidad de poner remedio a tales inconvenientes y lo exhortaba a determinar si sacrificaba a los muchos presos que esperaban su alimento o los pocos que se destinaban a los trabajos de la molienda. Cañedo optó por instar al poder legislativo a derogar

[766] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 2, inv. 1936, año 1829, f. 98.
[767] Reglamento para la Casa de Recogidas (1829), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. III, p. 343.
[768] Sobre comida de presos (1829), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. IV, p. 19.
[769] Decreto 183 (1829), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. III, p. 373.

la referida prescripción y restituir así el castigo en obras públicas, entre otras cosas porque el erario carecía de fondos suficientes para solventar con peones un trabajo que, con los reos, se podía ejecutar de forma gratuita, pero de manera forzada.[770]

El departamento de hombres, aunque se vislumbró como una opción emergente ante una situación determinada, terminó por consolidarse y volverse necesario, por lo que el número de presos en las Recogidas fue en ascenso. Se tiene noticia que en 1831 cada mes se remitieron de manera regular de cuatro a cinco presos de los sentenciados a obras públicas. Después, en la contrata de alimentos que se celebró en octubre de 1834 se estableció que serían ocho los destinados a este servicio.[771] En 1840, debido la falta de mujeres que se desempeñaran en las asignaciones de la proveeduría de cárceles, y las peticiones de la auxiliar Zúñiga, se optó por incrementar a diez el número de los consignados al área de molienda, sin que se pudiese aumentar su cantidad por la estrechez de la pieza que habitaban.[772] Contrario a lo anterior, en 1842 la proveedora Josefa Gailer propuso suprimir el departamento de hombres y en su lugar contratar peones,[773] es probable que esta iniciativa estuviera motivada por la poca disposición de los presos en cumplir con sus faenas, no obstante su petición no fue considerada. Años más tarde, en el contrato efectuado entre el ayuntamiento y el particular Antonio Sánchez, en 1850, se determinó que el contratista tendría a su arbitrio la totalidad de los recluidos, los cuales habían ascendido a doce.[774]

El trabajo de la proveeduría se dividió entre tesqueros, torteadoras y cocineras, e implicó una disociación de las actividades propias a cada sexo y una manera diferente de relacionarse con el espacio. Las mujeres se encargaban de preparar el nixtamal porque los fogones estaban en las piezas de castigo y corrección, una vez listo, lo entregaban a los molenderos quienes sólo se dedicaban al metate en el departamento de hombres. Es probable que la jornada de la molienda se dividiera en dos turnos, uno en el transcurso de la madrugada y otra faena en la mañana, la primera para abastecer las gordas del desayuno y la segunda las tortillas de la comida. Una vez preparada la masa, se les entregaba a las reas de la sala de

[770] ACEJ, ramo Justicia, c. 4, leg. 4, inv. 45-3, año 1829, ff. 1-6.
[771] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 7, paqt. s/n, leg. s/n, exp. 2, año 1840, f. 2.
[772] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 7, paqt. s/n, leg. s/n, exp. 2, año 1840, f. 3.
[773] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c 3, paqt. s/n, leg. 132, exp. 177, año 1865, f. 1.
[774] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c 8, paqt. 72, leg. 106, exp. 5, año 1850, f. 2.

castigo quienes se encargaban de tortear, o en su defecto a las de corrección donde estaban las destinadas a cocinar.

Si se considera que el primer alimento se enviaba a la cárcel pública a las 7:00 u 8:00 de la mañana, se puede inferir que la masa se tenía que remitir a las torteadoras por lo menos un par de horas antes, entre 4:00 y 5:00, y a su vez el nixtamal debía proporcionarse a los tesqueros al filo de la noche o las primeras horas de la madrugada. Mientras los presos de la cárcel pública dormían, la Casa de Recogidas mantenía a su población despierta y aplicada de lleno a sus labores de proveeduría de alimentos. Debido a las jornadas nocturnas se procuraba contar con las bombillas y aceite que permitieran mantener la luz en cada departamento. Otra faena de molienda, quizá, se daba en el intervalo de la mañana para entregar la masa a las 11:00 y poder alistar lo necesario para los suministros de medio día, ya que la comida se servía a la 1:00 de la tarde, aunque su envío a la cárcel pública siempre dilataba más.[775] Por las cantidades de maíz que se requerían moler, los hombres al igual que las mujeres comenzaban a padecer de las manos y la espalda. Desempeñarse en la molienda les permitió a ambos solicitar absoluciones o disminución de sus condenas, ya que recurrieron a los códigos de enunciación que permitían estimular la compasión de sus interlocutores, los presos calificaban sus labores de terribles y recurrían a discursos respecto a lo gravosa que les resultaba.[776]

En la cárcel pública los reportes de las visitas de cárceles eran minuciosos, pero en el edificio de las Recogidas poco se examinaba, al menos la documentación permite dudar sobre si se nombraba lista y se detallaban las causas de manera individual, a pesar de que en abril de 1835 se ordenó a la rectora que dispusiera de una mesa con carpetas y tintero para que los integrantes de la visita realizaran con mayor comodidad su trabajo.[777] En las minutas era común que se asentara que el establecimiento se encontraba sin novedad y en el estado regular de limpieza, es asequible que esta percepción partiera de los escenarios de la cárcel pública, ya que al ser la primera escala de la comitiva de los visitadores se posicionaba como punto comparativo, y relacionada con ella se apreciaba que la Casa de Recogidas estaba en

[775] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 11, inv. 6901, año 1840, f. 1.
[776] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 2, inv. 1936, año 1829, f. 75.
[777] AMG, ramo Policía, sig. P1.3, c. 2, paqt. 56, leg. 86, exp. año 1834, f. 16.

mejores condiciones. Por otra parte, el departamento de hombres de las Recogidas y la cárcel de mujeres de la cárcel pública fueron mayormente invisibilizados, ya que quedaron subsumidos dentro de la dinámica de instituciones que se pretendían exclusivas para uno u otro sexo. No obstante, algunas representaciones realizadas por los presos destinados a las labores del metate permiten conocer su situación y las dinámicas cotidianas.

En agosto de 1846, por ejemplo, durante una visita semanal de cárcel, los reos del departamento de hombres de las Recogidas se quejaron de que en la pieza que habitaban las paredes estaban sumamente maltratadas y además debido al calor se habían infestado de chinches, lo cual era en sumo molesto pues estos animales no les permitían dormir.[778] Las viviendas con estructuras de madera derruidas facilitaban la anidación de los referidos bichos, que tendían a proliferar en ambientes cálidos y faltos de aseo. La solución acostumbrada en este tipo de casos era blanquear las paredes con cal, procurar tapar los agujeros en donde anidaran los insectos y lavar las prendas con agua hirviendo. El ayuntamiento, como encargado del cuidado del inmueble, absorbió los 20 pesos del costo por el blanqueo. Chinches, piojos y pulgas estuvieron presentes en los espacios carcelarios masculinos, y se pensaría que también en los femeninos, pero es de llamar la atención que ellas nunca manifestaron inquietudes por situaciones de tal naturaleza, y cuando las autoridades ordenaban blanquear alguno de los muros de sus departamentos fue por la humedad, ya que se encontraban más cercanos a la noria y los corrales.

A pesar de que los presos del departamento de hombres contribuían en la elaboración de los alimentos, ellos sufrían por igual la carencia de los suministros y el envío tarde de sus raciones, en ocasiones a modo de sanción por sus atrasos en la entrega de la masa.[779] El 12 de noviembre de 1849, también en una visita de cárcel, los tesqueros se manifestaron en contra del proveedor, Eduardo Arroyo, porque de manera reiterada se presentaba sin las raciones completas, las cuales de por sí calificaban de diminutas, y en su lugar sólo les repartía tortillas. Lo anterior fue confirmado por el sobrestante y la queja se sumó a otras

[778] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 7, paqt. s/n, leg. s/n, exp. 3, año 1846, f. 58.
[779] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 11, inv. 6901, año 1840, f. 1.

presentadas por los presos de la cárcel pública que insistían en que de manera sistemática se disminuyó el peso de las raciones y que por desayuno sólo se les ministraban dos semitas.[780]

En febrero de 1850 el Supremo Tribunal de Justicia tomó en sus manos las inconformidades de los reos y de manera enérgica sancionó al ayuntamiento por no hacer cumplir la contrata, por lo que se optó por rescindirla. Después de la resolución del tribunal las investigaciones sobre el proceder de Arroyo seguían en curso. En abril, la rectora de las Recogidas, Crescencia Tamayo, declaró que el contratista proveía más ración que sus antecesores, aunque no conforme a lo establecido en la contrata, además, agregó que el comisionado de cárceles, de apellido Escorza, consentía la situación ya que ella llegó a reportar la insuficiencia en el número de raciones y le contestó que "lo disimulara".[781]

La incorporación de los hombres a las Recogidas implicó una nueva forma de percibir el espacio, sus habitantes, todos, experimentaron formas particulares de sociabilizar, aunque la pieza del departamento de varones permanecía incomunicada con el interior del edificio, las mujeres comenzaron a transitar a su habitación porque se convirtió en el departamento de la molienda. La convivencia diaria y la carga en común de la proveeduría propició empatías, complicidad, rencillas, lazos de solidaridad, en suma, forjó vínculos suficientes para actuar en contubernio, al grado que en una ocasión los recluidos idearon un motín.

La noche del 19 de marzo de 1848 los presos se resistieron a recibir el nixtamal ya que estaba caliente y esto les perjudicaba "porque algunos estaban malos de las manos", con esta indisposición distrajeron al sobrestante y al proveedor quien de inmediato envío un escrito al jefe de policía, José Guadalupe Montenegro. Al unísono se escucharon gritos en el departamento de sentenciadas con alboroto de pelea, a lo que acudió la rectora con el propósito de mediar la situación, sin embargo, para su sorpresa lo que encontró fue los trastos y cucharas rotos -signos de la opresión de las reas-, y a todas sublevadas, con intención de arrojarse sobre ella, la auxiliar y la portera, quitarles las llaves y liberar a toda la prisión. En este lance se encontraban cuando llegó el secretario del jefe de policía quien logró disipar los

[780] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 3, paqt. s/n, leg. s/n, exp. 74, año 1849, f. 2.
[781] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 8, paqt. s/n, leg. s/n, exp. 3, año 1850, f. 56v.

ánimos y descubrir que el plan lo habían urdido Apolonia Ramírez, Trinidad Estrada,[782] y la bastonera Alejandra Díaz, en complicidad con Doroteo Chávez.[783]

De acuerdo con el reglamento de las Recogidas, el edificio debía contar con una campana colocada en la azotea que serviría para pedir auxilio en este tipo de tumultos, en estos casos o cualquier fuga la rectora noticiaría a los alcaldes y jueces quienes procedieran con las investigaciones correspondientes y, una vez dirimidas las responsabilidades, aumentarían el rigor de la reclusión o el tiempo de la condena de los implicados.[784] Concluidas las informaciones, Apolonia Ramírez, Trinidad Estrada y Alejandra Díaz fueron colocadas en piezas separadas y mantenidas incomunicadas, quizá por los tres días que permitían sus estatutos; al preso Chávez se le remitió a la cárcel pública, en un separo. De haber tenido éxito, el escape hubiera librado a los tesqueros, torteadoras y cocineras de la larga jornada que estaban por iniciar, y de satisfacer las raciones de 900 presos.

A pesar de la fallida fuga del episodio anterior, perpetrar la huida llegó a ser posible, en ocasiones sin necesidad de mayor esfuerzo, debido a la inmediación en la que estaba el departamento de hombres con la calle y a que la vigilancia interna se encontraba reducida a un sobrestante y una reducida tropa a su disposición. El 14 de octubre de 1850, Vicente Esparza, Gabino Guerrero y Darío Medina, por ejemplo, aprovecharon que se les comisionó meter leña al establecimiento y sin más se fueron sin ser vistos, en esa ocasión el sobrestante fue reprendido y exhortado a conminar a los presos a la molienda, y no a usarlos de mozos.[785] El tesquero Lázaro González, en cambio, contó con la complicidad del alcaide, tras su fuga el reo tomó rumbo a Etzatlán y allí se incorporó a una gavilla, en febrero de 1839 fue de nueva cuenta aprehendido y mandado al paredón por los robos y asesinatos que perpetró en La Cuesta del Suspiro. Su recaptura permitió descubrir que en su escape de las Recogidas contó con la ayuda del alcaide Mariano Guerrero a quien se le inició un proceso judicial,

[782] De Estrada se sabe que estuvo una temporada en el hospital de Belén y que reingresó a las Recogidas el 16 de febrero de 1848. BIPEJA, ASTJEJ, ramo Administración, c. 6, inv. s/n, año 1848, f. 3.
[783] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 8, inv. 9928, año 1848, ff. 1-9.
[784] Reglamento para la Casa de Recogidas (1829), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. III, p. 344.
[785] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 6, inv. 10959, año 1850, ff. 4.

después de las averiguaciones fue cesado de su empleo e inhabilitado para obtener otro de naturaleza similar.[786]

Más allá de los motines, las autoridades veían en la mezcla de hombres y mujeres el surgimiento de conductas indecentes. En octubre de 1855 el jefe político, Miguel Contreras Medellín, participó en la visita de cárcel y se percató de que los presos y reas destinadas a las labores del metate trabajaban en la misma sala por falta de una exclusiva en que se colocara a las reclusas, con el objeto de prevenir el trato inmoral exhortó al proveedor, Nicolás Rivera, a extremar cuidados y celar su conducta para evitar que se entablaran relaciones ilícitas con los presos o con los soldados que los vigilaban.[787] El peligro parecía constante porque la jornada de la molienda era amplia, con el alba se trasladaba a las reas al departamento de hombres y se les regresaba a las Recogidas hasta las 5:00 de la tarde, con probables interludios. La carencia de una pieza destinada a las molenderas evidencia el estado de ruina en el que se encontraba el establecimiento ya que se dejó de invertir en reparaciones y obras de remozamiento en la finca, debido a la prioridad que se le dio a la construcción de la penitenciaria ya que se deseaba trasladar a los presos a su nuevo recinto con mayor prontitud; las necesidades masculina terminaron por deteriorar el edificio, el espacio de reclusión femenina.

El inmueble de la Casa de Recogidas, aunque padecía menoscabo en su estructura, resultaba más decente que la cárcel pública, en este sentido, y a pesar de las quejas que referían los presos del departamento de hombres, se puede considerar que se encontraban en mejores condiciones de salubridad y con menor estrechez que sus homólogos en la cárcel pública. Incluso en los momentos de tensión política que se desencadenaron entre liberales y conservadores en 1855, el gobernador, José María Ortega, ordenó al ayuntamiento que examinara la posibilidad de disponer en las Recogidas una pieza para remitir a las "personas decentes" que por algún motivo se veían ante la justicia, es probable que esa gente se tratara de liberales reconocidos en la ciudad que por su distinción hubiera resultado escandaloso enviarlos al recinto carcelario, al final el cabildo informó que las Recogidas no contaban con

[786] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 6, inv. 8505, año 1850, ff. 1-10.
[787] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 1, paqt. 76, leg. 201, exp. 25, año 1855, ff. 1-2.

un espacio que satisficiera el referido propósito, pero en su lugar se propuso un par de habitaciones de la Casa Municipal.[788]

III. Quejas, escándalos y silencios

Del discurso de la humanización de las penas a las prácticas carcelarias en las Recogidas hubo un sesgo de género, una brecha institucional y un abismo de realidad. Al preponderar la libertad como máximo bien estimado por la sociedad, su carencia significó castigo, la pérdida de ese derecho se materializó en el encierro a través del espacio carcelario. La privación de la libertad, y su evocación de esclavitud, fue concebida como el mayor sufrimiento que se podía infringir al transgresor, porque la suma de momentos infelices causaban fuerte impresión en los sujetos, esta experiencia quedó encasillada en un sitio especifico, siempre dispuesto a afligir el alma, así se cumplía con el ejercicio demostrativo de la justicia,[789] ya que los hombres y mujeres veían de continuo el poder de las leyes.[790]

La correspondencia ciudadano-delincuente-humano, así en masculino, entrecruzó las acepciones de la pena, corrección y representación del espacio carcelario. El ciudadano, al transgredir el orden establecido, perdía sus derechos políticos, sociales y económicos; su afrenta al pacto social lo volvía un delincuente, pero no por ello perdía sus derechos naturales. Por lo tanto, este individuo transgresor, castigable, requería un espacio para purgar su pena, pero sin que en él sufriera una afrenta su humanidad, y que al mismo tiempo le permitiera reincorporarse a la sociedad sin sus conductas perniciosas. La racionalización del recinto punitivo procuró satisfacer estas premisas, propias del pensamiento penal ilustrado. No obstante, de acuerdo con Paul Ricoeur, el castigo está intrínsecamente ligado al sufrimiento, y éste es parte esencial del perdón; "todo castigo es una pena; toda pena es aflictiva, ergo el castigo aflige".[791]

[788] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 1, paqt. 76, leg. 196, exp. 24, año 1855, f. 1.
[789] Trinidad Fernández, *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*, p. 116.
[790] Beccaria, *De los delitos y de las penas*, p. 77.
[791] Ricoeur, *Finitud y culpabilidad*, p. 290.

En las Recogidas las autoridades judiciales tenían un espacio de encierro en el que se purgaba un castigo bajo una modalidad privada, similar al que se planteaba para los hombres en la cárcel, pero en el que se dejó de lado el propósito correccional desde la visión de ciudadano-sujeto de derechos. La naturaleza física de las mujeres incidió en la construcción de su ser individuo, sujeto y agente.[792] Estaban subordinadas a la familia -núcleo social y unidad de producción primaria-, por el pacto matrimonial privado,[793] por lo tanto no eran comprendidas entre los hombres libres e iguales relacionados por el contrato social.[794] Bajo esta lógica, las transgresoras de la ley debían satisfacer el perjuicio efectuado sobre ese primer espacio, por lo que en su castigo la satisfacción del daño social connotaba esta variable dependiente.[795]

Desde el interior del hogar/casa/familia, las mujeres eran sujetos subordinados, dedicados a las labores propias de su sexo, sin capacidad económica reconocida, de mayor instrucción moral y educación rudimentaria; sin poder ni voluntad propia. En la representación del espacio carcelario quedó replicado este modelo de feminidad, desde esta premisa se comprende el que las procesadas fueran sometidas a realizar trabajos forzados y extenuantes en el metate y el fogón, en beneficio de la república, que no recibieran gratificación por sus jornadas y que no fuera extensiva su formación educativa. En las sentenciadas la enmienda formativa útil a la rea quedó en un segundo plano; lo prioritario era que el castigo fuera utilitario y correctivo. Las recogidas, cual esposas, preparaban los alimentos que se destinarían a los presos de la cárcel pública, esta encomienda fue lo que dio sentido a su espacio de representación. A esto se sumó que podían convivir con sus hijos en establecimiento, sobre todo con los lactantes. Salvo el rigor y la disciplina del trabajo, las habitantes de las Recogidas no dispusieron de horas libres ni de actividades encaminadas a

---

[792] Carmen Ramos Escandón, "Cuerpos construidos, cuerpos legislados. Ley y cuerpo en el México de ´Fin de Siecle´", Julia Tuñón (comp.), *Enjaular los cuerpos. Normativas decimonónicas y feminidad en México*, México, El Colegio de México, 2008, p. 69.

[793] Amorós, *Tiempo de feminismo: sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*, p. 97.

[794] Beccaria argumenta que la subordinación de la familia no es de mando, sino de contrato, por ser previo el pacto matrimonial, a él están sometidos los hijos y las esposas. Beccaria, *De los delitos y de las penas*, p. 70.

[795] Ana Lidia García Peña afirma que la concepción del pacto matrimonial privado significó un dique para la denuncia de la violencia conyugal, pues con ella no se percibía un daño a la sociedad, por lo tanto se legitimaba la autoridad del marido, se privatizó la violencia y se omitió la penalización de esa violencia cotidiana. Ana Lidia García Peña, "Violencia conyugal y corporalidad en el siglo XIX", Julia Tuñón (comp.), *Enjaular los cuerpos. Normativas decimonónicas y feminidad en México*, México, El Colegio de México, 2008, pp. 107-146.

la reflexión o introspección que las condujera al arrepentimiento de sus acciones y al deseo de enmienda.

Tras los muros de las Recogidas, y aun en el moderno sistema penitenciario, la tortura y el estigma predominaron. En los relatos literarios de la época prevaleció la recreación de las casas de recogidas como un recinto de máximo castigo, para que las "cuscas" expíen su crimen con una reclusión perpetua, sumidas en las recogidas de México o en la Magdalena de Puebla,[796] y para que las homicidas reciban su justa pena, estrechadas a un trabajo forzado.[797] La sanción estaba en la nota de infamia y en el rigor de las labores del metate, pues las casas de recogidas, la poblana y la capitalina de ciudad de México también proveían alimentos a las prisiones de varones.[798]

Las corrientes humanitarias sancionaban el suplicio del cuerpo, pero lo cierto es que el castigo esencial se trasladó a la parte emocional y mental del sentenciado, aunque la pena no estuvo exenta de tormento corporal. Tan no lo fue que en noviembre de 1853 se inventariaron 103 cadenas de grilletes en la cárcel pública, y un cepo y dos pares de grillos en las Recogidas, además, cada establecimiento contó con separos para aislar e incomunicar a los que acusasen rebeldía o intransigencia.[799] El dolor público, exhibicionista, se tornó una experiencia íntima, y la tortura se trasladó a otros campos: el aislamiento, los trabajos forzados en silencio, que incitan a la sublevación, la escasa comida infecta, la angustia de la promiscuidad, los olores nauseabundos.[800]

Infligir castigos y cometer abusos por parte de las autoridades, y aun de unas reas sobre otras, se volvió lenguaje común en la cultura carcelaria. En una visita de cárcel realizada en septiembre de 1827, en el departamento de mujeres, Asunción Morentes y

---

[796] Luis Inclán, *Astucia. El jefe de los Hermanos de la Hoja*, México, Editorial Nacional, 1968, pp. 47-48.
[797] Manuel Payno, *Los bandidos de río frío*, segunda parte, México, Editorial ARS, s/a, p. 288
[798]José Laris refiere que en la novela *Misterios del Corazón*, de Silverio García, el autor señaló algunos datos sobre la institución, por ejemplo, que en ella había un cuadro de San Cristóbal que en 1870 pasó de las "Arrecogidas a Escobedo, y de allí a la portería del hospital de Belén", y que la rectora era "doña Eugenia Pérez, viuda de Iriarte, señora como de 60 años de edad, de carácter afable y bondadoso, con las arrecogidas". La obra *Misterios del Corazón* apareció en la revista *Anáhuac*, en dos entregas, lamentablemente sólo he localizado la primera, por lo que queda en el tintero saber cómo se recreó la institución en el imaginario de un escritor de la época. José Laris, *Guadalajara de las Indias. Historia de sus crónicas, mapas, planos, glosa, edificios monumentales, templos, calles, y barrios*, Guadalajara, s/e, 1946, p. 286.
[799] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 8, paqt. 74, leg. 242, exp. 20, año 1853, f. 6.
[800] Corbin, "Dolores, sufrimientos y miserias del cuerpo", p. 219.

Guadalupe Álvarez manifestaron que sufrieron algunos días unos golpes que les infirió el alcaide Juan Anaya.[801] En septiembre de 1829, Timotea Álvarez se quejó también contra Anaya porque la azotó y colocó en la bartolina.[802]

Por las características del cargo de auxiliar, las mujeres que desempeñaron este empleo llegaron a convertirse en el vehículo de la represión, por lo que eran habituales las quejas en su contra, sin embargo, la nueva concepción sobre el funcionario público con responsabilidades, que podía ser cuestionado por las faltas en el ejercicio de su oficio, favoreció la formulación de escritos contra las arbitrariedades y abusos de autoridad, y sanciones inmediatas al personal de las Recogidas.[803]

El 24 de diciembre de 1839, a través de un memorial, las reas se inconformaron por el trato, la mala calidad de los alimentos y "otros padecimientos que sufrían" en manos de la auxiliar Margarita Zúñiga, por estas razones solicitaban que se le removiera del cargo. En consideración de lo expuesto y de que casi todas las visitas semanales se repetían las denuncias contra la expresada mujer que poseía la contrata de alimentos, se mandó emitir un informe al gobernador, por ser la instancia correspondiente para atender la remoción de empleos.[804]

La tesquera Zúñiga se distanció por un tiempo de su puesto en las Recogidas, pero en octubre de 1840 pretendió de nueva cuenta el cargo. Los rumores de su regreso o quizá su presencia en la casa alertaron a las habitantes de las Recogidas, por lo que aprovecharon una visita de cárcel para manifestarse en contra de su asignación, en una aclamación general, por unanimidad, pidieron a los miembros de la visita que se le negase la vuelta en su desempeño de tesquera.[805] En respuesta el Supremo Tribunal de Justicia ofreció hacer la situación del conocimiento del gobernador para que tomase providencia, ya que sólo en él residía la facultad de nombrar o destituir a las rectoras y sus auxiliares.[806] Margarita fue cesada por

[801] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 8, inv. 1205, año 1827, f. 61v.
[802] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 2, inv. 1936, año 1829, ff. 74 y 92.
[803] Martínez Pérez, "La constitucionalización de la justicia, 1810-1823", p. 190.
[804] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 23, inv. 6228, año 1839, f. 33 v.
[805] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 11, inv. 6500, año 1840, f. 20 v.
[806] Por disposición general, era obligación del gobernador oír las quejas contra los funcionarios por las faltas de desempeño en sus deberes, si por ellas hubiese grave daño de tercero, las corregiría por sí mismo suspendiendo a los empleados por dos meses, privándoles de la mitad de su sueldo, o duplicarles esto mismo si reincidían. Si la queja era más grave se formaría causa en lo administrativo. Reglamento instructivo para el gobierno

segunda ocasión por irrespetuosa con las autoridades en agosto de 1841,[807] pero después de este episodio volvió al cargo y permaneció por varios años más en la institución, incluso ascendió a rectora, ella fue una de las mujeres que logró influir para que miembros de su parentela recibiera plazas en las Recogidas.

Debido a la relación subordinada de las molenderas con el comisionado de la proveeduría, e incluso con el alcaide del departamento de hombres, las recluidas, al igual que las mujeres en puestos directivos, quedaron expuestas a sufrir abusos por parte de las figuras de mando masculinas. El 2 de abril de 1850, un informe elaborado por la rectora Crescencia Tamayo reveló, sin mediar detalles, que el proveedor y sus mozos cometían faltas con las presas, ante la situación actuó con diligencia y puso el remedio oportuno. Además, expuso que los ministros de los juzgados también perpetraban arbitrariedades, ya que sacaban a las mujeres para diligencias personales, las sustraían por las mañanas y las dilataban hasta caída la tarde. Con su comparecencia, Tamayo pretendía tomar una medida precautoria por lo que solicitó se le exculpara de lo que pudiera suceder con las reas referidas ya que una vez fuera de la institución se quedaba sin facultades sobre ellas.[808]

Un caso puntual de uso desmedido del alcaide es el siguiente. El 15 de octubre de 1855, un lunes por la tarde, María Tomasa Ramírez y Dolores Pulido junto con otras mujeres se disponían a salir de la pieza de la molienda para transitar a la de reclusión en las Recogidas, mientras aguardaban la conducción del cabo de guardia, en un descuido una reo quebró una ollita propiedad de Dolores, quien se incomodó porque en ella recibía el rancho y era lo único con lo que se mantenía. La bastonera, Teresa Díaz, le previno se aquietara ya que estaba por entrar el alcaide, al no callarse, Tomasa la injurió y ambas se hicieron de palabras, Dolores le atizó "se fuera a moler su madre", a lo que la ofendida respondió con un par de bofetadas; en el acto llegó el alcaide, Joaquín Guedea, y sin mediar palabra aventó a Tomasa al suelo, la azotó con un nervio de toro y dio indicaciones al cabo de guardia para que le diera más varazos. La rea, encogida, empleó sus brazos con la finalidad de protegerse, sus hombros y antebrazos quedaron marcados y con claros moretones. Una vez en el interior del

económico político del mismo estado (1825), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. I, p. 408.

[807] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 8, inv.7068, año 1841, f. 1.

[808] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 8, paqt. s/n, leg. s/n, exp. 3, año 1850, f. 57v.

establecimiento, las implicadas fueron reprendidas por la rectora y colocadas en separos. Tomasa elevó un escrito a las autoridades contra sus verdugos, y Guedea trató de exculparse con el argumento de que la quejosa se encontraba ebria y le había faltado al respeto, pero no hubo testigos que pudieran corroborar su versión. El alcaide fue amonestado por inferir malos tratos a la rea y por hacer uso de facultades que no le correspondían.[809]

Desde la concepción bárbara o humanitaria, la cárcel y sus equivalentes siempre han sido un espacio de control y represión, y los ímpetus de escapar de él son inevitables, como lo son también las estrategias y tácticas desplegadas con el propósito de sobrellevar la vida en ella, e intentar su libertad por medios legítimos o ilegales, por ejemplo, por medio de la fuga. Una forma recurrente de huir de las Recogidas fue aprovechar el tránsito al hospital de Belén, o de éste a la Casa, por ello se exhortaba a la rectora y al facultativo a realizar una inspección rigurosa, y sólo permitir los traslados al nosocomio en caso urgente.

Mujeres remitidas al hospital de Belén que perpetraron la fuga				
Rea	Ingreso CdR	Delito	Día de fuga	Fuga
María Antonia Hernández[810]	30-jul-1828	robo	15-jun-1829	Aprovechó que los soldados que la trasladaban se detuvieron a tomar vino
Manuela Olivares[811]			4-dic-1829	Escapó de la custodia del soldado
María Estanislao Martínez (más de 25 presas)[812]			9-dic-1865	Huyeron del cuidado de sor Francisca Chávez, Hermana de la Caridad, que cuidaba la sala de presas

Tabla 16 Mujeres remitidas al hospital de Belén que perpetraron la fuga. Fuente: BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal.

Las más propensas a concebir la huida eran las jóvenes procesadas en el departamento de castigo, tramar el escape era todo un deleite para su imaginación; por horadaciones en los patios, con la ayuda de sogas arrojadas por la azotea, a hurtadillas o por planificados

[809] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 6, inv. 14418, año 1855, ff. 7.
[810] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 2, inv. 1941, año 1830, ff. 20.
[811] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 11, inv. 1988, año 1829, ff. 1-2.
[812] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 72, inv. 26593, año 1865, ff. 2-3.

tumultos, con la complicidad o sometimiento de las bastoneras, recobrar la libertad y liberarse del trabajo no tenía límites, aunque la acción fuese peligrosa y sufrieran fracturas o descalabros en el lance. Leonarda Castillo sabía lo que era idear la salida, esta colimense de 27 años fue consignada por robo a dos años de trabajos, ingresó a las Recogidas el 2 de mayo de 1828, al año siguiente logró evadir el encierro, pero fue reaprehendida en octubre de 1829,[813] un par de meses después, en diciembre, planeó salir por un agujero que hizo en el área de los lavaderos, mas sólo quedó en el intento; en mayo de 1830 fue denunciada por fraguar otra conspiración para huir,[814] la delatora fue Isabel Huerta quien con anterioridad ya había puesto en consideración de la visita de cárcel el proceder de Castillo por rijosa, pendenciera y robos que solía hacer a las demás reas.[815]

En un entorno hostil los mecanismos de sociabilización fueron heterogéneos, la actitud silente, las miradas furtivas, la empatía por aquellas que corrían la misma suerte, la solidaridad que produjo la convivencia y el trato afable emergieron a la par que la tensión, la subversión, la agresión, los golpes, las intrigas, las traiciones y los rumores;[816] todo fue parte de la cotidianidad de una institución en la que habitaban, en su mayoría, mujeres que instrumentalizaron la violencia, que participaron o cometieron robos, causaron heridas y consumaron muertes. Intramuros del establecimiento se reproducían conductas violentas, temperamentales, las riñas entre las internas eran comunes, y los castigos por estas conductas también.

Una mano de metate sirvió a la joven Gertrudis Gómez, de 24 años, para herir a Francisca Cárdenas de 50. El 16 de junio de 1818,[817] era pasado media día y ambas estaban en el paraje que llaman tesqui en las Recogidas, ya habían despachado la comida y las tortillas de los presos,[818] pero continuaban moliendo y remoliendo maíz. Gertrudis, pidió a Cárdenas más masa para remoler, pero la mujer ignoró su pedido porque su molienda la destinaría a

[813] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 11, inv. 2155, año 1829, ff. 1
[814]BIPEJA, ASTJEJ, Ramo Criminal, c 12, inv. 2503, año 1830, ff. 5.
[815] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 14, inv. 2224, año 1829, f. 75.
[816] De acuerdo con Arlette Farge, el estudio de las tensiones son nodales para comprender las relaciones de fuerza, las alianzas y rupturas. Farge, *La vida frágil. Violencias, poderes y solidaridades en el París del siglo XVIII*, p. 125.
[817] Permítame el lector ilustrar los altercados del recogimiento con un evento que escapa a la temporalidad de este capítulo.
[818] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 147, exp.5, prog. 2221, año 1818, f. 25v.

las tortillas de "las señoras", la tesquera, la rectora y muy probablemente a su familia. Gertrudis pidió a otra molendera masa, pero al tiempo trató a Francisca de lambiscona, quien le reviró que "como todas",[819] y la llamó cucha,[820] nariz mocha.[821] No hubo más palabras, Gertrudis levantó la mano del metate, la golpeó en la cabeza y la nuca, y la mujer se desvaneció; asustada, la joven rompió en llanto y no era para menos, la herida contusa del lado derecho había interesado los "tejimentos comunes y pencráneo, hasta descubrir el cráneo [sic]".[822]Al ver a Francisca inerte, la rectora Rosalía Enríquez dio aviso a las autoridades, de manera puntual al juez protector, don José Domingo Rus; y por la gravedad de la lesión, la agredida tuvo que ser remitida al Hospital de Belén, directo a la sala de cirugía.

Rus emprendió averiguación de los hechos, y para castigar a Gómez ordenó a la tesquera que "le cargue la mano" en el metate, y a la rectora que "en las horas que no la tenga [la tesqui] la restituya al cepo en que está".[823] Francisca sanó y continuó su condena, y a Gertrudis le fue aumentado un mes más en las Recogidas.

Lo altercados entre las habitantes fue común. En marzo de 1828, la rectora, Rosalía Enríquez, por indicación del alcalde tuvo que allanar al separo, en turno de cada cuatro días, a las reas Luisa Delgado y Juana Mondragón, la primera había sido remitida por incesto en octubre de 1826 y condenada a dos años, la segunda arribó a las Recogidas en julio de 1827, por el delito de robo, también a dos años, su conducta pendenciera al interior del establecimiento las condujo al encierro con aislamiento.[824]

Rectoras y auxiliares, a pesar de ser figuras de autoridad, quedaron expuestas a la agresividad y altanería de algunas reas, que en ocasiones llegó a extremos. El 22 de noviembre de 1850 la rectora, Crescencia Tamayo, reprendió en lo verbal a Herculana Moras por golpear a una de sus compañeras, de nombre María Gibano, y hacerle pedazos el rebozo.

---

[819] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 147, exp.5, prog. 2221, año 1818, f. 29.
[820] Gertrudis Gómez era india, soltera, natural de Valladolid, pero avecindada en Guadalajara. En la cultura purépecha, se creía que en los eclipses el sol y la luna tomaban hijos para sí, a los tomados por la luna se les daba una denominación particular, esa voz derivó en cucha, o cucho, que terminó por asignar a quienes padecían labio leporino. Véase Términos Purépecha de uso común en la región de La Piedad Michoacán, purepecha.mx
[821] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 147, exp.5, prog. 2221, año 1818, ff. 28-28v.
[822] Certificación del facultativo José Victoriano Guerrero. BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 147, exp.5, prog. 2221, año 1818, f. 25.
[823] BIPEJA, ARANG, ramo Criminal, c. 147, exp.5, prog. 2221, año 1818, f. 27.
[824] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 5, inv. 1635, año 1828, f. 60.

Ante el llamado de atención Herculana se abalanzó contra Tamayo, en medio de la trifulca apareció la hija de la rectora y procuró defender a su madre, pero la presa, como si hiciera honor a su nombre, también la golpeó, y la misma suerte corría cualquiera que tratara de intervenir, al menos eso suscribió la rectora.

Herculana era una joven de 20 años que ingresó a las Recogidas cuando tenía alrededor de 17, procesada por robo fue condenada a tres años en el departamento de castigo. Un año antes del incidente que reportó Tamayo, en diciembre de 1849, atacó a la portera y logró fugarse, sin embargo, fue reaprehendida y su conducta, al parecer, se tornó más violenta. Tamayo informó al jefe de policía que la reo agredió a "Paulina Nuño, la llenó de porquería y la hizo que comiera", además, cada que se encontraba con Severa Cabrales, de 17 años, arremetía contra ella. La rectora, como era de esperarse, solicitó que se castigara con la mayor severidad el atentado de Moras, ya que con su ejemplar sanción se evitarían otros lances de igual naturaleza.[825] En septiembre de 1857, Herculana estaba en las Recogidas, en la visita general con motivo de la gesta independentista solicitó tres meses de reducción de condena, conforme a un decreto general de 1856, pero le fue negada.[826] Sin duda actitudes como las de Herculana demuestran que el poder institucionalizante y su cometido de imprimir obediencia y estrechar a las reas a las labores propias de su sexo no era siempre efectivo.

Si bien el reglamento de las Recogidas prohibía que habitaran en el edificio personas ajenas a las familias de la rectora y de la auxiliar, y sobre todo sancionaba que se franqueara la entrada de hombres, salvo las autoridades y mozos absolutamente necesarios, lo cierto es que esto no se cumplió de manera cabal. La institución estuvo lejos de instaurar un encierro hermético. En el momento en que el departamento de hombres se convirtió en el de molienda las mujeres tuvieron que salir de las Recogidas, tener un breve contacto con el exterior y adentrarse a la pieza de los reos, aunque fuera por un instante, las sentenciadas pisaban la

[825] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 8, inv. 11048, año 1850, ff. 1-5.
[826] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 13, inv. 16600, año 1857, f. 38.

calle y aún más convivían con el sexo opuesto por largas horas. Unos y otros, aun dentro del encierro y a pesar de él, buscaron las formas de ejercer su sexualidad.[827]

En las Recogidas los desórdenes que se cometían contra la moral se evidencian en la resolución que tomó la comisión de cárceles en marzo de 1848, en ese momento Margarita Zúñiga fungía como rectora, la aludida fue cesada del cargo por considerarse que permitía situaciones que podían suscitar tratos indecentes por la concurrencia de "muchas visitas de hombres" de su familia y la costumbre que tenía el proveedor, Octavio Cabello, de dormir en una pieza contigua al departamento de hombres con comunicación al interior del edificio. La mezcla era perjudicial, la misma Zúñiga reconocía que "las presas estaban furiosas por los hombres, pues cuando veían a uno, manifestaban deseos impetuosos de agarrarlo". Este parecer, proclamado por la rectora, fue por demás inquietante y temeroso a la comisión de cárceles, ya que si con la sola vista de hombres se incitaban las pasiones de las reas, era de imaginarse que con el trato se desencadenarían actos impúdicos. La comisión, quisquillosa, no desestimó que la parentela masculina de la rectora asistiera al edificio a "ver a las muchachas" y condescender a sus trastornos, más cuando los visitadores de cárceles habían atestiguado que dichos visitantes se paseaban por varias piezas de la casa. La preocupación de las autoridades era fundada, con anterioridad el fugaz ingreso de un capataz que transportaba la comida de presos que elaboraban en las Recogidas resultó en la preñez de una rea.[828]

Moler en el metate era la pena más dolora y sufrible a la que se sometía a las sentenciadas, para manifestar los estragos físicos de este trabajo les bastaba mostrar las manos lastimadas en las visitas de cárcel.[829] Además, el humo constante y cercano de los fogones también ocasionaba estragos en la salud de las recogidas, en especial en el pulmón,[830]

---

[827] Para el caso de la galera de Madrid, a finales del XVIII, Victoria López encontró quejas por toques deshonestos, amoríos y relaciones ilícitas que mantenían entre sí las galerianas. En la Casa de Recogidas no he localizado información de esta naturaleza, pero no se descarta que ocurriesen este tipo de prácticas. López, *El cepo y el torno. La reclusión femenina en el Madrid del siglo XVIII*, pp. 199-200.

[828] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 8, paqt. 74, leg. 229, exp. 13, año 1846-1849, ff. 23-28.

[829] En la visita de cárcel de 21 de mayo de 1825, las recogidas se quejaron de lo riguroso del metate y manifestaron las manos maltratadas. El Supremo Tribunal de Justicia exhortó a la rectora a alternar las labores de estas reas y encomendó a los alcaldes que proveyesen de mujeres que auxiliaran en estas faenas. BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 7, inv. 713, año 1825, f. 42v.

[830] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 8, inv. 1305, año 1827, f. 18.

ya que las hornillas de la pieza de cocina no desahogaban la humareda.[831] Distribuir las labores con equidad eran las consabidas exhortaciones de las autoridades, mientras que la tesquera asentía que cumplía con destinar a las reas al trabajo por el tiempo necesario para cubrir las raciones de tortillas y atole, los gravámenes que "sufrían las infelices eran porque su corto número no correspondía al excesivo trabajo que reportaban".[832] Lo reiterativo de la situación influyó en la decisión de enviar presos que se consignaran a la molienda, con esta medida las mujeres tuvieron un poco de descanso.

Comprender por qué se instituyó el metate como máximo castigo en las Recogidas precisa considerar que esta actividad se naturalizó propia de lo femenino, incluso sería asequible que en el exterior algunas de las sentenciadas se hubieran desempeñado de molenderas, torteadoras o en actividades afines al ámbito doméstico, por ejemplo en la servidumbre o de lavanderas. Además, al no remunerarse su trabajo, éste se convertía en un castigo utilitario que ahorraba un cargo al erario y que al mismo tiempo contribuía a satisfacer los discursos humanitarios en favor de las mejoras en el trato de los presos. Por otra parte, con su aplicación se reproducía un sistema de valores laborales en el que el desempeño de las mujeres no era valorado ni gratificado. Así, los reos de la cárcel pública, de manera directa, y las autoridades gubernamentales de forma colateral, eran los beneficiados del castigo de las recogidas, y el intercambio no era reciproco, pues ellas nada recibían de los varones confinados, ni de las consideraciones humanistas que pregonaba el gobierno.

Si bien, en el establecimiento el ejercicio de la molienda era desmedido, se le miraba de manera condescendiente porque no constituía una actividad contraria a las realizadas por el sexo femenino. Por lo tanto, el daño corporal o anímico que resultaba de él se incluía dentro de la semántica de su castigo, y no se constituyó con una connotación útil formativa para la rea; a pesar de que el objetivo era que este tipo de trabajos inculcaran la laboriosidad en las recluidas. Por esta razón, las quejas de la materia que se pregonaban durante las visitas de cárcel eran escuchadas, mas no atendidas. Al final, el castigo implica infringir sufrimiento, a veces dolor, aunque la concepción decimonónica del espacio carcelario masculino pretendiera confinar las prácticas que ocasionaran el suplicio del cuerpo. En palabras de

[831] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 8, paqt. 71, leg. 256, exp. 3, año 1849, f. 1.
[832] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 8, inv. 1305, año 1827, f. 55.

Tomás y Valiente, los fines realmente perseguidos con las penas son el castigo, la intimidación, la utilidad. Lo otro, el correccionalismo, era una evasión de la realidad, sin duda más justa que la realidad misma, pero casi totalmente al margen de ella.[833]

Además de las cotidianidades que entretejían la vida al interior de las Recogidas, la institución atestiguó y experimentó las algarabías del exterior, lo que sin duda también marcó su devenir. El 26 de julio de 1852 la efervescencia política estatal provocó un levantamiento contra el gobernador electo, José López Portillo, quien era un liberal moderado. Ese día el coronel José María Blancarte atacó con sus tropas el palacio de gobierno, y en el asalto se averió la estructura de las piezas de carcelería debido a las granadas. De igual manera, la turba llegó a las Recogidas y amotinaron a las presas; las pocas que quedaron en el establecimiento fueron remitidas al departamento de mujeres de la cárcel pública.

Tras el golpe militar, Gregorio Dávila, un liberal radical pactó con el coronel sublevado y asumió la gubernatura a título provisional. En el intersticio Blancarte negoció con el bando conservador y tomó para sí el poder ejecutivo de manera interina el 13 de septiembre, el día 19 declaró a la ciudad en estado de sitio. El 20 de octubre proclamó el Plan de Hospicio, en el que desconocía al presidente de la república Manuel Arista, se decantaba por el regreso de Antonio López de Santa Anna y delegaba el gobierno de Jalisco en José María Yáñez.[834] De julio de 1852 a febrero de 1853 el inmueble de las Recogidas quedó desierto, pero se mantuvo al personal que estaba al cargo con goce de sueldo: la rectora Juana Aguilar, la auxiliar Silvestra Cervantes, una escribiente y la portera.[835]

En marzo de 1853 la Casa de Recogidas se encontraba de nuevo en funciones. En el mes de octubre, la gubernatura del estado estaba presidida por José María Ortega; ante él, el jefe político acusó a la rectora Aguilar de mal comportamiento, de cómplice en un par de fugas que sucedieron en agosto y de permitir que Carlos Durán, su hijo político, a título de defensor timara a las reas, cobrándoles por servicios insignificantes que sólo entorpecían la justicia. El jefe político fue más directo e incisivo al sostener que Durán era agente del partido

[833] Tomás y Valiente, *Obras completas*, t. I, El Derecho penal de la monarquía absoluta (siglos XVI, XVII y XVIII), p. 443.
[834] Plan del Hospicio, 20 de octubre de 1852, https://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamientos/getpdf.php?id=656 (consultado el 14 de junio de 2018)
[835] AMG, ramo Policía, sig. P1, c. 8, paqt. 74, leg. 229, exp. 15, año 1853, f. 3.

de la oposición y que "con su proceder no respondía al beneficio que recibía quién comía el pan del gobierno", basado en estos argumentos, urgía a la restitución de Aguilar y en su lugar proponía a Feliciana Briseño.[836] La remoción envolvía una cuestión de lealtades, de favorecer con cargos públicos a los allegados al gobierno conservador, o por lo menos a los conocidos del jefe político. El gobernador removió a Aguilar por poco más de un mes con la finalidad de realizar las averiguaciones correspondientes, pero una vez que concluyeron la restituyó en el cargo, sin duda con el pesar del jefe político.

Entre la inestabilidad gubernativa, el edificio de las Recogidas se deterioraba cada vez más. En enero de 1855 la rectora informó al jefe político que el comisionado de cárceles no terminó de componer los comunes, pese a ser de un asunto de absoluta necesidad; en mayo el prefecto de Guadalajara exhortaba al ayuntamiento a blanquear la Casa de Recogidas, pues era el único edificio de la ciudad que permanecía en estado de desaseo.[837] En 1857, el gobernador Parrodi refería, en su memoria de gobierno, el estado que guardaba la institución de las Recogidas, la calificaba de insegura porque lindaba con varias vecindades, insana por el desaseo consiguiente a su poca extensión, y por la misma causa inadecuada para vigilar conductas delictuosas.[838] Quizá para realizar algunas mejoras, en agosto de ese mismo año, se trató de "echar un tabique" a la finca, a lo que se opusieron las presas con el argumento de que "en la actualidad que es mayor la extensión es insoportable el calor y el humo, con mucha más razón cuando se les estreche más el local".[839]

En medio de los disturbios de la Guerra de Reforma, el gobernador Anastasio Parrodi ofreció protección a Benito Juárez y sus ministros Santos Degollado, Melchor Ocampo y Guillermo Prieto, quienes arribaron a Guadalajara el 14 de febrero de 1858. Transcurrido unas semanas, la mañana del 13 de marzo Juárez fue aprehendido por asalto de las facciones reaccionarias orquestadas por el coronel Antonio Landa. Los tiros de fusil causaron gran estruendo en la ciudad, el jefe político, Guadalupe Montenegro, se apresuró a reunir a las tropas y dispuso de la guardia que custodiaba el edificio de las Recogidas, momentos después un puñado de soldados y más de 40 hombres del pueblo se abalanzaron sobre el

[836] AMG, ramo Policía, sig. P1, c. 8, paqt. 74, leg. 229, exp. 16, año 1853, ff. 40-40v.
[837] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 1, paqt. 76, leg. 191, exp. 3, año 1855, ff. 1-4.
[838] Parrodi, *Memoria presentada por el gobernador del Estado de Jalisco al H. Congreso Constituyente,* p. 18.
[839] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 13, inv. 16942, año 1857, f. 21.

establecimiento, con gala de sus pistolas destrozaron las chapas de las puertas, dieron por libre a toda la prisión e hicieron pedazos los libros y documentos que se resguardaban en el archivo. [840]

Por el deteriorado estado del edificio de las Recogidas es posible inferir que fue fácil irrumpir en ella. En la trifulca se perdieron 14 librillos en los que se asentaban las entradas y salidas de las reclusas, un libro de autos procesales y otro de minutas de la jefatura.[841] Finalmente, el 17 de marzo el gobernador Jesús Camarena declaró a la ciudad en estado de sitio. El motín de 1858 propició un periodo errante para la Casa de Recogidas, ya que quedó más estropeado su viejo y dañado edificio. Tiempo después de este suceso, el 10 de febrero de 1859 un polvorín explotó en el palacio de gobierno y resultó dañada la estructura de la cárcel pública.[842] Presos y reas experimentaron un peregrinar que concluyó con su traslado a la penitenciaria de Escobedo.

[840] Manuel Cambre señala que la pugna entre liberales y conservadores propició la detención de las señoritas González Castro, allegadas a los primeros, mismas que fueron remitidas a la Casa de Recogidas, sobre esto reproduce un documento en el que varias de sus congéneres tapatías solicitaron su libertad, pues consideraban que estaban detenidas como criminales sólo "por los muchos servicios que su padre prestó en su vida al partido del orden", el documento fechado en 2 de septiembre de 1859 fue firmado por Antonia Fernández de Vallarta, Carolina Gallardo, Leocadia García Diego de Gallardo, Mariana del Peral, Leocadia Gallardo, Nicolasa de Corcuera, Ángela Leñero de Fernández, Concepción Corcuera, Guadalupe Híjar de Basauri, Pilar Prieto, María de J. Olazagarre, Jesús Basauri de Echauri, Rosa García de Morelos, Jovita Morelos, Juana F. Zumelzu, Joaquina Araujo de Chávez, Gregoria Luna de Gómez, Micaela Echauri, Mariana Echauri, Josefa Cortes, Dolores Negrete Morfín, Josefina Echauri, Antonia Echauri de Gómez, Juana Ulloa de Corro, Guadalupe Portillo de Vizcarra, Concepción Vizcarra, Luisa Sánchez Hidalgo, Josefa Morales y María Villaseñor Figueroa. Desafortunadamente se carecen de estudios sobre la participación de las mujeres en el periodo de la Guerra de Reforma en Guadalajara, por lo que por ahora no es posible ahondar respecto a estas y otras detenciones. Manuel Cambre, *La guerra de tres años*, Guadalajara, s/e, 1904, p. 311.

[841] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 1, paqt. 79, leg. 69, exp. 7, año 1858, f. 1.

[842] Trujillo Bretón, *Entre la celda y el muro. Rehabilitación social y prácticas carcelarias en la penitenciaría jalisciense "Antonio Escobedo", 1844-1912*, p. 58.



Ilustración 9 Penitenciaria de Escobedo, Guadalajara. Fuente: El Informador.

Cuarta Parte. El camino errante a la penitenciaría.

Capítulo VIII. Los sesgos femeninos de la modernidad (1858-1871)

Sumario: Introducción; I. La cárcel itinerante; II. Un régimen penitenciario para hombres; III. De las representaciones del espacio, al espacio de representación. La realidad femenina.

"Y al ver la eternidad de sus penas, se acordarán los miserables
condenados de la brevedad de los gustos"

Joseph de Castro Cid

Introducción

La Guerra de Reforma (1858-1861), la segunda intervención francesa (1861), la instauración del Segundo Imperio (1864-1867) y la república restaurada (1867) marcaron el telón de fondo en el devenir de la Casa de Recogidas de Guadalajara, y con ella el de sus habitantes. La institución, al igual que otras tantas, enfrentó los continuos estados de sitio, las entradas de uno y otro bando, e incluso, particularmente por su carácter carcelario, los múltiples amotinamientos. El estado de pugna que privaba en el país nutrió la inestabilidad política y dificultó un adecuado manejo de la administración pública; sin embargo a pesar de las situaciones adversas el ejercicio de la justicia debía continuar.

En un contexto políticamente caótico, la Casa de Recogidas se mantuvo en funciones la mayoría del tiempo, salvo breves estadios en que se vaciaba el establecimiento a causa de los motines. Aunque la institución resistió, su edificio absorbió el embate material, por lo que se resolvió la venta de su primigenio inmueble, situación que la llevó a divagar por diversos lugares y a configurar sus prácticas conforme a las características de sus variados destinos. En un escenario que presagiaba su decaimiento, las políticas de Maximiliano de Habsburgo, encaminadas a fortalecer las instituciones de beneficencia y justicia, dieron nuevos bríos a las Recogidas, ya que además se avanzó en las técnicas procesales y en una mejor

sistematización de los datos de las presas, lo que a su vez contribuyó a elaborar más rigurosos reportes estadísticos.

I. La cárcel itinerante

Contar con un espacio óptimo para remitir a las presas estuvo lejos de ser una prioridad en la agenda de las autoridades ejecutivas y legislativas de Jalisco, el reducido número de mujeres enjuiciadas permitía cierta licencia al respecto, más aun cuando el contexto de guerra apremiaba atender otros asuntos. Alcanzar la estabilidad institucional en tiempos de conflicto armado fue quimérico en la Casa de Recogidas, al igual que para la cárcel de hombres que, por su ubicación en los interiores del palacio de gobierno, experimentó mayores disturbios, como el pronunciamiento del general Antonio Landa del 13 de marzo de 1858 que propició un saqueo y el amotinamiento en ambos establecimientos. Tras el motín, el edificio de las Recogidas quedó dañado y una parte de los registros del archivo perdidos. Sin embargo, el ejercicio de la justicia no cesó y la fuerza del castigo urgió a mantener abiertas las puertas de las Recogidas, incluso con los sueldos caídos del personal. Tal vez más interesada en su empleo que en el devenir de la cárcel, la rectora en turno, Juana Aguilar, realizó las gestiones necesarias que le permitieran conseguir el apoyo del ayuntamiento y así continuar en su destino. En julio de ese mismo año la prisión entró de nuevo en funciones.

Entre la azarosa vida política que enfrentaba el país, y el empeño del estado de Jalisco en encausar sus esfuerzos y escasos recursos en construir una penitenciaría, las Recogidas y su departamento de hombres lograron permanecer en su sitio por un par de años. La cárcel pública no corrió la misma suerte, en enero y febrero de 1859 sufrió varios ataques y recibió daños de consideración debido a la explosión de un polvorín. Por las condiciones del edificio, el afán de evitar motines, aunado al deseo de poner en marcha la cárcel nueva, se determinó trasladar a los presos a la reluciente, moderna e inconclusa penitenciaría el 27 de febrero de 1861.[843] Proporcionar un local fortalecido que resguardara a los encarcelados fue una medida

[843] AMG, ramo Policía, sig. s/c, 1, paqt. 121, leg. 20, exp. 33, año 1863, f. 3v.

estratégica para impedir que con los tumultos algún ejército los sumara a sus filas. Las mujeres también fueron enviadas al complejo edilicio panóptico, probablemente en el transcurso del mes de marzo, pero ellas sólo permanecieron en este lugar hasta finales de octubre de 1861,[844] y durante su estancia el departamento de presas y la rectora quedaron supeditas a la autoridad de los alcaides.

El 31 de octubre de 1861, las recogidas fueron remitidas a una de las secciones que dejaron vacías los hombres en el palacio de gobierno, las cuales tomaron el mote de cárcel antigua o vieja.[845] El sitio en el que fueron colocadas las presas sólo permitía una capacidad para 30 personas, 40 en condiciones de hacinamiento. En junio de 1862 la rectora, Eufemia Herrera, presentó un escrito al comisionado de cárceles, a quien le expuso que las dos piezas destinadas a los dormitorios resultaban insuficientes ante el creciente número de remitidas y como solución propuso destapar uno de los calabozos, seguramente anegados después de trasladar a los hombres a la nueva cárcel.[846] Aunque la solicitud fue remitida al ingeniero civil de la ciudad, la obra no se efectuó. El registro de entradas y salidas de las recogidas confirma un aumento bastante considerable en los meses de mayo, junio y julio. El incremento no fue sostenido, a partir de agosto disminuyó y se mantuvo a la baja hasta diciembre.

[844] La breve estancia de las mujeres en la penitenciaría se infiere de dos elementos: uno, a partir del mes de marzo las visitas semanarias de cárceles enunciaban que iniciaban la visita en la penitenciaria del estado y proseguían en el departamento de mujeres; dos, he localizado registros de entradas y salidas de las mujeres en la penitenciaría, esta actividad la realizaron los alcaides, en lugar de la rectora, como era lo usual con los hombres. Confróntese BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 22, inv. 19269, año 1861, ff. 13; ramo Criminal, c. 17, inv. 19114, ff. 20-22.
[845] AMG, ramo Policía, sig. s/c, 1, paqt. 121, leg. 20, exp. 33, año 1863, f. 4.
[846] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 1, paqt. 119, leg. 59, exp. 41, año 1862, f. 2.

Suma mensual de registros de entradas y salidas 1862		
Suma/mes	**entradas**	**salidas**
enero	29	31
febrero	45	36
marzo	43	48
abril	32	32
mayo	108	88
junio	72	74
julio	93	89
agosto	29	45
septiembre	31	27
octubre	22	23
noviembre	26	33
diciembre	38	32
Total general	**568**	**558**

Tabla 17 Suma mensual de registros de entradas y salidas de presas, 1862. Fuentes: AHEJ, ASTJEJ

La finca anexa a la ayuda de parroquia del Pilar, esa que por más de un siglo funcionó como Casa de Recogidas, fue vendida; desde hacía bastantes décadas que la finca desencajaba con la población que se estableció en el barrio de El Carmen.[847] En el mes de julio de 1862 Jesús López Portillo, a la sazón encargado de la construcción del proyecto penitenciario, recibió 65 pesos de manos del administrador de la Aduana por concepto de la venta del inmueble y lo recaudado en la transacción se destinó a la obra de la penitenciaría que le fue encomendada.[848] Las presas abandonaron su casa, y con ella algunas formas de construir, vivir y significar su castigo. Cualquier edificio ex profeso carecía de las áreas de cocina, pieza de molienda, refectorio, sala de labores, enfermería, e incluso de habitaciones suficientes.

[847] Rodney D. Anderson confirma con registros estadísticos que el barrio de El Carmen se convirtió en el lugar favorito de residencia de las élites tapatías, el cual estuvo compuesto por principalmente por administrativos, profesionales, comerciantes y estudiantes. De Anderson "Cambios sociales y económicos en el 6º cuartel: 1842-1888", José María Muriá y Jaime Olveda (comps.), *Demografía y Urbanismo. Lecturas históricas de Guadalajara*, t. III, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Gobierno del Estado de Jalisco, Universidad de Guadalajara, pp. 151-170.
[848] AHEJ, ramo Gobernación, asunto Seguridad Pública, sig. G-15-862, c. 23, exp. s/c, f. 1.

La estrechez de las instalaciones, y las carestías que esto pudiera implicar, no fue inconveniente para que la Casa de las Recogidas se mantuviera en funciones. Sin embargo, es probable que estas condiciones resultaran ser una limitante en el pleno ejercicio de la justicia. No obstante, los magros recursos y los continuos asaltos que sufría la ciudad impedían tomar medidas resolutorias respecto a su edificio, máxime cuando la prioridad se centró en la edificación de la cárcel nueva.

Sin importar la falta de cocina o del departamento de molienda, las presas, y un grupo de hombres desde la penitenciaría, continuaron dedicadas a la preparación de los alimentos que se ministraban a los reos de ambos sexos, como así se demuestra en las contratas celebradas en 1860 y 1863, la primera con Eduardo Enríquez y la segunda con Rafael Vallejo.[849] Los acuerdos entre el ayuntamiento y el proveedor en turno incluían el uso de los reclusos y recogidas en las labores precisas que les permitieran cumplimentar sus encomiendas, aunque no especifican en qué áreas desempeñarían este trabajo, pues si bien la molienda se podía efectuar en los patios, las faenas en el fogón requerían una infraestructura especial que desahogara el humo, por ejemplo.

En enero de 1864 las tropas intervencionistas irrumpieron en la ciudad y las presas, ubicadas todavía en la cárcel vieja de palacio de gobierno, fueron excarceladas por un general que la rectora Eufemia Herrera no reconoció.[850] Es probable que este asalto urgiera a trasladar a otro sitio la prisión por una breve temporada. En agosto de 1864, un informe elaborado por la comisión de cárceles precisó que el local que habitaban las recogidas se reducía a dos calabozos, un separo, el oratorio y dos pequeñísimos patios, además las ventanas eran diminutas, por lo que se insistió en la falta de una adecuada ventilación, y se advirtió que de no atender sus indicaciones se corría el riesgo de que se padecieran los males que ocasionaba el aire infecto.[851]

El constante temor a las epidemias carcelarias terminó por influir de manera determinante en uno de los cambios de sede que experimentó la institución de Recogidas. En el mes de noviembre de 1864 la comisión de sanidad de la municipalidad exhortó a las

[849] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 19, paqt. 122, leg. 71, exp. 19, año 1863, f. 3.
[850] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 62, inv. 29478, año 1866, ff. 5-8.
[851] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 9, paqt. 125, leg. 65, exp. 9, año 1864, f. 2.

autoridades a tomar acciones precautorias en relación con el elevado número de presos existentes en las cárceles de ambos sexos. En el caso de los hombres recomendaba desahogar la población, con la remisión de los sentenciados a los presidios de Mezcala o a San Juan de Ulúa. En cuanto a las mujeres, proponía que abandonaran el centro de la ciudad y se les colocara en las instalaciones del ex convento del Carmen o el de San Francisco. Además, convenía que en el sitio que ocupaban las recogidas se podían trasladar a los reos destinados a obras públicas, que por sus jornadas en el exterior, su encierro no implicaba los mismos peligros.[852]

Las medidas concernientes al edificio de Recogidas fueron atendidas en el mes de enero de 1865. En esa fecha el ayuntamiento resolvió destinar recursos para adecuar una sección del complejo edilicio de San Francisco con la intención de mudar ahí la cárcel de mujeres, de cierta forma se trataba de enviar a las afueras los posibles brotes de infección.[853] Por lo menos de febrero a abril, el comisionado de obra, Dionisio Rodríguez, trabajó en las modificaciones pertinentes en San Francisco; en este mismo lugar se destinaba también a los reos sujetos a la comandancia militar.[854]

Resulta difícil confirmar que las Recogidas se mudaron en algún momento a San Francisco ya que en mayo de 1865 se encontraban en el inmueble del ex convento de San Agustín.[855] Cabe recordar que en tiempos de guerra, con múltiples complejos edilicios semi vacíos, era imposible evitar que una u otra tropa se apropiara de las fincas conventuales. Por su posición estratégica, la fábrica franciscana situada en la entrada sur de la ciudad, bien pudo ser tomada por alguna de las facciones en pugna; como le sucedió al propio edificio de la penitenciaría, situado en los límites del poniente. A principios de 1865 se convirtió en almacén de la artillería francesa, se le asignó una rigurosa guardia y se vació la prisión.

Bajo el gobierno del Segundo Imperio, con Maximiliano de Habsburgo, se encausaron los ímpetus por reorganizar la administración pública: en lo referente al ámbito judicial se dio continuación a los trabajos de elaboración del código civil, penal y de

[852] AHEJ, ramo Gobernación, asunto Seguridad Pública, sig. G-15-864, c 25, exp. s/c, año 1864, f. 1.
[853] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 1, paqt. 126, leg.68, exp. 28, año 1865, f. 2.
[854] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 1, paqt. 123, leg.116, exp. 35, año 1864, f. 1.
[855] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c.33, inv. 25220, año 1865, ff. 1-4.

procedimientos penales; en tribunales y juzgados uniformó salarios, prohibió el cobro de costas judiciales, y exigió la formación de abogado en los jueces.[856] Es probable que con el objeto de promulgar la Ley para la Organización de los Tribunales y Juzgados del Imperio, el 8 de diciembre de 1865, solicitara previamente información a los departamentos. En Jalisco, el comisionado de noticiar sobre la materia y los establecimientos carcelarios de Guadalajara fue Jesús López Portillo, que en su calidad de comisario imperial visitó de manera personal cada dependencia. La comisión comenzó el 9 de octubre con la supervisión del Tribunal Superior de Justicia, que por ese momento se encontraba en palacio municipal; prosiguió el día 11 con los juzgados de primera instancia, y el 12 se enfocó en las cárceles. En el informe señaló que en el establecimiento de hombres existían 422 presos, de los cuales "ciento y tantos [eran] condenados a presidio"; en el de mujeres, a cargo de la rectora Silvestra Cervantes, estaban 48 presas.[857]

Sobre la alimentación de los presos, López Portillo refirió que la contrata fue otorgada por el ayuntamiento a Eduardo Enríquez. La comida era de mala calidad y sólo se servía carne dos veces por semana. El cuidado sanitario estaba a cargo de un médico que por turno diariamente visitaba la prisión, y determinaba quién necesitaba ser trasladado al hospital; su desempeño era gratuito.[858]

López Portillo recorrió "todos los departamentos de la cárcel, que se compone de las piezas correspondientes a la cárcel chica, del que se llama capilla y del patio principal". Después pasó a la Cárcel Imperial de Recogidas, que se localizaba inmediata a la de hombres, "dividida con una pared de piedra" y por la cual ya habían logrado las presas entablar contacto con los hombres a través de una "comunicación estrecha". El área de mujeres presentó

[856] En 1860, Justo Sierra O´Reilly, designado por Benito Juárez, concluyó su propuesta de código civil. Entre 1861 y 1863 el ministro de justicia, Jesús Terán, turnó el impreso a una comisión encargada de revisarlo, ésta quedaría presidida por Justo Sierra e integrada además por Fernando Ramírez, José María Lacunza, Luis Méndez y Pedro Escudero y Echánove. En marzo de 1864, el imperio, retomó a los integrantes mencionados para continuar con los trabajos del código civil. Graciela López González, *La organización para la administración de la justicia ordinaria en el segundo imperio. Modernidad constitucional y continuidad política en México*, México, El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2014, pp. 97 y 216.
[857] AGN, Justicia Imperio, vol. 108, exp. 37, año 1865, ff. 337-338.
[858] AGN, Justicia Imperio, vol. 108, exp. 37, año 1865, ff. 337.

mejores condiciones de luz, ventilación y limpieza que el espacio de los reos. Aunque algunas piezas no estaban exentas de humedad.[859]



Ilustración 10 Jesús López Portillo. Descripción cartela: El Sr. Lic. D. Jesús López Portillo nació en Guadalajara el 14 de agosto de 1818; ocupó muy elevados puestos públicos, entre ellos el de Gobernador Constitucional del Estado en 1852 y el de interino en 1862; Presidente de dos Escuelas de Jurisprudencia; sabio maestro de un gran número de abogados y autor de dos muy notables obras de Derecho. Murió el 18 de septiembre de 1901. BIPEJA, Sala 6.

El Segundo Imperio tendió a centralizar la administración de las instituciones, por este motivo, a partir de diciembre de 1865, las cárceles se dividieron en tres tipos: centrales, en donde residieran tribunales superiores y se remitieran a los condenados por término menor a un año; de distrito, propia de esta demarcación, para los aprehendidos con proceso pendiente; y las municipales, en las que se designarían a los consignados por delitos leves y faltas de policía. En el caso de los jóvenes infractores el emperador mandó establecer casas de corrección en Monterrey, Guadalajara, Oaxaca y México. Además consideró tres destinos

[859] AGN, Justicia Imperio, vol. 108, exp. 37, año 1865, ff. 338.

más de castigo: los presidios, en Mezcala y San Juan de Ulúa;[860] las penitenciarías del país, que eran la de Escobedo, la de León y la de Puebla; y los lugares de deportación.[861]

Respecto a la prisión de mujeres, durante el II Imperio se dispuso que se mantuvieran independientes a la de hombres pero inmediatas a ellas, con el objeto de efectuar con prontitud las diligencias judiciales. En atención a esta medida, la Cárcel Imperial de Recogidas se conservó en las cercanías de la cárcel de hombres, como señaló López Portillo en su informe. Este fue un primer paso para que ambos institutos quedaran íntimamente unidos. Por otra parte, en virtud del decreto sobre cárceles, las tropas francesas desahogaron algunas piezas de la penitenciaria de Escobedo, con el propósito de atender la división carcelaria imperial, mientras que, conforme a lo dispuesto, la cárcel de hombres situada en palacio de gobierno se mantuvo como cárcel central.[862]

Es probable que el itinerante recinto de las Recogidas propiciara mayores inconvenientes en cumplimentar la proveeduría de presos, tal vez porque era menor el número de mujeres capaz de albergar, porque las instalaciones eran inadecuadas o porque simplemente el proceso de la elaboración de alimentos se continuó de manera ineficaz. En 1869, el viajero Albert S. Evans, visitó el Hospicio de Cuna, allí se percató de que se construía una cocina de mayor amplitud, de la que tuvo noticia se construía con la finalidad de preparar allí la comida de los 700 presos de la prisión del estado; en ese momento, conoció el visitante, que se erogaban cinco centavos por preso y que las Hermanas de la Caridad "esperaban hacerlo mejor y con una ganancia para beneficio del Hospicio".[863]

La última sede en la que identifiqué a la institución fue en el ex convento de Capuchinas. De acuerdo con un documento fechado en 27 de abril de 1871, la jefatura política prestó el inmueble al gobierno del estado para mudar ahí, de forma interina, la prisión de

[860] La remisión a presidios fue tenida por una sanción más severa, debido a la lejanía de su asentamiento y a que los trabajos eran más extenuantes.
[861] Decreto sobre cárceles, *Colección de leyes, decretos y reglamentos que interinamente forman el sistema político, administrativo y judicial del Imperio*, t. V, México, Imprenta de Andrade y Escalante, 1865, pp. 92-93.
[862] Los registros de las visitas de cárceles corroboran la división de estos dos establecimientos, uno denominado cárcel Nacional y la otra Imperial.
[863] Debo aclarar que la documentación que he consultado no me permite confirmar si esta cocina del hospicio entró en funciones. "Albert S. Evans", José María Muriá y Angélica Peregrina (comps.), *Viajeros anglosajones por Jalisco, siglo XIX*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1992, p. 239.

mujeres. La estancia en este espacio se prolongó bajo el argumento de que se carecía de otra edificación, ya que los complejos de San Juan de Dios, el Carmen y Santa María de Gracia, estaban ocupados por oficinas y fuerzas militares de la federación.[864] A pesar de que nada se mencionó sobre la Escobedo, las presas terminaron por ser enviadas a la penitenciaría a finales de septiembre de 1871. El proceso de concentración de las cárceles exclusivas de mujeres al modelo de estructura penitencial, no fue privativo del caso mexicano, sino semejante al ocurrido en otras latitudes.[865]

Mientras la cárcel de mujeres padeció múltiples y prolongados episodios de inestabilidad, los hombres disfrutaron de cierta tranquilidad en el edificio de la penitenciaría, sitio al que fueron trasladados paulatinamente desde 1848, en tiempos de la gubernatura de Joaquín Angulo (1848-1852),[866] hasta el 27 de febrero de 1861,[867] fecha en que abandonaron por completo las instalaciones anexas de palacio de gobierno. Las visitas de cárceles celebradas semanariamente confirman que permanecieron en su nueva sede casi de manera ininterrumpida. La excepción ocurrió en el mes de enero de 1865, ese año durante la refriega entre el contingente republicano, capitaneado por Anacleto Herrera y Cairo, contra las fuerzas imperiales, la tropa francesa se acuarteló en la prisión penitenciaria y llenaron la edificación de provisiones, por ello sus guardias mantuvieron activa vigilancia por varios meses.[868]

Además de una prisión destinada a los hombres y una a las mujeres, en junio de 1852 surgió en Guadalajara una institución más: la casa de corrección de jóvenes, establecida en una finca que se encontraba en la huerta del colegio seminario de San José.[869] Este establecimiento nació de la necesidad de separar a los criminales adultos de los mozos

[864] AHEJ, ramo Gobernación, sección Seguridad Pública, sig. G-15-871, c. 44, exp. s/c, f. 2
[865] El amplio estudio de Gema Martínez Galindo, para el territorio español, da cuenta del proceso de unificación de los establecimientos carcelarios de mujeres a las penitenciarías. Véase, Martínez Galindo, *Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913)*.
[866] Joaquín Angulo, en el periodo señalado, ocupó por varias ocasiones la gubernatura, con alternancias del coronel José Guadalupe Montenegro.
[867] Trujillo Bretón considera que el plano de la penitenciaria fue ejecutado por Cuevas, en compañía de Nebel y con los aportes de un general de apellido Cortez y de Manuel Olazagarre. Trujillo, *Entre la celda y el muro. Rehabilitación social y prácticas carcelarias en la penitenciaria jalisciense "Antonio Escobedo", 1844-1912*, p. 72.
[868] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 1, paqt. 126, leg. 68, exp. 25, año 1865, f. 4.
[869] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 8, paqt. 73, leg. 184, exp. 10, año 1852, f. 1.

incautos, y de la retórica de evitar su completa perdición procurándoles el trabajo y la educación, y a pesar de que el proyecto fue auspiciado por el gobierno del estado, desapareció en un par de años; una década después se retomó, en 1862, pero su apertura volvió a ser efímera. En febrero de 1865, ya bajo el régimen del imperio, funcionó de nuevo: en esa ocasión la correccional de jóvenes contó con un alcaide de cárcel, una escuela de tercer orden y talleres. De acuerdo con el Plan General de Enseñanza de Jalisco (1861), la escuela se dividía en 1°, 2°, 3° y 4° orden: en el tercero, que se impartiría en la correccional, se aprenderían principios de urbanidad, lectura, escritura, moral, historia, sistema métrico decimal, ortografía y aritmética.[870] En el caso de las cárceles, y este tipo de establecimientos, la junta directiva de la enseñanza pública era la encargada de proporcionar instructores; en la reapertura de 1865, el primer alcaide fue don Gregorio Ríos quien por su empleo recibía un sueldo de 20 pesos mensuales.[871] Más allá del número de ocasiones en que se erigió la correccional de jóvenes, lo que interesa es resaltar un aspecto: desde su primera instauración, en 1852, se procuró contar con un espacio apto que permitiera articular la pretendida reformación, con preceptores y talleres.

La inestabilidad de las Recogidas de Guadalajara contrasta con la suerte que corrieron, por ejemplo, los departamentos de mujeres de la ciudad de México.[872] El de sentenciadas de la cárcel de la ex Acordada funcionó de 1831 a 1862, hasta que en este último año fue sucedida por la cárcel de Belén, que cerró en 1933.[873] En 1863 Maximiliano solicitó informes sobre los establecimientos de beneficencia y carcelarios de la ciudad de México, esto con el propósito de impulsar su mejora: en la capital del imperio la encomienda la efectuó Joaquín García Icazbalceta y José María Andrade, su informe, bastante completo y con varias

[870] Plan general de enseñanza (1861), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. I, 1857-1862, Tip. Isaac Banda, [1872], Guadalajara, Congreso del Estado de Jalisco, s/a, p. 231.
[871] AMG, ramo Hacienda, sig. H4, c. 4, paqt. s/n, leg. s/n, exp. 2, año 1865, f. 1.
[872] La casa de recogidas de San Luis Potosí también tuvo un destino errático, ya que poco a poco se despojó a las recogidas de su edificio, primero al instalarse ahí la fábrica de cigarros en 1825, después otra sección fue tomada para instalar una escuela de niñas, que en 1843 fungió como escuela Lancasteriana, y más tarde otra área abrió como Escuela Normal para Profesores. No obstante, las recogidas permanecieron en su sitio hasta 1912, cuando fueron trasladadas a la penitenciaria del estado. Cordero Herrera, *Felipe Cleere: oficial real, intendente y arquitecto. Entre la Ilustración y el despotismo*, pp. 410-413.
[873] Sigüenza Vidal, "La ex Acordada y Belén, una visión de la rehabilitación penitenciaria en la prisión en México (1833-1882)", pp. 196-197.

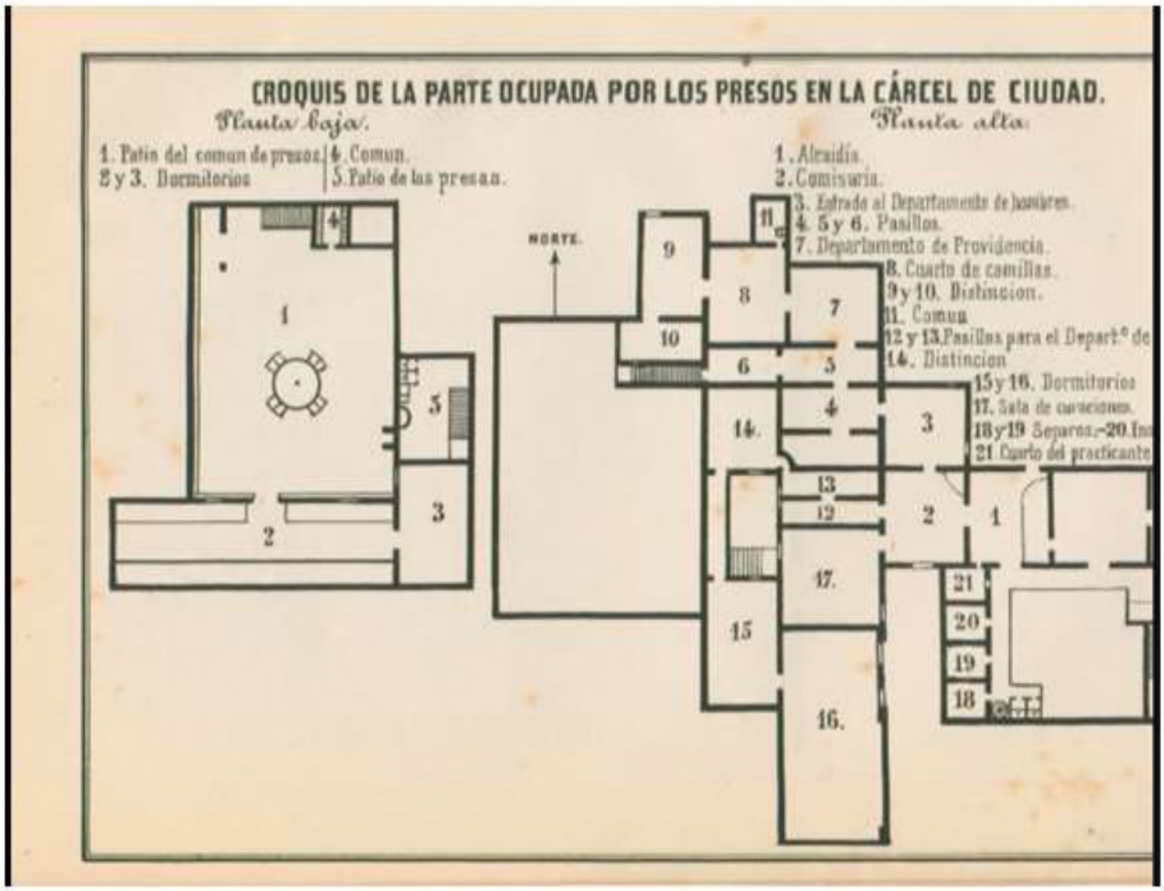
propuestas, se entregó al emperador en 1864. Gracias a este reporte es posible conocer a detalle el estado que guardaban los departamentos de presas.

De acuerdo con la descripción que realizó García Icazbalceta en 1863, en Belén, el 3 de septiembre, día de su visita, habitaban 336 contenidas y 780 hombres; el espacio femenino se componía de un patio grande con corredores, en los bajos se hallaban cuatro piezas pequeñas que daban a la calle y servían de locutorio a las presas; en sus inmediaciones existían dos reducidos patios, en donde se encontraba la cocina, cuatro dormitorios, la pieza del servicio de atolería con los peroles y un dispensario; en los bajos de la escalera se encontraban cuatro cuartitos que se utilizaban de separos; en los altos estaba el coro de la iglesia, desde ahí escuchaban misa las reas; las personas de distinción contaban con la opción de pagar por dormir en una galera o en tres pequeños y más privados dormitorios; existía también una enfermería, la sala en que habitaba la presidenta y un segundo dormitorio.[874] En Belén la tortillería desapareció por un tiempo por los cambios en la dieta que se les ministró a los presos: en el desayuno recibían atole y un pambazo; al mediodía caldo, sopa, carne y un trozo de virote; a las 5:00 de la tarde merendaban con frijoles y pan.

El departamento de detenidas y consignadas por faltas leves de la cárcel de la ciudad, o de la Diputación como fue conocida, pervivió por varias décadas en el mismo edificio; en general, el establecimiento carcelario se describió lúgubre, inmundo e infestado de chinches, a tal grado que un preso, para librarse de sus picaduras, derramó parte de su escasa ración de atole alrededor del petate en que se acostaba. Por las condiciones del inmueble, García Icazbalceta consideró que lo mejor era quitarlo y "librar de ese feo borrón" al palacio municipal. Respecto al área destinada a las presas, en su citado informe señaló que albergaba 86 contenidas, lugar que constaba de dos dormitorios, "una horrible covacha que sirve de separo", una cocina y la capilla. La pieza de la cocina disminuyó su uso pues los alimentos que se les proporcionaban a las ahí recluidas se preparaban en Belén, con bastante desaseo según palabras del visitador.[875] Quizá con el propósito de atender la situación reportada sobre

[874] Joaquín García Icazbalceta, *Informe sobre los establecimientos de beneficencia y corrección de esta capital: su estado actual; noticia de sus fondos; reformas que desde luego necesitan y plan general de su arreglo, presentado por encargo de José María Andrade* [1864], México, Moderna Librería Religiosa, 1907, p. 69.
[875] García Icazbalceta, *Informe sobre los establecimientos de beneficencia y corrección de esta capital: su estado actual; noticia de sus fondos; reformas que desde luego necesitan y plan general de su arreglo, presentado por encargo de José María Andrade,* p. 162.

las presas, en 1865 el imperio dispuso por ley que se les dotara de una camisa, dos enaguas interiores de manta, y otras exteriores de indiana, un pañuelo para el cuello, un rebozo y un par de zapatos.[876]



Plano 6 Cárcel de la Diputación, Ciudad de México. En el número 5 de la planta baja se ubicó el patio de presas. Fuente: Francisco Javier Peña, Estudio Higiénico de las cárceles de México, México, 1875, Imprenta de Ignacio Cumplido, p. 30.

Las diferencias regionales entre Guadalajara y ciudad de México se pueden comprender a partir del papel que jugaba la capital del país como sede del poder republicano, y sobre todo imperial, pues esta cercanía con las máximas autoridades tenía un efecto estabilizador más inmediato que en el resto de las regiones. En una y otra ciudad, en los departamentos de mujeres la corrección moral ya no era parte del vocabulario. En el caso de

[876] Decreto sobre cárceles, *Colección de leyes, decretos y reglamentos que interinamente forman el sistema político, administrativo y judicial del Imperio*, t. V, p. 114.

Jalisco, contrario a lo que experimentaban las prisiones de hombres, de jóvenes o adultos, en la cárcel de Recogidas de Guadalajara privó un ambiente de relegamiento. Sus inestables moradas, sus reducidos locales, la ausencia de instructores y de la diversificación de oficios, e incluso la desaparición de pláticas y lecturas edificantes sólo denotan que en Jalisco, al igual que en otros estados y países, la reforma penitenciaria tuvo - y tiene - un sesgo de género. La modernidad del sistema penal se pensó en masculino, y en ese mismo término se materializó; el proyecto y devenir constructivo de la penitenciaría de Escobedo, y las disposiciones en materia legislativa, así lo confirman.

Reminiscencias de un pasado místico

Vuelta más cárcel que casa de beneficencia, la transición de las Recogidas dejó un vacío que se intentó subsanar durante varios años por distintas autoridades y vecinos de la ciudad, pues pese a la existencia del Hospicio de Pobres, no se contaba con un espacio en el que a las mujeres de vida disipada se les permitiera arrepentirse y enmendar su conducta desarreglada. En 1856 el obispo de Guadalajara, don Pedro Espinosa y Dávalos (1853-1866),[877] atendió con ahínco la petición de doña María Dolores Anaya, quien pretendía formar una orden conventual bajo el nombre de Casa de María y Refugio de Arrepentidas y la misión de las monjas consistiría en recibir a las extraviadas que quisieran redimirse, apartarlas del pecado y guiarlas por el camino de la virtud; además recibiría a aquéllas honradas que por precariedad vagaban por las calles. El edificio para este propósito se ubicaría en las inmediaciones de la parroquia de Jesús, y en su capilla se colocarían las devociones del Señor del Perdón, María Magdalena, San Juan Evangelista y Nuestra Señora del Refugio, entre otros. La vía de enmienda sería el trabajo en flores, dulces, pan, molienda de chocolate, elaboración de fideo y tallarines, y servicios de lavandería y planchaduría, que al mismo tiempo permitirían el digno sustento de sus habitantes. La entrega a la oración y el ayuno era

[877] Pedro Espinosa y Dávalos nació en 1793, en Tepic. El 8 de enero de 1854 fue consagrado como obispo por Antonio López de Zubiría, obispo de Durango. Falleció el 12 de noviembre de 1866.

esencial: misas, rosarios, ejercicios espirituales y prácticas devocionales en honor de la virgen María tocarían las fibras del arrepentimiento y la conversión.[878]

Las múltiples revueltas políticas mermaron la capacidad del obispado de llevar a buen término la Casa de María y Refugio de Arrepentidas. Las denominadas Leyes de Reforma (1855-1857) increparon los ánimos entre liberales y conservadores y la reacción católica se exacerbó. En 1856, ante la promulgación de la Ley Lerdo, Espinosa y Dávalos respondió con un oficio dirigido al ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos en el que se negaba a acatar y cumplir la ley; además, con el objetivo de anticiparse a ella, convino en autorizar la venta de algunas propiedades pero conforme a los cánones eclesiásticos.[879] Esto le permitía negociar las fincas con el mejor postor y no precisamente con los arrendatarios como estipulaba la Ley Lerdo. Poco tiempo después, con el asedio de Guadalajara en junio 1858, Espinosa y Dávalos salió de la capital jalisciense y se refugió en Tepic donde permaneció un año; finalmente en 1861, por un decreto presidencial, se vio forzado a abandonar el país. Durante un exilio de casi tres años radicó en Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Roma. En esta última realizó las gestiones necesarias para elevar la jerarquía de la diócesis de Guadalajara en arquidiócesis, lo que consiguió en enero de 1863, constituyéndose así en su primer arzobispo por gracia que obtuvo de Pío IX.[880] A México volvió en febrero de 1864, y en el mes de marzo retomó su silla episcopal.

Antonia Barragán y Vizcarra, por vía testamentaría, legó parte de sus capitales a la fundación de casa de arrepentidas en 1859. Sin embargo, sus familiares argumentaron la franca extinción de las corporaciones y colegios que administraba la Iglesia, y de esta manera retuvieron la herencia. Con el arribo del emperador Maximiliano la situación cambió y significó un giro positivo respecto a las políticas de los establecimientos de beneficencia, ya que mandó recabar información sobre el estado de este tipo de instituciones e impulsó la recuperación de aquéllos que se encontraban en evidente deterioro. En septiembre de 1865 fue momento propicio para retomar el mismo proyecto que dotó Barragán y que con afán

[878] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 26, año 1856, ff. 1-10.
[879] Jaime Olveda Legazpi, "El obispo y el clero disidente de Guadalajara durante la reforma liberal", Jaime Olveda (coord.), *Los obispados de México frente a la reforma liberal*, El Colegio de Jalisco, UAM, México, 2007, pp.105-108.
[880] Olveda Legazpi, "El obispo y el clero disidente de Guadalajara durante la reforma liberal", p. 128.

mantenía vivo doña Dolores Anaya. El comisario imperial, Jesús López Portillo, miró con beneplácito la empresa y procuró socorrerla con la finalidad de retenerla en las manos de las autoridades civiles y no en las eclesiásticas, con este objetivo realizó las gestiones pertinentes y recuperó el corto caudal testamentario.[881]

Por su parte, en 1866 el hermano de Espinosa y Dávalos, el canónigo Casiano, le escribió al obispo José Alemany,[882] de San Francisco, Estados Unidos, y en la misiva le consultaron sobre su conocimiento acerca de alguna orden religiosa que procurara la enmienda de mujeres arrepentidas, en respuesta, Alemany brindó informes de la orden de Nuestra Señora del Buen Pastor fundadas en Angers, Francia;[883] él mismo tuvo la oportunidad de impartir unos ejercicios espirituales en la sede que tenían en Longville, por lo que testificaba los cuidados y piedad con los que se conducían para redimir a las arrepentidas, y aconsejaba escribir a la madre superiora, María Ignacia Wood, además de que notició de las Hermanas de la Misericordia, de erección más reciente en Irlanda,[884] pero ya con presencia en su diócesis de San Francisco.[885] El remitente consideraba que una de estas dos opciones serviría para los fines que perseguía su homólogo de Guadalajara. Sin embargo, Pedro Espinosa y Dávalos falleció el 12 de noviembre de 1866 sin haber tenido tiempo de concretar la congregación que albergaría a las mujeres perdidas.[886]

---

[881] AHEJ, ramo Beneficencia, sección Instituciones de Protección, sig. B-5-865, c. 157, inv. 5460, año 1865, f. 15.

[882] José Sadoc Alemany y Conill (13-jul-1814/ 14-abr-1888) fue un religioso de la orden de predicadores, ordenando obispo en Monterrey, California. En 1853 tomó posesión de la diócesis de San Francisco, del mismo estado. Véase catholic-hierarchy.org/bishop/balemany [consultado el 23 de enero de 2019].

[883] La congregación de referencia fue fundada por María Eufrasia Pelletier, y tuvo su origen en la Orden de Nuestra Señora de la Caridad, erigida por san Juan Eudes en 1641, su principal misión era acoger a las mujeres pecadoras que desearan cambiar su vida. En 1814 ingresó a la orden Rosa Virginia Pelletier, en su sede en Tours; en 1829 el obispo de Angers la invitó a su diócesis con el objeto de que formara ahí una comunidad que contara con una casa que beneficiara a las mujeres. Es a esta última a la que hace referencia la misiva de Alemany. Respecto a la orden de religiosas véase hermanasbuenpastor.org [consultada el 23 de enero de 2019].

[884] Las Hermanas de la Misericordia fueron fundadas por Catalina McAuley, en Dublín, Irlanda en 1827. La película Las Hermanas de la Magdalena (2002) está inspirada en las instituciones de "mujeres caídas" que gestionaron las hermanas de la Misericordia y que proliferaron en el norte de Irlanda hasta el primer lustro del siglo XX. Otro filme semejante, que trata la vida en los establecimiento de las religiosas de Le Bon Pasteur, es Les diablesses, dirigida por Harry Cleven en 2007, y traducida al español con el título Almas perdidas.

[885] AHAG, sección Gobierno, serie Obras Asistenciales, subserie Casa de Recogidas, c. 1, exp. 27, año 1866, ff. 3.

[886] La materialización de una congregación que mirara por las mujeres "moralmente descarriadas" fue posible gracias a la inquietud de la jalisciense María Librada Orozco de Santa Cruz (1834-1926). En 1887 esta fiel devota promovió una orden en la que se protegiera y rehabilitara al sexo femenino, su primer establecimiento abrió sus puertas en junio de 1889, en las inmediaciones de lo que es actualmente el templo de El Refugio. En

La reformación de las mujeres en instituciones religiosas se replegó a la disciplina, la moral religiosa y las prácticas devocionales, con el objeto de perseguir la redención de las ovejas descarriadas. El método de la congregación del Buen Pastor fue el que más se replicó en países de América Latina, por ejemplo en Argentina, Chile, Colombia, Costa Rica, Paraguay y Perú entre otros.[887] De haberse concretado la intención de Espinosa y Dávalos Guadalajara hubiera sido el segundo lugar, después de Chile, al que arribó esta comunidad.

La insistencia de contar con un sitio de refugio en el que se favoreciera la mística conversión, delata el deseo por mantener esta modalidad carcelaria en las mujeres, al mismo tiempo que evidencia que en Guadalajara nada quedaba de aquella institución que promovió el espíritu del jesuita Joseph de Castro Cid en 1745. En la ciudad de Puebla, la sociedad también procuró subsanar el vacío que dejaba el Recogimiento de María Egipciaca; en 1894 se fundó la casa de la Misericordia Cristiana, un instituto para las mujeres arrepentidas.[888] Los establecimientos que se crearon en Puebla y Guadalajara dependieron totalmente de su diócesis, y no se aceptaba en ellos a las remitidas por los tribunales civiles o criminales. En México, a diferencia de sus homólogos latinoamericanos, el brazo judicial del Estado no delegó sus arbitrios penitenciarios al poder de la Iglesia católica, como sí pasó por ejemplo en Lima, en donde además de las hermanas del Buen Pastor, las madres de la orden terciaria de San Francisco se encargaron de la cárcel de mujeres a partir de 1891.[889]

1921 la comunidad fue agregada a la rama franciscana. La madre Libradita, como se le conoce entre sus devotos, se encuentra en proceso de santificación. Pese a su vigencia, y relevancia en cuanto a que impulsó este tipo de carisma en México, esta institución ha sido poco estudiada. Véase franciscanasdelrefugio.org [consultado 23 de enero de 2019].

[887] Las hermanas del Buen Pastor arribaron a Santiago de Chile en 1864 y a Lima en 1871. Ricardo D. Salvatore y Carlos Aguirre, "Revisitando *El nacimiento de la penitenciaría en América Latina* veinte años después", *Revista de Historia de las Prisiones*, núm. 4, 2017, p. 18.

[888] Nydia Cruz Barrera, *Las ciencias del hombre en el México decimonónico. La expansión del confinamiento*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1999, p. 33.

[889] Carlos Aguirre, "Mujeres delincuentes, prácticas penales y servidumbre doméstica en Lima (1862-1930)", Scarlett O´Phelan Godoy, Fanni Muñoz Cabrejo, Gabriel Ramón Joffré y Mónica Ricketts Sánchez Moreno, *Familia y vida cotidiana en América Latina, siglos XVIII-XX*, Lima, Edición en línea, Institut français d'études andines, 2003. [consultado 2 de febrero 2019].

II. Un régimen penitenciario para hombres

El reformismo del Derecho Penal desembocó en una abstracción que se vio materializada en los muros de la penitenciaría, ya que compaginó una concepción filantrópica, humanitaria, con una noción de castigo moral.[890] Foucault, quien parte de la experiencia masculina punitiva, vio en el nacimiento de esta prisión la institucionalización del poder de castigar, a partir de tres tecnologías del poder: la coerción, el sometimiento y los hábitos.[891] Con una estructura cerrada, compleja, y jerarquizada, una extrema vigilancia y una férrea disciplina horaria. La función-intención de este recinto consistía en apropiarse del cuerpo y transformar al sujeto, reconstruir su obediencia encausando sus conductas.[892]

La reformación penitenciaria se ideó en masculino, para el sujeto de derechos que al quebrantar el pacto social se volvía un no-ciudadano. Rehabilitarlo en sus derechos suspendidos significó corregir sus costumbres, a través de un estricto orden, y habituarlo a la ética del trabajo remunerado, que a la vez le permitía cumplir con sus obligaciones como proveedor, aunque de manera austera. Así, el trabajo adquiría un poder regenerador y disciplinario.[893] Estas necesidades produjeron una nueva realidad, por lo que se construyó un espacio significante, sensible a los sujetos que se relacionaron con él a partir de los razonamientos que le ofrecían los signos visibles del poder carcelario, con lo que le permitía hacer y no hacer.[894] Las variaciones tenían su origen en la manera en que el cuerpo del hombre-ciudadano se invistió de poder a través del contrato social.

El ser femenino quedó supeditado al varón, y por lo tanto su inmersión en la sociedad quedó mediada por este filtro de subordinación. Su dependencia jurídica quedó sometida a las normas legales que protegían la familia, que a la vez marcaban su subordinación económica; en lo sexual estaba obligada a satisfacer el deber conyugal; además, su cuerpo,

[890] Bentham, *Panóptico*, p. 100.
[891] Foucault, *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, p. 123.
[892] Foucault, *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, p. 120.
[893] Buffington, *Criminales y ciudadanos en el México moderno*, p. 129; Cruz Barrera, *Las ciencias del hombre en el México decimonónico. La expansión del confinamiento*, p. 34.
[894] Lefebvre, *La producción del espacio*, p. 190.

concebido semejante al menor de edad, podía ser corregido.[895] Así, la mujer se confundió con su sexo y se redujo a éste.[896] De acuerdo con esta lógica, el castigo y reformación pretendida de las mujeres guardaría correspondencia con la sumisión desde la cual se introducía su corporeidad al entramado social.

Además del componente arquitectónico, en lo legislativo la reforma del espacio se comprendió desde la enunciación de un moderno código penal que sustituyera la pena de muerte por el confinamiento. Ambos elementos contribuirían a instaurar el sistema penitenciario. México, al igual que otros países, entró en un proceso en el que se entretejería la transición a sistema diferente de encarcelamiento, se desmontaría el pluralismo carcelario del Antiguo Régimen, se colocaría el andamiaje para la estructura penitenciaria y, en el intervalo, se experimentarían sus propuestas y formulaciones ideológicas.[897]

Desde 1835 el Congreso del Estado de Jalisco decretó y reglamentó la instauración de talleres en la cárcel pública. Su puesta en marcha envolvía una concepción particular del castigo, con notas de corrección y rehabilitación propias del reformismo penal ilustrado. En lo espacial todo esto se amalgamó en un principio constructivo, con una mayor tecnología en sus elementos. La representación del espacio carcelario tuvo como expresión el modelo penitenciario, principalmente bajo el esquema panóptico, que compaginaba la higiene con la seguridad, y la dureza con el respeto que merecían los delincuentes por ser humanos.[898]

Jalisco procuró acoger la modernidad del Derecho penal con la construcción de la penitenciaría, impulsada por el gobernador Antonio Escobedo en 1841, con lo que el estado logró convertirse en el primero del país en contar con este novedoso establecimiento, al lado de Puebla que proyectó la empresa en 1844 con planos de José Manzo. En Guadalajara, originalmente el plano del proyecto quedó en manos del arquitecto Carlos Nebel, aunque en

[895] Perrot, *Mi historia de mujeres*, p. 59.
[896] Perrot, *Mi historia de mujeres*, p. 82.
[897] Pedro Oliver Olmo, Luis Gargallo Vaamonde, "La noción de ´reforma penitenciaria´ española en el desarrollo del sistema liberal de prisiones: cuestión de enfoques y aportes historiográficos*", Revista de Historia de las Prisiones*, núm. 3, 2006, pp. 109-110.
[898] Trinidad Fernández, *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*, p.77.

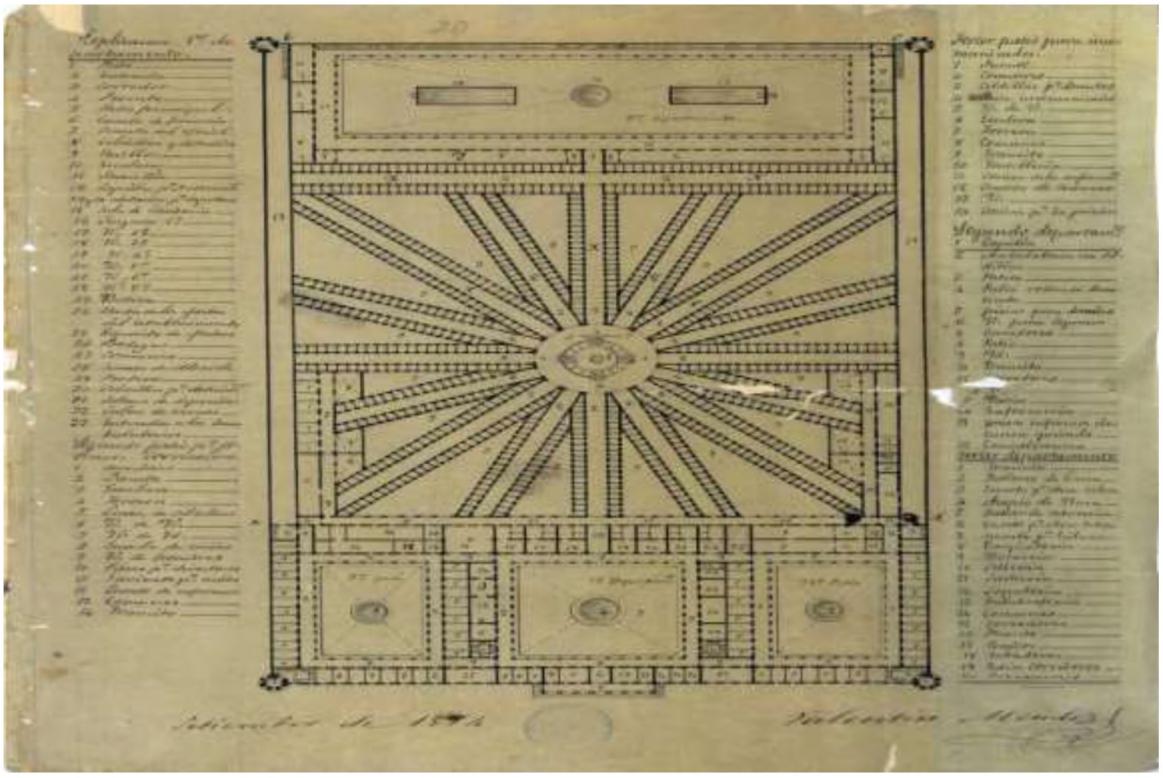
1845 figuró también su colega José Ramón Cuevas.[899] En diciembre de 1847 se nombró por comisionado y administrador de obra a Francisco Martínez Negrete.

Una vez en funciones, la "cárcel nueva" adoptó en su sistema interior el régimen de Auburn, que privilegiaba una composición combinada de celdillas solitarias y áreas de trabajo común, este modelo era contrario al de Filadelfia, que promovía el aislamiento celular total, la oración y el trabajo como medios para redimir al delincuente. La prensa no dilató en ovacionar la puesta en marcha del método penitenciario, convencida de que era el medio más adecuado para corregir al delincuente: en unos y otros el transgresor a tratar se concibió en masculino. Las mujeres, en cambio, estuvieron ausentes en el propósito de Escobedo, en los planos de los arquitectos, en las notas de los diarios y en la legislación del nuevo régimen penal. La exclusión de las reas jalisciense no fue la excepción, sino la regla. Las presas de la ciudad de México, tampoco fueron consideradas en el espacio de representación penitencial.[900]

Un plano elaborado en septiembre de 1854 por Valentín Méndez representa la penitenciaría dividida en tres departamentos, que grosso modo contaría con la siguiente distribución: en el primero de ellos tendrían lugar los juzgados y autoridades, que en uno de sus patios residiría la correccional de jóvenes con sus escuelas y en otro las celdillas destinadas a los presos decentes; en el segundo departamento habitaría el común de la población, los leprosos y los enfermos de causas graves; en el último se instalarían los talleres de rebocería, carpintería, herrería, sillería, sastrería, zapatería y talabartería. Como espacios que parecerían propios de lo femenino se identifican la pieza de la tortillería, la cocina de la prisión y la de enfermería, todos ubicados en el primer departamento. Sin embargo esto no significa que fueran áreas para que habitaran las presas; valga recordar que de acuerdo con las contratas de alimentos algunos reos eran destinados a la molienda y que el proveedor habitaba una sala cercana a ellos, la cual probablemente se trate del marcado con el título de

[899] Trujillo Bretón, *Entre la celda y el muro. Rehabilitación social y prácticas carcelarias en la penitenciaría jalisciense "Antonio Escobedo", 1844-1912*, pp. 69-70.
[900] Buffington, *Criminales y ciudadanos en el México moderno*, p. 140.

"cuarto de cocinero".[901] Como señala Jorge Trujillo, la composición del edificio confirma que la penitenciaría era un modelo masculinizado.[902]



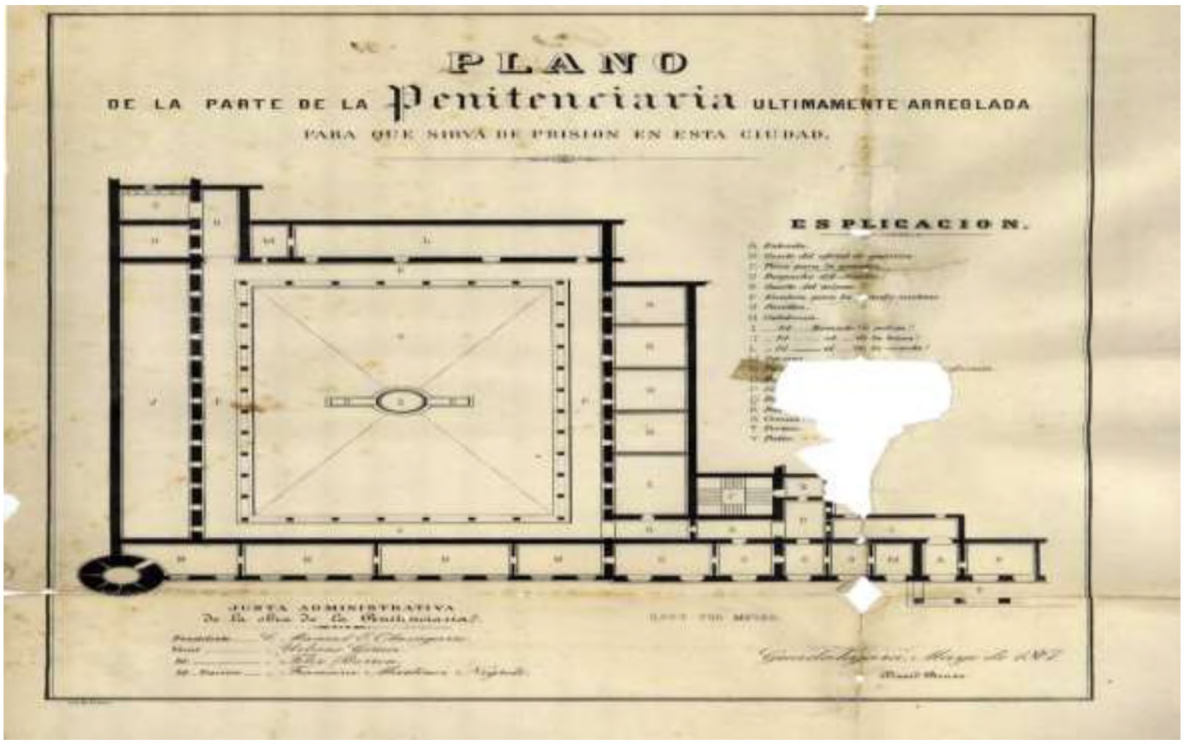
Plano 7 Penitenciaría, proyecto 1854. Fuente: AHEJ, sección Fomento 11, Obras Públicas de la Penitenciaría, c. 406, 1847.

El 15 de octubre de 1861, el entonces comisionado de obra de la penitenciaría, Jesús López Portillo, solicitó al poder ejecutivo estatal permiso de erogar lo necesario en el levantamiento de un plano, ya que los originales se perdieron en el incendio que sufrió palacio de gobierno. Además de la reposición de los anteriores, el objetivo de su petición era terminar el segundo cuerpo de la fachada, y "poner en estado de servicio el departamento izquierdo de la obra para establecer en él la prisión de mujeres"; pero el arquitecto en turno, David Bravo, le informó que algunos elementos no estaban considerados en los originales y era ineludible proyectarlos en un nuevo plano.[903] En el momento del escrito de López Portillo las presas

[901] AHEJ, sección Fomento 11, asunto Obras Públicas de la Penitenciaría, c. 406, año 1847, f. 20.
[902] Trujillo Bretón, *Entre la celda y el muro. Rehabilitación social y prácticas carcelarias en la penitenciaría jalisciense "Antonio Escobedo", 1844-1912*, p. 105.
[903] AHEJ, ramo Fomento, asunto Obras públicas, sig. F-11-847, c. 406, exp. 1, año 1847, f. 237 v.

habitaban en el edificio de la penitenciaría, y justo dos semanas después salieron de ella y se instalaron en la cárcel vieja de palacio de gobierno, por lo que no se descarta que el traslado obedeciera a los trabajos que realizaría Bravo.

Las piezas destinadas a las mujeres aparecieron en la representación arquitectónica en mayo de 1867 en las evidencias que entregó Bravo sobre los avances de obra; los calabozos, los separos y el departamento de damas estaban terminados, pero las presas tardaron cuatro años más en arribar a la penitenciaría, hasta septiembre de 1871. Esta exclusión del espacio físico no era fortuita, las transgresoras tampoco estuvieron presentes en las disposiciones reglamentarias pertinentes, ni en las dinámicas taller-escuela del método Auburn; las presas llegaron sí, mas su destino poco varió.



Plano 8 Penitenciaría, avances de obra, 1867. Fuente: AHEJ, sección Fomento 11, Obras Públicas de la Penitenciaría, c 406, 1847. Explicación: A, Entrada; B, Cuarto Oficial de Guardia; C, Pieza para la guardia; D, Despacho del Alcaide; E, Cuarto del mismo; F, Escalera para los guarda azoteas; G, Pasillos; H, Calabozos; I, Calabozos llamados de policía; J, Calabozos llamados de la trava; L, Calabozo llamado de la escuela; M, Separos; N, Piezas para la visita; O, Departamento de damas; P, Corredores; Q, Fuente; R, Baños.

III. De las representaciones del espacio, a la realidad femenina

De acuerdo con el Reglamento de la Casa de Recogidas de 1829, de los tres departamentos que enunciaba existían en el interior del establecimiento, el de castigo, corrección y depósito. Sólo para las remitidas al segundo se consideró la instauración de obrajes y talleres de tejidos o manufacturas propias a su sexo, que no las expusiera a instrumentos de fierro o acero cortantes o punzantes.[904] No obstante, la aplicación a estas actividades dependía de que abundaran presas, se cumplieran sus encomiendas de limpieza, y que no se requiriera su apoyo en el departamento de castigo, encargado de las labores de la molienda, la atolería y la preparación de tortillas. Los talleres serían una actividad emergente en caso de que faltasen tareas que asignar a las reas, ya que lo realmente útil era cumplimentar la proveeduría de presos.

Sin duda la faena en el metate era un castigo que infundía disciplina y reafirmaba los estereotipos de las mujeres de estamentos desfavorecidos, ya que justamente realizaban faenas que se consideraban acordes a su sexo y a su condición social y económica. Las jornadas femeninas distaban de la reformación que se planteó óptima en los hombres, pues para resarcir a los reos la implementación de talleres era central ya que a través de ellos aprenderían un oficio que les permitiría procurarse un medio honrado de vida y se forjarían en la disciplina. Además, a diferencia de las mujeres, disfrutaban de una parte de los ingresos que producía su trabajo.

Fernanda Sigüenza Vidal afirma que la instauración de algunas salas de labores, en cárceles de la ciudad de México, es signo inequívoco de la inclusión de las mujeres en la corriente reformatoria penal.[905] Por mi parte, sostengo que esta conjetura mira el fenómeno de la reclusión femenina, pero sin discernir las variables históricas. El régimen penal comprendió tres aspectos: la corrección, la reparación al tejido social, y la rehabilitación del

[904] Reglamento para la Casa de Recogidas (1829), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. III, pp. 339-351.

[905] Fernanda Sigüenza Vidal en su artículo presenta un interesante estudio sobre la reformación penitenciaria en las mujeres, pero carece de riguroso orden cronológico que permita valorar los avances o retrocesos en la materia, además, en ciertos puntos generaliza al mencionar que las mujeres tenían los mismos horarios y actividades que los hombres, cuando por la misma información se deduce que las presas desempeñaban arduas jornadas en la preparación de los alimentos, por lo tanto sus faenas eran particulares, de igual manera toma por extensivas disposiciones que sólo referían a realidades masculinas. Sigüenza Vidal, "La ex Acordada y Belén, una visión de la rehabilitación penitenciaria en la prisión en México (1833-1882)", pp. 208-209.

ciudadano. Que los talleres destinados a las presas quedaran plasmados en los reglamentos carcelarios era un avance pero no una garantía de su efectiva introducción, además, en el caso femenino su implementación tampoco representaban una novedad exclusiva del sistema penitenciario. Por otra parte, la cuadriculación del tiempo y el régimen disciplinario con fines correctivos ya estaba presente en este tipo de instituciones desde sus orígenes remotos, en la península ibérica a principios del siglo XVII.

Las labores que realizaban las presas, para satisfacer la proveeduría de cárceles, cumplían con resarcir la vindicta pública, al disponer su trabajo en beneficio de la república; pero las recluidas no recibieron de manera integral la instrucción moral y educativa que las rehabilitarían como ciudadanas, porque no lo eran en pleno derecho. Esto se debía a que el modelo de feminidad estaba restringido al ámbito doméstico, en donde poseían una mayor carga simbólica como madres y esposas, ya que para las nuevas corrientes del pensamiento decimonónico lo primordial era que esas amas de casa formaran ciudadanos ejemplares. Para cumplir con este objetivo, lo que se les debía enseñar no era en sí la amplitud de la ciencia y la razón, sino sólo lo suficiente para cumplir su cuidado/entrega al otro, su hijo.[906] La arquitectura de los espacios carcelarios femeninos confirma esta función-intención, ya que las áreas de trabajo de las presas eran únicamente las piezas de cocina y atolería, que estaban inmediatas a los dormitorios, esta disposición espacial, por ejemplo, se observa en el plano de la Cárcel Nacional, de la ciudad de México; en cambio, en la misma cárcel, los hombres contaban con una diversidad de salones para talleres, escuela, patios y dormitorios.[907]

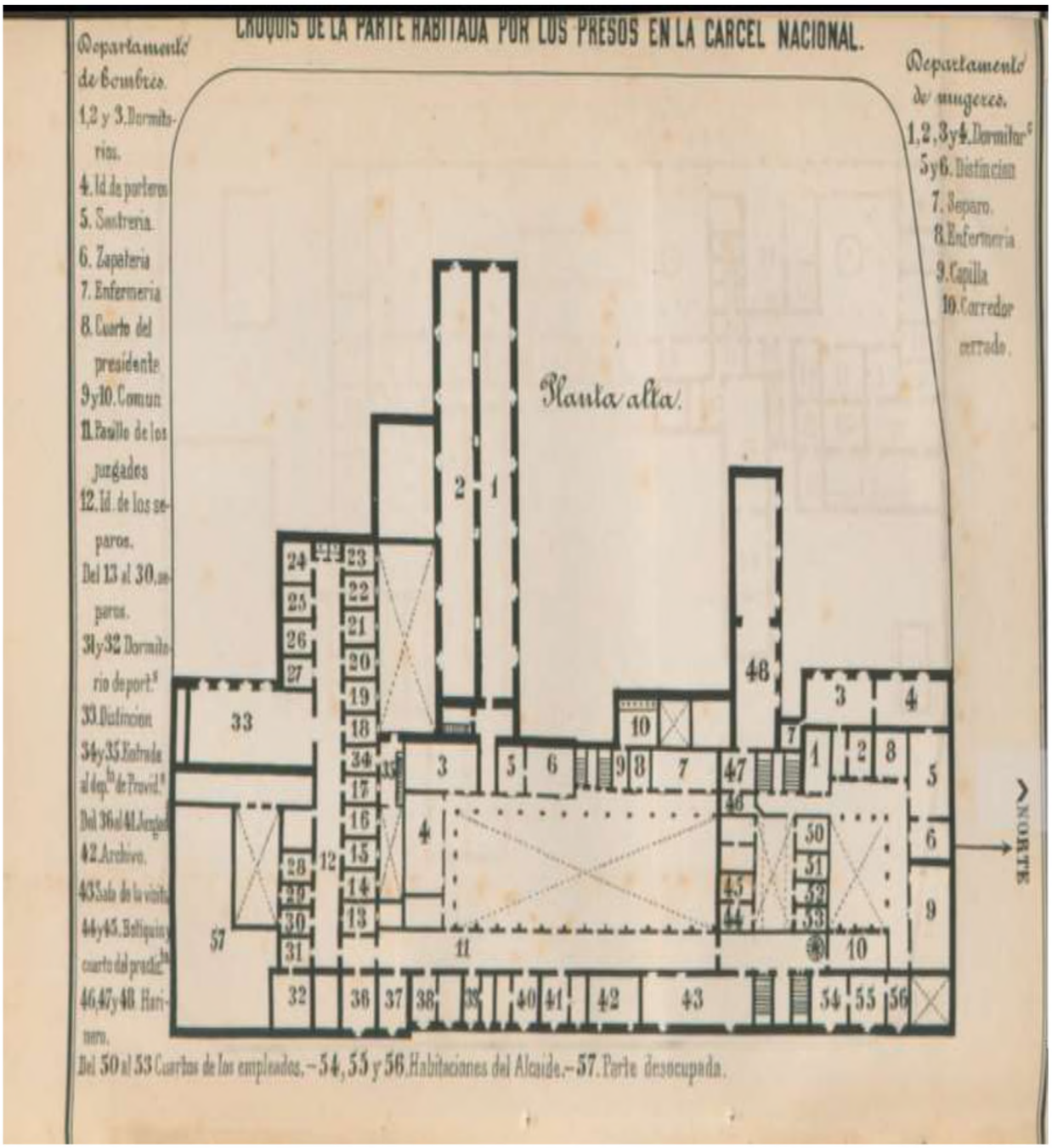
En las ordenanzas de 1788 de la Casa de Recogidas se dispuso que las recluidas se aplicaran a escarmenar e hilar algodón, labores que en efecto desempeñaron. Por otra parte, la encomienda de la proveeduría de cárceles la tomaron las recogidas de Guadalajara a partir de 1759, y desde entonces la consignación a las tareas del metate se concibió como máximo castigo, sólo que en aquellos tiempos el número de detenciones masculinas era inferior porque la pena de encierro no era la privativa, además el Estado mexicano todavía no asumía

[906] Rousseau lo dice así: "toda la educación de las mujeres debe ser relativa a los hombres, gustarles, serles útiles, hacerse amar y honrar por ellos; cuando jóvenes, educarlos; cuando grandes, cuidarlos; aconsejarlos, consolarlos, hacerles la vida agradable y dulce: he aquí los deberes de las mujeres en todas las épocas, y lo que se les debe enseñar desde su infancia". Citado por Perrot, *Mi historia de mujeres*, p. 118.
[907] Véase el plano 9, retomado de Francisco Javier Peña, *Estudio Higiénico de las cárceles de México*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1875, p. 46.

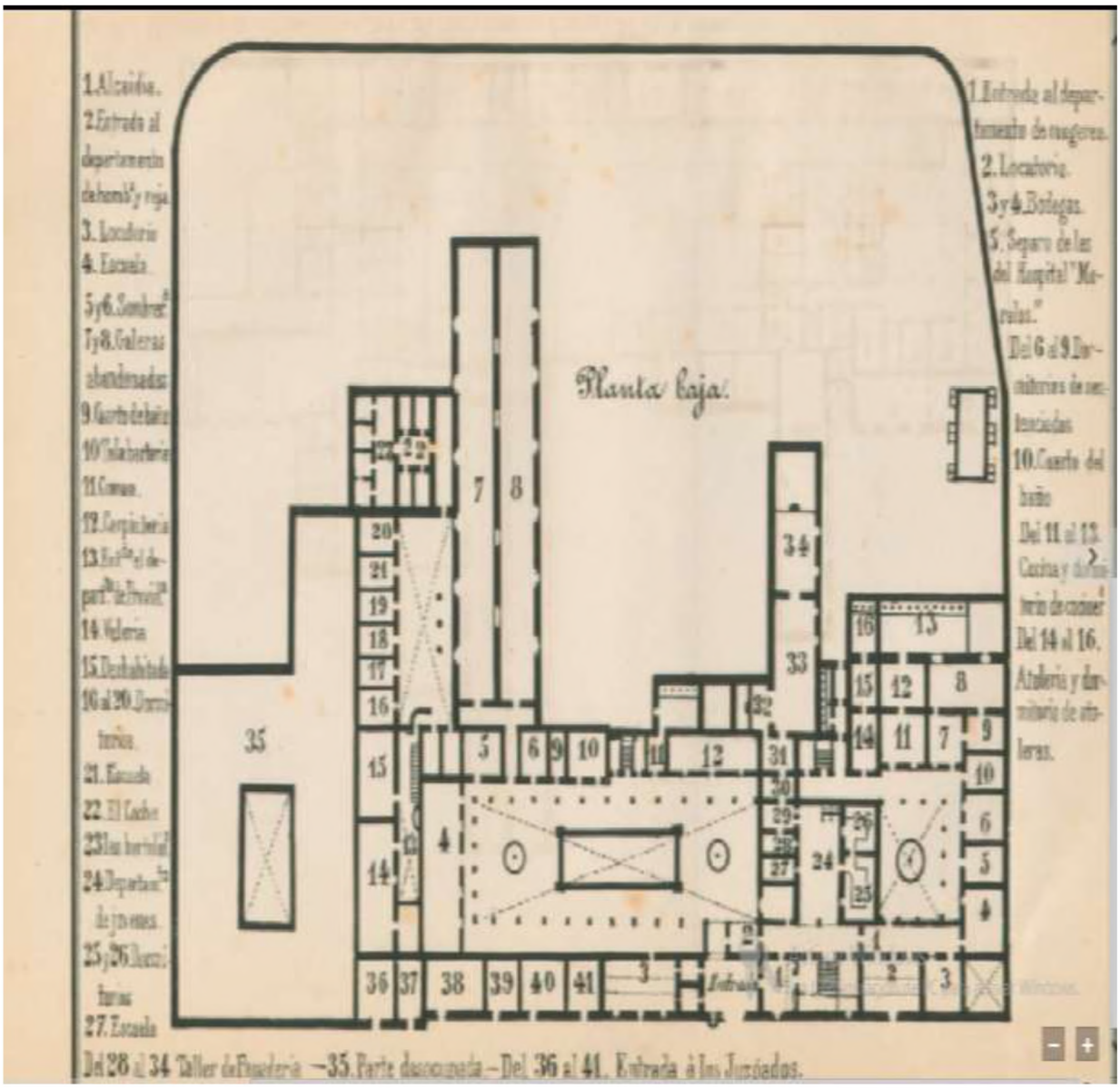
un papel de proveedor hacía con los reos. En la Magdalena de Puebla, la casa de Pátzcuaro, y de los Dolores en San Luis Potosí, las recogidas también desarrollaron estas dos actividades.

La cárcel de la ex Acordada en la ciudad de México albergaba un departamento femenino, y en 1831 se formaron cinco talleres: hiladoras de algodón, costureras, lavanderas, telares de paños de algodón, y tejedoras de puntas y encajes, en 1833 se adquirieron un par de tornos. El reglamento de 1844, también de la ex Acordada, preveía que los empresarios establecerían los talleres convenientes para las presas y en el entretanto podrían destinarse todas a hilar, tejer, escarmenar, varear algodón o coser ropa, según lo que cada una escogiera de estos ramos.[908] Sin embargo, en ningún momento dejaron la proveeduría de presos, por lo que valdría preguntarse quiénes y cuántas podían dedicarse a estas otras actividades. Pese a la expresa disposición reglamentaria parece ser que los talleres tenían existencias episódicas: una visita celebrada en Belén en 1862 evidenciaba su ausencia y precisaba que eran indispensables su implementación para que la estancia fuera en efecto correctiva; por la desatención en resolver esta falta, en 1864 García Icazbalceta propuso al gobierno del emperador que se instalaran un par de telares "con un motor de hombres a cuya dura faena se destinarían, a modo de castigo, los reos que lo merecieran por su mala conducta".[909]

[908] AGN, Gobernación Legajos, leg. 1886, c. 2372, vol. 2, exp. 1, año 1852, f. 8.
[909] García Icazbalceta, *Informe sobre los establecimientos de beneficencia y corrección de esta capital: su estado actual; noticia de sus fondos; reformas que desde luego necesitan y plan general de su arreglo, presentado por encargo de José María Andrade*, p. 164.



Plano 9 Planta Alta de la Cárcel Nacional (Belén), 1875. De lado derecho, marcado con el número 1, 2, 3 y 4 los dormitorios de mujeres. Fuente: Francisco Javier Peña, *Estudio Higiénico de las cárceles de México*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1875, p. 46.



Plano 10 Planta Baja de la Cárcel Nacional (Belén), 1875. Explicación: De lado derecho, marcado con el número 1 se ubica la entrada al departamento de mujeres; 2 locutorios; 3 y 4 bodegas; 5 separo de las del Hospital Morelos; 6-9 dormitorios de sentenciadas; 10 cuarto de baño; 11-13 cocina y dormitorios de cocineras; 14-16 atolería y dormitorios de atoleras. Destaca que entre las piezas de las mujeres no hay ninguna identificada como escuela, o sala de talleres o labores, como en el caso de los hombres. Tampoco los presos duermen en las mismas piezas de las áreas de los oficios, en cambio las atoleras tienen sus dormitorios en el mismo sitio de su trabajo, al igual que las cocineras, muy probablemente por los horarios de sus jornadas. Fuente: Francisco Javier Peña, *Estudio Higiénico de las cárceles de México*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1875, p. 46.

Más allá de las industrias del torno, las presas de la ciudad de México, las de Puebla y Guadalajara, compartieron un castigo: cumplimentar la proveeduría de presos. Por lo menos hasta antes de 1865 en la cárcel de la Diputación, en la capital del país, las condenadas a trabajos propios de su sexo se encargaban de las faenas del metate y el fogón. En estas jornadas también se llegaron a emplear reos que no tuvieran esta pena, pero según lo establecido en el reglamento, a ellos se les debía dar una gratificación: a los cocineros de tres pesos mensuales y a las atoleras y tortilleras de 12 reales.[910] En la ex Acordada las reas también trabajaban en elaborar tortillas, atole y guisos. En la cárcel poblana las mujeres tenían por destino principal una atolería y una cocina, seguidas de una sala de labor, una de lavandería y otra de planchaduría, los ingresos que se obtenían de estas últimas actividades quedaban al arbitrio de los jueces y desempeñar una u otra tarea dependía de lo consignado en la sentencia.[911] En las Recogidas de Guadalajara, las detenidas se ponían a disposición de quién retuviera la contrata de alimentos y las tareas de la molienda se reservaban a las formalmente sentenciadas por ser un castigo más severo; mientras que las contenidas, con proceso en ciernes o faltas leves, participaban en la preparación del recaudo, los guisados y la limpieza, aunque esto pocas veces quedó detallado en los lineamientos institucionales.

El reglamento del interior de la penitenciaría de Jalisco, elaborado en diciembre de 1862 durante la gubernatura de Jesús López Portillo (1862),[912] enuncia en dos ocasiones a las presas, en ambas de manera bastante ambigua. En una de las referencias menciona que las condenadas a trabajos públicos serían destinadas dentro de las mismas cárceles a su servicio interno y a otras labores propias de su sexo, sin mayor precisión. En una segunda disposición se indica que aunque lo dispuesto es propio de la penitenciaría, y de las mujeres en cuanto sea compatible, lo reglamentado se haría extensivo a todas las cárceles del estado, y sus disposiciones obligarían en todo aquello que sea posible observarlas.[913] Este vacío se replicó en los lineamientos de los establecimientos particulares de la ciudad de México, en

[910] AGN, Gobernación Legajos, leg. 1886, c. 2372, vol. 2, exp. 1, año 1852, f. 27.
[911] Marín Ibarra, "Espacios de reclusión femenina en la ciudad de Puebla (1862-1867)", p. 163.
[912] Jesús López Portillo ocupó la gubernatura en un par de episodios más, en 1865 y 1866.
[913] Reglamento interior de la penitenciaría (1862), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. I, serie II, 1857-1862, pp. 528-533.

la cárcel del puerto de Mazatlán y en los generales del imperio, pero ninguno determinó qué era lo propio de lo femenino, ni en qué convergía con lo masculino.

De acuerdo con los postulados de Jeremy Bentham, el horror de una prisión no debería recaer en la idea del trabajo, sino sobre la severidad de la disciplina, sobre un vestido humillante, un alimento grosero y, sobre todo, la privación de la libertad.[914] Estas premisas se observan en el reglamento mencionado de 1862, en él se estipulaba que los hombres tenían permitido ejercer su oficio o profesión, concurrirían a la escuela, en especial los que no supieren leer y escribir; y los que por falta de recursos económicos tuvieran la precisión de trabajar para vestirse, calzarse o alimentar a sus familias, podrían dedicarse de manera exclusiva a los empleos remunerados; en sí una de las prioridades era que cada reo procurara los medios necesarios de subsistencia y, de ser preciso, sostener su hogar. El trabajo, a pesar de ser un medio disciplinante, no se formuló como una imposición, sino que se planteó como una necesidad, sí el preso lograba asimilarlo de esta manera, su desempeño incidiría en su reformación y se convertiría en un honrado trabajador respetuoso de lo ajeno, un individuo productivo que procuraría el cumplimiento del pacto social.

En cuanto a la disciplina que se vislumbra en los horarios de la penitenciaría, se menciona en el referido reglamento que los presos se levantarían a las 6:00, desayunarían una hora después, enseguida pasarían a los salones a ocuparse en sus labores o estudio, a las 12:00 saldrían una hora al patio; a la 1:00 comerían, reposarían una hora, y continuarían con sus faenas; a las 8:00 descansarían nuevamente, y a las 9:00 quedarían en sus dormitorios.[915] Esta carga horaria no era compatible con las reas, pues ellas no podían iniciar su día a las 6:00 de la mañana porque una hora no era suficiente para alistar la molienda, preparar el atole y disponer las semitas o tortillas que se servirían en el desayuno de los reos de uno y otro sexo; no tenían cuatro horas matutinas para instruirse o desempeñar su oficio, porque debían disponer las tortillas y guisos que se consumirían en la comida de medio día; por las tardes muy probablemente se dedicaban a la limpieza de las piezas de cocina, hornillas y metate;

[914] Bentham, *Panóptico*, p. 39.
[915] Reglamento interior de la penitenciaría (1862), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. I, serie II, 1857-1862, pp. 516-518.

pocas horas quedaban para el descanso, el aseo personal y de su indumentaria, y con estas jornadas el tratamiento correccionalista masculino se alejaba de la realidad femenina.

Por múltiples locales transitó la institución de Recogidas, y cabe considerar que no todos contaron con las áreas necesarias que requería la proveeduría: en el sitio en que estuvieron en agosto de 1864 se les prohibió prender braseros por lo reducido del espacio.[916] En el informe de López Portillo de octubre de 1865, ya en otro establecimiento, el comisario imperial atestiguó que las presas no se dedicaban a ocupación alguna. A juicio del funcionario se podía evitar esa "perniciosa ociosidad destinándolas al condimento de su propia comida o en labores de munición de tropa". Por otra parte, la situación de los hombres resultaba similar, sólo unos "pocos se ocupaban en tejer sombreros de palma y otras obras manuales".[917]

Aseverar que en las Recogidas de Guadalajara las recluidas contaron en algún momento con la instrucción de un preceptor de primeras letras, o que recibían lecciones edificantes resulta complicado, pues la documentación localizada no permite profundizar en la materia. Lo que sí es posible precisar es que se les ministraba misa de manera semanal y ese mismo día, por la tarde, el capellán las instruía en un punto moral, además de que cada año participaban en los ejercicios espirituales.[918]

En el departamento de mujeres de la ex Acordada, en cambio se sabe que, en 1841 la Compañía Lancasteriana propuso educar a los reos en costumbres, instrucción primaria y religiosa, y un año después replicó el sistema con las presas. La Junta de Señoras Socias de la Compañía Lancasteriana sufragó una profesora que les impartiría clases de 7:00 a 10:00 de la mañana,[919] aunque seguramente este beneficio no era para todas ya que tenían en sus manos la proveeduría de alimentos. En el departamento de mujeres de Belén las clases de silabario, escritura y aritmética aparecieron en 1870.

[916] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 1, paqt. 125, leg. 65, exp. 9, año 1864, ff. 2-2v.
[917] AGN, Justicia Imperio, vol. 108, exp. 37, año 1865, ff. 337-337v.
[918] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 61, inv. 26231, año 1865, f. 14; BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 61, inv. 26211, año 1862, f. 2.
[919] Sigüenza Vidal, "La ex Acordada y Belén, una visión de la rehabilitación penitenciaria en la prisión en México (1833-1882)", p. 216.

La aparición de juntas de señoras distinguidas significó una manera de incursionar en el ámbito público, desde sus códigos domésticos y maternales.[920] A su vez, esto constituyó una feminización de la caridad que subsanó con sus aportes el vacío que dejaban las organizaciones eclesiásticas que atendían a grupos desfavorecidos, ya que además contribuían con donativos para su vestimenta. En España al igual que en México, la instrucción, sobre todo moral y religiosa, que se logró acercar a las delincuentes estuvo copada por las asociaciones de asistencia social, compuestas por damas de mayor estatus,[921] y su relevancia disminuyó a medida que el Estado cimentó una estructura educativa que se ocupó en la reformación de las reas.[922] En los hombres, en cambio, la educación de los presos se pensó como un elemento imprescindible para prevenir reincidencias y forjar ciudadanos respetuosos de las leyes y ajustados a la moral. [923]

Comprender por qué la realidad de las presas, al parecer compartida en diferentes latitudes, disentía de las experiencias masculinas evidencia un sesgo de género. Una circular del estado de Jalisco, referente a los vagos, ilustra una diferencia que resultó inobjetable: en 1856, por decreto presidencial, se dispuso la detención de los vagos,[924] el gobierno local advirtió que la medida concernía a hombres y mujeres, pero al considerar que la finalidad era que la vagancia se corrigiera "dando una ocupación y dedicando a algún oficio a los que carecen de ellos, y esto no puede hacerse con las mujeres", se juzgó conveniente que estas últimas no estuvieran incluidas en la referida ley.[925] Dar un oficio a las vagas fue impedimento suficiente para eludir su aprehensión, porque en las autoridades la concepción de trabajo, y su utilidad correctiva, se cifraba en lo masculino, en los talleres de rebocería,

---

[920] Nancy Fraser, "Repensar el ámbito público: una contribución a la crítica de la democracia realmente existente", *Debate Feminista*, vol. 7, 1993, p. 31.

[921] En España la aparición de este tipo de asociaciones benéficas es bastante más temprano, en comparación a lo registrado en el caso mexicano. En 1788, en Madrid, la Junta de Damas de Honor y Mérito se constituyó en asociación de caridad con la finalidad de tomar a su cuidado a los pobres de las cárceles de Villa y Corte y de la Galera; casi una década después, en 1799, surgió la Asociación de Caridad del Buen Pastor, con el mismo propósito de socorrer a los presos. López, *El cepo y el torno. La reclusión femenina en el Madrid del siglo XVIII*, p.159.

[922] Martínez Galindo, *Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913),* pp. 270-271.

[923] Trinidad Fernández, *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*, p.71.

[924] Cesare Beccaria argumentó que el delito del ocio (la vagancia) consistía en no contribuir a la sociedad ni con el trabajo ni con las riquezas. Beccaria, *De los delitos y de las penas*, p. 67.

[925] Se declara que el decreto de vagos no comprende a las mujeres (1856), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. XIV, Tip. Del gobierno a cargo de J. Guadalupe Montenegro, [1884], Guadalajara, Congreso del Estado de Jalisco, 1981, p. 92.

sastrería, zapatería y herrería, entre otras actividades.[926] La resolución de las autoridades jaliscienses evidencia que la concepción de la vagancia como transgresión se construyó desde la configuración del sujeto masculino, desde la visión de un hombre que no asimila el trabajo ni sus obligaciones, por lo que era necesario someterlo a ellas. En cambio, el perfil transgresor de las mujeres estaba sustentado más en el erotismo de su cuerpo, decencia y moralidad de sus actos.

Las virtudes del trabajo tenían una limitante en las mujeres. Esta misma visión permeaba en las cárceles de mujeres, a pesar de que las aprehendidas tuvieran una inserción económica tangible como lavanderas, planchadoras, sirvientas, cocineras, atoleras, tortilleras; o en labores más industriosas, por ejemplo costureras, obrajeras o hilanderas. No obstante, su agencia en el concierto del mercado laboral fue prescindible ya que en todo caso su reinserción se efectuaría en la esfera doméstica,[927] en donde cumplirían con los roles tradicionales de madres y esposas, o colocadas en el servicio doméstico.[928] Para las autoridades, desde las representaciones del espacio, el encierro institucional reproduciría y confirmaría el modelo imperante del deber ser femenino, al constituirse como una

[926] Silvia Arrom señala que las mujeres vagas, durante el siglo XVI, recibieron sanciones por su estado de vagamundas, sin embargo, a partir del XVII y hasta mediados del XVIII fueron excluidas de las leyes contra la vagancia. Es probable que el decreto del estado de Jalisco sea indicativo de una nueva etapa de exclusión de las vagas. Arrom, *Para contener al pueblo: El hospicio de pobres de la ciudad de México (1774-1871)*, México, CIESAS, 2010, p. 50.

[927] Valga recordar, como referí en el capítulo I, que en la casa galera de Madrid, la esposa del alcaide tenía como encomienda colocar a las galerianas en el servicio doméstico. Esto mismo se ha documentado para el caso de la Residencia, de Buenos Aires, allí por disposición del virrey las reas eran dadas al servicio con particulares, confróntese para el caso porteño De Palma, *Recluidas y marginadas. El recogimiento de mujeres en el Buenos Aires colonial*, p. 54. Por otra parte, Elisabeth Almeda acusa que en la actualidad, en el contexto español, las cárceles de mujeres sólo fomentan la formación de las presas en las tareas del hogar y en la ética del espacio privado. Almeda, "Pasado y presente de las cárceles femeninas en España", pp. 101-102.

[928] Salvatore y Aguirre, "Revisitando *El nacimiento de la penitenciaría en América Latina* veinte años después", p. 19.

prolongación de su estrecha cocina,[929] al habituarlas a la obediencia y las labores propias de su sexo,[930]con un trabajo doméstico, invisible, no valorizado, por no estar remunerado.[931]

A pesar de la falta de políticas encaminadas a que las presas se insertaran en actividades productivas remuneradas, algunas reas buscaron por su cuenta los medios de obtener recursos económicos. En 1837, en la ex Acordada, la presidenta del departamento de mujeres, Lucía Chavira, mercaba entre sus compañeras utensilios personales y comestibles, además comerciaba almuerzos en los juzgados de letras.[932] En 1865, en la cárcel de Belén, algunas vendían tamales y golosinas a dependientes y presos, hasta que se les prohibió el trato por ser "sumamente perjudicial y nocivo a la moralidad".[933] Sin duda, las aprehendidas también tenían familia y necesidades particulares que satisfacer. Por ejemplo, en las Recogidas, María Jesús González, procesada por heridas en abril de 1861, fue recluida con sus cinco hijos pequeños, por faltas de providencias para alimentarlos la proveeduría tuvo que ministrar las raciones para la familia.[934] En la misma fecha los vecinos de Jacinta Cardona testificaron por escrito que la mujer vivía sola con dos hijos y los sostenía con su profesión de atolera, su prisión por cuatro meses orilló a su prole a mendigar.[935] La situación de estas mujeres confirma que en las Recogidas las presas estaban privadas de ingreso económico alguno, mientras que en el exterior aportaban al gasto del hogar o fungían como proveedoras jefas de familia.[936]

---

[929] En particular, el trabajo de tortilleras y cocineras era percibido como una actividad que mantenía a las mujeres "encerradas en su cocina". Miguel Isais Contreras "Ley naturalismo y género. Dicotomías sexuales en torno al delito y la justicia en Guadalajara durante la transición de Independencia", Isais, Miguel Ángel, Candelaria Ochoa y Jorge Gómez (coords.), *Mujeres insurgentes, mujeres rebeldes*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2015, p. 246.

[930] Para el caso de España, Gema Martínez documenta una realidad diferente en cuanto a los ingresos que recibían las mujeres. En las casas galeras, a mediados del siglo XIX, las galerianas eran aplicadas a faenas de hilado en torno y recibían la mitad o la tercera parte del producto de su trabajo. Martínez Galindo, *Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913),* pp. 196-197.

[931] Perrot, *Mi historia de mujeres*, p. 137.

[932] Sigüenza Vidal, "La ex Acordada y Belén, una visión de la rehabilitación penitenciaria en la prisión en México (1833-1882)", p. 213.

[933] AGN, Justicia Imperio, vol. 106, exp. 4, año 1865, ff. 31-34.

[934] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 8, inv. 18847, año 1861, f. 17.

[935] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 3, inv. 18650, año 1861, f. 2.

[936] Estos ejemplos sobre los nulos ingresos que percibían las mujeres corrobora uno de los postulados que Victoria López identifica en el Madrid del siglo XVIII, en los que afirma que la reclusión femenina desestructuraba temporalmente la unidad familiar porque significaba que dejarían de contribuir con recursos

Mientras las Recogidas carecían de un establecimiento fijo, para la instauración de la casa de corrección de jóvenes se procuró buscar un lugar que permitiera la institución de talleres y escuela. El objeto de su creación tenía una doble finalidad: por una parte forjarles un oficio y por otra mantenerlos separados de los delincuentes adultos, más experimentados en la escuela del crimen. En cambio, en los departamentos femeninos esa discriminación por edad fue inaplicable, y en los reglamentos sólo se atendía lo dispuesto en la Ley nacional sobre reformas de cárceles, puesta en vigor en enero de 1840, en ella se dispuso que la división interior se basaría en incomunicados, sentenciados y detenidos.[937] En los espacios carcelarios de presas, de manera puntual en el caso de Guadalajara, la separación fue ilusoria y de manera indistinta convivían ebrias con prostitutas, ladronas con homicidas, por lo tanto esta disposición también era incompatible en uno y otro sexo.

En lo que sí empataban las instituciones carcelarias de hombres y mujeres fue en sus funciones administrativas, por ejemplo en el personal que se consignaba debía haber en cada establecimiento. En atención al reglamento de 1862, un año después, en abril, la rectora, Eufemia Herrera, propuso a la jefatura política una lista de las reas pertinentes para los cargos de confianza: como bastonera, Petra Gallardo; por sotobastonera, Teófila Galván; primera golpera, Francisca Velázquez; segunda, Jacoba Hernández; gritona, Juana Domínguez; celadora, Luz González; calabocera, Natividad López.[938] Sus propuestas se aceptaron, aunque por lo corto de sus sentencias varias de ellas dejaron su cargo en poco tiempo: Galván, Domínguez y González fueron excarceladas el 1 de mayo.

Cada uno de los puestos envolvía parte de la cultura carcelaria, con formas represivas de relacionarse y mantener el buen orden. De igual manera, dejaba de manifiesto los cambios en la disposición espacial del establecimiento, la tornera y el torno de otrora, desaparecieron mientras surgieron las golperas y las puertas de primer y segundo golpe. A diferencia de los empleos de alcaides y rectoras, la profesionalización del resto de los oficios carcelarios, sin que se dispusiese de los reos y presas, mereció pocos cuidados. En 1865, Maximiliano

económicos y con los cuidados que realizaban sobre otros miembros de la familia. López, *El cepo y el torno. La reclusión femenina en el Madrid del siglo XVIII*, p. 87.

[937] José Barragán Barragán (ed.), *Legislación mexicana sobre presos, cárceles y sistemas penitenciarios (1790-1930)*, México, Secretaria de Gobernación, 1976, p. 123.

[938] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 1, paqt. 122, leg. 62, exp. 34, año 1863, f. 3.

procuró profesionalizar a los administrativos de primer nivel; respecto al puesto en la rectoría se especificó que las aspirantes debían tener por lo menos 34 años de edad, saber leer, escribir, contar y acreditar buena conducta, además una vez obtenido el cargo vestirían un distintivo traje en color azul obscuro.[939]

En los regímenes liberales el ejercicio de la justicia procuró instaurar por común denominador la pena de privación de la libertad, acompañada de la idea de corrección. Sin embargo, la introducción del sistema penitenciario en las leyes presentó diversos resquicios a pesar de que desde 1848, por decreto presidencial, se incentivó la construcción de penitenciarías en los territorios y estados de la república; además su materialización poco significaba mientras no se codificara la privación de la libertad como máximo y único castigo. No obstante la medida tuvo resonancia, pues ese año Lorenzo de la Hidalga formó un primer plano para el establecimiento que se construiría en la ciudad de México. Más tarde, en 1854, Tepic hizo lo propio,[940] al igual que Durango en 1862. La mayoría de los modos constructivos se basaron en el principio del panóptico, con una estructura funcional y racional que diseñó una tecnología omnicontemplativa.[941]

A la par que se enarbolaba un sistema de encarcelamiento, en 1854 el gobierno estableció un presidio en Baja California con la finalidad de poblar la región, por ese mismo año Jalisco remitió sus primeros presidiarios.[942] Tiempo después, en agosto de 1862, se determinó que los reos con penas de reclusión, presidio, obras públicas y trabajos forzados por más de un año, se destinaran a la colonización de Baja California y Yucatán;[943] esto resultaba acorde con las características del castigo utilitarista, no del correctivo, y por tanto contrario a los principios del nuevo régimen carcelario en el que privaba el castigo de encierro.

---

[939] Decreto sobre cárceles, *Colección de leyes, decretos y reglamentos que interinamente forman el sistema político, administrativo y judicial del Imperio*, t. V, p. 106.
[940] Raymundo Ramos Delgado y Carlos Enrique Flores Rodríguez, "La penitenciaría del séptimo cantón de Jalisco en el siglo XIX. Una visión historiográfica desde la arquitectura", *Revista de Historia de las Prisiones*, núm. 5, 2017, pp. 75-97.
[941] Bentham, *Panóptico*, p. 16.
[942] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 1, paqt. 76, leg. 188, exp. 39, año 1855, f. 18.
[943] Barragán Barragán (ed.), *Legislación mexicana sobre presos, cárceles y sistemas penitenciarios (1790-1930)*, pp. 208-209.

Por otra parte, el Derecho penal tampoco derogaba por completo la pena capital, aunque la Constitución de 1857 reconocía la necesidad de su abolición para instaurar el sistema penitenciario, sin embargo las condiciones violentas que experimentaba el país justificaban su uso. En abril de 1867 se admitió la condena de muerte a ladrones, homicidas y estupradores, así la aplicación del último suplicio aparecía vacilante en una república convulsa que pretendía consolidarse en el moderno Derecho procesal, penal y penitenciario. En el periodo del Segundo Imperio en este aspecto la situación fue similar, ya que consideró diversos destinos para confinar a los sentenciados: la cárcel, la penitenciaría, el presidio, y los lugares de destierro, mismos que respondían a una lógica de gradación de los delitos y de las penas.

Valga precisar que la pena capital no se usó en mujeres, tampoco el envío a presidios; lo que se utilizó como método de castigo fue la deportación y, sobre todo, el encierro en las cárceles. En los países en que la corrección de las presas quedó en manos de las hermanas del Buen Pastor, o símiles, la máxima era transformar a las mujeres viciosas en virtuosas a través de la práctica de la moral católica y el desempeño de quehaceres domésticos. En México la inclusión de los departamentos femeninos al sistema carcelario del Estado y el proceso de secularización dejaron sin cabida la mística de la conversión que envolvía una reformación religiosa-moral, al estilo de María Magdalena, que en sus comienzos enarbolaron las casas de recogidas, y que resultaba más acorde a un tipo conventual.[944]

Al cifrarse el castigo de las infractoras en satisfacer la proveeduría de alimentos la pena se alejó de los principios correctivos, y en cambio se identificó más con la fase vindicativa utilitaria, caracterizada por su premisa de resarcir el daño hecho a la sociedad. Los códigos de las formas punitivas femeninas perpetuaban y reproducían en las reas los papeles tradicionales de cuidadoras, entregadas al otro, en este caso a los presos. Así mismo, la encomienda de la carcelería, que se anteponía a sus intereses, refrendaba su lugar como sujeto de menor categoría.

[944] La normativa penitenciaria, con un objetivo secular, ha tenido por orientación procurar la progresiva suavización del régimen interno de los establecimientos y una tendencia humanitaria permanente en su ejecución. Carlos García Valdés, "La estrategia de la legislación penal", *Anuario de la Facultad de Derecho*, núm. 9, 2016-2017, p. 73.

El destino de las sentenciadas, en el fogón y el metate, equivaldría en los hombres al trabajo en obras públicas, y aunque este tipo de condena se abolió en el código penal de 1871, las contenidas continuaron inmersas en sus faenas de molenderas y cocineras, porque esto era lo útil y propio a su sexo y condición social, como lo era enseñar costura, lavado y cocina a las niñas del Hospicio porque así podrían ser colocadas en el servicio doméstico con familias respetables.[945] El correccionalismo masculino se contrapuso a la etapa retribucionista en la que permanecieron las reas por varias décadas más. Las mujeres, con el usufructo de su trabajo compensaban su falta a la colectividad; para ellas la privación de la libertad no era el fin último de su condena sino el medio de asegurar su mano de obra.

La criminalidad femenina escapó de la mirada penitenciaria porque se le concebía como un mal menor, producto del vicio o del pecado; además, las mujeres tenían una participación marginal en el mercado laboral, su trabajo era invisibilizado, y no se consideró su reinserción en él.[946] Por otra parte, su bajo índice criminal no representaba una amenaza real a la sociedad, ni significaba una obstrucción a los proyectos constructivos del Estado mexicano.[947] Además, si entre hombres y mujeres era distinto el motivo de la transgresión, distinto también debería ser el castigo y la reformación. El reducido número de presas, comparado con el de hombres, al igual que una elevada cantidad de detenciones por prostitución y embriaguez, parecían consolidar un argumento que tenía una honda raíz en las construcciones de género.

[945] El viajero W.H. Bullock, viajero que visitó Guadalajara en 1860, narra sobre el Hospicio lo siguiente: al crecer las niñas se les enseña costura, lavado y cocina y otras cosas útiles que las capacitan para llevar una vida honrada. Cuando tienen surte suficiente y edad, se les consigue colocación entre las familias respetables y así empiezan su carrera en la vida. Bullock también refiere que las niñas realizaban trabajos de aguja y fantasía que eran vendidos al interior del Hospicio, sus ganancias les eran entregadas a las muchachas al abandonar el establecimiento. Además, durante el tiempo que el establecimiento fue administrado por las Hermanas de la Caridad, las religiosas enseñaron a las huérfanas las primeras letras. "W.H. Bullock", José María Muriá y Angélica Peregrina (comps.), *Viajeros anglosajones por Jalisco, siglo XIX*, pp. 177-1778.

[946] Salvatore y Aguirre, "Revisitando *El nacimiento de la penitenciaría en América Latina* veinte años después", p. 19.

[947] Buffington, *Criminales y ciudadanos en el México moderno*, p. 140.

Capítulo IX. De la fría cifra a la historia de vida. Índices de criminalidad y transgresoras (1858-1871)

Sumario: Introducción; I. Transgresoras en números; II. De carne, hueso y sentimientos; III. Penitentes recogidas

Introducción

En este periodo, 1858-1871, en paralelo, las autoridades de Jalisco encaminaron sus esfuerzos y magros recursos en concluir la penitenciaría del estado, un proyecto en el que por décadas sólo se contempló la presencia masculina. La situación resultaba acorde a las políticas del plano nacional que favorecían la consolidación de las bases de un nuevo régimen penal. Las mujeres no estuvieron incluidas en este sistema, ya que la forma de percibir su feminidad entrecruzó la construcción social sobre su criminalidad, la cual distó de la concepción masculina. Por sus cifras, esta última era siempre más alarmante y urgente de atender, en cambio las presas experimentaron un castigo diferenciado porque distintos eran los impulsos que las llevaban a transgredir la ley. Lo itinerante de la sede de las Recogidas, el rumbo que tomaba la construcción de la penitenciaría, los datos concretos respecto al índice de criminalidad, y las formas y prácticas con las que dotaron de significado su encierro, evidencian una realidad femenina divergente de las fases, modos y objetivos que perseguían las prácticas penales masculinas encaminadas a la corrección y reformación de los hombres ciudadanos.

En la Casa de Recogidas convergieron múltiples mujeres, cada una con una historia particular, y una manera singular de sobrellevar el encierro y castigo. La mayoría de su trascurrir cotidiano quedó disipado tras los muros del establecimiento, sin embargo, es posible delinear algunos episodios de su estadía en las Recogidas e identificar de cierta manera sus vivencias.

I. Transgresoras en números

La estadística, al igual que la implementación del régimen penitenciario, se convirtió en símbolo inequívoco de modernidad en el que las naciones buscaban insertarse. En México, por ejemplo, la institucionalización de esta actividad se dio en 1833 con la creación del Instituto Nacional de Geografía y Estadística; con el impulso de cuantificar, además de conocer la distribución de la población e identificar patrones de crecimiento, surgió también un interés por plasmar en cifras la criminalidad con el propósito primario de mejorar la pronta impartición de justicia. Para los intelectuales decimonónicos el aumento o disminución en la desviación a la norma significó que una población era sana por naturaleza o desviada en forma determinante;[948] en un primer momento, recabar estos datos permitió saber de dónde venía el mal y posteriormente se afinó el levantamiento de información y se consideraron variables que permitieran conocer con detalle quiénes eras esos desviados. El fenómeno de la transgresión cada vez fue más observable; su estudio tenía por objetivo establecer tendencias, encausar a los desviados, proteger a la sociedad, extender o restringir la acción represiva de la justicia y, en suma, ser de utilidad en el ejercicio de la administración pública.

El desarrollo estadístico también tuvo en su menoscabo la inestabilidad política y los gobiernos efímeros que poco contribuían a realizar amplios registros públicos y trabajos sistemáticos de largo alcance, e incluso la reconfiguración jurisdiccional de las demarcaciones se constituían en obstáculos para formar noticias numéricas. A pesar de ello, el afán por cuantificar permeó al común de las dependencias de gobierno, y desde el reglamento de las Recogidas de 1829 se estableció que la rectora, con la ayuda del escribiente, tendría la obligación de llevar los registros de entradas y salidas al local; como su utilidad inmediata era saber con precisión las porciones que debía preparar el responsable de los alimentos, y por tanto estimar lo que erogaba el ayuntamiento, las primeras anotaciones se limitaron a registrar el día, el nombre de las presas que entraban y salían, y el número de existencias totales.

[948] Leticia Mayer Celis, *Entre el infierno de una realidad y el cielo de un imaginario. Estadística y comunidad científica en el México de la primera mitad del siglo XIX*, México, El Colegio de México, 1999, p. 15.

Los reportes aumentaron su complejidad conforme se volvían indispensables ciertos datos. Por ejemplo, en 1834 se comenzó a asentar la autoridad que remitía a la detenida, pues con el objeto de llevar de forma adecuada su proceso era necesario saber, no quién era la rea, sino a quién pertenecía. A partir de los ingresos de 1842 se agregó la causal de prisión, aunque no había embarazo en apuntar que un sinnúmero de las consignadas iba "sin expresión de delito". En 1854, en lugar de la autoridad que consignaba, se anotó el cuartel en donde procedió la aprehensión; en 1858 se homogeneizó con el apunte de los dos datos, pero después el de cuartel resultó más prescindible.

En el Reglamento de cárceles de Jalisco de 1862 se dispuso indicar el motivo legal de la detención con la finalidad de evitar arbitrariedades y abusos policiales, y en mayo de 1868 el gobierno del estado realizó otro exhorto para que se entregaran con eficacia las partes diarias de entradas y salidas de reos.[949] La insistencia en este tipo de indicaciones se aprecia en la documentación ya que de manera gradual se observa, por ejemplo, mayor cuidado en inscribir la falta de las acusadas; por último, en 1867 se añadió a los registros la hora de remisión, que bien dan una idea de los tiempos en que se cometían las infracciones, y el policía que efectuó la captura.

Más allá del escueto registro que atendía fines meramente económicos administrativos, esta actividad terminó por condensar información acerca de la criminalidad de las mujeres. En octubre de 1865, en la visita que efectuó López Portillo en su calidad de comisario imperial, señaló que en las Recogidas se contaba con un libro de entradas generales, uno de presas a disposición del alcalde municipal, cuatro libros de consignadas por los cuatro jueces de primeras instancia, cuatro de los jueces locales, uno de condenas de bien presas y otro correspondiente a la corte marcial.[950]

Los reportes de entradas y salidas permiten saber con mayor precisión cifras relativas a la población de las Recogidas, las tendencias en su ingreso, la procedencia del "mal", su incidencia delictiva y las horas de comisión de las infracciones, además de que es viable

[949] Orden a los alcaides de la penitenciaría informen de los presos que están a su disposición (1868), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. III, serie II, 1867-1869, Tip. De S. Banda, [1872], Guadalajara, Congreso del Estado de Jalisco, s/e, p. 221.
[950] AGN, Justicia Imperio, vol. 108, exp. 37, año 1865, ff. 338.

identificar a las reincidentes. Tres son los años de los que logré recabar series completas: 1862, 1866 y 1868.[951] El primero de ellos corresponde al periodo de la rectoría de Eufemia Herrera, en ese momento las reas estaban en el local de la cárcel antigua; el segundo corrió a cargo de Silvestra Cervantes, y el último por Petra López, aunque no es posible precisar cuál inmueble ocupaban ya que sólo se sabe que durante 1865 estuvieron una temporada en el ex convento de San Agustín y después volvieron a la cárcel vieja, sin embargo es difícil determinar hasta qué fecha permanecieron ahí.

Considerar la dimensión espacial de la Casa de Recogidas es un elemento relevante ya que, por ejemplo, la cárcel antigua era estrecha, con capacidad para 30 personas, un poco más tal vez en condiciones de hacinamiento; en 1866 la población total de las presas osciló las 50 habitantes diarias, y en 1868 llegó a albergar 111 en un día, por lo que es factible aseverar que se encontraban en otro establecimiento, en uno capaz de atender estas cifras. Lo anterior llevaría a confirmar que lo inadecuado del edificio de las Recogidas se convirtió en una limitante en el correcto ejercicio de la justicia, o por lo menos en la oportuna detención de las infractoras.

Las aprehensiones eran realizadas por los serenos o guardias diurnas y remitidas a los alcaldes constitucionales, y al acto de la captura se tomaban las providencias pertinentes para proporcionar los datos de los detenidos a los jueces de primera instancia. En Guadalajara, entre 1846 y 1852, existían sólo cuatro jueces letrados; en 1853 el número ascendió a seis; de 1858 a 1860 disminuyó de nuevo a cuatro; y de 1860 a 1864 se mantuvo de nuevo en seis.[952] Desde 1846 hasta 1864 persistió la figura de un juez de asuntos civiles y de hacienda, y a este letrado, por ejemplo, se consignaban las mujeres detenidas por moneda falsa o contrabando.

---

[951] Valga precisar que recogí y sistematice toda la documentación relativa a entradas y salidas de las Recogidas, pero sólo los años de referencia están más completos. La información se encontró dispersa en el archivo histórico de Jalisco, en el municipal de Guadalajara y el del Arzobispado de Guadalajara, aunque la mayoría se localizó en el del Supremo Tribunal de Justicia, en ocasiones en el ramo criminal y otras en el administrativo. En este último archivo, agradezco en particular a la maestra Laura Benítez por facilitarme la relación de documentos que preparó sobre las visitas de cárceles.

[952] López González, *La organización para la administración de la justicia ordinaria en el segundo imperio. Modernidad constitucional y continuidad política en México*, p. 125.

El Reglamento del Cuerpo de Policía de la municipalidad de Guadalajara, formado en noviembre de 1865 acorde a lo prevenido en la reglamentación del imperio, organizó la seguridad por cuarteles: en ese momento existían nueve cuarteles mayores y dos menores, estos últimos eran el de Mezquitán, por estar fuera de la garita, y el de Toluquilla. En los primeros se nombraría un comisario con sueldo mensual de 40 pesos y en los segundos se designaría un subcomisario. Los cuarteles, a su vez, estarían subdivididos en manzanas, en cada una los vecinos nombrarían al jefe de manzana, que poseía facultad de realizar aprehensiones y remitir a los sujetos a la cárcel, al comisario de su cuartel o al alcalde mayor; para ello llenaría una boleta en la que se indicaría el lugar de detención, la hora, el motivo de la infracción, el nombre del consignado y, de ser necesario, las personas que acusaban; en casos apremiantes, como muertes o incendios, primero noticiarían en lo verbal a sus superiores.[953] Los comisarios, en cambio, ejercerían como delegados del jefe de policía, y tendrían funciones acordes a lo administrativo en lo concerniente a seguridad: por ejemplo, llevar el registro de las detenciones y obtener noticias de los pasajeros en las hospederías y mesones; las capturas que ejecutaran también debían acompañarse de una parte circunstanciada, la comisaría permanecería abierta de las 7:00 de la mañana a las 10:00 de la noche.

El comisario quedaba supeditado al jefe de policía, y éste su vez al alcalde mayor, a quien diariamente daba parte de las ocurrencias; es por este motivo que en las aprehensiones que procedieron en 1866, uno de los años que documenté, la autoridad que más figuró fue el alcalde mayor, lo que indica que las detenciones eran por causas leves con sentencias menores a un mes. Las faltas graves ameritaban la remisión a los juzgados para incoar proceso, por lo general en lo criminal; en estas instancias se recurría al juez local, también denominado de paz, sus atribuciones consistían en las conciliaciones civiles cuyo interés no superara los 300 pesos, los juicios verbales en demandas civiles, y las criminales en ofensas agravantes puramente personales o injurias leves.[954] En jerarquía le seguían los jueces

[953] Los jefes de manzana también tenían por obligación elaborar padrones de las personas que habitaran en su demarcación, sin distinción de sexo o condición; aparte realizarían un subregistro de los letrados y parteras, los colegios, almacenes, boticas, y el resto de establecimientos en su jurisdicción. Reglamento de policía, AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 3, paqt. 130, leg. 9, exp. 172, año 1866, ff. 5-6.
[954] López González, *La organización para la administración de la justicia ordinaria en el segundo imperio. Modernidad constitucional y continuidad política en México*, p. 133.

letrados, su jurisdicción correspondía a la distribución territorial de los cuarteles: el juez 1º de letras conocía sobre las causas del cuartel 1, 5 y 9; al 2º le concernían las del 2, 4 y 7; al juez 3º los del 3, 6, 8 y los negocios judiciales de fuera.[955]

En el año de 1866 Jesús López Portillo fungía como comisario imperial, Mariano Morett por prefecto político, y el estadista Longinos Banda por alcalde mayor, lo que evidencia una administración acorde a los decretos que disponía el emperador; además, López Portillo y Banda eran miembros de la Junta Auxiliar de Geografía y Estadística del departamento de Jalisco, lo que aduce su interés por contar con registros de entradas y salidas más acabados.[956] Con la reinstauración de la república se retornó al sistema de jefes políticos y alcaldes constitucionales facultados para efectuar las primeras diligencias de una sumaria que posteriormente, dado el caso, turnarían a los jueces de letras.

En 1862 fueron remitidas a las Recogidas un total de 568 mujeres y salieron 558, el promedio de entradas fue 1.5 diario y de existencias total de habitantes 33.3. Del número de aprehensiones sólo en 240 ocasiones se asentó el motivo de detención, lo que equivale 42% del total: de ellas 47 mujeres ingresaron por riña, 39 por ebrias, y 38 por pedimento de parte, y por robo fueron 28. No obstante de que los datos no representan la totalidad de los ingresos, sí permiten ilustrar que un número considerable entró por faltas leves, lo que se corrobora al confrontar que la mayoría ingresó y salió en el mismo lapso, por lo que seguramente cometieroninfracciones que merecieron penas menores a un año. En la gráfica y tabla siguiente se puede apreciar esta tendencia: además, que mayo fue el mes con más alto índice de detenciones, seguido por julio y agosto, lo cual es de resaltar ya que estos meses, repetidamente en distintos años, figuraron con un alza de aprehensiones. El resto del año presentó una dinámica casi lineal.

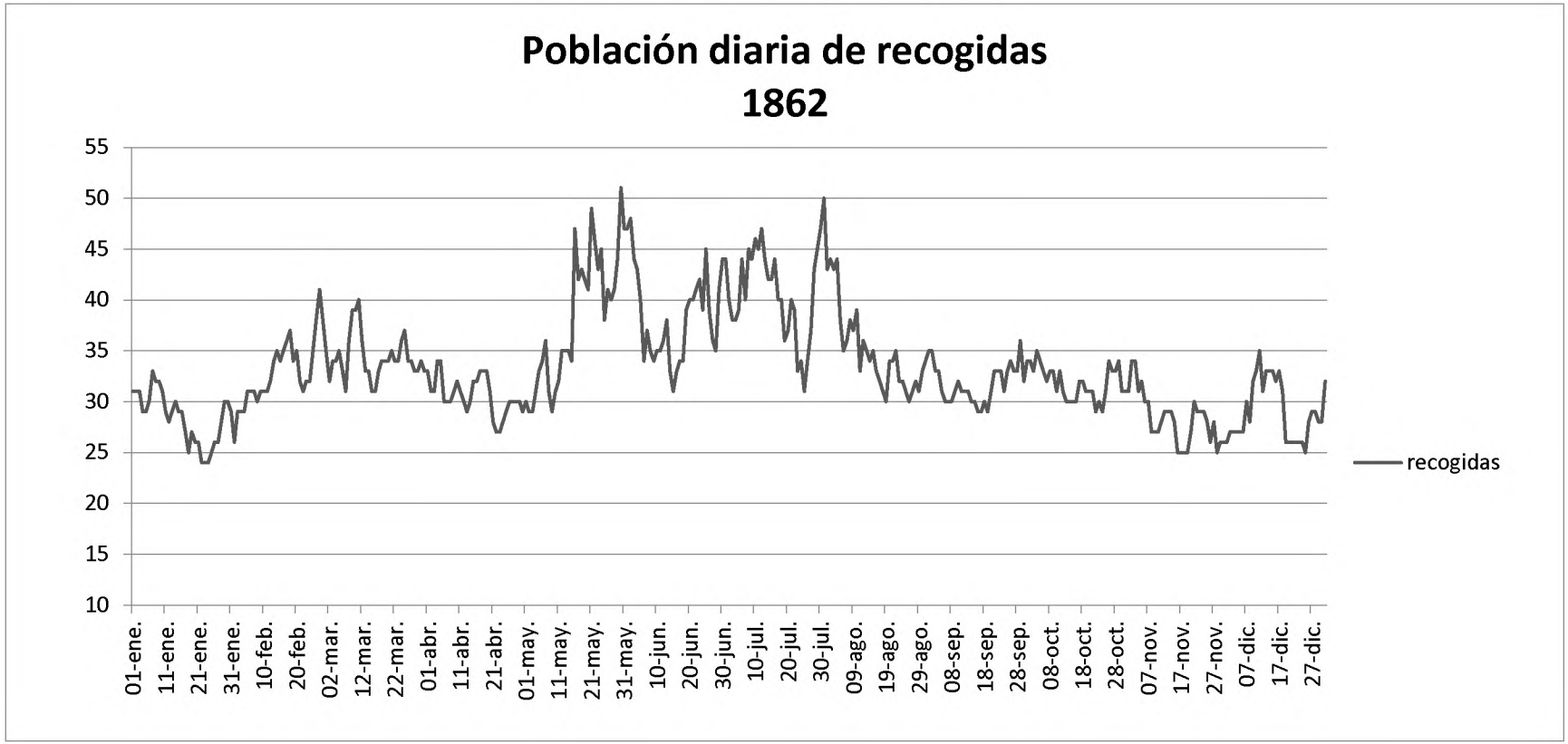
[955]Rodríguez Raygoza, "La Casa de Recogidas. Una institución para proteger, corregir y castigar a las mujeres en Guadalajara durante los siglos XVIII-XIX", pp. 58-59.
[956] Claudia Benítez Palacios, *Relaciones ciencia-poder durante el segundo Imperio: el caso de la Junta Auxiliar de Geografía y Estadística del Departamento de Jalisco (1864-1867)*, tesis de licenciatura, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2007, p. 107.

Registro de entradas y salidas 1862		
Suma/mes	**entradas**	**salidas**
enero	29	31
febrero	45	36
marzo	43	48
abril	32	32
mayo	108	88
junio	72	74
julio	93	89
agosto	29	45
septiembre	31	27
octubre	22	23
noviembre	26	33
diciembre	38	32
Total general	**568**	**558**

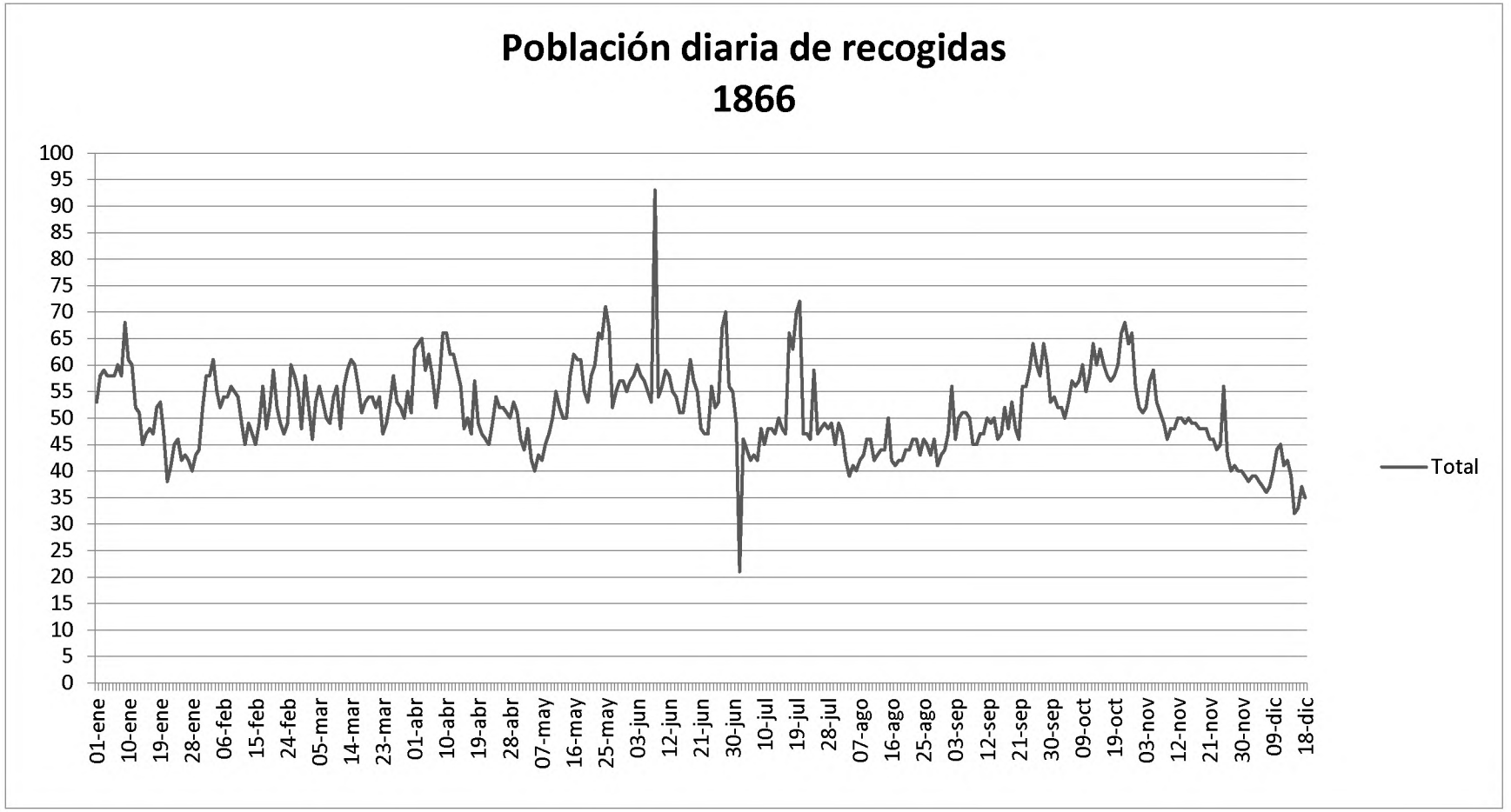
Tabla 18 Registro de entradas y salidas, 1862. Suma por mes. Fuente: AHEJ; BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal.

Salvo por las faltantes de datos de una semana del mes de octubre y una de finales de diciembre, el registro de 1866 ofrece mayores variables de análisis. Como auguraron las autoridades municipales, con la quietud del país la estadística criminal tuvo una "progresión espantosa", fruto del eficaz actuar de la justicia y las disposiciones oportunas del emperador.[957] La información capturada mostró que por lo menos fueron aprehendidas 1515 mujeres y salieron 1516; el promedio de entradas diaria fue 4.4, cifra que muy probablemente sería más elevada de contar con la documentación completa. A pesar de ello, es de resaltar que el aumento de la población significó más del doble con respecto a la de 1862. El total poblacional diario de la Casa de recogidas presentó una media de 51.3 habitantes. Los movimientos de ingresos y salidas presentan cifras mayores en los primeros tres meses y un repunte en julio.

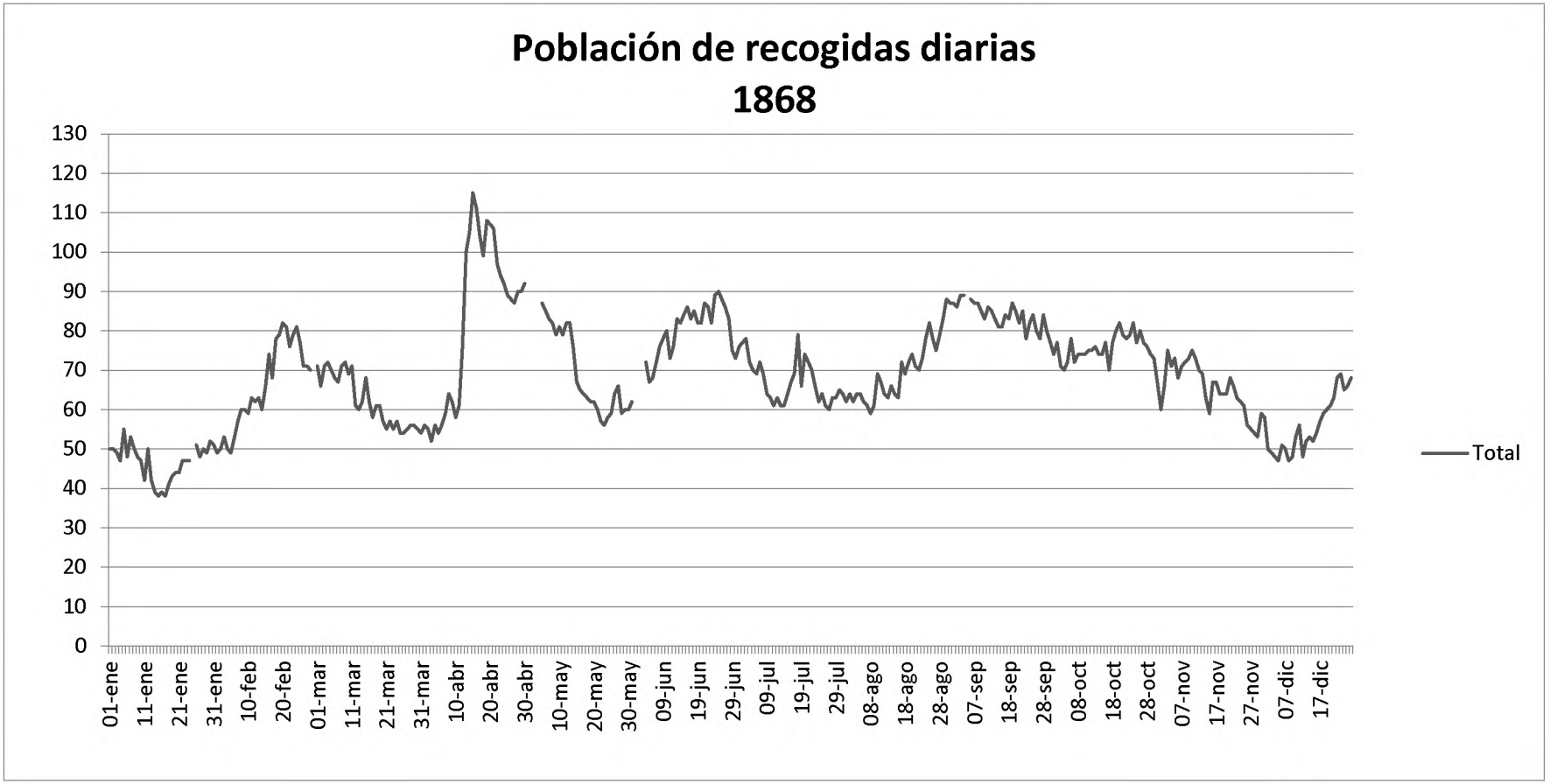
[957] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 1, paqt. 126, leg. 68, exp. 8, año 1865, f. 5.



Gráfica 7 Población diaria de recogidas, 1862. Fuentes: AHEJ; BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal.



Gráfica 8 Población diaria de recogidas, 1866. Fuente: BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal.



Gráfica 9 Población diaria de recogidas, 1868. Fuente: BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal.

Registro mensual de entradas y salidas 1866		
Suma/mes	**entradas**	**salidas**
enero	171	171
febrero	162	156
marzo	165	162
abril	144	141
mayo	128	120
junio	127	126
julio	145	152
agosto	107	110
septiembre	146	136
octubre	108	107
noviembre	86	103
diciembre	26	32
Total general	**1515**	**1516**

Tabla 19 Registro mensual de entradas y salidas, 1866. Fuente: BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal.

Del total de las detenciones, 1015 expresan el motivo de la prisión: para fines prácticos, en la exposición de los datos los dividí en dos grupos basados en su nivel de incidencia; los que se cometieron en menor escala se muestran en la siguiente tabla, y de este grupo resaltan las retenidas por vender naipes o jugar y consentir su práctica con 5 capturas. Las diversiones con cartas se prohibieron por considerar que las apuestas que involucraban ocasionaban la ruina de las familias, propiciaban un ambiente de criminalidad e incitaban a los jóvenes a la vagancia;[958] sin duda los hombres eran más asiduos a los juegos de azar como el monte, flor imperial o ruleta, no obstante, la remisión de mujeres muestra que ellas también procuraron el disfrute que brindaban estas actividades, o en el caso de las vendedoras que se beneficiaban monetariamente.

El Reglamento de policía de la municipalidad de Guadalajara de 1866 señalaba que la pena para los poseedores de las barajas sería de seis meses de prisión y en los jugadores y mirones dos, pero los dueños de casas de juegos enfrentarían sanciones pecuniarias de 300

[958] Decreto que prohíbe los juegos de suerte y azar (1856), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. XIV, p. 143.

pesos.[959] Sin embargo, estas prácticas siempre tuvieron ciertas dispensas en la gente decente, que podía acudir a establecimientos como la "Águila de Oro" a recrearse jugando billar, ajedrez, cartas, leer algún periódico o tomar un refresco.[960]

1866 **Delitos con menor incidencia**			
Delito	Incidencia	Delito	Incidencia
demente	1	depositada	1
muda	1	perdida	1
homicidio	1	inmoral	1
lenocinio	2	rapto	1
irrespetuosa	2	sospechas	2
alcahueta	2	fornicación	2
desorden hospital	3	adulterio	3
juego naipes	5	traficante	5
huida de su hogar	12	escandalosa	12
arma	20	pedimento parte	28
total general			105

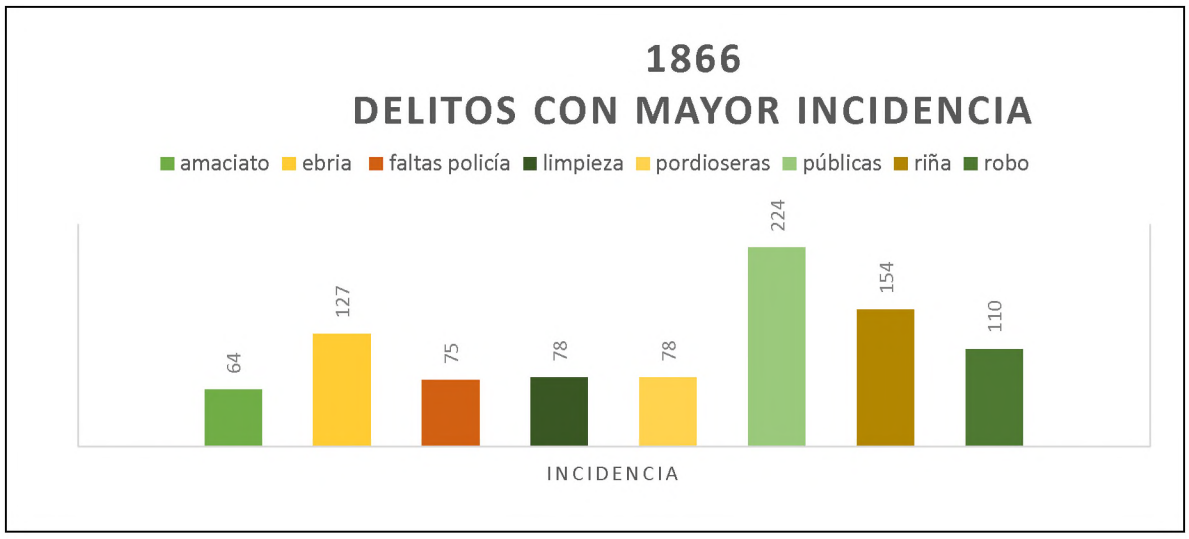
Tabla 20 Delitos con menor incidencia, 1866. Fuente: BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal.

Otras incidencias menores en 1866 estuvieron relacionadas con el desorden público y familiar. De este grupo uno de los delitos más recurrentes fue portación de arma prohibida, con 20 detenciones. El castigo por esta infracción consistía en el decomiso del artefacto y un mes de prisión. Por pedimento de parte se retuvieron 28, en este rubro la información recabada no ofreció más detalle, por lo que es difícil determinar quiénes solicitaban las aprehensiones, a pesar de esto es posible presumir que los progenitores o maridos requerían este tipo de detención, al igual que los empleadores. Las "huidas de su hogar" podrían comprenderse dentro de las mujeres que provocaban disturbios en su núcleo familiar, al igual que varias de las que engrosaron las cifras de "pedimento de parte".

Las infracciones más recurrentes en 1866 fueron las siguientes: la detención de mujeres públicas por faltar a la visita o no contar con libreta sumaron 224 causas; le siguieron

[959] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 3, paqt. 130, leg. 9, exp. 2, año 1866, f. 18v.
[960] Silverio García, *Misterios del corazón*, revista *Anáhuac*, t. I, vol. I, Guadalajara, 1918, p. 14.

en orden descendente las implicadas en riñas, con 154; en tercer lugar estuvieron las ebrias, con 127, algunas de ellas por encontrarse tiradas en la calle; en cuarto puesto se situó el robo, con 110.



Gráfica 10 Delitos con mayor incidencia, 1866. Fuente: BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal.

Es preciso destacar que el Reglamento de las Casas de Tolerancia de la municipalidad de Guadalajara se elaboró el 19 de mayo de 1866 y se puso en marcha el día 22,[961] un año después del establecido por Maximiliano en la ciudad de México.[962] En el Reglamento se definieron las características, obligaciones, y formas en que debían ejercer las mujeres públicas. En su artículo primero se definió por prostitución el abandono sexual a más de una persona mediante paga o recompensa; las prostitutas quedaban obligadas a registrarse en la alcaldía mayor, y el alcalde estaba obligado a cerciorarse de que el padre, madre o marido de la referida se rehusara a emplear los medios coercitivos necesarios para impedir que se entregaran a este oficio.

La inscripción consistía en anotar sus datos personales, señas particulares, circunstancias que motivaban el acto y la casa de tolerancia en la que asistirían; en caso de

[961] *Reglamentos de prostitución en Guadalajara*, Ayuntamiento de Guadalajara, Guadalajara, 2014, p. 62.
[962] Maximiliano reglamentó la prostitución en la ciudad de México en 1865 con el exhorto de que se adoptara, con las modificaciones necesarias, en el resto del imperio. Guadalajara, con una administración acorde con el emperador, fue la primera ciudad que adoptó la medida, le siguió Veracruz en 1868. En el caso de la ciudad de México el registro de públicas contó con retratos fotográficos, véase Patricia Massé, "Realidad y actualidad de las prostitutas mexicanas fotografiadas en 1865", *Política y Cultura*, núm. 6, 1996, pp. 111-131.

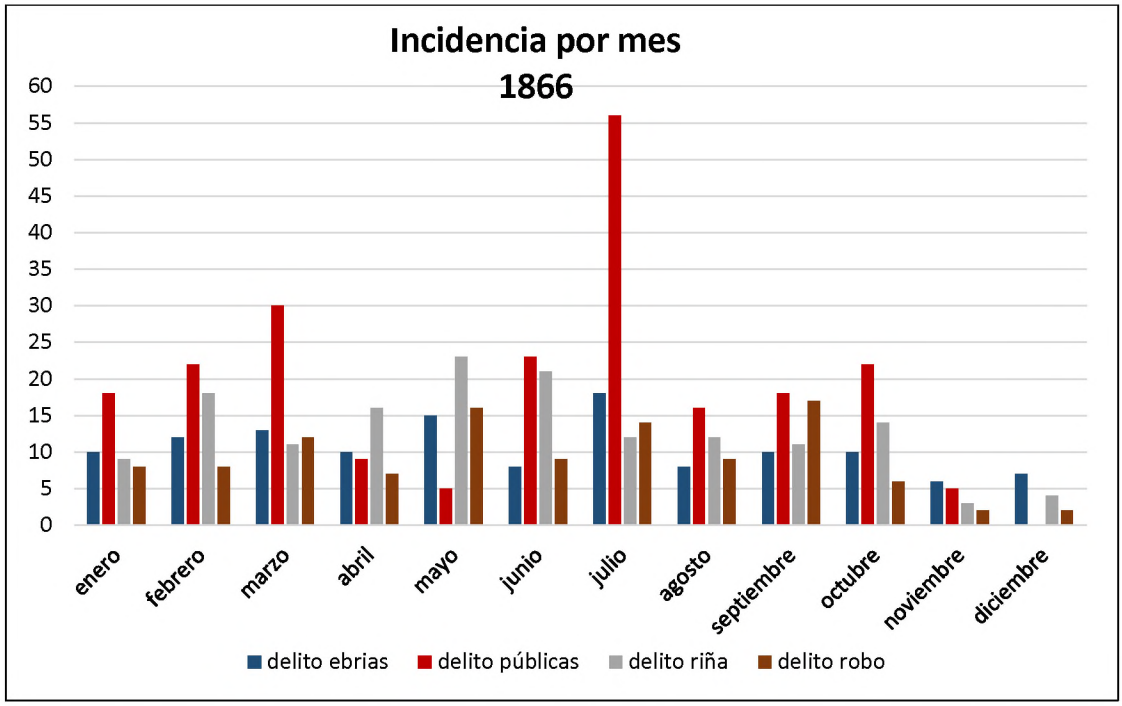
no fijar una ésta les sería asignada, ya que no les era permitido prostituirse en el espacio público. Tras el registro se les entregaría una libreta, con costo de dos reales, que en sentido práctico fungía como su permiso para ejercer ya que con ella se acreditarían con los agentes de policía; además cada martes y sábado tenían la obligación de presentarse ante un facultativo que hiciera constar su estado sanitario; en su cartilla se daría fe de su salud, ya que uno de los objetivos de la reglamentación era evitar la propagación del mal venéreo, por el servicio de revisión médica pagarían de un real a real y medio, determinar la tarifa dependía del tipo de casa de tolerancia al que se estuviera adscrita.

Por casa de tolerancia se entendía la vivienda en la que se reunían varias mujeres públicas bajo la dependencia y vigilancia de otra mujer, identificada como jefa o madrota, y también se comprendían en esta misma categoría aquellos locales donde "concurrían accidentalmente para entregarse a la prostitución".[963] El registro de estos espacios se solicitaba al alcalde mayor y era obligatorio; las jefas de casa debían informar de manera constante el número de sus habitantes, responsabilizarse de las visitas corporales, y señalar a las que padecieran el mal venéreo. Los establecimientos, según su estatus, se clasificarían de primera, segunda y tercera clase: los precios para obtener las licencias variaban de acuerdo con esta división, y se estimaban desde dos pesos hasta ocho las de mejor clase, los pagos se efectuaban cada mes. Todos los establecimientos cerrarían sus puertas a la 11:00 de la noche, se obstruiría el ingreso a los menores de 21 y se evitarían otras conductas que trastornaran el orden, por ejemplo los juegos, el consumo de alcohol y los bailes. Al estar sujetas a inspección, los agentes de policía podían irrumpir en ellas a cualquier hora del día.

En la siguiente gráfica se aprecia a detalle el comportamiento de las detenciones más recurrentes efectuadas en 1866, de manera puntual sobre las públicas, ebrias, e implicadas en riñas y robos. Resalta que en el mes de marzo aumentaron las aprehensiones de prostitutas, lo cual sin duda estuvo motivado por los preceptos que se guardaban en el periodo de cuaresma, ya que en los meses de abril y mayo baja estrepitosamente, mientras que en junio, julio y agosto reporta a la alta; estos últimos meses coinciden con el tiempo en que se puso en vigencia el Reglamento de Casas de Tolerancia, el incremento en las cifras obedeció a los esfuerzos de las autoridades por hacer cumplir la inscripción en los registros y formalizar la

[963] *Reglamentos de prostitución en Guadalajara*, p. 66.

entrega de libretas, lo cual se corrobora en las boletas que indicaron por motivos de aprehensión la falta de cumplimiento en lo reglamentado.[964]



Gráfica 11 Incidencias por mes, 1866. Fuente: BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal.

Los registros de 1868 son los que mayores variables de análisis ofrecen: ese año se aprehendió a 1308 mujeres y salieron 1303, el promedio de entradas diaria fue de 3.7, el cual es inferior al estimado para 1866; sin embargo se presenta un incremento en la media por total de existencias con 68.6 presas, y como máximo la institución llegó a albergar 111 detenidas en un día. De la misma manera que 1866, las fluctuaciones de ingresos y salidas presentan una similitud con una tendencia lineal; el mayor número de aprehensiones tuvieron lugar en el mes de abril, y el de menor en enero. Del total de entradas, 1130 indican el motivo de aprehensión, 1056 el cuartel en el que fueron capturadas y 877 la hora en que se realizó la remisión a las Recogidas.

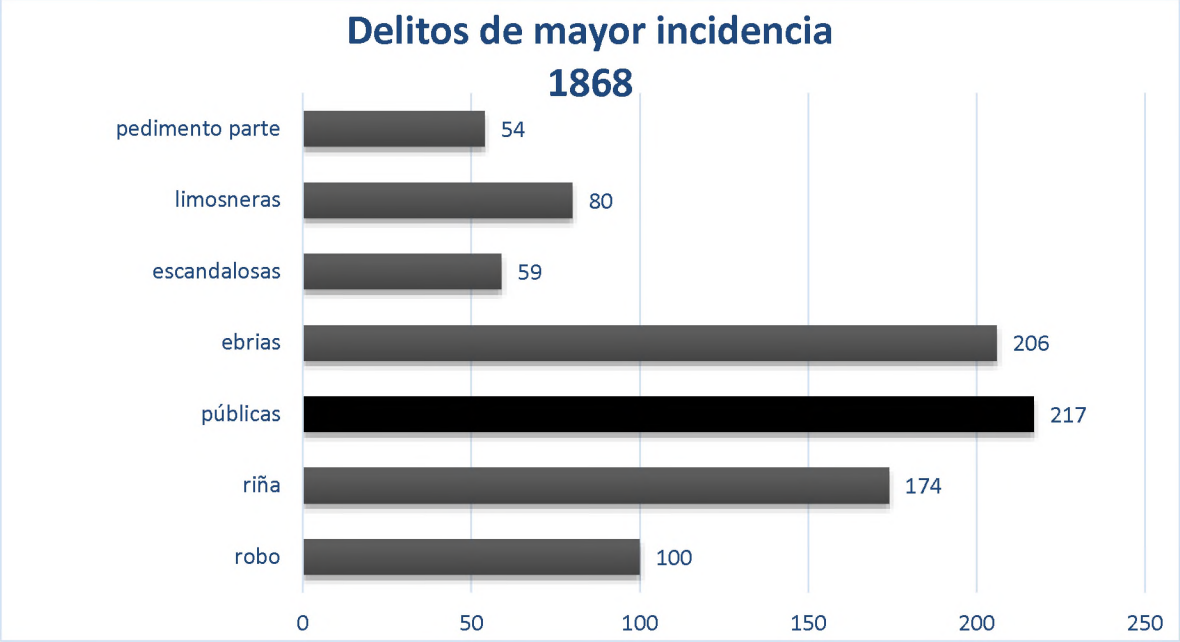
[964] Por ejemplo, en agosto de 1866, Rosario Munguía permanecía en las Recogidas porque no quiso concurrir al registro de mujeres públicas. En la misma fecha también se encontraba Victoriana Jaramillo, por habérsele encontrado en una casa pública y no contar con libreta. BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 61, inv. 26222, año 1866, f. 2; BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 61, inv. 26224, año 1866, f. 14.

Registro mensual de entradas y salidas 1868		
Suma/mes	**entradas**	**salidas**
enero	90	92
febrero	120	100
marzo	90	103
abril	184	148
mayo	69	98
junio	123	120
julio	106	118
agosto	142	117
septiembre	110	120
octubre	109	117
noviembre	105	115
diciembre	60	55
Total general	**1308**	**1303**

Tabla 21 Registro mensual de entradas y salidas, 1868. Fuente: AHEJ; BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal.

Siete fueron los delitos de mayor incidencia en 1868, de ellos destaca el de públicas con 217, seguido de las ebrias con 206 y en tercer lugar las consignadas por riñas con 174. Dilucidar el porqué de la elevada cifra de detenciones por estar ebrias envuelve múltiples realidades sociales, económicas y emocionales que intentaron discernir médicos de la época. Algunos consideraron que el origen de este mal radicaba en el continuo sufrimiento por reyertas conyugales y la creencia en que la bebida hacia olvidar o disminuir los síntomas morales; otros lo relacionaban con el carácter, celos y falta de educación; y no faltó quien consideró que la embriaguez era rara entre las mujeres "comunes y vulgares así como en las de la alta sociedad", las primeras por carecer de sentimientos sociales, las segundas por no serles habitual tomar tragos, aunque todas eran propensas a emborrachase rápidamente.[965]

[965] María Blanca Ramos de Viesca, "La mujer y el alcoholismo en México en el siglo XIX", *Salud Mental*, vol. 24, núm. 3, 2001, p. 26.



Gráfica 12 Delitos de mayor incidencia, 1868. Fuente: BIPEJA, ASTJEJ y AHEJ.

El consumo de bebidas alcohólicas guardaba correspondencias disimiles en cada grupo de la población. En las clases menesterosas su ingesta se relacionó más con la vagancia, ya que ambas transgresiones invitaban al ocio o provocaban que las personas dejaran de ejercer un oficio que les proporcionara un modo honesto de vivir. Por otra parte la embriaguez, al turbar la razón, propiciaba conductas escandalosas y actos indecentes. Debido a estos motivos se tomaron medidas con la finalidad de controlar la venta de vino al pueblo, en especial del mezcal, el aguardiente y el pulque, por ser bebidas del gusto y alcance de campesinos e indios. En el reglamento de policía de la ciudad se dispuso que las vinaterías y pulquerías cerraran a las 9:00 de la noche, mientras que los cafés podían hacerlo hasta las 11:00; en los tendejones, después de esta hora, solo se dispensaría alcohol a quienes tuvieran alguna necesidad médica;[966] domingos y días de guarda se prohibía la venta, y por ende el consumo, so pena de multa pecuniaria u obras públicas. Sin embargo el expendio de vinos y licores también fue realizado a título individual, por lo que fue difícil de regular.

[966] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 3, paqt. 130, leg. 9, exp. 172, año 1866, f. 13.

En los registros de entradas y salidas quedó asentado que algunas mujeres fueron sorprendidas al vender vino a los presos de la penitenciaría y a los soldados del 10º batallón, lo que las hizo merecedoras de prisión en las Recogidas. El papel de vendedoras que asumieron algunas mujeres respondía de manera usual a las dinámicas de producción de las unidades domésticas, en las que se integraban como distribuidoras y expendedoras de la bebida, ya fuera en los mercados o en las entradas de sus casas.[967] El pulque, el tepache, el licor de anís y el chinguirito a base de caña eran algunos de los embriagantes de elaboración familiar.[968]

Más allá de concebir las bebidas embriagantes como una fuente de ingresos, la mayoría de las aprehendidas, al igual que los varones de todas las clases sociales, se entregó a los placeres del alcohol más allá de las celebraciones furtivas e ingestas moderadas con anuencia del marido.[969] Para tomar un trago no faltaban los convites, las festividades religiosas y las cantinas alrededor de las comedías. El tepache, el pulque y el mezcal no perdían ocasión. Las ebrias y borrachas tiradas por la calle eran remitidas a las Recogidas con sanciones de 2 a 15 días, y más en caso de reincidencia; si su estado de borrachera era crítico primero pasaban al hospital de Belén. Su conducta era sancionable porque evidenciaba su desarregló cívico y falta de atención a sus obligaciones familiares,[970] aunque también por el escándalo que provocaba y su tendencia a producir altercados.

Involucrarse en riñas fue otro de los delitos con mayor incidencia: entre ánimos alebrestados, viejas rencillas, miradas furtivas y palabras ofensivas, los gritos y los golpes surgían como esa fuerza intempestiva que desahogaba el espíritu. Los castigos para las pendencieras eran cortos, salvo los casos en que las heridas fueran de gravedad y dilataran en sanar; en estas ocasiones, además del encierro, las aprehendidas eran estrechadas a pagar las curaciones y perjuicios ocasionados, que por lo regular implicaban rebozos hechos jirones. Una causal recurrente en las agresiones entre mujeres fueron los celos: la esposa contra la amante real o ficticia, o aquéllas que descubrieron que mantenían relaciones ilícitas

[967] William B. Taylor, *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 86.
[968] Taylor, *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*, p. 90.
[969] Taylor, *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*, p. 101.
[970] Buffington, *Criminales y ciudadanos en el México moderno*, p. 118.

con el mismo hombre. Las sospechas que Asunción Jaramillo tenía de la conducta de su marido la condujeron a agredir a Juana Barbosa, pues no le parecía que le hiciera visitas frecuentes su esposo, o por lo menos ese era el rumor, y una tarde que se encontraron en el tendejón Asunción no reparó en abalanzarse sobre su rival, quien por cierto negó sostener trato ilícito con el sujeto en cuestión, sino que al ser su casero asistía a su domicilio con el propósito de arreglar unas goteras.[971] También hubo las que riñeron por un desaire, por ejemplo Viviana Ponce y Catalina Ramos, vecinas del cuartel 9, se enfrascaron en un pleito porque la segunda no le ofreció un plato de comida a la primera.[972]

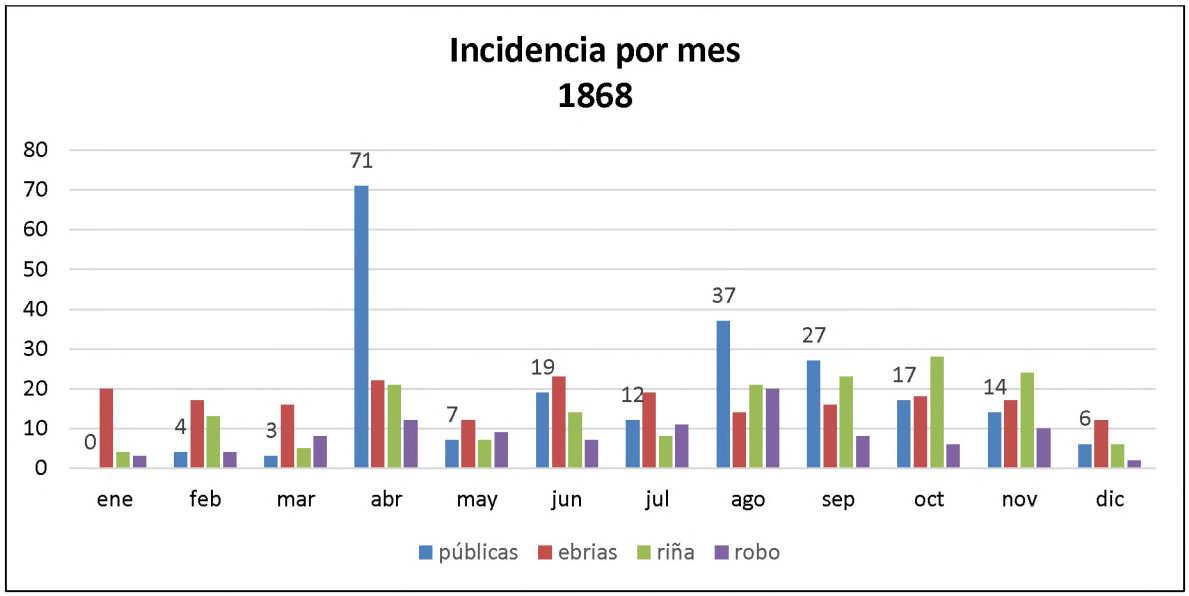
En una época en que la propiedad privada era uno de los bienes más estimados por la sociedad, las penas a los ladrones se volvieron cada vez más severas y bastaba ser sorprendido con una ganzúa o ser cómplice de receptación de robo para enfrentar condenas de uno a cuatro años de prisión, además de las agravantes que se sumaban si el hurto se ejecutaba con violencia y si se era reincidente.[973] En el caso de las mujeres resultó habitual que tomaran prendas ajenas: sus labores domésticas y sus empleos como lavanderas y planchadoras les facilitaban la comisión de estos delitos, su mismo contexto determinaba la escena en que se perpetraba la infracción, que en más de una ocasión sucedió gracias a un descuido en el río en el que se reunían a lavar o en las casas donde servían.

Una mañana de noviembre de 1863, Abunda Palma se dirigió al río a refregar sus naguas, pero al olvidar el encargo de don Albino Ledezma le pidió a su vecina Hilaria, que ya había acabado sus labores, que pasara a su casa por el pantalón y la camisa de don Albino; Bernarda Almada, otra lavandera, se adelantó a Hilaria y hurtó las ropas, por lo que fue remitida a las Recogidas.[974] En diciembre de 1865 don Ramón Castell Blanc fue víctima de su lavandera, María Félix Gutiérrez, quien le empeñó alrededor de tres docenas de ropa y cuatro planchas en el tendejón de don Cirilo Pozos, cerca del Santuario de Guadalupe; el tendero reconoció que Félix le llevó, entre otras cosas, dos batas indianas, una sábana, una mascada, un rebozo y unas planchas, aunque la acusada insistió en que sólo le entregó una

[971] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 4, inv. 21454, año 1863, ff. 1-8.
[972] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 40, inv. 28663, año 1866, ff. 1-6.
[973] Decreto de procedimientos criminales y penales (1857), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. XIV, p.371.
[974] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 4, inv. 21436, año 1863, ff. 1-2v.

pieza para poder comprar jabón. Acudir al empeño era una práctica recurrente de las mujeres, en especial de las necesitadas y las viudas, por lo que fue sumamente común que los objetos empeñados con mayor concurrencia fueran la indumentaria femenina y los utensilios hogareños, sobre todo sábanas, cucharas y planchas.[975] Por su delito Félix, de 34 años, de estado casado y vecina del cuartel 4, fue sentenciada a un mes en las Recogidas.[976] En mayo 11 de 1866 Julián Castillo también se vio agraviado por su doméstica, Guadalupe Sandoval, por "robo con abuso de confianza" de las enaguas de su esposa.[977]

En 1868 de la información desagregada en la siguiente gráfica de las cuatro infracciones más recurrentes, a saber: públicas, ebrias, riñas y robo, se aprecia que la prostitución mantuvo una tendencia a la alza en el periodo religioso de cuaresma, y presentó otra punta en agosto; su dinámica observó estas particularidades respecto a los otros delitos que tuvieron patrones similares, salvo el robo que tendió a disminuir en los meses de cosecha. Las aprehensiones con menor incidencia se acompañan en la siguiente tabla.



Gráfica 13 Incidencia por mes, 1868. Delitos: públicas, ebrias, riñas, robo. Fuente: ASTJEJ, AHEJ.

[975] Véase Marie François, "Vivir de prestado. El empeño en la ciudad de México", Anne Staples (coord.), *Historia de la vida cotidiana en México*, t. IV, Bienes y vivencias. El siglo XIX, México, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 2005, pp. 81-117.
[976] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 37, inv. 25319, año 1865, ff. 1-4.
[977] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 55, inv. 29229, año 1866, ff. 2-3v.

1868 Delitos con menor incidencia			
Delito	incidencia	Delito	incidencia
baile sin licencia	1	vestida soldado	1
cómplice fuga	1	lenocinio/alcahueta	2
tahúr	1	faltas al matrimonio	2
entregadas negro Martín	2	contrabandista	2
prófugas	2	perturbar en la penitenciaría	3
actos inmorales	4	adulterio	5
venta vino a los soldados y presos	6	incomunicadas	6
brincar vallado	8	irrespetuosa	8
homicidio	8	traficante	10
sospechosas	11	amasiato	17
faltas a la policía	20	arma prohibida	25

Tabla 22 Delitos con menor incidencia, 1868. Fuente: ASTJEJ, AHEJ.

Una de las variables que ofrece la información de 1868 es la hora en que se remitía a las aprehendidas a las Recogidas. Del análisis de este dato se desprende que al romper el alba, la mayoría de las prendidas se encontraban ebrias; y que por las mañanas, entre 10:00 y 11:00, repuntó el número de detenciones, mientras que por la noche las horas más accidentadas eran las 8:00 y las 9:00; en el transcurso de la madrugada y las primeras horas del día las capturas fueron mínimas, y estuvieron relacionadas con disturbios y escándalos. Un mayor índice de aprehensiones por la mañana, a plena luz del día, podría significar una particularidad de las transgresiones femeninas, o por lo menos que la presencia y movilidad en las calles y plazuelas de la ciudad aumentaba en esas horas.



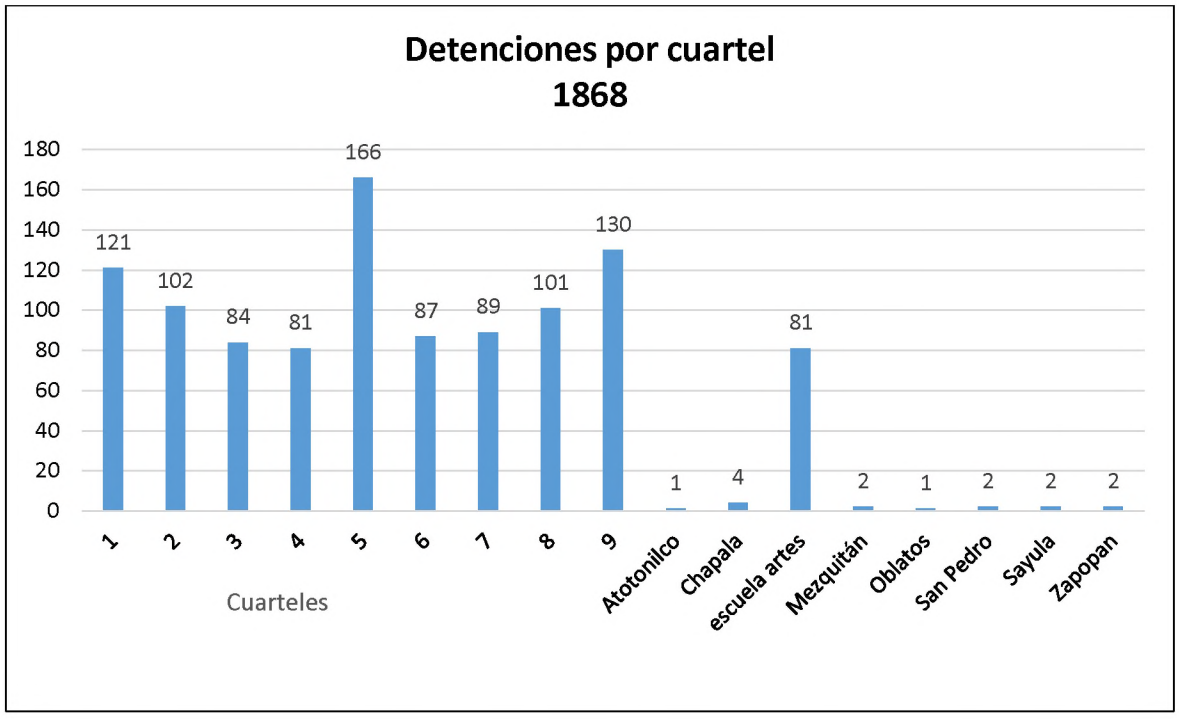
Gráfica 14 Incidencia por hora, 1868. Fuente: ASTJEJ, AHEJ.

Respecto a la "procedencia del mal femenino" se advierte que el cuartel número 5 presentó una mayor incidencia delictiva: la demarcación del cuartel corría del oriente a partir de la calle del Santuario, al poniente hasta los límites del cuadro urbano de la ciudad, al norte su frontera era la calle de San Diego, y al sur la de Santa Teresa. Este barrio estaba compuesto, en su mayoría por vecinos comerciantes, médicos, licenciados y clérigos, pero tenía una difusa frontera con el cuartel 4, sobre todo en su vertiente poniente. En el cuartel 4 se localizaban las 16 manzanas denominadas "cuadritas", su nombre se debía a las construcciones de vecindades que auspició el obispo fray Antonio Alcalde en la década de 1780; el prelado destinó estas modestas viviendas a las oleadas de pobres provenientes de las zonas rurales que por aquellos años arribaban a la ciudad; así mismo, este cuartel albergaba a un alto número de obrajeros, textileros y zapateros. No obstante, en los linderos del oriente, más cercanos al Santuario de Guadalupe y al Hospital de Belén, su población guardaba más correspondencia con la del 5.[978] Paradójicamente, por lo menos en 1868, el cuartel con

[978] De Anderson, *Guadalajara a la consumación de la Independencia. Estudio de su población según los padrones de 1821-1822*, pp. 34-37.

menores índices delictivos fue el 4, inmediato al 5. Al respecto cabe precisar que la información de la gráfica 10 señala el lugar de la detención, que no necesariamente es el de residencia.

El cuartel 4 y 5, en el lado oeste, tenían como punto concéntrico la parroquia de Jesús y sus alrededores más rurales que se distinguieron por sus callejuelas,[979] mismas que se prestaron a los atracos por el poco alumbrado que había en la zona; en su extremo poniente, ambos cuarteles compartían la fama de la calle de la Mala Hora; por los numerosos crímenes que se cometían diariamente en los contornos de sus pequeñas lomas, el pueblo lo bautizó con el significativo nombre de "La sierra de Álica", pues era por todos conocido que ahí habitaban los facinerosos de la peor ralea.[980]



Gráfica 15 Detenciones por cuartel, y municipios aledaños, 1868. Fuente: ASTJEJ, AHEJ.

[979]Rodney D. Anderson, "Los barrios", José María Muriá y Jaime Olveda (comps.), *Demografía y Urbanismo. Lecturas históricas de Guadalajara*, t. III, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Gobierno del Estado de Jalisco, Universidad de Guadalajara, 1992, p. 330-331.
[980] García, *Misterios del corazón*, p. 72.

El segundo cuartel con mayor cantidad de detenciones fue el número 9 que tenía por frontera poniente el río de San Juan de Dios y al oriente las afueras de la ciudad, al norte lo bordeaba el molino del chocolate y al sur la calle de los Gigantes; este cuartel albergaba el mercado, el hospicio, la plaza de toros El Progreso y la garita de San Andrés: en esta zona el cauce del río sirvió para delimitar su marginalidad y se distinguió por sus cantinas y casas de tolerancia, una de las vinatas más concurridas era la de "Agua fría", en la que "chacoteaban decenas de hombres que ebrios de vino y de lujuria se entregaban descaradamente a conversaciones soeces y obscenas".[981] En los discursos ilustrados, las pasiones vulgares del pueblo evidenciaban la miseria y la falta de educación; [982] la pobreza del lado poniente del cuartel 5 y la del cuartel 9 parece enmarcar la criminalidad de la ciudad, aunque ésta lo que envuelve es una propensión a vivir de una manera más relajada, dispuesta a dejar fluir sus emociones en una alegre borrachera o en una candente pelea.

En 1868 el cuartel 1 se situó en el tercer lugar del índice de criminalidad, el matiz delictivo de este cuartel radica justo en el tipo de retenciones que se efectuaron: las más por ebrias y públicas. Mientras los cuarteles 5 y 9 presentaron un alto número de consignadas por riñas y robo, y el primero también por ebrias. El cuartel 2 se colocó en cuarto sitio con 102 capturas, entre las que proliferaron las aprehensiones de públicas, que probablemente se acercaban a las inmediaciones del corazón de la ciudad a ofrecer sus servicios, aunque en términos concretos, si se le suman las 81 limosneras que se detuvieron en las afueras de la Escuela de Artes, el cuartel 2 se convertiría en el más conflictivo o en el más estricto en relación con la vigilancia, pues por ejemplo la Escuela de Artes fue el único punto de la ciudad donde se efectuaron detenciones contra las mendigas. El área que circundó la parroquia de Mexicaltzingo, en el cuartel 7, fue la segunda de las zonas que presentó una cifra elevada por prostitutas; con respecto al resto de cuarteles, el 3 fue en el que las meretrices tuvieron menor presencia.

En suma los tres años analizados evidencian, además del incremento en la dinámica de las entradas y salidas de la Casa de Recogidas, que en 1866 se procuró seguir el Reglamento de Casas de Tolerancia, y que esta medida influyó de manera directa en los

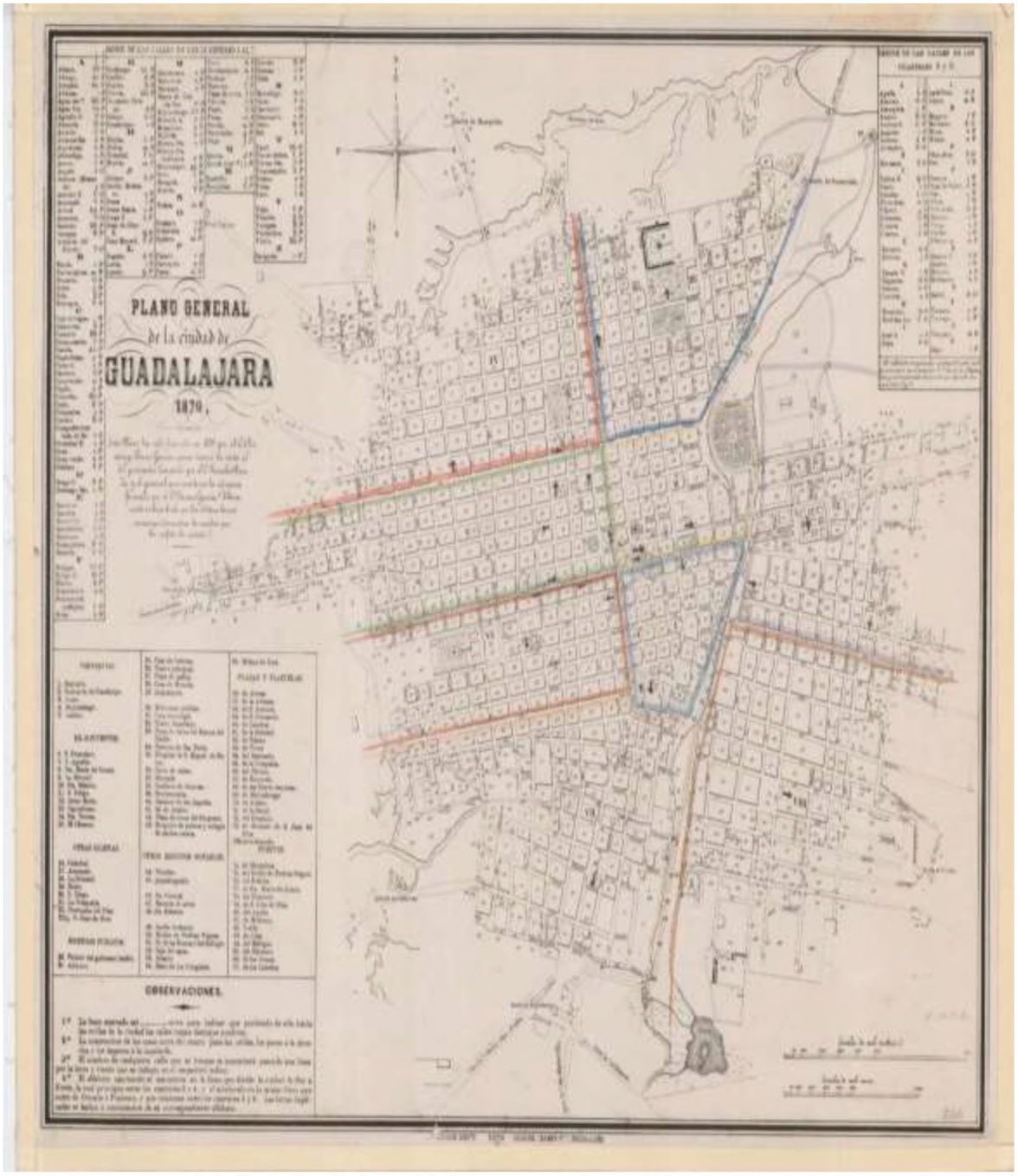
[981] García, *Misterios del corazón*, p. 75.
[982] Trinidad Fernández, *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*, p. 68.

índices delictivos; en términos estadísticos se observa que las disposiciones de policía implementadas en Guadalajara durante el Segundo Imperio sentaron las bases para una mejor administración pública, misma que se refleja en la elaboración de registros más detallados, con mayores variables de análisis.

Ingresos en la Casa de Recogidas, con porcentajes respecto a la población total de Guadalajara			
año	población	presas	%
1862	71 171	568	.80
1865[983]	70 000	1389	1.98
1868	45 947	1308	2.85

Tabla 23 Ingresos en la Casa de Recogidas, con porcentaje respecto a la población total de Guadalajara.

[983] Tomo por referencia el estimado poblacional de 1865, por no contar con uno de 1866. Información respecto a la población tapatía en Celina Becerra, Alejandro Solís, *La multiplicación de los tapatíos, 1821-1921, Guadalajara*, El Colegio de Jalisco, Ayuntamiento de Guadalajara, 1994, p. 39.



Plano 11 Plano General de la Ciudad de Guadalajara, 1870. Fuente: Mapoteca Manuel Orozco y Berra. Delineado con verde se enmarca el cuartel número V, con mayor índice de aprehensiones en 1868; con gris el cuartel IX. En el cuartel VI, por su estructura panóptica de estrella, se aprecia la penitenciaría de Escobedo identificada como núm. 39.

II. De carne, huesos y sentimientos

Cavar más profundo es saber qué motivaba a las mujeres a transgredir el orden, quiénes eran, dónde vivían, cuál era su estado, su oficio, su historia y su paso por las Recogidas. Aunque múltiples realidades se entremezclaban en la obscuridad de los procesos judiciales, pocos son los asomos de la vida de las contenidas en el interior del establecimiento, máxime cuando las visitas de cárceles, en otrora fuente valiosa para escuchar tenues voces de las presas, se limitaron a una rígida lectura de las causas procesales.

Las visitas se realizaban cada sábado a las 10:00 de la mañana: una comitiva formada por el fiscal, el defensor de presos o el procurador, leían las listas de presos en la cárcel y en la Casa de Recogidas, y una vez enterados los interesados del estado que guardaban sus causas podían solicitar razones de justicia. Por separado se instruyó la visita de alimentos, de policía y salubridad, que quedaban a cargo de dos regidores del ayuntamiento que solían resolver los pedimentos en lo verbal, a partir del decreto de 17 de marzo de 1856.[984] Sólo en las visitas generales, celebradas el 16 de septiembre, vísperas de pascua y navidad, participaban los magistrados del Supremo Tribunal de Justicia del Estado, y en estas ocasiones, además de pasar las listas, los reos tenían oportunidad de presentar recursos escritos; por su parte los alcaides y rectora entregaban una relación al día de las personas formalmente sentenciadas que estaban bajo su arbitrio. A pesar de las limitantes es posible reconstruir un par de casos, historias de vida que convergieron en la cárcel de Recogidas.

Una mujer irreductible

Ricarda Meza Urdangarin no era una mujer cualquiera: de carácter recio, malagueño, ojos negros sagaces y cicatrices en la frente, su nariz y mejillas daban cuenta de una vida áspera. Ricarda, sin duda, era diferente: criada sólo por su madre, Rita, comenzó a peregrinar a las Recogidas cuando ya tenía cerca de 30 años. Un pleito el 13 de marzo de 1843 marcó el primero de muchos de sus ingresos a prisión. Ese año volvió dos veces más en septiembre;

[984] Reglamenta el despacho del Supremo Tribunal en cuanto a visitas de cárceles (1856), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. XIV, pp. 27-30.

el siguiente año, entre detenciones por ebriedad y riñas, ingresó en tres ocasiones más en febrero, junio y agosto, todas merecieron estancias de menos de un mes. De repente Ricarda desapareció, quizá mudó su vecindad o tal vez apaciguó su temperamento; lo cierto es que terminó su ausencia el 8 de agosto de 1851, pues su espíritu pendenciero la condujo de nuevo a las Recogidas. Meza participó en un altercado del que salió victoriosa, pero las heridas que infirió a su rival, también llamada Ricarda, fueron mortales, y la segunda sala del Supremo Tribunal de Justicia la sentenció a ocho años de trabajos propios a su sexo.[985]

El encierro y las labores del metate desgastaron a Ricarda que en un par de meses enfermó, al considerar su estado de salud la rectora, Margarita Zúñiga, decidió trasladarla al hospital de Belén, pero de camino a su curación se fugó una mañana del 29 de noviembre de 1851. La prófuga gozó de más de dos año de libertad, hasta que el juez de San Juan de los Lagos la condujo de nuevo a Guadalajara en junio de 1853. Meza rondaba ya los 40 y seguía igual de rijosa e irreductible pues apenas habían transcurrido dos meses en las Recogidas cuando volvió a fugarse.

El 18 de agosto a las 8:00 de la mañana, mientras algunas reas recibían sus canastas de alimentos, la portera, doña Guadalupita Romero, de edad avanzada, se vio obligada a abrir un poco más el enrejado del primer golpe para dar paso a un chiquigüite, y al tiempo que la golpera Abundia González se acercó a recibirlo, Ricarda se abalanzó sobre ella y la amedrentó con algo que sacó de entre sus ropas, que a unas pareció un puñal y a otras una estaca; era la oportunidad que Meza esperaba y la aprovechó bien, todas le temían y por lo tanto ninguna detuvo su intento. La golpera cayó al suelo y antes de que ésta se levantara, la portera, un blanco más fácil, también dio "el golpazo". La libertad se coló en los ojos de otras reas: Gabina Vázquez, María y su hermana Josefa Orozco, Felipa Martínez y Santos Rodríguez, siguieron el ejemplo y lograron escabullirse gracias a Meza.[986]

Juana Aguilar, una viuda, de 48 años de edad, apenas tenía un año en la rectoría de las Recogidas y sin embargo el cargo se volvió más difícil de llevar desde que ingresó

[985] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 62, inv. 29478, año 1866, ff. 27-27v.
[986] Gabina Vázquez fue declarada bien presa por hurto con violencia en enero 22 de 1852, enfrentaba condena de dos años; Felipa Martínez, remitida el 11 de abril de 1853, por robo con abuso de confianza, sentenciada por tres años; Josefa y María Orozco fueron consignadas por el Consejo de Guerra a extinguir cuatro años, también por robo; Santos Rodríguez tenía causa pendiente del conocimiento del alcalde cuarto.

Ricarda, ya que la reo maltrataba mucho la prisión y era irreductible, por lo que consideraba que ningún establecimiento podía brindar seguridad ante una mujer así. La situación extrema merecía soluciones a la altura, pero el cepo se encontraba descompuesto y los jueces, que ignoraban sus quejas sobre Meza, le negaron el permiso de encadenarla al porte. Manuel Romero, defensor de pobres, y de Ricarda en la causa de fuga, reviró el uso de las cadenas: semejante proposición, como si se tratara "de un tigre o de una loba", le parecían desmedidas, aunque reconocía que Meza había "infundido en las Recogidas un terror pánico invencible", a tal grado que la golpera creyó que iba a ser degollada irremediablemente con una estaca;[987] el temor, más que la osadía, facilitaron la huida de Ricarda, y de ese sentimiento no era responsable su defendida.

Reaprehendida el 5 de septiembre de 1853 Meza volvió a encontrarse con su destino y una condena más de seis meses por la fuga violenta. Aguilar sufrió su presencia hasta 1857, en que después de servir por tres ocasiones distintas en la rectoría dirimió el cargo. En una de las últimas relaciones de presas que la rectora entregó a los jueces visitadores de cárcel Ricarda apareció en primer lugar porque su sentencia era la de mayor tiempo, y el 4 de abril de 1857 enfrentaba una pena de nueve años dos meses.[988]

Meza vivió el amotinamiento del 13 de marzo de 1858, el rectorado de Aguilar, seguido del de Guadalupe Zúñiga, de nuevo el de Aguilar, la primera y segunda rectoría de Silvestra Cervantes y la de Eufemia Herrera. La presa alzaba la voz cuantas veces podía y no vacilaba en demandar mejores alimentos y raciones generosas a los visitadores de cárceles y a las comisiones supervisoras del ayuntamiento.[989] A finales de 1860, Ricarda salió de prisión pero cada año siguiente reincidió, unas ocasiones por ebria, otras por hurto o riña. En enero de 1864, cuando las fuerzas intervencionistas irrumpieron en la ciudad, ella se encontraba en las Recogidas, y junto al resto de reas fueron excarceladas. En abril de 1865, Ricarda estaba de nuevo encarcelada por disposición del prefecto municipal, y ese mismo mes salió.[990]

[987] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 62, inv. 29478, año 1866, f. 42.
[988] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 13, inv. 16594, año 1857, f. 18. Ver cuadro en anexos.
[989] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 6, inv. 18140, año 1860, f. 16.
[990] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 33, inv. 25222, año 1865, f. 2.

El 4 de enero de 1866 Ricarda reingresó a las Recogidas por faltas a la policía, pasaba ya de 50 años y en su filiación se declaró viuda vecina del conflictivo cuartel 9, con morada en el callejón de la Toscana. Con la edad su conducta pendenciera persistió y a cada paso ocasionaba disturbios; a la semana de su entrada la rectora, Silvestra Cervantes, se quejó ante la alcaldía mayor de que reñía con otras presas: a Casimira Soria le quebró una olla llena de garbanzos en la cabeza y le mordió un brazo; a Paula Torres le tiró de la trenza; y a la bastonera, Asunción Medina, le robó unas tijeras. Con la finalidad de conciliar las partes, la querella se remitió al juez primero local.[991] Meza entraba y salía de prisión y por sus años avanzados, o por las constantes riñas, visitaba con frecuencia el hospital, a donde fue trasladada en cinco ocasiones en 1866 procedente de las Recogidas. En septiembre de 1869, 23 años después de su primer encarcelamiento, Ricarda volvió a aparecer en la listas de presas que se entregaban en la visita de cárceles, en esa fecha purgaba una condena de 5 años.[992] La vida de esta mujer fue particular y su pasó por las Recogidas aún más singular.

Directo al corazón

En la visita general del 19 de abril de 1862 en la lista que elaboró la rectora Eufemia Herrera figuraron 18 mujeres sentenciadas, entre ellas apareció por vez primera Ramona Gutiérrez: al lado de pendencieras, rateras y ebrias, ella era la única homicida y era también la que mayor condena devengaría, 6 años 6 meses.[993]

El infortunio de la joven Ramona, de apenas 20 años, comenzó seis meses atrás cuando se enteró que Félix Ramírez, su esposo, la engañaba con Fernanda Meza. Decidida, Ramona concertó una cita con su contrincante, quien aceptó ir a su casa, aunque después se encaminaron hacia el pueblo de San Andrés, con el cobijo de la noche la ofendida se abalanzó sobre Fernanda, y le hirió varias veces la cara con un tranchete: las mejillas, los labios, la nariz, las inmediaciones de los ojos, y el rostro todo de la amante quedó enrojecido con finos cortes. La ira de Ramona se detuvo sólo con la finalidad de arrebatarle el rebozo corriente, de hilo azul y café, símbolo de la ilícita relación pues estaba convencida de que Félix se lo regaló a su amasia, quien negaba la acusación, de cualquier forma se lo quitó y lo quemó; el

[991] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 69, inv. 29758, año 1866, ff. 2-3v.
[992] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 81, inv. 38479, año 1869, f. 28.
[993] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 8, inv. 20521, año 1862, f. 14.

marido, una vez enterado, endureció el trato con su esposa y madre de su pequeña hija de dos años. Los amantes siguieron juntos y no tuvieron reparo en pasear una noche de diciembre por la plazuela de la Soledad, Ramona los miró, los enfrentó y corrió tras su rival, a la que volvió a herir. Esa noche se separó de su esposo, quien desde entonces nada le ministraba para sufragar los alimentos de ella y su hija.

Ramona vivía con su hija en el cuartel 3, en la calle Plaza de Toros, y Fernanda estaba avecindada en el cuartel 4 en las inmediaciones de Santa Mónica: el martes 11 de febrero, a las 5:00 de la tarde, Gutiérrez se dirigía a Mezquitán a una boda a la que nunca llegó pues en el camino vio a María Meza, hermana de su contrincante, sentada en las afueras de su morada y ambas se hicieron de palabras, a la grita salió Fernanda y retomaron el pleito. Las injurias se volvieron golpes y en ese momento Sotelo, la cuñada de Gutiérrez, que aguardaba en una esquina, decidió intervenir y sujetó a Fernanda, que ya tenía en el suelo a su pariente; Ramona se recompuso mientras María la seguía insultando, una de sus palabras la terminó por desquiciar y, sin más, le clavó en el pecho un cuchillo que penetró el corazón. María murió al instante, la agresora lo supo, sus ojos se desorbitaron y se tiró a correr sin tener oportunidad de deshacerse del arma homicida, apenas había avanzado unas cuadras cuando en su huida la detuvo el comisario del cuartel y la remitió a las Recogidas en calidad de incomunicada, Sotelo, en cambio, logró escapar.[994]

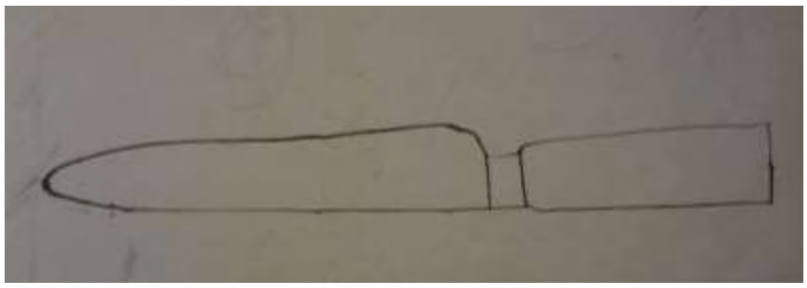


Ilustración 11 Arma que utilizó Ramona Gutiérrez. Fuente: BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c 3, inv. 20343, año 1862.

Los testigos fueron muchos, las pruebas irrefutables y la premeditación inobjetable; el 15 de abril de 1862 Ramona Gutiérrez fue sentenciada a 6 años de prisión, más 6 meses por no

[994] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 3, inv. 20343, año 1862, ff. 1-27.

poder pagar los perjuicios correspondientes.[995] Fernanda se fue de la ciudad y del marido adúltero nada se supo, ya que nunca se le mandó declarar, el destino de su hija también quedó incierto. Para agosto de ese mismo año, Ramona gozaba ya de la confianza de la rectora Eufemia Herrera, que le había concedido el cargo de bastonera; por su puesto la presa poseía llaves de los calabozos y se encargaba de que las demás reas desempeñaran sus empleos y observaran a cabalidad el reglamento; en caso contrario daba aviso a la rectoría, quien sancionaría las faltas con incomunicaciones o privación de visitas por el tiempo que estimase conveniente. Ser meritoria a este tipo de puestos, y ejercerlos con empeño y comedimiento, se recompensaba por ley general con abonos y rebajas de condena desde 1846; [996] en Jalisco en particular, se otorgaban 60 días de indulto, la gracia se pedía por escrito, con el aval de la rectora o el alcaide, a los magistrados durante las visitas generales, después de cumplido el primer año de sentencia.[997]

Como bastonera, Ramona tenía privilegios, sin embargo ni uno de ellos se comparaba con la deseada libertad. La noche del 15 de agosto Eufemia Herrera acordó con Gutiérrez las actividades del día siguiente: se levantaría a la prisión a las 4:00 de la mañana y se iniciaría la limpieza general porque sería día de misa; en ese tiempo las Recogidas estaban en la cárcel vieja de palacio de gobierno, y por la falta de espacio y la humedad de uno de los calabozos se dispuso que dormirían las presas en los corredores. Ramona, como era costumbre, se cercioró de que las piezas estuvieran cerradas y se dirigió a la habitación de rectoría a entregar el juego de las llaves, pero la sala estaba vacía y la puerta al exterior abierta, con esa oportunidad hasta "el más justo peca" caviló, dejó las llaves sobre una mesa, y salió cautelosa con rumbo a San Juan de Dios, en la esquina quedó Eufemia Herrera quien conversaba con un sujeto y no se percató de lo sucedido.[998] Llegó el alba y la bastonera no iniciaba la limpieza, en ese momento la rectora se dio cuenta de su fuga y dio aviso a las autoridades, que tras minuciosa revisión no acertaban en determinar por dónde había sido la fuga y con la ayuda de quién, pues las paredes eran altas y sólidas.

---

[995] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 18, inv. 20855, año 1862, f. 7.
[996] Barragán Barragán (ed.), *Legislación mexicana sobre presos, cárceles y sistemas penitenciarios (1790-1930)*, pp. 176-177.
[997] Reglamenta el despacho del Supremo Tribunal en cuanto a visitas de cárceles (1856), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. XIV, p. 29.
[998] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 6, inv. 20488, año 1862, f. 2-4.

Siete meses duró el sueño de libertad de Ramona Gutiérrez, en marzo de 1863 el comisario del cuartel número 4, ese donde ocurrió el crimen, la reconoció enferma en el hospital de Belén, fuertes dolores en el vientre la habían mantenido postrada en el nosocomio. Ramona regresó a las Recogidas a cumplir su condena, a su reingreso se le tomó de nuevo su media filiación y en ella se declaró viuda. Su fuga le imposibilitó en lo futuro para recibir encomiendas de confianza.[999]

Un esposo maleficiado

Sanjuana Yáñez era una joven vecina del cuartel 9, ahí se le conocía por trabajadora, estaba casada y tenía tres hijos: Victoriano, Dionisia y Mariana; en septiembre de 1861 su marido, Ricardo Santoyo, cayó enfermo, adolecía de llagas que procuró curar su esposa con lavativas de un cocimiento de gordolobo, malva y leche. Con la finalidad de remediar a su esposo, Sanjuana acudió a preguntar por un remedio a Luisa Aceves, quizá en consideración de su mayor edad, 38 años, esta viuda mujer le recomendó ponerle polvos de mercurio dulce, y así lo hizo hasta que le asaltó el temor de que las malencias fueran producto de un maleficio, uno provocado por la misma Luisa. La mortificada mujer sabía que ese tipo de males sólo se eliminaban con sangre de la persona que causó el daño, untada en la piel del perjudicado.[1000]

Una tarde de finales de septiembre, Sanjuana citó a Luisa en su domicilio bajo el pretexto de que le ayudara con las curaciones de Santoyo, la mujer acudió y en cuanto cruzó el umbral de la puerta se vio atacada por Sanjuana, quien le infirió amenazas por tener maleficiado a su esposo y la hirió de gravedad con un cuchillo en la parte superior de la cabeza; de inmediato la agresora tomó sangre y la untó al enfermo. Ante el escándalo y las voces de los presentes acudió el comisario, don Celso Paz, retuvo las rencillas y envío a la atacada al hospital de Belén, mientras que a la atacante la remitió a las Recogidas.

El caso fue turnado al juez segundo de letras, en el juzgado la acusada admitió el delito y explicó los impulsos que la llevaron a cometerlo; la defensa, a cargo de Miguel Esparza, procuró argumentar la opinión extraviada de su defendida y la falta de dolo en la acción. Aunque la rusticidad y la falta de instrucción eran consabidos motivos para caer en

[999] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 6, inv. 20488, año 1862, ff. 7-12.
[1000] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 3, inv. 18840, año 1861, f. 4.

la criminalidad,[1001] el recurso de la superstición fue desechado por el fiscal, quien lo calificó de ridículo e impasable, y pidió para la implicada una pena de un año de trabajos compatibles con su sexo. La sentencia fue confirmada por el tribunal superior el 21 de octubre de 1861.

Con la prisión de Sanjuana la situación de la familia empeoró, su esposo seguía enfermo y sus tres hijos sin el cuidado oportuno. En vísperas de navidad, en la visita general de cárceles, la presa presentó escrito con la intención de obtener su libertad, pero le fue negada a pesar de que acompañó su petición con una misiva de sus vecinos que certificaban su conducta honrada y trabajadora.[1002] Sanjuana no tuvo más que aguardar paciente el término de su condena.

Por una servilleta

El 5 de abril de 1869 Tomasa Delgado llegó a las Recogidas, día en que forcejeó con su madre. Su historia empezó una semana antes, cuando decidió abandonar su hogar. Tomasa tenía 17 años y vivía con su madre, Teodora Hernández, en el cuartel 5; su padre, Valente Delgado, en ese entonces se encontraba en la penitenciaría de Escobedo purgando una condena de dos años. Con la ausencia del marido, Teodora tuvo que enfrentar sola los gastos del hogar; todas las mañanas salía a trabajar mientras su hija cumplía con las labores domésticas de su morada; el viernes previó a su detención, Tomasa, como de costumbre, salió al río a lavar, con la desgracia de que perdió una servilleta, quizá de mucha valía en un austero menaje de casa, su madre al enterarse la regañó, le pegó y le dio una pedrada, con la advertencia de que cada que se acordara de su falta le había de volver a pegar.[1003]

Tomasa dejó a su madre después del correctivo y se fue con doña Isabel, mujer que también tenía un familiar en la Escobedo. La mañana del 5 de abril, Isabel le pidió a su asistida que le llevara a su hijo una canasta de alimentos a la penitenciaría; la joven cumplió el encargo y en la plazuela, entre tantas otras mujeres que visitaban a sus presos, se encontró a su madre, quien seguramente se dirigía a visitar a su esposo. Teodora tomó a su hija del brazo, le dio de guantadas y le tiró de los cabellos; la muchacha avergonzada ante la multitud

[1001] Buffington, *Criminales y ciudadanos en el México moderno*, p. 119.
[1002] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 3, inv. 18649, año 1861, ff. 25 y 35.
[1003] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 33, inv. 36932, año 1869, f. 4.

resistía y pedía a su madre que no la golpeara, mientras cubría el rostro con sus manos para evitar las bofetadas. En este lance las halló el comisario Luis Legaspi quien, aunque presenció los golpes que le daba Teodora a su hija, terminó por llevarse presa a Tomasa porque su madre argumentó el abandono del hogar y que en la disputa de esa mañana le había levantado la mano, ofensa bastante grave, según reputó el juez. Tomasa insistió ante las autoridades que no ofendió a su progenitora, y por falta de testigos fue absuelta el 20 de abril.

III. Penitentes recogidas

El 29 de septiembre de 1871 las presas arribaron al edificio de la penitenciaría.[1004] Es probable que por motivo de su traslación se realizaran nuevos registros de su filiación con la intención de instrumentar su identificación y control; esta práctica procesal se generalizó por decreto presidencial en enero de 1842, en un primer momento se dispuso que el registro, que constaba del nombre del implicado, el de sus padres, estado, edad, oficio y señas particulares, se realizara después de que el reo rindiera su declaración inquisitiva. Esta práctica procesal tenía la finalidad de evitar la mutación de nombres, sobre todo en reincidentes, y poder requerirlos con mayor precisión en caso de fugas.[1005] Con la invención y extensión de la fotografía las autoridades no dudaron en usar esta inventiva para contar con un retrato exacto del delincuente, y usar de ellas para formar registros de identificación. En marzo de 1855, en la ciudad de México se instaló la casa de filiación a la que pasarían los transgresores con causa en sentencia definitiva, de cada uno se tomarían cuatro retratos fotográficos: uno se entregaría al Ministerio de Gobernación, otro a la superintendencia de policía, uno se fijaría en el proceso, y uno más quedaría en la alcaldía.[1006]

[1004] A partir de esta fecha los registros de entradas y salidas dejaron de consignar por sede la Casa de Recogidas y en su lugar se asentó "Penitenciaría. Departamento de mujeres". BIPEJA, ASTJEJ, ramo Administrativo, c. 9, inv. s/n, año 1871, ff. s/n.
[1005] Barragán Barragán (ed.), *Legislación mexicana sobre presos, cárceles y sistemas penitenciarios (1790-1930)*, p. 125.
[1006] Barragán Barragán (ed.), *Legislación mexicana sobre presos, cárceles y sistemas penitenciarios (1790-1930)*, pp. 193-194.

Durante el segundo imperio, en el reglamento de cárceles de la ciudad de México de 1864, la plaza de fotógrafo se consolidó al incluírsele como parte del personal que debía figurar en estos establecimientos, su presencia se volvió tan necesaria como la del médico y las parteras que asistían con sus servicios en las instituciones carcelarias.[1007] Un año después la medida se extendió a las cárceles centrales y de distrito, la contrata en esta materia se otorgaría a quien mejores condiciones propusiera:[1008] los primeros fotógrafos de cárceles en la ciudad de México fueron el coronel José Muñoz (1855-1860), José de la Torre (1860-1861), Joaquín Díaz González (1861-1862, 1867-1880) y Dámaso Híjar (1866).[1009]

En Guadalajara la innovación de la cámara negra en los registros carcelarios dilató casi una década. En la Escobedo, con los hombres, parece ser que se implementó en 1867, fecha en que inicia el primer libro de presos, el cual concluye en julio de 1871, y contiene un total de 576 fotografías.[1010] En el caso de las mujeres, el primer álbum data de septiembre de 1868, el último registro del libro de sentenciadas es de 1873, y sólo tiene 56 retratos. En él, las fichas de filiación carecen de un orden cronológico, lo que indica una anotación extemporánea, que los retratos se capturaron en distintos momentos, y que después se procedió a la conformación del libro, lo que se confirma por las fichas de dos presas: Julia Sánchez y Juana Flores, ambas fueron procesadas en 1868 por robo y condenadas a deportación, la primera a siete años, la segunda a diez; ellas son las sentenciadas más antiguas del álbum, pero distan de ser los primeros registros en el orden de aparición, sin duda las fotografías se tomaron antes del traslado de las cárcel de mujeres a la penitenciaría, pues por el tipo de pena de deportación, no pudo ser de otra manera.[1011]

Con un intento de sistematizar de manera rigurosa la información de las presas las fichas incluyeron por rubros los siguientes: nombre de la presa, día de ingreso, juzgado que llevó la causa, fecha de sentencia, condena y delito; también se debía anotar el tiempo de

---

[1007] AGN, Justicia Imperio, vol. 106, exp. 8, año 1864, f. 60.
[1008] Decreto sobre cárceles, *Colección de leyes, decretos y reglamentos que interinamente forman el sistema político, administrativo y judicial del Imperio*, t. V, p. 108.
[1009] Rosa Casanova, Oliver Debroise, "Fotógrafo de cárceles. Uso de la fotografía en las cárceles de la ciudad de México", *Nexos*, núm. 119, noviembre 1987, nexos.com.mx /?p=4879 [consultado 6 de marzo de 2019].
[1010] Thomas Calvo, "La fotografía de presos en Guadalajara, 1872-1873", Laura Benítez Barba, Thomas Calvo, Alejandro Solís (coords.), *Tras el estigma del infortunio. Fotografía carcelaria en el primer cantón de Jalisco, 1872-1873*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, El Colegio de Michoacán, 2012, p. 30, p. n.
[1011] AHEJ, Álbum Penitenciaría, sentenciadas, 1 Bis, 1869-1873.

extinción de pena, rebajas obtenidas y abonos en el castigo; de sus datos personales se asentaba edad, estado civil y lugar de origen; en las características físicas se atendía estatura, color de pelo, cejas, ojos y piel, tipo de nariz y boca, y se añadían las señas particulares, en este último se indicó de forma indistinta alguna cicatriz o si la implicada sabía escribir. El oficio no fue un elemento a considerar. Aunque el libro contiene 56 retratos de presas, sólo 24 registros aparecen debidamente inscritos, lo que denota una falta de formalidad, incluso de seriedad, en atender estas tareas.

En las fotografías de las sentenciadas se favoreció un retrato frontal de medio cuerpo, ajeno aún a la práctica de la antropometría criminal. Un elemento significativo y delicado delata que los retratos del álbum fueron obra de por lo menos dos fotógrafos, y por lo tanto enmarcan dos momentos distintos: el primero, de 1868 hasta marzo de 1872, se caracteriza porque las reclusas portan entre sus manos una frágil rosa, un clavel o un ramillete de flores; en el siguiente, a partir de octubre de 1872 a la fecha en que concluyó el álbum en 1873, ese detalle desaparece. Acerca del segundo fotógrafo se puede precisar que se trató de Rafael Alatorre, quien detentaba este empleo de forma oficial en la Escobedo, y efectuaba su arte en las azoteas de la penitenciaría al lado de su ayudante Bonifacio Martínez,[1012] esto se confirma en un rasgo característico: el común de sus fotos, en uno y otro sexo, lleva inscrito al frente el nombre y número del preso. El retratista anónimo reprodujo los códigos de un retrato tradicional femenino, en el que "una mujer posa recogida sobre sí misma, con una flor y rebozo, y de esta manera unió a la transgresora con su representación abstracta de su género".[1013]

Contrario a los hombres desalineados, haraposos, casi desnudos, que se pueden encontrar en el álbum de presos de la penitenciaría de 1872-1873, fotografiados al momento de incoar proceso, en el libro de mujeres sentenciadas priva en la mayoría una vestimenta decente, modesta casi siempre, incluso cierta pulcritud, cabello totalmente recogido, por lo regular peinado en dos trenzas, pendientes, collares, y un par de anillos, se aprecian en algunas de las sentenciadas. En ellas el rebozo es la prenda por excelencia, salvo en las que

[1012] Calvo, "La fotografía de presos en Guadalajara, 1872-1873", p. 33.
[1013] Beatriz Bastarrica Mora, "En manos del fotógrafo: la construcción de las representaciones de la mujer y de la fachada personal femenina en la fotografía decimonónica mexicana", *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, núm. 140, 2014, p. 52.

portan vestidos más elaborados. Por sus edades las presas van de los 17 años a los 50. La más joven, llamada Arcadia Hernández, tomó una postura más suelta, segura y con una mirada altiva. En el caso de los hombres, en el álbum de referencia, Thomas Calvo advierte el rostro del crimen, el nivel de la degradación, la escenificación de la pobreza y del vicio, debido, en parte, a la inmediatez del registro fotográfico; en las presas esto queda diluido, menos perceptible aún en aquéllas que sostienen flores entre sus manos; en su representación hay una intención exclusiva del fotógrafo, un esfuerzo por desdibujar la degradación en la que han caído.



Ilustración 12 Álbum de sentenciadas, 1868-1873. De lado derecho la joven Arcadia Hernández. Fuente: AHEJ.

Cada ficha del libro de sentenciadas es la historia de una mujer a la que sendos caminos la condujeron a un destino común en el Departamento de Recogidas de la penitenciaría. Madre e hija llegaron a tener el mismo castigo. Martha González y su hija Refugio Hernández, procedentes de Atotonilco, fueron remitidas al Departamento de Recogidas el 23 de octubre de 1871. De acuerdo con el álbum por el delito de heridas, riña e incendio la madre, y por cómplice la hija. Un año antes, el 3 de octubre de 1870, Martha, Refugio y María, nuera de la primera, se dirigieron al rancho de San Roque a buscar a Francisca Bravo, pues se decía

que parió un hijo producto de su correspondencia ilícita con Enrique, hijo de Martha y esposo de María. Al arribar al jacal de Francisca, las mujeres la encontraron "enferma de parto", sin que esto fuera impedimento para contenerse González la atacó con una navaja hiriéndole de gravedad en el rostro; en seguida le cortó el pelo, ineludible símbolo de su feminidad y castigo que evidenciaría su infamia, "y no contenta con esto le incendió la casa habitación".[1014]

Las atacantes fueron consignadas a la autoridad del alcalde de Arandas, ahí se realizaron las primeras diligencias y después su proceso pasó al juez letrado de Atotonilco, quien finalmente lo remitió al Supremo Tribunal de Justicia, en Guadalajara. Martha, casada, de 43 años de edad, aceptó la comisión de los hechos porque quería quitar a su hijo de aquella mala relación; Refugio, soltera, de 21 años, también admitió su culpabilidad y sólo María quedó exonerada. Ambas mujeres quedaron condenadas por la cuarta sala del tribunal superior el 11 de noviembre de 1871: la autora principal recibió cinco años de prisión y fue estrechada a indemnizar a Francisca por daños y perjuicios, su encubridora fue acreedora a tres años de encierro.

Refugio, en vísperas de la navidad de 1872, solicitó ante la visita general de cárceles 60 días de indulto, mismos que le fueron concedidos ya que desde noviembre del mismo año desempeñaba el puesto de gritona de los golpes, cargo en el que siguió por lo menos hasta marzo de 1874, fecha en que de nuevo elevó escrito a los tribunales con la finalidad de que se le agraciara "abonándole doble" el tiempo de sus servicios en la reducción de su condena. La rectora sustituta, Dolores Rochín, certificó la honradez, buenos procedimientos, y las pruebas de moralidad y enmienda perceptibles en su acertada conducta. Martha también tuvo un oficio de confianza, ella fue celadora de caños y aseo a partir del 7 de noviembre de 1871, y en el continuó varios años; el 4 de enero de 1874 también pidió rebaja de condena en consideración a su empleo; la rectora, Gumersinda Ortiz, avaló su petición y señaló que era de un comportamiento irreprensible.

[1014] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 16, inv. 41120, año 1871, f. 3.



Ilustración 13 Martha González y su hija Refugio Hernández. Fuente: AHEJ.

María Manuela Gómez, una joven de 21 años, de mirada profunda, es una de las historias del álbum. Originaria de Degollado, y avecindada en la hacienda de Huáscato, en la misma demarcación. Manuela llegó a Guadalajara el 23 de octubre de 1871, venía de su pueblo en calidad de presa y arribó directamente a las Recogidas. Dentro de la red carcelaria de Jalisco, la Escobedo y las Recogidas eran los máximos establecimientos de corrección, por lo que era usual que recibieran sentenciados procedentes de puntos foráneos.[1015] En su retrato Manuela sostiene un ramillete de flores, en el que se esconde la suerte de una mujer que mantuvo relaciones ilícitas con un sujeto que después se mudó a Guadalajara: de sus encuentros con Doroteo Ramírez quedó embarazada, del "producto de su debilidad" nació una niña el 22 de septiembre de 1871, Manuela la parió sola en un cuarto por vergüenza, según expresó al juez,

[1015] Por disposición general los ayuntamientos estaban obligados a cubrir una cuota por los gastos de los alimentos de presos. Empleados de la penitenciaría y Casa de Recogidas (1871), *Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco*, t. V, serie II, 1869-1872, Tip. De S. Banda, [1874], Guadalajara, Congreso del Estado de Jalisco, 1981, p. 309.

pues su hermano con quien vivía "la mortificaba mucho y quiso evitarles ese disgusto".[1016] Esta joven había manchado el honor de los hombres de su familia, en este caso representado por su hermano; su infortunio comenzó en el momento que decidió ejercer su sexualidad fuera del vínculo matrimonial; con el embarazo el estigma de su liviandad se prolongó, pues una hija ilegítima representaba el culmen de sus desgracias.

El mismo día que dio a luz, Manuela le quitó la existencia a la criatura; el facultativo convino en que la muerte fue por un golpe realizado con un arma contundente en el rostro. La acusada declaró que, al parir, la niña cayó entre piedras y al creerla muerta escarbó el suelo con las manos, hizo un pequeño hoyo, la colocó en él y le echó tierra encima.[1017] En ese momento se aproximó el comisario don Trinidad Abad, a quien le habían dado aviso del llanto de un recién nacido, y al verla le recriminó "ni los animales hacen eso". La niña estaba aún viva cuando la desenterraron, pero sólo resistió unas horas más debido a las mortales heridas. A su manera, Manuela resolvió una situación que le angustiaba, limpió su indefectible deshonra con sangre.

El juzgado de primera instancia estimó conveniente sentenciar a la implicada a cuatro años de trabajos forzados; en superior audiencia el fiscal del Supremo Tribunal de Justica consideró que no era proporcionada la pena con el delito, revocó la anterior y duplicó el tiempo de prisión a ocho años; la segunda sala del mismo tribunal endureció el castigo y el 15 de enero de 1872 Manuela Gómez fue sentenciada a 10 años de obras públicas en las Recogidas por infanticidio. Desde la fecha de su sentencia, la rectora, Gumersinda Ortiz, confió a la presa el cargo de golpera segunda; por su correcto desempeño en este empleo, la rea pidió rebaja de condena en junio de 1876.

Los jueces de una y otra instancia, aunque divergían en el tiempo de la pena, coincidían en los argumentos y agravantes de la materia. En el tribunal, los códigos de enunciación convergieron en una idea de lo justo a partir de la construcción de ser madre, noción que envolvía determinadas normas y grados de obligatoriedad. Los elementos que

[1016] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 82, inv. 43504, año 1871, ff. 7v-8.
[1017] El proceder de Manuela representa un patrón vinculado con las jóvenes de áreas rurales, que al verse acometidas por el deshonor esconden su embarazo o se deshacen del recién nacido, al que entierran o ahogan. Lo que evidencia el desamparo y la extrema soledad de esas mujeres. Annick Tiller, citada por Perrot, *Mi historia de mujeres*, pp. 34 y 91.

consideraron los magistrados fueron los siguientes: la violencia ejercida en una persona que no podía defenderse, que la hizo sufrir doble por enterrarla viva y, "sobre todo, siendo la madre la que hacía esto contra su hijo"; el magistrado de la segunda sala afianzó la gravedad del delito en lo antinatural del caso, pues se contravenía al "amor de los padres a sus hijos y el deseo de conservarles", por lo que era de suponerse que el temor, la vergüenza o algún estímulo debieron impedir una acción "tan repugnante a los sentimientos naturales".[1018] Además, las circunstancias de efectuar el crimen en despoblado sumaban por agravante, porque disminuían las posibilidades de defensa y auxilio a la víctima.[1019]

Las razones de los letrados son reveladoras de los valores culturales del deber ser femenino, y de manera puntual de la construcción del ser madre: este vocablo es por sí sólo hiperónimo de un amplio campo semántico que envuelve una gama de descripciones implícitas y que incluye determinadas prácticas, imaginarios, sentimientos, instintos, una esencia institucional y una nota subsumida de voluntad. Manuela contravino la construcción social de la mujer-madre, y la naturaleza de su cuerpo reproductor, dador de vida.[1020]Ser madre implicaba poseer un fuerte instinto de conservación sobre la vida de los hijos;[1021] ser infanticida significaba ir contra la esencia reproductiva y amorosa del ser femenino. La argumentación de los magistrados también evidencia una mayor apreciación de los hijos, y su preservación, por ser una cuestión de interés social, lo que a su vez revalorizó, de manera colateral, la figura de la madre, al tiempo que volvía más enjuiciable la actitud y proceder de las progenitoras, pues la sociedad en su conjunto compartía la visión de cuidado, crianza y moralidad como valores cardinales del ser madre.[1022]

[1018] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 82, inv. 43504, año 1871, ff. 9v-15v.

[1019] De acuerdo con Tomás y Valiente, la razón, la edad y las circunstancias relativas al lugar y al tiempo de la ejecución, eran elementos que sumaban por agravantes o atenuantes. Tomás y Valiente, *Obras completas*, t. I, El Derecho penal de la monarquía absoluta (siglos XVI, XVII y XVIII), p. 437.

[1020] Ramos Escandón, "Cuerpos construidos, cuerpos legislados. Ley y cuerpo en el México de ´Fin de Siecle´", p. 95.

[1021] Élisabeth Badinter, *¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*, Barcelona, Paidós, 1981, p. 132.

[1022] La centralidad que adquirieron las madres y sus hijos dentro de la sociedad, permitió a las madres identificar las necesidades primarias que las conducirían a un estado de bienestar a ella y su prole, y posteriormente incidieron en la gestión y formación de actividades caritativas, sin embargo, la constitución y consolidación de estados fuertes tendieron a absorber estas medidas como políticas públicas y limitaron el espacio de actuación de las mujeres, además, su discurso proteccionista y maternalista fue contrario a su incursión política. Así, la injerencia del Estado en la regulación de la vida de los ciudadanos fue conservador y tradicional en lo referente al papel de lo femenino. Seth Koven y Sonya Michel, "Womanly Duties: Maternalist Politics and the Origins

Teóricos como Beccaria reconocían que el origen del infanticidio descansaba en la infamia que sopesaba sobre aquellas madres que se veían estrechadas a elegir entre la infalible deshonra propia y la de su criatura, o la muerte de ésta última; para Beccaria la pena impuesta a estas mujeres no era precisamente justa, en tanto que las leyes no las protegían con diligencia ni prevenían la tiranía y circunstancias que exageraban los vicios.[1023]



Ilustración 14 Manuela González, con ramillete de flores. Fuente: AHEJ.

Durante el siglo XIX se enarboló la asociación de las nociones de mujer-madre-maternal,[1024] su composición se tornó indisoluble y contuvo experiencias sobrecargadas de significados sociales encarnados en los sujetos e instituciones, y reproducidos en discursos, imágenes y representaciones.[1025] La triangulación conceptual complejizó el ser mujer ya que estructuró

---

of Welfare States in France, Germany, Great Britain, and the United States, 1880-1920", *The American Historical Review*, vol. 95, núm. 4, 1990, pp. 1079-1080.

[1023] Beccaria, *De los delitos y de las penas*, p. 89.

[1024] El Emilio, de Rousseau, marcó un hito en la composición de la familia fundada en las bases del amor maternal. Esto significó investir a las mujeres de atributos que sensibles basados en su sexo. Para profundizar al respecto véase Élisabeth Badinter, *¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*.

[1025] Cristina Palomar, "´Malas madres´: la construcción social de la maternidad", *Debate feminista*, vol. 30, núm. 15, 2004, p. 12.

la percepción y la organización concreta y simbólica del conjunto de la vida.[1026] Lo maternal determinaba que la madre, además de procrear, tenía que ejecutar su papel de cuidadora de una forma amorosa, y la analogía determinante presuponía que cualquiera sería capaz de ejercer un acumulado de capacidades, habilidades y saberes, como expresión de su más profunda y natural entrega al otro.[1027]

Entrelazada con la experiencia de una maternidad fallida, surge la siguiente presa. Petra Ramírez, de 36 años, estaba casada con Mateo Chávez y era vecina del cuartel 3: Petra tenía un solo hijo, Cipriano, y había sufrido cuatro abortos, ante un panorama desalentador la solución para tener otro hijo fue fingir un embarazo, lo que hizo con la ayuda de una partera. El tiempo avanzaba y se acercaba el momento en que debía dar a luz, así que Petra se dedicó a buscar un recién nacido con el que pudiera cumplir su plan; en la plazuela de la penitenciaría encontró una niña de pecho en los brazos de María Luz Zamora, una mujer con un esposo preso, al que le llevaba desayuno. Petra identificó su objetivo, fue directa con Luz y de inmediato le ofreció comprarle a la criatura, era un viernes santo, y la madre se negó. Al siguiente día, Luz, como todas las mañanas, se dirigió con su canasta a la Escobedo para llevar alimentos a su marido, Petra también volvió al mismo lugar, y conversó con la mujer, se tomaron un poco de confianza y le pidió le fuera a comprar un almud de maíz, entre tanto ella la esperaría con la niña y el almuerzo; la madre, ingenua, acudió a realizar la encomienda y cuando regresó su hija y Petra habían desaparecido.

[1026] Scott, *Género e historia*, p. 68.
[1027] Marcela Lagarde sostiene que las mujeres comparten una historia que las conforma para ser madresposas, por lo que deconstruir el contenido de esta simbiosis requiere escudriñar las relaciones, las funciones y el poder que las conducen a cumplir su "destino": el cuidado del otro. Lagarde, *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, p. 364.



Ilustración 15 Petra Ramírez, acusada de plagio. Fuente: AHEJ.

Un sábado de gloria, por la noche, Petra dio a luz, guardó cama y contrató una nodriza porque, como era de esperarse, carecía de leche, todo parecía haber funcionado para ella. Luz, tras el robo, se dedicó a buscar a su pequeña Eleuteria; el 3 de abril por la mañana se encontró con otra mujer a quien también le habían ofrecido comprarle a su hijo, las dos convinieron en que la extraña compradora se trataba de la misma persona, y así fue. La policía acudió al domicilio de Petra y la quiso aprehender, pero su esposo se opuso por estar recién parida; la revisión de dos parteras dejó al descubierto la trama. Mateo y los jueces estaban desconcertados, pues no entendían cómo había osado en perpetrar el acto "¿qué cosa más preciosa podía robarse a un padre o madre de familia que un hijo?" [1028]

El hecho se calificó de atroz y gravísimo porque además se pretendía privar a la criatura de sus padres. Por su parte, el defensor de pobres, Mariano Rojas, inmerso en los

[1028] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 45, inv. 45168, año 1872, ff. 20-24.

valores de su época, convino en que Petra urdió tal plan con la finalidad de retener a su marido, pues estaba "entrada en una edad madura, de un rostro nada agradable", y reunía graves defectos para un hombre, esto o el temor de un golpe o "el interés de ahogar el amor de ser padre", fueron los móviles que dedujo impulsaron a la acusada.[1029] La argumentación jurídica devela el horizonte del discurso normativo, en orden a la rectitud, a la idea de lo racional.[1030] Rojas, con su narrativa, descubre una serie de cualidades en la mujer que quisiera "retener" a su esposo, para ello debía ser joven, bella y cumplir con la procreación para satisfacer la paternidad y descendencia del varón. Considerar el deseo de Petra por confirmarse como mujer desde una maternidad que se veía frustrada en los abortos fue impensable. El 17 de mayo de 1872, Petra fue sentenciada por la segunda sala del Supremo Tribunal de Justicia a un año de prisión por delito de plagio.

Más allá de las historias de las mujeres sentenciadas, el álbum encierra atisbos de modernidad, y muy probablemente significó la transición de las Recogidas al edificio penitenciario, este nuevo espacio albergaría a las transgresoras, y las colocaría en el engranaje particular de su concepción, en la construcción de su imaginario, sus signos y símbolos.[1031] Las reas, por su parte, desde su cuerpo y sus sentidos, con su perceptibilidad aprisionada en distintos muros, experimentarían la representación del espacio del régimen de penitenciaria.

La inclusión de las recogidas en el recinto de la Escobedo no representó un tratamiento correccional y rehabilitador semejante al formulado para los varones. La arquitectura de su departamento, aunque inmersa en el complejo penitencial, distó de las representaciones del espacio masculino. Su pieza se conoció como el Departamento de Recogidas, en su nominativo enclavó su esencia, y el lastre de su función-intención mística, con ello también marcó la percepción de sus habitantes; ya no estaban en "casa", pero permanecían recogidas. Así, desde la legislación, las normas e instituciones, las mujeres eran estrechadas a los modelos imperantes de la feminidad.[1032]

[1029] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 45, inv. 45168, año 1872, f. 24.
[1030] Ricoeur, *Lo justo*, vol. I, p. 109.
[1031] Lefebvre, *La producción del espacio*, p. 153.
[1032] Lagarde, *Los cautiverios de las mujeres, madresposas, monjas, putas, presas y locas*, p. 192.

Para las reas, la situación al interior del establecimiento se distinguió por la carestía. En enero de 1873 la rectora, Gumersinda Ortiz, hizo presente a la comisión de cárceles la necesidad de petates, pues los 40 que se entregaron un año antes estaban ya desgastados, y por este motivo muchas presas dormían en el suelo.[1033] Además las recluidas sufrían los inconvenientes de estar en un departamento inconcluso, sin puertas, rejas ni pisos nivelados, en el que faltaba el suministro de agua "para el aseo y aún para lo más preciso", con riesgo de que este escenario propiciara un brote epidémico.[1034]

En el Reglamento de la Cárcel Penitenciaria de Guadalajara de 1870 el departamento de mujeres pasó desapercibido, probablemente porque permanecían en otro local. En 1871, cuando estuvieron en el ex convento de Capuchinas, además de la cocina, un corto número de presas se dedicaba a trenzar rebozos, mientras que otras más lavaban la ropa de los jóvenes de la escuela de artes.[1035] La ausencia de las reas persistió en el reglamento de 1882, y aparecieron finalmente en el de 1887, en este último se señaló la existencia de una preceptora que enseñaría a las presas lectura, escritura, aritmética, moral y urbanidad; pero seguían estrechadas a cumplir la proveeduría de alimentos,[1036] aunque diversificaron algunas de sus actividades episódicamente, lo privativo fueron los trabajos de fogón y el metate. En 1889 el director de la Escobedo, Mateo del Muro, informó que las internas se ocupaban de hacer las tortillas y atole, y otras se dedicaban a la instrucción primaria; las jornadas de las primeras se iniciaba diariamente desde las dos de la mañana hasta las seis de la tarde, "alternándose por secciones en las diferentes faenas" para la preparación de los alimentos.[1037]

[1033] AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 9, paqt. s/n, leg. s/n, exp. 965, año 1873, f. 1.
[1034] La insuficiencia del agua fue un problema que también acusaron los presos de la penitenciaria, la situación se remedió con la construcción de una noria. AMG, ramo Policía, sig. s/c, c. 9, paqt. s/n, leg. s/n, exp. 1174, año 1874, f. 5.
[1035] Desafortunadamente la documentación no permite saber si las reas recibían algún pago por estas actividades, o si tenían libertad de vender sus productos, en este caso los rebozos. BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 36, inv. 41751, año 1871, ff. 9v-10.
[1036] Trujillo Bretón, *Entre la celda y el muro. Rehabilitación social y prácticas carcelarias en la penitenciaria jalisciense "Antonio Escobedo", 1844-1912*, pp. 107-111.
[1037] De acuerdo con Jorge Trujillo, las labores del metate fueron empleadas también como un castigo para los hombres, a quienes el fuerte trabajo les provocaba ampollas y grietas en las manos, además que degradaba su masculinidad. Estos padecimientos físicos fueron calificados de crueles, sin embargo de que eran actividades comunes para las mujeres. Trujillo Bretón, *Entre la celda y el muro. Rehabilitación social y prácticas carcelarias en la penitenciaria jalisciense "Antonio Escobedo", 1844-1912*, pp. 118 y 193.

De acuerdo con Gema Martínez y Carlos García Valdés, concentrar las casas de recogidas, un espacio propio femenino, en las penitenciarías fue indicativo de una nueva etapa punitiva en las mujeres, una en la que alcanzaban cierta igualdad delictiva con los hombres.[1038] Las mujeres ya no van a un recogimiento, van a la penitenciaria al igual que los varones, en su apariencia legal se unificaron al criterio masculino, de esta manera dejaban de ser pecadoras, para ser plenamente delincuentes.[1039] De acuerdo con Ricoeur, ser sujeto imputable, es ser un sujeto capaz, atribuible de acción, susceptible de imputación y de responsabilidad.[1040] Las reas, al sumergirse en las representaciones de un espacio punitivo masculino, de manera subrepticia, fueron reconocidas, desde su imputabilidad, como sujetos reales de derecho.

La conformación del álbum de sentenciadas daba prueba de ello, ya que las colocaba dentro de la corriente clásica criminalista,[1041] además quedaban inmersas en un halo de modernidad, en el propio del Derecho penal que pretende la corrección y enmienda. No obstante, la concepción respecto a su criminalidad distó de la cosmovisión masculina, ya que "la línea que distingue entre lo que es considerado femenino y lo que es delictivo es fuerte y nítida, mientras que la división entre lo que es estimado masculino y criminal no lo es tanto".[1042] Los hombres al delinquir excedían el uso de su violencia, siempre permisible; las mujeres, en cambio, iban en contra de las leyes y sobre todo de su naturaleza, en especial en las infracciones que implicaban una conducta violenta, a diferencia de robos llanos de naguas por ejemplo.

Las flores que las sentenciadas portaban en los retratos fotográficos evidencian esa necesidad por vincularas a un mundo frágil y dócil del que no deberían salir, de tal manera la estigmatización delictiva sopesó más en las mujeres pues su potencial costo en relación

---

[1038] Gema Martínez Galindo denomina a esta nueva etapa como legal-penitenciaria, y en el caso de España ubica la transición a esta fase en la segunda mitad del siglo XIX. Para profundizar en cada etapa véase Martínez Galindo, *Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913)*.

[1039] García Valdés, "Las casas de corrección de mujeres: un apunte", p. 591.

[1040] Ricoeur, *Lo justo*, vol. I, p. 54.

[1041] La escuela clásica, en concordancia con los mecanismos del pacto social, parte de la construcción de un delincuente que de manera libre, consciente y voluntaria elige el camino del crimen, esta visión se contrapone a la corriente positivista que ve en el organismo del criminal factores determinantes que rigen su conducta.

[1042] Mariana Sánchez, "La mujer en la teoría criminológica", *La Ventana. Revista de Estudios de Género*, núm. 20, 2004, p. 259.

con sus beneficios era mayor que en los hombres. Considerar que los impulsos que motivaban la transgresión en las mujeres residían en una desviación de su deber ser femenino propició que el ejercicio demostrativo de la justicia se construyera desde un castigo en el que reafirmarían su condición de género: en una cocina sirviendo a los varones.[1043] El encierro a simple vista parecía ser el mismo, en un espacio y tiempo común, pero con un impacto diferenciado en uno y otro sexo.

[1043] Contrario a las mujeres, las formas punitivas desde la experiencia masculina adoptaron el modelo de fábrica en el interior de las cárceles, esto con una clara función-intención de asimilarlos a la ética de trabajo obrero, asalariado y subordinado. Para profundizar más al respecto véase Darío Melossi y Massimo Pavarini, *Cárcel y fábrica: los orígenes del sistema penitenciario siglos XVI-XIX*, México, Siglo XXI, 1980.

Consideraciones finales

Cada capítulo de esta investigación entretejió la historia de la Casa de Recogidas de Guadalajara, desde el momento en que se ideó en 1745, hasta que se desvaneció entre los muros del régimen penitenciario en 1871. En esta última fecha, la Casa de Recogidas como espacio perdió autonomía, y de ser un hiperónimo con un campo semántico propio, se convirtió en hipónimo de lo penitenciario. De forma que la institución no desapareció con la venta de su primigenio recinto físico, ni en su constante peregrinar después de 1858, ya que a donde "iba" continuaba siendo la "Casa de Recogidas". El fin del establecimiento llegó cuando dejó de ser un ente específico y se volvió parte del complejo edilicio de la penitenciaría, de manera que ya no fue "casa" sino departamento de recogidas.

De principio a fin tracé su devenir, su nacimiento, sus momentos de crisis, sus transfiguraciones, sus permanencias y su decadencia. A la vez que destaqué los personajes y acontecimientos nodales, los conflictos jurisdiccionales y económicos, así como los cambios en su naturaleza institucional y, por ende, en la vida cotidiana de sus habitantes. Esto permitió esclarecer la relevancia de figuras centrales que contribuyeron en la fundación y sostenimiento del establecimiento, por ejemplo: Joseph de Castro Cid, su impulsor; el obispo Juan Gómez de Parada, su benefactor, y su hermano Ginés; Joseph Reyes Gómez de Aguilar, encargado de su gobierno en las primeras dos décadas; y de José Domingo Rus, su juez protector en las postrimerías del periodo novohispano.

A partir del ritmo particular de la institución definí la cronología capitular y general, no restringiéndome a los cortes temporales políticos convencionales, aunque hubo ciertas convergencias. De cierta manera, esto muestra cómo los embates del escenario nacional trastocan la funcionalidad y cotidianidad de las instituciones, lo que a su vez crea distintos signos de representación del espacio, fomenta determinadas prácticas sociales, y construye variantes del espacio de representación. Al respecto, el ejemplo más ilustrativo fue el correspondiente al periodo de la guerra independentista, debido a que este fenómeno desplegó una serie de estrategias políticas y militares que tenían la finalidad de minar las fuerzas y bases sociales de los insurgentes. El contexto bélico propició la reconsideración de la esencia misma de la Casa de Recogidas, ya que sin miramientos se le empleó como lugar de contención de las mujeres relacionadas de manera real o ficticia con las turbas de rebeldes,

por lo que el encierro se instrumentó de forma estratégica contra sectores específicos de la sociedad.

Así mismo, en el escenario de rebelión, la promulgación de la Constitución de Cádiz en 1812 acentuó la esencia de institución de beneficencia en la Casa de Recogidas, lo cual evidenciaba una visión particular respecto a la noción de castigo judicial en códigos femeninos, ya que pese a ser un espacio de justicia/castigo, con un trabajo forzado, su naturaleza se concibió asociado a medidas benéficas en torno a la protección y asistencia de las mujeres, y en esto era diferente al recinto carcelario masculino, que de manera categórica quedó entrelazado a los mecanismos judiciales del tribunal de la Audiencia, mientras que la Casa de Recogidas pasó al arbitrio del ayuntamiento.

Las contradicciones evidentes entre el ideal benéfico que instituía la Carta gaditana respecto al establecimiento, y el tangible uso represivo que exigía la imperiosa necesidad de combatir la insurgencia, evidenciaron su función-intención carcelaria, más que de asistencia. Su esencia como espacio punitivo quedó consolidada con la formación del estado de Jalisco, ya que la Casa de Recogidas fue incorporada al sistema de cárceles estatales.

En materia de historia institucional esta investigación cumple con su cometido. Por una parte, al dar cuenta de un espacio destinado a las mujeres, y primordialmente al contribuir con el conocimiento de las formas punitivas que enfrentaban las novogalaicas, y las jaliscienses. Además, demuestra desde la experiencia femenina cómo se constituyeron algunos aspectos del sistema carcelario del México independiente. En términos amplios, el estudio irrumpe y trastoca un escenario historiográfico que se ha enfocado más en la cultura conventual. Dentro de la historiografía jalisciense, referente a establecimientos femeniles, este es el primer esfuerzo por realizar una historia integral de uno de ellos, y es también una invitación para profundizar acerca de los conventos, los colegios y beaterios de la ciudad de Guadalajara, que tan poca atención han merecido en la región.

Cada uno de los cuatro apartados hilvanó las prácticas sociales, las representaciones del espacio y los espacios de representación que convergieron en la producción espacial de la Casa de Recogidas. El diálogo entre lo percibido, lo concebido y lo vivido, el cruce entre el ideal, lo real y lo ficticio, mostraron las formas punitivas de encierro desde la realidad

femenina en un periodo amplio; que comprendió el tránsito del orden jurídico tradicional al orden jurídico legal. En la escena geográfica nacional esto abarcó el régimen de la monarquía española y la construcción y consolidación del Estado mexicano.

La lectura y análisis del conjunto evidencia la manera en que el recinto transitó de uno a otro régimen. De este proceso se confirma que los múltiples cambios y permanencias que experimentó la Casa de Recogidas de Guadalajara, desde la última década del siglo XVIII, estuvieron basadas en dos elementos estructurantes del pensamiento ilustrado: por una parte, la concepción de lo femenino replegada al contrato primario matrimonial, y excluida del pacto social; y por otra, la prevalencia de la razón, que condujo a la secularización de la sociedad y a la reforma del Derecho penal.

En la Casa de Recogidas el proceso secular se introdujo a partir de su población, la cual cada vez tendió más a proceder de los tribunales regios que de los eclesiásticos. El fenómeno propició vacíos jurisdiccionales y desembocó en cambios de potestades. Así mismo, el distanciamiento de las autoridades religiosas condujo a una configuración de las prácticas sociales, ya que las habitantes del recinto estuvieron menos estrechadas a cumplir con actos devocionales, pero en cambio la cotidianidad de las reas estuvo conminada a entregar su tiempo en las faenas del metate. De manera subrepticia, las cambiantes representaciones del espacio delinearon particulares formas de vivir y experimentar la sanción punitiva del recogimiento.

La secularización de la sociedad, y los bienes estimados por ella, configuró otro tipo de transgresoras. De manera lenta, los pecados de la carne dejaron de ser la marca de la criminalidad femenina porque no dañaban de forma directa el pacto social, salvo el adulterio que atentaba contra la felicidad e integridad de la familia. En el siglo decimonónico se diversificó el actuar delictivo y comenzaron a abundar las ebrias escandalosas, las inmiscuidas en riñas y las ladronas furtivas, pero predominaron las mujeres públicas, quienes eran aprehendidas no por su ejercicio, sino por ofrecer sus servicios en lugares, horas y de maneras no permitidas por los reglamentos de policía y de prostitución.

En metodología, la tríada conceptual propuesta por Lefebvre permitió realizar una lectura del espacio e identificar los discursos que codificaron el recinto de las Recogidas, los

valores e ideales que lo invistieron. En la estructura arquitectónica, los signos del establecimiento guardaron correspondencia con las instituciones conventuales; además, reprodujeron y favorecieron el recogimiento como práctica y virtud deseada en lo femenino. En el siglo XIX las corrientes discursivas relativas a la humanidad de las penas repercutieron en la institución, pero sobre todo para anteponer sus intereses a las necesidades de la cárcel pública.

A la vez, los postulados de Lefebvre fueron idóneos para cumplir con uno de los objetivos centrales de la investigación: revalorar la agencia de los sujetos y lo que significó vivir el castigo. Con lo que demuestro que la interacción y significación de la casa tuvo una fuerza bidireccional que dio sentido al espacio. A pesar de la tenue voz de sus habitantes, fue posible integrar sus historias en la dimensión estructural del recinto, dejar al descubierto sus hábitos, costumbres y las sensibilidades que experimentaban al purgar su condena.

La documentación empleada fue propiamente producida por las autoridades, parte del poder institucionalizante, por lo que resultó sencillo identificar los elementos que, desde los planificadores, codificaron el espacio. Las mujeres, como señala Michelle Perrot, dejan pocas huellas, no obstante su rastro más palpable se encuentra en las querellas policiales y judiciales, por lo que sin dudar recurrí también a ellas.[1044] Aunque los datos obtenidos parecían estar alejados de la agencia de las recogidas, las fuentes dieron de sí para descubrir a las recogidas de carne, huesos y sentimientos que de manera directa experimentaron lo que era vivir el castigo o el poder en el interior del establecimiento.

La Casa de Recogidas fue un espacio plural y diverso; no fue enteramente femenino ni del todo estamental. En su interior convivieron hombres que desempeñaban labores como porteros o mozos; en él habitaron desamparadas, pecadoras, delincuentes y esclavas, por igual. Además, en una posición distinta se encontraban las mujeres con autoridad, que desde su cargo experimentaron el encierro de manera distinta a las castigadas, esto porque eran parte de la estructura de dominación, que tenían la tarea de corregir a las recogidas.

[1044] Perrot, *Mi historia de mujeres*, p. 32.

El perfil de las rectoras, de las cuales se sabe el nombre de la mayoría y los periodos en que estuvieron al frente del establecimiento, correspondió a un modelo matriarcal. Las mujeres que corrieron con los cuidados del gobierno interno de la Casa, de la alimentación y la vigilancia del orden, absorbieron en su ser el ideal a seguir, a la vez que se constituyeron en el vínculo de la represión institucional. Sus funciones y formas de proceder con las autoridades revelan también la agencia desde arriba, ya que actuaron de manera acorde con los códigos de la cultura escrita y elevaron múltiples instancias que, incluso, pasaron a consulta al Consejo de Indias. Sin duda esto muestra que no eran mujeres pasivas, sino agentes modificadores de su realidad, de su entorno inmediato.

Otra figura de autoridad fue la tesquera, que surgió a causa de la unión de la casa de corrección de la Tesqui con la de Recogidas en 1807. Esta empleada tuvo a su cargo la proveeduría de presos, y se convirtió en un elemento fundamental en la dirección y buen orden de la encomienda de abastecer de alimentos a la población carcelaria; así mismo, ella enfrentó la carestía de fondos económicos y recibió constantes reprimendas por las deficiencias del servicio. Su representación absorbió la tensión entre el discurso humanista enfocado en satisfacer las necesidades básicas alimenticias de los reos, y la represión que debía ejercer contra las molenderas y cocineras para que ejecutaran en tiempo y con calidad sus faenas.

Respecto a las contenidas sin facultades de gobierno, fue posible profundizar acerca de su vida cotidiana, sus costumbres, sus hábitos alimenticios y las relaciones que se establecían entre las recogidas que corrían la misma suerte, y entre éstas y las figuras de autoridad que regían el establecimiento. Innegables son los lazos de complicidad que construían las reas que juntas perpetraban la fuga, la solidaridad de unas mujeres que en el encierro daban a luz, y de una rectora que procuraba los alimentos adecuados para la parturienta. Inmersas en un mismo espacio de escarmiento, compartían el encono que ocasionaba el látigo que exigía cumplir con las faenas de la proveeduría de presos y el cansancio que provocaba el metate. La cotidianidad del encierro despertaba la empatía de unos cuerpos que absorbían el castigo a través de sus manos, cada vez más lastimadas por la molienda.

Con la incorporación del Departamento de Hombres en el espacio de las Recogidas, las dinámicas de las prácticas sociales mostraron nuevas adecuaciones, ya que con los reos se sumaron más figuras de mando masculino que trastocaron la jerarquía y legitimidad primaria de la rectora. Su presencia en un recinto de predominante carácter femenino obedeció a la insistente necesidad de cumplimentar la proveeduría de cárceles, por lo que de manera inmediata quedaron inscritos en la lógica de la función-intención del establecimiento, y padecieron los mismos estragos físicos que las molenderas.

La preminencia de la encomienda de alimentos codificó el espacio de Recogidas en su estructura imaginativa, material y en sus habitantes. Los molenderos, hombres y mujeres, fueron llamados los tesqueros, al igual que la auxiliar de la rectora. Esta voz náhuatl significa *la que muele maíz o cosa semejante en piedra*. Así mismo, el área de mayor sanción se denominó Departamento de la Tesquis, mientras que la sala de corrección fue el Departamento de Cocina. De tal manera, el mundo institucional de este lugar de escarmiento se recreó a partir de tareas domésticas adherentes a la construcción de la feminidad, por lo que la Casa de Recogidas devino en una gran cocina que disciplinaba a través del metate. De manera que confirmó los postulados de Henri Lefebvre, en cuanto a que el espacio es producto, productor y reproductor, es soporte y campo de acción.

En términos generales esta investigación evidencia que la instauración de una casa de recogidas en Guadalajara respondió a las necesidades de una sociedad profundamente preocupada por la salvación de las almas. Su origen y devenir se comprende a partir de la concepción de la feminidad que entrecruzó las ideas de lo justo, la justicia y el castigo enmarcadas por la filosofía del Derecho Penal. Por lo tanto, la construcción social del ser mujer impregnó los códigos del espacio de recogidas, y su significación concordó con los mecanismos que producían y reproducían los atributos del modelo del deber ser femenino. Entre los muros de castigo, el metate y el fogón se convirtieron en vehículos de opresión, en instrumentos de corrección, y en forjadores de disciplina, obediencia y sumisión.

La pena de encierro en institutos exclusivos de mujeres nació con el propósito de corregir, pero con la finalidad de salvar el alma y restituir con Dios a las pecadoras. La expiación de sus culpas requería del sufrimiento, infringido a través de severas disciplinas horarias, prácticas devocionales, trabajo y tormento físico. Con la consolidación de la

monarquía absoluta y la secularización de la sociedad el objetivo correctivo permaneció, más sus aspiraciones y métodos experimentaron cambios cualitativos. Lo trascendental ya no era la salvación de las licenciosas, sino el castigo terrenal de las delincuentes. El cambio condujo al establecimiento a un proceso de transición en el que pasó del rubro de caridad al de beneficencia, y de éste al sistema propiamente carcelario, para después incorporarse al penitenciario. Cada transformación denotó una configuración particular del espacio y de sus habitantes, de los delitos y de las transgresoras, y sobre todo, de la construcción social de lo femenino y su capacidad de agencia.

Así mismo, el estudio y análisis de la Casa de Recogidas de Guadalajara muestra que la institución compartió una historia y evolución similar al común de institutos punitivos femeninos, los cuales transitaron por tres etapas: la religiosa, la judicial y la legal-penitenciaria. Desde que se ideó, en la mente de un jesuita, quedó clara su función-intención mística, que tenía la pretensión de librar del purgatorio a las pecadoras. Después, en 1796 inició la fase judicial con el decreto de la Real Audiencia que determinaba que sólo este organismo poseía la facultad de remitir mujeres a la reclusión. Finalmente, en 1871 el ingreso al espacio punitivo penitencial marcó su inmersión en la dinámica del ciclo penitenciario.

En suma, los elementos estructurantes que incidieron en las prácticas sociales, concepción y percepción del espacio de justicia/castigo de la Casa de Recogidas fueron los siguientes: los cambios en el orden jurídico y, por ende, en los bienes estimados por la sociedad, y las fases punitivas por las que transitó la transgresión femenina. Además, la resignificación de virtudes fundamentales en el comportamiento de las mujeres, como la noción de recogimiento, y las maneras en que se integró su cuerpo al entramado del pacto social. Las concepciones sobre la criminalidad del sexo femenino, que tuvieron estrecha correspondencia con el pleno reconocimiento de su capacidad jurídica, y éstas con las construcciones sociales y culturales del ser hombre y mujer. Todos los anteriores estuvieron entrecruzados por una variable independiente: el pensamiento racional, fruto del Siglo de las Luces, y que tendió a la secularización de la sociedad, la cultura, y el derecho.

La forma punitiva de encierro que experimentaron las mujeres adoptó matices propios de la cultura mexicana, y que se expresaron en la encomienda de la proveeduría de presos que debían desempeñar con diligencia. A través de las implicaciones significativas de esta

faena es perceptible identificar que el ideal a alcanzar que promovía la institución estaba ligado al de la buena esposa y ama de casa, que afanosa prepara la comida y que cuida del esposo e hijos. Si en lo particular el cuerpo de la mujer quedaba supeditado a su homólogo masculino, desde lo institucional esto fue replicado, y el espacio femenino se sujetó conforme a las lógicas de las estructuras relacionales entre los géneros. La Casa de Recogidas estuvo subordinada a satisfacer las necesidades alimenticias de la población de la cárcel pública. En lo práctico y en lo simbólico, el ejercicio demostrativo de la justicia delineó una sociabilización particular entre los sexos.

Así, el castigo y la corrección se constituyeron como mecanismos que forjaron el deber ser. En el caso de los hombres, en el orden jurídico tradicional, el modelo estaba basado en el buen súbdito del rey, por lo que las sentencias de galeras o de obras públicas simbolizaban un perfecto estado de vasallaje, al mismo tiempo la ejecución evidenciaba el poder absoluto del *princeps*. En el periodo de transición que dio paso al orden jurídico legal, la pena incidiría en la formación del ciudadano ideal, y con sus principales formas punitivas, en especial la reclusión, se preveía una función-intención enfocada en adaptar al sujeto a la ética del trabajo remunerado, educarlo y volverlo respetuoso del pacto social.

La experiencia femenina tuvo un cariz distinto. Su cuerpo erotizado fue contenido con el propósito de restituirlo con Dios, en el entendido de que en su piel radicaba su peligrosidad, por lo que había necesidad de apartarlo de los demonios del mundo, con la intención de garantizar su protección propia y la ajena. El encierro era el medio para obtener la salvación y la corrección, pero no constituía la finalidad misma de la condena. En el siglo decimonónico, imbuido de los valores de la Revolución francesa, la privación de la libertad significó el peor de los castigos. Sin embargo en las mujeres, antes que la economía de un castigo de derechos suspendidos, la reclusión simbolizó un recogimiento forzado, por lo tanto, con la aplicación al trabajo del metate, se les disciplinaba y perpetuaba en las labores domésticas. Antes, durante y después de su ingreso, lo femenino fue estrechado al espacio *casa* y sus nociones productivas. En el interior del recogimiento se reproducía la misma lógica, porque al salir su reinserción sería en el seno de su hogar o colocadas en el servicio con particulares.

La investigación, aunque exhaustiva, deja algunos aspectos pendientes; por ejemplo, un estudio amplio sobre la transición de la criminalidad femenina y que permita discernir con mayor precisión la desvinculación entre el binomio pecado/delito, y por consecuente comprender con mayores herramientas el perfil de las habitantes de las casas de recogidas y las cárceles de mujeres. También queda en el tintero profundizar en el aspecto económico de la institución, y el aporte que significaba el trabajo de las recogidas para el erario público.

Finalmente sostengo, y queda demostrado, que la experiencia punitiva femenina transitó de un castigo que pretendía la salvación del alma, a un régimen penitenciario que no fue pensado para ellas.

Glosario

Bastonera: encargada de cuidar la puerta de los calabozos, poseía llaves para cerrar al anochecer y abrir por la mañana al inicio de actividades; con el uso de un bastón resguardaba el orden y cumplía con sus funciones.

Calabocera: delegada de las reas de los calabozos.

Celadora: mujer que cuidaba del cumplimiento de los ministerios y obligaciones de las reas en cada departamento.

Escucha: responsable de evitar conversaciones impropias o sospechosas en el locutorio.

Golpera: comisionada de atender el enrejado del acceso que, después del zaguán, dirigía al interior del inmueble. La Casa de Recogidas contaba con puerta de "primer" y "segundo" golpe, por lo que había primera y segunda golpera. Además, con un golpe en las rejas llamaba a iniciar labores.

Gritona: anunciadora de las novedades, castigos y órdenes.

Tornera: vigilante de la pieza del torno, donde las mujeres recibían sus chiquigüites y visitas de sus familiares.

Portera: persona designada a vigilar la sala de portería y anunciar las visitas.

Refectolera: delegada del aseo y correcta disposición del refectorio.

Soto-bastonera: segunda de la bastonera.

Anexos

Anexo I

Reales Cédulas Casa de Recogidas
Casa de Recogidas
AHAG,
Cédulas reales, núm. 717 y 718, caja 3, exp. 10, año 1776-1797.
Licencia para que subsista la Casa de Recogidas, 1776.
Ordenanzas de 1788.
Aprobación de las Ordenanzas de la Casa de Recogidas, 1797.

Licencia para que subsista la Casa de Recogidas, 1776.

El Rey, Presidente y oidores de mi Real Audiencia de la provincia de la Nueva Galicia, que reside en la ciudad de Guadalajara. En carta de catorce de febrero de mil setecientos setenta y dos, distéis cuenta con testimonio de haber erigido en ella el Reverendo Obispo que fue de esa diócesis D. Juan Gómez de Parada una casa de recogidas; y que aunque reconocías que su subsistencia era muy provechosa al servicio de Dios, y del público, como su erección había sido sin mi real permiso, no podíais dejar en cumplimiento, de nuestra obligación de hacerlo presente, ni de recomendar al mismo tiempo esta fundación como tan útil y necesaria, a fin de que me dignase determinar lo que fuese de mi real agrado. Y vista la citada carta y testimonio en mi Consejo de las Indias, con lo que, en inteligencia de todo expuso mi fiscal: ha parecido conceder como por la presente mi Real Cédula concedo la (fj.1) conveniente licencia para que subsista la nominada casa de recogidas, sin que se entienda con ella el castigo con que se conmina por la ley segunda título sexto, libro primero de las de la recopilación de esos Reinos a los edificios que se erigen sin las circunstancias que en ella se previenen, pues para en este caso las derogo, dejándola en su fuerza y vigor para los demás que ocurran en lo sucesivo; recomendaros la formación de las ordenanzas y buen régimen de este establecimiento con acuerdo, e intervención del Reverendo obispo de esa diócesis; i ordenaros, y mandaros (como lo ejecuto) la remitáis a su tiempo al enunciado mi consejo por mano de mi infrascripto secretario para su aprobación; en inteligencia de que por despachos separados se encargará al nominado reverendo obispo, y a los cabildos eclesiásticos, y secular de esa ciudad concurran por su parte a la subsistencia de obra tan pía como la de que se trata; por ser así mi voluntad. Hecha en Aranjuez (fj.1v) a veinticuatro de mayo de mil setecientos setenta y seis. Yo el Rey. Por mandado del Rey Nuestro Señor. Pedro García Mayoral. Tres rubricas.

Ordenanzas para el gobierno y dirección de la Casa de Recogidas, 1788.

Ordenanza para el gobierno y dirección de las mujeres destinadas a la casa de recogidas de esta ciudad en la forma siguiente: obligaciones del que haga de capellán.

No 1, debe decirles misa en la ayuda de parroquia de nuestra señora del Pilar de esta ciudad contigua a dicha casa todos los días de precepto de oírla a que están obligadas, a no ser que impedidas por falta de salud no puedan pasar a oírla.
No 2, todas las semanas se les explicará a las referidas mujeres al menos una vez un punto de doctrina cristiana cuya platica se les tendrá los domingos por la tarde procurando siempre no impedirlas en sus ocupaciones que deberán observar, por cuya razón no deberán pasar de platica de media hora.
No. 3, en el tiempo de cuaresma se les hará cada día una plática moral en la hora que se considere oportuna a que se atenderá entre año siempre que se tenga por necesario arreglándose en estás a todo lo que se previene en la anterior ordenanza de las dogmáticas. (fj. 2)
No. 4, los sábados y vísperas de nuestro Señor, y la santísima Virgen, se les avisara por medio de campana para que acudan a confesar y comulgar todas las que voluntariamente quisiere lo mismo para la confesión y comunión mensual.
No. 5, se estará pronto por el que haga de capellán en todas las ocasiones que cualquiera de las mujeres destinadas en dicha casa le llamase para confesar fuera de los días arriba expresados en el confesionario acostumbrado, y si acaso alguna enfermase gravemente en donde estuviese sin desampararla hasta su fallecimiento, hallándose en peligro de muerte.
No. 6, dicho capellán las oirá sus quejas con prudencia, y si hubiese disensiones entre ellas las procurará sosegar con moderación y blandura hasta lograr que vivan en paz y en unión, de lo que dará cuenta al señor fiscal para que si necesario fuese se use de cuantos medios sean conducentes al efecto.
No. 7, el capellán por ningún motivo se mezclará en el gobierno político de la casa a fin de evitar confusión de jurisdicciones lo que en su caso podrá resultar, y en el de que se tenga una justa queja de la Rectora, o Vice, las llamará aparte y con prudencia las advertirá el amor, y caridad con que (fj. 2v) deberán tratar a las reclusas de dicha casa, y dará cuenta al Señor Juez.

Obligaciones de la Rectora, y su Vice.
No. 8, la rectora tendrá el mando absoluto de la casa, para que todas las reclusas en ella la obedezcan y respeten conforme pide un buen gobierno, y a efecto de que por este medio, y superioridad se observen puntualmente dichas ordenanzas.
No. 9, correrá por su cuenta nombrar dispensarios, refectoleras, cocineras, molenderas, torneras, celadoras, o presidentas para las salas a donde estuvieren con sus labores, coro y dormitorios, con todos los demás empleos que fuese necesario añadir, eligiendo sitios que para ello pareciesen más a propósito, para insinuadas ocupaciones, y entre todas las que fuesen más aptas para los ejercicios respectivos, en cuyos destinos podrá perpetuarlas, mudarlas a otros, o quitarlas de sus manejos según lo hallase por conveniente a excepción de las cocineras y molenderas que ira mudando por semana para que este trabajo no sea tan molesto, y se reparta entre todas las que puedan servirlo.

No. 10, todas las cartas, y papeles que se dirigen a dichas reclusas, o destinadas a la casa, bien por el torno o por la puerta, las ha de abrir y leer primero la Rectora para que (fj. 3) no teniendo particulares que perjudiquen a las interesadas, ni al buen gobierno, los entregue, y si pidieren respuesta les dará permiso para ello, leyendo antes las cartas y papeles las cierren y se remitan, lo que ha de ser por mano de la misma Rectora, para lo cual, y todo lo demás que pertenezca al trabajo de pluma tendrá los correspondientes avías de escribir que se les ministraran de las rentas de la casa, y elegirá entre las insinuadas reas una que pueda ayudarla a este trabajo con el cargo de secretaria, la cual ha de procurar que tenga las calidades correspondientes a esta confianza, y no permitirá la Rectora que haya dentro de la casa otro ningún tintero, ni pluma, más que el que ella tuviere para el uso de la comunidad advirtiendo que dichos papeles sean solo cuando hubiere motivo bastante para ello, y lo pida la necesidad, pues de lo contrario será contra el espíritu del gobierno de esta casa, que solo atiende a separar a las reas de toda comunicación que pueda distraerlas del fin principal que es el de su corrección y enmienda. Cuanto tuviere por conveniente que a las reas las visiten entrando en la casa estará presente, y si notare alguna cosa que se exponga al buen gobierno espiritual, o económico de ella, despedirá a (fj. 3v) las personas de la calidad, estado, o condición que fuesen, y se advierte y encarga a la Rectora que para permitir alguna visita sea con tales circunstancias, que lo primero, no sean de hombre ninguno, ni tampoco de mujeres que no sean de toda satisfacción y confianza, o parientes de las enunciadas reas, y que no pasen del tiempo de una hora, ni tan frecuentes que no intermedie de visita, a visita el término de un mes por evitar de este modo las malas resultas, y el mal ejemplo de las demás. En los tiempos que las reas deben estar en el coro asistirá en él, salvo que se lo impida alguna grave ocupación, en cuyo caso suplirá la Vice rectora, para que con respeto, y temor de su presencia ocupen aquel lugar con devoción, silencio y compostura. En las dudas que se les ofrecieren si fueren sobre puntos del gobierno espiritual, las consultara con el capellán, y si de lo económico con el señor F. lo que en los casos urgentes puede ejecutar dándole aviso por el que haga de mayordomo, o por el portero, para tener más pronta la resolución. A todas las reas tratará con caridad, no se particularizara con ninguna, ni permitirá obvenciones, ni regalos, pues todas las que vienen a la casa son reas, y deben reportar el mismo modo de (fj. 4) vida, y las singularidades en semejantes parajes son muy odiosas y nocivas: lo cual debe entenderse en el común de todas, pero por lo que respecta a las que ocupasen los oficios de la casa serán atendidas con más especialidad a proporción del esmero con que los ejecuten.
No.11, siempre que por las celadoras se le diese aviso de alguna falta, o defecto, lo corregirá o castigará, y si fuese de la clase de aquellas cosas, que no piden la corrección inmediatamente, sino que admiten espera, y plena instrucción del superior, procurará por si misma cerciorarse de ello y no llevarse ligeramente de las denuncias, que tal vez suelen dimanar de las pasiones, enojo, malevolencia o sencillez de quien las da: y en esto andará con mucho cuidado y circunspección, no omitiendo castigar severamente a las falsas denunciadoras y removerlas de la ocupación que tuviesen; en cuyo punto se encargará gravemente la conciencia por ser cosa de más gravedad, que a tantas se trazan en la casa.

Obligaciones de la Vice Rectora

No. 12, la vice Rectora debe suplir todas las ausencias, y legítimos impedimentos de la Rectora, y así tendrá presente las obligaciones de ésta, para cumplirlas cuando le tocase, según están relacionadas: será principal obligación de la Vice Rectora (fj. 4v) el cuidado de las oficinas que pertenecen a la comunidad, y las que se destinaren a los labores, pues aunque en cada una de estas ha de haber celadoras, debe visitarlas por mañana y tarde todas las ocasiones que le parezcan necesarias, examinando lo que una se estuviere haciendo, para corregir lo que no fuere con el debido arreglo, particularmente a de poner su atención en la cocina común, y la de la enfermería, y todos los días a las once irá a probar las ollas, o calderas, y verá si la comida está bien cocida y condimentada, para en caso de hallar algún defecto hacer que prontamente se enmiende, dando aviso al señor F.

No. 13, así mismo asistirá todos los días en el refectorio a las horas de comer y cenar, y cuando los platos estuviesen ya puestos, dará una vuelta a las mesas para ver si las raciones son las correspondientes, y con la igualdad debida. En la enfermería tendrá el más especial cuidado para que se atienda a las enfermas con el mayor esmero en la administración de alimentos, y que se traten con toda caridad, no disimulando en esto el más mínimo defecto por ser punto de tanta importancia. A las nueve de la noche, en que se debe tocar a recoger, estará con las llaves de todas las galeras y salas de separaciones, (fj. 5) cuidando que ninguna se quede fuera, y cada una entre a la pieza que corresponde, según la asignación que hubiere hecho la Rectora, y las dejará con toda seguridad cerradas, para abrirlas por la mañana a la hora regular.

Obligaciones de las reas

No. 14, por devoción a Nuestra Señora María Santísima del Pilar, y al patriarca señor San José, en cada mes habrá una comunicación por las que voluntariamente comulgan, todas las que quieran, y siendo todas las de la comunidad las quisieran hacer, lo ejecutaran repartiéndose sin que falten a las ocupaciones de sus destinos, bajo la prevención de que esta comunión haya de quedar, y quede establecida por esta ordenanza según, y como va prevenido, esperando del que haga de Capellán procure exhortar a ellas para su subsistencia, proponiendo todos los derechos espirituales que por su medio conseguirán. Esta comunión, aunque tan útil y conducente, no obliga para no dar motivo a que por satisfacer en lo público lleguen tal vez a la sagrada mesa sin la debida disposición, y por haber enseñado la experiencia que con más gusto abrazan lo que se les propone como voluntario, que lo que se les manda por fuerza. Así mismo cada año practicaran los ejercicios de desagravio de Nuestro Señor Jesucristo, para (fj. 5v) cuyas distribuciones se toca la campana, e indiferentemente entran todas en el coro a la plática, oraciones, y rezos, pero solo tomaran cruces, y se mortificaran las que voluntariamente quieran hacerlo: esta devoción quedará establecida en la misma conformidad que queda prevenido por lo respectivo a la comunión que se establece cada mes por devoción a Nuestra Señora María Santísima del Pilar, y al patriarca Señor San José. Todos los días de las dos a las tres de la tarde en todas las oficinas, salas o galerías de

labores, una de las reas que sepa leer dirá en voz alta, para que todas puedan oírla, la doctrina cristiana, y para ello se pondrá en un asiento alto de la sala, o galera, con el catecismo contiene. Las presidentas y celadoras en sus respectivas salas, y galeras cuidaran y harán observar que durante la expresada lectura se guarde inviolable silencio y atención, siguiendo todas en sus labores con la mayor compostura sin dar motivo a que con acciones, risa o palabra se perturbe la que lee. Y las mismas presidentas, o celadoras, tengan obligación de hacer una, o más preguntas de la doctrina a las que le pareciere, (fj. 6) no siendo una misma todos los días, salvo en el caso que alguna carezca en el todo de instrucción, a ésta deberá preguntarla todos los días hasta que le conste se haya aprovechado, sin que por esto se omita las preguntas de las otras en el modo expresado, y las que fueren preguntadas deberán responder con humildad sin excusa de ancianidad, calidades u otra alguna, pena de que a la que se excuse (con aviso que se dará a la rectora hará que en el primer acto de comunidad responda las preguntas que se le hicieren, pero si hubiere alguna tan indócil que con esta suave pena no se quisiere corregir, teniendo presente que los párrocos en tales ocasiones usan del rigor de los azotes y la cárcel, se valdrá la rectora del mismo arbitrio sin omitir diligencia alguna en puntos tan importantes, para lo cual se le encarga la conciencia por ser de donde pende la salvación de las almas. Todos los días en que obliga el precepto de la misa, entraran en el coro al toque de la campana, y estarán en él con la compostura y reverencia correspondiente a tan tremendo sacrificio. Y lo mismo ejecutaran cuantas ocasiones se celebrare, y asistieren en los días de trabajo.

No. 13, en atención a que en los días festivos no es posible asistan todas a una (fj. 6v) sola misa por ser necesario que muchas estén empleadas en las oficinas de enfermería y cocina, y otras impedidas por enfermas habituales o por estar convaleciente sin poder levantarse a la hora que todas, habrá en los dichos días segundas misas, cuya limosna se dará de los productos de la casa, y se dará de un peso, para que pueda decirse en hora proporcionada; pero en el caso de aumentarse el numero en el de ocurrir nuevo establecimiento podrá decir esta misa otro segundo capellán si fuere necesario.

No. 14, en todo tiempo a las siete y media de la noche se tocará la campana, y entraran todas en el coro a rezar el santo rosario con las otras devociones diarias, y temporales que se han acostumbrado, y las celadoras del coro cuidaran exactamente, que así en el tiempo de la misa, platicas doctrinales o morales, ninguna introduzca al dicho coro, lanas, algodón, ni otra cosa con que entretenerse, pues allí solo deben ir a alabar a Dios, y tributarle rendidos obsequios con la más posible, y la que no obedeciere será penitenciada con rezar una estación en cruz, manteniéndose hincada todo el tiempo del rezo, u otra semejante mortificación puramente espiritual. Las Presidentas y celadoras en las (fj. 7) salas o galerías de su cargo cuidaran con el mayor rigor no se echen maldiciones en salas, o galeras, de su cargo, ni se hablen palabras inhonestas, y que no haya disturbios, ni amistades estrechas, todo lo cual corregirán con palabras caritativas, y si acaso con semejantes amonestaciones no lo pudieren impedir darán aviso a la rectora para que castigue a las escandalosas incorregibles mandando azotarlas públicamente para escarmiento de las otras, con advertencia que esta regla deberá comprender a todas sin excepción alguna, por el daño tan grave que se sigue de su trasgresión.

No. 15, todas las reas han de estar inteligenciadas del sumo respeto, sujeción y obediencia que han de tener a la Rectora, y su Vice, como así mismo a las que nombrase la Rectora para sus oficios, aunque estas sean de menor edad, o calidad más inferior, y en caso de que contra ellas tengan algún motivo de justa queja lo dirán a la Rectora para que ponga el necesario remedio, y también si llegase el caso de haber fundamentado sentimiento de la Rectora o su Vice lo harán presente al señor Juez sin que por ningún motivo, aunque sea de la mayor gravedad se atrevan a tomar por sí, en obra o en palabra, pues a los superiores toca solamente el castigo (fj. 7v) de los excesos, porque bien informado y libre de toda pasión ponen los medios que hayan por convenientes, lo que no le corresponde al súbdito, ni pudiera hacerlo por estar las más de las veces dominado del apasionado dolor su sentimiento, por lo que no se disimulara ni la más ligera falta por pender de ella todo el gobierno y sosiego de la casa, y la que a ella faltare será severamente castigada con azotes, cárcel y prisiones según sea el exceso, sin que la liberte la ancianidad, ni distinción de su calidad. Las que eligiere la Rectora para los oficios de la casa han de admitirlas prontamente sin excusa de la condición que fuere la elegida, pues la Rectora tendrá ya muy bien discurrido que es conveniente ponerla en aquel destino; y la misma obediencia ha de haber en las que nombrase para azotar, poner prisiones, o sujetar a las delincuentes, y en el caso de que alguna cometa el criminal exceso de insultar a la Rectora, o su Vice, con palabras u obras estarán precisamente obligadas todas las que se hallasen inmediatas a darlas breve socorro sujetando a la rea, o reas, bajo la pena de que si no lo hicieren de esta suerte serán comprendidas en el mismo delito, y se les castigara severamente con la cárcel, (fj. 8) y prisiones.

No. 16, desde el 19 de mayo hasta el diez y ocho de octubre se tocará la campana a las cinco de la mañana para que a las cinco y media estén ya habilitadas, y al mismo toque entren a oír misa, desayunasen, y acudir después a las labores a la hora que se asignará. Desde el 19 de octubre hasta el 18 de marzo se tocará a las cinco y media para que a las seis estén habilitadas para las dichas distribuciones. Entraran en refectorio con la modestia, silencio y compostura que ésta recomendada, y en las primeras mesas se sentará la mitad de la comunidad, quedando la otra mitad para la asistencia de las oficinas, y servicios de mesas, y en acabando las primeras entrarán las segundas al refectorio ocupando sus lugares en las oficinas, y servicio de mesa las que hubieren comido.

No. 17, y porque algunas les ministran de su casa los alimentos, cuyo auxilio no se les puede negar, tendrá a bien dado la Vice rectora que estas se queden a la segunda mesa para dar lugar a que de las doce a la una reciban sus comidas, (fj. 8v) y las puedan tomar en el refectorio con sus compañeras bien entendido que aquellas que trajeren estos socorros, no se les dará ración en la casa, entraran en el refectorio con el mismo silencio y atenta consideración a la lección que habrá desde el principio de la comida hasta que se finalice, y esto será unos días de las pláticas dogmáticas del padre Parra, otras de las vidas de Santos, o de varios libros espirituales que se irán remudando: todas comerán en el refectorio lo que les diere la casa, o les ministren de las suyas sin que se les permita lo saquen a comer fuera por ser necesario que en esto gasten más tiempo, y no atiendan a la oficina, o servicio en que estuvieren

destinadas con otros varios perjuicios que de ello puede ocasionarse, y así ninguna se dispensará en este particular.
No. 18, a las dos de la tarde se tocará la campana y al instante entraran todas a las oficinas de sus labores en las que gastarán cuatro horas hasta las seis en que se volverá a tocar para que cesen, y salgan a descansar. A las seis y media se hará la misma señal para que entren al refectorio a cenar, lo que ejecutarán guardando todo lo que se previese en las reglas ordenanzas que tratan de la comida del medio día, y a las siete y media se tocará para que vayan al coro a rezar el santo (fj. 9) Rosario y demás devociones como se previene en la regla del número catorce. A las nueve de la noche se tocará últimamente la campana para hacer señal de que entren todas a recogerse a sus respectivas salas, o galeras.
No. 19, en los días de precepto de dos cruces en que está impedido el trabajo se observará cuanto va prevenido en las anteriores reglas, y en ellos estarán cerradas las oficinas de labores, y las ocho horas que habían de gastar en el trabajo las emplearan en lavarse, componer su ropa, y descansar. En los días que por indulto de Nuestro Santísimo Padre Benedicto Catorce solo obliga a oír misa, después de haberla oído se aplicaran a las labores como los días de trabajo, en el supuesto de que estas diarias tareas no solo se dirigen al fin del lucro que resultará por ellas a la casa en beneficio de las mismas que en ella están reclusas, sino también para ejercitarlas impidiendo la ociosidad que es madre de todos los vicios.
No. 20, el torno estará abierto tres horas por la mañana que será de las nueve a las once, y de las doce a la una para recibir las comidas, y en la tarde estará abierto otras dos horas desde las tres a las cinco para que en estos tiempos pueda la tornera hacer sus encargos, y (fj. 9v) recibir lo que les ministrasen a las reas. Todo tiempo que estuviere abierto se ha de estar allí permanente la Tornera sin apartarse un punto, impidiendo hablen las reas sino fuere el día de fiesta, y que no sea con personas que sean conocidamente sus padres, hermanos o maridos, y que ni con estos haya conversaciones escandalosas. Tendrá también cuidado que no se introduzca ninguna bebida, armas, instrumentos ni papeleos para lo cual registrará prolijamente los chiquihuititos, ropas y demás vasijas que entraren, y si hallasen algo de esto lo pasará a la rectora con noticia de la persona que la traiga, y a quien iba dirigido para tomar las providencias que sean necesarias. Todos los papeles que ocurriesen los ha de recoger la tornera, sin permitir los tome la interesada, para que después de cerrado el torno se las entregue a la Rectora, y ésta determine lo que se debe hacer con ellos.
No. 21, y porque el oficio de tornera es de la mayor confianza, porque solo la respiración del torno hay para las inteligentes, en la calle debe proceder la tornera con toda rectitud, y legalidad, pues si por descuido suyo, o malicia hubiese algún daño (fj. 10) de los que se intentan remediar con estas prevenciones será severamente castigado a proporción de la culpa. Las refectoleras tendrán especial cuidado con el aseo, y curiosidad del refectorio, para lo cual una hora antes de la comida, y media antes de la cena dispondrán las mesas, previniendo en ellas el pan dulce, cuchara, y agua correspondiente a cada asiento. Las Presidentas y celadoras en las salas, y galeras que estuvieren a su cargo, cuidaran no solo de que todas las operarias trabajen seguidamente, y den cumplimiento a sus tareas que tengan señaladas sino también que las obras se hagan con toda perfección, porque en esto consiste

el mejor, y más pronto estipendio de ellas, para lo cual corregirán, y advertirán a las que no lo ejecutasen, pero esto ha de ser sin ofenderlas por obra, ni de palabra haciendo en todo como se previene en la regla u ordenanza.
No. 22, de las faltas que se notasen en las labores, ya sea por descuido, flojedad, mala manipulación o merma en los pesos, se instruirá bien la Rectora mirando la caridad con que debe tratar a las reas y de lo que debe tener también para los intereses de la casa para verificar si es la falta, (fj. 10v) por casualidad contingente, o de malicia, en cuyo caso mandará dar doce azotes a la culpada. Todas las que señalasen para presidentas, celadoras, y demás oficios que están referidos cada una en su respectivo destino deberá portarse con fidelidad, buena conducta, y obediente arreglo a las instrucciones que le dará la Rectora, en inteligencia de que su cumplimiento dependen las oficinas, y labores, por lo que será grave falta no cumplir bien con sus encargos, y por ello se le aplicaran las correspondientes penas, siendo una de ellas el deponerlas del oficio en que se hayan, y pasarlas a que sirvan de operarias en los trabajos más molestos.
No. 23, por el contrario si las referidas empleadas en los oficios diesen honrado cumplimiento a sus confianzas serán con especialidad estimuladas, y atendidas, por cuyo mérito se les franqueara por los superiores de la casa, cuando sea necesario, certificaciones de su buen porte, para impetrar de la clemencia de los señores jueces rebaja en los tiempos de sentencias a que en su caso se esforzará por el medio más propio y conducente, para que el tribunal les conceda está gracia, y a ellas les sirva de estímulo, para que (fj. 11) se alienten al mejor porte y debidos procedimientos.
No. 24, las tareas diarias que se les han de asignar deberán ser con atención a que no conviertan en diversión el trabajo, ni se graven de modo que sea necesaria grave fatiga para completarlas, y respeto a que hasta la presente se ha experimentado, que cada una pueda hilar en el día media libra de pabilo, será esta la porción que se les señalará guardando en las demás que haya de ésta especie la práctica, y costumbre que hasta aquí se ha observado, y las manufacturas que se han acostumbrado en la casa se irán haciendo experiencia en el tiempo que sea necesario, para repartirles las tareas que dictare la prudencia, bajo cuya regla y ordenanzas siendo de la aprobación de esta Real Audiencia podrá correr el gobierno de dicha casa.
Así lo sentimos, Guadalajara, agosto once de mil setecientos ochenta y ocho, don José de Moya, Doctor Juan José Martínez de los Ríos y Ramos.

Aprobación de las Ordenanzas de la Casa de Recogidas, 1797.

El Rey, Regente, y oidores de mi real Audiencia de la provincia de la Nueva Galicia, que reside en la ciudad de Guadalajara, a consecuencia de la licencia concedida, y lo que se os ordenó en Real Cédula de veinte y cuatro de Mayo del año de mil setecientos y seis, para que (fj. 11v) subsistiese la casa de recogidas, que don Juan Gómez de Parada, siendo obispo de esa diócesis fundó en esa capital; disteis cuenta en carta de dos de próximo mes del de mil setecientos noventa y cinco, con cinco cuadernos de los autos formados a instancia de la

Rectora de la referida casa, sobre que se tomaran las providencias oportunas para que se consultase a la subsistencia de las mujeres reclusas en ellas, en las cuales habéis acordado que respecto a que las providencias que solicitaba dicha Rectora, eran propiamente gobernativas, se pasasen los respectivos cuadernos al presidente de ese tribunal para que dictara las que tuviere por convenientes, y con atención a que la expresada casa se edificó por el nominado Reverendo obispo, dotándola con algunas, aunque cortas fincas, y que laudablemente sus sucesores siempre han consultado a su subsistencia con (fj. 12) recomendables limosnas, y otras cantidades que se han aplicado por la jurisdicción eclesiástica en alivio de las personas tan miserables que en ella se custodia, acordasteis también fuese su gobierno económico, y directivo de los reverendos obispos, y de la autoridad eclesiástica de esa diócesis sin perjuicio de la Real Jurisdicción a quien legal, y únicamente toca el conocimiento de todas las causas contenciosas, civiles, o criminales, respectivas a dicha casa entre tanto que yo resolviese lo que fuera de mi Real agrado, y vista la citada carta y testimonio en mi Consejo de las Indias con los antecedentes del asunto, y lo que en inteligencia de todo expuso mi fiscal, ha parecido aprobar, como por la presente mi Real Cédula apruebo, el auto que proveísteis en veinte y cinco de septiembre de mil setecientos noventa y cuatro, y las (fj. 12v) ordenanzas formadas para la referida casa de reclusión, en las cuales por adición se prohibirá la pena de azotes, y se sustituirá con otra equivalente, y más decente. Que en punto a condenas, su calidad y duración, os ordeno y mando, se observen y guarden las leyes sexta y séptima, titulo diez, libro primero, y conducentes, relativas a este particular, en inteligencia de que por despacho separado de fecha de este día, se previene al presidente de esa audiencia que instruya expediente sobre la dotación de este útil establecimiento remitiéndole en estado auto consultivo, proveyendo de manera que nunca le falte lo preciso, y que se lleven cuentas de gastos con la intervención correspondiente para evitar malversaciones, las cuales se aprueban de común por el juez protector y reverendo obispo; por ser así mi voluntad. Hecha en Aranjuez a catorce de marzo de mil setecientos noventa y siete. Yo el (fj. 13) Rey. Por mandado del Rey Nuestro Señor. Francisco Cerda. Tres rubricas de los señores del consejo. Enmendado: subsistencia, ministraran, devoción, económico, vale. Concuerda con sus originales. Guadalajara, julio treinta de mil ochocientos diez y ocho. (fj. 13v)

Anexo II

Reglamentos
Cárcel Pública
AMG
Policía, P1.6, caja 4, paqt. 47, leg. 64, año 1826.

Reglamento interno de la cárcel de Guadalajara, aprobado por el congreso del Estado y remitido al ayuntamiento para su aplicación.

Excmo. Sr. El H. Congreso del Estado se sirvió aprobar el adjunto reglamento para gobierno de la cárcel de esta capital que V.E. acompañó a su oficio de 25 de agosto último. Lo que de

orden de esta asamblea comunicamos a V.E. en debida contestación, manifestándole de igual orden que la policía de seguridad, salubridad y economía de la mencionada cárcel y subordinación de los alcaides, es del resorte del poder ejecutivo correspondiendo solamente al supremo tribunal de justicia la inspección sobre el cumplimiento del citado reglamento y dar cuentas al supremo gobierno con las faltas que notase. Dios y libertad, Guadalajara, 19 de septiembre de 1826. Pedro Tamez, diputado secretario; José Ignacio Herrera, diputado secretario; gobernador Prisciliano Sánchez.

Reglamento para el buen orden interior de la cárcel y su seguridad.

Art. 1.- los alcaides serán dos con la denominación (fj. 1) de primero y segundo y la dotación que les señala la ley del H. Congreso de 11 de noviembre de 1824.

Art. 2.- los mismos serán nombrados por el gobierno a propuesta en terna del supremo tribunal de justicia, siendo la responsabilidad de aquellos común en todas sus operaciones.

Art. 3.- luego que estén habilitados procederán a dar sus respectivas fianzas suficientes a cubrir el importe de los muebles de la cárcel que comprenda el inventario que deberá hacerse antes de verificarse la entrega para su recibo.

Art. 4.- los mismos harán enseguida por ante el escribano de cámara el correspondiente juramento de usar bien, fiel y legalmente su oficio.

Art. 5.- los dos vivirán día y noche dentro de la cárcel sin salir más que a asuntos muy urgentes como llamados por los jueces alguna de las autoridades, en cuyo caso irá uno sólo y el otro quedará cuidando de manera que en la cárcel jamás falte alguno de ellos. Art. 6.- uno de los alcaides saldrá por vía de desahogo un día festivo desde las 3 de la tarde hasta las oraciones de la noche, y el otro al siguiente día y así seguirán alternándose.

Art. 7.- tendrán 5 libros de entradas y salidas de (fj. 1v) presos, 4 de los respectivos alcaldes, y uno de su gobierno de 150 fojas cada uno, forrados en badana encarnada, foliados y rubricados por el escribano de cámara, con caratula en que se diga el alcalde y año a que corresponda, debiendo comenzar todos en enero y concluir en diciembre y serán llevados con la limpieza posible.

Art. 8.- los presos custodiarán en los respectivos calabozos a las 5 de la tarde desde el día 1° de octubre hasta el 1° de marzo, y desde esta fecha hasta aquella a las 6, conservando en su poder los alcaides todas las llaves de la cárcel, pasando lista antes de esta operación.

Art. 9.- desde las 8:00 de la noche estará toda la cárcel al cuidado de uno de los alcaides hasta las 12:00 de la misma en cuyo tiempo dará repetidas entradas a los interiores de ella a observar los movimientos que hubiere haciendo lo mismo el otro desde aquella hasta la hora en que los dos vayan a abrir los calabozos para que los presos salgan al patio, esta lo será según las estaciones del año, y queda asignado en el artículo anterior, esto es la primera a las 8:00 y en la segunda a las 7:00.

Art. 10.- los alcaides propondrán a la sala respectiva el individuo que ha de hacer de bastonero para su aprobación, debiendo ser este uno de aquellos que a más (fj. 2) de su conducta y hombría de bien tenga familia y obligaciones conocidas y sea de los condenados a obras públicas por poco tiempo, debiéndose guardar este orden a proposición en el nombramiento de los golperos y mandaderos.

Art. 11.- se compondrá y aseará el departamento compuesto de tres piezas que están a la derecha bajando la escalera de la capilla para la habitación de los que entrasen a la cárcel por faltas o delitos leves, y los demás de gravedad se pondrán en los calabozos techados de bóveda y los de obras públicas en sus respectivos departamentos.
Art. 12.- desde las oraciones de la noche se pondrá un centinela en el corredor del patio de la cárcel y en la azotea de la misma dos guardas de lanza y farol, alternándose la vigilancia de estos por medias noches.
Art. 13.- estos dos serán nombrados por ayuntamiento como los demás y disfrutará cada uno 4 reales diarios pagados del fondo de carcelaje, debiendo ser sujetos notoriamente conocidos por su buena conducta y demás calidades que ha dicho se deben tener el bastonero y golpero, fabricándose una casilla en la azotea para que descanse el que ha servido su primera media noche y una garita para que continúe el otro (fj. 2v)
Art. 14.- estos guardas rodearan con frecuencia los bordos de la misma azotea observando siempre hacia abajo del patio por sí advirtiesen alguna novedad, en cuyo caso avisarán luego al centinela de adentro y al de afuera para que estos lo hagan a los alcaides y cabo de la guardia.
Art. 15.- los dos alcaides cuidarán de que tanto el centinela como los guardas estén con la vigilancia debida, dando cuenta de los que no lo hagan al jefe del centinela por lo respectivo a él, y al Sr. magistrado semanero por lo que hace a los guardas para que tome las providencias que convenga par su corrección hasta removerlos.
Art. 16.- los alcaides permitirán que dos días a la semana por sus tardes y a hora que no se impida el despacho de los alcaides entren a la sala de aquellos las mujeres e hijos de los presos a hablar con estos, cuidando con la mayor vigilancia de que no les introduzcan jamás vino.
Art. 17.- así mismo permitirán que Francisco Pintado u otro mozo de confianza en defecto de éste entre a la cárcel a hacer los mandados de los presos a las horas que designen los alcaides, manejándose en ello con (fj. 3) conducta y hombría de bien, no abusando de este permiso con introducir a aquellos barajas, armas, vino ni otras cosas de que los mismos puedan valerse para intentar una fuga o alterar el orden de la cárcel. Art. 18.- la guardia de la cárcel se compondrá por lo menos de 10 hombres, un sargento y dos cabos.
Art. 19.- el comandante de ella pondrá dos centinelas, una en la puerta principal de la cárcel y otra a la espalda de la misma bajo las ventanas del departamento destinado a los sentenciados a obras públicas.
Art. 20.- este centinela estará en dicho punto de día y de noche, fabricándose para ello una garita como las de la puerta de palacio y de su principal objeto será impedir que los presos hablen a ninguna hora con sus deudos ni otra persona y menos que se les introduzca cosa alguna por las ventanas ni aún a pretexto de limosna, teniendo además la obligación de dar aviso a la guardia de las novedades que advierten
Art. 21.- los alcaides cuidarán del aseo y limpieza de toda la cárcel, de que la agua de la fuente este limpia y de que la comida se dé a los presos a sus horas sin que quede alguno sin ración.

Art. 22.- últimamente los alcaides darán parte de las cosas (fj. 3v) extraordinarias que ocurran a cualquiera de los Sres. magistrados semaneros para que en lo pronto tome las providencias que estime por convenientes. Así como deben hacerlo a los mismos señores ministros y a los alcaides de los reos a quienes ataque alguna enfermedad para que con el certificado del oficio del hospital en que califique que aquellos tienen necesidad de que se pasen a éste para su curación, se prevenga su traslación con la custodia necesaria.
Guadalajara, 19 de septiembre de 1826. Urbano Sanromán, diputado presidente; Pedro Tamez diputado secretario; José Ignacio Herrera, diputado secretario. Es copia de su original, Guadalajara, septiembre 23 de 1826. Firma Esteban Pacheco. (fj. 4)

Anexo III

Proyecto de Código Penal en Jalisco
Derecho Penal
ACEJ
Justicia, caja 3, leg. 7, exp. 43, año 1827.

Proyecto de Código Penal de 1827

Proyecto de código penal que por vía de observaciones del que formó la Comisión de Legislación del H. Congreso del Estado para la administración de justicia en lo criminal, en todos sus tribunales, presenta el Supremo de Justicia a la misma honorable asamblea.

Cap. I Delitos y crímenes

Art. 1 Delito es toda acción u omisión dolosa e injusta que infringe la ley o turba el orden público.
Art. 2 El delito es simple o cualificado: simple el que no tiene circunstancias agravantes, y cualificado el que tiene y éste se llama crimen.

Cap. II De los delincuentes o criminales

Art. 3 Todo extranjero domiciliado en el Estado que cometa algún delito o crimen será castigado conforme a las leyes que en él rijan
Art. 4 El extranjero o transeúnte que cometa un crimen o delito en el estado y se excusare con la ignorancia de la ley infringida se le admitirá la excusa con tal de que sea cierta o verosímil a juicio del juez y que su residencia no pase de dos meses, excepto en los casos de subversión o conspiración contra el Estado.
Art. 5 El delincuente o criminal jalisciense que se fugase a otro estado será reclamado conforme al artículo 26 de la acta constitutiva.

Art. 6 Son criminales o delincuentes los autores del crimen o delito, los cómplices, fautores o receptadores.
Art. 7 Son autores los agentes principales del delito o crimen y los que compelen a otro a cometerlo seduciéndolos y obligándolos de cualquier manera.
Art. 8 Son cómplices los que voluntaria o maliciosamente (fj. 2) cooperan al delito o crimen.
Art. 9 Son fautores los que sin concurrir personalmente al delito o crimen lo auxilian o favorecen por cualquier medio.
Art. 10 Son receptadores los que con conocimiento y malicia receptan y encubren a los delincuentes criminales, guardando sus armas, instrumentos y efectos en que consista el delito o crimen.
Art. 11 Por esta regla no son receptadores los que encubren a sus ascendientes y descendientes por línea recta, hermanos, cuñados, tíos y sobrinos carnales, suegros y yernos, padrastros e hijastros, marido y mujer.
Art. 12 En ningún caso puede ser delincuente ni criminal el menor de 10 años y medio.
Art. 13 Desde esta edad hasta la de 14 los hombres y hasta los 12 las mujeres no podrán ser acusados por hechos de lascivia o incontinencia, pero si podrán serlo por los demás.
Art. 14 A los mayores de las edades señaladas y menores de 17 años nunca podrá imponerse el máximo de la pena marcada por la ley sino la aflictiva o correccional que se estime proporcionada a juicio de los tribunales atendida la gravedad y circunstancias del delito y del delincuente.
Art. 15 La embriaguez casual y contingente será disculpa del delito o crimen, no la voluntad o de costumbre.

Cap. III De las penas y su ejecución

Art. 16 A ningún delincuente o criminal se impondrán otras penas que las que estén señaladas con anterioridad por la ley.
Art. 17 Las penas son aflictivas o correccionales (fj. 2v)
Aflictivas

a) la de muerte b) presidio c) obras públicas d) reclusión en una casa de trabajo e) extrañamiento del estado f) confinamiento en un pueblo, departamento o cantón determinado g) destierro de un pueblo, departamento o cantón determinado h) privación de empleo, profesión o cargo público

Correccionales
a) suspensión de empleo, profesión o cargo público b) leer y oír públicamente su sentencia c) arresto d) la multa f) la pérdida de algunos efectos g) reprensión judicial h) apercibimiento
Art. 18 Las penas pecuniarias se entenderán sin perjuicio de la indemnización de los daños y pago de las costas judiciales.
Art. 19 La sentencia de muerte se notificará al reo 48 horas antes de su ejecución.
Art. 20 Notificada la sentencia de muerte se proporcionaran al reo los auxilios y consuelos que pida y podrá disponer libremente de sus ropas y efectos, sin perjuicio de las responsabilidades a que están sujetos.

Art. 21 Después de notificada la última sentencia se suspenderá su ejecución en los casos siguientes: 1ª cuando después de notificada la sentencia se advierte que la mujer condenada a muerte está preñada; 2ª si después de notificada la sentencia de muerte y antes de su ejecución el hombre cumpliere 60 años y la mujer de 55 (fj. 3); 3ª cuando se presente carta de indulto del gobernador y orden especial suya para la suspensión 4ª en los casos de que habla el art. 124.
Art. 22 Luego que se notifique la sentencia de muerte se anunciará al público el día, hora y sitio de la ejecución con el nombre, domicilio y crimen del reo.
Art. 23 La pena de muerte se ejecutara en todos casos sin tortura ni mortificación con guillotina, marcada o en su defecto con balas.
Art. 24 La ejecución será siempre pública, entre 11 y 12 de la mañana y no podrá verificarse en día feriado, ni de fiesta nacional o del estado.
Art. 25 Se ejecutará en un cadalso de madera o mampostería pintado de negro y sin adornos en el sitio que señalare el Jefe de Policía.
Art. 26 El reo será conducido desde la cárcel al suplicio con túnica y capirote negro y las manos atadas.
Art. 27 El condenado a muerte por traidor llevará las manos atadas a la espalda.
Art. 28 El asesino llevará la túnica manchada de sangre, el parricida igual túnica, y las manos atadas a la espalda con la cabeza descubierta y rapada a navaja con venda en los ojos.
Art. 29 En todo caso será conducido al suplicio el condenado a muerte con uno o dos sacerdotes para que le presten los auxilios cristianos, el alcalde a quien toque autorizar la ejecución con su escribano si lo tuviere o en su defecto con testigos de asistencia (fj. 3v)
Art. 30 No se le permitirá al reo hacer arenga ni decir cosa alguna al público ni a persona determinada.
Art. 31 En la parte más visible del sitio en que sea la ejecución se fijará un cartel que anuncie el nombre del criminal y el crimen porque ha sido ajusticiado.
Art. 32 Ejecutada la sentencia permanecerá el cadáver en el lugar del suplicio a la vista del público por espacio de tres horas, después de las cuales será entregada a sus parientes si lo pidieren y si no será sepultado en el lugar religioso o entregado por orden de autoridad competente para alguna disección anatómica.
Art. 33 La ejecución se verificará en la capital el cantón en cuya demarcación se cometió el crimen.
Art. 34 La pena de presidio no podrá pasar de 12 años.
Art. 35 No habrá mayor presidio que en el estado que el de Mezcala.
Art. 36 La pena de obras públicas no excederá en caso alguno la de dos años.
Art. 37 Los reos condenados a ellas trabajaran indistintamente en caminos, canales, construcciones de edificios públicos, aseo de calles, plazas y paseos públicos, sujetos de dos en dos con una cadena.
Art. 38 Habrá en el estado casas de reclusión diferentes para ambos sexos, y podrán servir a este objeto para los hombres los hospitales, conventos de monjes o religiosos, colegios, hospicios y oficinas públicas, y para las mujeres hospitales, hospicios y casa de recogidas.

Art. 39 La pena de reclusión no podrá pasar de (fj. 4) doce años.
Art. 40 A ningún hombre mayor de 60 años ni mujer mayor de 55 podrá imponerse jamás la pena capital y en su lugar sufrirán la de reclusión por el tiempo que señala el artículo anterior.
Art. 41 Tampoco podrá imponerse a los hombres y mujeres de las edades referidas la de presidio a aquellos y la de trabajo en las casas de recogidas a éstas, sino la de reclusión por el tiempo que corresponda.
Art. 42 Los que al cumplir las expresadas edades estén sufriendo alguna pena mayor que la reclusión, concluirán en ésta el tiempo que les falte de aquella.
Art. 43 El extrañamiento del estado será perpetuo, pero podrá alzarse en la forma, términos y caso que se expresarán en los artículos.
Art. 44 El confinamiento no podrá extenderse en su dilatación a más de 12 años.
Art. 45 El confinado no deberá salir del lugar que se le señale y tendrá la obligación de presentarse un día en cada mes a la autoridad local y avisarle el sitio de su habitación.
Art. 46 No podrá durar el destierro más de 12 años.
Art. 47 El destierro podrá agravarse conduciendo al desterrado fuera del lugar de su destierro, un alguacil u otra custodia expresándose así en la sentencia.
Art. 48 El arresto no podrá pasar de dos meses.
Art. 49 Las penas de privación o suspensión de empleo, profesión o cargo público traen consigo la de los sueldos, obvenciones y prerrogativas respectivas.
Art. 50 La pena de leer y oír la sentencia (fj. 4v) se ejecutará en el tribunal respectivo a puerta abierta.
Art. 51 El arresto se impondrá en cárcel, cuerpos de guardia o casa de ayuntamiento, pero la cárcel debe ser diferente a la de los acusados o procesados.
Art. 52 Las personas ancianas o valetudinarias, las que vivan de algún arte y profesión u oficio doméstico y las mujeres honestas podrán ser arrestadas en su propia casa.
Art. 53 El que habiendo sido condenado a presidio por 12 años, se fugare antes de cumplir su condena, sufrirá por sólo este hecho la pena capital.
Art. 54 El que habiendo sido condenado por menos tiempo quebrantare el presidio sufrirá la mitad más del que faltaba para extinguir su condena, sin que por el aumento cualquiera que él sea pueda extenderse más allá de los 12 años que debe durar esta pena.
Art.55 El condenado a obras públicas si quebrantare su condena sufrirá el presidio de Mezcala el tiempo que le faltaba para cumplirla.
Art. 56 El recluso en una casa de las destinadas a este fin, si quebrantase la reclusión sufrirá por esto dos años de obras públicas, sin perjuicio de continuar después su primera condena.
Art. 57 El extrañado, el confinado y el desterrado sufrirá la misma pena de dos años de obras públicas si quebrantaren sus respectivas condenas a reserva de continuar éstas concluidas aquellas.
Art. 58 El privado de empleo, profesión o cargo público si lo ejerciere, será desterrado del lugar (fj. 5) en que los ejerciere desde dos hasta doce años.
Art. 59 El que estando suspenso de los mismos los ejerciere será privado de ellos.

Art. 60 El que quebrantase el arresto sufrirá en la cárcel el tiempo que le falte para extinguir su condena.
Art. 61 Las armas con que fueren aprehendidos los malhechores serán de los ministros aprehensores. Los instrumentos o utensilios con que se haya ejecutado un delito o crimen se inutilizarán y los efectos que formen el cuerpo de él se venderán y su producido se introducirá con cuenta y razón en la tesorería del estado satisfechas antes las costas del proceso si el reo no tuviere bienes de que pagarlos a menos que dichos efectos pertenezcan a un tercero en cuyo caso se restituirán a éste integrante y con puntualidad.
Art. 62 Con los bienes del reo se satisfarán sus responsabilidades pecuniarias hasta donde alcancen por este orden: primero las costas del proceso, segundo los daños y perjuicios y tercero las multas.
Art. 63 Cualquiera sentencia principalmente la de muerte se efectuará en lo posible en el lugar en que se cometió el crimen o delito o por lo menos en el más inmediato.
Art. 64 El reo que expendiente [sic] su causa cometiere otros delitos será castigado en la sentencia con la pena correspondiente a todos con tal de que no se exceda del máximo establecido.
Art. 65 Todo reo que cumpliendo su condena cometiere otro delito será castigado por este con la pena que le corresponda, en perjuicio de cumplir su primera condena si es posible (fj. 5v).
Art. 66 El tiempo de la condena comenzará a correr y contarse desde el día en que se notifique al reo la sentencia que causa ejecutoria.

Capítulo IV De los jueces de hechos

Art. 67 Los jueces de hecho que establecen la constitución del estado se limitarán precisamente con arreglo al art. 228 de la misma a declarar si el sumariado es o no autor del hecho que se versa en la sumaria.
Art. 68 Si al tribunal pareciere manifiestamente injusta la declaración de los jueces de hecho por ser grosa al reo o a la sociedad dejando impune el delito o el crimen, suspenderá todo procedimiento y haciendo a los jueces de hecho las observaciones convenientes, los obligarán a que tomen de nuevo su consideración el asunto y estos harán una segunda declaración.
Art. 69 Si esta fuere conforme con la primera el tribunal procederá en el caso con arreglo a las leyes a menos de que el insistir los jueces de hecho en su primera declaración sea porque separándose de su instituto se meta a juzgar del derecho, que entonces sin atender a su fallo formará un nuevo iure con otros jurados que se sujeten a juzgar sólo el hecho.
Art. 70 Sin embargo si los nuevos jueces de hecho se condujeren como los primeros excediéndose a juzgar del derecho, salvos los de las partes para los ocursos que le competen, el tribunal con parecer de asesor y sin innovar dará cuenta con la causa a la tercera sala del supremo tribunal de justicia y esperará su resolución.
Art. 71 La sala arreglará la materia a lo justo y devolverá la causa.

Capítulo V De la graduación de los delitos o crímenes y media de sus penas

Art. 72 El graduar los delitos para la aplicación de las penas pertenece a los tribunales de justicia.

Art. 73 Cuando la ley imponga pena fija y determinada al delito o crimen no está en arbitrio de los tribunales alterarla.

Art. 74 Cuando en las penas establecidas hay máximo y mínimo podrán los tribunales, atendidas las circunstancias del delito y del delincuente gradar las penas encerrándolas en dichos términos.

Art. 75 Cuando a los tribunales ocurrieren delitos o crímenes que no estén marcados en este código se juzgarán por las leyes vigentes, consultando sin embargo al congreso por medio de la tercera sala, para que por una ley que se agregará al mismo código los marque y designe su pena.

Art. 76 En el caso de que haya complicación de penas por la complicación de delitos, se observará en la sentencia lo prevenido en el art. 64.

Apéndice a este capítulo

Art. 77 Estando excluidos de la inmunidad eclesiástica del asilo por bula pontificia, los crímenes y delitos más graves, y no necesitándola los menos graves por no imponerse a estos penas de sangre ni trabajos fuertes, no habrá en el estado lugar alguno de asilo para los criminales y delincuentes.

Art. 78 En consecuencia si un reo se refugiase a sagrado procederá el juez a extraerlo decorosamente, dirigiendo de palabra o por escrito recado político al rector de aquella iglesia que no podrá negarse a franquear los auxilios necesarios (fj. 6v).

Guadalajara, febrero 6 de 1827, por indisposición del señor magistrado y por [ilegible] Firma Salvador García Diego, José Miguel Cervantes Negrete, Juan de Dios de Híjar, Antonio Fuentes, Guillermo de Arce, Miguel Marín. (fj. 7).

El presidente del Supremo Tribunal de Justicia, 6 de febrero, dice: Excmo. Sr. Este STJ ha destinado diariamente una hora sin perjuicio del despacho ordinario para hacer observaciones sobre el proyecto de código penal formado por la comisión de legislación del H. Congreso y el resultado de sus observaciones son los 78 artículos que acompaño a su acuerdo, a fin de que V se sirva presentarlos a la misma asamblea para su conocimiento a reserva de continuar hasta la conclusión, que verificada, lo hará de todos sus trabajos en la materia. Guadalajara, febrero 8 de 1827, J. Cumplido (fj 8).

La comisión de la legislación ha examinado las observaciones hechas por el STJ al código penal que formó la comisión de legislación de la legislatura pasada y que debe discutirse en la presente. Aun sin embargo de que la comisión juzga muy juiciosas las observaciones de que se habla, no por esto cree conveniente que se entre en la discusión aislada de ellas, sino que se reserve para cuando se entre en la general discusión del proyecto y por lo mismo presenta el juicio del H.C. la siguiente proposición. Las observaciones hechas al proyecto del código penal por el Supremo Tribunal de Justicia se reservan para cuando se entre en la

discusión general de dicho proyecto, Guadalajara, marzo 3 de 1827. Firma Camarena, Cañedo, Pacheco, Portugal (fj. 9).

Anexo IV

Reglamento para la Casa de Recogidas
Casa de Recogidas
Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco, t. III.
Año 1829, pp. 338-351.

Reglamento para el gobierno interior de la Casa de Recogidas, 1829.
Capítulo I.
De la división de los departamentos.
Art. 1. La casa de recogidas se dividirá en tres departamentos: de recogimiento; de corrección; y de castigo.
Parágrafo I.
Del departamento de recogimiento.
Art. 2. Este será la vivienda de la rectora, a cuyo lado estarán, entre tanto hay otro establecimiento en que se reciban, las huérfanas o mujeres de poca edad que absolutamente no tienen quien se encargue de su educación y mantención, y por esta causa se entregan a disposición de los alcaldes.
Art. 3. Teniendo las recogidas de que habla el artículo antecedente algún pariente o persona de confianza, a juicio de un alcalde, que quiera en los días festivos sacarlas a su casa, lo permitirá la rectora.
Art. 4. También ocuparán este departamento, las que se han sustraído del poder de sus padres, maridos, parientes o personas que las tenían bajo su dirección y cuidado, si no tuvieren los alcaldes casa de mayor seguridad y confianza suya, y a satisfacción de los interesados, en que ponerlas.
Art. 5. Como en dicho departamento sólo se colocarán las que o están inocentes, o no del todo corrompidas, no se destinarán a trabajos recios, sino a aquellos suaves que son comunes y ordinarios en su sexo y clase, como son: leer, escribir, contar, hilar, coser, bordar, hacer flores, barrer, fregar, guisar, etc.
Art. 6. Si alguna de las que comprende el art. 2º fueren solicitadas por algún particular para casarse, o para que den servicio en su casa, lo comunicará la rectora al alcalde respectivo, quien con conocimiento de causa las franqueará para dichos destinos, entendiéndose en el segundo caso por salario correspondiente.

Art. 7. Si las mujeres de que hablan los artículos anteriores fueren reclusas sin motivo, serán puestas en libertad por el Supremo Tribunal de Justicia en las visitas generales que hace en dicha casa, o en cualquier tiempo a virtud de queja de las mismas reclusas.

Parágrafo II.

Del departamento de corrección.

Art. 8. Este se formará de las piezas que designe el jefe de policía, de acuerdo con la rectora.

Art. 9. En él estarán las que por providencia gubernativa de los alcaldes sean destinadas a los trabajos de la casa, y se cuidará de que no se mezclen con las de causa, para que con la compañía de éstas no se acaben de estragar sus costumbres.

Art. 10. Las reos de que habla este parágrafo, serán ocupadas en trabajos menos fuertes que las que están rematadas por causa; y así, se destinarán, por ejemplo, a hacer la comida de presos y presas, a barrer y demás operaciones convenientes para mantener la casa con limpieza y aseo; más no en moler ni hacer atole y tortillas, sino en el caso urgente de que no basten para esto mientras se toma la providencia de que habla el art. 18.

Art. 11. Si alguna fuere muy rijosa y pendenciera, o causare disturbios en este departamento, o se resistiere a los trabajos de que se habla en este parágrafo, será pasada al tercero departamento, hasta que dé pruebas de su reforma, o el tiempo de su corrección.

Art. 12. Si abundare el número de mujeres de este departamento, se destinarán a los trabajos de obrajes o talleres para tejidos y demás manufacturas propias de su sexo, y en que no intervengan instrumentos de fierro o acero cortantes o punzantes.

Parágrafo III.

Del departamento de castigo.

Art. 13. Este se compondrá de las piezas restantes de la casa, a elección del jefe de policía de acuerdo con la rectora.

Art. 14. La ocuparán las mujeres que, previa formación de causa, han sido sentenciadas a los trabajos de la casa.

Art. 15. Estas se destinarán a sacar agua, moler, hacer el atole y las tortillas para los presos de la cárcel y mujeres de la misma casa.

Art. 16. Si hubiere número bastante, se alternarán en estos ejercicios semanalmente, a fin de que el trabajo continuo no las inhabilite.

Art. 17. A la que se resistiere al trabajo o fuere irrespetuosa o inobediente, procurará la rectora reducir a su deber, por los medios de suavidad y prudencia que le dictare su celo por el bien de sus semejantes; y si esto no bastare, le estrechará la prisión, encerrándola en un cuarto sin comunicación, cuando más por tres días, y si tampoco éste arbitrio fuere suficiente, dará parte a uno de los alcaldes para que la corrija con mayor reclusión.

Art. 18. Cuando no hubiere el número suficiente para esta alternativa, y llegaren a lastimarse de las manos o de cualquiera otra parte del cuerpo, se avisará inmediatamente al jefe político, para que disponga que pasen a auxiliarlas los reos de la cárcel en el número que pida la rectora.

Art. 19. Los reos que han de prestar dicho auxilio, serán los destinados a obras públicas por un tiempo que no pase de un mes, o que sólo éste les falte para cumplir su condena.

Art. 20. Estos se pondrán en un departamento que se formará de las piezas que están inmediatas al zaguán de la casa de recogidas, cerrando la comunicación que tienen para el interior, y dándosela para la calle; si dichas piezas no prestaren la comodidad necesaria o se pulsare alguna grave dificultad en destinarlas a este objeto, podrá el Gobierno elegir el edificio que le parezca conveniente.
Art. 21. Los reos que presten el referido auxilio, serán gobernados por un sobrestante que nombrará el jefe político, asalariado con un peso diario, que disfrutará por sólo el tiempo que dure el auxilio, cuidando exactamente de que los reos desempeñen sus trabajos a satisfacción de la rectora.
Art. 22. Para ello dormirá en el departamento destinado, procurando impedir cualquiera fuga o desorden que incomode al público o a la casa.
Art. 23. A sus órdenes estará la tropa que debe custodiar a estos reos.
Capítulo II.
De la rectora, sus obligaciones, responsabilidad y dotación.
Art. 24. Habrá una rectora nombrada por el Gobernador a propuesta en terna del Supremo Tribunal de Justicia, a cuyo cargo estará la economía y gobierno interior de la casa.
Art. 25. Sus obligaciones son: cuidar de que las reos cumplan sus condenas o el destino porque están reclusas, según lo que se previene en este reglamento.
Art. 26. Señalar las ocupaciones o trabajos a que han de dedicarse, procurando que los encargos de tornera y portera recaigan en las que sean de mejor conducta entre las que habitan el primero y segundo departamento, y los de celadoras de los tres, en las que de las mismas sean de mayor confianza.
Art. 27. En caso de verse acometida por algún o algunas reos se valdrá de las demás para sujetarlas, u ocurrirá al comisario o auxiliar más inmediato; y si fuere de noche, a los serenos, y lo mismo practicará en caso de fuga.
Art. 28. Si ésta se intentare por muchas reos a un tiempo, o la casa fuere acometida con esto u otro objeto por el zaguán o cualquiera otro punto que mire a la calle, pedirá auxilio por medio de una campana que se colocará en la azotea y en el punto que ella eligiere.
Art. 29. En este caso, y en cualquiera otro de fuga o riña dentro de la casa, dará parte a uno de los alcaldes, para el castigo de las culpables o para que se aumente el rigor de la reclusión, sólo para el efecto de precaver otra fuga o riña.
Art. 30. No impedirá que las reos escriban y reciban cartas, excepto las huérfanas y mujeres del primer departamento, que no lo podrán hacer sin previo permiso de la rectora.
Art. 31. Las que por providencia gubernativa, o sentencia formal en causa hubieren sido condenadas a los trabajos de la casa, no podrán redimirse de ellos por dinero, ni la rectora percibirá cosa alguna a este título.
Art. 32. Las que sólo hubieren sido condenadas a reclusión, no podrán con pretexto alguno destinarse a trabajos.
Art. 33. No impedirá que hablen las reos con las personas que fueren a visitarlas, con tal de que esto se verifique en el torno a las horas que no están ocupadas en sus trabajos.

Art. 34. Si por multitud de las reos, no pudiesen hablar con los suyos en el torno, se dispondrá una reja amplia en el zaguán con las precauciones necesarias, para que no reciban vino, armas, naipes o instrumentos para fugarse.
Art. 35. Si en las visitas de la reja o torno advirtiere conversaciones contrarias al respeto y obediencia que se debe a la rectora o auxiliar, o al gobierno de la casa, o que tiendan a seducir para una fuga, despedirá a la visita y mandará retirar a la reo.
Art. 36. No estorbará que las que les lleven comida fuera la reciban y aprovechen, con tal de que sea a las horas en que no se interrumpa ni trastorne la distribución de la casa.
Art. 37. A fin de que enmienden, rectifiquen sus costumbres y eviten la ociosidad, siempre perniciosa, cuidará de que en los días festivos a más de la misa que deben oír, se les explique por ella o su auxiliar el catecismo de nuestra religión, empleando en este ejercicio una media hora a lo menos, y a lo más una.
Art. 38. En los partos que ocurran, cuidará la rectora de que las parturientas se asistan con todo lo necesario para que no peligren ni ellas ni sus criaturas, sin obligarlas a trabajar hasta que hayan cumplido su cuarentena o estén capaces a juicio de facultativo que deberá reconocerlas.
Art. 39. Cuando alguna se enfermare, llamará la rectora inmediatamente al facultativo en turno de la cárcel, para que la reconozca; y con su boleta y el visto bueno de la autoridad a quien pertenezca, pasará luego al hospital para su curación, la que verificará volverá por el mismo orden a la casa.
Art. 40. Llevará también la rectora tres libros encuadernados y foliados, correspondientes a los tres insinuados departamentos, en que se asentarán las entradas y salidas de las recogidas por este orden. Las entradas seguirán el curso natural de las fojas diciendo: "N. entró tal día con este destino, por disposición de tal autoridad y por tanto tiempo". Su salida cuando se verifique, se colocará al margen de la partida, diciendo: "Cumplió en tal día, y salió en el mismo de orden de N.".
Art. 41. Todas las partidas, tanto de entradas como de salidas de que habla el artículo antecedente, se firmarán al calce por la rectora.
Art. 42. Tendrá mucho cuidado en hacer reunir, coser, y guardar los testimonios que se le remitan de las condenas por sentencia, boletas de providencias gubernativas y recibos de las que pasen al hospital, para que los muestre cuando se le pidan por autoridad competente.
Art. 43. No podrán habitar de continuo dentro de la casa más personas de fuera que las que compongan la familia de la rectora, y de la auxiliar, ni entrar más hombres en ella que las autoridades y los mozos absolutamente necesarios para el servicio en los casos que lo exijan.
Art. 44. No consentirá la rectora que se introduzcan y mantengan en la casa cerdos, caballos, asnos, ni otros animales que la deshacen, menoscaban o causen perjuicio a las que la habitan.
Art. 45. Toda omisión o contravención de la rectora a alguno de los artículos que comprende este reglamento en la parte que le toca, la sujetará a las penas que marque a los alcaldes respectivamente la ley de responsabilidad que se diere para los funcionarios públicos.
Art. 46. Su dotación será la de trescientos pesos anuales sin más emolumentos ni gratificación, cualquiera que sea el nombre que se les dé.

Capítulo III.

De la auxiliar.

Art. 47. Habrá una auxiliar, sujeta a la rectora, nombrada por el Gobierno, a propuesta en terna del Supremo Tribunal de Justicia, previo informe de la misma rectora.

Art. 48. Sus obligaciones principales son hacer las veces de la rectora en sus faltas temporales o enfermedades.

Art. 49. Encargarse de que se haga la comida de presos y presas de la cárcel y de la misma casa.

Art. 50. Las compras que haga para ellas por mayor, serán con intervención y conocimiento de la rectora.

Art. 51. Cuidará exactamente de que las presas del segundo y tercer departamento cumplan con sus deberes respectivos.

Art. 52. En los casos de los artículos 11 y 17, dará parte a la rectora para que se apliquen los castigos correccionales que en ellos se señalan.

Art. 53. Se alternará con la rectora para tomar en las tardes de los domingos un rato de desahogo.

Art. 54. Cuidará asimismo de que las tortillas y demás alimentos sean suficientes, estén bien cocidos, de buenos víveres y a las horas acostumbradas.

Art. 55. Será la dotación de la auxiliar quince pesos mensuales.

Capítulo IV.

Del portero escribiente y mandadero.

Art. 56. Habrá un portero escribiente a disposición de la rectora, nombrado por el jefe de policía, y amovible por este a solicitud de aquella.

Art. 57. A su cargo será: sentar en las partidas de entradas y salidas en los libros de que habla el art. 40, ordenar y hacer las demás operaciones de que habla el 42, y escribir todo lo que ocurra concerniente al gobierno interior de la casa.

Art. 58. Extender de gracia las quejas que quieran instruir las recogidas.

Art. 59. Conducir a las enfermas de la casa al hospital con el resguardo competente, y volverlas de allá de la misma manera.

Art. 60. Cuidar de día y de noche de la seguridad de la puerta, a cuyo fin dormirá siempre en la puerta inmediata al zaguán.

Art. 61. Últimamente, hacer y practicar cuanto le mande la rectora y no pueda confiarse al mandadero de que va hablarse.

Art. 62. Su dotación será la de diez pesos mensuales, y una ración como la de las recogidas.

Art. 63. Habrá asimismo un mozo mandadero que facilitará el alcaide de la cárcel con la aprobación de la sala respectiva del Supremo Tribunal de Justicia, y será siempre uno de los condenados a obras públicas.

Art. 64. Este por lo mismo no tendrá sueldo ni dotación alguna, sino la ración común.

Art. 65. Su obligación será únicamente hacer los mandados que se ofrezcan dentro y fuera de la casa, ocupándose en los oficios ínfimos de ella a dirección de la rectora y su auxiliar.

Capítulo V.

De las visitas del Supremo Tribunal a la casa de recogidas.

Art. 66. En los días de visitas generales de cárceles hará la que ha acostumbrado el Supremo Tribunal de Justicia en la casa de recogidas, con asistencia solamente de los funcionarios que señala la ley.

Art. 67. En esta visita se presentarán todas las recogidas llamándose por lista, con expresión del motivo porque están allí; a no ser que el honor o decencia pública lo embaracen respecto de algunas, en cuyo caso hará presente con reserva la rectora al presidente de la visita, quien con acuerdo del tribunal dispondrá lo conveniente.

Art. 68. Oirá las quejas que de palabra o por escrito instruyan las reos, y si son fundadas les hará justicia estando en sus facultades; y si no, excitará a la autoridad que corresponda para que lo verifique.

Art. 69. Si en dichas visitas advirtiere algunas infracciones de este reglamento, siendo en materia leve, las corregirá gubernativamente; y en materia grave, el fiscal promoverá lo que tenga por conveniente.

Capítulo VI.

De los fondos para gastos de la casa de recogidas.

Art. 70. Todos los gastos para la mantención y conservación de la casa de recogidas, se harán de los caudales de hacienda pública, y veinticinco pesos mensuales con que contribuirá de sus fondos de propios el ayuntamiento de esta capital.

Art. 71. Los utensilios y materiales para las labores de dicha casa, así como las obras de arquitectura, se costearán igualmente por la hacienda pública, previa orden del Gobierno en vista del presupuesto que se le acompañe.

Art. 72. Las rentas de las fincas pertenecientes a la casa y réditos del capital de seis mil pesos que a favor de la misma reconoce la federación, se cobrarán de cuenta de la hacienda pública del Estado.

Art. 73. Cuando por experiencia consten cuales labores sean las que puedan fomentarse para ocupaciones de las recogidas, lo participará al Gobierno la rectora para que forme el correspondiente reglamento.

Capítulo VII.

Del inspector de la casa.

Art. 74. Estará ésta bajo la inmediata inspección del jefe de policía, con quien se entenderá la rectora en todas las ocurrencias, dificultades y dudas que se le ofrezcan para el mejor desempeño de sus deberes, y él le prestará todos los auxilios necesarios a este objeto.

Y de orden del mismo Congreso lo comunicamos a V.E. para su inteligencia y observancia por quienes corresponda. Dios y libertad. Guadalajara, febrero 19 de 1829 Excmo. Señor Gobernador interino del Estado.

Anexo V

Título que expidió el gobernador del estado de Jalisco a favor de Silvestra Cervantes como auxiliar de la Casa de Recogidas.
Casa de Recogidas
AMG
Año 1848

Título que expidió el gobernador del estado de Jalisco a favor de Silvestra Cervantes como auxiliar de la Casa de Recogidas, 1848.

El gobernador constitucional del estado libre y soberano de Jalisco.
Usando este gobierno de la facultad que le concede el artículo 41 del reglamento de la Casa de Recogidas, ha tenido a bien nombrar a doña Silvestra Cervantes auxiliar de la rectora de dicho establecimiento, previa propuesta del Supremo Tribunal de justicia e informe de la expresada rectora, con la dotación de ciento ochenta pesos anuales que le señala el artículo 55 del referido reglamento. En consecuencia se le expide el presente título del que se tomará razón en la mayordomía de esta municipalidad, y agregándose por la interesada un pliego del sello que corresponde. Dado en Guadalajara en el palacio del gobierno a treinta de agosto de mil ochocientos cuarenta y ocho. Firma J.G. Montenegro. Fortino España.
[Margen inferior izq. Título de auxiliar de la Casa de Recogidas en favor de doña Silvestra Cervantes].

Tablas y cuadros

Lista de las presas que existen en la Casa de Recogidas, 4 de abril de 1857.

Lista de las presas que existen en la Casa de Recogida 4 de abril de 1857 Rectora Juana Aguilar[1045]				
Rea	Tribunal que remite	Delito	Ingreso	Tiempo condena
Ricarda Meza	STJ	varios delitos	15 septiembre 51	9 años 2 meses
Guadalupe Montoya	STJ	varios delitos	25 julio 53	6 años 4 meses
Tomasa Ramírez	Consejo de Guerra	robo	2 marzo 54	6 años
Francisca Piaque	STJ	portación arma y ganzúa	23 enero 56	8 años
Vicenta Rosales	STJ	portación ganzúa	31 enero 57	6 años
Refugio Hernández	STJ	bigamia	30 abril 56	5 años
Fermina Chávez	STJ	receptadora	7 julio 56	5 años
Jesús Leal	STJ	conato de envenenamiento	25 julio 53	5 años
Rita Mariscal	STJ	conato de envenenamiento	25 julio 53	4 años
Sinforiana Lamas	STJ	robo	8 julio 53	4 años
Cristina Martínez	STJ	receptadora	6 agosto 56	4 años
Romana Briseño	STJ	receptadora	6 agosto 56	4 años
Victoriana García	STJ	receptadora	4 noviembre 56	3 años

[1045] BIPEJA, ASTJEJ, ramo Criminal, c. 13, inv. 16594, año 1857, f. 18.

Antonia García	STJ	receptadora	4 noviembre 56	3 años
Luisa Abundis	STJ	incesto	7 diciembre 56	3 años
Mariana Meza	STJ	receptadora	17 diciembre 55	2 años
Juana Contreras	STJ	heridas graves	13 enero 57	2 años
Vita Velasco	STJ	receptación	17 diciembre 55	2 años
Toribia González	STJ	heridas	13 febrero 56	1 año 6 meses
Jesús Nuño	STJ	infanticidio	5 febrero 56	1 año
Crescencia Gómez	STJ	sevicia	26 noviembre 56	1 año
Juana Hernández	STJ	receptadora	28 octubre 56	1 año
Jesús Acero	STJ	receptadora	5 noviembre 56	1 año
Silveria García	STJ	receptadora	26 junio 56	1 año
Mariana Arroyo	STJ	hurto con reincidencia	4 diciembre 56	1 año
Encarnación Suárez	STJ	lenona	1 abril 57	6 meses
Refugio Dávalos	STJ	lenona	1 abril 57	6 meses
Francisca Aguilar	STJ	heridas	20 noviembre 56	6 meses
Bibiana García	STJ	receptadora	18 diciembre 56	4 meses
Valentina Gutiérrez	STJ	receptadora	15 diciembre 56	4 meses
Antonia Hernández	STJ	receptadora	15 diciembre 56	4 meses
Teresa Bañuelos	STJ	Indicios de robo	3 marzo 57	6 meses
	PENDIENTES			
Anita Padilla	STJ		12 agosto 56	

		s/e[1046]		
Cruz García	STJ	s/e	19 junio 56	
Juana Hernández	STJ	s/e	19 junio 56	
Susana Castro	STJ	s/e	19 marzo 56	
Francisca Trillo	Juez 1° de letras	s/e	20 noviembre 56	
Rosa Trillo	Juez 1° de letras	s/e	21 noviembre 56	
Leandra Alvarado	STJ	heridas	3 enero 57	
Rumualda Torres	STJ	heridas	18 diciembre 56	
Josefa Nuño	J 2° letras	s/e	18 julio 56	
Atilana González	J 2° letras	s/e	18 julio 56	
Francisca Quirarte	Juez 2° letras	s/e	18 julio 56	
Feliciana Ramírez	Juez 2° letras	s/e	21 julio 56	
Soledad Sánchez	Juez 2° letras	robo	7 agosto 56	
Timotea Balcázar	Juez 2° letras	receptación	12 agosto 56	
Eufemia Cacolana	Juez 2° letras	s/e	24 marzo 57	
Nabora Mendoza	Juez 2° letras	s/e	26 marzo 57	
Leandra González	Juez 2° letras	s/e	28 marzo 57	
Dolores Ramírez	Juez 3° letras	robo	10 noviembre 56	
Clara Ramírez	Juez 3° letras	heridas	15 febrero 57	
Ramona Satena	Juez 3° letras	s/e	9 marzo 57	
Marina Acenas	Juez 3° letras	s/e	9 marzo 57	
Micaela Pérez	Juez 3° letras	s/e	23 marzo 57	
Matilde López	Juez 4° letras	s/e	31 marzo 57	

[1046] s/e, sin expresar delito.

Concepción Rodríguez	Juez 6 letras	s/e	18 marzo 57	

Recogimientos en la Nueva España y México								
Id	Lugar	Institución	Nombre	Fundación/ desaparición	Impulsores	Benefactores	Capacidad	Tipo de Recogimiento
1	México	Recogimiento	Jesús de la Penitencia	1572-1666	Diego de san Román, doctor Diego García de Palacios, chantre Jerónimo Romero	Cofradía Ntra. Sra. De la Soledad, Bernardino de Albornoz, Miguel López de Legaspi, oidor Francisco de Sandi. Más cofradía de Santa Lucía y Santo Entierro	hasta 120	prostitutas arrepentidas
2	México	Recogimiento	Hospital de la Misericordia	1580 apróx.-1717	Arzobispo	Mitra, Aguiar y Seijas (1682-1698) y Real Sala del Crimen		de castigo, no arrepentidas
3	México	Recogimiento	Santa Mónica	1587-1650 apróx.	Pedro de Trujillo e Isabel López	Pedro Trujillo e Isabel López, esposos, ambos se enclaustraron. Mitra, cofradía de		protección y castigo, mujeres divorciadas, abandonadas por sus maridos,

Recogimientos en la Nueva España y México								
Id	Lugar	Institución	Nombre	Fundación/ desaparición	Impulsores	Benefactores	Capacidad	Tipo de Recogimiento
						Santa Lucía, intervención real		doncellas huérfanas desamparadas
4	México	Recogimiento	Ntra. Sra. De la Asunción	1658-1665	Jesuita Cristóbal Vidal	Cristóbal Vidal y Luis de San Vitores	33	protección pobres y virtuosas de calidad
5	México	Recogimiento	San Miguel de Belem	1683-1770 apróx.	Asturiano clérigo Domingo Pérez de Barcia	Domingo Pérez de Barcia	hasta 250	protección, prostitutas, doncellas, viudas, casadas, solteras con experiencia, pobres de cualquier calidad
6	México	Recogimiento	Santa María Magdalena	1692-1812/1842	Francisco Zaraza y Arce, alcalde de la	Real Sala del Crimen, rey	Hasta 200	prostitutas y delincuentes

Recogimientos en la Nueva España y México								
Id	Lugar	Institución	Nombre	Fundación/ desaparición	Impulsores	Benefactores	Capacidad	Tipo de Recogimiento
					sala del Crimen			
7	México	Recogimiento	Casadas de la Misericordia	1717-1792 apróx.	Arzobispo Lanciego y Eguílaz	Arzobispo, 2 capellanías con 7 mil pesos		delitos contra el matrimonio
8	México	Recogimiento/ Beaterio	Ntra. Sra. De Covadonga	1775-1794	Vicente Antonio Soto, bachiller	Vicente Antonio Soto, bachiller		protección, doncellas honestas
9	México	Casa de corrección	Bodegón de la Chacona	17..-1822	María Gertrudis Ortega, La Chacona			corrección
10	México	Casa de corrección	Atolería de Julia Arévalo y Ana María Miranda	17..-1822	Ana María Miranda, Juliana Arévalo			corrección
11	México	Casa de corrección	Bodegón de las cañitas	17..-1822	María Saturnina Urrutia			corrección

Recogimientos en la Nueva España y México								
Id	Lugar	Institución	Nombre	Fundación/ desaparición	Impulsores	Benefactores	Capacidad	Tipo de Recogimiento
12	Puebla	Recogimiento	Santa María Magdalena	1606-1681	Canónigo Francisco Reynoso y Julián López	Canónigo Francisco Reynoso y Julián López		protección, casadas abandonadas por sus maridos enrolados en expediciones de conquista y colonización
13	Puebla	Recogimiento	Santa María Egipciaca	1682-1862	Obispo Manuel Fernández de Santa Cruz	Obispo Manuel Fernández de Santa Cruz, dispuso que quedará bajo la mitra a perpetuidad	100	públicas arrepentidas, mujeres con penas de clausura
14	Puebla	Recogimiento	San José	1682-1800 apróx.	Obispo Manuel Fernández de Santa Cruz	Obispo Manuel Fernández de Santa Cruz y mitra	30	protección, casadas descarriadas, divorciadas, viudas

Recogimientos en la Nueva España y México								
Id	Lugar	Institución	Nombre	Fundación/ desaparición	Impulsores	Benefactores	Capacidad	Tipo de Recogimiento
15	Puebla	Casa de corrección	Mazarrana	1785-1791	María de Gorozpe "La Mazarrana"			corrección
16	Tlaxcala	Recogimiento	San José de Gracia	1682-1690 apróx.	Obispo Manuel Fernández de Santa Cruz	Obispo Manuel Fernández de Santa Cruz		casadas, viudas o doncellas desamparadas
17	Antequera	Recogimiento	Recogidas	1685-1803 más	Obispo Isidro Sariñana			públicas arrepentidas
18	Ciudad Real, Chiapas	Recogimiento	Santa Rosa de Viterbio	1712-1783	Obispo fray Juan Bautista Álvarez de Toledo	Obispo fray Juan Bautista Álvarez de Toledo, dejó con los dominicos mil pesos a réditos, que se canjearían por 50 fanegas de maíz. Real patronato		públicas arrepentidas y mujeres enviadas por la justicia

Recogimientos en la Nueva España y México								
Id	Lugar	Institución	Nombre	Fundación/ desaparición	Impulsores	Benefactores	Capacidad	Tipo de Recogimiento
19	Valladolid	Recogimiento	Recogidas	1729 apróx.-	Obispo Juan José de Escalona y Calatayud	Obispo Juan José de Escalona y Calatayud	20	licenciosas y poco recatadas
20	Pátzcuaro	Recogimiento	Santa María Magdalena	1776-1800 apróx.	Agustín de Solórzano, alcalde de Pátzcuaro	Agustín de Solórzano, alcalde de Pátzcuaro		prostitutas y escandalosas
21	Guadalajara	Recogimiento	Recogidas	1751-1871	Joseph de Castro Cid, rector Colegio Sto. Tomás, jesuita	Mitra, obispo Juan Gómez de Parada, fray Antonio Alcalde	Apróx. 30 hasta 1821/ máx. 111 en 1868	perdidas, desamparadas y enviadas por la justicia
22	Guadalajara	Casa de corrección	Tesquis	17..-1807				corrección
23	Guanajuato	Recogimiento	Recogidas	1763-1819	Bachiller Juan de Dios Fernández de Souza	Bachiller Juan de Dios Fernández de Souza		perdidas, enviadas por la justicia

Recogimientos en la Nueva España y México								
Id	Lugar	Institución	Nombre	Fundación/ desaparición	Impulsores	Benefactores	Capacidad	Tipo de Recogimiento
24	Silao	Recogimiento	Recogidas	1749-	José Zavala, alcalde	Ayuntamiento		enviadas por justicia
25	Irapuato	Recogimiento	Recogidas	17…18...				enviadas por justicia
26	Salamanca	Recogimiento	Recogidas	17..18..				enviadas por justicia
27	San Miguel el Grande	Recogimiento	Santa Ana	1736-1853	Hipólito Agudo, filipense	Hipólito Agudo, filipense		matronas y doncellas honestas y matronas perdidas
28	Veracruz	Recogimiento	Recogidas	1756-1784/1786-	Francisco Crespo, gobernador, y Miguel Francisco Herrera, vicario	Obispo de Puebla Domingo Pantaleón Álvarez y cofradía de San José de Veracruz, mitra, cabildo secular pagaba arrendamiento de la casa	Máx. 25	enviadas por la justicia y prostitutas

Recogimientos en la Nueva España y México								
Id	Lugar	Institución	Nombre	Fundación/ desaparición	Impulsores	Benefactores	Capacidad	Tipo de Recogimiento
29	Córdoba	Recogimiento	Recogidas	17...-18...				
30	Perote	Recogimiento	Recogidas	17...1835				
31	San Luis Potosí	Recogimiento	Recogidas	1772-1900	Don Francisco de Mora, conde de Santa María de Guadalupe	Don Francisco de Mora, conde de Santa María de Guadalupe		mundanas
32	Mérida	Recogimiento	Recogidas	1749-1820	Obispo fray Ignacio de Padilla y Estrada y gobernador	Ayuntamiento	8 en 1788	mujeres de mala inclinación
33	Campeche	Casa de corrección	Corrección	1851-	Presbítero Vicente Méndez	Productos elaborados por las recogidas y Estado de Campeche		mujeres que iban contra la moral
34	Santa Bárbara Tamaulipas	Casa de corrección	Corrección	185...	Miguel Obregón			mujeres prostitutas

Recogimientos en la Nueva España y México								
Id	Lugar	Institución	Nombre	Fundación/ desaparición	Impulsores	Benefactores	Capacidad	Tipo de Recogimiento
35	Chalco	Recogidas	Corrección	1808				
36	Charo Matlazingo	Recogidas	Corrección	s/f				

Índice de tablas, planos, gráficas e ilustraciones

Índice de tablas

Tabla 1 Instauración de primeras órdenes en la Guadalajara colonial 51
Tabla 2 Instituciones femeninas en la Guadalajara colonial 57
Tabla 3 Casa de Recogidas. Rectoras y tiempo que permanecieron en el cargo..... 135
Tabla 4 Carga y descargo, 1773. Cantidad en reales por suma mensual..... 152
Tabla 5 Gasto erogado en plaza, tienda y chocolate, 1773..... 153
Tabla 6 Compra diaria de carne, enero-abril de 1774 155
Tabla 7 Gasto en productos básicos, 1775 158
Tabla 8 1776, compra de leña..... 159
Tabla 9 Gasto erogado en productos básico, 1787 162
Tabla 10 Carga y data, 1787-1791..... 165
Tabla 11 Gastos erogados en los partos de las reclusas 166
Tabla 12 Ciudades, villas y pueblos tomados por Ignacio Sandoval y Calixto Cadena 224
Tabla 13 Mujeres aprehendidas en Cañada de los Negros 235
Tabla 14 Dieta de la proveeduría de presos, 1834..... 296
Tabla 15 Registro de entradas y salidas de recogidas 298
Tabla 16 Mujeres remitidas al hospital de Belén que perpetraron la fuga 318
Tabla 17 Suma mensual de registros de entradas y salidas de presas, 1862 331
Tabla 18 Registro de entradas y salidas, 1862..... 371
Tabla 19 Registro mensual de entradas y salidas, 1866. 375
Tabla 20 Delitos con menor incidencia, 1866 376
Tabla 21 Registro mensual de entradas y salidas, 1868 380
Tabla 22 Delitos con menor incidencia, 1868 385
Tabla 23 Ingresos en la Casa de Recogidas, con porcentaje respecto a la población total de Guadalajara. 389

Índice de planos

Plano 1 Representación de la manzana de la ayuda de parroquia de Nuestra Señora del Pilar..... 69
Plano 2 La ciudad de Guadalajara, 1741. 73
Plano 3 Plano ignográfico de la ciudad de Guadalaxara, 1745.. 74
Plano 4 Ciudad de Guadalajara,1800 115
Plano 5 Guadalajara, 1833..... 264
Plano 6 Cárcel de la Diputación, Ciudad de México, 1875..... 340
Plano 7 Penitenciaría, proyecto 1854 348
Plano 8 Penitenciaría, avances de obra, 1867..... 349
Plano 9 Planta Alta de la Cárcel Nacional (Belén), 1875..... 353
Plano 10 Planta Baja de la Cárcel Nacional (Belén), 1875 354
Plano 11 Plano General de la Ciudad de Guadalajara, 1870 390

Índice de ilustraciones

Ilustración 1 Izq. Portada del edificio del recogimiento de Santa María Magdalena, en ciudad de México 72
Ilustración 2 La proclamación pontificia del patronato de la virgen de Guadalupe 78
Ilustración 3 Refectorio de un convento carmelita, sin fecha. 123
Ilustración 4 Imagen de la Virgen de Dolores 157
Ilustración 5 Parroquia del Pilar, [1920] 172
Ilustración 6 Casa de Recogidas de San Luis Potosí 173
Ilustración 7 José Domingo Rus y Ortega. 197
Ilustración 8 Título que expidió el gobernador del estado de Jalisco a favor de Silvestra Cervantes como auxiliar de la Casa de Recogidas, 1848 304
Ilustración 9 Penitenciaria de Escobedo, Guadalajara 327
Ilustración 10 Jesús López Portillo 335
Ilustración 11 Arma que utilizó Ramona Gutiérrez 395
Ilustración 12 Álbum de sentenciadas, 1868-1873 402
Ilustración 13 Martha González y su hija Refugio Hernández 404
Ilustración 14 Manuela González, con ramillete de flores. 407
Ilustración 15 Petra Ramírez, acusada de plagio. 409

Índice de gráficos

Gráfica 1 1773, compra de carne. 154
Gráfica 2 1774, compra de carne 156
Gráfica 3 1787, compra de carne 161
Gráfica 4 1787-1791, compra de carne 164
Gráfica 5 Número de mujeres que salieron de la Casa de Recogidas, 1787-1791 167
Gráfica 6 Población total de recogidas,1835 297
Gráfica 7 Población diaria de recogidas, 1862 372
Gráfica 8 Población diaria de recogidas, 1866 373
Gráfica 9 Población diaria de recogidas, 1868 374
Gráfica 10 Delitos con mayor incidencia, 1866 377
Gráfica 11 Incidencias por mes, 1866 379
Gráfica 13 Delitos de mayor incidencia, 1868 381
Gráfica 14 Incidencia por mes, 1868. 384
Gráfica 15 Incidencia por hora, 1868 386
Gráfica 16 Detenciones por cuartel, 1868 387

Fuentes

Archivos y repositorios

ACEJ. Archivo del Congreso del Estado de Jalisco, Guadalajara, Jalisco.

AGI. Archivo General de Indias, Sevilla, España.

AGN. Archivo General de la Nación, Ciudad de México, México.

AHAG. Archivo Histórico del Arzobispado de Guadalajara, Guadalajara, Jalisco.

AHEJ. Archivo Histórico del Estado de Jalisco, Guadalajara, Jalisco.

AMG. Archivo Municipal de Guadalajara, Guadalajara, Jalisco.

ARANG. Archivo Histórico de la Audiencia de Nueva Galicia, Zapopan, Jalisco.

ASTJEJ. Archivo del Supremo Tribunal de Justicia del Estado de Jalisco, Zapopan, Jalisco.

BCCG. Biblioteca Carmen Castañeda García, CIESAS Occidente, Guadalajara, Jalisco.

BIPEJA. Biblioteca Pública del Estado de Jalisco, Zapopan, Jalisco.

CEHM. Centro de Estudios Históricos de México, Grupo CARSO.

CDCCG. Colección Documental Carmen Castañeda García, CIESAS Occidente, Guadalajara, Jalisco.

Fuentes Hemerográficas

Bollettino Sala Stampa della Santa Sede.

El Informador

Gaceta del Gobierno de México.

Periódico AM.

Fuentes impresas primarias

Barragán Barragán, José (ed.). *Legislación mexicana sobre presos, cárceles y sistemas penitenciarios (1790-1930)*, México, Secretaria de Gobernación, 1976.

Beccaria, Cesare. *De los delitos y de las penas*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 1994.

Colección de leyes, decretos y reglamentos que interinamente forman el sistema político, administrativo y judicial del Imperio, t. V, México, Imprenta de Andrade y Escalante, 1865.

Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco, t. I, Guadalajara, Congreso del Estado de Jalisco, 1981.

Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco, t. I, serie II, 1857-1862, Tip. Isaac Banda, [1872], Guadalajara, Congreso del Estado de Jalisco, s/a.

Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco, t. II, Guadalajara, Congreso del Estado de Jalisco, 1981.

Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco, t. III, serie II, 1867-1869, Tip. De S. Banda, [1872], Guadalajara, Congreso del Estado de Jalisco, s/e.

Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco, t. IV, Guadalajara, Congreso del Estado de Jalisco, 1981.

Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco, t. V, serie II, 1869-1872, Tip. De S. Banda, [1874], Guadalajara, Congreso del Estado de Jalisco, 1981.

Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco, t. VI, Guadalajara, Congreso del Estado de Jalisco, 1981.

Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco, t. VII, Guadalajara, Congreso del Estado de Jalisco, 1981.

Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco, t. VIII, Guadalajara, Congreso del Estado de Jalisco, 1981.

Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco, t. IX, Guadalajara, Congreso del Estado de Jalisco, 1981.

Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco, t. X, Guadalajara, Congreso del Estado de Jalisco, 1981.

Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco, t. XI, Guadalajara, Congreso del Estado de Jalisco, 1981.

Colección de los decretos, circulares y órdenes de los poderes legislativos y ejecutivo del Estado de Jalisco, t. XIV, Tip. Del gobierno a cargo de J. Guadalupe Montenegro, [1884], Guadalajara, Congreso del Estado de Jalisco, 1981.

Colección de los decretos y órdenes que han expedido las Cortes Generales y Extraordinarias, desde 24 de febrero de 1813 hasta 14 de septiembre del mismo año en que terminaron sus sesiones, t. IV, Sevilla, Imprenta Mayor de la Ciudad, 1813.

Concilio III Provincial mexicano, celebrado en México en el año de 1858, Mariano Galván (ed.), México, Eugenio Maillefert y Compañía editores, 1859.

Constitución Política de la Monarquía Española, Cádiz, Imprenta Real, 1812. http://www.congreso.es/docu/constituciones/1812/P-0004-00002.pdf

Constitución Política del Estado de Jalisco de 1824, José de Jesús Covarrubias Dueñas, *Jalisco. Historia de las instituciones jurídicas*, México, UNAM, Senado de la República, 2010, pp.236-249.

Diccionario de Autoridades, t. I, (1726), Real Academia Española, http://web.frl.es/DA.html

- *Diccionario de Autoridades*, t. V, (1737), Real Academia Española, http://web.frl.es/DA.html

García, Genaro. *Documentos históricos mexicanos*, t. V, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985.

García Icazbalceta, Joaquín. *Informe sobre los establecimientos de beneficencia y corrección de esta capital: su estado actual; noticia de sus fondos; reformas que desde luego necesitan y plan general de su arreglo, presentado por encargo de José María Andrade* [1864], México, Moderna Librería Religiosa, 1907.

La Nueva Galicia en el ocaso del Imperio Español. Los papeles de derecho de la Audiencia de la Nueva Galicia del licenciado Juan José Ruiz Moscoso, su agente fiscal y regidor del ayuntamiento de Guadalajara, 1780-1810, vol. II, Rafael Diego Fernández, y Marina Mantilla (eds.), Zamora, El Colegio de Michoacán, Universidad de Guadalajara, 2003.

- *La Nueva Galicia en el ocaso del Imperio Español*, vol. III, Zamora, El Colegio de Michoacán, Universidad de Guadalajara, 2003.

Leyes Constitucionales de 1836, museodelasconstituciones.unam.mx

Martínez de la Parra, Juan. *Luz de verdades católicas y explicación de la doctrina cristiana*, Barcelona, Imprenta de Lucas de Bezáres, 1755.

Mota Padilla, Matías de la. *Historia del reino de la Nueva Galicia en la América Septentrional*, [1742], Guadalajara, INAH, Universidad de Guadalajara, 1973.

Murillo Velarde, Pedro S.J. *Curso de Derecho Canónico Hispano e Indiano*, vol. I, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2004.

- *Curso de Derecho Canónico Hispano e Indiano*, vol. III, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2005.

Novísima recopilación de las leyes de España. Dividida en XII libros. En que se reforma la Recopilación publicada por el señor don Felipe II en el año de 1567, reimpresa últimamente en el de 1775. Y se incorporan las pragmáticas, cédulas, decretos, órdenes y resoluciones reales y otras providencias no recopiladas y expedidas hasta 1804. Mandada Formar por Carlos IV, Impresa en Madrid, 1805.

Otero, Mariano. *Obras Completas*, t. II, México, Editorial Porrúa, 1967.

Parrodi, Anastasio. *Memoria presentada por el gobernador del Estado de Jalisco al H. Congreso Constituyente*, Guadalajara, Tipografía del gobierno a cargo de Ignacio Cortés, 1857.

Peña, Francisco Javier. *Estudio Higiénico de las cárceles de México*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1875.

Pérez de Herrera, Cristóbal. *Discursos de amparo de los legítimos pobres y reducción de los fingidos*, Madrid, Imp. Luis Sánchez, 1598, cervantesvirtual.com

Plan del Hospicio, 20 de octubre de 1852, https://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamientos/getpdf.php?id=656

Recopilación de las leyes de estos reinos hecha por mandado de la magestad católica del rey don Felipe Segundo nuestro señor que se ha mandado imprimir, con las leyes que después de la última impresión se han publicado por la magestad, Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1640.

Recopilación de las leyes de los reinos de las Indias realizada por Antonio de León Pinelo y Juan de Solórzano y sancionada por el rey Carlos II de España en 1680 para regir los territorios de la América Hispana. Archivo Digital de la Legislación del Perú.

Recopilación de las Leyes de los reinos de las Indias, mandadas imprimir y publicar por la majestad católica del rey don Carlos II, t. I, Madrid, Julián de Paredes, 1681.

Reglamentos de prostitución en Guadalajara, Ayuntamiento de Guadalajara, Guadalajara, 2014.

Rus Ortega de Azarraullia, José Domingo. *Maracaybo representado en 6todos sus ramos por si hijo diputado a Cortes don José Domingo Rus Ortega de Azarraullia, oidor de la Real Audiencia de Guadalajara de Indias, Reyno de la Nueva Galicia por SMC el señor don Fernando VII de Borbón y su real decreto de 24 de septiembre de este año de 1814*, Madrid, Imprenta de Vega y Compañía, 1814.

Sor Magdalena de San Jerónimo. *Razón y forma de la galera y casa real, que el rey nuestro señor manda hazer en estos reynos para castigo de las mujeres vagantes, ladronas, alcahuetas, y otras semejantes,* Isabel de Barbeito (ed.), *Cárceles y mujeres en el siglo XVII, razón y forma de la Galera. Proceso inquisitorial*, Madrid, Editorial Castalia, 1991.

Ventura Beleña, Eusebio. *Recopilación sumaria de todos los autos acordados de la Real Audiencia y Sala del Crimen de esta Nueva España*, t. II, México, Imprenta de don Felipe de Zúñiga, 1787.

Vives, Luis. *Instrucción de la mujer cristiana*, Madrid, Imprenta de don Benito Cano, 1793.

Bibliografía

Acosta Rico, Fabián. *Los gobernantes jalisciense*s. *De la consumación de la Independencia a 1910*, Guadalajara, Instituto de Estudios del Federalismo, 2015.

Aguilar, René Johnston. "La mujer en el siglo XVIII. Cárcel y casa de recogimiento de mujeres en Santiago de Guatemala", Universidad del Valle de Guatemala, ponencia, academia.edu

Aguirre, Carlos. "Mujeres delincuentes, prácticas penales y servidumbre doméstica en Lima (1862-1930)", Scarlett O´Phelan Godoy, Fanni Muñoz Cabrejo, Gabriel Ramón Joffré y Mónica Ricketts Sánchez Moreno (eds.), *Familia y vida cotidiana en América Latina, siglos XVIII-XX*, Lima, Edición en línea, Institut français d'études andines, 2003.

Alegre, Francisco Javier. *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, t. IV, Roma, Institutum Historicum, 1960.

Almeda, Elisabeth. "Pasado y presente de las cárceles femeninas en España", *Sociológica. Revista de pensamiento social*, núm. 6, 2006, pp. 75-105.

Alonso Romero, María Paz. "Las reglas del juego: herencia procesal y constitucionalismo", Marta Lorente (coord.), *De justicia de jueces a justicia de leyes: hacia la España de 1870*, Madrid, Consejo General del Poder Judicial, 2007, pp.209-242.

Alvarado, Ruth. *Perspectiva histórica y problemas actuales de la institución penitenciaria en España. Las mujeres encarceladas toman la palabra*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2012.

Álvarez Estévez, Rolando. *La "reeducación" de la mujer cubana en la colonia. La casa de Recogidas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1976.

Amerlinck de Corsi, María Concepción y Manuel Ramos Medina. *Conventos de monjas. Fundaciones en el México virreinal*, México, CONDUMEX, 1995.

Amorós, Celia. *Tiempo de feminismo: sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*, Madrid, Cátedra, 2000.

Anderson, Rodney D. *Guadalajara a la consumación de la Independencia. Estudio de su población según los padrones de 1821-1822*, Guadalajara, Unidad Editorial del Gobierno de Jalisco, 1983.

- Cambios sociales y económicos en el 6° cuartel: 1842-1888", José María Muriá y Jaime Olveda (comps.), *Demografía y Urbanismo. Lecturas históricas de Guadalajara*, t. III, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Gobierno del Estado de Jalisco, Universidad de Guadalajara, pp. 151-170.
- "Los barrios", José María Muriá y Jaime Olveda (comps.), *Demografía y Urbanismo. Lecturas históricas de Guadalajara*, t. III, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Gobierno del Estado de Jalisco, Universidad de Guadalajara, 1992, pp. 323-339.

Arenal, Jaime del. "Instituciones judiciales de la Nueva España", *Revista de Investigaciones Jurídicas*, año 22, 1998, pp. 9-41.

Aróstegui, Julio. *La investigación histórica: teoría y método*, España, Editorial Crítica, 2001.

Arrom, Silvia. *Las mujeres de la ciudad de México, 1790-1857*, México, Siglo XXI, 1988.

- *Para contener al pueblo: El hospicio de pobres de la ciudad de México (1774-1871)*, México, CIESAS, 2010.

Atienza, Ángela. "De beaterios a conventos. Nuevas perspectivas sobre el mundo de las beatas en la España Moderna", *Historia Social*, núm. 57, 2007, pp. 145-168.

Azaola, Elena. *La institución correccional en México: una mirada extraviada*, México, Siglo XXI, CIESAS, 1990.

- "Las mujeres en el sistema de justicia penal y la antropología a la que me adhiero", *Cuadernos de Antropología Social*, núm. 22, 2005, pp. 11-26.

Baena Zapatero, Alberto. "La participación de las novohispanas en la guerra de Independencia", Miguel Ángel Isais, Candelaria Ochoa y Jorge Gómez (coords.), *Mujeres insurgentes, mujeres rebeldes*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2015, pp. 27-56.

Badinter, Élisabeth. *¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*, Barcelona, Paidós, 1981.

Bastarrica Mora, Beatriz. "En manos del fotógrafo: la construcción de las representaciones de la mujer y de la fachada personal femenina en la fotografía decimonónica mexicana", *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, núm. 140, 2014, pp. 43-69.

Becerra, Celina y Alejandro Solís. *La multiplicación de los tapatíos, 1821-1921, Guadalajara*, El Colegio de Jalisco, Ayuntamiento de Guadalajara, 1994.

Benítez, Laura y Miguel Isais. "Administración de justicia, procedimiento y legislación penal en Jalisco, 1822-1873", Laura Benítez, Thomas Calvo, Alejandro Solís (coords.), *Tras el estigma del infortunio: fotografía carcelaria en el primer cantón de Jalisco, 1872*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, El Colegio de Michoacán, pp. 67-98.

Benítez Palacios, Claudia. *Relaciones ciencia-poder durante el segundo Imperio: el caso de la Junta Auxiliar de Geografía y Estadística del Departamento de Jalisco (1864-1867)*, tesis de licenciatura, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2007.

Bentham, Jeremy. *Panóptico*, México, Archivo General de la Nación, 1980.
Blázquez Miguel, Juan. "Aportación al estudio de las cárceles inquisitoriales murcianas. La casa de recogidas en el siglo XVIII", *Anales de Historia Contemporánea*, núm. 4, 1985, pp. 35-39.

Bolufer Peruga, Mónica. "Entre historia social e historia cultural. La historiografía sobre pobreza y caridad en la época Moderna", *Historia Social*, núm. 43, 2002, pp. 105-127.

Buffington, Robert. *Criminales y ciudadanos en el México moderno*, México, Siglo XXI, 2001.

Burgos, Ángela, Elena Sanz, Josefa Cabrera, Juan José Silva, Enrique López, Alberto Ramos, *et al*, "La identidad masculina, propuestas para una reflexión", Alberto Ramos (ed.), *La identidad masculina en los siglos XVIII y XIX: de la Ilustración al Romanticismo (1750-1850): VIII encuentro*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1997, pp. 267-276.

Calvo, Thomas. *Poder, religión y sociedad en la Guadalajara del siglo XVII*, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1991.

- *Guadalajara y su región en el siglo XVII. Población y economía*, Guadalajara, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1992.
- "La fotografía de presos en Guadalajara, 1872-1873", Laura Benítez Barba, Thomas Calvo y Alejandro Solís (coords.), *Tras el estigma del infortunio. Fotografía carcelaria en el primer cantón de Jalisco, 1872-1873*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, El Colegio de Michoacán, 2012, pp. 27-66.

Cambre, Manuel. *La guerra de tres años*, Guadalajara, s/e, 1904.

Canabal Rodríguez, Laura. "Mujer y reclusión en el siglo XVI. Fundación y estatutos de la Casa de Ntra. Sra. Del Refugio en Toledo", *Tempus*, núm. 2, 2015, pp. 4-35.

Cárdenas Ayala, Elisa. "El lenguaje de la secularización en los extremos de Hispanoamérica: Argentina y México (1770-1870)", *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, núm. 5, 2016, pp. 169-193.

Cárdenas Ramírez, Francisco Javier. "Juan Martínez de la Parra: un célebre predicador novohispano ante sus contemporáneos", *Revista Destiempos*, núm. 34, 2012, pp. 13-25.

Carvajal Becerra, Grecia. *La gestión episcopal de Juan Gómez de Parada en Guadalajara (1736-1751),* tesis de maestría, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2016.

Casanova, Rosa y Oliver Debroise. "Fotógrafo de cárceles. Uso de la fotografía en las cárceles de la ciudad de México", *Nexos*, núm. 119, noviembre 1987, nexos.com.mx /?p=4879.

Castañeda García, Carmen. *La educación en Guadalajara durante la colonia (1552-1821),* México, Publicaciones de la Casa Chata, CIESAS, 2012.

- "La Casa de Recogidas de la ciudad de Guadalajara", *Boletín del Archivo Histórico de Jalisco*, vol. II, núm. 2, may-ago 1978, pp. 17-23.
- *Violación, estupro y sexualidad. Nueva Galicia 1790-1821*, Guadalajara, Editorial Hexágono, 1989.
- *Movimientos insurgentes en Jalisco*, Guadalajara, Secretaría de Cultura, Gobierno de Jalisco, 2011.

Castillo Murillo, David. "La causalidad histórica: la aporía entre el agente y la estructura en algunas corrientes historiográficas del siglo XX", *Letras Históricas*, núm. 21, 2009, pp. 215-243.

Certeau, Michel de. *La invención de lo cotidiano*, I. Artes de hacer, México, Universidad Iberoamericana, 2010.

Cervantes Cortés, José Luis. *Por temor a que estén sueltas. El depósito de las esposas en los juicios de divorcio eclesiástico en la Nueva Galicia, 1778-1800*, Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 2013.

- *Familia, honor y elección de pareja: aplicación de la Real Pragmática de Matrimonios en la Nueva Galicia, 1778-1806*, tesis de maestría, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2014.

Chartier, Roger. *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Editorial Gedisa, 2005.

Chust, Manuel. *La Tribuna revolucionaria. La Constitución de 1812 en ambos hemisferios*, Madrid, Sílex, 2014.

Clavero, Bartolomé. "Delito y pecado. Noción y escala de transgresiones", Francisco Tomás y Valiente, Bartolomé Clavero, Antonio Manuel Hespanha, José Luis Bermejo, Enrique Gacto, Clara Álvarez Alonso (eds.), *Sexo barroco y otras transgresiones premodernas*, Madrid, Alianza Universidad, 1990, pp. 57-89.

- "Constitución de Cádiz y Ciudadanía de México", Carlos Garriga (coord.), *Historia y Constitución: trayectos del constitucionalismo hispano*, México, CIDE, Instituto Mora, El Colegio de Michoacán, Escuela Libre de Derecho, HICOES, El Colegio de México, 2010, pp. 141-172.
- *Sujeto de derecho. Entre estado género y cultura,* Argentina, Ediciones Olejnik, 2016.

Corbin, Alain. "Dolores, sufrimientos y miserias del cuerpo", Alain Corbin (dir.), *Historia del cuerpo*, vol. II. De la Revolución Francesa a la Gran Guerra, España, Taurus, 2005, pp. 203-262.

Cordero Herrera, Alicia. *Felipe Cleere: oficial real, intendente y arquitecto. Entre la Ilustración y el despotismo*, tesis de doctorado, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2014.

Cramaussel, Chantal. "Introducción", Chantal Cramaussel (ed.), *El impacto demográfico de la viruela en México de la época colonial al siglo XX*, vol. I, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2010, p. 11-26.

Cruz Barrera, Nydia. *Las ciencias del hombre en el México decimonónico. La expansión del confinamiento*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1999.

Cuevas, Mario. *Historia de la Iglesia en México*, t. IV, 1700-1800, México, Ediciones Cervantes, 1942.

Dávila Garibi, José Ignacio. *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, t. III, vol. I y vol. II, México, Editorial Cultura, 1963.

Dávila Garibi, José Ignacio. *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara*, t. IV, vol. I, México, Editorial Cultura, 1966.

Deusen, Nancy E. van. *Between the Sacred and the Worldly. The Institutional and Cultural Practice of Recogimiento in Colonial Lima*, Stanford University Press, California, 2001.

Díaz Miranda, Elena. "Zodiaco mariano", *Relatos e Historias en México*, núm. 64, http//relatosehistorias.mx/la-colección/64.

Diego Fernández, Rafael. "La grave crisis política que se vivió en Guadalajara por la salida de José de la Cruz a la villa de Zamora en mayo de 1817 (y sus repercusiones en la Corte)", *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad,* núm. 129, invierno 2012, pp. 253-287.

Diego Fernández, Rafael y María Pilar Gutiérrez Lorenzo. "José de la Cruz en el *Theatro* de la Nueva Galicia (1811-1821)", José Antonio Serrano (coord.), *El sexenio absolutista, los últimos años insurgentes: Nueva España (1814-1820)*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2014, pp. 229-274.

Duby, Georges. *Mujeres del siglo XII*, vol. III, Santiago, Andrés Bello, 1998.

Farge, Arlette. *La vida frágil. Violencias, poderes y solidaridades en el París del siglo XVIII*, México, Instituto Mora, 1994.

Fernández Aceves, María Teresa. "´Antes éramos molineras´: mujeres y trabajo en la industria de la tortilla en Guadalajara, 1920-1940", Guillermo de la Peña y Jorge Aceves, *Visiones múltiples. El occidente de México desde la antropología y la historia*, Guadalajara, CIESAS, 2012, 105-134.

- "Women of Guadalajara in Mexico´s History", *Oxford Research Encyclopedia of Latin American History,* 2016, latinamericanhistory.oxfordre.com, pp. 1-20.

Foucault, Michel. *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI, 1985.

Foz y Foz, Pilar. *La revolución pedagógica en Nueva España (1754-1820)*, Madrid, Artes Gráficas Clavileño, 1981.

François, Marie. "Vivir de prestado. El empeño en la ciudad de México", Anne Staples (coord.), *Historia de la vida cotidiana en México*, t. IV, Bienes y vivencias. El siglo XIX, México, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 2005, pp. 81-117.

Fraser, Nancy. "Repensar el ámbito público: una contribución a la crítica de la democracia realmente existente", *Debate Feminista*, vol. 7, 1993, pp. 23-58.

Gálvez Ruiz, María de los Ángeles. "Una institución de origen castellano en la Intendencia de Guadalajara: La Casa de Recogidas (s. XVIII)", *Castilla y León en América. Actas del IV Congreso de Americanistas Españoles*, Valladolid, Caja de España, 1991, vol. III, pp. 347-361.

Gamiño Estrada, Claudia. "Justicia, insurgencias y recogimiento: mujeres ante la Audiencia de la Nueva Galicia", Isais, Miguel Ángel, Candelaria Ochoa y Jorge Gómez (coords.), *Mujeres insurgentes, mujeres rebeldes*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2015, pp. 111-140.

García Hernán, Enrique. *Ignacio de Loyola*, Madrid, Taurus, 2013.

García Peña, Ana Lidia. "Violencia conyugal y corporalidad en el siglo XIX", Julia Tuñón (comp.), *Enjaular los cuerpos. Normativas decimonónicas y feminidad en México*, México, El Colegio de México, 2008, pp. 107-146.

García, Silverio. "Misterios del corazón", Revista *Anáhuac*, t. I, vol. I, Guadalajara, 1918.

García Valdés, Carlos. "Las casas de corrección de mujeres: un apunte", José Cerezo, Rodrigo Fabio Suárez, Antonio Beristaín, Carlos Romeo Casabona (eds.), *El nuevo código penal: presupuestos y fundamentos. Libro homenaje al profesor Torío López*, Granada, Comares, 1999, pp. 587-592.

- *Historia de las casas de corrección de mujeres*, lección inaugural, Madrid, Universidad CEU san Pablo, 1999.
- "La estrategia de la legislación penal", *Anuario de la Facultad de Derecho*, núm. 9, 2016-2017, pp. 69-88.

Garrido Asperó, María José. "Entre hombres te veas: las mujeres de Pénjamo y la revolución de Independencia", Felipe Castro y Marcela Terrazas (coord.), *Disidencia y disidentes en la historia de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003, pp. 169-190.

Garriga, Carlos. "Concepción y aparatos de la justicia: las reales audiencias de Indias", Lilia Oliver (coord.), *Convergencias y divergencias: México y Perú, siglos XVI-XIX*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, El Colegio de Michoacán, 2006, pp.21-72.

Garriga, Carlos. "Continuidad y cambio del orden jurídico", Carlos Garriga (coord.), *Historia y Constitución: trayectos del constitucionalismo hispano*, México, CIDE, Instituto Mora, El Colegio de Michoacán, Escuela Libre de Derecho, HICOES, El Colegio de México, 2010, pp. 59-106.

Ghirardi, Mónica y Jaqueline Vassallo. "El encierro femenino como práctica. Notas para el ejemplo de Córdoba, Argentina, en el contexto de Iberoamérica en los siglos XVIII y XIX", ponencia, *III Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población*, Córdoba, 2008, http://www.alapop.org/alap/images/DOCSFINAIS_PDF/ALAP_2008_FINAL_300.pdf

Gonzalbo, Pilar. "ReffugiumVirginum. Beneficencia y educación en los colegios y conventos novohispanos", Manuel Ramos Medina (coord.), *Memoria del II Congreso Internacional El monacato femenino en el Imperio Español. Monasterios, beaterios, recogimientos y colegios*, México, CONDUMEX, 1995, pp. 429-442.

- *Los muros invisibles. Las mujeres novohispanas y la imposible igualdad*, México, El Colegio de México, 2016.

González Escoto, Armando. *Historia Breve de la Iglesia de Guadalajara*, Guadalajara, Universidad del Valle de Atemajac, 1998.

Gran diccionario Náhuatl, Universidad Nacional Autónoma de México, http://www.gdn.unam.mx.

Guedea, Virginia. "Josefina Muriel de González Mariscal: cincuenta años de vida académica", *Anuario de Historia de la Iglesia*, núm. 11, 2002, pp. 369-371.

Gutiérrez, María Pilar y Rebeca García Corzo. "Influencias Ilustradas: reformas y transformaciones", Thomas Calvo y Aristarco Regalado (coords.), *Historia del reino de la Nueva Galicia*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2016, pp.681-718.

Heras Santos, José Luis de las. "Ejemplaridad, paternalismo y utilitarismo en la justicia de la España de los Habsburgo", *Estudios Humanísticos, Historia*, núm. 12, 2013, pp. 185-213.

- "La asistencia a los presos pobres de las cárceles en la Edad Moderna", María. Lobo de Araujo, Fátima Moura Ferreira, Alexandra Esteves (coords.), *Pobreza e*

assistência no espaço ibérico (séculos XVI-XX), Braga, CITCEM, 2010, pp. 85-87.

- "Casas de recogidas y galeras de mujeres en la Edad Moderna: moralidad, asistencia y represión contra las mujeres en los siglos XVII y XVIII", Óscar Fernández Álvarez (ed.), *Mujeres en riesgo de exclusión social y violencia de género*, España, Universidad de León, 2014, pp. 417-426. http://www.herassantos.net/Publicaciones/Jornadas%20Mujeres%20Leon.PDF [consultado 5 febrero de 2017].

Herrejón Peredo, Carlos. *Hidalgo, maestro, párroco e insurgente*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2014.

- "La visita *ad limina* de Clemente Munguía sobre el obispado de Michoacán. 1862", *Revista Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, núm. 148, 2016, pp. 187-200.

Hidalgo Rodríguez, Alejandra. "Los discursos olvidados: mujeres e Independencia en el Occidente de México", Isais, Miguel Ángel, Candelaria Ochoa y Jorge Gómez (coords.), *Mujeres insurgentes, mujeres rebeldes*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2015, pp. 57-110.

Inclán, Luis. *Astucia. El jefe de los Hermanos de la Hoja*, México, Editorial Nacional, 1968.

Isais Contreras, Miguel. "Ley naturalismo y género. Dicotomías sexuales en torno al delito y la justicia en Guadalajara durante la transición de Independencia", Isais, Miguel Ángel, Candelaria Ochoa y Jorge Gómez (coords.), *Mujeres insurgentes, mujeres rebeldes*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2015, pp. 231-261.

Jiménez Estacio, María del Mar. "Los orígenes de las cárceles de mujeres en España: las galeras", ponencia, *VI Congreso Virtual sobre historia de las mujeres*, 2014, http://www.revistacodice.es.

Jiménez Gómez, Juan Ricardo. "La vida en las cárceles de Querétaro en el siglo XIX", Pilar Gonzalbo, Mílada Bazant (coords.), *Tradiciones y conflictos: historias de la vida cotidiana en México e Hispanoamérica*, México, El Colegio de México, 2007, pp. 93-144.

Johnston Aguilar, René. "La mujer en el siglo XVIII. Cárcel y casa de recogimiento de mujeres en Santiago de Guatemala", Universidad del Valle de Guatemala, ponencia, academia.edu.

Juárez Becerra, Isabel. "Reformación femenina en Nueva Galicia: La Casa de Recogidas de Guadalajara", *Historia 2.0*, núm. 6, ene-jun 2013, pp. 46-54.

- *Institución y legislación. Los mecanismos de género a través del delito de violación en la Nueva Galicia (1745-1821)*, tesis de licenciatura, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2013.
- "Novogalaicas institucionalizadas. Sus huellas a través del Archivo Histórico del Arzobispado de Guadalajara, México", *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos*, año 9, núm. 9, 2018, pp. 67-77.

Koven, Seth y Sonya Michel. "Womanly Duties: Maternalist Politics and the Origins of Welfare States in France, Germany, Great Britain, and the United States, 1880-1920", *The American Historical Review*, vol. 95, núm. 4, 1990, pp. 1076-1108.

Lagarde y de los Ríos, Marcela. *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, UNAM, 2014.

Lagunes, Cecilia. "Apuntes sobre un tratado carcelario femenino del siglo XVII: ´La galera´, escrito por sor Magdalena de San Jerónimo", *La Aljaba*, vol. V, 2000, pp. 164-174

Langue, Fredérique. "La representación venezolana en las cortes de Cádiz: José Domingo Rus", *Boletín de americanistas*, núm. 45, 1995, pp. 221-247.

Laris, José. *Guadalajara de las Indias. Historia de sus crónicas, mapas, planos, glosa, edificios monumentales, templos, calles, y barrios*, Guadalajara, s/e, 1946.

Las legislaturas y legisladores de Jalisco, (1823-2015), Biblioteca Virtual del Congreso del Estado de Jalisco, https://congresoweb.congresojal.gob.mx/BibliotecaVirtual/libros/IntegraciondeLegislaturas.pdf

Lefebvre, Henri. *La producción del espacio*, Madrid, Capitán Swing, 2013.

León, fray Luis de. *La perfecta casada*, [1583], ilustrada y corregida por fray Luis Galiana, Madrid, Imprenta Real, 1786.

López González, Graciela. *La organización para la administración de la justicia ordinaria en el segundo imperio. Modernidad constitucional y continuidad política en México*, México, El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2014.

López, Victoria. *El cepo y el torno. La reclusión femenina en el Madrid del siglo XVIII*, Madrid, Editorial Fundamentos, 2009.

Lorente, Marta. "División de poderes y contenciosos de la administración: una –breve– historia comparada", Carlos Garriga (coord.), *Historia y Constitución: trayectos del constitucionalismo hispano*, México, CIDE, Instituto Mora, El Colegio de Michoacán, Escuela Libre de Derecho, HICOES, El Colegio de México, 2010, pp. 307-345.

Loreto López, Rosalva. "Leer, contar y escribir. Un acercamiento a las prácticas de la lectura conventual. Puebla de los Ángeles, México, siglos XVII y XVIII", *Estudios de Historia Novohispana*, vol. 23, México, 2000, pp. 67-95.

Lozano, Teresa. *La criminalidad en la ciudad de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.

MacLachlan, Colin. *La justicia criminal del siglo XVIII en México. Un estudio sobre el Tribunal de la Acordada*, México, Secretaría de Educación Pública, 1976.

Maldonado Viloria, Zulimar. *José Domingo Rus: representante de la élite maracaibera durante la emancipación venezolana*, tesis de licenciatura, La Universidad del Zulia, 2001.

Márquez Morales, Antonio. "José Domingo de las Nieves Rus y Ortega Azarraullia: defensor de la patria chica", *El Maracaibeño*, periódico cultural de Maracaibo, 21 de febrero de 2018. https://elmaracaibeno.com.ve/blog/2018/02/21/jose-domingo-de-las-nieves-rus-y-ortega-azarraullia-defensor-de-la-patria-chica-dr-antonio-marquez-morales/

Marín Ibarra, Mariana. "Espacios de reclusión femenina en la ciudad de Puebla (1862-1867), *Revista de Historia de las Prisiones*, núm. 2, 2016, pp. 150-165.

Martin Hodgson, Geoffrey. "¿Qué son las instituciones?", *Revista CS*, núm. 8, 2011, pp. 20-53.

Martínez Galindo, Gema. *Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913)*, Madrid, EDISOFER, 2002.

Martínez Pérez, Fernando. "La constitucionalización de la justicia, 1810-1823", Marta Lorente (coord.), *De justicia de jueces a justicia de leyes: hacia la España de 1870*, Madrid, Consejo General del Poder Judicial, 2007, pp. 169-208.

Massé, Patricia. "Realidad y actualidad de las prostitutas mexicanas fotografiadas en 1865", *Política y Cultura*, núm. 6, 1996, pp. 111-131.

Mayer Celis, Leticia. *Entre el infierno de una realidad y el cielo de un imaginario. Estadística y comunidad científica en el México de la primera mitad del siglo XIX*, México, El Colegio de México, 1999.

Melossi, Darío y Massimo Pavarini. *Cárcel y fábrica: los orígenes del sistema penitenciario siglos XVI-XIX*, México, Siglo XXI, 1980.

Molina Petit, Cristina. *Dialéctica feminista de la Ilustración*, Barcelona, Anthropos, 1994.

Muriá, José María (dir.). *Historia de Jalisco, t. II, de finales del siglo XVIII a la caída del federalismo*, Guadalajara, 1981.

Muriá, José María y Angélica Peregrina (comps.). *Viajeros anglosajones por Jalisco, siglo XIX*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1992.

Muriel, Josefina. *Conventos de Monjas en la Nueva España,* México, Editorial Santiago, 1946.

- *Los recogimientos de mujeres, Respuesta a una problemática social novohispana*, México, UNAM, 1974.
- *La sociedad novohispana y sus colegios de niñas*, t. II, ciudad de México, UNAM, 2004.

Obregón, Gonzalo. *El Real Colegio de San Ignacio de México*, México, El Colegio de México, 1949.

Oliver, Lilia. "La importancia de los registros hospitalarios para el análisis de la epidemia y escasez de alimentos en Guadalajara, 1785-1786", *Letras Históricas*, núm. 3, 2010, pp. 47-67.

- "La evolución de la población en el siglo XVIII", Thomas Calvo, Aristarco Regalado (coords.), *Historia del reino de la Nueva Galicia*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2016, pp. 611-646.
- "Crisis demográficas y epidemias", Thomas Calvo, Aristarco Regalado (coords.), *Historia del reino de la Nueva Galicia*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2016, pp. 647-680.

Oliver, Pedro Olmo y Luis Gargallo Vaamonde. "La noción de ´reforma penitenciaria´ española en el desarrollo del sistema liberal de prisiones: cuestión de enfoques y aportes historiográficos*", Revista de Historia de las Prisiones*, núm. 3, 2006, pp. 104-129.

Olveda Legazpi, Jaime. *De la insurrección a la Independencia. La guerra en la región de Guadalajara*, Zapopan, El Colegio de Jalisco, 2011.

- "El obispo y el clero disidente de Guadalajara durante la reforma liberal", Jaime Olveda (coord.), *Los obispados de México frente a la reforma liberal*, El Colegio de Jalisco, UAM, México, 2007, pp. 95-130.
- "Las mujeres en la guerra, 1810-1821", *IV Jornada Académica Iglesia-Independencia*, Memorias, Guadalajara, Arquidiócesis de Guadalajara, 2010, pp. 253-276.

O´Neill, Charles E. y Joaquín Domínguez. *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús: biográfico-temático*, t. II, Madrid, Universidad Pontificia Comillas, Institutum Historicum, 2001.

- *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús: biográfico-temático*, t. III, Madrid, Universidad Pontificia Comillas, Institutum Historicum, 2001.

Onetto Pérez, Mauricio. "De ideales y transgresiones en medio de una precariedad. La Casa de recogidas de Santiago de Chile, siglos XVII-XVIII", *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, núm. XVIII, vol. I, 2009, pp.159-200.

- "Reflexiones en torno a la construcción de esferas de control y sensibilidades: las casas de recogidas, siglos XVI-XVIII", *Estudios Humanísticos*, núm. 8, 2009, pp. 177-204.

Ortiz Escamilla, Juan. *Guerra y gobierno. Los pueblos y la independencia de México, 1808-1825*, México, El Colegio de México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2014.

Ortiz, Susana Cecilia. *Esbozo histórico del recogimiento de Valladolid de Michoacán, 1726-1786. En la búsqueda de las mujeres*, tesis de licenciatura, Morelia, Universidad Michoacana de san Nicolás de Hidalgo, 2003.

Palacio, Celia del. *Adictas a la Insurgencia. La historia perdida de las mujeres que lucharon por la libertad de México*, Ciudad de México, Editorial Planeta, 2019.

Palma, Marina Paula de. *Recluidas y marginadas. El recogimiento de mujeres en el Buenos Aires colonial*, tesis de licenciatura, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2009.

Palomar, Cristina. "´Malas madres´: la construcción social de la maternidad", *Debate feminista*, vol. 30, núm. 15, 2004, pp. 12-34.

Payno, Manuel. *Los bandidos de río frío*, segunda parte, México, Editorial ARS, s/a.

Peña, Francisco de la. *Estudio histórico sobre San Luis Potosí*, San Luis Potosí, Imprenta Editorial de El Estandarte, 1894.

Pérez Baltasar, María Dolores. "Orígenes de los recogimientos de mujeres", *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, vol. V, 1985, pp. 13-23.

Pérez de Colosía, Isabel. "Constituciones para la casa de recogidas fundada por fray Alonso de Santo Tomás", *Baetica*, Estudios de Arte, Geografía e Historia, núm. 25, 2003, pp. 575-588.

Pérez Verdía, Luis. *Historia particular del Estado de Jalisco, desde los primeros tiempos hay noticia, hasta nuestros días*, t. II, Guadalajara, Tip. De la Escuela de Artes y Oficios del Estado, 1910.

Perrot, Michelle. *Mi historia de mujeres*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008.

Porta, Adriana. "La Residencia: un ejemplo de reclusión femenina en el periodo tardo colonial rioplatense (1777-1805)", María Isabel Viforcos, Rosalva Loreto (coords.), *Historias compartidas. Religiosidad y reclusión femenina en España, Portugal y América, siglo XV-XIX*, León, Universidad de León, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2007, pp. 391-416.

Portillo, José María y Carlos Garriga. "La ilustración jurídica", Marta Lorente y Jesús Vallejo (coords.), *Manuel de Historia del Derecho*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2012, pp.259-288.

Ramírez, María Himelda. *De la caridad barroca a la caridad ilustrada. Mujeres, género y pobreza en la sociedad de Santa Fe de Bogotá, siglos XVII y XVIII*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2006.

Ramos Delgado, Raymundo y Carlos Enrique Flores Rodríguez. "La penitenciaría del séptimo cantón de Jalisco en el siglo XIX. Una visión historiográfica desde la arquitectura", *Revista de Historia de las Prisiones*, núm. 5, 2017, pp. 75-97.

Ramos de Viesca, María Blanca. "La mujer y el alcoholismo en México en el siglo XIX", *Salud Mental*, vol. 24, núm. 3, 2001, pp. 24-28.

Ramos Escandón, Carmen. "Cuerpos construidos, cuerpos legislados. Ley y cuerpo en el México de ´Fin de Siecle´", Julia Tuñón (comp.), *Enjaular los cuerpos. Normativas decimonónicas y feminidad en México*, México, El Colegio de México, 2008, pp. 67-106.

- *Ciudadanía carente. Género y legislación en Guadalajara (1870-1917)*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2013.

Ramos Vázquez, Isabel. "Galeras y casas de corrección de mujeres (ss. XVII-XIX)", Rosalía Rodríguez López, María José Bravo Bosch (eds.), *Experiencias jurídicas e identidades femeninas*, Madrid, Editorial Dykinson, 2010, pp. 495-514.

Regalado, Aristarco y Celina Becerra. "La consolidación de una capital: Guadalajara", Thomas Calvo y Aristarco Regalado (coords.), *Historia del reino de la Nueva Galicia*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, pp. 463-492.

Ribot, Luis. *La Edad Moderna (siglos XVI-XVIII)*, Madrid, Marcial Pons, 2017.

Ricoeur, Paul. *Finitud y culpabilidad*, Madrid, Taurus, 1969.

- *Lo justo*, vol. I, Madrid, Caparrós, 2003.
- *Amor y justicia,* México, Siglo XXI, 2009.

Rico Medina, Samuel. *Los predicamentos de la fe: la inquisición en Tabasco, 1567-1811*, Tabasco, Gobierno del Estado de Tabasco, 1990.

Rivas García, Myrna. *Memorial de José de Castro Cid: El camino a la salvación según la teología jesuítica. Siglo XVIII*, tesis de maestría, Ciudad de México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2011.

Robinson, Barry. "La reclusión de mujeres rebeldes: el recogimiento en la guerra de Independencia mexicana, 1810-1819", *Fronteras de la Historia*, vol. 15, núm. 2, 2010, pp. 225-244.

Rodríguez Flores, María Inmaculada. *El perdón real en Castilla, (siglos XIII-XVIII)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1971.

Rodríguez, Jaime. *Nosotros somos ahora los verdaderos españoles*, Zamora, El Colegio de Michoacán, Instituto Mora, 2009.

Rodríguez Raygoza, Elizabeth. "La Casa de Recogidas. Una institución para proteger, corregir y castigar a las mujeres en Guadalajara durante los siglos XVIII-XIX", *Seminario de Historia Mexicana*, vol. IX, núm. 2, 2009, pp.45-64.

Rodríguez Sala, María Luisa. *Cinco cárceles de la Ciudad de México, sus cirujanos y otros personajes: 1574-1820. ¿Miembros de un estamento profesional o de una comunidad científica?*, México, UNAM, 2009.

Rodríguez Tapia, Andrea. "La Castrejón, una ´alcahueta´ o ´lenona´ ante la justicia criminal en Nueva España, 1808-1812", Alberto Baena Zapatero y Estela Roselló Soberón (coords.), *Mujeres en la Nueva España,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2016, pp. 205-232.

Rosales Salazar, Mónica Alejandra. "Una mirada al uso del concepto de caridad en las Cortes de Cádiz", Margarita Moreno y Rosa María Álvarez (coords.), *El Estado laico y los derechos humanos en México: 1810-2010*, México, UNAM, 2012, pp.239-252.

Ruiz Torres, Pedro. *Reformismo e Ilustración*, Josep Fontana y Ramón Villares (dirs.), *Historia de España,* vol. 5, España, Crítica, Marcial Pons, 2008.

Salerno, Natalia. *Mujeres indígenas recluidas en la casa de recogimiento*, tesis de licenciatura, La Plata, Universidad Nacional del Sur, 2014.

Salvatore, Ricardo D. y Carlos Aguirre. "Revisitando *El nacimiento de la penitenciaría en América Latina* veinte años después", *Revista de Historia de las Prisiones*, núm. 4, 2017, pp. 7-42.

Sánchez Díaz, Gerardo. "Pedro Regalado y la insurgencia en Colima, Jalisco y Michoacán, 1810-1814", Juan Carlos Reyes (ed.), *Memoria IV Foro Colima y su Región, arqueología, antropología e historia*, Colima, Gobierno del Estado de Colima, 2008, pp. 1-22. culturacolima.gob.mx/imágenes/foroscolima/4/12.pdf

Sánchez, Mariana. "La mujer en la teoría criminológica", *La Ventana. Revista de Estudios de Género*, núm. 20, 2004, pp. 240-266.

Sánchez Ortega, María Helena. *Pecadoras de veranos, arrepentidas en invierno. El camino de la conversión femenina,* Madrid, Alianza Editorial, 1995.

Saucedo Zarco, Carmen. *Ellas que dan de qué hablar: las mujeres en la Independencia*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2010.

Seguí Cantos, José. "La Casa de Arrepentidas: notas acerca de la acción caritativa y social en la Valencia de mediados del siglo XVI", *Saitabi*, núm. 64-65, 2014-2015, pp. 127-150.

Sigüenza Vidal, Fernanda. "La ex Acordada y Belén, una visión de la rehabilitación penitenciaria en la prisión en México (1833-1882)", *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, núm. 154, 2018, pp. 193-223.

Scott, Joan. *Género e historia*, trad. Consol Vilá, México, Fondo de Cultura Económica-UACM, 2008.

Soberanes, José Luis. "La Inquisición en México durante el siglo XVI", *Revista de la Inquisición*, núm. 7, 1998, pp. 283-295.

Solís Robleda, Gabriela. *Contra viento y marea: Documentos sobre las reformas del obispo Juan Gómez de Parada al trabajo indígena*, México, CIESAS, Instituto Cultural de Yucatán, 2003.

Speckman Guerra, Elisa. *Crimen y castigo. Legislación penal, interpretaciones de la criminalidad y administración de justicia (Ciudad de México, 1872-1910)*, México, El Colegio de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007.

- "De experiencias e imaginarios: penurias de los reos en las cárceles de la ciudad de México (segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX)", Pilar Gonzalbo Aizpuru y Verónica Zárate Toscano (coords.), *Gozos y sufrimientos en la historia de México*, México, El Colegio de México, 2007, pp.289-315.

Suárez Escobar, Marcela. *Sexualidad y norma sobre lo prohibido*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1999.

Suárez Rivera, Carmen. *La ciudad de Veracruz y la administración de la Casa de Recogidas, 1790-1800*, tesis de licenciatura, Veracruz, Universidad Veracruzana, 2001.

Swain, Diana. *Onethousand sisters: religious sensibility and motivation in a Spanish American convent, Santa María de Gracia, 1588-1863*, tesis de doctorado, San Diego, Universidad de California, 1993.

Taylor, William B. *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

Traslosheros, Jorge. "El pecado y el delito, Notas para el estudio de la justicia criminal eclesiástica en la Nueva España del siglo XVIII", *Alegatos*, núm. 58, 2004, pp. 369-378.

Tomás y Valiente, Francisco. *Obras completas*, *El Derecho penal de la monarquía absoluta (siglos XVI, XVII y XVIII)*, t. I, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1997.

- *La tortura judicial en España*, Barcelona, Crítica, 2000.

Trinidad Fernández, Pedro. *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*, Madrid, Alianza Editorial, 1991.

Trujillo Bretón, Jorge. *Entre la celda y el muro. Rehabilitación social y prácticas carcelarias en la penitenciaria jalisciense "Antonio Escobedo", 1844-1912*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2011.

Vargas, Jaime Alberto. *Arquitectura para la administración pública. Casas reales novohispanas, siglo XVIII*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2013.

Zambrano, Francisco S.J., José Gutiérrez Casillas, S.J., *Diccionario Bio-Bibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, siglo XVIII, t. XV, México, Editorial Tradición, 1977.

Zepeda Lecuona, Guillermo Raúl. "Proyecto de código criminal para el Estado de Jalisco, de Francisco Delgadillo. 6 de abril de 1831", jurídicas.unam.mx